MIGUEL
DE
CERVANTES

DON QUIJOTE
DE LA
MANCHA

CER/QUI
1905-6

II

CENTRO DE ESTUDIOS CERVANTINOS · BIBLIOTECA

El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha

Compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra. Primera edición crítica, con variantes, notas y el diccionario de todas las palabras usadas en la inmortal novela, por D. Clemente Cortejón, Director del Instituto de Barcelona, Catedrático de Historia de la Literatura y Correspondiente de la Real Academia Española

Escudo de la primera edición de 1605

Victoriano Suárez, editor: Calle de Preciados, 48 - MADRID

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

PRIMERA PARTE
TOMO II

CER/QUI
1905-6

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA

COMPUESTO POR

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Primera edición crítica

con variantes, notas y el diccionario de todas las palabras usadas
en la inmortal novela

por

D. Clemente Cortejón

Director del Instituto de Barcelona, Catedrático de Historia de la Literatura y Correspondiente de la Real Academia Española

1605 1906

R.M. 20
BIBLIOTECA · CENTRO DE ESTUDIOS CERVANTINOS

MADRID

Victoriano Suárez, editor ✍ 48, Preciados, 48

Derechos reservados

OBSERVACIONES GENERALES

I

GALLARDA y gentil producción, escrita durante largos años, en los que la fortuna no se cansaba de maltratar á su autor, el *Don Quijote* no es obra hecha, como si dijéramos, á la aventura, impensadamente, en horas de acalorada irreflexión; y si, al parecer, aquí ingenua, candorosa allí, sin pasos escabrosos en esotra parte, de fácil y amena lectura para todos cuando no se pasa de la sobrehaz de sus páginas, cuando sólo se mira por su lado cómico; es con todo eso un libro de alta inspiración, libro profundamente español á par que humano, libro que, sin encerrar un enigma como el de la esfinge griega, sin constituir un canto profético al modo del de la Sibila, ni misterio alguno como los que se guardan en el de los *Siete sellos;* necesita, sin embargo, de comentario, pues hasta la más elemental de las composiciones literarias lo pide; necesita de interpretación, de exegesis, en aquellos pasajes que de industria cubrió el artista con fino y delicado velo.

Mas (importa repetirlo en todas las formas) no se trata de descifrar extraños simbolismos, de hacer patentes cosas arcanas, de navegar por mares desconocidos en solicitud de secretas y malignas intenciones: se aspira únicamente, si el acierto nos acompaña, á que se junten y vuelvan á los halagos de la vida, como con más alto sentido dijo el profeta bíblico, huesos insepultos aún.

Se intenta, para que los extranjeros dejen de andar por ásperos caminos, declararles la significación de vocablos y giros para ellos punto menos que ininteligibles, de rara novedad, con ser muy antiguos, para no pocos de los que hablan la lengua de Cervantes; se acomete la empresa de seguir al sin par novelista cuando, pidiendo á la historia de su tiempo un hecho y á la crónica local un nombre, se remonta á las cumbres del arte, y, en la aventura del *cuerpo muerto*, pongamos por caso, trae á la fantasía las batallas que la piedad de dos insignes ciudades: Úbeda y Segovia, fué parte á que se libraran, una tras otra, en Roma, en la Andalucía, como se decía entonces, y en el viejo solar de Castilla, la muy noble.

Á cuantos conozcan el aparato de introducción, variantes y notas que el rigor de la severa y descontentadiza crítica exigió á sus respectivos autores en trabajos análogos, no han de sorprender, ciertamente, estas observaciones.

La nuestra, con más fundamento acaso que obra alguna, pide amplio comentario. Es un libro engendrado en una cárcel (1), allí donde la incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su mansión; un libro cuyo original se adquirió á vil precio por editor pirata, é impreso en días de forzosa ausencia, sin que el autor pudiera dirigir por sí mismo la edición, pues lo tardío de las comunicaciones y la urgencia en publicarlo no consentían, en modo alguno, el incesante peregrinar de las pruebas; obra augusta, sí, nuestro *Libro-Rey*, para decirlo con frase menos encomiástica que verdadera; pero, al fin, concebido en ambiente tan poco favorable á fructuosa labor de corrección, de pulcritud y atildamiento, que es fuerza no goce, en lo que mira á la pureza del texto, de la soberana autoridad que reciben esotros en los que su lección definitiva es fiel imagen, hasta en sus mínimas partes, del pensamiento de quien lo escribió: su cuna, Madrid: en los moldes del hoy famosísimo Juan de la Cuesta; su incomparable autor, nadie lo ignora: MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

Ahora bien: la primera dificultad que se ofrece á quien trata de ejercer la acción popular, si vale la expresión, en el juicio que sobre la legitimidad de todas y cada una de sus partes se ha promovido en la república de las letras, es la de que no se conserva el primitivo original, ni copia alguna, que sepamos, del codiciado manuscrito. Si lo poseyéramos como se poseen copias de *Rinconete y Cortadillo* y de *El celoso extremeño*, como se poseen originales y copias de todas las obras de Santa Teresa, por no citar más; entonces, cotejando, sílaba por sílaba, palabra por palabra, frase por frase, las tres ediciones de Cuesta con el borrador original de Cervantes, y parangonando, por analogía, con lo que se observa en las copias y originales últimamente citados, entonces, repetimos, fuera dado ver si el autor del *Ingenioso Hidalgo*, falto de paciencia para retocar, escribió, aun los períodos más brillantes, al correr de la pluma, ó si, aquí y allá, formó, borró, quitó, añadió, deshizo y tornó á hacer, para descargo de su conciencia de artista, lo que sin esta labor fuera menos perfecto, por no llamarlo defectuoso.

No teniendo el autógrafo (decimos autógrafo porque, gloriándose, como se gloriaba, su gentil autor, de escribir primorosamente, se supone no necesitó de amanuense), ni teniendo, como no tenemos, para ladearla con la primitiva impresión, copia de ajena mano, y debiendo por esta parte reputarse, aquella en que se meció la cuna de la novela por excelencia, á modo (¡tantas son las discrepancias con sus hermanas!) de continuada variante; se hace forzoso deducir críticamente, de su valor comparativo, un texto racional y legible, sin que la realización de tan generoso propósito, acariciado por todos, pueda ni deba esperarse de momentánea y feliz inspiración, aunque viniese de la musa del acierto.

No es obra de un día, sino empresa de las más arduas; porque, aun ciñéndonos á las ediciones hechas en nuestra patria (nadie osará decir en forma concreta y cerrada cuál sea su número), no existe una cuyo texto sirva de norte y guía, pues ésta, por torpeza é ignorancia de obscuros editores, es dechado de despropósitos; esotra, por la vanidad de los que, aspirando á la gala de correctores si es que no de coautores, no hicieron sino afearla con tal número de innovaciones que diríase obra de escritor moderno; aquélla, por haberse hecho en taller falto á la sazón de cuantos elementos debieron ser auxiliares en tan paciente labor, vino á convertir casi en estéril el empeño de su esclarecido artífice; y todas, en suma, por deficiencia, por audacia, por falta de medios, han sido parte á que á principios del siglo XX, después del III Centenario del *Quijote*, no tengamos todavía un texto que refleje aproximadamente el original de su autor.

(1) En la de Sevilla.

Poniendo la consideración en los errados conceptos, y por ventura desatinos garrafales, que corren en la obra príncipe de nuestra literatura, el editor moderno ha de tener el valor de consignarlos en razonada nota, y luego, tras maduro examen, ir modificando el texto con los contados aciertos de los demás junto con las enmiendas del propio juicio y gusto, ejercitado siempre con la mira puesta en el *tenuis cautusque* tan solicitado por Horacio para otro género de novedades, las del lenguaje.

Pero viniendo al punto concreto, blanco de estas disquisiciones, se ha de consignar lo que sigue: Cervantes, con más razón que Lope (y á éste no le faltaba), pudo decir, desde el instante en que echó á los vientos de la publicidad su *Don Quijote*, que se le había desacreditado á los ojos de doctos é indoctos, como le desacreditan hoy muchos de los que, hasta en ediciones lujosas, ofrecen un texto viciado y sumamente imperfecto.

Ciertamente, el primer editor y el primer impresor, Robles y Cuesta (que á entrambos es justo envuelva una misma censura), se acreditaron de ligeros, de precipitados, de gente sin escrúpulos, más atenta al lucro que al decoro profesional.

No cabe duda: en la obra que, por la fama de su autor, les ha granjeado eterno nombre, hierven las erratas (1), reina la confusión, y, son tantos los pasajes mendosos, que el lector anda como perdido en lo que mira á la inteligencia de no pocos conceptos.

Vengamos á las pruebas, por lo que toca á las páginas del presente volumen.

---

(1) En la introducción al tercer tomo de esta primera parte, se hará patente esta afirmación.

II

UNA PALABRA DEL CAPÍTULO XVI

Traídas por la necesidad son (así lo entendemos) algunas de las variantes resueltamente adoptadas aquí, por más que hayan gozado y gocen aún de autoridad en textos muy respetables en otro concepto, en el de la Academia pongamos por caso.

Ahora bien: para restablecer en su primitiva pureza una sola palabra, para que no prevalezca la *airosa salida* de que se cometió errata donde en verdad hubo acierto, hemos creído apoyar nuestra decisión con razonado argumento.

Por más de dos siglos se leyó invariablemente:

«...Cide Hamete Benengeli fué historiador muy curioso y muy puntual en todas las cosas; y échase bien de ver, pues las que quedan referidas, con ser tan *mínimas y rateras*, no las quiso pasar en silencio; de donde podrán tomar ejemplo los historiadores graves que nos cuentan las acciones tan corta y sucintamente que apenas nos llegan á los labios...» — (Cap. 16, pág. 33.)

Creyó Navarrete, y la docta Corporación asintió á ello, que *rateras* había de tenerse por evidente yerro de imprenta; siguió Clemencín este dictamen; y alguien, deslumbrado por el prestigio de una y otra autoridad, osó decir que en esta parte era intangible el texto académico.

Pero nosotros, sin vacilar ni un punto, creyendo andar con paso firme, adoptamos la lección recibida hasta 1819. Á ello nos mueve el siguiente razonamiento, que apetecemos no fatigue á quien guste leerlo.

Furtivamente (digámoslo así, ya que la innovación se hizo sin dar cuenta al lector), Navarrete, con ligereza impropia en tan benemérito cervantista, substituyó la voz *rateras* por la de *raras*. Siguiéronle Clemencín, Rivadeneyra, Gaspar y Roig y otros, sin explicar el fundamento de tal novedad. No se conformó con ella Hartzenbusch; y Fitzmaurice-Kelly, con todo y ser extranjero, califica la enmienda, muy acertadamente, de *dañosa*, pero no lo prueba.

Si Acosta, uno de nuestros antiguos naturalistas, habla de jumentos y animales *rateros*, incluyendo en los últimos á los que se *arrastran*; en cambio, Nieremberg (1), dejando á un lado la primera acepción de la palabra, escribe: «No hay cosa más cierta, más constante, que la inconstancia de las cosas en esta naturaleza *ratera*, baja y material.»

Luego *ratera*, en sentido traslaticio, no significa el que se *arrastra*, sino cosa *baja*, *ruin*, *grosera*, que es idéntica significación á la dada por el autor del *Quijote* cuando dice, en una de sus *Novelas ejemplares*: «...muchos no son arrojados, insolentes, ni mal criados, ni *rateros*»; esto es, que no son *groseros* ni *vulgares*.

Que la voz *ratero* se acomode, en su raíz y derivaciones, con lo mínimo, con lo pequeño, con lo de escaso valor, lo confirma Du Cange cuando aduce este pasaje: *Misimus vobis parva xenia, id est: Reptem ruptilem unam*, etc.

¿Por ventura no habla Cervantes, en todo este capítulo, cuan largo es, de cosas *bajas, rastreras, vulgares, insignificantes* y *ruines*? ¿Merecerán acaso la calificación de *raras, estupendas* y *maravillosas* las que ha referido desde el principio de esta narración? En verdad que no.

Podrá disonar al lector moderno la frase *cosas mínimas y rateras*, ya que él diría, acogiéndose á los sinónimos de la última voz, «*mínimas*», *realmente sin importancia, humildes de suyo, insignificantes por todo extremo*; pero Cervantes, hombre de gran lectura, que se gallardeaba en jugar con la lengua, y que, al colgar su pluma, pudo dirigirle sin asomo de orgullo el tan conocido apóstrofe; Cervantes usó aquí de propósito, deliberadamente, de industria, el término *rateras*, y diríase, como de sí cuenta uno de nuestros escritores místicos, *que la mano le quedó más sabrosa*, pues no había cometido pecado contra la propiedad de los vocablos, virtud eximia del lenguaje.

Hase dicho (fuerza es alejar toda sombra de duda) que el término *rateras*, en la significación de *cosas sin importancia, bajas, rastreras, ruines, viles*, disuena al lector moderno, mejor aún, á escritores bisoños, si vale la frase. No disonó á los maestros en bien decir; y, para no citar á los del siglo de oro, ahí va una autoridad intermedia, con relación á la época en que vivió. Jovellanos, en su *Información sobre la Ley Agraria*, dijo: «Los sistemas parciales, los proyectos quiméricos, opiniones absurdas, y las máximas triviales y *rateras*...»

(1) *Filosofía curiosa*, lib. I, cap. 45.

¡Ni de perlas! Cervantes nos informa que Cide Hamete, historiador puntualísimo, ha referido todas las cosas *mínimas* y *rateras* que tocan al cuento de Maritornes y el arriero de Arévalo. Por tanto, no abandonaremos la lección *rateras* mientras no se pruebe que en este episodio resplandecen elevadas ideas, grandeza de imágenes, delicadeza de sentimientos. Si tales prendas lo avalorasen, entonces habría en él algo extraordinario, y la voz *raras* sería en este caso la más propia.

No lo es porque pugna con la narración cervantina, y añadiremos porque nada tan adecuado, para reforzar en este pasaje la significación de *mínimas*, como la voz *rateras*. Cierto, pudo el novelista, á imitación de lo que hizo años después en otra de sus obras, encarecer la acepción metafórica del vocablo que precede al que es objeto de esta discusión, diciendo análogamente á esto:

«... y seguro de comer á la hora que quisiese, pues á todas lo hallaba en el *más mínimo bodegón* de esta ciudad, en la cual había tantos y tan buenos.» —(*Rinconete*, edic. de R. Marín, pág. 258.)

Sí, pudo haber dicho: «con ser las *más mínimas*, no las quiso pasar en silencio.»

Pero sea lícito preguntar: ¿tiene esta expresión el mismo sentido, igual alcance, idéntico colorido, que como está en el texto: «con ser tan *mínimas* y *rateras*, no las quiso pasar en silencio?»

Ciertamente que no, dirán cuantos entren en este examen sin prejuicio alguno. ¡Qué pobreza, la del *más*, cuando no le precede ó sigue otro vocablo que le preste el vigor que le falta! Con ser Bretón insigne maestro en lengua castellana, ¿no parece frío en esto de

«Si es cierto que tú me quieres,
¿cómo es que aun no he merecido
que mi esperanza confortes
ni aun con el favor más *mínimo*?»

(*Una de tantas*. Ant. Esc. 7. Edic. 1883. Tom. I, pág. 424.)

Por amor á la pureza del texto, toca á los cervantistas, si lo que llevamos dicho fuere falso, refutarlo con sólidos argumentos.

III

DOS PÁGINAS CONTROVERTIBLES Y CONTROVERTIDAS DEL CAPÍTULO XIX

Si el robo del rucio *ha dado en qué entender á muchos*, como dijo el mismo Cervantes, también las *dos idas* (una de ellas fuera de tiempo, sin saber por qué) del malaventurado Alonso López, el bachiller, de quien se habla en el capítulo décimonono, ha sido causa de interpolaciones, arreglos y notable modificación en el texto.

El mal, en este punto, es muy añejo; la confusión viene de muy atrás: de la primera edición de Cuesta.

En verdad, una narración en la que se ve que cierto personaje, el de Alcovendas, el asendereado bachiller, después de rota la pierna, *es montado gallardamente* en su mula, hace que se va, y, sin saber el por qué, se queda allí como si hubiese dicho para sus adentros, invirtiendo el orden de aquellas sabidas palabras: *modicum non videbitis me, et modicum videbitis me;* una narración en la que se oye hablar sin saber de dónde sale la voz; un diálogo en que se excomulga al principal interlocutor, al mismo que en tantas ocasiones hace gala de humanista y ahora afirma no haber entendido las frases latinas con las que se justifica el motivo del anatema; un texto en que el castizo giro *olvidábaseme de decir* valiera más no hubiese sonado en los oídos del lector; en suma, un texto al que tantos reparos pueden y deben hacerse; es insigne ejemplo de que en él reina espantosa confusión, caso típico de contradicciones, y falta, no pequeña, que así menoscaba el sentido como pone de resalto la ligereza con que se imprimió, si por ventura no alcanza también la negligencia al mismo autor. Ese texto (repitámoslo), en lo que se refiere al presente relato, es la primera edición de Juan de la Cuesta. Mas importa entrar francamente en materia: francamente, decimos, esto es, sin pasión, libres de prejuicio. Y, para que nadie nos moteje de falsificadores, ó sea de pertenecer al número de los que seducen y fascinan con teorías menos exactas que deslumbradoras, renunciamos á la aparatosa afirmación sin pruebas, dejando el prestigio de la discusión, si lo hay, para el sesudo lector, que es en resolución quien ha de fallar el litigio últimamente promovido. Para él no es nuevo el caso, y seguramente se lo representa ya en la imaginación.

Los once sacerdotes que acompañaban el cuerpo muerto acaban de huir. El señor bachiller Alonso López es el único que ha quedado en el lugar de la refriega, y, con la ayuda de Sancho, ha salido de debajo de la mula, que le tenía tomada una pierna. Caballero sobre su bestia, la rienda en una mano y el hacha en la otra, oye como le dice D. Quijote que siga la derrota de sus compañeros y les pida perdón del agravio, que no había sido en su mano dejar de haberlo hecho.

Mas ¿para qué adelantar los sucesos de esta narración si el lector preferirá leerla en el texto primitivo tal como salió, con las faltas que la deslucen, con sus inútiles repeticiones y frases absurdas? Prestémosle, pues, el obsequio de que la vea con sus propios ojos. ¿Cómo? En la reproducción fotográfica que para tal fin va estampada á continuación. En el un lado topará con los dos folios (83 v. y 84) de la susodicha impresión comenzando por la palabra *agravio:* y enfrente, para que el contraste sea más patente, se coloca el arreglo que en mal hora publicó Hartzenbusch en sus ediciones de Argamasilla. Las rayas encarnadas señalan en dichos folios la mutación que en el orden de los hechos osó introducir el inconsiderado académico, haciendo con este cambio que el fin del relato se junte con el comienzo; no terminando aquí su arrojo, pues se extiende hasta el de añadir palabras que modifican totalmente el sentido de la narración.

PRIMERA EDICIÓN DE JUAN DE LA CUESTA (1605)

Tercera parte de don

agrauio,que no auia ſido en ſu mano dexar de auer le hecho.Dixole tambien Sancho: Si a caſo quiſieren ſaber eſſos ſeñores, quien ha ſido el valeroſo que tales los puſo,dirales vueſtra merced, que es el famoſo dõ Quixote de la Mancha, que por otro nombre ſe llama, el cauallero de la triſte Figura. Con eſto ſe fue el Bachiller, y don Quixote preguntò a Sancho,que que le auia mouido a llamarle el cauallero de la triſte Figura, mas entonces que nunca? Yo ſe lo dire,reſpondio Sancho, porque le he eſtado mirãdo vn rato a la luz de aquella hacha que lleua aquel mal andante,y verdaderamẽte tiene vueſtra merced la mas mala figura de poco aca, que jamas he viſto:y deuelo de auer cauſado, o ya el canſancio deſte combate, o ya la falta de las mue las,y dientes. No es eſſo, reſpondio don Quixote, ſino que el Sabio a cuyo cargo deue de eſtar el eſcriuir la hiſtoria de mis hazañas, le aura parecido, que ſerà bien que yo tome algun nombre apelatiuo,como lo tomauã todos los caualleros paſſados: qual ſe llamaua el de la ardiente Eſpada:qual el del Vnicornio: aquel de las Donzellas : aqueſte el del aue Fenix:el otro el cauallero del Grifo:eſtotro el de la Muerte:y por eſtos nombres,è inſignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra. Y aſsi digo,que el Sabio ya dicho,te aura pueſto en la lengua,y en el penſamiento aora, que me llamaſſes el cauallero de la triſte Figura, como pienſo llamarme deſde oy en adelante:y para que mejor me quadre tal nombre,determino de hazer pintar, quando aya lugar en mi eſcudo, vna muy triſte figura. No ay para que gaſtar tiempo, y dineros en hazer eſſa

SEGUNDA EDICIÓN DE ARGAMASILLA (1863)

« Díjole también Sancho: « — Si acaso quisieren saber esos se-
» ñores quién ha sido el valeroso que tales los puso, diráles vuestra
» merced que es el famoso D. Quijote de la Mancha, que, por otro
» nombre se llama *el Caballero de la Triste Figura.* »

» Con esto se fué el bachiller. *Olvidábaseme de decir que* antes
» dijo á D. Quijote: « — Advierta vuestra merced que queda desco-
» mulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sa-
» grada *juxta illud*, *si quis suadente diabolo*, etc.

» — No entiendo ese latín, — respondió D. Quijote; — mas yo sé
» bien que no puse las manos, sino este lanzón; cuanto más que
» yo no pensé que ofendía á sacerdotes ni á cosas de la Iglesia (á
» quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy), sino
» á fantasmas y á vestiglos del otro mundo. Y, cuando eso así fuese,
» en la memoria tengo lo que le pasó al Cid Rui Díaz cuando quebró
» la silla del embajador de aquel rey delante de Su Santidad *el*
» Papa, por lo cual le descomulgó, y anduvo aquel día el buen Ro-
» drigo de Vivar como muy honrado y valiente caballero. »

» En oyendo esto el bachiller, se fué, como queda dicho, sin repli-
» carle palabra; y D. Quijote preguntó á Sancho que qué le había
» movido á llamarle *el Caballero de la Triste Figura* más entonces
» que nunca.

» — Yo se lo diré, — respondió Sancho; — porque le he estado
» mirando un rato á la luz de aquella hacha que lleva aquel mal-
» andante, y verdaderamente tiene vuestra merced la más mala
» figura, de poco acá, que jamás he visto; y débelo de haber cau-
» sado, ó ya el cansancio deste combate, ó ya la falta de las muelas
» y dientes.

» — No es eso, — respondió D. Quijote, — sino que *al* sabio á
» cuyo cargo debe de estar el escrebir la historia de mis hazañas le
» habrá parecido que será bien que yo tome algún nombre apelativo,
» como lo tomaban todos los caballeros pasados: cuál se llamaba
» *el de la Ardiente Espada*, cuál *el del Unicornio*, aquél *de las Don-*
» *cellas*, aqueste *el del Ave Fénix*, el otro *el Caballero del Grifo*, esto-

Quixote de la Mancha. 84

eſſa figura,dixo Sancho, ſino lo que ſe ha de hazer es,que vueſtra merced deſcubra la ſuya, y dè roſtro a los que le miraren,q̃ ſin mas ni mas, y ſin otra imagen,ni eſcudo le llamaran el de la triſte Figura: y creame que le digo verdad, porque le prometo a vueſtra merced ſeñor, (y eſto ſea dicho en burlas)que le haze tan mala cara la hambre, y la falta de las muelas,que como ya tengo dicho, ſe podra muy bien eſcuſar la triſte pintura. Rioſe don Quixote,del donayre de Sancho, pero con todo propuſo de llamarſe de aquel nombre, en pudiẽdo pintar ſu eſcudo,ò rodela,como auia imaginado. Oíui dauaſeme de dezir,que aduierta vueſtra merced,q̃ queda deſcomulgado, por auer pueſto las manos violentamẽte en coſa ſagrada, *iuxta illud, ſi quis ſuadente diabolo, &c.* No entiendo eſſe Latin,reſpondio don Quixote,mas yo ſe biẽ que no puſe las manos, ſino eſte lançon: quanto mas, que yo no penſe que ofendia a ſacerdotes,ni a coſas de la Ygleſia, a quiẽ reſpeto,y adoro como Catolico, y fiel Chriſtiano que ſoy,ſino a fantaſmas, y a veſtiglos del otro mũdo:y quando eſſo aſsi fueſſe, en la memoria tengo lo que le paſſó al Cid Ruy Diaz quando quebro la ſilla del Embaxador de aquel Rey, delante de ſu Santidad del Papa, por lo qual lo deſcomulgó, y anduuo aquel dia el buen Rodrigo de Viuar,como muy honrado,y valiente cauallero. En oyẽdo eſto el Bachiller ſe fue, como queda dicho,ſin replicarle palabra. Quiſiera don Quixote mirar, ſi el cuerpo que venia en la litera eran hueſſos, o no, pero no lo conſintio Sancho, diziendole: Señor vueſtra merced ha acabado eſta peligroſa auentura lo mas

» tro *el de la Muerte*, y por estos nombres é insignias eran conoci-
» dos por toda la redondez de la tierra. Y, así, digo que, el sabio ya
» dicho, te habrá puesto en la lengua y en el pensamiento ahora que
» me llamases *el Caballero de la Triste Figura*, como pienso llamar-
» me desde hoy en adelante; y, para que mejor me cuadre tal nom-
» bre, determino de hacer pintar, cuando haya lugar, en mi escudo,
» una muy triste figura.

» —No hay para qué, *señor, querer* gastar tiempo y dineros en
» hacer esa figura, — dijo Sancho,— sino lo que se ha de hacer es
» que vuestra merced descubra la suya y dé rostro á los que le mi-
» raren, que, sin más ni más y sin otra imagen ni escudo, le llama-
» rán *el de la Triste Figura*. Y créame que le digo verdad, porque le
» prometo á vuestra merced, señor (y esto sea dicho en burlas), que
» le hace tan mala cara la hambre y la falta de las muelas, que,
» como ya tengo dicho, se podrá muy bien excusar la triste pintura.»

» Rióse D. Quijote del donaire de Sancho; pero, con todo, pro-
» puso de llamarse de aquel nombre en pudiendo pintar su escudo
» ó rodela como había imaginado.

» Quisiera D. Quijote mirar si el cuerpo que venía en la litera
» eran huesos ó no; pero no lo consintió Sancho... »

Ya lo ha visto el lector; y ahora, por sí propio, sin deferir al parecer ajeno, hará seguramente los reparos que surgen á la simple lectura del pasaje transcrito.

Dícese en el folio 83 v.: « *Con esto se fué el bachiller* »; y poco más allá, en el 84, se reproduce la misma idea: « *En oyendo esto el bachiller, se fué.*»

¿Cómo, se preguntará el crítico, explicar esta dos idas?

No repuesto aún de su asombro, le sale al paso, si vale decirlo así, otro conflicto, á saber, el que traen aparejado las palabras « *Olvidábaseme de decir que advierta vuestra merced que queda descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada.* »

Por eso, seguramente, vuelve á preguntarse:

¿Quién es la persona que habla en este momento?

¿El bachiller? — No lo parece, puesto que se ha ido ya.

¿El héroe de la fábula? — Menos aún, porque las palabras de la condenación pugnan con el « *advierta vuestra merced* » y el hecho no menos contundente de « *respondió D. Quijote.* »

¿Sancho?—Y ¿cómo ha de ser éste quien fulmine aquellas tremendas palabras si desconoce la teología y el latín hasta el punto de que, cuando intenta decir algo en esa lengua, hace en ella verdaderos estragos?

Todavía perplejo y vacilante, sin hallar solución á tantas dudas, el juez á quien se ha encomendado esta causa, vuelve á parar gravemente su atención al oir exclamar á D. Quijote:

«No entiendo este latín.»

¿Que no entiende el latín?—se preguntará de nuevo el lector.—Ni aun en burlas puede admitirse la hipótesis. D. Quijote es, ante todo, un hombre serio, y en veras recházase igualmente la suposición. ¿Quién osará decir que no lo había estudiado? Á él, uno de los intelectuales más conspicuos de la época en que se imagina hubo de vivir, se le alcanzaba no poco en el idioma del Lacio; y de ello persuaden la multitud de pasajes que, referentes á este punto, se encuentran en su historia. Véanse estos:

«...y se lee dél (de Gandalín) que siempre hablaba á su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeza y doblado el cuerpo *more turquesco.*» — (I, 20.)

«—Quien ha infierno, — respondió Sancho, — *nulla es retentio*, según he oído decir.

— No entiendo qué quiere decir *retentio*, — dijo D. Quijote.» (1). (I, 25.)

«— Engáñaste, Sancho, — dijo D. Quijote, — según aquello: *quando caput dolet*, etc.

— No entiendo otra lengua que la mía, — respondió Sancho.

— Quiero decir, — dijo D. Quijote, — que, cuando la cabeza duele, todos los miembros duelen.» — (II, 2.)

«Así que, Sancho mío, volveos á vuestra casa y declarad á vuestra Teresa mi intención; y, si ella gustare y vos gustáredes de estar á merced conmigo, *bene quidem;* y, si no, tan amigos como antes.» — (II, 7.)

(1) Sí lo entiende; pero, fino amante de la lengua latina, no quiere pasar por los desafueros de su escudero.

«...y, en lo de forzarles que estudien esta ó aquella ciencia, no lo tengo por acertado, aunque el persuadirles no será dañoso; y cuando no se ha de estudiar para *pane lucrando*, siendo tan venturoso el estudiante que le dió el cielo padres que se lo dejen...» — (II, 16.)

«...y, con aquella inclinación que le dió el cielo, sin más estudio ni artificio, compone cosas que hacen verdadero al que dijo: *Est Deus in nobis*, etc.» — (II, 16.)

«Y dad gracias á Dios, Sancho, que, ya que os santiguaron con un palo, no os hicieron el *per signum crucis* con un alfanje.» — (II, 28.)

«...éntrate, digo, por el *maremagnum* de sus historias; y, si hallares que algún escudero...» — (II, 28.)

«Ten cuenta, Sancho, de no mascar á dos carrillos, ni de *erutar* delante de nadie.

— Eso de *erutar* no entiendo, — dijo Sancho. Y D. Quijote le dijo: — *Erutar*, Sancho, quiere decir regoldar, y este es uno de los más torpes vocablos que tiene la lengua castellana, aunque es muy significativo; *y, así, la gente curiosa se ha acogido al latín*, y al regoldar dice *erutar* y á los regüeldos *erutaciones.*» — (II, 43.)

«...en fin, en fin, tengo de cumplir antes con mi profesión que con su gusto, conforme á lo que suele decirse: *Amicus Plato, sed magis amica veritas.* Dígote este latín porque me doy á entender que después que eres gobernador lo habrás aprendido.» — (II, 51.)

«Requebrábanle como á hurto las damiselas, y él, también como á hurto, las desdeñaba; pero, viéndose apretar de requiebros, alzó la voz y dijo: — *Fugite, partes adversæ;* dejadme en mi sosiego, pensamientos mal venidos.» — (II, 62.)

«...y no tardará el cumplimiento dellas más de cuanto tarde en pasar este año que yo; *post tenebras spero lucem.*» — (II, 68.)

«...y puesto que tu virtud es *gratis data*, que no te ha costado estudio alguno...» — (II, 71.)

« ...habrá sido como un poeta que andaba los años pasados en la corte, llamado Mauleón, el cual respondía de repente á cuanto le preguntaban; y, preguntándole uno qué quería decir *Deum de Deo*, respondió: *Dé donde diere.*» — (II, 71.)

« — No más refranes, Sancho, por un solo Dios, — dijo D. Quijote; — que parece que te vuelves al *sicut erat.*» — (II, 71.)

« Cogióla Sancho á mano salva, y presentósela á D. Quijote, el cual estaba diciendo: — *Malum signum, malum signum:* liebre huye, galgos la siguen, Dulcinea no parece.» — (II, 73.)

Por la lectura de los anteriores pasajes, dedúcese claramente que D. Quijote no era ignaro en el idioma de Cicerón. ¿Cómo ignaro si tiene su complacencia en hacer gala de frases latinas? ¿Cómo ignaro si diríase ser el autor del *Diálogo de la Lengua*, pues, discutiendo sobre *regoldar* y *eructar*, da la preferencia á esta forma erudita por ser hija del latín?

Fuera así como arte de cubilete apuntar la idea de que, si en la *segunda parte*, superior en todo á la *primera*, se esplaya en sentencias y frases latinas, fué para prevenir la objeción de los novísimos censores, que habían de presentar al héroe como desconocedor de esa lengua, madre de las que, por este su origen, se llaman lenguas romances. Cierto, no fué tal el propósito; y, con todo, puede afirmarse que la riqueza de los textos aducidos responde por sí misma y dice que D. Quijote prueba suficientemente con ellos ser un latinista; que en modo alguno se le han de atribuir las palabras *no entiendo ese latín*, que se leen en la edición príncipe, y, por tanto, que están más en harmonía con su cultura y con sus creencias de cristiano viejo aquellas otras que se estamparon en la segunda impresión de 1605, aquellas que dicen: « *Yo entiendo, Sancho, que quedo descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada: «justa illud si quis suadente diabolo etc.,» aunque sé bien...*» La incongruencia del diálogo, tal como salió en la primera de Cuesta, asombró desde luego al corrector de la segunda, quien, repasando el original, ó consultando acaso por escrito la dificultad con el autor, ó bien aconsejado por amigos de éste, deshizo la confusión poniendo en boca de D. Quijote, y no en la del bachiller, la acusación de sacrílego. Y luego, sin que desdiga del carácter propio de esta historia, el hidalgo, persistiendo en la acostumbrada incoherencia de sus ideas, dando singular muestra de su locura, oponiendo lo de católico á lo de caballero, que no conoce más ley ni pragmática que su voluntad, refuta su propio argumento: «*¡Vive Dios! que no puse las manos en cosa sagrada, sino este lanzón.*» Con tan desenfadada salida le parece que no está comprendido en el anatema del famoso canon.

Nos imaginamos estar oyendo al lector: « ¿Qué autoridad puede darse á narración tan incongruente, tan falta de verdad, tan obscura por la confusión que en ella reina? Relato en tal forma hecho ¿puede llevar tras sí el asentimiento del menos exigente en lo que pide el arte de narrar?» Cierto, no discutirá si las cuartillas iban en el orden en que aparecieron impresas; acaso se abstenga de formular cargo alguno ni contra Cervantes ni contra el impresor. ¡Han pasado tantos años! ¡Se hace tan difícil averiguar lo sucedido! Mas, llamado á fallar, pronunciará la sentencia de que un texto en tal forma presentado es inadmisible ante el tribunal de la crítica.

Vengamos al de Hartzenbusch. Dando, como siempre que del *Don Quijote* se trata, una prueba más del poco respeto que le merecía la tradición cervántica, quiso resolver el conflicto que por error de copia, por inadvertencia del escritor ó por equivocada paginación de las cuartillas, hay en la asendereada *editio princeps*. Cogiendo, pues (digámoslo en forma cruda), el en esta ocasión malhadado *olvidábaseme de decir*, lo traslada de sitio sin escrúpulo de conciencia. Y ¿dónde lo pone? Después de la primera ida del bachiller. Lo hizo indudablemente con el deseo de mejorar el texto; mas ¿quién le invistió de autoridad para tamaño arreglo? El equivocado concepto que de estos trabajos tenía, ó, para decirlo de otro modo, su ninguna consideración á las ediciones primitivas.

Y ¿cómo hizo la adaptación (soldadura sería voz, aunque vulgar, más propia) de la narración antigua á la moderna? Falsificando los hechos, atribuyendo á Cervantes palabras que no dijo. Cinco vocablos le bastaron para levantar un falso testimonio al Príncipe de los ingenios españoles. « *Con esto se fué el bachiller. Olvidábaseme de decir.*» Sin duda creerá el lector que el olvidadizo es Alonso López. No: el culpable del olvido es el sin par novelista: *olvidábaseme de decir que* ANTES DIJO Á D. QUIJOTE.

Por arte, porque entendía ser elegantísima expresión, porque estaba enamorado del arcaico giro *olvidábaseme «de»*, sólo por esto, lo repite, no pocas veces, en sus obras, siempre atraído por ese *«de»* tan sabroso en la pluma de nuestros antiguos escritores, pero jamás como confesión de involuntario olvido.

Las citas que van á continuación demostrarán que el sobredicho giro ha de mirarse como un primor en boca de Cervantes, pero nunca como arrepentimiento de pasados descuidos; que esto último viene á significar Hartzenbusch con la inoportuna adición de las consabidas palabras.

De que tal elegancia era familiar á la pluma del novelista lo confirman los siguientes ejemplos:

«*Olvidábaseme de decir* que, así como bajó Monipodio, todos le hicieron brava cortesía.»

(*Rinconete y Cortadillo*, p. 275, ed. de Rodríguez Marín.)

«*Olvidábaseme de decir* como la enamorada mesonera...»

(*La Gitanilla.*)

«*Olvidábaseme de decir* como Grisóstomo, el difunto, fué grande hombre de componer coplas.»

(*Quijote*, I, 12.)

«*Olvidábaseme de decirte* que esperes el *Persiles*.»

(Prólogo de la II del *Quijote.*)

«*Olvidábaseme de decirte* como el tal maese Pedro...»

(*Quijote*, II, 25.)

«*Olvida de deciros* como volví el collar á... »

(*Persiles y Sigismunda*, II, 15.)

Arcaica por el *de;* notada, va para cuatro centurias, de viciosa y superflua (1) la frase *olvidábaseme de decir*, causa, en este lugar, de perpetua confusión y constante litigio; debiera desterrarse de aquí:

(1) Véase nuestro *Arte de componer en la lengua castellana*, p. 38, ed. de 1901.

con ella huirían las dudas, y entonces la narración, cual hermosa corriente de agua clara y límpida, se deslizaría, como por entre blancas y menudas guijas, sin tropiezo que pudiese embarazar su tranquila y sosegada marcha. ¿Por qué, pues, no condenarla al ostracismo? Ya lo diremos: nuestra jurisdicción no alcanza sino á poner de manifiesto, bien que es una variante intrusa, ó bien una descuidada que dejó fuera á las compañeras sin las que se había de notar su desairado papel.

Quédese para el Congreso de cervantistas que acaso se celebre en el próximo Centenario, en 1916, ó seguramente en el más lejano, en 2005, dar un texto definitivo. Nuestro amor propio en este punto queda más bajo. Pero entiéndase que, al pedir la expatriación, digámoslo así, del manoseado *olvidábaseme de decir*, no lo hacemos por estimarlo impropio de la pluma de Cervantes, sino ajeno de este lugar.

En resolución, si después de tantos amaños nos hubiese dado un texto exento de confusión, todavía, usando de indulgencia por el atrevimiento de haber invertido el orden de los sucesos, pudiera absolvérsele; pero, subsistiendo como subsiste la confusión hija de las dos idas del bachiller, se viene á los labios la pregunta: ¿podemos inclinarnos en favor de un texto interpolado por un autor moderno, que no explica las dos retiradas del bachiller Alonso López? No.

Prosigamos en nuestra labor. El benemérito hispanófilo Fitzmaurice-Kelly, á cuya generosa tentativa de un texto del *Don Quijote* con variantes débese el estímulo que á toda hora recibimos en nuestra penosa tarea, se dejó deslumbrar (entienda que no lo decimos en son de censura) por el aparatoso arreglo, llamémoslo así, que de este pasaje se hizo en las dos ediciones de Argamasilla. No incurre, reconozcamos su acertado juicio, en el error de que Cervantes se declare culpable del olvido; no patrocina la incorrección del viejo, para no llamarle vidrioso, académico; pero diríase que el ilustre Fitzmaurice-Kelly, en quien se juntan la dulzura y la caballerosidad, se vuelve como airado contra la 2.ª y 3.ª edición de Juan de la Cuesta, y que, poniendo de resalto sus errores (los de una y otra edición), llega, aunque no lo dice en forma tan cerrada como nosotros, hasta negar la *posibilidad* de que en dos ó tres pasajes de ellas (bien porque le hubiese consultado el editor, bien por cartas dirigidas á sus amigos de Madrid) tomase la pluma, ya que no para

corregir, para hacer alguna indicación, siquiera no fuese bien entendida ó atendida en su totalidad.

Firme en este su propósito, y con un arrojo al que jamás llegaremos, pone también sus manos en el venerando texto (venerando, sí, sean cuales fueren sus imperfecciones, propias ó ajenas), y, haciendo su composición de lugar, cree salvar las incongruencias de que, por lo visibles, el lector se da cuenta al punto.

Véase el arreglo del historiador de nuestra literatura.

EDICIÓN DE FITZMAURICE-KELLY (1898)

« Díjole también Sancho: « — Si acaso quisieren saber esos señores quién ha sido el valeroso que tales los puso, diráles vuestra merced que es el famoso D. Quijote de la Mancha, que, por otro nombre, se llama *el Caballero de la Triste Figura*. »

» Con esto se fué el bachiller... — Ovidábaseme de decir que advierta vuestra merced que queda descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada, *juxta illud si quis suadente diabolo*, etc.

» — No entiendo ese latín — respondió D. Quijote; — mas yo sé bien que no puse las manos, sino este lanzón; cuanto más que yo no pensé que ofendía á sacerdotes ni á cosas de la Iglesia, á quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy, sino á fantasmas y á vestiglos del otro mundo. Y cuando eso así fuese, en la memoria tengo lo que le pasó al Cid Ruy Díaz cuando quebró la silla del embajador de aquel rey delante de Su Santidad el Papa, por lo cual le descomulgó, y anduvo aquel día el buen Rodrigo de Vivar como muy honrado y valiente caballero. En oyendo esto el bachiller, se fué, como queda dicho, sin replicarle palabra.

» Y D. Quijote preguntó á Sancho que qué le había movido á llamarle *el Caballero de la Triste Figura* más entonces que nunca. » — Yo se lo diré, — respondió Sancho; — porque le he estado mirando un rato á la luz de aquella hacha que lleva aquel malandante, y verdaderamente tiene vuestra merced la más mala figura, de poco acá, que jamás he visto; y débelo de haber causado, ó ya el cansancio deste combate, ó ya la falta de las muelas y dientes.

» — No es eso, — respondió D. Quijote, — sino que *al* sabio á cuyo cargo debe de estar el escribir la historia de mis hazañas, le habrá parecido que será bien que yo tome algun nombre apelativo, como lo tomaban todos los caballeros pasados: cuál se llamada *el de la Ardiente Espada*, cuál *el del Unicornio*, aquél *de las Doncellas*, aqueste *el del Ave Fénix*, el otro *el Caballero del Grifo*, estotro *el de la Muerte*, y por estos nombres é insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra. Y, así, digo que, el sabio ya dicho, te habrá puesto en la lengua y en el pensamiento ahora que me llamases *el Caballero de la Triste Figura*, como pienso llamarme desde hoy en adelante; y, para que mejor me cuadre tal nombre, determino de hacer pintar, cuando haya lugar, en mi escudo, una muy triste figura.

» — No hay para qué gastar tiempo y dineros en hacer esa figura, — dijo Sancho, — sino lo que se ha de hacer es que vuestra merced descubra la suya y dé rostro á los que le miraren, que, sin más ni más y sin otra imagen ni escudo, le llamarán *el de la Triste Figura*. Y créame que le digo verdad, porque le prometo á vuestra merced, señor (y esto sea dicho en burlas), que le hace tan mala cara la hambre y la falta de las muelas, que, como ya tengo dicho, se podrá muy bien excusar la triste pintura. »

» Rióse D. Quijote del donaire de Sancho; pero, con todo, propuso de llamarse de aquel nombre en pudiendo pintar su escudo ó rodela como había imaginado.

» Quisiera D. Quijote mirar si el cuerpo que venía en la litera eran huesos ó no; pero no lo consintió Sancho... »

Síguese en esta *lección*, como habrá observado el lector, el arreglo de Hartzenbusch, menos (y esto honra al discretísimo hispanófilo) en las cinco palabras que el audaz cervantista interpoló en mal hora. Hase dicho cinco, aunque en verdad son siete; mas, como dos de ellas no alteran el pensamiento, parécennos esas dos últimas pecado venial en quien cometió otros mucho más graves. *No hay para qué gastar tiempo*, leyeron todos; pero el autor de *Los amantes de Teruel* creyó que debía decirse: « No hay para qué, *señor, querer* gastar tiempo...», innovación ciertamente superflua.

Si á tales novedades hubiese presidido la idea de aquellas palabras, variado el momento y el caso en que se pronunciaron: *tanto*

vale cortar como desatar, seguramente que se habría adoptado el texto que trae la segunda edición del tantas veces repetido Juan de la Cuesta, para lo cual hubiera bastado decir: «ya que el bachiller se va, dejémoslo ir, pero que no vuelva»; ó, en otros términos: «puesto que no es necesaria, suprimamos su segunda ida»; y con esto reinaría aquí una paz octaviana.

Porque este segundo viaje, ciertamente inmotivado, es sólo el único punto vulnerable de la segunda edición de 1605, seguida por todos menos por los dos autores arriba citados, á los que se ha de añadir el nombre del Sr. Benjumea.

Tal es el texto comúnmente adoptado: para nosotros, recibe su autoridad, ya de la verosímil intervención que en ello tuvo Cervantes, ya del silencio que siempre guardó respecto á tamaña innovación. No se trata de la mudanza de una palabra, sino de varias, y no ha llegado hasta nosotros la noticia de que el eximio novelista protestase, como de otras alteraciones.

Tal es, pues, el texto, que, reproducido por la fotografía, va á continuación.

SEGUNDA EDICIÓN DE JUAN DE LA CUESTA (1605)

Tercera parte de don

agrauio, que no auia ſido en ſu mano dexar de auer
le hecho. Dixole tambien Sancho: Si a caſo quiſie-
ren ſaber eſſos ſeñores, quien ha ſido el valeroſo
que tales los puſo, dirales vueſtra merced, que es
el famoſo don Quixote de la Mancha, que por otro
nombre ſe llama, El cauallero de la triſte Figura.
Con eſto ſe fue el Bachiller, y don Quixote pre-
guntò a Sancho, que que le auia mouido a llamarle
el cauallero de la triſte Figura, mas entonces que
nunca? Yo ſe lo dire, reſpondio Sancho, porque le
he eſtado mirando vn rato a la luz de aquella hacha
que lleua aquel mal andante, y verdaderamẽte tie-
ne vueſtra merced la mas mala figura de poco aca,
que jamas he viſto: y deuelo de auer cauſado, o ya
el canſancio deſte combate, o ya la falta de las mue
las, y dientes. No es eſſo, reſpondio don Quixote,
ſino que el ſabio a cuyo cargo deue de eſtar el eſ-
creuir la hiſtoria de mis hazañas, le aura parecido,
que ſerà bien que yo tome algun nombre apelati-
uo, como lo tomauan todos los cauallerospaſſados:
qual ſe llamaua el de la ardiente Eſpada: qual el del
Vnicornio: aquel de las Donzellas: aqueſte el del
aue Fenix: el otro el cauallero del Grifo: eſtotro el
de la Muerte: y por eſtos nombres, é inſignias eran
conozidos por toda la redondez de la tierra. Y aſsi
digo, que el Sabio ya dicho, te aura pueſto en la len-
gua, y en el penſamiẽto aora, que me llamaſſes el
cauallero de la triſte Figura, como pienſo llamar-
me deſde oy en adelante: y para que mejor me qua
dre tal nombre, determino de hazer pintar, quan-
do aya lugar en mi eſcudo, vna muy triſte figura.
No ay para que gaſtar tiempo, y dineros en hazer
eſſa

eſſa figura, dixo Sancho, ſino lo que ſe ha de hazer es, que vueſtra merced deſcubra la ſuya, y dé roſtro a los que le miraren, que ſin mas ni mas, y ſin otra imagen, ni eſcudo le llamaran el de la triſte Figura: y creame que le digo verdad, porque le prometo a vueſtra merced ſeñor, (y eſto ſea dicho en burlas) que le haze tan mala cara la hambre, y la falta de las muelas, que como ya tengo dicho, ſe podra muy bien eſcuſar la triſte pintura. Rioſe don Quixote, del donayre de Sancho, pero con todo propuſo de llamarſe de aquel nombre, en pudiendo pintar ſu eſcudo, ò rodela, como auia imaginado: y dixole: Yo entiendo Sancho, que quedo deſcomulgado, por auer puеſto las manos violentamente en coſa ſagrada, *iuxta illud, ſi quis ſuadente diabolo, &c.* Aunque ſe bien que no puſe las manos, ſino eſte lançon: quanto mas, que yo no penſe que ofendia a ſacerdotes, ni a coſas de la Igleſia, a quien reſpeto, y adoro como Catolico, y fiel Chriſtiano que ſoy, ſino a fantaſmas, y a veſtiglos del otro mũdo. Y quando eſſo aſsi fueſſe, en la memoria tengo lo que le paſſò al Cid Ruy Diaz quando quebro la ſilla del Embaxador de aquel Rey, delante de ſu Santidad del Papa, por lo qual lo deſcomulgò, y anduuo aquel dia el buen Rodrigo de Viuar, como muy honrado, y valiente cauallero. En oyẽdo eſto el Bachiller ſe fue, como queda dicho, ſin replicarle palabra. Quiſiera don Quixote mirar, ſi el cuerpo que venia en la litera eran hueſſos, o no, pero no lo conſintio Sancho, diziendole: Señor, vueſtra merced ha acabado eſta peligroſa auentura lo mas a ſu ſaluo, de todas las que yo he viſto, eſta gente

No sin fatiga habrá llegado á este punto quien haya seguido nuestro largo razonamiento. Menos pintoresco y sugestivo que amante de la severa imparcialidad, siempre compañera de nuestra pluma, ésta complácese en advertir que la *lección* seguida en el texto es la comúnmente adoptada desde que comenzó á correr de molde la tan repetida segunda edición de Juan de la Cuesta. En ella hay también sus asperezas (¿por qué negarlo?): hay las dos idas del malaventurado bachiller; una de ellas, más que inoportuna y baldía, incongruente por todo extremo. Pero su *lección*, si afeada por tamaño descuido, préstase á menos reparos que la de su hermana primogénita; que la disfrazada por Hartzenbusch; que la menos desenvuelta, pero al fin innovadora, del ingenioso y bienquisto historiador de nuestras letras, Fitzmaurice-Kelly.

Enemigos de novedades, hemos resistido fuertemente á la tentación de suprimir la segunda ida de Alonso López, con lo que el texto, libre y desembarazado, correría sin tropiezo alguno. Tal es nuestro sentir, que podrá tacharse de encogido, mas no de irreverente.

IV

EL ROBO DEL RUCIO

Blanco de perpetua y acalorada discusión, este hecho es, sin duda, el que en la novela del *Don Quijote* ha dado lugar á mayor número de debates; tan serios, tan graves y por tan largo tiempo sostenidos, que han sido la preocupación de los cervantistas en las tres últimas centurias. Y, cuando aparecía acallada la opinión pública, un crítico ilustre, Fitzmaurice-Kelly, ha puesto de nuevo el asunto sobre el tapete, pidiendo con ello, como si dijéramos, la revisión de los autos para llegar á un fallo más fundado y que se estime por firme y valedero.

Arduo problema, pues, el de resolver de plano tan debatida cuestión; pero, como el título de esta obra pide de suyo un examen crítico de cuanto en ella se trate, no hay manera de eludir responsabilidades. Y, así, más que por audacia por deber, por respeto á

nuestros lectores, nos lanzamos desde luego *in medias res*, como quiere Horacio (1).

¿Cuál, pues, de las tres ediciones de Juan de la Cuesta debe gozar de mayor autoridad?

En virtud del examen comparativo y razonado que de ellas se ha hecho (no el que va al frente del primer tomo, sino el que ha de encabezar el tercero), hemos llegado á la conclusión de que no há lugar á la adjudicación del premio; de que en absoluto á ninguna se debe otorgar el primer puesto.

Comencemos por la *editio princeps*, afeada á trechos por faltas nada leves; por haber en ella lagunas como la *del robo del rucio*, lagunas cuya distancia se hace imposible salvar del un lado al otro; por ingenuidades tan poco edificantes como aquella del *faldón de la camisa*; por sentencias tan impensadas como la de que *se hartó* de llorar y *de encomendarse á Dios:* inadvertencias todas y descuidos que hubieron de corregirse inmediatamente para dar una satisfacción á la opinión pública, al lector amigo, al envidioso, al mal intencionado y no exento de prejuicios.

Fuera de notorios descuidos, ciertamente imputables al arrojo de la pluma, ¿á quién sino á la imprenta deben achacarse aquellos otros, no poco graves, que, como el de la omisión del gracioso hurto, no pueden ni deben atribuirse al autor? ¿Por ventura, no justifica el extravío de tal cual hoja del manuscrito el hecho de hallarse nuestro ingenio muy distante del punto en que se imprimía su hoy celebrada obra? ¿Por qué no afean igual ó parecido número de omisiones, cambios y deficiencias á la impresión de la segunda parte? ¿No actuaron en ésta idénticos personajes, esto es, el mismo autor y el mismo impresor? Si sólo á descuidos del primero se debiesen cuantos lunares menoscaban el brillo de su obra, ¿cómo explicar la diferencia entre una y otra edición, la distinta autoridad que gozan en la república de las letras el texto de 1605 y el de 1615?

Puesto que análogamente hay diferencias entre el de una y otra fecha, ¿por qué no señalar la época del arrepentimiento y hasta el día de la enmienda? Por otra parte, y viniendo ahora al asunto concreto que se señala en el epígrafe de este apartado, diremos que, si no entró para nada en el plan primitivo de la novela esta pérdida del célebre

(1) *Epistola ad Pisones*, v. 148.

jumento, la ausencia de tan esencial como gracioso episodio constituiría un pecado de origen: ¡tan hermoso es el enlace que tiene con toda la fábula! Sí, pecado de origen, pecado de omisión, que argüiría jactancia en quien, al colgar su pluma, dijo, casi proféticamente:

> « Tate, tate, folloncicos:
> De ninguno sea tocada;
> Porque esta empresa, buen rey,
> Para mí estaba guardada. »

Si grande y simpática es la figura de D. Quijote, la de Sancho no le cede en importancia ni en interés. Si apenas concebimos al primero caminando á pie, tampoco al segundo sin la inseparable compañía de su jumento. Por esto las sombras familiares de esos dos héroes de la fantasía, cual si fuesen reales y vivientes, continúan, como se ha dicho bellamente, atrayendo sobre sí el amor y las bendiciones del linaje humano; y, á la par, las bestias que esos personajes montaron participan también de la inmortalidad de sus amos.

Como la hermosura de la hija de aquel rey, que, según dice la *Biblia*, nacía del interior, del alma, así la belleza de la fábula cervantina, en lo que á este punto se refiere, arranca de la concepción estética de la obra, de la que son parte integrante, en la nueva familia de esos dos seres que van en busca de aventuras, sus dos caballerías. Por eso, en el comienzo de la historia, antes de la primera salida, caminan juntos el hidalgo y Rocinante; y en la segunda, al asociarse amo y escudero, éste pone por condición la de llevar su cabalgadura, *porque no está hecho á andar á pie*. Y, ciertamente, en la primitiva narración de Juan de la Cuesta, los pacíficos animales no se separan ni un punto de sus dueños en cuantos sucesos les acaecen, hasta llegar al capítulo 25, en el que Sancho, perpetuo hablador, doliéndose del silencio impuesto por su amo, laméntase de no poder conversar (¡tanta es la intimidad que con él tiene!) con su cariñoso y manso jumento. ¡Qué sentidas palabras las suyas!: *« Si ya quisiera la suerte que los animales hablaran, como hablaban en tiempos de Guisopete, fuera menos mal, porque departiera yo con mi jumento lo que me viniera en gana. »*

Si ellas no bastasen á probar que el asno va aún en compañía del escudero, lo declararán abiertamente y sin asomo de duda estas

otras: «*Por tu vida, Sancho, que calles y de aquí adelante entremétete en espolear á tu asno.*»

Y, ahora, sin que el lector de la primera edición pueda adivinar el caso, advierte que ha desaparecido de escena el asendereado rucio. ¿Cómo? La imprenta (personalicemos en alguien la falsificación de los autos) no lo explica; y sólo allá, en el capítulo 43, se nos dice, por modo indirecto, que el *beatífico* animal vive todavía, puesto que la endiablada Maritornes (la misma que, sin duda, facilitó la manta á los bien intencionados pelaires, á los honrados vecinos del barrio de la *Heria* de Sevilla, cogiendo bonitamente con sus manos limpias el cabestro del jumento de Sancho, haciendo una lazada corrediza y pasándola por la muñeca de D. Quijote, deja á éste pendiente, para burlar de su persona, entre el cielo y la tierra.

Si los adictos á la *príncipe* no pueden decírnoslo con el acento de convicción propio de quien ha consagrado largas vigilias al único estudio blanco de sus amores, ya que ni aun sombra de verosimilitud tienen sus aventuradas conjeturas, puesto que pugnan con el interés estético de la ficción, que tan grande menoscabo sufre en el primitivo relato; ¿por qué cerrarse de campiña y no reconocer que, tejida por la mano de Cervantes, la narración del celebrado *hurto* se escribió para la primera edición, quedando sólo por discutir si ha de continuar tranquilamente, como hace tres siglos, en el lugar que el mismo Cuesta le asignó en su segunda aparición, ó si, puestos á innovar, oficio que hace famosos á sus autores, hemos de trasladarla solemnemente al capítulo 25?

«Argumentos, argumentos», dirán acaso los adversarios de la exposición oratoria. Vamos á formularlos, pero importa proceder con orden. Pide éste, para que la discusión tenga la debida claridad, para que no se hable de memoria, vaya á continuación el texto, en lo que á este punto se refiere, de las 26 ediciones que, por su mayor autoridad, se cotejan, desde el principio de la obra, para el estudio de las variantes.

OMISIONES, DISCREPANCIAS É INCONGRUENCIAS EN EL PLEITO DEL RUCIO (1)

	CUESTA 1.ª (1605)	CUESTA 2.ª (1605)	CUESTA 3.ª (1608)
	Folio	Folio	Folio
Cap. XXIII. .	108 Según fué lo que llevaron y buscaron los galeotes. Omite el robo del rucio.	108 Según fué lo que llevaron y buscaron los galeotes. Aquella noche llegaron á la mitad de las entrañas de Sierra Morena, adonde le pareció á Sancho pasar aquella noche y aun otros algunos días, á lo menos todos aquellos que durase el matalotaje que llevaba, y así hicieron noche entre dos peñas y entre muchos alcornoques; pero la suerte fatal, que según opinión de	95v Aquí se narra el robo del rucio lo mismo que en la edición anterior (2.ª de Cuesta).

(1) Los guiones que se encuentran más adelante sirven para advertir, en aquel punto concreto, que la lección transcrita, ó simplemente apuntada, es idéntica á la que se halla en la 1.ª edición de Cuesta, salvo en las tres de Bruselas, que forman sección aparte.

CUESTA 1.ª	CUESTA 2.ª	CUESTA 3.ª
Folio	Folio	Folio
Cap. XXIII. .	los que no tienen lumbre de la verdadera fe todo lo guía, guisa y compone á su modo, ordenó que Ginés de Pasamonte, el famoso embustero y ladrón, que de la cadena, por virtud y locura de D. Quijote se había escapado, llevado del miedo de la Santa Hermandad, de quien con justa razón temía, acordó de esconderse en aquellas montañas, y llevóle su suerte y su miedo á la misma parte donde había llevado á D. Quijote y á Sancho Panza, á hora y tiempo que los pudo conocer, y á pun-	

CUESTA 1.ª	CUESTA 2.ª	CUESTA 3.ª
Folio	Folio	Folio
Cap. XXIII. .	to que los dejó dormir: y como siempre los malos son desagradecidos, y la necesidad sea ocasión de acudir á lo que no se debe, y el remedio presente venza á lo por venir, Ginés, que no era ni agradecido ni bien intencionado, acordó de hurtar el asno á Sancho Panza, no curándose de Rocinante, por ser prenda tan mala para empeñada como para vendida. Dormía Sancho Panza, hurtóle su jumento, y antes que amaneciese se halló bien lejos de poder ser hallado. Salió el aurora alegran-	

CUESTA 1.ª		CUESTA 2.ª		CUESTA 3.ª	
Folio		Folio		Folio	
Cap. XXIII. .			do la tierra y entristeciendoá Sancho Panza, porque halló menos su rucio, el cual viéndose sin él, comenzó á hacer el más triste y doloroso llanto del mundo, y fué de manera que D. Quijote despertó á las voces, y oyó que en ellas decía: ¡Oh hijo de mis entrañas, nacido en mi mesma casa, brinco de mis hijos, regalo de mi mujer, envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas, y finalmente sustentador de la mitad de mi persona, porque con veintiséis maravedís que ganaba cada día mediaba yo mi		

CUESTA 1.ª		CUESTA 2.ª		CUESTA 3.ª	
Folio		Folio		Folio	
Cap. XXIII. .			despensa. Don Quijote, que vió el llanto y supo la causa, consoló á Sancho con las mejores razones que pudo, y le rogó que tuviese paciencia, prometiéndole de darle una cédula de cambio, para que le diesen tres en su casa, de cinco que había dejado en ella. Consolóse Sancho con esto, y limpió sus lágrimas, templó sus sollozos, y agradeció á D. Quijote la merced que le hacía. *El cual como entró por aquellas montañas, se le alegró el corazón...*		
	108 *Así como D. Quijote entró por aquellas montañas, se le alegró el corazón...*				
	108v Y así, iba tras su amo, sentado á la mujeriega so-	109	—	96	Y así, iba tras su amo cargado con todo aque-

	CUESTA 1.ª		CUESTA 2.ª		CUESTA 3.ª	
	Folio		Folio		Folio	
Cap. XXIII. .		bre su *jumento*, sacando de un costal, y embaulando en su panza; y no se le diera por hallar otra aventura, entre tanto que iba de aquella manera, un ardite.				llo que había de llevar el *rucio*, sacando de un costal y embaulando en su panza...
	108v	Mas pesaban tanto, que fué necesario que Sancho se *apease* á tomarlos.	109	—	96v	—
	111	Y así mandó á Sancho que se *apease del asno*, y atajase por la una parte de la montaña.	111v	—	98v	—
	111v	Siguióle Sancho con su acostumbrado *jumento*.	112	—	(5.) 98v	Sigióle Sancho á pie y cargado, merced á Ginés de Pasamonte,
Cap. XXV. .	120v	Despidióse del cabrero D. Quijote, y subiendo otra vez sobre Rocinante, mandó á San-	120v	—	106v	—

	CUESTA 1.ª		CUESTA 2.ª		CUESTA 3.ª	
	Folio		Folio		Folio	
Cap. XXV. .		cho que le siguiese, el cual lo hizo con su *jumento* de muy mala gana.				
	120v	Si ya quisiera la suerte que los animales hablaran, como hablaban en tiempo de Guisopete, fuera menos mal, porque departiera yo con mi *jumento* lo que me viniera en gana.	121	—	106v	—
	122	Por tu vida, Sancho, que calles, y de aquí adelante entremétete en espolear á tu *asno*.	122	—	107v	—
	125	Viendo esto Sancho, dijo: ¡Bien haya quien nos quitó ahora del trabajo de desenalbardar el *rucio!* que á fe que no faltaran palmadicas que dalle. (1)	125v	—	110v	—

(1) Desde este punto hasta el cap. 43 es manifiesta la desaparición del *rucio*.

	CUESTA 1.ª		CUESTA 2.ª		CUESTA 3.ª	
	Folio		Folio		Folio	
Cap. XXV..	125v	Y en verdad señor Caballero de la *Triste Figura*, que si es que mi partida, y su locura de vuestra merced va de veras, que será bien tornar á ensillar á *Rocinante*, para que supla la falta del rucio, porque será ahorrar tiempo á mi ida y vuelta, que si la hago á pie, no sé cuando llegaré, ni cuando volveré, porque en resolución, soy mal caminante.	125v	—	110v	—
	126	Más fué perder el *asno*, respondió Sancho, pues se perdieron en él las hilas y todo.	126	—	111	—
	126v	Lo cual será al revés en vuestra merced, ó á mí me andarán mal los pies, si es	126v	—	111v	—

	CUESTA 1.ª		CUESTA 2.ª		CUESTA 3.ª	
	Folio		Folio		Folio	
Cap. XXV..		que llevo espuelas para avivar á *Rocinante*.				
	126v	...pero ¿qué haremos para escribir la carta? Y la *libranza pollinesca* también, añadió Sancho.	126v	—	111v	—
	128v	Digo que en todo tiene vuestra merced razón, respondió Sancho, y que *yo* soy un asno: mas no sé yo para qué nombro asno en mi boca, pues no se ha de mentar la soga en casa del ahorcado.	129	Digo que en todo tiene vuestra merced razón, respondió Sancho, y que soy un asno: mas no sé yo para qué nombro asno en mi boca, pues no se ha de mentar la soga en casa del ahorcado.	113v	—
	129v	Mandará vuestra merced, por esta primera de *pollinos*, señora sobrina, dar á Sancho Panza, mi escudero, tres de los cinco que dejé en casa, y están á car-	130	—	114v	—

	CUESTA 1.ª		CUESTA 2.ª		CUESTA 3.ª	
	Folio		Folio		Folio	
Cap. XXV..		go de vuestra merced. Los cuales tres *pollinos*, se los mando librar y pagar por otros tantos aquí recebidos de contado, que consta, y con su carta de pago, serán bien dados.				
	129v	Yo me confío de vuestra merced, respondió Sancho, déjeme iré á ensillar á *Rocinante*, y aparéjese vuestra merced, á echarme la bendición, que luego pienso partirme.	130	—	114v	—
	130	Por amor de Dios, señor mío, que no vea yo en cueros á vuestra merced, que me dará mucha lástima, y no podré dejar de llorar,	130	—	114v	—

	CUESTA 1.ª		CUESTA 2.ª		CUESTA 3.ª	
	Folio		Folio		Folio	
Cap. XXV..		y tengo tal la cabeza del llanto que anoche hice por el *rucio*, que no estoy para meterme en nuevos lloros.				
	130v	Y subiendo sobre *Rocinante*, á quien D. Quijote encomendó mucho, y que mirase por él como por su propia persona, se puso en camino del llano.	131	—	115v	—
	131	Volvió Sancho la rienda á *Rocinante*, y se dió por contento y satisfecho, de que podía jurar que su amo quedaba loco.	131v	—	115v	—
Cap. XXVI..	134	No, no, dijo el Barbero, Sancho Panza, si vos no nos decís dónde queda, imaginaremos, como ya imagi-	134	—	118	—

	CUESTA 1.ª		CUESTA 2.ª		CUESTA 3.ª	
	Folio		Folio		Folio	
Cap. XXVI. .		namos, que vos le habéis muerto y robado, pues venís encima de su *caballo*, en verdad que nos habéis de dar el dueño del rocín, ó sobre eso morena.				
	134v	He perdido el libro de memoria, respondió Sancho, donde venía carta para Dulcinea, y una cédula firmada de su señor, por la cual mandaba que su sobrina me diese tres pollinos, de cuatro ó cinco que estaban en casa. Y con esto les contó la *pérdida de rucio*.	134v	—	118v	—
Cap. XXIX. .	163	Luego subió Don Quijote sobre Rocinante: y el Barbero se acomodó en su ca-	163	—	143	—

	CUESTA 1.ª		CUESTA 2.ª		CUESTA 3.ª	
	Folio		Folio		Folio	
Cap. XXIX. .		balgadura, *quedándose Sancho á pie*, donde de nuevo se le renovó la *pérdida del rucio*, con la falta que entonces le hacia.				
	163v	Con esto andaba (Sancho) tan solícito, y tan contento, que se le olvidaba la pesadumbre de *caminar á pie*.	163v	—	143	—
Cap. XXX. .	171	No tornes á esas pláticas, Sancho, por tu vida, dijo D. Quijote, que me dan pesadumbre: ya te perdoné entonces, y bien sabes tú que suele decirse, á pecado nuevo, penitencia nueva. (Después de esta última palabra, en las otras dos ediciones	171	Y bien sabes tú que suele decirse, á pecado nuevo, penitencia nueva. Mientras esto pasaba vieron venir por el camino donde ellos iban á un hombre caballero sobre un jumento, y cuando llegó cerca les pareció que era gi-	150	—

CUESTA 1.ª		CUESTA 2.ª		CUESTA 3.ª	
Folio		Folio		Folio	
Cap. XXX..	de Cuesta se explica, como ve el lector, el hallazgo del *rucio*, y después continúa): En tanto que los dos iban en estas pláticas, dijo el cura á Dorotea...		tano: pero Sancho Panza que doquiera que vía asnos se le iban los ojos, y el alma, apenas hubo visto al hombre, cuando conoció que era Ginés de Pasamonte, y por el hilo del gitano sacó el ovillo de su asno, como era la verdad, pues era el rucio sobre que Pasamonte venía: el cual por no ser conocido, y por vender el asno se había puesto en traje de gitano, cuya lengua, y otras muchas sabía muy bien hablar, como si fueran naturales suyas. Vióle Sancho, y conocióle, y apenas le hubo visto y		

CUESTA 1.ª		CUESTA 2.ª		CUESTA 3.ª	
Folio		Folio		Folio	
Cap. XXX..			conocido, cuando á grandes voces le dijo: ¡Ah ladrón de Ginesillo, deja mi prenda, suelta mi vida, no te empaches con mi descanso, deja mi asno, deja mi regalo, huye puto, auséntate ladrón, y desampara lo que no es tuyo! No fueron menester tantas palabras, ni baldones, porque á la primera saltó Ginés, y tomando un trote que parecía carrera, en un punto se ausentó, y alejó de todos. Sancho llegó á su rucio, y abrazándole, le dijo: ¿Cómo has estado bien mío, rucio de mis ojos, com-		

	CUESTA 1.ª	CUESTA 2.ª	CUESTA 3.ª
	Folio	Folio	Folio
Cap. XXX..		pañero mío? y con esto le besaba y acariciaba, como si fuera persona; el asno callaba y se dejaba besar y acariciar de Sancho sin responderle palabra alguna. Llegaron todos, y diéronle el parabién del *hallazgo del rucio*, especialmente D. Quijote, el cual le dijo que no por eso anulaba la póliza de los tres pollinos. Sancho se lo agradeció. En tanto que los dos iban en estas pláticas, dijo el cura á Dorotea... (Y continúa igual que la primera de Cuesta).	

	CUESTA 1.ª		CUESTA 2.ª		CUESTA 3.ª	
	Folio		Folio		Folio	
Cap. XXXI..	174	Así, que amigo Sancho, no se me hace dificultoso creer que en tan breve tiempo, hayas ido y venido, desde este lugar al del Toboso, pues como tengo dicho, algún sabio amigo te debió de llevar en volandillas sin que tú lo sintieses. Así sería, dijo Sancho, porque á buena fe, que andaba *Rocinante*, como si fuera asno de gitano, con azogue en los oídos.	174v	—	153	—
Cap. XLIII. .	266	Parecióle á Maritornes que sin duda D. Quijote daría la mano que le habían pedido, y proponiendo en su pensamiento lo que había de ha-	266	—	233	—

	CUESTA 1.ª		CUESTA 2.ª		CUESTA 3.ª	
	Folio		Folio		Folio	
Cap. XLIII. .	cer, se bajó del agujero, y se fué á la caballeriza, donde tomó el cabestro del *jumento* de Sancho Panza, y con mucha presteza se volvió á su agujero... y haciendo una lazada corrediza al cabestro, se la echó á la muñeca, y bajándose del agujero, ató lo que quedaba al cerrojo de la puerta del pajar muy fuertemente.					
	267 Allí el acordarse de nuevo de su querida Dulcinea del Toboso: allí fué el llamar á su buen escudero Sancho Panza, que sepultado en sueño, y tendido sobre la al-	267	—		233v	—

	CUESTA 1.ª		CUESTA 2.ª		CUESTA 3.ª	
	Folio		Folio		Folio	
Cap. XLIII. .	barda de su *jumento*, no se acordaba en aquel instante de la madre que lo había parido.					

	LISBOA 1.ª (1605) Impresa por Rodríguez		LISBOA 2.ª (1605) Impresa por Rodríguez		LISBOA 3.ª (1605) Edición Crasbeech	
	Folio		Folio		Folio	
Cap. XXIII. .	77 (Omítese como en la 1.ª de Cuesta el robo del rucio).		77 (Omítese como en la 1.ª de Cuesta el robo del rucio).		156 (Omítese como en la 1.ª de Cuesta el robo del rucio).	
	77	—	77	—	157	—
	77	—	77	—	157v	—
	78v	—	78v	—	160v	—
	79	—	79	—	161	—
Cap. XXV. .	85	—	85	—	174	—
	85v	—	85v	—	174v	—
	86	—	86	—	167v	—
	88v	—	88v	—	181	—
	88v	—	88v	—	181v	—
	89	—	89	—	182	—
	89	—	89	—	182v	—
	89v	—	89v	—	183	—
	91	—	91	—	186	—
	91v	—	91v	—	187	—
	91v	—	91v	—	187v	—
	91v	—	91v	—	187v	—

	LISBOA 1.ª		LISBOA 2.ª		LISBOA 3.ª	
	Folio		Folio		Folio	
Cap. XXV. .	92	—	92	—	188v	—
	92v	—	92v	—	189	—
Cap. XXVI. .	94v	—	94v	—	193	—
	95	—	95	—	193v	—
Cap. XXIX. .	114v	—	114v	—	233v	—
	114v	—	114v	—	234	—
Cap. XXX. .	120	(Omite el hallazgo del rucio).	120	(Omite el hallazgo del *rucio).*	245	(Omite el hallazgo del rucio).
Cap. XXXI. .	122v	—	122v	—	249	—
Cap. XLIII. .	186	—	186	—	378v	—
	187	—	187	—	380	—

	VALENCIA 1.ª (1605)		VALENCIA 2.ª (1605)		MILÁN (1610)	
	Pág.		Pág.		Pág.	
Cap. XXIII. .	267	(Narra el robo como la 2.ª y 3.ª de Cuesta). El cual como entró por aquellas montañas, se le alegró el corazón, etc.	367	(Se narra el robo del *rucio)*	249	(Se narra el robo del *rucio).*
	270	—	270	—	251	—
	270	—	270	—	251	—
	275	—	275	—	257	—
	277	—	277	—	258	—

	VALENCIA 1.ª		VALENCIA 2.ª		MILÁN	
	Pág.		Pág.		Pág.	
Cap. XXV. .	298	—	298	—	278	—
	298	—	298	—	278	—
	301	—	301	—	281	—
	309	—	309	—	289	—
	310	—	310	—	289	—
	311	—	311	—	291	—
	312	—	312	—	291	—
	313	—	313	—	292	—
	318	—	318	—	297	—
	320	—	320	—	299	—
	320	—	320	—	299	—
	321	—	321	—	300	—
	322	—	322	—	301	—
	323	—	323	—	302	—
Cap. XXVI. .	239	—	329	—	308	—
	331	—	331	—	309	—
Cap. XXIX. .	398	—	398	—	373	—
	399	—	399	—	374	—
Cap. XXX. .	419	Y bien sabes tú que suele decirse á pecado nuevo, penitencia nueva. (Aquí está intercalado el hallazgo del asno como en las ediciones 2.ª y 3.ª de Cuesta; después sigue como todas con esto): En tanto que los	419	(Cuenta el hallazgo del *rucio).*	392	(Cuenta el hallazgo del *rucio).*

	VALENCIA 1.ª		VALENCIA 2.ª		MILÁN	
	Pág.		Pág.		Pág.	
Cap. XXX. .		dos iban en estas pláticas, dijo el cura á Dorotea...				
Cap. XXXI. .	427	—	427	—	400	—
Cap. XLIII. .	646	—	646	—	606	—
	649	—	649	—	608	—

	BRUSELAS 1.ª (1607)		BRUSELAS 2.ª (1611)		BRUSELAS 3.ª (1662)	
	Pág.		Pág.		Pág.	
Cap. XXIII. .	209	(Cuenta el robo del *rucio* lo mismo que la 2.ª y 3.ª de Cuesta).	205	(Cuenta el robo del *rucio* lo mismo que la 2.ª y 3.ª de Cuesta).	213	(Cuenta el robo del *rucio* lo mismo que la 2.ª y 3.ª de Cuesta).
	210	Y así iba tras su amo, sacando de cuando en cuando de un costal (que Rocinante llevaba sobre sí por falta del asno) y embaulando en su panza: y no se le diera por hallar otra aventura, entretanto que iba de aquella manera, un ardite.	207	—	214	—

	BRUSELAS 1.ª		BRUSELAS 2.ª		BRUSELAS 3.ª	
	Pág.		Pág.		Pág.	
Cap. XXIII. .	210	Mas pesaba tanto, que fué necesario que Sancho los alzase.	207	—	215	—
	215	Y así mandó á Sancho, que atajase por la una parte de la montaña.	212	—	219	—
	216	Y siguióle Sancho á pie consolado de la pérdida de su jumento con la esperanza de los tres pollinos.	212	—	220	—
Cap. XXV. .	232	Despidióse del cabrero D. Quijote, y subiendo otra vez sobre Rocinante, mandó á Sancho que le siguiese, el cual lo hizo de muy mala gana.	229	—	237	—
	233	Si ya quisiera la suerte que los animales hablaran, como hablaban en tiempo de Guisope-	229	—	238	—

	BRUSELAS 1.ª		BRUSELAS 2.ª		BRUSELAS 3.ª	
	Pág.		Pág.		Pág.	
Cap. XXV. .		te, fuera menos mal, porque departiera yo con Rocinante (ya que mi corta ventura no permitió pueda ser con mi jumento) lo que me viniera en gana.				
	235	Por tu vida, Sancho, que calles, y de aquí adelante entrométete en *servir á tu amo*, y deja de hacello en lo que no te importa.	231	—	240	—
	241	—	238	—	247	—
	241	—	238	—	247	—
	242	—	239	—	248	—
	243	—	240	—	249	—
	243	—	240	—	249	—
	247	Digo que en todo tiene vuestra merced razón, respondió Sancho, y que soy un asno: mas no sé yo para que nombro asno en mi boca,	244	—	253	—

	BRUSELAS 1.ª		BRUSELAS 2.ª		BRUSELAS 3.ª	
	Pág.		Pág.		Pág.	
Cap. XXV. .		pues no se ha de mentar la soga en casa del ahorcado.				
	249	—	246	—	255	—
	250	—	246	—	255	—
	250	—	246	—	255	—
	251	—	248	—	256	—
	252	—	248	—	257	—
Cap. XXVI. .	257	—	253	—	258	—
	258	donde venía la carta para Dulcinea, y una cédula firmada *de mi* señor.	254	—	264	—
Cap. XXIX. .	311	—	305	—	318	—
	132	—	306	—	318	—
Cap. XXX. .	326	Da cuenta del hallazgo del *rucio* lo mismo que la 2.ª y 3.ª de Cuesta.	321	Da cuenta del hallazgo del *rucio* lo mismo que la 2.ª y 3.ª de Cuesta.	334	Da cuenta del hallazgo del *rucio* lo mismo que la 2.ª y 3.ª de Cuesta.
Cap. XXXI. .	333	—	327	—	341	—
Cap. XLIII. .	503	—	495	—	516	—
	505	—	497	—	518	—

	AMBERES (1719)		TONSON (1738)		ACADEMIA 1.ª (1780)	
	Pág.		Pág.		Pág.	
Cap. XXIII. .	213	(Cuenta el robo del *rucio* lo mismo que la Cuesta 2.ª y 3.ª).	217	(Cuenta el robo del *rucio* lo mismo que la Cuesta 2.ª y 3.ª).	16	(Cuenta el robo del *rucio* lo mismo que la Cuesta 2.ª y 3.ª).
	214	—	219	—	17	—
	215	—	219	—	18	—
	219	—	224	—	22	—
	220	—	225	—	23	—
Cap. XXV. .	237	—	242	—	40	—
	238	—	243	—	40	—
	240	—	245	—	43	—
	247	—	252	—	49	—
	247	—	252	—	49	—
	248	—	253	—	51	—
	249	—	254	—	51	—
	249	—	254	—	52	—
	253	—	359	—	56	—
	255	—	260	—	57	—
	255	—	261	—	58	—
	256	—	261	—	58	—
	257	—	263	—	59	—
	258	—	263	—	60	—
Cap. XXVI. .	263	—	269	—	65	—
	264	—	270	—	66	—
Cap. XXIX. .	318	—	30	—	119	—
	318	—	30	—	120	—
Cap. XXX. .	334	(Después de las palabras *á pecado nuevo penitencia nueva*, se cuenta el hallazgo	46	(Después de las palabras *á pecado nuevo penitencia nueva*, se cuenta el hallazgo	135	(Después de las palabras *á pecado nuevo penitencia nueva*, se cuenta el hallazgo

	AMBERES		TONSON		ACADEMIA 1.ª	
	Pág.		Pág.		Pág.	
Cap. XXX. .		del rucio, para enlazar después): En tanto que ellos iban en estas pláticas, dijo el cura á Dorotea...		del rucio, para enlazar después): En tanto que ellos iban en estas pláticas...		del rucio, para enlazar después): En tanto que ellos iban en estas pláticas...
Cap. XXXI. .	341	—	53	—	142	—
Cap. XLIII. .	516	—	233	—	316	—
	518	sobre el *albarde*.	235	sobre el albarda.	318	—

	BOWLE (1781)		PELLICER (1798)		ACADEMIA 2.ª (1819)	
	Pág.		Pág.		Pág.	
Cap. XXIII. .	189	(Cuenta el robo del *rucio* lo mismo que la 2.ª y 3.ª de Cuesta).	166	(Cuenta el robo del *rucio* lo mismo que la 2.ª y 3.ª de Cuesta).	256	(Cuenta el robo del *rucio* lo mismo que la 2.ª y 3.ª de Cuesta).
	191	Y así iba trás su amo cargado, con todo aquello que había de llevar el rucio, sacando de un costal, y embaulando en su panza...	169	—	258	—
	191	—	169	—	258	—
	195	—	174	—	263	—
	196	Suiguióle Sancho á pie, y cargado, merced á Ginesillo de Pasamonte.	178	—	265	—

	BOWLE		PELLICER		ACADEMIA 2.ª	
	Pág.		Pag.		Pág.	
Cap. XXV. .	211	—	206	—	286	—
	211	—	207	—	286	—
	213	—	211	—	289	—
	219	—	222	—	297	—
	219	—	222	—	297	—
	220	—	224	—	299	—
	221	—	225	—	300	—
	221	—	226	—	300	—
	225	—	233	—	305	—
	226	—	236	—	307	—
	226	—	236	—	307	—
	227	—	237	—	308	—
	228	—	239	—	310	—
	228	—	240	—	310	—
Cap. XXVI. .	233	—	249	—	316	—
	234	—	251	—	318	—
Cap. XXIX. .	281	—	83	—	35	—
	281	—	84	—	36	—
Cap. XXX. .	295	(Cuenta el hallazgo del *rucio* lo mismo que la 2.ª y 3.ª de Cuesta).	110	(Cuenta el hallazgo del *rucio* lo mismo que la 2.ª y 3.ª de Cuesta).	55	(Cuenta el hallazgo del *rucio* lo mismo que la 2.ª y 3.ª de Cuesta).
Cap. XXXI. .	301	—	122	—	63	—
Cap. XLIII. .	455	—	148	—	277	—
	457	—	151	—	279	—

	ARRIETA (1827)		CLEMENCIN (1833)		RIVADENEYRA (1846)	
	Pág.		Pág.		Pág.	
Cap. XXIII. .	4	Empieza y acaba el *robo* como las otras ediciones, menos la 1.ª de Cuesta.	227	Empieza y acaba el *robo* como las otras ediciones, menos la 1.ª de Cuesta.	274	Empieza y acaba el *robo* como las otras ediciones, menos la 1.ª de Cuesta.
	6	Y así iba tras su amo cargado con todo aquello que había de llevar el rucio, sacando de un costal y embaulando en su panza.	231	—	274	—
	6	—	232	—	274	—
	12	—	242	—	275	—
	14	Siguióle Sancho á pie y cargado, merced á Ginesillo de Pasamonte.	244	—	275	—
Cap. XXV. .	38	—	273	—	279	—
	38	—	274	—	279	—
	42	—	279	—	279	—
	51	—	300	—	281	—
	51	—	301	—	281	—
	53	—	304	—	281	—
	54	—	305	—	281	—
	54	—	306	—	281	—
	60	—	318	—	282	—
	63	—	322	—	282	—
	63	—	323	—	282	—
	64	—	323	—	282	—

	ARRIETA		CLEMENCIN		RIVADENEYRA	
	Pág.		Pág.		Pág.	
Cap. XXV. .	66	—	327	—	283	—
	66	—	328	—	283	—
Cap. XXVI. .	73	—	342	—	284	—
	75	—	345	y una cédula firmada de *mi* señor.	284	—
Cap. XXIX. .	150	—	440	—	295	—
	151	—	440	—	295	—
Cap. XXX. .	173	Narra el hallazgo del *rucio* lo mismo que la 2.ª y 3.ª de Cuesta.	473	Narra el hallazgo del *rucio* lo mismo que la 2.ª y 3.ª de Cuesta.	298	Narra el hallazgo del *rucio* lo mismo que la 2.ª y 3.ª de Cuesta.
Cap. XXXI. .	183	—	492	—	299	—
Cap. XLIII. .	164	Por haber suprimido el Sr. Arrieta las novelas del *Curioso impertinente* y el *Cautivo*, corresponden estos dos pasajes al capítulo 38.	285	—	334	—
	266	—	289	—	334	—

	GASPAR Y ROIG (1850)		ARGAMASILLA 1.ª (1863)		ARGAMASILLA 2.ª (1863)	
	Pág.		Pág.		Pág.	
Cap. XXIII. .	132	Narra en la misma forma el *robo del rucio* como las ediciones 2.ª y 3.ª de Cuesta, y al terminarlo empieza: *El cual* como entró, etc.	225	Según fué lo que miraron y buscaron los geleotes. Omite aquí todo el *robo del rucio*, y continúa de este modo: Así como D. Quijote entró por aquellas montañas, etc.	212	—
	133	Y así iba tras su amo cargado con todo aquello que había de llevar el rucio, sacando de un costal y embaulando en su panza.	226	Y así, iba tras su amo, *sentado á la mujeriega* sobre su jumento, sacando de *su* costal y embaulando en su panza.	212	—
	133	Mas *pesaba* tanto.	226	mas *pesaban* tanto.	213	—
	135	—	231	—	217	—
	136	Siguióle Sancho á pie y cargado, merced á Ginesillo de Pasamonte.	232	Siguióle Sancho con su acostumbrado jumento.	218	—
Cap. XXV. .	146	—	250	—	235	—
	146	—	250	—	236	—
	147	—	253	—	238	—
	150	—	258	En esta página, en la lín. 18, y después de	243	—

	GASPAR Y ROIG		ARGAMASILLA 1.ª		ARGAMASILLA 2.ª	
	Pág.		Pág.		Pág.	
Cap. XXV. .				las palabras «más á Roldán que Amadís», intercaló Hartzenbusch el robo del rucio, salvando con esto las contradicciones que van anotadas, y añade en seguida el pasaje que está señalado en la 3.ª de Cuesta con el número 5, que dice:		
				Y cargando con todo aquello que había de llevar el rucio, merced á Ginesillo de Pasamonte, siguió á su amo.		
	151	—	261	—	246	—
	151	—	263	—	247	—
	151	—	263	—	248	—
	152	—	264	—	248	—
	154	—	268	—	253	—
	154	—	270	—	254	—
	154	—	270	—	255	—
	155	—	271	—	255	—
	155	—	272	—	257	—
	156	—	273	—	257	—

	GASPAR Y ROIG		ARGAMASILLA 1.ª		ARGAMASILLA 2.ª	
	Pág.		Pág.		Pág.	
Cap. XXVI. .	160	—	6	—	6	—
	160	—	7	—	7	—
Cap. XXIX. .	188	—	63	—	60	—
	189	—	64	—	60	—
Cap. XXX. .	197	Cuenta el *hallazgo del asno* en la misma forma que las ediciones 2.ª y 3.ª de Cuesta.	80	Narra el *hallazgo del asno* del mismo modo que las ediciones 2.ª y 3.ª de Cuesta.	76	—
Cap. XXXI. .	201	—	88	—	83	—
Cap. XLIII. .	298	—	273	—	257	—
	299	—	275	—	259	—

	MÁINEZ (1877)		BENJUMEA (1880)		FITZMAURICE-KELLY (1898)	
	Pág.		Pág.		Pág.	
Cap. XXIII. .	6	Según fué lo que llevaron y buscaron los geleotes. Aquí cuenta el *robo del rucio* de la misma manera que las ediciones 2.ª y 3.ª de Cuesta.	185	Según fué lo que *miraron* y buscaron los galeotes. Sigue aquí el *robo del rucio* en la misma forma que en las ediciones 2.ª y 3.ª de Cuesta.	201	Omite, como la 1.ª de Cuesta, el *robo del rucio*.
	8	Y así iba tras su amo, cargado con todo aquello que había de llevar el rucio,	287	—	201	—

		MÁINEZ		BENJUMEA		FITZMAURICE-KELLY	
	Pág.		Pág.		Pág.		
Cap. XXIII. .		sacando de un costal, y embaulando en su panza.					
	9	mas *pesaban* tanto	287	—	201	—	
	12	Y así mandó á Sancho que atajase por una parte de la montaña, que él iría por otra. En este pasaje sigue á la de Bruselas 1607.	190	—	205	—	
	13	Y siguióle Sancho á pie y cargado, merced á Ginesillo de Pasamonte.	191	—	206	—	
Cap. XXV. .	31	—	206	—	220	—	
	31	—	206	—	221	—	
	33	—	208	—	222	—	
	38	—	213	—	228	—	
	38	—	213	—	229	—	
	39	—	214	—	230	—	
	40	—	215	—	230	—	
	40	—	215	—	230	—	
	43	—	218	—	234	—	
	44	—	220	—	236	—	
	45	—	220	—	236	—	
	45	—	220	—	236	—	
	46	—	221	—	238	—	
	47	—	222	—	238	—	

		MÁINEZ		BENJUMEA		FITZMAURICE-KELLY	
	Pág.		Pág.		Pág.		
Cap. XXVI. .	55	—	226	—	243	—	
	55	—	227	—	244	—	
Cap. XXIX. .	102	—	270	—	283	—	
	102	—	270	—	283	—	
Cap. XXX. .	117	Explica igual que las otras ediciones el *hallazgo del rucio*.	283	Narra el *hallazgo del rucio* del mismo modo que las otras ediciones.	297	Después de «á pecado nuevo, penitencia nueva», sigue: En tanto que los dos iban en estas pláticas... omitiendo, como en la 1.ª edición de Cuesta, el *hallazgo del rucio*.	
Cap. XXXI. .	123	—	289	—	303	—	
Cap. XLIII. .	264	—	434	—	430	—	
	266	—	435	—	431	—	

Fatigosa, por lo larga, ha sido la cita; pero, sin haber juntado como en un solo haz las 26 narraciones, no era posible hacer referencias que el lector podrá comprobar sin esfuerzo alguno. Al traerlas á este sitio, no se trata de dilatar con ellas las páginas del presente volumen, sino de orientar á los que desearen persuadirse por sí mismos de la obscuridad que rodea al tan discutido relato. Para esclarecerlo haremos las observaciones siguientes:

1.ª No es nuestro propósito restar autoridad á la *princípe*. Por eso, á fuer de imparciales, se comienza haciendo patentes las incongruencias de las ediciones 2.ª y 3.ª de Juan de la Cuesta; pero incongruencias intermitentes, y que ni aun en esto van de acuerdo.

2.ª La primitiva edición sale incólume, aunque por breves momentos, de tamañas inconsecuencias. En ella, por causas que no se explican suficientemente, queda en silencio la narración del *robo*. Por eso se han dejado en blanco las páginas XXXV, XXXVI, XXXVII, XXXVIII y XXXIX, y por esta razón no sorprende seguir leyendo que Sancho *iba sentado á la mujeriega;* que hubo de *apearse* para coger la maleta que por el mucho peso no fué posible á D. Quijote alzar con su lanzón; que poco más tarde se le ordenara *apearse* de nuevo para atajar la montaña; que luego se diga: «*siguióle Sancho con su acostumbrado jumento*»; que en el capítulo 25, al despedirse D. Quijote del cabrero, aparezcan amo y mozo montados en sus respectivas cabalgaduras; que, al mandarle su señor guardar silencio, se duela de que el rucio no tenga el don de la palabra como los animales de que habla Esopo, pues al menos podría departir con él; y, al fin, se le advierte: «*Por tu vida, Sancho, que calles; y de aquí adelante entremétete en espolear á tu asno.*» (Véanse confirmadas las anteriores referencias en las páginas XXXIX, XL y XLI.)

3.ª Hasta aquí el triunfo de la 1.ª edición; el triunfo de los que sostienen que el novelista no escribió el robo del rucio; y por tanto la derrota de la 2.ª edición es evidente; porque si, como puede verse en la página XXXV, en ella se relata el *hurto*, el coincidir ahora con la primera en los siete pasajes arriba citados, es contradicción palmaria.

Pero apenas la *princeps* ha subido al pináculo de la gloria, cuando cae lastimosamente, quedando tan mal herida que aun no ha podido convalecer.

El golpe ha sido terrible, y la impresión para el lector en extremo dolorosa: acaba de ver al bueno del escudero montado en el asno, y

ahora, como por arte de encantamiento, aquel mismo Sancho que nos dijo *no estar acostumbrado á andar á pie*, aparece sin cabalgadura, camina que te caminas, exclamando: «*—¡Bien haya quien nos quitó ahora del trabajo de desenalbardar al rucio!*»... «*será bien tornar á ensillar á Rocinante para que supla la falta del rucio.*» ¡Con qué pena nos dice: «*Más fué perder el asno, pues se perdieron en él las hilas y todo!*» Pero, en fin: «*...ó á mí me andarán mal los pies, si es que llevo espuelas para avivar á Rocinante.*» No es menor su pena cuando, confesando sus cortos alcances, responde á D. Quijote: «*...en todo tiene vuestra merced razón, y que soy un asno. Mas no sé yo para qué nombro asno en mi boca, pues no se ha de mentar la soga en casa del ahorcado.*» Pero... «*Déjeme: iré á ensillar á Rocinante, y aparéjese vuestra merced á echarme su bendición, que luego pienso partirme.*»

4.ª Si no bastasen estas citas á demostrar que el rucio no está en compañía de su dueño, y probar de pasada la gran caída de la 1.ª edición, lo acreditarán por modo concluyente esotros testimonios:

«*— Por amor de Dios, señor mío, que no vea yo en cueros á vuestra merced, que me dará mucha lástima y no podré dejar de llorar, y tengo tal la cabeza, del llanto que anoche hice por el rucio, que no estoy para meterme en nuevos lloros.*»

Dando un paso más en la narración, entramos en el capítulo 26, pero entramos á obscuras: sólo se oyen quejas, lamentaciones; sólo se habla de dudas y recelos, que todo anda mezclado, pues vese al escudero sobre el Rocinante. «*— No, no, — dijo el barbero, — Sancho Panza: si vos no nos decís dónde queda* (el amo), *imaginaremos, como ya imaginamos, que vos le habéis muerto y robado, pues venís encima de su caballo. En verdad que nos habéis de dar el dueño del rocín.*» Y, acorralado por las amenazas de maese Nicolás, se ve obligado á *contar la pérdida del rucio*. Y ¿cómo la refirió? Indudablemente del mismo modo y manera que lo relató más tarde á Sansón Carrasco.

5.ª El fracaso de la 1.ª edición es completo. Después de haber tenido un momento de luz; después de haber *apuntado* la idea de la pérdida del jumento; cuando parecía le entraban escrúpulos, en vez de un arrepentimiento sincero, acreedor á la indulgencia, llega el capítulo 30 (¡oh desencanto!), y el bellísimo trozo del *hallazgo*, el que tantos encomios ha merecido por la simpatía que despierta en los corazones tiernos, ese venturoso *hallazgo* que tan discretamente pone aquí el novelista, diríase condenado á no ver jamás la luz del

día, como si el contraste entre el *hurto* y el *recobro* careciesen de valor estético en una obra de arte.

6.ª ¿Por qué condenar á vergonzoso ostracismo páginas tan llenas de naturalidad y donaire como las del gracioso *hurto* y feliz *hallazgo?* ¿Son acaso una profanación artística hecha por audaz y mediocre literato? Si como dijo Cervantes: «*la pluma es lengua del alma y, cuales fueren los conceptos que en ella se engendrasen, tales serán sus escritos*», ¿hay en estas dos narraciones algo que venga á tronchar la palma otorgada al regocijo de las musas? Sello de personalidad literaria, como ahora dicen, el estilo de entrambas, pregona ser el mismo que en casos análogos usó el Príncipe de los ingenios.

7.ª Comiéncese por el diccionario, por la palabra, esa hermana gemela del pensamiento, y será fácil llegar á la conclusión de que éste y aquélla se engendraron en un mismo instante, y, cual Minerva del cerebro de Júpiter, así también ellos salieron engalanados del alma del artista, para vivir eternamente juntos.

Acordar. — ¿No están diciendo estas dos frases: «ACORDÓ (Ginés) de esconderse en aquellas montañas»... «ACORDÓ de hurtar el asno», ser de la misma familia que esotras, por no citar más?: «Viendo el señor de la casa que era ya tarde y que Anselmo no llamaba, *acordó* de entrar.» (I, 35.) «...*acordaron* de no tocarle en ningún punto de la andante caballería.» (II, 1.) «...*acordó* de echarlos (los requesones) en la celada de su señor.» (II, 17.) «...*acordó* el padre de Quiteria de estorbar á Basilio la ordinaria entrada que en su casa tenía.» (II, 19.)

Agradecer. — ¿No son de una misma factura, para usar una frase moderna, este pasaje del *robo*: «*Agradeció* (Sancho) á D. Quijote la merced que le hacía», y aquel otro del capítulo 3.º: «...*agradeciéndole* la merced de haberle armado caballero»?

Agradecido. — Este otro caso: «Ginés, que no era ni *agradecido* ni bien intencionado», arguye, comparándole con los ejemplos que van á continuación, que en la pluma de Cervantes era habitual la gracia en el empleo de *agradecer* y *agradecido*.

«...y contentóse con un pajecillo barbilucio, sin otra hacienda ni nombre que el que le pudo dar de *agradecido* la amistad que guardó á su amigo.» (II, 1.) «Y de camino podéis encajar un besalamanos á mi señor D. Quijote de la Mancha, por que vea que soy pan *agradecido*.» (II, 47.) «Escribe á tus señores y muéstrateles *agradecido;*

que la ingratitud es hija de la soberbia y uno de los mayores pecados que se saben, y la persona que es *agradecida* á los que bien le han hecho, da indicio que también lo será á Dios, que tantos bienes le hizo y de continuo le hace.» (II, 51.) «...y enviádole el presente que vuestra merced me dice, estoy muy satisfecho, y procuraré de mostrarme *agradecido* á su tiempo.» (II, 51.) «...y no será bien que, pues se me da á mí por consejo que sea *agradecido*, que vuesa merced no lo sea con quien tantas mercedes le tiene hechas.» (II. 51.)

Brinco. — ¿Qué diferencia advierten el gramático, el crítico, el literato de fino gusto, entre la significación metafórica dada en esta narración á la voz *brinco* y la que tiene en otros pasajes del mismo autor? «*Brinco* de mis hijos» llamó Sancho en esta ocasión al rucio. Y en otro capítulo del *Quijote* se lee: «En resolución, él me aduló el entendimiento y me rindió la voluntad con no sé qué dijes y *brincos* que me dió.» En *La gitanilla* dijo: «En verdad que pensé, — dijo Preciosa, — que juraba vuesa merced por algún niño de dos años: mirad qué D. Juanico y qué *brinco*.»

Cédula. — Así en el relato del suceso que se discute como en todas las obras del inmortal novelista, se echa de ver lo habitual que era en su pluma el vocablo *cédula*.

«Levantábase de mañana, y aguardaba á que el despensero viniere, á quien de la noche antes, por una *cédula* que ponía en el torno, le avisaban lo que había de traer otro día...» *(El celoso extremeño.)*

«Ya en este tiempo había dado traza Tomás como le viniesen cincuenta escudos de Sevilla, y, sacándolos él de su seno, se los entregó al huésped con cartas y *cédula* fingida de su amo.» *(La ilustre fregona.)*

«Pero aun no bien satisfecha de sus juramentos y palabras, porque no se las llevase el viento, hice que las escribiese en una *cédula* que él me dió firmada de su nombre.» *(Las dos doncellas.)*

«Bien os debéis acordar quién fué Leocadia, y cuál fué la palabra que le distes firmada en una *cédula* de vuestra mano y letra, ni se os habrá olvidado el valor de sus padres... Confieso, hermosa Leocadia, que os quise bien, y me quisistes, y juntamente con esto confieso que la *cédula* que os hice fué más por cumplir con vuestro deseo que con el mio.» *(Las dos doncellas.)*

«La reina llamó á un mercader rico que habitaba en Londres, y era francés, el cual tenía correspondencia en Francia, Italia y España, al cual entregó los diez mil escudos, y él pidió *cédulas* para que se las entregasen al padre de Isabela en Sevilla.» *(La española inglesa.)*

«Sí digo que sentí en el alma mi cautiverio, y sobre todo la pérdida de los recaudos de Roma, donde en una caja de lata traía, con una *cédula* de los mil y seiscientos ducados...» *(La española inglesa.)*

Curar. — La significación para muchos arcaica de *cuidar, poner cuidado, hacer caso de alguna cosa*, es la misma en que se emplea aquí: «Ginés... acordó de hurtar el asno á Sancho Panza, no *curándose* de Rocinante, por ser prenda tan mala para empeñada como para vendida.»

Este *curar* ¿no evoca, en la memoria de muchos, otros varios ejemplos en los que tiene la misma significación é igual sabor? ¿Por qué el arriba citado ha de ser de escritor menos artista que Avellaneda y no de Cervantes, que tantas y tantas veces se gallardeó en su gracioso empleo?

«No se *curó* el arriero destas razones (y fuera mejor que se *curara*)...» (I, 3.) «No se había *curado* Sancho de echar sueltas á Rocinante.» (I, 15.) «Don Quijote no se *curaba* de las piedras, antes, discurriendo á todas partes, decía:» (I, 18.) «Dió luego voces á Sancho Panza que viniese; pero él no se *curó* de venir.» (I, 19.) «...como por aquel lugar inhabitable y escabroso no parecía persona alguna de quien poder informarse, no se *curó* de más que de pasar adelante.» (I, 23.) «...no se *curan* de procuralle.» (I, 25.) «...no se *cure* de ir por agora á ver á mi señora Dulcinea.» (I, 31.) «...y el señor está á pierna tendida gozando de la renta que le dan, sin *curarse* de otra cosa.» (I, 50.) «...respondió (al leonero) que le oía, que no se *curase* de más intimaciones y requerimientos, que todo sería de poco fruto.» (II, 17.) «No te *cures* de otra averiguación.» (II, 29.) «...volveos á vuestra casa, y criad vuestros hijos si los tenéis, y *curad* de vuestra hacienda.» (II, 31.) «...de las barbas de acá, poco ó nada me *curo*.» (II, 38.) «Pero el gato, no *curándose* destas amenazas, gruñía y apretaba.» (II, 46.) «—Mirad, señor doctor: de aquí en adelante no os *curéis* de darme á comer cosas regaladas.» (II, 49.) «...no se *curaría* de las solicitudes dese señor mayorazgo.» (II, 54.)

Despensa. — Si el estilo refleja la manera particular que en el concebir y expresar las ideas tiene cada escritor, ¿no presentan un mismo tipo, parangonados con el primer ejemplo que citamos á continuación, por ser propio de este pasaje, los que le siguen inmediatamente?

«...con veintiséis maravedís que ganaba cada día, mediaba yo mi *despensa*.» (I, 23.) «...y lo que no había de bueno en ello era que perecían de hambre, que con la falta de las alforjas les faltó toda la *despensa* y matalotaje.» (I, 19.) «...y desbalijando á la balija de su lencería, la puso en el costal de la *despensa*.» (I, 23.) «Tendieron la arpillera del primo sobre la verde hierba, acudieron á la *despensa* de sus alforjas, y, sentados todos tres en buen amor y compaña, merendaron y cenaron todo junto.» (II, 22.)

Empeñar. — En el significado de dar ó dejar en prenda una cosa para seguridad de la satisfacción ó pago, como indica la palabra en esta cláusula, tiene la misma acepción que le dió el novelista en casos análogos.

«...acordó de hurtar el asno á Sancho Panza, no curándose de Rocinante, por ser prenda tan mala para *empeñada* como para vendida.» (I, 23.) «Dió luego D. Quijote orden en buscar dineros; y, vendiendo una cosa y *empeñando* otra y malbaratándolas todas, llegó una razonable cantidad.» (I, 7.) «Dice verdad, — dijo el comisario; —que él mesmo ha escrito su historia, que no hay más que desear, y deja *empeñado* el libro en la cárcel en doscientos reales.» (I, 22.) «Salí de mi patria, *empeñé* mi hacienda, dejé mi regalo, y entreguéme en los brazos de la fortuna.» (II, 16.)

Los que dijeren que el *empeñar* de las anteriores citas es ejemplo sumamente débil, por no constituir una manera singular de expresión, ¿podrán negar que la hay, y muy significativa, en este que ahora sigue?

Guiar. — «...pero la suerte fatal, que, según opinión de los que no tienen lumbre de la verdadera fe, todo lo *guía*, guisa y compone á su modo, ordenó que Ginés...» (I, 23.) «— La ventura va *guiando* nuestras cosas mejor de lo que acertáramos á desear.» (I, 8.)

Suerte. — Si en los dos ejemplos anteriores brilla una imagen, una creación estética, siquiera en miniatura, signo de una misma personalidad literaria, ¿acaso no se destaca también ésta en el uso de la voz *suerte*?

«Pero la *suerte* fatal, que, según opinión de los que no tienen lumbre de la verdadera fe, todo lo guía, guisa y compone...» (I, 23.)

«La *suerte*, que de bien en mejor encaminaba los negocios de Loaysa, trujo á aquellas horas, que eran dos después de la media noche, por la calle á sus amigos, á los cuales hizo la señal acostumbrada.» *(El celoso extremeño.)*

«Pero la *suerte*, que no sabré decir si mis cosas empeoraba ó mejoraba, ordenó que, en ninguna parte donde pensase hallar á doña Estefanía, la hallase.» *(El casamiento engañoso.)*

También pudieran entrar en competencia otros vocablos de entrambos relatos, sin temor á ser vencidos por sus hermanos del *Don Quijote* y demás obras del ingenio complutense; pero, aunque tarea fácil, sería fatigosa al lector, á quien sólo place lo que por modo concluyente se le afirma y prueba, á saber: que aun siendo, como lo son, las palabras del dominio común; que aun usadas por otros escritores en la misma acepción metafórica; que aun no constituyendo un signo de potente y briosa originalidad; todavía hay en ellas algo que, cual piezas preparadas de antemano, para que por su reunión y ajuste compongan un todo, muestra, por su ritmo y harmonía, por la elegante soltura de su hipérbaton, por la naturalidad con que corre la pluma, no sabemos si por instinto ó con disimulado estudio; haber en ellas algo que sólo cuadra, por el modo de concebir y expresar las ideas, con la *manera* de Cervantes, tan distinta de la frialdad y pesadez del servil imitador, el falso Avellaneda, para no citar nada más que á él y á sus, más torpes aún, bajos imitadores.

8.ª Es, por tanto, la narración del debatido *hurto*, tela tejida por la misma mano que tejió otras, también bellísimas, escenas del imperecedero libro, y tiene su lugar propio en la inmortal novela, sea cual fuere la causa (que esto no se averiguará jamás) de no haber aparecido en la primitiva edición del *Don Quijote*. Hase dicho que tiene su propio asiento... ¿Dónde? ¿En el capítulo 23? ¿En el 25? Esta es la cuestión por resolver.

Si las cuartillas parecieron acabada ya la impresión, ó si, apremiado por el editor, las escribió de nuevo Cervantes, no es cosa bien averiguada; pero ellas forman parte del inmenso caudal atesorado por el autor de *La Galatea* y de otras obras que le han hecho famoso en los fastos de la literatura.

La precipitación con que, á las pocas semanas de la primera impresión, hubo de incorporarse el susodicho relato en el cuerpo de la

novela, explica suficientemente las incongruencias que desdoran tan precioso libro, si ya no es que *de industria* las dejó allí para *dar en qué entender* á sus contemporáneos y á los venideros. Cuántas y cuáles sean esas incongruencias, las verá quien hojee las páginas señaladas con los números XXXV hasta la LII inclusive.

9.ª En resolución: con la autorización más solemne que en la materia cabe recibir, y sin temor á quien inconsideradamente ose censurarlo, hemos incluído en el capítulo 23 la tan traída y llevada narración del *hurto*, y, asimismo, en el 30, la del *hallazgo*. ¿De dónde procede tan solemne autorización? De lo más alto que pueda desearse, de Cervantes, del prestigio que emana de estos sus dos pasajes:

«Volvió Sancho á casa de D. Quijote, y, volviendo al pasado razonamiento, dijo: «— Á lo que el señor Sansón dijo, que se deseaba saber quién ó cómo ó cuándo se me hurtó el jumento, respondiendo digo: que la noche misma que, huyendo de la Santa Hermandad, nos entramos en Sierra Morena, después de la aventura sin ventura de los galeotes y de la del difunto que llevaban á Segovia, mi señor y yo nos metimos entre una espesura, adonde, mi señor arrimado á su lanza y yo sobre mi rucio, molidos y cansados de las pasadas refriegas, nos pusimos á dormir como si fuera sobre cuatro colchones de pluma. Especialmente yo, dormí con tan pesado sueño, que quienquiera que fué tuvo lugar de llegar y suspenderme sobre cuatro estacas, que puso á los cuatro lados de la albarda, de manera que me dejó á caballo sobre ella, y me sacó debajo de mí el rucio sin que yo lo sintiese.

— Eso es cosa fácil, y no acontecimiento nuevo; que lo mismo sucedió á Sacripante cuando, estando en el cerco de Albraca, con esa misma invención le sacó el caballo de entre las piernas aquel famoso ladrón llamado Brunelo.

— Amaneció, — prosiguió Sancho; — y, apenas me hube estremecido, cuando, faltando las estacas, di conmigo en el suelo una gran caída, miré por el jumento, y no le vi. Acudiéronme lágrimas á los ojos, y hice una lamentación, *que, si no la puso el autor de nuestra historia, puede hacer cuenta que no puso cosa buena...*

— No está en eso el yerro,— replicó Sansón,— sino en que, antes de haber parecido el jumento, dice el autor que iba á caballo Sancho en el mismo rucio.

— Á eso, — dijo Sancho, — no sé qué responder, *sino que el historiador se engañó, ó ya sería descuido del impresor.*

— Así es sin duda, — dijo Sansón. »

« — Yo tendré cuidado, — dijo Carrasco, — de acusar al autor de la historia que, si otra vez la imprimiere, no se le olvide esto que el buen Sancho ha dicho, que *será realzarla un buen coto más de lo que ella* se está. » (II, 4.)

« Dice, pues, que bien se acordará, el que hubiere leído la primera parte desta historia, de aquel Ginés de Pasamonte á quien entre otros galeotes dió libertad D. Quijote en Sierra Morena; beneficio que después le fué mal agradecido y peor pagado de aquella gente maligna y mal acostumbrada. Este Ginés de Pasamonte, á quien D. Quijote llamaba Ginesillo de Parapilla, fué el que hurtó á Sancho Panza el rucio, que, por no haberse puesto el cómo ni el cuándo en la primera parte *por culpa de los impresores, ha dado en qué entender á muchos que atribuían á poca memoria del autor la falta de imprenta.* Pero, en resolución, Ginés le hurtó estando sobre él durmiendo Sancho Panza, usando de la traza y modo que usó Brunelo cuando, estando Sacripante sobre Albraca, le sacó el caballo de entre las piernas; y después le cobró Sancho como se ha contado. » (II, 27.)

¿No valdrían ambos testimonios por cierta especie de definición dogmática en una asamblea general de cervantistas? ¿Se inclinarían los asambleistas del lado de Hartzenbusch, ordenando que, en lo sucesivo, fuese el asendereado relato á la mitad del capítulo 25? Acaso; pero ciertamente la votación no sería unánime, porque, hecho el traslado, muy bien pudiera objetarse que huelgan las explicaciones ahora transcritas, ya que los lectores de las ediciones de Argamasilla no han topado con incongruencia alguna. Sin embargo, respetemos la tradición y queden las cosas tal como las recibimos de nuestros mayores, porque... peor es meneallo.

V

PASAJES ESCABROSOS

No son observaciones éstas para andar en manos de los niños, ni aun de la generalidad de las personas: van tan sólo camino de las del sabio, del erudito, del estudioso; y, con todo, tememos se nos moteje de desapiadados al descubrir llagas que, de no curarse, quizá fuera más discreto no exponerlas á la violenta y abrasadora claridad del día; porque, aun tratándose de un examen anatómico, tiene muchas quiebras guiarse por el aforismo del satírico italiano, el aforismo de que *tutto si può spiegar, tutto dir lice...*

¿Todo? « Demasiado sé yo, — *decía un ilustre académico,* — ...que en el gabinete de su casa ó en el de la vecina pasan aventuras como las que cuentan Edmundo Faidau, Dumas hijo, Alfredo de Musset y otros, y que tales escenas, si á dicha las contempla por la cerradura un incauto niño, ó las acecha una curiosa sirviente tras una cortina, no se diferencian mucho de las de *Fanny*, de la *Dama de las Camelias* y de *Rolla*, ni de otras obras de la misma calaña. En todas ellas hay verdad por una parte, y vivo interés y deleite por otra. Pero yo pregunto: ¿Aquella verdad es artística, es ostensible siquiera? Este interés y este deleite ¿no son peligrosos, por no decir vituperables? » (1).

De esto, y más aún, están salpicados los libros caballerescos. En ellos, en *Tirante el Blanco* (sirva de ejemplo), para satisfacción de curiosidad femenil (más insana que la del rapaz tras el agujero de la cerradura), una doncella menos casta que disipada, Placerdemivida, relata con singular donaire lo que, fingiéndose dormida, había presenciado: las *bodas sordas* que dice el novelista, lúbricamente célebres en la galería de cuadros semejantes, aunque entren en competencia los de Zola. ¡Tan grande es la viveza del colorido, tal su creciente y sensual interés, y tales las sombras que obscurecen á trechos su brillante gloria!

(1) Marqués de Molins *Discurso* leído en la Real Academia Española el 14 Mayo de 1863.

Por esto pone miedo en el ánimo hablar sin reserva alguna de la materia que, con inaudita audacia, con sin par crudeza, se toca en el libro de Martorell (1).

Como la gente, y de un modo señalado la de vida ociosa y desquehacerada, se disipase en la lectura frívola de semejantes libros, hubieron de levantarse contra tamaña aberración las voces de los moralistas.

«Agora querría preguntar á los que leen libros de caballerías fingidas y mentirosas: ¿Qué les mueve á esto? Responderme han que *su lectura* anda siempre acompañada con deleite y suavidad... pero los sanos y buenos ingenios mucho más han de holgar de leer estas historias (las de los mártires) que las de aquellas vanidades acompañadas con muchas deshonestidades con que muchas mujeres locas se enamoran, pareciéndoles que no menos merecían ellas ser servidas que aquellos por quien se hicieron tan grandes proezas y notables hechos en armas» (2).

Pero se dirá: «El sentir de los moralistas no se aviene en todo con la verdad en el arte, con el realismo; y los autores de las citadas novelas dicen, en el punto á que nos referimos, la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad.» Pero ¿no hay cosas verdaderas que la honestidad, como decía Cervantes, quiere y ha querido siempre que se oculten?

Sonando, como acaba de sonar, el nombre de Cervantes, surgen estas preguntas: ¿Por qué gozarse, quien tan hermosa máxima profesaba, en el repetido empleo de palabra (3) que, si acaso se desliza por entre los puntos de la pluma á un escritor contemporáneo, no osa escribirla íntegramente? Aunque contadas veces, ¿por qué poner, como si dijéramos, mesa de trucos, y tomar por compañero, para divertir á la plebe, al autor de *El Gran Tacaño*?

«... tanto me burlé con todas, que resultó de la burla crecer la parentela tan intrincadamente, que no hay sumista que la declare» (4).

(1) Edit. de *Tirant lo Blanch*, fac. Archer. M. Huntington, capítulos 136, 231, 259 y 436.

(2) Granada. *Símbolo de la Fe*, segunda parte, cap. 17.

(3) Véanse las pág. 41, 42 y 43 de este volumen.

(4) Cap. 22, pág. 162.

Mas no se cifran en esto, ni aun en las entrevistas nocturnas de Maritornes, los pasos más difíciles, ya que, por lo crudo de su realismo, llaman vivamente, desde luego, la atención del lector menos perspicaz. Otros son, en verdad, los que, por entenderse más de lo que reza la letra, caen con entera propiedad dentro del título de esta última observación.

¿Á qué valerse de sugestivo equívoco, aun puesto en labios de una ventera, para decir que no consiente ande lo de su marido por los suelos, rectificándose, como quien se cae y se levanta, pero al fin con visible malicia? (1).

No cabe, pues, sostener que el Boccaccio español salió aquí sin daño de barras; pero será bien alabar su discreción y fino gusto por esotro que ahora diremos, cerrando con ello materia que sólo como homenaje á la crítica ha podido entrar aquí, donde ciertamente no se discute, porque el asunto pide extensa monografía, si la defensa de nuestro ingenio está en que él tropezó donde habían caído no pocos de sus antecesores; allí donde cayeron sus contemporáneos; donde claudicaron un D. Juan Manuel, el del *Conde Lucanor;* un Guevara, el de las *Epístolas familiares;* el *monstruo de la naturaleza*, Lope de Vega; el autor de *La pícara Justina;* y tantos (2) como dejamos en silencio, sin exceptuar al que, entre todos, tiene, más que el principado, la hegemonía de cínica lubricidad. Que no se marchen, como los acusadores de la mujer adúltera; porque á ellos se les pueden repetir aquellas palabras llenas de consoladora indulgencia: *El que de vosotros esté sin pecado, que arroje la primera piedra.*

El escritor que, sin perfumar su narración, triunfó en incidente que jamás debió ser asunto de la fábula; el que, tocando en profundo naturalismo, dejó de ser escatológico y mal oliente; el que sacó á Sancho del tan difícil paso de los batanes, sale triunfante de

(1) Cap. 32.

(2) Puede el erudito pasar la vista por las citas que rápidamente van á continuación. Están tomadas de la «Biblioteca de Rivadeneyra»: Tomo 13, página 93, columna 2.ª — T. 23, pág. 470; pág. 498, col. 1.ª; pág. 513, col. 1.ª; pág. 519, col. 1.ª; página 521, col. 2.ª — T. 33, pág. 23, col. 1.ª; pág. 53, col. 1.ª y 2.ª; pág. 101, col. 2.ª, pág. 113, col. 1.ª; pág. 150, col. 2.ª; pág. 167, col. 1.ª; pág. 411, col. 1.ª; pág. 427, columna 1.ª — T. 34, pág. 59, col. 2.ª; pág. 112, col. 1.ª — T. 51, pág. 56, col. 1.ª; página 364, col. 2.ª; pág. 545, col. 2.ª; pág. 557, col. 1.ª — T. 52, pág. 45, col. 1.ª; pág. 324, col. 3.ª; pág. 325; col. 1.ª

algo más grave, pues lo que al paladar de Quevedo era su plato más sabroso, el crudo equívoco:

«¿Quéjaste de ser *forzado*?
No pudiera decir más
Lucrecia del rey Tarquino
Que tú de Su Majestad»,

cúbrelo nuestro Cervantes con muy delicado velo, en apariencia con disimulada incorrección gramatical:

«... así como Sancho Panza los vido, dijo: «—Esta es cadena de galeotes, gente *forzada* del rey, que va á las galeras.»

frase á la que, por lo escabroso, hubo de salirle al encuentro, lleno de ira, quien, á la alteza de ideas, juntaba la elevación de sentimientos:

«—¿Cómo gente *forzada*?—preguntó D. Quijote.—¿Es posible que el rey haga fuerza á ninguna gente?

—*No digo eso*,—respondió Sancho (comprendiendo el mal paso que había dado),—sino que es gente que, por sus delitos, va condenada á servir al rey en las galeras, de por *fuerza*.»

Este es uno de los pasajes que justifican el título de nuestro último apartado. ¡Cómo luce aquí el ingenio del novelista! ¡Cómo juega con las ideas más que con el simple vocablo! Pero todavía ha de tenerse por más escabroso aquel otro del mismo capítulo 22, aquel que no sabemos si Renan, gran artífice en cruzar el lodo con pulcritud de armiño, por aquello de la *decencia artística* y *recato de la pluma*, acertaría á explicarlo, aun echándose en brazos del más cortesano de los hijos de la perífrasis, el dulce eufemismo:

«... algun día sabrá alguno si me llamo Ginesillo de Parapilla ó no.

—Pues ¿no te llaman ansí, embustero?—dijo la guarda.

—Sí llaman,—respondió Ginés;—mas yo haré que no me lo llamen, *ó me las pelaría donde yo digo entre mis dientes*.»

Eso que Ginesillo dice entre dientes cae en los dominios de lo menos honesto de la narración cervantina. Ni aun trayendo á la

memoria aquel pasaje del Fray Gerundio de Campazas: «... y no me puedo contener *sin decir entre dientes* hi de p...» (1), se logra dar una idea aproximada de la travesura lúbrica del impúdico y soez galeote. Quizá buscando en la obra que, por excelencia, lleva la denominación de *El Libro*, pudiera deducirse, por el nombre del personaje allí anatematizado, el feo vicio de Ginés de Pasamonte. Y, con todo eso... apenas si se manchó la pluma del pulcro novelista al deslizarse por un plano tan expuesto á la más lamentable de las caídas, á la ruina del honor.

CLEMENTE CORTEJÓN

(1) «Biblioteca de Rivadeneyra», t. 15, pág. 76.

De Barcelona á 25 de Mayo de 1906

EDICIONES CONSULTADAS

(VEINTISÉIS PARA LA PRIMERA PARTE; VEINTE PARA LA SEGUNDA)

1605.	Madrid	Juan de la Cuesta	1.ª	parte.	C_1.
1605.	Madrid	Juan de la Cuesta	1.ª	»	C_2.
1605.	Lisboa	Jorge Rodriguez	1.ª y 2.ª	»	L_1.
1605.	Lisboa	Pedro Crasbeeck	1.ª	»	L_2.
1605.	Valencia . . .	Pedro Patricio Mey.	1.ª	»	V_1.
1605.	Valencia . . .	Pedro Patricio Mey.	1.ª	»	V_2.
1607.	Bruselas . . .	Roger Velpius.	1.ª	»	Br_1.
1608.	Madrid	Juan de la Cuesta	1.ª	»	C_3.
1610.	Milán.	H. de P. M. Locarni . . . . / J. B. Bidello	1.ª	»	Mil.
1611.	Bruselas . . .	Roger Velpius. . . . . / Huberto Antonio.	1.ª	»	Br_2.
1615.	Madrid	Juan de la Cuesta	2.ª	»	C_4.
1616.	Bruselas . . .	Huberto Antonio	2.ª	»	Br_4.
1616.	Valencia . . .	Pedro Patricio Mey.	2.ª	»	V_3.
1617.	Barcelona . .	Sebastián Matevat	2.ª	»	Barc.
1662.	Bruselas . . .	Juan Mommarte	1.ª y 2.ª	»	Br_3.
1697.	Amberes. . .	H. y Cornelio Verdussen .	1.ª y 2.ª	»	Amb.
1738.	Londres . . .	J. y R. Tonson (Mayans). .	1.ª y 2.ª	»	Ton.
1780.	Madrid. . . .	Joaquin Ibarra (1.ª de la R. A. Española).	1.ª y 2.ª	»	A_1.
1781.	Londres . . .	Edvardo Easton (Bowle) .	1.ª y 2.ª	»	Bow.
1798.	Madrid. . . .	Gabriel Sancha (Pellicer).	1.ª y 2.ª	»	Pell.
1819.	Madrid. . . .	Imprenta Real (4.ª de la R. A. Española).	1.ª y 2.ª	»	A_2.
1826.	Paris	Fermin Didot (Arrieta) . .	1.ª y 2.ª	»	Arr.
1833.	Madrid. . . .	E. Aguado (Clemencin) . .	1.ª y 2.ª	»	Cl.
1846.	Madrid. . . .	Rivadeneyra y C.ª (Aribau)	1.ª y 2.ª	»	Riv.
1850.	Madrid. . . .	Gaspar y Roig.	1.ª y 2.ª	»	Gasp.
1863.	Argamasilla de Alba . .	M. Rivadeneyra (Hartzenbusch)	1.ª y 2.ª	»	Arg_1.
1863.	Argamasilla de Alba . .	M. Rivadeneyra (Hartzenbusch)	1.ª y 2.ª	»	Arg_2.
1877.	Cádiz	J. R. Rodriguez (Máinez) .	1.ª y 2.ª	»	Mai.
1880.	Barcelona . .	Montaner y Simón (Benjumea)	1.ª y 2.ª	»	Benj.
1898.	Londres . . .	David Nutt (Fitzmaurice-Kelly y Ormsby)	1.ª y 2.ª	»	F. K.

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

PRIMERA PARTE

DEL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Capítulo XV

Donde se cuenta la desgraciada aventura que se[a] topó D. Quijote en topar con unos desalmados yangüeses

Cuenta el sabio Cide Hamete Benengeli que, así como D. Quijote se despidió de sus huéspedes y de todos los que se hallaron al entierro del pastor Grisóstomo, él y su escudero se entraron por el mismo bosque donde vieron que se había entrado la pastora Marcela; y habiendo andado más de dos horas por él, buscándola por todas partes sin poder hallarla, vinieron á parar á un prado lleno de fresca hierba, junto del cual corría un arroyo apacible y fresco,

a. ...que topó. Tox.

Al muy lindo cuadro de Marcela y Grisóstomo, que se nos ofrece en el capítulo anterior, acomodándose, en sentir de unos, á la moda pastoril introducida en Europa desde la época del Renacimiento, ó, lo que parece más cierto, para que todos los tipos que le habían precedido rindiesen homenaje al grupo inmortal del *Quijote;* á la dulce melancolía que deja en el ánimo la episódica narración de fingidas y falsas escenas campestres; síguese ahora una pintura de otro género, más personal y propia del novelista: la briosa narración del duro trance en que se halló D. Quijote al topar con unos yangüeses.

tanto, que[a] convidó y forzó á[b] pasar allí las horas de la siesta que rigurosamente comenzaba ya á entrar. Apeáronse D. Quijote y Sancho; y, dejando al jumento y á Rocinante á sus anchuras pacer de la mucha hierba que allí había, dieron saco á las alforjas, y, sin ceremonia alguna, en buena paz y compañía, amo y mozo comieron lo que[c] en ellas hallaron. No se había curado Sancho de echar sueltas á Rocinante, seguro de que le conocía por tan manso y tan poco rijoso que todas las yeguas de la dehesa de Córdoba no le hicieran tomar mal siniestro. Ordenó, pues, la suerte y el diablo (que

a. ...tanto, que los convidó. ARR. — *...tanto, que les convidó.* ARG.$_2$. Esto pide hoy la buena gramática. *Convidó y aun forzó,* prefiere (en nota) Clemencín. — *b. ...y forzó de pasar.* TOR. — *c. ...lo por en ellas.* C.$_2$.

Línea 2. *Apeáronse D. Quijote y Sancho.* — No cuenta el P. Almeida, en su *Hombre feliz,* que Miseno (tal era el nombre de éste) comiese jamás; y, con todo esto, el lector entiende que la felicidad del héroe se cifraba en algo muy distinto, pues es evidente que, si frugal y sobrio, no se pasaria sin alimento alguno. Por tanto, sorprende, no poco, que Bowle y su puntualísimo imitador muestren tanta complacencia en comentar este y otros casos en que D. Quijote y Sancho se *apean* de sus cabalgaduras y dan saco á las alforjas. ¿Á qué alardes de erudición caballeresca para decirnos, en suma, que también otros héroes andantescos se *apeaban* cuando la fatiga y el hambre les forzaban, ó cuando la amenidad del sitio á ello les convidaba?

7. *...seguro de que le conocia por tan manso y tan poco rijoso.* — *Rijoso* es vocablo muy castizo, como lo acreditan los siguientes ejemplos:

« ENRIQUE. Aunque no lo sea
Soy noble, y basta que vea
Injuriar una mujer.
TRISTÁN. Hombre de poco dinero
No lo quisiera *rijoso*...»
(J. R. DE ALARCÓN. *Todo es ventura,* acto I, esc. IV.)

«¡Oh, mal fuego te abrase! que tú hablas en daño de todos, y yo á ninguno ofendo. ¡Oh, intolerable pestilencia y mortal te consuma, *rijoso,* envidioso, maldito! ¿Toda esta es la amistad que con Celestina y conmigo habias concertado? Vete de aqui á mala ventura.» *(La Celestina,* acto VI.)

« BARTOLA. Mas guárdate no alce el pie
Que soy algo *relijosa.*
MENGO. *Rijosa* querrás decir;
Y eso es de burras no más.»
(L. V. DE GUEVARA. *La Luna de la Sierra,* jorn. I.)

«Antes que venga la enfermedad apareja la medicina. Por lo cual, cuando fueres á fiestas, á convites, ó á tratar con hombres *rijosos* y mal acondicionados, ó á lugares donde se puede ofrecer alguna ocasión ó peligro, siempre debes ir proveido y reparado para lo que podria suceder.» (FR. L. DE GRANADA. *Guia de pecadores,* VIII.)

no todas[a] veces duerme) que andaban[b] por aquel valle paciendo una manada de hacas[c] galicianas de unos arrieros yangüeses[d], de los cuales es costumbre sestear con su recua en lugares y sitios de hierba y agua, y aquél, donde acertó á hallarse D. Quijote, era muy á[e] propósito de los yangüeses[f]. Sucedió, pues, que á Rocinante le vino en deseo de refocilarse con las señoras facas[g], y saliendo, así como las olió, de su natural paso y costumbre, sin pedir licencia á[h] su dueño, tomó un trotillo[i] algo picadillo y se fué á comunicar su necesidad con ellas; mas ellas, que, á lo que pareció, debían de tener más gana de pacer que de ál[j], recibiéronle con las

a. ...que muy pocas veces. ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ. — *b. ...andaba.* TOR. — *c. ...jacas.* MAI. — *d. ...unos arrieros gallegos.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}2}$, MAI., FK. — *e. ...muy al propósito.* ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ. Siguen en esto el parecer de Clemencín. — *f. ...gallegos.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}2}$, MAI., FK. — *g. ...hacas.* V.$_{1\text{-}2}$, MIL. — *...jacas.* MAI. — *h. ...licencia su dueño.* C.$_1$. — *i. ...trotico.* C.$_1$, ARG.$_2$, MAI., FK. — *j. ...que de él.* AMB., GASP.

8 (pág. 4). *...todas las yeguas de la dehesa de Córdoba no le hicieran tomar mal siniestro.* — Nada dice Clemencín de si el realismo de este pasaje traspasa ó no los límites del arte. En cambio, se entretiene en explicarnos cómo la dehesa de Córdoba, perteneciente á los duques de Alba, pasó al Patrimonio de la Corona en tiempo de Felipe II; dehesa que está á dos leguas al oriente de la ciudad; número de yeguas que en ella se mantenian; recordándonos, por fin, que los caballos cordobeses han sido siempre muy celebrados.

2. *...hacas galicianas.* — Equivale á *jacas gallegas,* de que se servian los arrieros de Yanguas, de la provincia de Segovia. Sabido es que hoy apenas si quedan restos de la arrieria, y señaladamente en los pueblos por los que, como en éste, pasa el ferrocarril. Por lo demás, no es la única población que lleva este nombre: en los confines de la Sierra de Cameros, á la margen izquierda del rio Cidacos, hay otro Yanguas, también poco importante en la actualidad.

8. *...tomó un trotillo algo picadillo.* — La pintura cómica de este pasaje, ese apretar el paso, sacar fuerzas de su propia flaqueza, ese avivar sus ímpetus el pacífico Rocinante; preguntamos, ¿quedaria acaso borroso el dibujo si, salvando la disonancia de *trotillo* y *picadillo,* nos echásemos en brazos de la lección *trotico?* ¿Tiene derecho á figurar entre los aragonesismos que se leen en el *Diccionario de Borao?*

Que no estaba antes fijada la regla para la formación de los diminutivos, lo dicen, entre otros ejemplos, el *obrecillas* que trae Mendoza, y el *versecillos,* de D. Leandro Moratín:

«...son unas cuantas docenas de pedantones, copleros ridículos, literatos presumidos, críticos ignorantes, autores de tanta traducción galicada, tanto compendio superficial, tantos *versecillos* infelices, que ni hemos inspirado ni hemos visto.» *(La derrota de los pedantes.* «Bib. Rivadeneyra», t. II, pág. 361.)

9. *...mas ellas, que, á lo que pareció, debian de tener más gana de pacer que de ál.* — Este vocablo era muy común en nuestros clásicos, viniendo á desapa-

herraduras y con los dientes, de tal manera que, á poco espacio, se le[a] rompieron las cinchas y quedó sin silla, en pelota. Pero lo que él debió más de sentir fué que, viendo los arrieros la fuerza que á sus yeguas se les hacia, acudieron con estacas, y, tantos palos le dieron, que le derribaron malparado en[b] el suelo.

a. ...á pocos lances le. ARG.$_{2}$. = *b. ...malparado el suelo.* MIL.

recer del uso corriente en el siglo XVII, puesto que en el XVI aun escribia Juan de Valdés, en su *Diálogo de la Lengua*, pág. 82 (edición de Mayans), las siguientes palabras:

«Por tanto, habéis de saber que, cuando yo hablo ó escribo, llevo cuidado de usar los mejores vocablos que hallo, dejando siempre los que no son tales, y asi no digo *acucia*, sino *diligencia;* no digo *ál* adonde tengo de decir *otra cosa*, aunque se dice: — So *el sayal hay ál, y en ál va el desengaño.*»

Usado como substantivo neutro equivale á *otra cosa* (1):

«Pero en este consejo los mareantes eran contrarios, ca decian que el rey enviaba estas sus galeas á grand peligro, porque, si viniese la baxa de la marea, enviarlos ia en poder de la flota de Portogal, que tenia naos muy bien armadas; lo cual non tenia la flota de Castilla, é que iban con pocos remos, é non se podian bien governar. Empero, como el rey D. Enrique era principe de grand corazón, non quiso creer *ál*, salvo que las sus galeas fuesen pelear.» *(Crónica de D. Enrique II,* año V, cap. 4.)

«Queria ayuntar algo para honra é provecho del Regno é non por *ál*.» *(Crónica de D. Juan I,* año XII, cap. 5.)

«El gobernador prendió al Peralonso, mas no le hizo *ál* que tenerlo en la cárcel mucho tiempo.» (GOMARA. *Historia de las Indias.* — *«Otro gran rescate de perlas.»)*

«No pienses que me descuido
Del remedio de tu mal;
Antes en él tanto cuido,
Que casi no pienso en *ál*.»

(CERVANTES. *Pedro de Urdemalas,* jorn. I.)

«Pues sepa que este sayal
Tiene encubierto algún *ál*
Que puede honrar un linaje.»

(CERVANTES. *El Gallardo español,* jorn. II.)

Con el *que* comparativo es lo mismo que *otro:*

«...é ovo y algunos que decian que el rey non debia entrar en Portogal, segund los tratos fechos entre él é el rey de Portogal, é que complia mucho á su servicio, pues los dichos tratos eran jurados é firmados de los tener é guardar, é tomar otras maneras con los de Portogal, en guisa que él non fuese nin entrase por fuerza nin con gente de armas en el dicho Regno: lo uno, porque asi el juramento seria tenido, é guardada la verdad segund que la puso; é lo *ál* porque, si el rey entrase en el Regno de Portogal con compañas de armas, non podria escusar de non facer daño en la tierra, en tomar viandas.» *(Crónica de D. Juan I,* año V, cap. 9.)

(1) Con este significado se emplea en este capítulo.

Ya en esto, D. Quijote y Sancho, que la paliza de Rocinante habian visto, llegaban ijadeando, y dijo D. Quijote á Sancho: «— Á lo que yo veo, amigo Sancho, éstos no son caballeros, sino gente soez y de baja ralea. Dígolo porque bien me puedes ayudar á tomar la debida venganza del agravio que delante de nuestros ojos se le ha hecho á Rocinante.

«É el rey de Francia le respondió que él avia visto su sello é sus armas en la carta del desafiamiento, é que razón era de lo creer; é que él catase de quien fiaba su sello. Á lo *ál*, que era verdad que él pudiera bien escusar de venir por su cuerpo, si la guerra fuera de otra manera.» *(Crónica de D. Juan I,* año X, cap. 6.)

«Otrosi, señor, aun puede acaecer en este fecho *ál;* ca por la gran cobdicia que es en el señorio, que ningund rey nin principe nin poderoso non querrian haber compañero, podria ser que vuestro fijo el principe D. Enrique desque viniese á edad é entendiese que él non tenia enteramente los Regnos de Castilla é de León según los tovieron otros sus antecesores.» *(Crónica de D. Juan I,* año XII, cap. 2.)

«É el arzobispo de Toledo, con voluntad de los otros que alli estaban, tomó el testamento, é le vole consigo, por cuanto estaban en él algunas mandas fechas por el rey D. Juan á la Iglesia de Toledo donde él era perlado, diciendo que entendia de las demandar, pues eran obra de piedad é limosna por el alma del rey, é puesto que el testamento non valiese en lo *ál* que en aquello valdria.» *(Crónica de D. Enrique III,* sigue el año 1390, cap. 4.)

«É el obispo de San Ponce, é los otros que por parte del Consejo fueron al arzobispo, desque esto oyeron é vieron *que ál* non podian facer, tomaron instrumentos é testimonios, é tornáronse para el rey.» *(Crónica de D. Enrique III,* año X, cap. 14.)

«...é fué la hueste del rey muy menguada de viandas, ca por la tierra non las podian haber: lo uno por las grandes aguas, é lo *ál* por la tierra de Guipúzcoa ser muy arredrada de donde son las viandas.» *(Crónica de D. Juan II,* año IX, cap. 5.)

«Lo uno porque no se desvergonzasen con las armas á pelear, y lo *ál* porque dejasen abierto camino.» (GOMARA. *Historia de las Indias.* — *«Lo que avino á Cortés de Chololla hasta llegar á Méjico.»)*

«...non vos lo digo porque os acuitedes ni mostredes mal talante, que el mio non es de *ál* que de serviros.» *(Quijote,* I, cap. 2.)

«...el no poder saltar las bardas del corral ni apearse del caballo, en *ál* estuvo *que* en encantamentos.» *(Quijote,* I, cap. 18.)

Usado como adjetivo substantivado y acompañado del articulo neutro *lo,* por *demás:*

«En nuestra edad se ablandan los naturales y enflaquecen con la abundancia de deleites y con el aparejo que hay de todo gusto y regalo de todas las maneras en comida y en vestido y en todo *lo ál.*» (MARIANA. *Historia de España,* lib. I, cap. 6.)

Por ál. Modo adverbial anticuado que equivalia *por tanto (Diccionario de la Academia):*

«Otrosi: en razón de los bienes de D. Pedro de Castro, fijo del conde D. Ferrando de Castro, que los pedia diciendo que le fueron tomados por el rey D. Enrique, padre del rey D. Juan; por cuanto el dicho conde D. Ferrando de Castro toviera la voz de parte del rey D. Pedro en este caso, se trató asi: que

— ¡Qué diablos de venganza hemos de tomar, — respondió Sancho, — si éstos son más de veinte y nosotros no más de dos, y aun quizá nosotros[a] sino uno y medio!

— Yo valgo por ciento», replicó D. Quijote. Y, sin hacer más discursos, echó mano á su espada y arremetió á los yangüeses[b], y lo mismo hizo Sancho Panza, incitado y movido del ejemplo de su amo; y á las primeras dió D. Quijote una cuchillada á uno[c], que

a. ...y aun quizá no somos sino uno y medio. ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ. Es conjetura de Clemencín. = *b. ...arremetió á los gallegos.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}2}$, MAL., FK. = *c. ...y á las primeras cuchilladas dió D. Quijote una á uno.* TOR.

los dichos bienes fuesen tornados al dicho D. Pedro si *por él* non le fueron tomados, salvo por tener la voz del rey D. Pedro él, el conde D. Ferrando su padre; pero si por otra manera le fueran tomados, que el rey de Castilla le ficiese complimiento de derecho.» *(Crónica de D. Juan I,* año X, cap. 11.)

Al tanto, nuestros clásicos le usaban de dos maneras. Como frase substantiva: *otro tanto, igual cosa:*

«Encargaos de la tenencia desta villa y fortaleza, y ved lo que se da de tenencia con el más principal de la frontera, que *al tanto* y más vos mandaremos pagar con ésta.» (H. DEL PULGAR. *Hazañas del Gran Capitán.)*

Como frase adverbial equivale á *igualmente:*

«Bolea, que es un pueblo de la raya de Navarra..., se ganó de los moros. *Al tanto* Monzón, villa fuerte en aquella comarca.» (MARIANA. *Historia de España,* lib. X, cap. 2.)

2. *...si éstos son más de veinte... — Yo valgo por ciento», replicó D. Quijote..., y lo mismo hizo Sancho Panza, incitado y movido del ejemplo de su amo.* — Locura de dos, delirios en comandita, son aquellos arrebatos, aquellas quimeras, que pasan, por decirlo así, del cerebro de un loco al de otro que, no siéndolo, se exalta, á veces, por el influjo y sugestión que en su ánimo ejercen la mayor cultura, energía de carácter, la dignidad y condición social, cuando los dos hacen una vida común. Por ventura, ¿no hay en el pasaje transcrito plena comprobación del caso propuesto, y que Cervantes, fundado en la sola observación, acertó á describir por modo singularísimo?

Á cuantos le censuran porque, á su juicio, nuestra historia, la historia de nuestros descalabros, corre parejas, en sus inconsiderados arranques, con este (para no citar más) de D. Quijote y Sancho, puédeseles responder lo que en momento solemne dijo un orador insigne:

«Siempre que España ha mostrado ese valor (que, á falta de otro epíteto, deberemos llamar *quijotesco),* ha llevado á cabo las empresas más gloriosas: cuando, dejando el *quijotismo,* se ha entregado á cálculos matemáticos y especulaciones prosaicas, la fortuna la ha abandonado. ¿Contó, por ventura, en las Navas y en Clavijo el número de los alfanjes enemigos, sus máquinas de guerra, sus irresistibles caballos? ¿Sondeó la profundidad del Océano ó mesuró la fuerza de los vientos cuando, con tres barquillas, mandó á Colón á descubrir un mundo? ¿No fué *Quijote* Hernán Cortés al lanzarse á conquistar un reino, y un reino que se figuraban en un extremo del Asia, con un puñado de aventureros? ¿No lo fueron igualmente Pizarro y Almagro al engolfarse en el Pacífico con idéntica temeridad y fortuna? Y Orellana, recorriendo el desconocido Amazonas en mal construída canoa, ¿no repitió heroicamente la aventura del barco encantado? Y después de dos siglos, Liniers, defendiendo á Buenos Aires, sin más elementos que su indomable valor, ¿no dejó atrás á Suero de Quiñones y se mostró más invicto que cuantos héroes pudo inmortalizar la historia ó crear la fantasía de Miguel de Cervantes?

le abrió un sayo de cuero de que venía vestido, con gran parte de la espalda.

Los yangüeses[a], que se vieron maltratar de aquellos dos hombres solos siendo ellos tantos, acudieron á sus estacas, y, cogiendo á los dos en medio, comenzaron á menudear sobre ellos con grande ahínco y vehemencia. Verdad es que, al[b] segundo toque, dieron

a. ...gallegos. C., L.$_{1\text{-}2}$, MAL., FK. = *b. ...el.* MIL.

Y si de las armas pasamos al sayal y á la toga, ¿no fué *quijotismo* dar leyes que rigieran á esa multitud de reinos heterogéneos formados en el Nuevo Mundo? ¿No fué *Quijote* el Licenciado Gasca yendo á sujetar á los rebeldes, conquistadores del Perú, sin más armas que la vara del magistrado? ¿No participaron de ese espíritu y de ese heroísmo los venerables Jiménez de Cisneros y Juan de Palafox acometiendo, cada cual en diferente hemisferio, la empresa de extirpar los abusos introducidos aun en el claustro? ¿No habría declarado *Quijotes* en el peor sentido, esta edad escéptica, á los doce primeros franciscanos que fueron á plantar con la Cruz, en la Nueva España, la civilización española? *Quijotes* ó no, lograron en aquel mundo un éxito tan rápido y completo como los primeros apóstoles de Jesús en el antiguo continente.» (MONTES DE OCA Y OBREGÓN. *Elogio fúnebre de Miguel de Cervantes Saavedra,* pág. 16 y 17. — Madrid, 1905.)

Realizar hechos tan estupendos como los que aquí se citan; realizarlos en servicio de Dios, del prójimo ó de la patria; es heroísmo que atrae sobre sí la admiración universal. Darle cima inconsideradamente, como hacía el héroe de la Mancha, es temeridad; pero temeridad cómica, porque sucedían sin grave riesgo para D. Quijote. Confundir la grandeza de ánimo empleada en el bien positivo, confundir la sublimidad del heroísmo, con el desvanecimiento del arrojo, es confundir los más nobles y levantados empeños del alma con el extravagante quijotismo, al que, por analogía, puede aplicarse el tan conocido verso de Horacio:

...dum vitat humum, captat nubes et inania.
(Epístola *Ad Pisones,* v. 230.)

De los matices que toma la extraña y seductora locura de D. Quijote, se ha dicho:

«Es locura idealista cuando espera á las aldeanas; peligrosa, en la aventura del barco y los molineros; arrojada, al lanzarse de noche por las callejuelas y encrucijadas del Toboso, sin que le asuste, como á Sancho, el cementerio; temeraria, en la de la cueva de Montesinos; mucho más aún en la de los leones; impetuosa con el vizcaíno, insensata con Cardenio, oportunísima cuando interviene en el caso de Marcela, cuya autonomía hace respetar; risible con el yelmo de Mambrino, donde todos le quitan la razón al barbero y parece que la han perdido, por aquello de un loco hace ciento.» (LAPUENTE SÁEZ. *Estudio crítico de nuestro libro rey,* pág. 34. — Madrid, 1905.)

con Sancho en el suelo, y lo mismo le avino á D. Quijote, sin que le valiese su destreza y buen ánimo, y quiso su ventura que viniese á caer á los pies de Rocinante, que aun no se había levantado; donde se echa de ver la furia con que machacan estacas puestas en manos rústicas y enojadas. Viendo, pues, los yangüeses[a] el mal recado que habían hecho, con la mayor presteza que pudieron, cargaron su recua y siguieron su camino, dejando á los dos[b] aventureros de mala traza y de peor talante.

El primero que se resintió fué Sancho Panza; y, hallándose junto á su señor, con voz enferma y lastimada[c] dijo: «—¡Señor D. Quijote! ¡Ah, señor D. Quijote!

—¿Qué quieres, Sancho hermano? — respondió D. Quijote, con el mismo tono afeminado y doliente que Sancho.

— Querría, si fuese posible, — respondió Sancho Panza, — que vuestra merced me diese dos tragos de aquella bebida del feo Blas[d], si es que la tiene vuestra merced ahí á mano[e]. Quizá será de provecho para los quebrantamientos[f] de huesos como lo es para las feridas.

— Pues, á tenerla yo aquí (¡desgraciado yo!), ¿qué nos faltaba[g]? — respondió D. Quijote. — Mas yo te juro, Sancho Panza, á fe de caballero andante, que antes que pasen dos días, si la fortuna no ordena otra cosa, la tengo de tener en mi poder, ó mal me han de andar las manos.

— Pues ¿en cuántos le parece á vuestra merced que podremos mover los pies? — replicó Sancho Panza.

— De mí sé decir, — dijo el molido caballero D. Quijote, — que no sabré poner término á esos días. Mas yo me tengo la culpa de todo, que no había de poner mano á la espada contra hombres que no fuesen armados caballeros como yo; y[h], así, creo que, en pena de haber pasado las leyes de la caballería, ha permitido el Dios de las

a. ...gallegos. C.$_1$, L.$_{1\text{-}2}$, Mal., FK. = *b. ...á los aventureros.* L.$_2$. = *c. ...enferma y lastimosa.* Br.$_2$, Amb., Ton. = *d. ...del feo Bias.* Br.$_2$, Ton. = *e. ...ahí á manos.* Mal. ¿Por qué el plural? = *f. ...los quebramientos de huesos.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil. = *g. ...¿qué nos faltaría?* Ton. = *h. ...y yo así.* L.$_2$.

9. *...y, hallándose junto á su señor, con voz enferma y lastimada dijo.* — Ciertamente han de robar el aplauso del artista, más que del gramático, toques de hermosura como éste, en el que, junto á regalada imagen, luce el arreo de palabras como las de *voz enferma y lastimada*, que sin aquélla permanecerían, de puro manoseadas, en su vulgar significación.

15. *...feo Blas.* — ¿Diría el original *feo Bras?*

batallas que se me diese este castigo. Por lo cual, hermano Sancho[a], conviene que estés advertido en esto que ahora te diré, porque importa mucho á la salud de entrambos: y es que, cuando veas que semejante canalla nos hace algún agravio, no aguardes á que yo ponga mano á la[b] espada para ellos[c], porque no lo haré en ninguna manera, sino pon tú mano á tu espada y castígalos muy á tu

a. Por lo cual, Sancho Panza, conviene. C.$_1$, L.$_{1\text{-}2}$, Mal., FK. = *b. ...ponga mano la espada.* Mil. — *...ponga mano al espada.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Bow. = *c. ...espada contra ellos.* Ton. — *...espada para ello.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj.

4. *...no aguardes á que yo ponga mano á la espada para ellos, porque no lo haré en ninguna manera.* — Clemencin, que exageró, á veces, con pormenores inútiles, la importancia que en el *Quijote* tienen los libros caballerescos, nos da, en el comentario de estas palabras, idea exacta de la alusión que á una ley caballeresca hace Cervantes:

«Teníase, efectivamente, á caso de menos valer que un caballero pelease cuerpo á cuerpo con otro que no lo fuese; y con arreglo á esto en la prevención octava para el paso de Suero de Quiñones junto á la puente del Órbigo, al mismo tiempo que se establece que los caballeros aventureros no han de saber con quién justan de los mantenedores, se les asegura que «se fallarán con caballero ó gentilhome de todas armas sin reproche». Regla que se observaba con tanta puntualidad como lo indica un caso que se refiere en la historia del *Caballero de la Cruz* (1), del doncel Floramor y del caballero Florandino. Navegaban los dos á la par en dos barcas, y, habiéndose trabado de palabras, dijo el segundo al primero «que, si no fuera por poner mano en doncel, él le diera respuesta con su espada». Floramor le propuso al instante que le armase caballero. Aceptó la propuesta Florandino, pasó Floramor á su barca, recibió la orden de caballería, y luego se rompieron uno á otro las cabezas muy á su sabor. El rey Federico de Nápoles decía á D. Florindo de la Extraña ventura antes de armarle caballero: «Está declarado quel caballero que fuere reptado de hombre que ansí como él no lo sea, que sin perder ningún punto de su honra se pueda excusar de entrar con él en campo (2).» Así, que tenía razón D. Quijote en establecer el principio de que un caballero no puede poner mano á su espada contra otro que no lo sea; bien que esto no debía entenderse sino de los combates singulares de hombre á hombre y fuera de los casos de necesidad ó defensa propia. «Las leyes de caballería, — dice en otro paraje nuestro hidalgo (3), — no consienten que caballero ponga mano contra quien no lo sea, sino fuere en defensa de su propia vida, en caso de urgente y gran necesidad»; y en la aventura del labrador que había burlado á la hija de D.ª Rodríguez, que se referirá en la segunda parte (4), decía D. Quijote: «Por esta vez renuncio mi hidalguía, y me allano y ajusto con la llaneza del dañador, y me hago igual con él, habilitándole para poder combatir conmigo.» La práctica era conforme á esta excepción; y cuando obligaba la necesidad, los caballeros no reparaban en pelillos, y embestían contra todo viviente. En el cap. 28 de

(1) Lib. II, cap. 14.
(2) *Florindo*, parte II, cap. 17.
(3) Cap. 18.
(4) Cap. 52.

sabor; que, si en su ayuda y defensa acudieren caballeros, yo te sabré defender y ofendellos[a] con todo mi poder, que ya habrás visto por mil señales y experiencias hasta adónde[b] se extiende el valor de este mi fuerte brazo.» Tal quedó de arrogante[c] el pobre señor con el vencimiento del valiente vizcaíno.

Mas no le pareció tan bien á Sancho Panza, el aviso de su amo, que dejase de responder, diciendo: «—Señor, yo soy hombre pacífico, manso, sosegado, y sé disimular cualquiera injuria, porque tengo mujer y[d] hijos que sustentar y criar. Así, que séale á vuestra merced también[e] aviso, pues no puede ser mandato, que en ninguna manera pondré mano á la espada ni contra villano ni contra caballero; y que, desde aquí para delante de Dios, perdono cuantos agravios me han hecho y han de hacer, ora[f] me los haya hecho ó haga ó haya de hacer persona alta ó[g] baja, rico ó pobre, hidalgo ó pechero[h], sin eceptar[i] estado ni condición alguna.»

a. ...y defenderlos. Mai. = *b. ...hasta donde.* Cl., Riv., Gasp. = *c. ...arrojante.* Mai. = *d. ...mujer é hijos.* Mai., FK. = *e. ...también de aviso.* Ton. = *f. ...ahora.* Br.$_3$, Amb., Ton. = *g. ...alta ora baja.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *h. ...rica ó pobre, hidalga ó pechera.* Ton. = *i. ...sin aceptar estado.* C.$_3$, Pell.

Amadís de Gaula se cuenta el combate de Balaís de Carsante contra cinco ladrones para librar, como lo consiguió, á una doncella. El mismo Amadís de Gaula y Amadís de Grecia pelearon juntos, defendiendo sus vidas, contra cuatro villanos armados de hachas en el castillo de la ínsula de Argenes (1). Don Florisel de Niquea, hallándose en la ínsula de Caria, se vió precisado á pelear con quince ó más villanos de hacha y capellina que halló en una cueva (2). Finalmente: los caballeros andantes entraban en las batallas que se daban entre los ejércitos, y se combatían con el que se les ponía delante, sin pedirle el título de caballero.» (*Notas al «Quijote»*, t. II, pág. 7 y 8.)

13. *...ora me los haya hecho ó haga ó haya de hacer.* — Aféresis de *ahora*. La conjunción *ora* repetida (en el ejemplo propuesto no lo está) es de bellísimo efecto.

«Tomando *ora* la espada, *ora* la pluma»,

dijo uno de nuestros guerreros á par que insigne literato; y Meléndez, tocando en las fronteras de la ampulosidad, al hablar del levantado vuelo del águila, empleó igual artificio:

«*Ora* vaga atrevida, *ora* medrosa;
Ora más orgullosa
Sobre las altas cimas se levanta...»

Cuando la solemnidad del asunto lo exija, celebremos la presencia de esta conjunción, y hágasele el debido acatamiento si llega hasta nosotros con paso

(1) *Amadís de Grecia*, parte I, cap. 28.
(2) *Florisel*, parte III, cap. 26.

Lo cual oído por su amo, le respondió: «—Quisiera tener aliento para poder hablar un poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacara tanto cuanto, para darte á entender, Panza, en[a] el error en que estás. Ven acá, pecador: si el viento de la fortuna, hasta ahora tan contrario, en nuestro favor se vuelve, llenándonos[b] las velas del deseo para que, seguramente y sin contraste alguno, tomemos puerto en alguna de las ínsulas que te tengo prometida[c], ¿qué sería de ti si, ganándola yo, te hiciese señor della? Pues lo vendrás[d] á imposibilitar por no ser caballero ni quererlo ser, ni tener valor ni intención de vengar tus[e] injurias y defender tu señorío. Porque has de saber que en los reinos y provincias nuevamente conquistados nunca están tan quietos los ánimos de sus naturales, ni tan de parte del nuevo señor, que no se tenga[f] temor de que han de hacer alguna novedad para alterar de nuevo las cosas, y volver, como dicen, á probar ventura; y, así, es menester que el nuevo posesor tenga entendimiento para saberse gobernar, y valor para ofender y defenderse en cualquier[g] acontecimiento.

—En éste que ahora nos ha acontecido, —respondió Sancho, —quisiera yo tener[h] ese entendimiento y ese valor que vuestra merced dice; mas yo le juro, á fe de pobre hombre, que más estoy para biz-

a. ...Panza, el error. Amb., Ton., Arr., Arg.$_{1\text{-}3}$, Benj. = *b. ...llevándonos.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}3}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton. — *...llevándonas.* FK. = *c. ...prometidas.* Arg.$_{1\text{-}3}$, Benj. = *d. ...lo vendrías.* Arg.$_{1\text{-}3}$, Benj. = *e. ...vengar injurias.* L.$_3$. = *f. ...que no se tengan.* C.$_{1\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}3}$, Br.$_{1\text{-}3}$, FK. = *g. ...en cualquiera.* C.$_1$, FK. = *h. ...tener y ese entendimiento* Mil.

grave y sosegado; mas (¡por mi vida!) no vayan á imaginarse los *novicios* que les será fácil alcanzar la cumbre de la *perfección* porque, enamorados de la grandilocuencia que trae al discurso tal modo de decir, repitan fría y destempladamente lo de aquel mal retórico que, aspirando á eclipsar la gloria del gran Donoso, se atrevió á levantar la voz en plena clase con salida tan inesperada como esta: «Los verbos de semejante naturaleza rigen *ora* dativo, *ora* acusativo.» Ni tampoco se dejen arrastrar por el mal ejemplo del *poetilla* mejicano:

«En fastidio y tormento *ora* anegado,
Ora en placer divino...»;

porque esto de usar *ora*, una vez junto al participio y otra junto al substantivo de *modo* ó de *cosa*, nos ha parecido siempre afectación propia de quien tiene más vanidad que conocimiento del idioma.

15 (pág. 12). *...sin eceptar estado ni condición alguna.* — Así dicen, y bien, las dos primeras ediciones de 1605. El *aceptar*, que se puso en la de 1608, es conocida errata, que se le ocultó á Pellicer.

mas que para pláticas. Mire vuestra merced si se puede levantar, y ayudaremos á Rocinante, aunque no lo merece, porquè él fué la causa principal de todo este molimiento. Jamás tal creí de Rocinante, que le tenía por persona casta y tan pacífica como yo. En fin, bien dicen que es menester mucho tiempo para venir á conocer las personas, y que no hay cosa segura en esta vida. ¡Quién dijera que, tras de aquellas tan grandes cuchilladas como vuestra merced dió á[a] aquel desdichado caballero[b] andante, había de venir, por la posta y en seguimiento suyo, esta tan grande tempestad de palos que ha descargado sobre nuestras espaldas!

— Aun las tuyas, Sancho, — replicó D. Quijote, — deben de estar hechas á semejantes nublados; pero las mías, criadas entre sinabafas y holandas, claro está que sentirán más el dolor desta desgracia; y si no fuese porque imagino... ¿qué digo imagino?... sé muy cierto, que todas estas incomodidades son muy anejas al ejercicio de las armas, aquí me dejaría morir de puro enojo. »

a. ...dió aquel. L.$_3$. — *b. ...desdichado andante.* Br.$_3$, Amb., Ton., A.$_1$, Arr.

4. *...que le tenia por persona casta y tan pacifica como yo.* — « Desprendámonos de cristales de aumento y veamos las cosas como son. Se trata de una expansión poética, no de otra cosa; de un tropo que los retóricos llaman *personificación*, no de algo con trascendencia jurídica. Llega á tal punto el genio poético de Cervantes, que aun dos animales tan prosaicos como son Rocinante y Rucio, sin perder lo característico de su naturaleza, preséntanse como dos individualidades, en la especie, repletas de interés en ciertas ocasiones. Y ¿cómo no, si ellos, en compañía de D. Quijote y Sancho, componen una misma familia, tanto más compacta cuanto mayores son las contrariedades que les impelen fatalmente? »

¡Cuán mezquina es la crítica que antecede, y qué levantada esotra del ilustre Menéndez y Pelayo! Éste no se entretiene en figurillas retóricas, antes bien nos dice, con hondo sentido, que Rocinante y el Rucio participan de la misma inmortalidad que gozan en el universo mundo D. Quijote y Sancho:

« Hasta las bestias que estos personajes montan, — escribe, — participan de la inmortalidad de sus amos. La tierra que ellos hollaron quedó consagrada para siempre en la geografía poética del mundo, y hoy mismo que se encarnizan contra ella hados crueles, todavía el recuerdo de tal libro es nuestra mayor ejecutoria de nobleza, y las familiares sombras de sus héroes continúan avivando las mortecinas llamas del hogar patrio y atrayendo sobre él el amor y las bendiciones del género humano. » *(Discurso leído en el Paraninfo de la Universidad Central en la solemne fiesta académica de 8 de Mayo de 1905, y publicado en el n.° 5 de la « Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos ».)*

12. *...pero las mias, criadas entre sinabafas y holandas.* — *Sinabafa* es voz griega, y vale tanto como *sin tintura alguna*. Hoy no se hacen estas telas finísimas usadas antiguamente por personas principales.

Á esto replicó el escudero: « — Señor, ya que estas desgracias son de la cosecha de la caballería, dígame vuestra merced si suceden muy á menudo, ó si tienen sus tiempos limitados en que acaecen; porque me parece á mí que, á dos cosechas, quedaremos inútiles para la tercera, si Dios, por su infinita misericordia, no nos socorre.

— Sábete, amigo Sancho, — respondió D. Quijote, — que la vida de los caballeros andantes está sujeta á mil peligros y desventuras, y ni más ni menos está[a] en potencia propincua de ser los caballeros andantes reyes y emperadores, como lo ha mostrado la experiencia en muchos y diversos caballeros de cuyas historias yo tengo entera noticia. Y pudiérate contar ahora, si el dolor me diera lugar, de algunos que sólo por el valor de su brazo han subido á los altos grados que he contado, y estos mismos se vieron antes y después en diversas calamidades y miserias; porque el valeroso Amadís de Gaula se vió en poder de su mortal enemigo Arcalaus, el encantador, de quien se tiene por averiguado que le dió, teniéndole preso, más de doscientos azotes con las riendas de su caballo, atado á una columna de un patio; y aun hay un autor secreto, y de no poco crédito, que dice que, habiendo cogido al caballero del Febo con una cierta trampa que se le hundió debajo de los pies en un[b] cierto cas-

a. ...están. Arg.$_{1-2}$, Benj. — *b. ...en cierto.* Ton.

20. *...habiendo cogido al caballero del Febo con una cierta trampa.* — « A Lisuarte de Grecia le sucedió también esto de hundirse en la trampa de un castillo donde había entrado por engaño de una falsa doncella, y, á la luz del carbunclo que llevaba en el pomo de su espada, vió que estaba en una bóveda tallada en la peña. Allí salió, por una puerta levadiza de hierro muy gruesa, una espantable sierpe de más de cuarenta pies de largo, que, silbando horriblemente y haciendo sonar sus conchas unas con otras, le embistió, le cogió entre los dientes y andaba así *con él á un cabo y otro de la cueva*. Lisuarte, que de un golpe le había cortado una oreja (las tenía de brazada y media de largo), logró darle una estocada por el oído que había quedado descubierto, y, muerta de este modo la sierpe, pudo salir con mucho trabajo, y se halló en el patio del castillo. La cabeza del monstruo fué llevada á Constantinopla, y después á Trapisonda, donde el emperador hizo colgarla ante la puerta de su palacio (1).

Tarín, escudero de D. Policisne de Boecia, recién armado caballero por su señor, se combatió con otro caballero en un barco, donde le armaron un engaño, y cayó en una trampa que volvió á cerrarse, y preso allí le ataron unos enanos (2). »

(1) *Lisuarte de Grecia*, cap. 54, 55 y 58.
(2) *Policisne de Boecia*, cap. 80.

tillo, y[a], al caer, se halló en una honda sima debajo de tierra, atado de pies y manos, y allí le echaron una destas que llaman melecinas de agua de nieve y arena, de lo que llegó muy al cabo; y si no fuera socorrido, en aquella gran cuita, de un sabio grande amigo suyo, lo pasara muy mal el pobre caballero. Así que bien puedo yo pasar entre tanta buena gente, que mayores afrentas son las

a. ...castillo, al caer. Ton., Arr., Cl., Riv., Arg.$_{1-2}$, Mal., Benj.

Á los casos novelescos que relata el comentador murciano, puédese añadir este otro real y objetivo, que diria Hegel:

Desafiado Carlos de Anjou por el rey de Aragón Pedro III, y designado por árbitro Eduardo, rey de Inglaterra, concertóse, en 30 de Diciembre de 1282, que el duelo se verificase en Burdeos. Excomulgados por el papa Martin IV cuantos acudiesen á la liza, se alistaron, no obstante, hasta ciento treinta campeones aragoneses; entre los franceses, trescientos caballeros y el mismo rey, sobrino de Carlos de Anjou.

«Llegado éste á Burdeos el 25 de Mayo de 1283, — escribe un historiador (1), — hizo construir á toda prisa un gran palenque largo y estrecho, rodeado de gradas como un anfiteatro, con dos departamentos para los dos bandos enemigos, guarnecidos de empalizadas y de fosos; pero destinando para los de Aragón uno que conducia á un callejón sin salida, á los de Carlos el otro en que se hallaba la única puerta por donde todos habian de entrar. Esta circunstancia indujo la general sospecha y rumor de que los franceses tenian el proyecto de ocupar esta puerta por fuera y hacer una matanza en los aragoneses si salian victoriosos. Daba consistencia á esta voz alarmante el ver todos los caminos y cercanias de Burdeos militarmente ocupados por franceses, el aparato con que se presentó el rey de Francia, y las expresiones imprudentes y amenazadoras que no reparaban en proferir sus soldados.

Don Pedro de Aragón, que por cierto no era hombre que pecara ni de cobarde ni de incauto, noticioso de la sospechosa actitud de los franceses, y no queriendo por una parte faltar á la liza y dar con ello ocasión á que se le murmurara de hombre sin corazón y sin palabra, mas tomando por otra las debidas precauciones para no ser víctima de asechanzas desleales, ordenó á sus campeones que concurriesen diseminados á Burdeos para el dia señalado, y él con tres caballeros de su confianza se encaminó de Valencia á Tarazona, donde tuvo una rápida entrevista con el infante D. Sancho de Castilla, que andaba entonces levantado y en guerra contra su padre. Desde allí envió secretamente á Gilabert de Cruylles á preguntar al senescal de Eduardo de Inglaterra en Burdeos si le aseguraba el campo, y él prosiguió su camino de la manera siguiente: Concertóse bajo juramento de fidelidad y de reserva con un aragonés llamado Domingo de la Higuera, traficante en caballos y conocedor de todos los caminos y veredas de uno y otro lado del Pirineo, en que el rey y sus tres caballeros irian disfrazados y pobremente vestidos como si fuesen los criados y sirvientes del rico mercader. Llevaba el rey una vieja capa azul, una maleta común á la grupa de su caballo, en la mano un venablo de caza, cota de malla debajo del vestido y un yelmo bajo el capuchón que le cubria la cabeza. En los alojamientos ó posadas, Domingo de la Higuera, que se distin-

(1) M. Lafuente. *Historia general de España*, t. I, pág. 444. — Barcelona, 1877.

que éstos pasaron que no las que ahora nosotros[a] pasamos. Porque quiero hacerte sabidor, Sancho, que no afrentan las heridas que se dan con los instrumentos que acaso se hallan en las manos, y esto está, en la ley del duelo, escrito por palabras expresas: que si el zapatero da[b] á otro con la horma que tiene en la mano, puesto que verdaderamente es de palo, no por eso se dirá que queda apaleado

a. ...que aora pasamos. L.$_1$. — *b. ...zapatero de á otro.* Bow.

guia por la decencia de su traje, comia aparte, servido por sus criados, y principalmente por el rey. De esta manera, salvando todos los peligros, llegaron el 31 de Mayo á las puertas de Burdeos. Inmediatamente envió á Berenguer de Peratallada á la ciudad para que viese á Gilabert de Cruylles, y le encargase decir al senescal del rey de Inglaterra que un amigo suyo deseaba hablarle y le esperaba fuera de la ciudad. Acudió el senescal Juan de Greilly; acercándose á él D. Pedro le dijo: «— El rey de Aragón me envia secretamente á preguntaros si el rey de Inglaterra y vos en su nombre le aseguraréis el campo y podrá venir sin peligro.» «— Decid á vuestro rey, — le contestó el senescal, — que de ninguna manera; que, habiendo el rey Eduardo rehusado ser juez del campo y protestado contra el duelo, ni él ni yo somos parte en este negocio, y mucho menos apoderadas como se hallan de Burdeos y su comarca las tropas francesas.» «— Pues al menos, — replicó el supuesto enviado, — ruégoos me hagáis la merced de enseñarme el palenque.» Hízolo así el senescal, y tan luego como llegaron al sitio, echando D. Pedro su capuchón á la espalda: «— Yo soy el mismo rey de Aragón, — le dijo; — conocedme.» Asombrado Greilly le aconsejó que huyera, mas el aragonés no quiso hacerlo sin recorrer antes el palenque; dió una vuelta al área de la liza, é hizo que allí mismo se levantara acta firmada por el senescal y un notario para que constase que él habia cumplido su palabra y empeño de comparecer, y que si no se realizaba el combate la culpa no era suya sino de su competidor, que con sus alarmantes medidas habia faltado á las leyes del duelo. Con esto dejó al senescal sus armas en testimonio de haber concurrido personalmente, y, partiendo otra vez camino de Bayona, regresó á España por Fuenterrabía.

Presentóse Carlos al dia siguiente (1.° de Junio) en la liza, y, como viese que no comparecia el rey de Aragón, llamábale ya en alta voz traidor y cobarde; mas habiéndole presentado el senescal el acta de comparecimiento, descargó en él su furia mandándole prender, si bien tuvo que ponerle pronto en libertad por la conmoción que excitó en Burdeos el atentado. Centelleaba Carlos de cólera al ver así burlados todos sus designios: proclamaba que el rey de Aragón era *peor que los demonios del infierno*, y se vengó en despachar correos por todas partes pregonando injurias contra el monarca aragonés. Tal fué el dramático remate de aquel famoso duelo que tenia en expectativa á todas las naciones y príncipes de Europa, y que de ningún modo hubiera podido ya ser legal, puesto que además del ostentoso aparato de tropas y de las sospechosas disposiciones con que se habia presentado uno de los contendientes, habiéndose negado el rey de Inglaterra á ser el mantenedor y juez del combate, faltaban todas las condiciones del convenio de 30 de Diciembre; y el rey de Aragón, sobre no estar obligado á una lid sin las debidas y pactadas formalidades, obró muy cautamente en no fiarse en la lealtad de quien habia llevado al cadalso á Conradino.»

aquel á quien dió con ella. Digo esto porque no pienses que, puesto que quedamos desta pendencia molidos, quedamos afrentados; porque las armas que aquellos hombres traían, con que nos machacaron, no eran otras que sus[a] estacas, y ninguno dellos, á lo que se me acuerda, tenía estoque, espada ni puñal.

— No me dieron á mí lugar, — respondió Sancho, — á que mirase en tanto, porque apenas puse mano á mi tizona cuando me santiguaron los hombros[b] con sus pinos, de manera que me quitaron la vista de los ojos y la fuerza de los pies, dando conmigo adonde ahora yago[c], y adonde no me da pena alguna el pensar si fué afrenta ó no lo de los estacazos, como me la da el dolor de los golpes, que me han de quedar tan impresos en la memoria como en las espaldas.

a. ...otras que estacas. Ton. = *b. ...los hombres con sus pinos.* Riv.
c. ...conmigo donde ahora yazgo. Mai.

1. *...no pienses que, puesto que quedamos desta pendencia molidos, quedamos afrentados; porque las armas que aquellos hombres traían, con que nos machacaron, no eran otras que sus estacas.* — ¡Triste engaño el de D. Quijote! ¡Triste destino el suyo! Desde el momento en que se entrega al duro ejercicio de la caballería andante, no sufre sino decepciones. El que dice que su ley es su espada, sus fueros sus brios, sus prerrogativas su voluntad, vive sujeto á la de todos; y, en su locura, ha de buscar ingeniosos artificios para cohonestar las desventuras con que va tropezando en su heroica peregrinación. Blanco de befa y escarnio, un día, el truhán del ventero, le echa de su casa con la cortesía más irónica; luego, aquel vecino de su lugar, que le encontró maltrecho, le mira con compasivo desdén, si caben juntas estas dos palabras; y ahora, los yangüeses, los rústicos yangüeses, le muelen á estacazos, á él, que se cree señor de la tierra. ¡Qué astucia tan inocente! ¡Que no quedan afrentados porque las armas de aquellos hombres eran estacas!

¡Qué sugestiones las del falso honor!

7. *...porque apenas puse mano á mi tizona.* — «Es corrupción *tizona* de *teutona*, nombre que debió darse á aquella suerte de espadas por su procedencia de Alemania, y cuya introducción en España, como la de otras armas del propio origen, se remonta á fecha remotísima (véase S. Isidoro, *Or.*, lib. XVIII, 7). En el *Voc. aráb. lat.*, de R. Martín, se halla la palabra *Tauchol*, con significación de *sagita*. Yo creo que tiene el propio origen que *tizona*, así como la voz *tucón* por *teutón*, que se encuentra en el *Libro de Alexandre*, y nuestros *chuzo* y *chuzón* (véase Simonet, *Glos. de las voces ibér. y lat. usadas por los mozárabes*, y á Covarrubias, *Tesoro de la Lengua cast.*, s. *chuzón*, que da á esta voz origen suizo).» (Leopoldo Eguílaz y Yanguas. *Notas al Ingenioso Hidalgo*, pág. 140.)

Por lo que se lee en el *Poema del Cid* (v. 2435-2438) sobre las dos espadas del héroe burgalés, la *tizona* fué el despojo de una batalla:

> «Mató á Bucar, al rey de alen mar,
> É ganó á *Tizón*, que mill marcos d'oro val;
> Venció la batalla maravillosa é grant;
> Aquis' ondró Mio Cid, é quantos con él son...»

— Con todo eso, te hago saber, hermano Panza, — replicó D. Quijote, — que no hay memoria á quien el tiempo no acabe ni dolor que[a] muerte no le consuma.

— Pues ¿qué mayor desdicha puede ser, — replicó Panza, — de[b] aquella que aguarda al tiempo que la consuma y á la muerte que la acabe? Si esta nuestra desgracia fuera de aquellas que con un par de bizmas se curan[c], aun no tan malo; pero voy viendo que no han de bastar todos los emplastos de un hospital para ponerlas[d] en buen término siquiera.

— Déjate deso, y saca fuerzas de flaqueza, Sancho, — respondió D. Quijote, — que así haré yo; y veamos cómo está Rocinante, que, á lo que me parece, no le ha cabido al pobre la menor parte desta desgracia.

— No hay de[e] qué maravillarse deso, — respondió Sancho, — siendo él también caballero[f] andante: de lo que yo me maravillo es de que mi jumento haya quedado libre y sin costas donde nosotros salimos sin costillas.

— Siempre deja la ventura una puerta abierta en las desdichas[g] para dar remedio á ellas, — dijo D. Quijote. — Dígolo porque esa[h] bestezuela podrá suplir ahora la falta de Rocinante llevándome á

a. ...que la muerte. Arg.$_{1-2}$, Mai., Benj., FK. = *b. ...que.* A.$_1$, Pell., Arr., Mai. = *c. ...se cura.* Mil. = *d. ...para ponernos.* Arg.$_{1-2}$, Benj. = *e. No hay que maravillarse.* Arg.$_{1-2}$, Benj. = *f. ...siendo él tan buen caballero andante.* C.$_1$, L.$_{1-2}$, FK. — *...también de caballero andante.* Ton. — *...también caballería andante.* Arg.$_{1-2}$, Benj. — *...siendo él tan buen caballo andante.* Mai. = *g. ...en las desdichadas.* Br.$_2$. = *h. ...porque esta bestezuela.* Gasp.

Ella fué más adelante el regalo de boda que hizo el Campeador á los esposos de sus hijas:

> «Hyo quiero les dar axuar tres mill marcos de plata;
> Darvos mulas é palafrés muy gruesos de sazón;
> Cavallos pora diestro fuertes é corredores;
> É muchas vestiduras de paños é de ciclatones.
> Darvos he dos espadas á *colada* é á *tizón*...»
>
> (V. 2580-2585.)

En los romances, en las crónicas y en las *Partidas* del Rey Sabio, se encuentran repetidas veces las palabras *tizón* y *tizona*, como objetos que relumbran y queman.

4. — *Pues ¿qué mayor desdicha puede ser.* — Aunque no sea dado dibujar con rigor matemático los rasgos que ofrece la fisonomía del castellano, todavía cabe decir (por lo que mira al hipérbaton) que, con todo y ser grande la libertad de la lengua en este punto, acaso no consienta trastrueque de palabras como el que aquí nos ofrece el novelista.

mí, desde aquí, á algún castillo donde sea curado de mis feridas[a]; y más, que no tendré á deshonra la tal caballería, porque me acuerdo haber leído que aquel buen viejo Sileno, ayo y pedagogo del alegre dios de la risa, cuando entró en la ciudad de las cien puertas, iba muy á su placer caballero sobre un muy hermoso asno.

— Verdad será que él debía de ir caballero como[b] vuestra merced dice, — respondió Sancho; — pero hay grande[c] diferencia del ir caballero al ir atravesado como costal de basura.»

Á lo cual respondió D. Quijote: «— Las feridas que se reciben en las batallas, antes dan honra que la quitan: así que, Panza amigo, no me repliques más, sino, como ya te he dicho, levántate[d] lo mejor que pudieres y ponme de la manera que más te agradare[e] encima de tu jumento; y vamos de aquí antes que la noche venga y nos saltee[f] en este despoblado.

— Pues yo[g] he oído decir á vuestra merced, — dijo Panza, — que es muy de caballeros andantes el dormir en los páramos y desiertos lo más del año, y que lo tienen á mucha ventura.

— Eso es, — dijo D. Quijote, — cuando no pueden más, ó cuando están enamorados[h]; y, es tan verdad esto, que ha habido caballero que se ha estado sobre una peña, al sol y á la sombra y á las inclemencias del cielo, dos años sin que lo supiese su señora, y uno destos fué Amadís cuando, llamándose Beltenebros, se alojó en la Peña Pobre[i], ni[j] sé si ocho años ó[k] ocho meses, que no estoy muy bien

a. ...*heridas.* MAI. = *b.* *Verdad será que ese viejo iría á placer como.* ARG.$_3$. = *c.* ...*gran.* TON., CL., RIV. = *d.* ...*levántame.* PELL. = *e.* ...*te agrade.* ARR. = *f.* ...*santee.* BR.$_3$. = *g.* *Pues oy he.* L.$_1$. = *h.* ...*están desfavorecidos en sus amores.* ARG.$_3$. — ...*están enamoradas.* FK. = *i.* ...*Peña Polio.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}2}$. = *j.* ...*no sé.* ARR., ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ. = *k.* ...*años ú ocho meses.* ARG.$_{1\text{-}2}$, MAI., BENJ., FK.

3. ...*Sileno.* — Pedagogo de Baco, dios de la risa, aparece, en el drama satírico de la literatura clásica, caballero sobre su asno. Cervantes, que recordaba el verso de Horacio:

An custos famulusque dei Silenus alumni
(Epistola *Ad Pisones*, v. 239),

le introduce en este pasaje, aunque confundiendo á Tebas de Beocia con la Tebas de Egipto, caminando muy á su placer en la humilde cabalgadura antes citada.

9. «— *Las feridas que se reciben en las batallas, antes dan honra que la quitan.* — Esta misma idea la expresó con más novedad, como veremos luego, en el prólogo de la segunda parte.

22. ...*Peña Pobre.* — Véase nuestra nota, t. I, pág. 38.

en la cuenta: basta que él estuvo allí haciendo penitencia por no sé qué sinsabor que le hizo la señora Oriana. Pero dejemos ya esto, Sancho, y acaba, antes que suceda otra desgracia al jumento como á Rocinante.

— Aun ahí sería el diablo», dijo Sancho. Y despidiendo treinta ayes y sesenta sospiros, y ciento y[a] veinte pésetes y[b] reniegos de quien allí le había traído, se levantó, quedándose agobiado en la mitad del camino como arco turquesco sin poder acabar de enderezarse; y, con todo este trabajo, aparejó su asno, que también había andado algo distraído con la demasiada libertad de aquel día; levantó luego á Rocinante, el cual, si tuviera lengua con que quejarse, á buen seguro que Sancho ni su amo no le fueran[c] en zaga. En resolución: Sancho acomodó á D. Quijote sobre el asno y puso de reata á Rocinante, y, llevando al asno del[d] cabestro, se enca-

a. ...*y ciento veinte.* ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ. = *b.* ...*pésetes, reniegos.* L.$_1$. = *c.* ...*fuera.* AMB. = *d.* ...*al asno de cabestro.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2}$, BR.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, BOW.

7. ...*se levantó, quedándose agobiado en la mitad del camino como arco turquesco.* — De la observación, más que del estudio, sacó Cervantes el rico joyel de sus comparaciones y metáforas: en verdad, no asistió á las aulas de Arquitectura; y, con todo, ¡qué exactitud la de esta comparación! Lo saben todos: el *arco turquesco* es el árabe ó de herradura, mayor que el de medio punto; pero que se alarga, bajo del diámetro, no en líneas rectas, sino en líneas entrantes, tendiendo á completar el círculo. Parecido á éste, pues, era el encorvamiento de Sancho.

9. ...*su asno, que también había andado algo distraído.* — Púsose en el tomo primero, pág. 18, lín. 12, «enamorado *distraído*», y en la 74, lín. 12, «*distraídas* mozas», no por afán de novedad ni por falta de respeto á las dos primeras ediciones de Cuesta, sino porque, considerando estas voces como formas vacilantes, entendemos que no nos ha de alcanzar la censura de los doctos. Los que juzguen desprovisto de fundamento este nuestro parecer, pueden acogerse á lo que escribió el académico Cabrera cuando dijo:

«Se ha puesto *destraído* conforme á las dos primeras ediciones de 1605, desdeñando la palabra *distraído* que se halla en la edición de 1608; y para ello se han tenido á la vista las razones que dieron motivo á la nota sobre *destraídas mozas*.»

Y ¿qué razones son? Sólo da una el, por otros conceptos, respetable crítico:

«*Destraídas mozas.* — Así es como se lee en las dos primeras ediciones de 1605; la palabra *distraídas*, que se encuentra en la de 1608, es de creer que sea cosa de la imprenta, no de Cervantes, mediante que éste usa de la voz *destraída* en la II parte, cap. 1, y de las palabras *destrae* y *destraído* en el cap. 2 de la misma parte.»

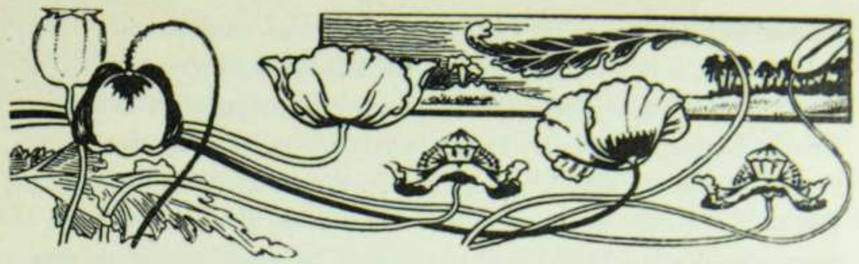
Interin no se demuestre que *distraído* fué yerro de imprenta, seguiremos creyendo que es forma vacilante, y que lo mismo pudo leer el cajista en el manuscrito, no muy correcto, *destraído* que *distraído*.

minó poco más á[a] menos hacia donde le pareció que podía estar el camino real; y la suerte, que sus cosas de bien en mejor iba guiando, aun no hubo andado una pequeña legua, cuando le deparó el camino, en el cual descubrió una venta, que, á pesar suyo y gusto de D. Quijote, había de ser castillo. Porfiaba Sancho que era venta y su amo que no, sino[b] castillo; y tanto duró la porfía, que tuvieron lugar, sin acabarla, de llegar á ella, en la cual Sancho se entró, sin más averiguación, con toda su recua.

a. ...*poco más ó menos.* V$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2}$, Gasp., Mal., FK.
b. ...*sino que castillo.* V$_{1\text{-}2}$, Mil.

1. ...*poco más á menos.* — Se advierte variedad en una misma edición sobre la frase *poco más á menos*, pues se ha observado que en las dos ediciones de Valencia, primera y segunda de Bruselas, y en las de Gaspar y Roig, Máinez y Fitzmaurice-Kelly, dicen en este capítulo «poco más *ó* menos»; y algunas de ellas, en el 7, leen «poco más *á* menos».

4. ...*en el cual descubrió una venta, que, á pesar suyo y gusto de D. Quijote, había de ser castillo.* — No le abandona ni un punto la Musa de su hermoso humorismo. ¿Cómo el héroe, tan pulcro en lo que atañe á las leyes caballerescas, no comprende el ridículo de presentarse atravesado en un asno? Si lo cómico no fuese siempre compañero de la pluma de Cervantes, ¿no pareceria extraño este presentarse del caballero ante el castellano? ¿No es, por ventura, D. Quijote, fiel cumplidor de cuanto había leído en los libros andantescos? ¿Ó es que hubo algún paladín que se presentase de modo parecido?



Capítulo XVI

De lo que le[a] sucedió al ingenioso hidalgo en la venta que él imaginaba ser castillo

El ventero, que vió á D. Quijote atravesado en el asno, preguntó á Sancho qué mal traía. Sancho le[b] respondió que no era nada, sino que había dado una caída de una peña abajo, y que venía algo brumadas las costillas. Tenía el ventero por mujer á una no de la condición que suelen tener las de semejante trato, porque

a. *De lo que sucedió.* Riv. — *b.* *Sancho respondió.* Bu.$_{2}$.

Representación de caso ficticio, de sucesos familiares, cuadro en verdad realista; el de este capítulo luce á los ojos del crítico por ser fragmento de un todo orgánico, fragmento con el que se explican otros muchos. Mas, si la crítica lo considerara aisladamente, al punto el elemento ético recabaría sus fueros; y el estético, aun para los que piden el divorcio entre la bondad y la belleza, habría de declarar que no es aquí donde el genio maravilloso de Cervantes se levanta sobre todas las creaciones literarias; que no es aquí donde se espacia creando un nuevo mundo poético, ya que la inspiración de estas páginas arranca de fuentes conocidas, si bien el agua brota con ímpetu como si naciera de hondo y propio manantial.

Línea 7. ...*no de la condición que suelen tener las de semejante trato.* — Al cuadro del cap. 3, en que aparecen la Tolosa y la Molinera, suceden aquí líneas más suaves. Á la mofa de aquéllas, reemplaza ahora, como hermoso contraste, la caritativa mano de la mujer del ventero, la de su hija y hasta la de Maritornes, que es la encargada de curar á Sancho; y de tal suerte lo hacen, que ni aun sombra de ironía descubrimos en la extrañeza que les producían amo y escudero, ni en el asombro de que ni siquiera hubiesen mejorado de condición.

naturalmente era caritativa y se dolía de las calamidades de sus prójimos; y, así, acudió luego á curar á D. Quijote, y[a] hizo que una hija suya, doncella, muchacha y de muy buen parecer, la ayudase á curar á su huésped. Servía en la venta asimismo una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del[b] un ojo tuerta y del otro no muy sana. Verdad es que la gallardía del cuerpo suplía las demás faltas: no tenía siete palmos de los pies á la cabeza, y las espaldas, que algún tanto le[c] cargaban, la[d] hacían mirar al[e] suelo más de lo que ella quisiera. Esta gentil moza, pues, ayudó á la doncella, y las dos hicieron una muy mala cama á D. Quijote en un camaranchón que, en otros tiempos, daba manifiestos indicios[f] que había servido de pajar muchos años, en el[g] cual también alojaba un arriero que tenía su cama hecha un poco más allá de la de nuestro D. Quijote, y, aunque era de las enjalmas y mantas de sus machos, hacía mucha ventaja á la de D. Quijote, que sólo contenía cuatro mal lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos, y un colchón que, en lo sutil, parecía colcha, lleno de bodoques, que, á no mostrar que eran de lana por algunas roturas, al tiento, en la dureza, semejaban de guijarro, y dos sábanas hechas de cuero de adarga, y una frazada cuyos hilos, si se quisieran contar, no se perdiera uno solo de[h] la cuenta.

a. ...*é hizo.* MAL. — *b.* ...*de un ojo.* TOR. — *c.* ...*la cargaban.* ARG.$_3$. — *d.* ...*le hacían.* ARG.$_3$. — *e.* ...*mirar el suelo.* BR.$_3$. AMB., TOR. — *f.* ...*indicios de que.* GASP. — *g.* ...*en la.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, L.$_1$, V.$_{1\text{-}2}$, BR.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, MIL... AMB., BOW. — *h.* ...*en.* GASP.

11. ...*un camaranchón que, en otros tiempos.* — Bien pudo estar destinado á *pajar unos pocos años*, ó bien haber servido de *pajar muchos años* últimamente. ¿Cabe en ello contradicción?

19. ...*y dos sábanas hechas de cuero de adarga.* — El encarecimiento de la calidad y dureza de las sábanas queda indirectamente explicado en nuestra nota del t. I, pág. 50. Dijose allí que las adargas solían hacerse de doble cuero engrasado: aunque el cuero de las sábanas fuese sencillo, bien claramente se deja entender la condición de las personas á cuyo servicio se destinaban. Fuera de esto, es curioso para el estudio del idioma la significación del verbo *adargar* (cubrirse con la *adarga*), ya se use en el primer significado que se dió á la palabra, ya en sentido metafórico, como puede echarse de ver en las siguientes citas:

«Lastima brazos y quebranta codos,
Llevando lo peor quien más se *adarga*.»
(JUAN DE CASTELLANOS. *Elegías de varones ilustres de Indias.*)

«...oíase una batalla desigual: los unos herían con puñales desnudos; los otros, viejos y caídos, se *adargaban* con libros y cuadernos.» (QUEVEDO. *El entremetido y la dueña y el soplón.*)

En esta maldita cama se acostó D. Quijote; y luego la ventera y su hija le emplastaron de arriba abajo, alumbrándoles Maritornes, que así se llamaba la asturiana; y como al bizmalle[a] viese la ventera tan acardenalado á partes á D. Quijote, dijo que aquello[b] más parecían golpes que caída.

«— No fueron golpes, — dijo Sancho, — sino que la peña tenía muchos picos y tropezones, y que[c] cada uno había hecho su cardenal.» Y también le dijo: «— Haga vuestra merced, señora, de

a. ...*al bizmarle viese.* MAL. — *b.* ...*que aquellos más.* V.$_{1\text{-}2}$. *c.* ...*y cada uno.* ARG.$_3$.

«Mas el tramposo que oía al otro tramposo que abonaba al tercer tramposo, disimulando el conocerlos y *adargándose* del trampantojo, dijo, con lamentación ponderada, que él andaba á buscar cuatro mil reales.» (QUEVEDO. *La hora de todos y la fortuna con seso.*)

«Encontró á el bravo Guzmán bien *adargado*, y con la lanza en el ristre.» (LOPE. *Philom.*, fol. 105.)

«...dióle en defensa una hoja áspera y recia con que se *adargase* de los turbiones que suelen acudir en el estío, y de la fuerza del granizo.» (FR. PEDRO MALÓN DE CHAIDE. *La conversión de la Madalena.*)

2. ...*alumbrándoles Maritornes, que así se llamaba la asturiana.* — La diversidad de pareceres sobre el origen y formación del vocablo *Maritornes* (nuevo argumento de cuán movedizo sea el terreno de las etimologías) nos lleva á decir tan sólo que Cervantes lo inmortalizó en la memoria de las gentes, tanto, que hasta en forma de adjetivo se ha perpetuado en el idioma:

«¡Vieras allí de su grosera boca,
Que no es tan infernal la de una foca,
Á la del puro y cándido retoño
Trasegar la bazofia *Maritornes!*
Y si la arroja el desgraciado y chilla,
¡Erre que erre, y vuelta á la escudilla!»
(*Obras de Bretón de los Herreros*, t. V, pág. 509.)

Para el simbólico simbolizador Polinous, *Maritornes* (*Maritornés*, María *la tuerta*) es el retrato exacto y acabado de la Iglesia Católica en los siglos XVI y XVII. Si la descripción resulta con perfiles durísimos, débese á que la *Roma de los Papas*, en vez de poner su pensamiento en lo alto, mira únicamente á la tierra: no de otro modo que la moza del mesón, de nariz *roma*, miraba hacia el suelo más de lo que ella quisiera porque las espaldas le cargaban algún tanto.

«Si la cuna de Maritornes, — continúa el comentador, — se meció en Asturias, es también porque el Catolicismo español tuvo allí su origen; y si el arriero de Arévalo lleva doce mulos, atribúyase esto á que en el simbolismo de tal número están representados los doce apóstoles.»

¡Oh apasionada sutileza! Á tamaño alambicamiento lleva el prejuicio de encontrar en las obras de arte más de lo que en sí tienen. Para la crítica, el

manera que queden algunas estopas, que no faltará quien las haya menester, que también me duelen á mí un poco los lomos.

— Desa manera, — respondió [a] la ventera, — ¿también debistes [b] vos de caer?

— No caí, — dijo Sancho Panza, — sino que, del sobresalto que tomé de ver caer á mi amo, de tal manera me duele á mí el cuerpo que me parece que me han dado mil palos.

— Bien podrá [c] ser eso, — dijo la doncella; — que á mí me ha acontecido muchas veces soñar que caía de una torre abajo, y que nunca acababa de llegar al suelo, y, cuando despertaba del sueño,

a. ...respondió luego la ventera. L.$_1$. — *b. ...también debisteis.* Ton., Mai. — *c. Bien podría.* C.$_3$. A.$_1$. Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp.

tipo de Maritornes supera á sus análogos de las *Novelas ejemplares*. No es la asturiana una moza de partido; carnal y todo, se diferencia de la Argüello y de su compañera la gallega:

«Lo primero que advirtieron éstas fué en que les habian de pedir (á Avendaño y Carriazo) que no les habian de pedir celos por cosas que las viesen hacer de sus personas, porque mal pueden regalar las mozas á los de dentro si no hacen tributarios á los de fuera de casa. «—Callad, — decian ellas, — y tapaos los ojos, y dejad tocar el pandero á quien sabe, y que guie la danza quien la entiende, y no habrá par de canónigos más regalados que vosotros lo seréis de estas tributarias vuestras (1).»

Sí, Maritornes es tipo vivido, copiado de la realidad, representación exacta de una de las condiciones sociales: la más ínfima. Pecadora, es cierto; pero el novelista guarda para ella una pincelada simpática: la moza (que no comercia con su cuerpo) paga de su mísero peculio el vino para el manteado Sancho, y lo hace en tal momento que constituye un acto de caridad.

Rasgo más delicado trazó aún la pluma de Cervantes. No muy lejos, en el cap. 27 de esta primera parte, cuando refiere cómo el cura y el barbero, movidos á compasión, convinieron en disfrazarse para sacar á D. Quijote de las entrañas de Sierra Morena, donde habia quedado esperando, vanamente, la contestación de la señora de sus pensamientos, añade: «Despidiéronse de todos y de la buena de Maritornes, que prometió de rezar un rosario, aunque pecadora, porque Dios les diese buen suceso en tan arduo y tan cristiano negocio, como era el que habian emprendido.»

El cuadro, mirado artísticamente, vence, en toques de hermosura, en singulares contrastes, al que se contempla en el Mesón del Sevillano. Aquí, el espiritual D. Quijote, frente al rijoso arriero, trae á la memoria los felicísimos tiempos en que la belleza enamoraba sin malicia, la honestidad encendia sin que abrasase, el donaire daba gusto sin que incitara: allí, las bellacas de las mancebas, llamaban á la puerta de mal disfrazados mozos, de mozos carnales, pidiendo que las abrieran porque se helaban de frio; y si la puerta permaneció cerrada es porque ellos, á pesar de fuerte torniscón, esperaban mayores ventajas de la inocente Constancica.

(1) *La ilustre fregona.*

hallarme [a] tan molida y quebrantada como si [b] verdaderamente hubiera caído.

— Ahí está el toque, señora, — respondió Sancho Panza; — que yo, sin soñar nada, sino estando más despierto que ahora estoy, me hallo con pocos menos cardenales que mi señor D. Quijote.

— ¿Cómo se llama este caballero? — preguntó la asturiana Maritornes.

— Don Quijote de la Mancha, — respondió Sancho Panza, — y es caballero aventurero, y de los mejores y más fuertes que de luengos tiempos acá se han visto en el mundo.

a. ...hallábame. Ton. — *b. ...como verdaderamente.* Bu.$_1$.

3. — *Ahí está el toque..., que yo, sin soñar nada..., me hallo con pocos menos cardenales que mi señor D. Quijote.* — En el cap. 3, pág. 90, lin. 1, puso ya Cervantes en boca del ventero estas palabras: «...todo el *toque* de quedar armado caballero consistia en la pescozada y en el espaldarazo»; y ahora, con su habitual donaire, vuelve á usar de la misma frase, con la que se significa el punto en que estriba una dificultad ó aquello que ha de tenerse como esencial en una materia. Aunque más propia del estilo humorístico que del serio, la sobredicha expresión ha sido usada en todos los tiempos hasta por nuestros más graves escritores, como si con ello quisieran probar que, para el artista, son muy contados los vocablos que pueden tacharse de ser en verdad bajos.

Véanse autoridades con las que se acredita el empleo de esta voz, así en tono festivo como en el que se reviste de la mayor gravedad:

«Las adversidades con igual ánimo se han de sufrir, y en ellas se prueba el corazón recio ó flaco. No hay mejor *toque* para conoscer qué quilates de virtud ó de esfuerzo tiene el hombre.» (*La Celestina*, acto XIII.)

«Para animales de razón ajenos
El instinto que tienen maravilla;
El habla sólo se les echa menos.
— Ahí, señor don Roque, —
Respondió el charlatán, — Ahí está el *toque*.»
(Hartzenbusch. *Fábulas: «El niño mono.»*)

«Fue la prueba y el *toque* de quién era y de los quilates de su virtud.» (Zárate. *Discursos de la paciencia cristiana*, IV.)

«Este es el *toque* principal en que se prueba la firmeza de los amigos, si son verdaderos ó no lo son.» (Fr. Luis de Granada. *De la oración y consideración*, parte I, cap. 3.)

8. *...y es caballero aventurero, y de los mejores y más fuertes.* — Lo habian sido para la leyenda caballeresca los que por méritos de notorio valor, como el caballero de la Ardiente Espada, Tablante de Ricamonte y D. Cirongilio de Tracia, para no citar más, después de recibida la orden de caballería, no en burla, cual aconteció á D. Quijote, sino de mano de reyes ó emperadores, en presencia de la corte y en señalada iglesia, la de Santiago en el último caso; iban á tierras extrañas en busca de aventuras tan estupendas que, por

— ¿Qué es caballero aventurero? — replicó la moza.

— ¿Tan nueva sois en el mundo que no lo sabéis vos? — respondió Sancho Panza. — Pues sabed, hermana mía, que caballero aventurero es una cosa que, en dos palabras[a], se ve apaleado y emperador: hoy está la más desdichada criatura del mundo y la más menesterosa, y mañana tendrá[b] dos ó tres coronas de reinos que dar á su escudero.

— Pues ¿cómo vos, siéndolo deste tan buen señor, — dijo la ventera, — no tenéis, á lo que parece, siquiera algún condado?

— Aun es temprano, — respondió Sancho, — porque no há sino un mes que andamos buscando las aventuras, y hasta ahora no

a. ...en dos paletas. PELL. — *b. ...tendria.* C.$_1$, L.$_1$, FK.

lo desatinadas, se califican de inverosímiles. Muere la caballería andante, muchos entierran el elemento poético que en ella había, y entonces surge una milicia de prosaicos aventureros, como aquella de que habla Estébanez Calderón en su *Conquista y pérdida de Portugal*.

4. *...en dos palabras, se ve apaleado y emperador.* — «Creia un comentador, por otra parte muy benemérito, que debia substituirse la frase *palabras* por la de *paletas*. Opinamos que esa variante en el texto, ese prurito de alambicar tanto el *Quijote* y buscar rodeos para pretender expresar mejor que Cervantes lo que el gran escritor quiso decir llana y sencillamente, es un sistema crítico que sólo puede producir resultados lamentables ó negativos. El vocablo *paletas*, ó, mejor dicho, la expresión familiar *en dos paletas*, que significa *brevemente, en un instante*, no está tan generalizada ni lo estuvo como la de *en dos palabras*, que expresa lo que se verifica, hace ó dice con una presteza y brevedad portentosas. Ninguna expresión aclara más perfectamente la de que nos ocupamos que estotra: *en un abrir y cerrar de ojos*. Dejemos á un lado lo de *en dos paletas*.» (R. LEÓN MÁINEZ. *Crónica de los Cervantistas*, t. II, pág. 204 y 205.)

Juicioso hemos llamado algunas veces á Pellicer. Decímoslo porque si, acomodándonos á la *lección* más general, se adopta la de *en dos palabras*, no hay, sin embargo, sólido fundamento para decir que andaba de todo en todo descaminado el insigne comentador, puesto que quien habla es Sancho, y, según el *Diccionario de Autoridades*, *en dos paletas* es frase del estilo vulgar, equivalente á *brevemente, sin mucho trabajo*.

«Que la espuela importa mucho
Y el metal no poco ayuda,
Pues hace que *en dos paletas*
Salgan todos gente ducha.»
(J. POLO DE MEDINA. *Poesías*, 299.)

10. *...no há sino un mes que andamos.* — Causa risa ver la manera de exagerar de Sancho. Poco há se admiraba de que Maritornes ignorase lo que es *caballero aventurero*, como si fuera cosa harto sabida; y ahora, á los pocos dias de haber salido de la aldea, su ya calenturienta imaginación los ha convertido en *mes*.

hemos topado con ninguna que lo sea, y tal vez hay que se busca una cosa y se halla otra. Verdad es que, si mi señor D. Quijote sana de esta herida ó caída, y yo no quedo contrecho della, no trocaría mis esperanzas con el mejor título de España.»

Todas estas pláticas estaba escuchando muy atento D. Quijote, y, sentándose en el lecho como pudo, tomando de la mano á la ventera, le dijo: «— Creedme, fermosa señora, que os podéis llamar venturosa por haber alojado en este vuestro castillo á mi persona, que es tal, que, si yo no la alabo, es por lo que suele decirse, que la alabanza propia envilece; pero mi escudero os dirá quién soy. Sólo os digo que tendré eternamente escrito en mi memoria el servicio que me habedes[a] fecho, para agradecéroslo mientras la vida me durare; y pluguiera á los altos cielos que el amor no me tuviera tan rendido y tan sujeto á sus leyes[b], y los ojos de aquella hermosa ingrata que digo entre mis dientes, que los desta fermosa[c] doncella fueran señores de mi libertad.»

Confusas estaban la ventera y su hija y la buena de Maritornes oyendo las razones del andante caballero, que así las entendían como si hablara en griego, aunque bien alcanzaron que todas se encaminaban á ofrecimiento[d] y requiebros; y, como no usadas á

a. ...me habéis. MAI. — *b. ...tuviera rendido y sujeto á su leyes.* L.$_1$. — *c. ...hermosa.* BOW. — *d. ...ofrecimientos.* TOR., CL., RIV., ARG.$_{1,2}$, BENJ., FK.

11 (pág. 28). *...buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea.* — ¡Qué! ¿No fué aventura lo del vizcaino? ¿No fué aventura lo de los molinos de viento? ¿No lo fue lo de los yangüeses? Sí, aventuras habia encontrado; pero de ellas no sacó sino caidas, palos y puñadas, y en ello se funda Sancho para decir, con profundo sentido de la realidad: «...tal vez hay que se busca una cosa y se halla otra.»

18. *...así las entendian como si hablara en griego.* — «Dijose *jerigonza*, cuasi *greguigonza*, porque en tiempos pasados era tan peregrina la lengua griega, que aun pocos de los que profesaban facultades la entendian, y así decian hablar griego, el que no se dejaba entender.» Á esta explicación dada por Covarrubias, sólo ha de añadirse que la frase la usaron, en el mismo sentido humorístico, no pocos de nuestros escritores. Basten estas dos citas, dejando en silencio las de Quevedo y otras que pudieran aducirse:

«¿No hay allí un famoso médico que ha sido médico de una vizcondesita, y catedrático, y examinador, y es académico, y todas las enfermedades las cura en *griego*?» (L. MORATÍN. *El médico á palos*, acto I, esc. II.)

«Hable usted claro; ó si no,
Ni mi señora ni yo
Hemos aprendido el *griego*.»
(BRETÓN DE LOS HERREROS. *Frenología y magnetismo*, acto único, esc. IV.)

semejante lenguaje, mirábanle[a] y admirábanse, y parecíales otro hombre de los que se usaban; y, agradeciéndole con venteriles razones sus ofrecimientos, le dejaron, y la asturiana Maritornes curó á Sancho, que no menos lo había menester que su amo.

Había el arriero concertado con ella que aquella noche se refocilarían juntos, y ella le había dado su palabra de que, en estando sosegados los huéspedes y durmiendo sus amos, le iría á buscar y satisfacerle el gusto en cuanto le mandase. Y cuéntase desta buena moza que jamás dió semejantes palabras que no las cumpliese, aunque las diese en un monte y sin testigo alguno, porque presumía muy de hidalga[b], y no tenía por afrenta estar en aquel ejercicio de servir en la venta; porque decía ella que desgracias y malos sucesos la[c] habían traído á aquel estado. El duro, estrecho, apocado y fementido lecho de D. Quijote estaba primero en mitad de aquel estrellado establo; y luego[d], junto á él, hizo el suyo Sancho, que sólo

a. ...*mirábanse.* $L_{1\text{-}3}$. FK. = *b.* ...*hidalgo.* $L_{1\text{-}3}$. = *c.* ...*le.* Ton.
d. ...*establo junto á él.* $L_{1\text{-}3}$.

13. *El duro, estrecho, apocado y fementido lecho.* — Raquítico concepto de la preclara excelencia del *Don Quijote* tuvieron siempre los críticos *verbalistas;* y, con todo eso, ¿cómo desdeñar la exactitud, la precisión artística con que está hecha la pintura de objeto tan vil? ¡Qué panegírico más acabado! El lecho es *duro* en lo que mira al regalo, *estrecho* por su falta de holgura, *apocado* por lo limitado de su extensión, y *fementido* por lo falso que le hace lo flaco de sus fundamentos.

El tono festivo del pasaje es parte á que la voz *fementido*, que sólo se aplica á personas, haga tolerable su uso refiriéndose á cosas. Por lo demás, bien claro se dice más adelante, en este mismo capítulo, la razón del epíteto: «El lecho, que era un poco endeble y de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del arriero, dió consigo en el suelo.» Con igual libertad la empleó Moratín (1), aunque entendemos que no fué tan espontánea, y que viene traída como por fuerza:

«Calamocha. — Con que si hemos de cenar y dormir me parece que sería bueno...
Don Carlos. — Vamos... y ¿adónde ha de ser?
Calamocha. — Abajo... Allí he mandado disponer una angosta y *fementida mesa*, que parece un banco de herrador.»

14. ...*estaba primero en mitad de aquel estrellado establo.* — Á juicio de Pellicer, *estrellado* vale aquí tanto como *destechado* y *descubierto*, desde el cual se veían las estrellas. *Casi derribado*, había dicho poco antes Bowle.

Con razones muy atendibles, por lo bien pensadas, refutó Urdaneta la interpretación de Pellicer; y, sin habérselo propuesto, de hecho, rechazó la del primer comentador inglés.

(1) *El sí de las niñas*, acto II, esc. IX.

contenía una estera de enea y una manta que antes mostraba ser de angeo tundido que de lana. Sucedía á estos dos lechos el del arriero, fabricado, como[a] se ha dicho, de las enjalmas y de todo el adorno de los dos[b] mejores mulos que traía, aunque[c] eran doce, lucios[d], gordos y famosos, porque era uno[e] de los ricos arrieros de Arévalo, según lo dice el autor desta historia, que deste arriero hace

a. ...*como ya se ha dicho.* Ton. = *b.* ...*los mejores mulos.* $L_{1\text{-}3}$. = *c.* ...*traía y que eran doce.* Arg.$_3$. = *d.* ...*lucidos.* $V_{1\text{-}3}$. — ...*lucios muy gordos.* A_{-1}. Arr. = *e.* ...*porque eran unos de los ricos.* C_{-3}. Bow.

El crítico americano (1) dice así (seamos benévolos con sus incorrecciones de lenguaje):

«Creo que hay error en ello, y que *estrellado* es allí que el techo del *establo* estaba *lleno* de agujeros, por los cuales entraba la luz á manera de *estrellas*, como es natural que esté un viejo *camaranchón* (desván, bohardilla..., cuarto estrecho..., obscuro) *que sirvió muchos años de pajar* (sitio donde se encierra y guarda la paja). El *techo* es parte de un *cuarto, desván* ó *camaranchón; estrellado*, es *lleno de estrellas;* un *techo estrellado* es un *techo lleno de hendiduras;* y un *cuarto estrellado* es, ó bien la sinécdoque del *techo* por el *aposento*, ó bien un *aposento* cuyo techo es *estrellado*. Además, atiéndase á la significación de *establo* y á los usos que tuvo en la historia aquel á que se refiere Cervantes. *Establo* es «lugar *cubierto* en que se encierra el ganado para su descanso y alimento». El lecho de D. Quijote estaba en medio de un *camaranchón* ó *establo*, como se dice poco después; de consiguiente, no se deben diferenciar estas dos voces, según lo admitiría quien aceptase el comento de Pellicer, y debe tomarse á *establo* en la acepción más apropiada, teniendo varias: entre otras, es *mesón, venta, posada*, según su origen: *stabulum;* y, siendo más natural tomarlo en este significado, no creo que la venta, donde se albergó tanta gente principal, estuviese sin *techo*. «*Desván* es la parte más alta de la casa, que tiene por cubierta el tejado» (*Academia*); y *camaranchón* (desván) llama Cervantes al cuarto de D. Quijote; también se le llama más adelante *aposento*, y la interpretación de Pellicer no conviene á un *aposento*. Pero la duda se resuelve cuando los cuadrilleros, que mantearon á Sancho, «viendo que el *techo* era... bajo... se fueron al corral». Finalmente, cómo debe interpretarse allí esta voz es como la ha usado otras veces Cervantes. En la novela *Las dos doncellas* se lee de un caballero que se había acostado ya tarde: «apenas vió *estrellado* el aposento con la luz del día», etc. Antes había dicho que «el día dió señal de su venida con la luz que entraba por los muchos lugares y entradas que tienen los aposentos de los mesones y ventas». Parécenme que esto no deja duda. Recuérdese que el nombre *stabularius, ii*, se daba al *mesonero, ventero que hospeda «pasajeros;* y que el verbo *stabulo, as, vel stabulor, aris*, es *vivir ó albergarse en mesones ó morada*.»

5. ...*era uno de los ricos arrieros de Arévalo.* — Á los que todo lo encuentran censurable en Clemencín, á los que tan sólo reconocen en él cierta erudición en libros de caballerías, será bien recomendarles (y vaya esto como prenda de la sinceridad con que en otros pasajes se le ha criticado) lean la siguiente

(1) *Cervantes y la crítica*, pág. 412.

particular mención, porque le conocía muy bien, y aun quieren decir que era algo pariente suyo; fuera de que Cide Hamete[a] Benengeli fué historiador muy curioso y muy puntual en todas las[b] cosas;

a. ...*Cide Mahamate Benengeli.* C.$_{1-2}$. Br.$_{1-2}$. — ...*Cide Mahamete Benengeli.* L.$_{1-2}$, V.$_{1-2}$, Br.$_{3}$, Mil., Amb. = *b.* ...*en todas cosas.* A.$_{1}$.

nota, en la que luce sus conocimientos históricos, muy superiores, fuerza es declararlo, á los del entendido Pellicer:

«Por lo que se observa en varias partes del *Quijote*, no puede dudarse que Cervantes aludió frecuentemente á sucesos y costumbres de su era, y que sus contemporáneos hubieran encontrado con facilidad la explicación y la clave, digámoslo así, de muchos de sus incidentes, lo que ya es muy difícil ó imposible. La mención de un arriero, de quien *quieren decir que era algo pariente* de Cide Hamete Benengeli, parece que se refiere á lo común que era la profesión de arriero entre los moriscos de España. Las Cortes de 1592 representaban á Felipe II que los moriscos se dedicaban con preferencia á los ejercicios propios del trajín y comercio menudo de subsistencias, sin tratar de adquirir bienes raíces; y proponían que se les obligase al cultivo de las tierras, y á que sólo vendiesen sus propios frutos, y, cuando más, que se les permitiesen las profesiones de industria sedentaria y residencia fija en los pueblos. Eran los moriscos tan dados á la arriería, que, según el autor coetáneo de unos *Discursos políticos sobre la provisión de la corte*, que existen manuscritos en la Biblioteca Real, y cita Pellicer, la falta de algunos millares de arrieros que produjo la expulsión á principios del siglo XVII, hizo encarecer extraordinariamente los portes. En especial de los moriscos de Hornachos, pueblo de Extremadura, distante cinco leguas de Llerena, cuenta el Dr. Salazar de Mendoza, canónigo de Toledo, en su libro de las *Dignidades de Castilla* (1), que muchos eran arrieros, y así sabían cuanto pasaba en España y aun fuera, pues tenían correspondencia con turcos y moros; y que venían á Toledo por una senda que llamaban *moruna*, la cual iba por despoblado las cuarenta leguas que hay desde Hornachos. Como Cervantes habla tanto de los moriscos en el *Quijote;* como estuvo tan informado de las cosas de Toledo, según muestra en muchos lugares de sus obras; como fué casado y vecino en Esquivias, donde serían comunes estas noticias que no disminuiría el vulgo, ocurre sin violencia la sospecha de que en este episodio de la venta aludió á los moriscos de Hornachos, y que si supuso al suyo de Arévalo, donde no se sabe que hubiese moriscos, sería por disimular su intención y malicia. El autor de las *Dignidades de Castilla* afirma que los habitantes de Hornachos eran todos moriscos; y así debió ser con pocas excepciones, puesto que, según el *Censo español* del siglo XVI, dado á luz por D. Tomás González (2), el pueblo constaba de mil sesenta y tres vecinos, y los expulsos del mismo pueblo, según Salazar de Mendoza, llegaron á tres mil. Tratábanse como república aparte: tenían sus juntas en una cueva de la sierra, y allí batían moneda. De su inclinación al ramo de minería y beneficio de la plata, hay noticia en la de las *Minas de Guadalcanal*, publicada por el mismo D. Tomás González, y allí se ve que en Hornachos solía fundirse y afinarse el material que se hurtaba en las minas del rey; y allí también se hace mención de un Francisco Blanco, morisco de Hornachos, que

(1) Lib. IV, cap. 5, § 6.
(2) Pág. 82.

y échase bien de ver, pues las que quedan referidas, con ser tan mínimas y tan rateras[a], no las quiso pasar en silencio; de donde podrán tomar ejemplo los historiadores graves que nos cuentan las

a. ...*raras.* A.$_{2}$, Cl., Riv., Gasp.

por la fama y crédito de su habilidad fué buscado por los ministros reales, y trajo cuarenta hombres *de su nación*, con los cuales hizo grandes progresos en las labores; siendo de notar que, á pesar de sus conocimientos metalúrgicos, se ocupaba en el oficio de la arriería antes de ser empleado en las minas, donde llegó á ser capataz y trabajó por espacio de veinte años. La conducta de los moriscos de Hornachos era tal, que se hizo especial mérito de ella en los decretos de la expulsión general entre los motivos que la ocasionaban. Así se ve en el de 9 de Diciembre de 1609, donde á consecuencia de esto manda el rey que salgan de sus dominios los moriscos, «sin exceptar ninguno, que vivan en los reinos de Granada y Murcia, Andalucía y la dicha villa de Hornachos». Todas estas particularidades reunidas hacen creíble que, en la relación de los sucesos de la venta, Cervantes tuvo presentes y quiso indicar á los arrieros moriscos del mencionado pueblo.» *(Notas al «Quijote»*, t. II, pág. 28.)

Parece muy verosímil la sospecha del erudito Clemencín.

1. *...y échase bien de ver, pues las que quedan referidas, con ser tan mínimas y tan rateras.* — Furtivamente (digámoslo así, ya que la innovación se hizo sin dar cuenta al lector), Navarrete, con ligereza impropia en tan benemérito cervantista, substituyó la voz *rateras* por la de *raras*. Siguióle Clemencín, Rivadeneyra y Gaspar y Roig, sin explicar el fundamento de tal novedad. No se conformó con ella ni Hartzenbusch ni Fitzmaurice-Kelly, quien, con todo y ser extranjero, califica la enmienda de *dañosa*. Su juicio nos parece acertado.

Si Acosta, uno de nuestros antiguos naturalistas, habla de jumentos y y animales *rateros*, incluyendo en los últimos á los que se *arrastran;* en cambio, Nieremberg (1), dejando á un lado la primera acepción de la palabra, escribe: «No hay cosa más cierta, más constante, que la inconstancia de las cosas en esta naturaleza *ratera* y baja material.»

Luego *ratera*, en sentido traslaticio, no significa el que se *arrastra*, sino cosa *baja, ruin, grosera*, que es idéntica significación á la dada por el autor del *Quijote* cuando dice en una de sus *Novelas ejemplares:* «...muchos no son arrojados, insolentes, ni mal criados, ni *rateros;*» esto es, que no son *groseros* ni *vulgares*.

Que la voz *ratero* se acomode, en su raíz y derivaciones latinas, con lo mínimo, con lo pequeño, con lo de escaso valor, lo confirma Du Cange cuando aduce este pasaje: *Misimus vobis parva xenia, id est Reptem ruptilem unam*, etc.

¿Por ventura no habla Cervantes, en todo este capítulo, cuan largo es, de cosas *bajas, rastreras, vulgares y ruines?* ¿Acaso merecen la calificación de *raras, estupendas* y *maravillosas* las que ha referido desde el principio de esta narración? En verdad que no.

Podrá disonar al lector moderno la frase *cosas mínimas y rateras*, ya que él diría, acogiéndose á los sinónimos de la última voz, *«mínimas», realmente sin importancia, humildes de suyo, insignificantes por todo extremo;* pero Cervantes, hombre de gran lectura, que se gallardeaba en jugar con la lengua, y que al

(1) *Filosofía curiosa*, lib. I, cap. 45.

acciones tan corta[a] y sucintamente que apenas nos llegan á los labios, dejándose en el tintero, ya por descuido, por malicia ó ignorancia, lo más substancial de la obra. ¡Bien haya mil veces el[b] autor de *Tablante de Ricamonte*, y aquel del[c] otro libro donde se cuentan los hechos del *Conde Tomillas!* ¡Y con qué puntualidad lo describen todo! Digo, pues[d], que, después de haber visitado el

a. ...*cortas*. Amb. = *b.* ...*veces autor*. Br.$_2$. = *c.* ...*de*. Mil. = *d. Digo que*. L.$_{1\text{-}2}$.

colgar su pluma pudo dirigirle sin asomo de orgullo el tan conocido apóstrofe; Cervantes usó aqui de propósito, deliberadamente, de industria, el término *rateras*, y diriase, como de si cuenta uno de nuestros escritores misticos, *que la mano le quedó más sabrosa*, pues no habia cometido pecado contra la propiedad de los vocablos, virtud eximia del lenguaje.

Hase dicho (fuerza es alejar toda sombra de duda) que el término *rateras*, en la significación de *bajas, rastreras, ruines, viles*, disuena al lector moderno, mejor aún, á escritores bisoños, si vale la frase. No disonó á los maestros en bien decir; y, para no citar á los del siglo de oro, ahi va una autoridad intermedia, con relación á la época en que vivió. Jovellanos, en su *Información sobre la Ley Agraria*, escribe: «Los sistemas parciales, los proyectos quiméricos, opiniones absurdas, y las máximas triviales *y rateras*...»

¡Ni de perlas! Cervantes dice: Cide Hamete, historiador puntualisimo, ha referido todas las cosas *minimas* y *rateras* que tocan al cuento de Maritornes y el arriero de Arévalo. Por tanto, no abandonaremos la lección *rateras* mientras no se pruebe que en este episodio hay elevadas ideas, grandeza de imágenes, delicadeza de sentimientos. Si tales prendas lo avalorasen, entonces habria en él algo extraordinario, y la voz *raras* seria en este caso la más propia. Á los cervantistas compete, si nuestro razonamiento fuere falso, destruirlo con sólidos argumentos.

3. *¡Bien haya mil veces el autor de «Tablante de Ricamonte», y aquel del otro libro... ¡Y con qué puntualidad lo describen todo!* — «La *Crónica de Tablante de Ricamonte y Jofre, hijo del conde D. Assón*, que en ediciones modernas y viciadas es llamado *Jofre Donasón* y *D. Nasón*, la cual se dice compuesta por un tal Nuño de Garay, aunque en la impresión de Sevilla de 1599 se dice haberlo sido por Felipe Camús (1). Forman el argumento de este libro las aventuras de un

(1) «Felipe Camús tradujo al francés el *Oliveros de Castilla* y la *Historia de Clamades;* y así no es de suponer que escribiese esta historia en castellano, mucho menos las de *La linda Magalona* y *Roberto el Diablo*, que también le atribuye nuestro D. Nicolás Antonio. Más probable parece que su nombre, como el de Nicolás de Piamonte, Pierres de la Floresta *(Pierre de Laforest)* y otros, sirvió á los editores é impresores de este linaje de libros (no muy escrupulosos por cierto) para autorizar con ellos sus publicaciones. Clemencín (t. II, pág. 30), inducido en error por esta circunstancia, pretende que el *Tablante* es obra francesa; pero ni manuscrita ni impresa se halla, que sepamos, en aquella lengua. Más fácil se nos haría creer que la hubiese en provenzal ó en catalán, pues hubo un conde de Barcelona llamado Aizón ó Azón, y el nombre de Tablante *(Tablant)* nos parece tener el mismo origen. Como quiera que esto sea, ó la historia ha llegado á nosotros muy reducida y alterada, ó no se puede aplicar á ella lo que Cervantes (I parte, cap. 16) dice de *la puntualidad con que está descrito todo*, pues cabalmente es de las más sucintas y atropelladas que en su género hemos leído.»

arriero á su recua y dádole el segundo pienso, se tendió en sus enjalmas y se dió á esperar á su[a] puntualísima Maritornes. Ya estaba Sancho bizmado y acostado; y, aunque procuraba dormir, no lo

a. ...*á la puntualisima*. Ton.

caballero llamado Tablante, que vivia en tiempos del rey Artús. Deseando ganar prez y honra, deja su castillo de Ricamonte y se presenta en la corte de aquel monarca, desafiando á todos los caballeros de la Tabla Redonda. Aceptado el reto por uno de ellos, llamado el conde D. Millán, Tablante vence á su contrario y le lleva preso á su castillo. Un doncel del rey Artús, llamado Jofre, hijo del conde D. Assón ó Azón, toma sobre si la empresa de libertar al conde. En el camino topa con Montesinos el Fuerte, que maltraia una doncella llamada Bruniesen: le vence, y gana el afecto de esta dama. Después de mil peligrosas aventuras llega al castillo de Ricamonte, se combate con Tablante, le vence, liberta al conde D. Millán, y todos juntos pasan á la corte del rey Artús, donde D. Jofre casa con Bruniesen, y Tablante con la hermana de otro caballero.» (Gayangos. *Discurso preliminar de los libros de caballerias*. — «Biblioteca Rivadeneyra», t. XL, pág. XV y XVI.)

Después de copiada esta nota, hemos tenido ocasión de leer, en dos hermosos ejemplares que se guardan en la Biblioteca Nacional, la historia que con harta y lamentable rapidez cuenta D. Pascual de Gayangos.

Confiesa Clemencin no haber leido el primero de estos libros; y, como quiera que la nota de Gayangos sea insuficiente para dar idea de la tan celebrada puntualidad, parécenos conveniente ofrecer al lector de lo que el novelista, con suave ironia, á par que con profunda intención, llama *puntualidad* del historiador.

Él, sublime maestro en historias ficticias, si vale la paradoja, ¿podia alabar sinceramente una cuyo titulo es ya prenda de difusión y dice asi?: *Crónica de los nobles caballeros Tablante de Ricamonte, y de Jofre, hijo del conde Donasón, y de las grandes aventuras y hechos de armas que ovo yendo á libertar al conde don Millán, que estaba preso, como en la crónica siguiente parescerá, la cual fué sacada de las crónicas y grandes hazañas de los caballeros de la Tabla Redonda.*

Cervantes, que con gallarda concisión hace el enunciado de sus capitulos, ¿podia encomiar la infantil pesadez de éstos?:

«Cap. I. — Cómo Tablante de Ricamonte vino á la corte del rey Artús y se combatió con el conde don Millán y le venció y lo llevó preso al castillo de Ricamonte y le mandó azotar dos veces en año por deshonra del rey.

Cap. II. — Cómo Jofre demandó licencia al rey para se ir, porque el rey no le queria armar caballero para ir en busca de Tablante por vengar al conde, y cómo á la postre la reina lo hizo hacer y lo fué á buscar, y de las aventuras que le acontecieron en el camino.

Cap. III. — Cómo yendo Jofre en busca de Tablante estando reposando lo oviera otro caballero pensando que era su enemigo porque traia asi las armas, y Jofre se libró y se combatió con él y lo venció y lo envió preso á la corte.»

Ni una linea más debiera añadirse; y, con todo, no holgará advertir, á los que sólo descubren en el *Quijote* un sentido esotérico, que mil y mil pasajes, entre ellos la blanda ironia del que encabeza esta nota, ponen de resalto que el blanco á donde principalmente se tira, en esta prodigiosa y no por todos bien comprendida sátira, es contra lo desatentado é inartistico de los libros caballerescos.

consentía el dolor de sus costillas; y D. Quijote, con el dolor[a] de las suyas, tenía los ojos abiertos como liebre. Toda la venta estaba en silencio, y en toda ella no había otra luz que la que daba una lámpara que, colgada en medio del portal, ardía.

Esta maravillosa quietud, y los pensamientos que siempre nuestro caballero traía de los sucesos que á cada paso se cuentan en los libros autores de su desgracia[b], le trujo[c] á la imaginación una de las [d] extrañas locuras que buenamente imaginarse pueden; y fué que él se imaginó haber llegado á un famoso castillo (que, como se ha dicho, castillos eran, á su parecer, todas las ventas donde alojaba), y que la hija del ventero lo era del señor del castillo, la cual, vencida de su gentileza, se había enamorado dél y prometido que aquella noche, á furto[e] de sus padres, vendría á yacer con él una buena pieza; y teniendo toda esta quimera, que él se había fabricado, por firme y valedera, se comenzó á acuitar[f] y á pensar en el peligroso trance en que su honestidad se había de ver, y propuso en

a. ...con el de las. Arg.$_2$. = *b. ...de sus desgracias.* Riv., FK. = *c. ...trajo.* Amb., Mal. = *d. ...una de las más extrañas locuras.* Ton. = *e. ...á hurto.* Mal. = *f. ...comenzó á cuitar.* L.$_2$, V.$_{1\text{-}2}$, Mil., Gasp.

9. *...se imaginó haber llegado á un famoso castillo.* — En la exaltada imaginación del héroe, los molinos se convierten en gigantes, las mozas de partido en doncellas, las ventas en famosos castillos; y es que las lecturas caballerescas eran parte á que amoldase sus situaciones á cuantos trances casi iguales recordaba haber acontecido á otros caballeros. No podía menos de imaginarse que un caballero andante había de encontrar un mundo poblado de quimeras y endriagos. Por eso cree, al topar con la primera venta, que es un castillo, y saluda al ventero por castellano, y á la Tolosa y á la molinera por damas, y el castrador de puercos, que tocaba el silbato de cañas, se le imagina ser un músico que alegra la misera consolación de la vida.

15. *...se comenzó á acuitar.* — *Acuitarse, caer de ánimo,* está entre las voces notadas de arcaicas por Valdés, y que, no obstante, place oirla á D. Quijote, que se supone vivió en época muy anterior. Por análoga razón no desagrada en el primero de estos dos ejemplos, y aun la vemos con no poca complacencia en el segundo, por hallarse entre otras que no ocultan su venerable antigüedad:

« Maestro famoso, sotil y capás,
Que en todas las artes fuestes sabidor,
Non vos *acuitedes*, limpiad vuestra fas,
Que á pasar abredes por este dolor. »

(Anónimo. *La danza de la muerte.*)

« Catad que mis fijos demandan de mi
De ser aducidos en santa equidad;
A non *acuitallos* las mientes parad. »

(L. Moratín. *Poesías sueltas.* « *Al príncipe de la Paz.* »)

su corazón de no cometer alevosía á su señora Dulcinea del Toboso, aunque la misma reina Ginebra con su dueña[a] Quintañona se le pusiesen delante.

Pensando, [b] pues, en estos disparates, se llegó el tiempo y la hora (que para él fué menguada) de la venida de la asturiana, la cual, en camisa y descalza, cogidos los cabellos en una albanega de fustán, con tácitos y atentados pasos, entró en el aposento donde los tres alojaban, en busca del arriero; pero apenas llegó á la puerta cuando D. Quijote la sintió, y, sentándose en la cama, á pesar de sus bizmas y con[c] dolor de sus costillas, tendió los brazos para recebir á su fermosa[d] doncella. La asturiana, que toda recogida y callando iba con las manos delante buscando á su querido, topó con los brazos de D. Quijote, el cual la asió fuertemente de una muñeca, y, tirándola hacia sí, sin que ella osase hablar palabra, la hizo sentar sobre la cama; tentóle[e] luego la camisa, y, aunque ella era de arpillera, á él le pareció ser de finísimo y delgado cendal. Traía en las muñecas unas cuentas de vidrio[f], pero á él le dieron vislumbres de preciosas perlas orientales; los cabellos, que en alguna manera tiraban á crines, él los marcó por hebras de lucidísimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mismo sol escurecía; y el aliento, que, sin duda alguna, olía á ensalada fiambre y trasnochada, á él le pareció que arrojaba de su boca un olor suave y aromático[g]; y, finalmente, él la pintó en su imaginación de la misma traza y modo que lo había leído[h] en sus libros de la otra princesa que vino á ver al[i] mal ferido caballero, vencida[j] de sus amores, con todos los adornos que

a. ...con su dama Quintañona. C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton., A.$_1$, Bow., Mal., FK. = *b. Pensando Dulcinea, pues.* Mal. = *c. ...y el dolor.* Ton. = *d. ...hermosa.* Mal. = *e. ...tentóla.* Amb. = *f. ...de vidrio.* Riv., Gasp., Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj., FK. = *g. ...á él le pareció un olor suave y aromático que arrojaba de su boca.* Arg.$_2$. = *h. ...y modo lo que había leído.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{2\text{-}3}$, Mil., Amb., Bow. — *.. y modo de lo que había leído.* Ton. — *...modo que lo que había leído.* A.$_1$, Pell., Arr., Mal. — *...modo que él había leído.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *i. ...el mal.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton., Bow. = *j. ...vencido.* C.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., A.$_{1\text{-}2}$, Bow., Arr., Gasp., Mal.

20. *...y el aliento, que, sin duda alguna, olía á ensalada fiambre y trasnochada.* — De otra fregona dijo más tarde Cervantes: « ...le huele el aliento á basuras desde una legua; todos los dientes de arriba son postizos, y tengo para mi que los cabellos son cabellera; y para adobar y suplir estas faltas, después que me descubrió su mal pensamiento, ha dado en afeitarse con albayalde, y así se jabelga el rostro, que no parece sino mascarón de yeso puro. »

23. *...de la misma traza y modo que lo había leído en sus libros de la otra princesa que vino á ver al mal ferido caballero.* — El genio es, de suyo, creador. Cer-

aquí van puestos; y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo, que el tacto, ni el aliento, ni otras cosas que traía en sí la buena doncella, no le desengañaban, las cuales pudieran hacer vomitar á otro que no fuera arriero: antes le parecía que tenía entre sus brazos á la diosa de la hermosura. Y, teniéndola bien asida, con voz amorosa

vantes lo fué, y por eso no copia: de ahí la dificultad de encontrar en los libros caballerescos un cuadro idéntico al que inspiró á D. Quijote en tal instante. Pinturas análogas, si las hay, y más realistas que la presente, tanto, que la pluma se resiste á transcribirlas íntegramente.

Léese en el libro segundo de *El valiente é invencible caballero D. Belianís de Grecia* (1):

«Así fué que una noche, ya que las dos partes della serían pasadas y D. Belianís dormía, tomando algún tanto de descanso de las graves y mortales cuitas que comúnmente padecía, la princesa, que no dormía, imaginando en los crueles desvíos de aquel caballero, levantándose de su lecho, tomando una vela de cera, se fué para el suyo; y, sentándose sobre la cama, con la vela en la mano, se paró á contemplar en la lindeza de su figura, representándose todos sus dolores y trabajos, pareciéndole...; y que si tal pasase, cuánta desdicha y desventura sería la que los dioses le tenían aparejada; deseaba saber por quién su corazón estuviese aprisionado, para ver si de mayor merecimiento que el suyo fuese; revolvía entre sí muchos y muy diversos pensamientos, todos los cuales en contra de su deseo combatían su tan afligido y apasionado corazón; recodada sobre su mejilla, tenía su rostro algo apartado del suyo, mirándole de hito en hito tan sin pestañear ni revolver los ojos, que parecía tenerlos enclavados; derramaba tantas lágrimas que todo el rostro y pechos del príncipe tenía bañados, con lo cual el príncipe D. Belianís recordó, y, sintiendo el llorar y sollozar de Imperia, fingió todavía dormir esperando á sentir qué fin habrían sus tan amargas lágrimas, no le moviendo compasión alguna para que en darle remedio pensase, dado que en extremo gran pesar tenía en ver aquella princesa tan apasionada; la cual, prosiguiendo en el deleite de su comenzada vista, quemando sus entrañas con bravo y cruel fuego de alquitrán, comenzó á decir: «—¡Ay de ti, princesa Imperia, tan herida y lastimada de crueles fuegos... por la voluntad deste tan despiadado y cruel caballero! ¡Ay de ti, que pienso que la grandeza de tu estado es la que en este punto te daña!... ¡Ay de mí, que, siendo quien soy, el amor me quiera tratar tan áspera y rigurosamente, haciendo que no sólo no sea requerida, amada ni deseada por quien yo quiero!... ¡Ay caballero de los basiliscos! Si determinado tienes de me dar la cruel muerte, ¿por qué no me desengañas, para que ni con mis importunaciones te moleste, ni con tantas ansias te fatigue?...» Determinándose D. Belianís á desengañarla, porque de todo punto no le importunase..., fingió despertar como despavorido, y, viendo á la princesa, mostró maravillarse diciendo: «—¿Qué es esto, mi señora? ¿Y la vuestra merced tiene alguna necesidad, que así tan ásperamente la hace tratarse?»

A los largos razonamientos de amor y desvío que entre la princesa y el caballero pasaron, hasta el punto de que, desengañada, le da licencia para partirse, á todo ello añade el autor esotra escena:

«...y con esto derramaba la linda princesa tantas lágrimas, daba tantos suspiros y sollozos, que el corazón se le arrancaba, tanto que, no siendo parte

(1) Burgos, 1587; cap. 24, fol. 164.

y baja le comenzó á decir: «—Quisiera hallarme en términos, fermosa y alta señora, de poder[a] pagar tamaña merced como la que con la vista de vuestra gran fermosura me habedes fecho; pero ha querido la fortuna (que no se cansa de perseguir á los buenos) ponerme en este lecho, donde yago[b], tan molido y quebrantado, que,

a. ...de pagar. L$_3$. = *b. ...donde yazgo.* Mai.

para los más resistir, aunque lo procuró, le tomó tal desmayo, que, quedando fuera de su acuerdo, recostó la cabeza sobre D. Belianís, que, viéndola de tal manera, no hay dolor que con el suyo recibiese comparación... consigo mil exclamaciones lastimosas revolvía... de suerte que, cerrándosele el corazón, quedóse de la misma suerte que la princesa Imperia estaba...»

Y en el *Amadís de Gaula* (lib. I, cap. 1) se lee este otro pasaje:

«...é soñaba que entraba en aquella cámara por una falsa puerta y no sabía quién á él iba, y le metía las manos por los costados, é, sacándole el corazón, le echaba en un río. Y él decía: «—¿Por qué fecistes tal crueza?» «—No es nada esto, — decía *él*, — que allá os queda otro corazón, que yo vos tomaré, aunque no será por mi voluntad.» El rey, que gran cuita en sí sentía, despertó despavorido é comenzóse á santiguar. Á esta sazón habían ya las doncellas la puerta abierto y entraban por ella; é como lo sintió, temióse de traición por lo que soñara, y, levantando la cabeza..., vió el bulto de las doncellas... É Darioleta, cuando así lo vido, dijo: «—¿Qué es eso, señor? Tirad vuestras armas, que contra nos poca defensa vos ternán.» El rey, que la conoció, miró é vió á Elisena, su muy amada..., é fué á tomar á su señora entre los brazos... El rey quedó solo con su amiga, que á la lumbre de tres hachas que en la cámara ardían la miraba...»

5. *...en este lecho, donde yago, tan molido y quebrantado.* — En labios de D. Quijote, el verbo *yacer* tiene cierto aire de majestad, y ¿por qué no decir sabor arcaico?

En el cap. 2 de la *Historia de la reina Sebilla* (1551), se lee: «É la reina que *yacía* durmiendo sola...»

Y más tarde, Lope, maestro supremo hasta en pormenores técnicos, nos lo enseña indirectamente en estos dos ejemplos, empedrados de voces anticuadas:

«Laín. Pues, ¿por qué te vas, señora,
Y non me quieres fablar?
Aguarda, percata un poco
La fiera cuita en que *yago;*
Guariré menos que loco.»
(Las famosas asturianas, acto II, esc. V.)

«Don García. Si á los vuestros pies non *yago,*
Non hay ál que me contente.»
(Las famosas asturianas, acto II, esc. XIII.)

Cuando Quevedo corre tras lo solemne, dice:

«Yo que supe daros reinos
Yago desterrado aquí.»
(Silva XXVIII.)

aunque de mi voluntad quisiera satisfacer á la vuestra, fuera imposible; y más, que se añade á esta imposibilidad otra mayor, que es la prometida[a] fe que tengo dada á la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis más escondidos pensamientos; que, si esto no hubiera de por medio, no fuera yo tan sandio caballero que dejara pasar en blanco la venturosa ocasión en que vuestra gran bondad me ha puesto.»

Maritornes estaba congojadísima y trasudando de verse tan asida de D. Quijote; y, sin entender ni estar atenta á las razones que le decía, procuraba[b], sin hablar palabra, desasirse. El bueno del arriero, á quien tenían despierto[c] sus malos deseos, desde el punto que entró su coima por la puerta la sintió, [d] estuvo atentamente escuchando todo lo que D. Quijote decía, y, celoso de que la asturiana le hubiese faltado á[e] la palabra por otro, se fué llegando más al lecho de D. Quijote, y estúvose quedo hasta ver en qué paraban aquellas razones que él no podía entender; pero como vió que la

a. ...la fe que tengo. Gasp. = *b. ...procura.* Br.$_3$. = *c. ...despiertos.* A.$_3$. Mai. = *d. ...sintió y estuvo.* Br.$_3$, Ton., Cl., Riv. = *e. ...hubiese faltado la palabra por otro.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}3}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Bow.

Gallego, en su famosa composición *Á la defensa de Buenos Aires*, escribió:

«¿... será que en blando lecho
Descuidado *yazgáis*?»

Y Moratín:

«Martirizando sus cármenes de flores
Yace soberbio alcázar.»

(La toma de Granada.)

Con todo, como no sea fácil trazar una línea divisoria en lo que mira al uso de los vocablos, hase de consignar que la historia del que ahora se comenta ofrece variedad suma, lo mismo respecto á sus irregularidades *yago, yazgo, yazco*, que en lo que dice relación á su empleo en todas las épocas del idioma. Por eso, si leemos en la *Vida de Santo Domingo*, copla 61, de Berceo:

«*Yace* en Vitas Patrum dellos una partida
Toda gloria del mundo avien aborrecida»,

parecíendonos vivir en plena Edad media; llegados al siglo XIX, vemos al *yacer* respirando nueva vida en los escritos del fecundo Bretón de los Herreros:

«Tal vez en su seno profundo *yacías*.»

(Una de tantas, acto I, esc. VII.)

«Yo la quiero sustraer
Á la opresión en que *yace*.»

(Á lo hecho, pecho, acto único, esc. XIII.)

«... corazón helado,
Yace en el seno del mortal que os odia.»

(Poesías. «La Noche.»)

moza forcejaba por desasirse, y D. Quijote[a] trabajaba por tenerla[b], pareciéndole mal la burla, enarboló el brazo en alto, y descargó tan terrible puñada sobre las estrechas quijadas del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre, y, no contento con esto, se le subió encima de las costillas, y con los pies, más que de trote, se las paseó todas de cabo á cabo. El lecho, que era un poco endeble y de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del arriero, dió consigo en el suelo, á cuyo gran ruido despertó el ventero, y luego imaginó[c] que debían de ser pendencias de Maritornes, porque, habiéndola llamado á voces, no respondía. Con esta sospecha se levantó, y, encendiendo[d] un candil, se fué hacia donde había sentido la pelaza.

La moza, viendo que su amo venía, y[e] que era de condición terrible, toda medrosica y alborotada, se acogió á la cama de Sancho Panza, que aun[f] dormía, y allí se acorrucó y se hizo un ovillo.

El ventero entró diciendo: «— ¿Adónde estás, puta? Á buen seguro que son tus[g] cosas estas.»

a. ...y D. Quijote de la Mancha trabajaba. L.$_1$. = *b. ...por tenella.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}2}$, Arg.$_2$, FK. = *c. ...y luego ymoginó.* L.$_1$. = *d. ...y encendió un candil.* V.$_{1\text{-}2}$. = *e. ...venía que era.* Arg.$_2$. = *f. ...que aunque mal ya dormía.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *g. ...que son tres cosas estas.* C.$_1$, L.$_2$. — *...son tres cosas cosas estas.* L.$_1$.

16. «— *¿Adónde estás, puta?* — Aunque esta palabra (1) soez y propia de gente de apicarada condición no denota (2) siempre deshonra, para valernos de la misma expresión de Cervantes:

«— Digo, — respondió Sancho, — que confieso que conozco que no es deshonra llamar *hi de p...* á nadie cuando cae debajo del entendimiento de alabarle.» *(Quijote*, II parte, cap. 13.)

«¡Oh, *hi de p...*, qué rejo tiene y qué voz!» (I, 25.)

«¡Oh, *hi de p...*, *p...*, y qué rejo debe de tener la bellaca!» (II, 13.)

«¡Oh, *hi de p...*, *p.*ª, y qué bien que lo ha hecho!» (II, 13.)

«¡Oh, *hi de p...*, bellaco, y cómo es católico! (el vino).» (II, 13.)

«—¿Veis ahí... cómo habéis alabado este vino llamándole *hi de p...?*» (II, 13.)

«¡Oh, *hi de p...*, y qué cabellos!» (II, 21.)

Con todo eso, tal expresión se tiene hoy como signo de crudo realismo, tan crudo, que aun escritores nada pacatos, Galdós entre ellos, no se atreven á escribirla íntegramente, y muchos del vulgo, para evitar el escollo de su pronunciación, se acogen á la vulgar perífrasis de *las cuatro letras*.

Aun apareciendo tan sólo en obras de mero pasatiempo y recreo, á ella, más que á ninguna otra, es aplicable lo que se lee en las *Partidas* (ley II, título IV, pág. 11): «Las palabras que se dicen sobre razones feas y sin pro..., llámanse *cazurras*, porque son viles é desapuestas, et non deben ser dichas á homes buenos.»

(1) Y las que siguen.
(2) No denotaba en lo antiguo.

En esto despertó Sancho; y, sintiendo aquel bulto casi encima de sí, pensó que tenía la pesadilla, y comenzó á dar puñadas á una

Que ya en lo antiguo no fuese siempre nota de cultura, lo prueba el hecho de que algunos no osaban transcribirla en su totalidad:

«Castellanos y leoneses — tienen malas intenciones:
El conde Fernán González — y el buen rey Don Sancho Ordóñez
Sobre el partir de las tierras — ¡ay! pasan malas razones:
Llamábanse *hi de p...*, — hijos de padres traidores.»

(*Silva de romances.* — Zaragoza, 1550.)

En la *Vida del Gran Tacaño* (cap. 2), se duele el muchacho de que otro se lo hubiese dicho tan *claro;* y nosotros añadimos que, aunque se lo dijera más *turbio*, esto es, escoltado de toda clase de venias, salvedades y perdones, nunca sientan bien libertades como esta.

Si disuena que Lope dijese, en carta íntima al duque de Sessa (1611), «...con un melindre entre *p.°* y grave me dijo», etc.; ¿cómo no ha de sorprender, aun trasladándonos á aquella época en que Fray Gabriel Tellez podia escribir en el auto sacramental *El Colmenero divino:*

«¿Quién serás?
El oso á quien los proverbios
Claman hambriento y rabioso:
¡Oxte p.°! guarda el oso»?

Si maravilla, en verdad, que un siglo antes el salmantino Lucas Fernández, en el *Auto ó Farsa del nacimiento de Jesús*, pusiese en boca de un zagal:

«¡Cuán gran *p...* vieja es ella!
Peor es que Celestina»;

¿cómo no llamar, pues, la atención sobre el hecho de que el autor del *Don Quijote*, discreto en la mayoria de los casos, se regodee en la repetición del vocablo, en el grosero naturalismo, más propio de un Quevedo, y que llegue á escribirlo hasta *diez y ocho veces*, y no en significación de alabanza?:

«El ventero entró diciendo: —¿Adónde estás, *p...*? Á buen seguro que son tus cosas estas.» (I, 16.)

«— Pues ¡voto á tal!, — dijo D. Quijote, ya puesto en cólera, — don *hijo de la p...*, D. Ginesillo de Paropillo.» (I, 22.)

«...que desfaga ese agravio y enderece ese tuerto matando á ese *hi de p...*, dese gigante.» (I, 29.)

«...digo que sabe poco de achaque de caballería, y que miente como un *hi de p...* y mal nacido.» (I, 30.)

«— Eso juro yo, — dijo Sancho; — para el *p.°* que no se casare.» (I, 30.)

«¡Oh, *hi de p...*, bellaco, y cómo sois desagradecido!» (I, 30.)

«...no te empaches con mi descanso, deja mi asno, deja mi regalo, huye, *p.°*» (I, 30.)

«...y la cabeza cortada es la *p...* que me parió.» (I, 37.)

«...y que la cabeza que entiendo que corté á un gigante era la *p...* que te parió.» (I, 37.)

«...pues será mejor que nos estemos quedos y cada *p...* hile, y comamos.» (I, 46.)

«...que estoy más lleno que jamás lo estuvo la muy *hi de p... p...* que lo parió.» (I, 52.)

«Oxte, *p.°*, allá darás rayo.» (II, 10.)

y [a] otra parte, y, entre otras, alcanzó con no sé cuántas á Maritornes, la cual, sentida del dolor, echando á rodar la honestidad, dió el

a. ...y á otra parte. Riv.

«— Ni ella es *p...*, ni lo fué su madre, ni lo será ninguna de las dos.» (II, 13.)

«— ¿Veis ahí, — dijo el del Bosque, en oyendo el *hi de p...* de Sancho.» (II, 13.)

«...me trae por testigo de lo que dice á una gentil persona, *p.°* y gafo, con la añadidura de meón.» (II, 29.)

«— *Hijo de p...*, — dijo la dueña, toda ya encendida en cólera.» (II, 31.)

«*Hi de p...*, bellaco, pintor del mismo demonio.» (II, 47.)

«*Hi de p...*, ¡y qué corazón de mármol, qué entrañas de bronce, y qué alma de argamasa!» (II, 58.)

En esotro ejemplo no llega á escribirla, y por ventura no fuera tan fuerte como el malicioso deslizarse de labios del lector la palabra que, para dar más intención á la idea, se negó á trazar la pluma del novelista: «Que un caballero andante tan famoso como vuestra merced se vuelva loco sin qué ni para qué por una...» (I, 25.)

Nada es parte á justificar en nuestros dias el uso de tal voz; mas, contrayéndonos á los clásicos, ¿no podiamos decir á muchos de ellos: «— El que de vosotros esté sin pecado que arroje la primera piedra»? Cierto: hasta Mariana, el severo P. Mariana, llegó á escribirla, aunque poniéndola en boca de otro: «Frosarte, historiador francés de este tiempo, dice que D. Enrique, al entrar de aquel aposento, dijo: «— ¿Dónde está el *hi de p...* judío que se llama rey de Castilla?» Y que D. Pedro respondió: «— Tú eres el *hi de p...*, que yo hijo soy del rey D. Alfonso.» *(Historia de España,* lib. VII, cap. 13.)

El Padre Isla, en el *Fray Gerundio de Campazas,* dice: «...y no me puedo contener sin decir entre dientes *hi de p...*»

Cual sea la fuerza de este vocablo se deduce del *Memorial de Hazañas* al referir la farsa de Ávila y cómo fueron despojando la efigie del rey D. Enrique de los atributos de la majestad. Añade que dijeron, llenándola de baldones: «¡Á tierra, *p.°!*»; palabra terrible que hizo llorar á muchos de los allí presentes.

Que en esta materia no sea Cervantes único y solo, queda ya justificado; pero hanse de añadir algunos ejemplos de autores no citados aquí, para dar más fuerza al argumento, bien que se omitan en obsequio al lector otros de los muchos que por curiosidad y para defensa de las citas anteriores hemos ido acotando:

«Y yo ayuno como un *p.°*,
Pues ni los toco ni veo...»

(Calderón. *La dama duende,* jorn. II, esc. XII.)

«Y ordena el demonio que las *p...* vendan las rentas reales dellos, porque los engañan, los enferman, los enamoran, los roban, y después los hereda el Consejo de Hacienda.» (Quevedo. *Visita de los chistes.)*

«Y, en fin, *hijo de p...*»

(Salazar y Torres. *Silvas,* 1.ª)

«Porque Apolo le dijo muy gruñendo:
— Suelta la disoluta,
Valga al diablo la *hija de la p...*»

(Polo de Medina. *Fábula burlesca de Apolo.)*

«Pidieron al rey, á *p.°* *el postre,* que llamase á la corte.» *(Centón Epist.)*

retorno á Sancho con tantas, que, á su despecho, le quitó el sueño; el cual, viéndose tratar de aquella manera y sin saber de quién, alzándose como pudo, se abrazó con Maritornes, y comenzaron entre los dos la más reñida y graciosa escaramuza del mundo. Viendo, pues, el arriero, á la lumbre del candil del ventero, cuál andaba su dama, dejando á D. Quijote, acudió á dalle[a] el socorro necesario. Lo mismo hizo el ventero, pero con intención diferente; porque fué

a. ...á darle el socorro. MAI

4. *Viendo, pues, el arriero, á la lumbre del candil del ventero, cuál andaba su dama.* — Quiere Clemencin que se diga *luz* y no *lumbre;* pero este vocablo indica mejor la pobreza de un candil sucio, opaco y casi apagado, como debia ser y era el de la venta; y juzgo que ésta es pincelada maestra, que acaba de presentar el contraste de aquélla con los palacios y castillos de los libros mentirosos de la caballería, llenos de antorchas, etc. Es raro que el censor no atendiese á esto y al significado de la palabra *lumbre,* que tanto usa Cervantes, y otros autores, aun para expresar lo que él quiere. En la escena del cuerpo muerto se llama *lumbre* á las *hachas;* y en el *Persiles* (1) se lee: «...en las estrellas de sus ojos han tomado *lumbre* los mios.» Ej.:

«... allí viera los dolores crueles... allí... con que mira la *lumbre* del cielo que va ya dejando.» (J. P. DE OLIVA.)

«Los judios, con sólo la *lumbre* del entendimiento, adoran á un solo Dios.» (COLOMA.)

«La *lumbre* es la que le llama,
Por ella se va guiando.»
(Fáb. de Hero y Leandro.)

«Á donde Pánfila sola
En un cerrado aposento
Estaba con muchas *lumbres.*»
(Apuleyo.)

«Á voces *lumbre* pedia.»
(SEPÚLVEDA.)

«Traidole habian *lumbre.*»
(ESCOBAR.)

Hoy mismo se usan ambas voces indistintamente, como puede verse en Saavedra:

«Del hogar la estancia toda
Falsa luz recibe apenas
Por las azuladas llamas
De una *lumbre* casi muerta.»
(El Fratricida.)

El diccionario de todas las palabras usadas en la inmortal novela mostrará que asi el comentarista impugnado como el acre impugnador tienen sobrado fundamento para defender entrambos pareceres, ya que los vocablos *lumbre* y *luz* prestan autoridad, casi por igual, á uno y otro dictamen.

(1) Lib. II, cap. 5.

á castigar á la moza, creyendo, sin duda, que ella sola era la ocasión de toda aquella harmonía. Y, así como suele decirse el gato al rato, el rato á la cuerda, la cuerda al palo, daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él, el ventero á la moza, y todos menudeaban con tanta priesa, que no se daban punto de reposo. Y fué lo bueno que al ventero se le apagó el candil, y, como quedaron á escuras, dábanse tan sin compasión todos á bulto, que á[a] doquiera que ponían la mano no dejaban cosa sana.

Alojaba acaso aquella noche en la venta un cuadrillero de los que[b] llaman de la Santa Hermandad vieja de Toledo, el cual, oyendo asimismo el extraño[c] estruendo de la pelea, asió de su media vara y de la caja de lata de sus títulos, y entró á escuras en el aposento diciendo: «— ¡Ténganse á la justicia! ¡Ténganse á la Santa Hermandad!» Y el primero con quien topó fué con el apuñeado de[d] D. Quijote, que[e] estaba, en su derribado lecho, tendido boca arriba sin sentido alguno; y, echándole á tiento mano á las barbas, no cesaba de decir: «— ¡Favor á la justicia!» Pero, viendo que el que tenía asido no se bullía ni meneaba, se dió á entender que estaba muerto, y que los que allí dentro estaban eran sus matadores, y, con esta sospecha, reforzó la voz diciendo: «— ¡Ciérrese la puerta de la venta! ¡Miren no se vaya nadie, que han muerto aquí á un hombre!»

Esta voz sobresaltó á todos, y cada cual dejó la pendencia en el grado que le tomó la voz. Retiróse el ventero á su aposento, el

a. ...que doquiera. MAI. — *b. ...de los que se llaman.* PELL. — *c. ...asimismo el estruendo de la pelea.* PELL. — *d. ...con el apuñeado D. Quijote.* $V_{1\text{-}2}$, MIL., ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ. — *e. ...D. Quijote estaba en su derribado.* $V_{1\text{-}2}$.

3. *...daba el arriero á Sancho.* — Muy pujante se muestra la vida en todo este episodio; pero aun luce más gallarda, gallardísima, en la presente escena: toda ella chorrea sangre. Propio de un mesón, el lenguaje está denunciando ser el que se usa señaladamente en las cárceles y ventas de España. Si, la idiosincrasia de la frase *el gato al rato, el rato á la cuerda, la cuerda al palo,* acaso no tenga par en lengua extranjera; pero lo que seguramente no lo tiene es que tal juego de palabras va escoltado por otras no menos graciosas, fáciles y ligeras: *daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él, el ventero á la moza, y todos menudeaban con tanta priesa que no se daban punto de reposo.* Llega á tal extremo la plasticidad de la frase, y avalora tanto su gracia y donosura, que mal año para aquella elegancia de *callaban todos y mirábanse todos: Dorotea á D. Fernando, D. Fernando á Cardenio, Cardenio á Luscinda, y Luscinda á Cardenio* (I, 36).

Diríase que la fría imitación embaraza aquí el movimiento de la pluma al escritor, y que la fresca espontaneidad la hace correr allí con inimitable soltura y ligereza.

arriero á sus enjalmas, la moza á su rancho: solos los [a] desventurados D. Quijote y Sancho no se pudieron mover de donde estaban. Soltó, en esto, el cuadrillero la barba de D. Quijote, y salió á buscar luz, para buscar y prender [b] los delincuentes; mas no la halló, porque el ventero, de industria, había muerto la lámpara cuando se retiró á su estancia, y fuéle forzoso [c] acudir á la chimenea, donde, con mucho trabajo y tiempo, encendió el cuadrillero [d] otro candil.

a. ...los dos desventurados. Riv. = *b. ...prender á los.* Mal. = *c. ...forzoso al cuadrillero acudir.* Arg.$_2$. = *d. ...encendió otro candil.* Arg.$_2$.

Capítulo XVII

Donde se prosiguen los inumerables trabajos que el bravo D. Quijote y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la venta que, por su mal, pensó[a] que era castillo

Había ya vuelto, en este tiempo, de su parasismo D. Quijote; y, con el mismo tono de voz con que el día antes había llamado á su escudero[b] cuando estaba tendido en el val de las estacas, le comenzó á llamar diciendo: «—Sancho amigo: ¿duermes[c]? ¿Duermes, amigo Sancho?

a. ...por su mal D. Quijote pensó que. Arg.$_1$, Benj. — *...por su mal pensó D. Quijote que.* Arg.$_2$. = *b. ...antes le había llamado á él su escudero.* Arg.$_2$. — *...antes había hablado á su escudero.* Mal. = *c. ...¿duerme?* L.$_1$.

Espejo del mundo real, animado cuadro de costumbres populares, pintura inimitable así de caracteres como de fenómenos fisiológicos; las escenas que ahora se narran, de tal suerte roban el aplauso del lector, y dejan en su ánimo tan imperecedero recuerdo, que el distraído niño, la indiferente doncella, el anciano á quien solicitan graves cuidados, recuerdan siempre con regocijado semblante al positivista del ventero, al mascarón de la feróstica Maritornes, trocado ahora, por lo compasivo de su corazón, en simpática figura; y, junto á ésta, la gente burlona del Potro de Córdoba, los maleantes perailes de Segovia, y los dos vecinos en extremo alegres y juguetones de la Heria de Sevilla.

Tan verosímil, tan real, tan llena de vida y donaire está la pintura, que las bascas de Sancho y su manteamiento (que al fin perdonó, en gracia á no haber quebrantado con la paga las tradiciones caballerescas) acaso no tengan par en la historia del realismo fiel y, con todo eso, bello en grado eminente.

— ¡Qué tengo de dormir, pesia á mí! — respondió Sancho, lleno de pesadumbre y de despecho; — que no parece sino que todos los diablos han andado conmigo esta noche.

— Puédeslo creer así, sin duda, — respondió D. Quijote; — porque, ó yo sé poco, ó este castillo es encantado; porque has de saber... Mas, esto que ahora quiero decirte[a], hasme de jurar que lo tendrás secreto hasta después de mi muerte.

— Sí, juro, — respondió Sancho.

— Dígolo, — replicó[b] D. Quijote, — porque soy enemigo de que se[c] quite la honra á nadie.

a. ...ahora te quiero decir. Ton. — *b. ...respondió.* A.-I., Arr. — *c. ...se le quite.* Ma

Línea 1. — *¡Qué tengo de dormir, pesia á mí!* — Expresión en extremo familiar, que denota desagrado, displicencia y desdén. De ella se dijo, atendiendo á su vulgaridad: «...siempre está con un *pesia* á tal intolerable.» En Lope, que retrata admirablemente el lenguaje popular; en Quevedo, que se siente inclinado á usar con cariño esta manera de decir, muy propia en boca de Sancho; se hallarán copiosos ejemplos:

«Ergasto. ¿Esta es vida de envidiar?
Haz lumbre, corta ramón.
¡*Pesia* el cierzo, que así sopla!»
(Lope. *El cuerdo en su casa*, acto I, esc. I.)

«Mondragón. ¡*Pesia* á mi linaje!
El aire se asombra.
De humo del corral
El olor me enoja.
Si Antona ha parido,
La música sobra.»
(Lope. *El cuerdo en su casa*, acto II, esc. XXVII.)

«Federico. Quedo, aguardad. *(Ap.:)* (¡*Pesia* á mi!)
Dejadme quitar primero
Esta joya.»
(Lope. *La despreciada querida*, acto II, esc. XVII.)

«Tello. ¡Vive Dios, que están aquí!
Acabóse: esta mujer
Ya no debe de querer
Á mi señor, ¡*pesia* á mi!
Pero ¿cómo le dijera
Tantos engaños...? Mal hago
En dar á su fe tal pago.»
(Lope. *La discreta venganza*, acto I, esc. XIX.)

«— ¡Oh, *pesia* á tal! — dije yo. — Más estimo haber oído este diablo que cuanto tengo.» (Quevedo. *Las zahurdas de Plutón.*)

«— ¡*Pesia* á tal! — dije yo entre mí. — Pues, tras ser el camino tan trabajoso, ¿es, la gente que en él anda, tan seca y poco entretenida?» (Quevedo. *Las zahurdas de Plutón.*)

— Digo que sí juro, — tornó á decir Sancho, — que lo callaré hasta después de los días de vuestra merced, y ¡plega á Dios que lo pueda descubrir mañana!

— ¿Tan malas obras te hago, Sancho, — respondió D. Quijote, — que me querrías ver muerto con tanta brevedad?

— No es por eso, — respondió Sancho, — sino porque soy enemigo de guardar mucho las cosas, y no querría que se me pudriesen de guardadas.

— Sea por lo que fuere, — dijo D. Quijote, — que más fío de tu amor y de tu cortesía; y, así, has de saber que esta noche me ha sucedido una de las más extrañas aventuras que yo sabré encarecer, y, por contártela en breve, sabrás que poco há que á mí vino la hija del señor deste castillo, que es la más apuesta y fermosa doncella que en gran parte de la tierra se puede hallar. ¡Qué te podría decir del adorno de su persona! ¡Qué de su gallardo entendimiento!

2. *...y ¡plega á Dios que lo pueda descubrir mañana!* — La locución familiar que encabeza esta nota es muy propia de nuestra lengua, y está revestida de autoridades como la de Lope, quien mostró singular predilección por tal manera de decir:

«Gavino. ¡Qué dices! ¡*Pliega* á los cielos!
Belarda. ¿Que *pliegas* de maravillas?
¿No harás una vez vainillas
Á tantos *pliegues* de celos?»
(*El hombre de bien*, acto III, esc. IX.)

«Laura. *(Ap.:)* (Y ¡*plega* á Dios que tus ojos,
Diana, se pleguen presto!)
Vete, Lisardo... *(Ap.:)* (Que quiero
Descomponerme con ésta).»
(*La vengadora de las mujeres*, acto III, esc. VII.)

Sancho, la personificación más acabada del lenguaje popular, de ese lenguaje que arranca de los primeros tiempos del idioma, habla, con ligeras modificaciones, como hablaron sus antepasados:

«*Plega* á Dios é á Santa María
Que aun con mis manos case estas mis fijas.»
(*Poema del Cid.* «Códice Pidal», ed. Sánchez, 1779; pág. 241, v. 280.)

«*Plega* á Santa María é al Padre santo
Ques page descasamiento suyo Cid ó el que lo ovo en algo.»
(*Poema del Cid.* «Códice Pidal», ed. Sánchez, 1779; pág. 316, v. 2284.)

«*Plega* al Criador, que en cielo,
Que vos vea meior casadas da qui en adelant.»
(*Poema del Cid.* «Códice Pidal», ed. Sánchez, 1779; pág. 340, v. 2903.)

«Entró á la eglesia, *plegó* antel altar,
Declinó los ynoyos, empezó á rogar.»
(Berceo. *Vida de Santo Domingo*, copla 192.)

¡Qué de otras cosas ocultas, que, por guardar la fe que debo á mi señora Dulcinea del Toboso, dejaré pasar intactas y en silencio! Sólo te quiero decir que, envidioso el cielo[a] de tanto bien como la ventura me había puesto en las manos, ó quizá (y esto es lo más cierto) que, como tengo dicho, es encantado este castillo, al tiempo que yo estaba con ella en dulcísimos y amorosísimos coloquios, sin que yo la viese ni supiese por dónde venía, vino una mano pegada á algún brazo de algún descomunal gigante y asentóme una puñada en las quijadas, tal, que las tengo todas bañadas en sangre; y después me molió de tal[b] suerte que estoy peor que ayer cuando los

a. ...el hado. ARG.$_1$, BENJ. — *...el diablo.* ARG.$_2$. = *b. ...de suerte.* TOR.

1. *¡Qué de otras cosas ocultas, que, por guardar la fe que debo á mi señora Dulcinea del Toboso, dejaré pasar intactas y en silencio!* — Diríase que estamos viendo en este momento la apostura de las palabras (llamémoslo así, ya que el tono de la voz y los ademanes fueran ahora una expresión incompleta para hacer notar el detalle pintoresco que envuelve la actitud significativa de D. Quijote). En verdad, la escena es harto resbaladiza; pero Cervantes, escritor genial, como dicen ahora, presta á todo nueva vida, y á los caballeros que dan al olvido la fe prometida á sus damas opone el lado cómico; y nuestro héroe, por no faltar á ella, deja pasar en silencio cosas que un escritor sensual, como el autor de *Tirante el Blanco*, habría descrito menudamente.

5. *...como tengo dicho, es encantado este castillo.* — Ni Bowle, autorizando la frase con un ejemplo de los libros de caballerías (1): «—Acabad de *matar aquellos malos gigantes* mis señores, — dijo Rofeliana, — porque en el entretanto que alguno dellos fuere vivo no serán deshechos los *encantamentos de este castillo*»; ni Clemencin, que, huyendo de la nota de copista, dice: «En el *Orlando furioso* se describe el castillo que el mago Atlante había construido con sus artes en el Pirineo, y donde encarcelaba caballeros y doncellas: allí se cuenta cómo Bradamante, con el auxilio del anillo, venció al mago, le obligó á deshacer la piedra que contenía los caracteres del encanto, y desapareció el castillo, quedando libre su amante Rugero, que estaba preso con Gradaso, Sacripante y otras muchas personas»; ni Bowle ni Clemencin, repetimos, acertaron á ver el lado cómico de este y análogos pasajes. Miopía que hace notar la crítica, recordando que un escritor del siglo XVIII, Francisco Javier Llampillas (para quien, por ventura, fué desconocido el nombre de *Estética*), columbró el hondo sentido del pensamiento del príncipe de los novelistas al escribir estas hermosas palabras:

«El autor no presenta gigantes que salen á pelear con D. Quijote; pero nos pinta á éste que, lleno de las manías romancescas, tiene por gigantes á los molinos de viento. No hace comparecer y desvanecer castillos encantados, pero le parecen tales las más miserables ventas. Estas y otras invenciones deleitables se leen repetidas veces, y siempre con el mismo gusto, porque á cualquiera le parecen verosímiles, y cada uno experimenta aquel placer que imagina tendrían los espectadores de tan ridículas escenas.»

(1) *Belianís*, lib. III, cap. 9.

arrieros[a], que[b] por demasías de Rocinante nos hicieron el agravio que sabes. Por donde conjeturo que el tesoro de la fermosura desta doncella le debe de guardar algún encantado moro, y no debe de ser para mí.

— Ni para mí tampoco, — respondió Sancho, — porque más de cuatrocientos moros me han aporreado[c]; de manera que el molimiento de las estacas fué tortas y pan pintado. Pero dígame, se-

a. ...gallegos. C.$_1$, L.$_{1\text{-}2}$, MAL., FK. = *b. ...arrieros por demasías.* TOR., CL., RIV., ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ., FK. = *c. ...me han aporreado á mí.* C.$_1$, L.$_2$, MAL., FK.

6. *...el molimiento de las estacas.* — No se pueden leer estas palabras, y más aún aquellas de *estaba tendido en el val de las estacas*, sin cierta especie de melancólica dulzura, ya que traen á la memoria el comienzo de aquel romance:

«Por el val de las Estacas — el buen Cid pasado había:
Á la mano izquierda deja — la villa de Constantina.
En su caballo Babieca, — muy gruesa lanza traía:
Va buscando al moro Abdalla — que enojado le tenía.
Travesando un antepecho, — y por una cuesta arriba,
Dábale el sol en las armas: — ¡oh cuán bien que parecía!
Vido ir al moro Abdalla — por un llano que allí había,
Armado de fuertes armas; — muy ricas ropas traía.
Dábale voces el Cid; — de esta manera decía:
«— Espéresme, moro Abdalla: — no muestres tú cobardía.» —
Á las voces que el Cid daba — el moro le respondía:
«— Muchos tiempos há, el Cid, — que esperaba yo este día,
Porque no hay hombre nacido — de quien yo me escondería;
Porque desde mi niñez — siempre hui de cobardía.»
«— Alabarte, moro Abdalla, — poco te aprovecharía;
Mas si eres cual tú hablas — en esfuerzo y valentía,
Á tiempo eres venido — que menester te sería.» —
Estas palabras diciendo — contra el moro arremetía;
Encontróle con la lanza, — y en el suelo lo derriba;
Cortárale la cabeza, — sin le hacer cortesía.»

(*Silva de 1550*, t. II, f. 48. — TIMONEDA. *Rosa española.* — *Primavera y flor de romances*, t. I, pág. 107.)

No es fácil que todos los lectores puedan entender á qué alude el novelista, en entrambos pasajes, si desconocen el romance que antecede. El lector vulgar reirá, seguramente, lo del *val de las estacas;* pero no ha de arraigar en su ánimo la idea de que Cervantes, tenido por ingenio *lego*, estaba versado en toda amena literatura, como lo prueban esta y mil alusiones más.

7. *...fué tortas y pan pintado.* — Úsase de esta frase proverbial cuando se quiere significar que los males y adversidades, por grandes que sean ó hayan sido, comparados con otros mayores, pueden, si no considerarse como bienes, tenerse por más leves de lo que en sí son.

Tal idiotismo guarda analogía con esotra manera de decir: *No todo es el día de la boda;* y acaso reconozcan entrambas expresiones un mismo origen, pues en esas fiestas solía gastarse en el convite un pan con cierto baño que le

ñor: ¿cómo llama, á ésta, buena y rara aventura, habiendo quedado della cual quedamos? Aun vuestra merced menos mal, pues tuvo en sus manos aquella incomparable fermosura[a] que ha dicho; pero yo, ¿qué tuve sino los mayores porrazos que pienso recebir en toda mi vida? ¡Desdichado de mí y de la madre que me parió, que ni[b] soy caballero andante ni lo pienso ser jamás, y de todas las malandanzas me cabe la mayor parte!

— ¿Luego también estás tú aporreado? — respondió D. Quijote.

— ¿No le he dicho que sí, pese[c] á mi linaje? — dijo Sancho.

a. ...incomparable hermosura. Mai. = *b. ...que no soy caballero.* A.$_1$, Pell., Arr., Mai. = *c. ...pesia á mi linaje.* C.$_1$, L.$_2$, Mai.

hacia más lustroso. Aun elaboran en algunos puntos de Andalucia, para determinadas solemnidades, pan en el que se imprimen figurillas de talco y motas de seda antes de cocerlo, de donde parece tomó el nombre de *pan pintado*. Y esta costumbre debió ser muy general en España, pues en el año 1434 el supuesto bachiller Fernán González de Cibdad Real escribia á un cortesano: «El adelantado Diego de Ribera fizo aprisionar en Sevilla algunas personas, é con buena guarda los manda al rey, que los espera, si yo no soy mal zahorí, no para darles *tortas y pan pintado.*»

Se deja entender, por lo dicho anteriormente, que las *tortas y pan pintado* constituian de por sí un regalo de gran estima. Que la metáfora empleada por Cervantes sea muy conocida en el idioma, lo prueban, para no repetir citas conocidas, estas otras que se aducen ahora:

«...son *tortas y pan pintado* aquellas cláusulas de su salutación, que tanto choz nos hicieron á todos.» (P. Isla. *Fray Gerundio de Campazas*, cap. 9.)

«Todo esto no se hizo sin muy copiosos aguaceros que nos mojaban y remojaban. Mas todo le teniamos por *tortas y pan pintado*, no viendo los huracanes que temiamos.» *(Cartas de Eugenio Salazar*, carta III.)

«— Aun la cola falta por desollar, — dijo Sancho. — Lo de hasta aquí son *tortas y pan pintado.*» *(Quijote*, II, cap. 2.)

«...que no se ponga conmigo á tú por tú; y me crea que estoy amostazada de ver que se haga zorrocloco, y nos venda bulas; que se guarde del diablo, que ahora es *tortas y pan pintado.*» (Quevedo. *Cuento de cuentos.)*

«Pues los males que he contado
Hasta aquí del mal querer,
Todos se pueden tener
Por *tortas y pan pintado.*»
(Cristóbal de Castillejo. *Obras de amores*, lib. I.)

9. — *¿No le he dicho que sí, pese á mi linaje?* — Análogo al «*¡pesia* á mi!», aunque más grave, es modo de decir autorizado en nuestro idioma, así en sus comienzos como en nuestra época:

«Dessa desondra que me an fecha los yfantes de Carrión,
Quel *pese* al buen rrey dalma é de coraçón.»
(Poema del Cid. «Códice Pidal», ed. Sánchez, 1779; pág. 341, v. 2918.)

— No tengas pena, amigo, — dijo D. Quijote, — que yo haré ahora el bálsamo precioso con que sanaremos en un abrir y cerrar de ojos.»

Acabó en esto de encender el candil el cuadrillero, y entró á ver el[a] que pensaba que era muerto; y así como le vió entrar Sancho, viéndole venir en camisa y con su paño de cabeza y [b] candil en la mano, y con una muy mala cara, preguntó á su amo: «— Señor:

a. ...y entró á ver al que pensaba. Mai. = *b. ...con su paño de cabeza, el candil.* Ton. — *...con su paño de cabeza y el candil.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj.

«Pues apliquense el cuento los actores.
Estudie el ignorante, *pese* á su alma,
Y procuren los buenos ser mejores.»
(Bretón de los Herreros. *Poesías*, ed. 1883-84; t. V, pág. 83.)

6. *...viéndole venir en camisa y con su paño de cabeza y candil en la mano.* — La palabra *paño* ¿significa en este pasaje el pañuelo que muchas personas se ponen para dormir? ¿Era, por ventura, un paño, aunque no igual ni aun semejante, análogo al que usan los moros? No lo sabemos.

Es la voz *paño* un vocablo de muy varia significación. En la pintura y en la escultura se aplica á las ropas de amplio corte que forman pliegues: «Quien ficiese el yerro con cobijera que sirviese á la reina guardándole sus *paños* ó sus arcas, faría traición.» *(Part.* 2, tit. XIV, ley IV.)

En el siguiente ejemplo se descubre nuevo sentido dado á esta voz:

«...que la casa que tenia concertada de comprar era bastante, y tenia un portal á donde se podia hacer una iglesia pequeña, aderezándole con algunos *paños.*» (Santa Teresa. *Libro de las fundaciones*, cap. 3.)

Distinta significación es la de estotro ejemplo:

«Pero ¡si es interminable
Esta falda! ¡Nueve *paños*...
Y para abarcar el talle
Poco más de media vara!»
(Bretón de los Herreros. *El editor responsable*, acto I, esc. I.)

Bien antigua es la acepción metafórica de este vocablo:

«Benita. Tenéis los ojos sumidos
. . . . . .
Tenéis ojeras y *paño*,
. . . . . .
Será de la frialdad
Que cogisteis ora un año.»
(Gil Vicente. *La comedia de Rubena.)*

Dejemos disquisiciones humanistas para fijar nuestros ojos en la extraña aparición: es el cuadrillero, el atolondrado cuadrillero de quien cuenta luego la historia que, dando un fuerte candilazo á D. Quijote, le dejó medio descalabrado. ¡Triste destino el de tan sublime loco! ¡Hasta un representante de la justicia le hace blanco de su ira! ¡Triste destino el de las almas encendidas en amor de un ideal, si henchido de hermosura, de imposible realidad!

¿si será éste, á dicha, el moro encantado que nos vuelve á castigar, si se dejó algo en el tintero?

— No puede ser el moro, — respondió D. Quijote, — porque los encantados no se dejan ver de nadie.

— Si no se dejan ver, déjanse sentir, — dijo Sancho; — si no, díganlo mis espaldas.

— También lo podrían decir las mías, — respondió D. Quijote; — pero no es bastante indicio ese para creer que este que se ve sea el encantado moro.»

Llegó el cuadrillero, y, como los halló hablando en tan sosegada conversación, quedó suspenso. Bien es verdad que aun D. Quijote se estaba boca arriba, sin poderse menear de puro molido y emplastado. Llegóse á él el cuadrillero, y díjole: «— Pues ¿cómo va, buen hombre?

— Hablara yo más bien criado, — respondió D. Quijote, — si fuera que vos. ¿Úsase en esta tierra hablar desa suerte á los caballeros andantes, majadero?»

El cuadrillero, que se vió tratar tan mal de un hombre de tan mal parecer, no lo pudo sufrir; y, alzando el candil con todo su aceite, dió á D. Quijote con él en la cabeza, de suerte que le dejó muy bien[a] descalabrado; y, como todo quedó á escuras[b], salióse luego, y Sancho Panza dijo: «— Sin duda, señor, que éste es el moro encantado; y debe de guardar el tesoro para otros, y para nosotros sólo guarda las puñadas y los candilazos.

— Así es, — respondió D. Quijote, — y no hay que hacer caso destas cosas de encantamentos, ni hay para qué tomar cólera ni enojo con ellas[c]; que, como son invisibles y fantásticas[d], no hallaremos de quién vengarnos aunque más lo procuremos. Levántate,

a. ...que le dejó medio descalabrado. ARG.$_2$. = *b. ...quedó escuras.* L.$_1$. = *c. ...con encantados.* ARG.$_2$. = *d. ...fantásticos.* ARG.$_2$.

13. *Llegóse á él el cuadrillero, y díjole: «— Pues ¿cómo va, buen hombre?*
— Hablara yo más bien criado, — respondió D. Quijote, — si fuera que vos. — No es de mala crianza aplicar la frase á gente sencilla, pero ha de tenerse como término despectivo cuando significa gran superioridad, en quien la usa, respecto de aquel á quien se dirige. El cuadrillero faltó á D. Quijote, que como hidalgo tenia *don*, y que como caballero andante podia esperar que un dia llegaria á emperador.

Hasta dirigida á inferiores puede haber desprecio en la frase.

«— Aquí las he, — respondió la dueña, — con este buen hombre», se lee más adelante. Cita que, con otras muchas de nuestro *Diccionario*, servirá para ilustrar el comento que vamos haciendo.

Sancho, si puedes, y llama al alcaide desta fortaleza, y procura que se me dé un poco de aceite, vino, sal y romero para hacer el salutífero bálsamo; que en verdad que creo que lo he bien[a] menester ahora, porque se me[b] va mucha sangre de la herida que esta fantasma[c] me ha dado.»

Levantóse Sancho con harto dolor de sus huesos, y fué á escuras[d] donde estaba el ventero; y encontrándose con el cuadrillero, que estaba escuchando en qué paraba su enemigo[e], le dijo: «— Señor, quienquiera que seáis, hacednos merced y beneficio de darnos un poco de romero, aceite, sal y vino, que es menester para curar uno de los mejores caballeros andantes que hay en la tierra, el cual yace en aquella cama mal ferido por las manos del encantado moro que está en esta[f] venta.»

Cuando el cuadrillero tal oyó, túvole por hombre falto de seso; y, porque ya comenzaba á amanecer, abrió la puerta de la venta y, llamando al ventero, le dijo lo que aquel buen hombre quería. El ventero le[g] proveyó de cuanto quiso, y Sancho se lo llevó á D. Quijote, que estaba con las manos en la cabeza quejándose del dolor del candilazo, que no le había hecho más mal que levantarle dos chichones algo crecidos, y lo que él pensaba que era sangre no era sino sudor que sudaba con la congoja de la pasada tormenta.

a. ...lo he menester. TOR. = *b. ...porque se va mucha sangre.* RIV. = *c. ...esta fantasme.* L.$_1$. = *d. ...y fué ascuras.* L.$_1$. = *e. ...en qué paraba el diálogo.* ARG.$_2$. = *f. ...está en la venta.* PELL. = *g. ...lo proveyó.* AMB.

8. *«— Señor, quienquiera que seáis, hacednos merced.* — Antes le había dicho su amo: «Levántate, Sancho, si puedes, y llama al alcaide desta fortaleza...» Por tanto, la apóstrofe de Sancho: «— Señor, quienquiera que seáis...», y su grave actitud, tienen una vis cómica capaz de arrancar la risa del seno de la misma melancolía, para valernos de la hermosa imagen de un comentador.

19. *...que no le había hecho más mal que levantarle dos chichones.* — No concuerda esto con lo dicho más arriba: «...dió á D. Quijote con él (candil) en la cabeza, de suerte que le dejó muy bien *descalabrado*.» En verdad: ni la noción que el vulgo tiene de la *descalabradura* y los *chichones*, ni el concepto más elevado del clínico, sancionan tal desacuerdo de ideas; pero ello no ha de ser parte á leer *aderezado* en donde siempre se leyó *descalabrado*. *Aderezado* cuadra con el aceite del candil que cayó sobre D. Quijote, pero no con los *chichones algo crecidos* á causa del candilazo que le dió.

Con autoridad de nadie recibida, y sin que el texto lo autorice, dando una prueba más de sus vacilaciones, por no decir desenfados, puso Hartzenbusch (en su segunda edición de Argamasilla) «*medio* descalabrado» en vez de «*muy bien* descalabrado»; variante ingeniosa, pero no legítima.

En resolución, él tomó sus simples, de los cuales hizo un compuesto mezclándolos todos y cociéndolos un buen espacio hasta que le pareció que estaban[a] en su punto. Pidió luego alguna redoma para echallo[b], y, como no la hubo en la venta, se resolvió de ponello[c] en una alcuza ó aceitera de hoja de lata, de quien el ventero le hizo grata donación; y luego dijo sobre la alcuza más de ochenta Paternostres[d] y otras tantas Avemarías[e], Salves y Credos, y á cada palabra acompañaba una cruz[f] á modo de bendición: á todo lo cual se hallaron presentes Sancho, el ventero y cuadrillero, que ya el arriero sosegadamente andaba entendiendo en el beneficio de sus machos. Hecho esto, quiso él mismo hacer luego la experiencia de la virtud de aquel precioso bálsamo que él se imaginaba, y, así, se bebió de lo que no pudo caber en la alcuza y quedaba en la olla donde se había cocido casi media[g] azumbre; y apenas lo acabó de beber cuando comenzó á vomitar de manera que no le quedó cosa

a. ...*estaba*. C_3, Bow. — *b.* ...*echarlo*. Mai. — *c.* .. *ponerlo*. Mai. — *d.* ...*Paternosters*. Ton. — *e.* ...*Ave Matias*. L_1. — *f.* ...*y á cada palabras compañaba una cruz*. L_1. — *g.* ...*casi medio azumbre*. Ton., Mai.

5. ...*en una alcuza ó aceitera..., de quien el ventero le hizo grata donación*. — Ya se ha dicho en otro lugar: en tiempo de Cervantes todavía no estaba *formada* la gramática, con todo y haberse publicado no pocas; no se habian *fijado* aún, en materia como la que ahora tocamos, atildamientos que la mejoran. Argüir, pues, contra nuestro autor por el empleo de *quien*, refiriéndolo á cosas, es desconocer la historia de este relativo. ¿Qué replicarian si se les dijese (ignoramos esté consignado en parte alguna) que en las obras del venerable Granada, cuan largas son, no aparece jamás un *quienes*? Por ventura, ¿no formaba entonces parte del idioma? ¿Era el Cicerón español ingenio *lego*?

11. *Hecho esto, quiso él mismo hacer luego la experiencia de la virtud de aquel precioso bálsamo...; y apenas lo acabó de beber cuando*. — Que el alma de Cervantes estaba saturada en la lectura de los libros caballerescos, y cuán necesaria sea ésta para penetrar en el espíritu del *Quijote*, lo demuestra el siguiente pasaje:

«—¡Oh generoso pagano, cuán grande es tu cortesía y nobleza! Bien tiran tus condiciones á la sangre donde desciendes; mas sepas que no llegaré á tu bálsamo si con la espada no lo ganare. Qual hidalgo podria darte la muerte habiéndole tú dado la vida.» Y luego, como feroces leones, se fué el uno para el otro, y los golpes fueron tales, que vieron los cristianos el fuego que de las armas salia; y Oliveros acertó al pagano en un muslo, y, falsadas las armas, le metió la espada por la carne, y salia del mucha sangre. É viéndose Fierabrás malamente ferido, y desviado algún tanto de Oliveros, muy prestamente bebió del bálsamo y quedó muy sano de su ferida; y desto fue triste Oliveros, y con grande enojo le dió un gran golpe de espada; y Fierabrás se cubrió del escudo y descendió el golpe al arzón de la silla, y hubo de

en el estómago, y, con las ansias y agitación del vómito, le dió un sudor copiosísimo; por lo cual mandó que le arropasen y[a] le dejasen solo. Hiciéronlo así[b], y quedóse dormido más de tres horas, al cabo de las cuales despertó y se sintió aliviadísimo del cuerpo, y en tal manera mejor de su quebrantamiento que se tuvo por sano y verdaderamente creyó que había acertado con el bálsamo de Fierabrás, y que con aquel remedio podía acometer desde allí adelante,

a. ...*arropasen, le dejasen*. Amb. — *b.* ...*ansi*. L_1.

cortar una cadena en que estaban asidos y atados los barriles del bálsamo, y cayeron entrambos en el suelo, y del golpe se espantó el caballo, y, fuyendo, se desvió gran trecho de Oliveros, tanto, que tuvo lugar Oliveros de se apear y beber del bálsamo á su placer, y luego se sintió sano, ligero y dispuesto como si nunca hubiera sido ferido. É desto dió infinitas gracias á Dios, y dijo entre sí: «—Ningún buen caballero no debe pelear con esperanza de tales brebajes.» Y tomó entrambos barriles y los echó en un caudal rio que cerca de allí pasaba, y luego fueron á lo fondo del agua; y he leido en un libro auténtico en lengua toscana, que fabla deste Fierabrás de Alexandria, que todos los dias de San Juan Evangelista parescen los dos barriles encima del agua, y no en otro tiempo. Quando Fierabrás vido sus barriles perdidos, con grande enojo dijo á Oliveros: «—¡Oh hombre simple y sin cordura! ¿Por qué echaste á perder lo que con todo el oro del mundo no se podria mercar? Apercíbete pues, ca entiendo que lo habrás menester antes que de mí te apartes.» (1)

Lo que avino á D. Quijote y Sancho, tal como se refiere en todo el pasaje motivo de esta nota, y lo que tornó á acontecerles con ocasión del *precioso bálsamo*, como es de ver en el capítulo siguiente, constituye una sola escena; escena, en verdad, cómica y de insuperable mérito. ¿Cómo reprimir la risa después de conocer el texto, arriba transcrito, de la historia del celebrado emperador? El contraste entre la gravedad con que allí se muestra la salutífera virtud del bálsamo de Fierabrás, y el desastroso efecto que en el *Quijote* tiene, ¿no es un signo de humorismo sano, del humorismo que sepultó en el olvido las fabulosas historias de los libros caballerescos?

6. ...*verdaderamente creyó que había acertado con el bálsamo de Fierabrás*. — ¿Puede apetecerse sátira más intencionada tratándose del precioso, del santísimo bálsamo? Una olla en que se cuece media azumbre del maldito brebaje, y una alcuza para contenerlo, ¿no están mostrando, con plena evidencia, que el espíritu burlón del novelista penetra en toda la fábula de su inmortal poema? Ese mismo D. Quijote, á quien se ha llamado loco cuerdo por la sabiduría que casi siempre fluye de sus labios, cae aquí en verdadera contradicción: el que tantas veces había alardeado de tener en la memoria la receta, la fórmula, para hacer el codiciado remedio, dice ahora que verdaderamente creía *haber acertado* con el bálsamo de Fierabrás.

(1) *Historia del emperador Carlo-Magno y de los Doce Pares de Francia, y de la cruda batalla que hubo Oliveros con Fierabrás, rey de Alexandría, hijo del grande almirante Balán*. — Sevilla, 1525; cap. 22.

sin temor alguno, cualesquiera ruinas[a], batallas y[b] pendencias, por peligrosas que fuesen.

Sancho Panza, que también tuvo á milagro la mejoría de su amo, le rogó que le diese á él lo que quedaba en la olla, que no era poca cantidad. Concedióselo D. Quijote, y él, tomándola á dos manos, con buena fe y mejor talante, se la echó á pechos y envasó bien poco menos que su amo. Es, pues, el caso que el estómago del pobre Sancho no debía de ser tan delicado como el de su amo, y, así, primero que vomitase, le dieron tantas ansias y bascas, con tantos trasudores y desmayos, que él pensó bien y verdaderamente que era llegada su última hora; y, viéndose tan afligido y congojado[c], maldecía el bálsamo y al[d] ladrón que se lo había dado.

Viéndole así D. Quijote, le dijo: « — Yo creo, Sancho, que todo este mal te viene de no ser armado caballero; porque tengo para mí que este licor no debe de aprovechar á los que no lo son.

— Si eso sabía vuestra merced, — replicó Sancho, — (¡malhaya yo y toda mi parentela!) ¿para qué consintió que lo gustase?»

En esto hizo su operación el brebaje, y comenzó el pobre escudero á desaguarse por entrambas canales con tanta priesa, que[e] la estera de enea, sobre quien se había vuelto á echar, ni la manta de angeo con que se cubría, fueron más de provecho. Sudaba y trasudaba, con tales parasismos y accidentes, que no solamente él sino todos pensaron que se le acababa la vida. Duróle esta borrasca y malandanza casi dos horas, al cabo de las cuales no quedó como su amo, sino tan molido y quebrantado que no se podía[f] tener; pero D. Quijote, que, como se ha dicho, se sintió aliviado y sano, quiso partirse luego á buscar aventuras, pareciéndole que todo el tiempo que allí se tardaba era quitársele[g] al mundo y á los en él menesterosos de su favor y amparo, y[h] más con la seguridad y confianza que llevaba en su bálsamo; y, así, forzado deste deseo, él mismo ensilló á Rocinante y enalbardó al[i] jumento de su escudero, á quien tam-

a. ...cualesquiera riñas. Pell., Arr., Arg.$_{1\text{-}2}$, Mal., Benj. Así debiera leerse, por ser término más adecuado y propio. = *b. ...batallas, pendencias.* L.$_2$. = *c. ...y congozado.* L.$_1$. = *d. ...y el ladrón.* V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_3$, Mil., Ton. = *e. ...que ni la estera.* Arr., Mal. = *f. ...no se podría tener.* Br.$_{1\text{-}2}$. = *g. ...quitárselo.* Mal. = *h. ...y amparo: mas.* L.$_1$. = *i. ...el jumento.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj.

18. *En esto hizo su operación el brebaje, y comenzó el pobre escudero á desaguarse por entrambas canales.* — No habrá, ciertamente, en esto la elegancia y cortesanía en el decir que pide la afectada retórica; y, con todo eso, ¿quien osará negar que sobrenade en tal descripción cierta pureza estética, no alcanzada por todos en tan bajo estilo?

bién ayudó á vestir y á subir en el asno. Púsose luego á caballo, y, llegándose á un rincón de la venta, asió de un lanzón[a] que allí estaba, para que le sirviese de lanza.

Estábanle[b] mirando todos cuantos había en la venta, que pasaban de más[c] de veinte personas; mirábale también la hija del ventero, y él también no quitaba los ojos della, y de cuando en cuando arrojaba un suspiro que parecía[d] que lo[e] arrancaba de lo profundo de sus entrañas, y todos pensaban que debía de ser del[f] dolor que sentía en las costillas: á lo menos pensábanlo aquellos que la noche antes le habían visto bizmar.

Ya que estuvieron los dos á caballo, puesto á la puerta de la venta llamó al ventero, y, con voz muy reposada y grave, le dijo:

a. ...asió de su trancón que allí estaba. Arg.$_{1\text{-}2}$. = *b. Estábale.* Br.$_3$. = *c. ...pasaban de veinte.* Arg.$_2$. = *d. ...que pareció.* L.$_1$. = *e. ...que le arrancaba.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}2}$, Amb., A.$_{1\text{-}2}$, Pell., Arr., Arg.$_2$, Mai. = *f. ...ser de dolor.* A.$_2$, Cl., Riv.

2. *...y, llegándose á un rincón de la venta, asió de un lanzón que allí estaba.* — Muy á la ligera pasaron por aquí los comentadores Clemencin y Hartzenbusch, con todo y ser los que hicieron el más detenido estudio del *Quijote*.

Para el primero, no cabe duda, *lanzón* es vocablo que, á pesar de su forma, tiene significación y fuerza de diminutivo. El *Diccionario de la Academia* siente lo contrario, ya que dice así: «*Lanzón*. m. aum. de *lanza*. || Lanza corta y gruesa con un rejón de hierro ancho y grande, de que solían usar los guardas de las viñas.»

Para el segundo, el «*lanzón*, según el texto, no era de D. Quijote; y nada le dijo el ventero cuando vió que se lo llevaba; y el ventero era codicioso y ruin, y D. Quijote no era ladrón. Repugnan, pues, el silencio de Palomeque y la poca aprensión del *desfacedor de entuertos*, escudo y brazo de la justicia.»

Para nosotros es inocente la observación del ilustre crítico: no escribe Cervantes como Cide Hamete; no narra, como el historiador arábigo, todas las circunstancias mínimas y rateras que tocan á la vida del buen Alonso Quijada. Por eso decimos resueltamente: ó el *Quijote* es una perpetua contradicción, ó hay que mirar más alto y ver cómo la corriente de la inspiración no se corta en él ni un solo instante.

Al crítico no pelilloso le basta saber que D. Quijote, hidalgo de los de *lanza* en astillero, la vió hecha pedazos en la aventura de los molinos de viento; que luego desgajó de un árbol un ramo seco y puso en él el hierro (de la que se le había roto) para que le sirviese de *lanza;* que al poco apareció derribando con *ella* al primer fraile de San Benito con que había topado en el camino; que más tarde se le oyó decir: «— Ahora lo veredes, dijo Agrajes», y, arrojando la *lanza* en el suelo, sacó su espada; y, por fin, si nos dice su historiador que, «llegándose á un rincón de la venta, asió de *un lanzón* que allí estaba», en cambio añade (refiriéndose á esta misma escena) que, «terciando *su lanzón*, se salió de la venta sin que nadie le detuviese».

Antes que poner en la picota á la tan buscada contradicción, fuera más prudente recelar de la pureza del texto, ó dar con otra interpretación que nos explique la mente del escritor.

« — Muchas y muy grandes son las mercedes, señor alcaide, que en este vuestro castillo he recebido, y quedo obligadísimo á agradecéroslas todos los días de mi vida. Si os las puedo pagar en haceros vengado de algún soberbio que os haya fecho algún agravio, sabed que mi oficio no es otro sino valer á los que poco pueden, y vengar á los que reciben tuertos, y castigar alevosías. Recorred vuestra memoria, y, si halláis alguna cosa deste jaez que encomendarme, no hay sino decilla[a], que yo os prometo, por la orden de caballero que recebí, de faceros satisfecho y[b] pagado á toda vuestra voluntad. »

El ventero le respondió con el mismo sosiego: « — Señor caballero, yo no tengo necesidad de que vuestra merced me vengue ningún agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece cuando se me hacen: sólo he menester que vuestra merced me pague el gasto que esta noche ha hecho en la venta, así de la paja y cebada de sus dos bestias como de la cena y camas.

— Luego, ¿ venta es esta? — replicó D. Quijote.

— Y muy honrada, — respondió el ventero.

— Engañado he vivido hasta aquí, — respondió D. Quijote, — que en verdad que[c] pensé que era castillo, y no malo; pero, pues es así que no es castillo sino venta, lo que se podrá hacer por ahora es que perdonéis por la paga, que yo no puedo contravenir á la orden de los caballeros andantes, de los cuales sé cierto (sin que hasta ahora haya leído cosa en contrario) que jamás pagaron posada ni otra cosa en venta donde estuviesen; porque se les debe de fuero y de derecho cualquier buen acogimiento que se les hiciere, en pago del insufrible trabajo que padecen buscando las aventuras de noche y de día, en invierno y en verano, á pie y á caballo, con sed y con hambre, con calor y con frío[d], sujetos á todas las inclemencias del cielo y á todos los incómodos de la tierra.

— Poco tengo yo que ver en eso, — respondió el ventero. — Págueseme lo que se me debe, y dejémonos de cuentos ni de caballerías, que yo no tengo cuenta con otra cosa que con cobrar mi hacienda.

— Vos sois un sandio y mal hostalero », respondió D. Quijote. Y, poniendo piernas á[e] Rocinante y terciando su lanzón[f], se salió de la venta sin que nadie le detuviese; y él, sin mirar si le seguía

a. ...decirla. MAI. = *b. ...faceros satisfecho, pagado.* C.$_3$, BOW. = *c. ...que en verdad pensé que era castillo.* TOR. = *d. ...con sed y con hambre, con frío.* L.$_3$. = *e. ...piernas al Rocinante.* C.$_1$. = *f. ...su trancón ó lanzón.* ARG.$_1$.

su escudero, se alongó un buen trecho. El ventero, que le vió ir y que no le pagaba, acudió á cobrar de Sancho Panza, el cual dijo que, pues su señor no había querido pagar, que tampoco él pagaría; porque, siendo él escudero de caballero andante como era, la mesma regla y razón corría por él como por su amo en no pagar cosa alguna en los mesones y ventas. Amohinóse mucho desto el ventero, y amenazóle que si no le pagaba que lo cobraría de modo que le pesase. Á lo cual Sancho respondió que, por la ley de caballería que su amo había recebido, no pagaría un solo cornado aunque le costase la vida; porque no había de perder[a] por él la buena y antigua usanza de los caballeros andantes, ni se habían de quejar dél[b] los escuderos de los tales que estaban por venir al mundo, reprochándole el quebrantamiento[c] de tan justo fuero.

Quiso la mala suerte del desdichado Sancho que entre la gente que estaba en la venta se hallasen cuatro perailes[d] de Segovia, tres agujeros[e] del Potro de Córdoba y dos vecinos de la Heria de Sevilla, gente alegre, bien intencionada, maleante y juguetona; los cuales, casi como instigados y movidos de un mismo espíritu, se llegaron á Sancho, y, apeándole del asno, uno dellos entró por la manta de la cama del huésped, y, echándole en ella, alzaron los ojos y vieron que el techo era algo más bajo de lo que habían menester para su obra, y determinaron salirse al corral, que tenía por límite el cielo, y allí, puesto Sancho en[f] mitad de la manta,

a. ...porque no había de perderse por él. BENJ. = *b. ...ni se habían de quejar de los escuderos.* C.$_3$, BOW. = *c. ...reprochándole el quebramiento de tan justo fuero.* GASP. = *d. ...cuatro pelaires de Segovia.* TOR. = *e. ...tres agujeteros del Potro de Córdoba.* BR.$_{1\text{-}3}$. = *f. ...puesto Sancho en la mitad de la manta.* TOR.

1. *El ventero, que le vió ir y que no le pagaba, acudió á cobrar de Sancho Panza, el cual dijo... que tampoco él pagaría; porque, siendo él escudero de caballero andante..., la mesma regla y razón corría por él como por su amo en no pagar cosa alguna en los mesones y ventas.* — No siempre Sancho es el tipo del buen sentido y de la sana razón. Su honradez, es cierto, le libra de los vicios á que pudo arrastrarle su baja condición; pero, sugestionado por el idealismo desrazonable de D. Quijote y movido á la par por el interés personal que le domina, de tal modo se compromete en locos empeños, que llega á imaginarse se le debe de fuero y de derecho cualquier buen acogimiento en justa recompensa de lo mucho que en sus aventuras padecen los caballeros andantes y sus escuderos. Pero como la realidad castiga con rigor, no pocas veces, al extraviado idealista, el fracaso de Sancho, en esta ocasión, es inevitable, y su gracioso manteamiento el menor daño de su desenfadado empeño. Lección profunda, que se infiere, por modo indirecto, saltando por encima de la vulgar interpretación de esta escena llena de vida, de gracia y donaire, como no recuerda otra igual la musa cómica.

comenzaron á levantarle en alto y á holgarse con él como con perro por carnestolendas.

Las voces que el mísero manteado[a] daba fueron tantas, que llegaron á los oídos de su amo, el cual, deteniéndose[b] á escuchar atentamente, creyó que alguna nueva aventura le venía, hasta que claramente conoció que el que gritaba era su escudero; y, volviendo las riendas, con un penado galope llegó á la venta, y, hallándola cerrada, la rodeó por ver si hallaba por dónde entrar; pero no hubo llegado á las paredes del corral, que no eran muy altas, cuando vió el mal juego que se le hacía á su escudero. Vióle bajar y subir por el aire con tanta gracia y presteza, que, si la cólera le dejara, tengo para mí que se riera. Probó á[c] subir desde el caballo á las bardas; pero estaba tan molido y[d] quebrantado, que aun apearse no pudo, y, así, desde encima dél caballo, comenzó á decir tantos denuestos y baldones á los que á Sancho manteaban, que no es posible acertar á escrebillos[e]; mas no por esto cesaban ellos de su risa y de su obra, ni el volador[f] Sancho dejaba sus quejas, mezcladas ya con amenazas, ya con ruegos; mas todo aprovechaba poco, ni aprovechó hasta que de puro cansados le dejaron. Trujéronle[g] allí su asno, y, subiéndole encima, le arroparon con su gabán; y la compasiva de Maritornes, viéndole tan fatigado, le pareció ser bien socorrelle[h] con un jarro de agua, y así se le trujo[i] del pozo por ser más fría[j]. Tomóle Sancho, y, llevándole á la boca, se paró á las voces que su amo le daba diciendo: «—Hijo Sancho, no bebas agua; hijo, no la bebas, que te matará. ¿Ves? Aquí tengo el santísimo bálsamo (y enseñábale la alcuza del brebaje), que con dos gotas que dél bebas sanarás sin duda.»

Á estas voces volvió Sancho los ojos como de través, y dijo con

a. Las voces que el mísero daba fueron tantas. L.$_{1}$. = *b. ...determinándose.* L.$_{1\cdot2}$. = *c. Probó subir.* L.$_{1}$. = *d. ...pero estaba tan quebrantado.* L.$_{1}$. = *e. ...á escribirlos.* Mai. = *f. ...ni el volador de Sancho.* Ton. = *g. Trajéronle.* Mai. = *h. ...socorrerle.* Mai. = *i. ...así se le trajo.* Amb. — *...así le trujo.* Ton. — *.. así se lo trajo.* Mai. = *j. ...por ser más frío.* C.$_{1\cdot2\cdot3}$, L.$_{1\cdot2}$, V.$_{1\cdot2}$, Br.$_{1\cdot2\cdot3}$. Mil., Amb., Bow.

1. *...comenzaron á levantarle en alto y á holgarse con él como con perro por carnestolendas.* — Alúdese en este pasaje, como en otros de nuestros clásicos, al regocijado juego que solía hacerse en Carnaval. Cogían un perro, echábanle en una manta sostenida en sus puntas por cuatro ó más personas, zarandeábanle al principio, y luego le manteaban con igual presteza. El continuo voltear del pobre can, sus lastimeros aullidos é infructuosos esfuerzos por huir, de tal suerte provocaban la risa en los circunstantes, que los manteadores, sin darse punto de reposo, proseguían un buen rato en su celebrada invención.

otras mayores: «—¿Por dicha hásele olvidado á vuestra merced como yo no soy caballero, ó quiere que acabe de vomitar las entrañas que me quedaron de anoche[a]? Guárdese[b] su licor con todos los diablos, y déjeme á mí.» Y el acabar de decir esto y el comenzar á beber, todo fué uno[c]; mas, como al primer trago vió que era agua, no quiso pasar adelante, y rogó á Maritornes que se le trujese[d] de vino, y así lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagó de su mismo dinero; porque, en efecto, se dice della que, aunque estaba en aquel trato, tenía unas sombras y lejos de cristiana. Así como bebió Sancho, dió de los carcaños[e] á su asno, y, abriéndole la puerta de la venta de par en par, se salió della muy contento de no haber pagado nada y de haber salido con su intención, aunque había sido á costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas. Verdad es que el ventero se quedó con sus alforjas en pago de lo que se le debía; mas Sancho no las echó menos, según salió turbado. Quiso el ventero atrancar bien la puerta así como le vió fuera; mas no lo consintieron los manteadores, que era gente que, aunque D. Quijote fuera verdaderamente de los caballeros andantes de la Tabla Redonda, no le estimaran[f] en dos ardites.

a. ...de antes? Arg.$_{1\cdot2}$. = *b. Guarde su licor.* Br.$_{2}$, Ton. = *c. ...todo fué vino.* L.$_{2}$. = *d. ...que se lo trajese de vino.* Mai. = *e. ...dió de los caurraños á su asno.* Br.$_{2}$. = *f. ...no le estimarían.* Amb. — *...no lo estimaran.* Pell.

18. *...aunque D. Quijote fuera verdaderamente de los caballeros andantes de la Tabla Redonda, no le estimaran en dos ardites.* — En el t. I, pág. 264, se habló ya, aunque ligeramente, de la *Tabla Redonda*. La estimación de que gozaron estos caballeros arranca de lo que dió origen á la construcción material de la *Tabla Redonda* y á la creación de la orden de caballería que lleva su nombre. Como sean pocos, aun entre los mismos cervantistas, los que hayan tenido la fortuna de leer el libro intitulado *La Demanda del Santo Grial*, plácenos trasladar á estas páginas lo que allí se refiere al primer extremo de esta nota:

«Cap. LXXXVII. *Cómo Merlín fabló con el rey Vter sobre fazer la Tabla Redonda.* — ... y entonces dixo Merlin: «—Yo no vos diré cosa estraña; mas ruego vos que tengáis poridad, ca yo quiero que la pro y el grado de nuestro Señor será todo vuestro.» Y el rey lo otorgó que nunca lo dirá, y entonces dixo Merlín al rey: «—Señor, vos sabedes bien que yo sé todas las cosas hechas y dichas y pensadas; quiero que sepades que esto sé yo por natura del diablo, y nuestro Señor Dios me dió seso y entendimiento que supiesse todas las cosas que auia de venir; y por esto que vos en tal guisa mostre me pidieron los diablos, y agora podredes saber dónde he el poder de las cosas que hago y digo, y agora te quiero dezir lo que sé.»

«Cap. LXXXVIII. *Cómo Merlín ordenó que se hiziesse la Tabla Redonda.* — Señor, vos deuedes bien saber que nuestro Señor vino en tierra por saluar el pueblo y que en dia de la cena comió con sus discipulos, y acaeció que nuestro Señor tomó muerte por nos, y vn cauallero le pidió y fuéle dado el su

cuerpo en gualardón de su soldada, y nuestro Señor llamó mucho que quiso que le fuesse dado, y el cauallero sufrió después grandes trabajos, y después, á luengos tiempos que nuestro Señor fué resuscitado, auino que aquel cauallero fué en vna tierra yerma con gran pieça de su linage y vn gran pueblo con él, y fué assí que les vino vna gran hambre, y él rogó á nuestro Señor que le mostrasse que por qué queria que suffriesse á tan gran lazeria, y nuestro Señor mandóle que fiziesse vna mesa en nombre de aquélla en que Él estuuiera á su cena con sus apóstoles, y mandóle que pusiesse en ella vn vaso que Él traya y que lo cubriesse de paños blancos de xamete, y aquel era el Sancto Grial, y el que aquella mesa pusiesse essa hora auerian cumplimiento en su coraçón de todas las cosas, y en aquella mesa auia siempre vn lugar vazio, que significaua el lugar de judas, el que comiera á la mesa con nuestro Señor quando le dixo nuestro Señor «conmigo come y beue el que me traerá», y aquél fué partido de la compaña de Jesuchristo y su lugar quedó vazio fasta que nuestro Señor assentó otro hombre, que auía nombre Matia, por cumplir el cuento de los doze apóstoles, que assí son dos mesas fechas á plazer de Dios; y, si me quisiéredes creer, vos haredes la mesa tercera en nombre de la Santa Trinidad, y yo vos prometo que, si lo hizierdes, que gran pro vos en de verná y honra al alma y al cuerpo, y tales cosas en de vernán de que vos marauillaredes mucho, y será vna de las cosas del mundo onde los buenos más hablarán, ca mucho aurá Dios dado gran gracia aquellos que ay fueren, y esta mesa aurá nombre Tabla Redonda, y digo vos que las gentes que aquel vaso guardaron fueron por voluntad de Dios contra occidente, y, si me quisierdes creer, haredes lo que vos digo y ayná auredes plazer.»

«Cap. LXXXIX. *Cómo Merlin ordenó en qué lugar se fiziesse la Tabla Redonda.* — ... Merlin dixo: «— Nos lo haremos en cardain ó en galar, y allí hazed ayuntar á vuestro pueblo en dia de Pentecosté, y vengan caualleros y dueñas, y vos guisaredes como lo recibades bien y como seades muy alegre y como deues grandes dones, y yo yré ante que vos y haré la mesa, y vos me daredes gente que hagan lo que yo mandare. É quando vos y el pueblo fuerdes ayuntados, yo escogeré los que ay auian de ser.»

Capítulo XVIII

Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor D. Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas

Llegó Sancho á su amo marchito y desmayado, tanto, que no podía arrear á su jumento. Cuando así le vió D. Quijote, le dijo: «— Ahora acabo de creer, Sancho [a] bueno, que aquel castillo ó venta [b] es encantado sin duda; porque aquellos que tan atrozmente

a. ...*Sancho el bueno.* C_3, Bow., Pell. — *b.* ...*venta de que es* C_{-1}, L_{-1-2}.

Gente soez y de baja ralea se ha holgado manteando á Sancho como perro en Carnestolendas; ha oido clara y distintamente los nombres de los manteadores, y, con ser personajes reales, objetivos, como diria Hegel, de carne y hueso, hablando á lo vulgar, á D. Quijote se le antojaron fantasmas, porque lleva en su cerebro un mundo distinto de la tierra que pisamos.

Ahora, enristrando la lanza, éntrase con desatentado ímpetu por medio del escuadrón del grande emperador Alifanfarón, señor de la Trapobana, en auxilio del rey de los garamantas, Pentapolín del Arremangado Brazo.

Es D. Quijote un enfermo moral; su curación exige gran solicitud y mucha paciencia; mas, en este instante en que la ilusión es completa, de nada sirve que el escudero, ajustando el valor á la prudente medida de la realidad, le advierta el peligro en que se pone, ya que, si las manadas de carneros no se han de defender ciertamente, en cambio los pastores trapobanenses velarán por la seguridad de ellas. Nada tan infructuoso como el empeño de volverle á su razón en el período de mayor delirio: su mente es como un desierto donde se pierde la voz de todo predicador. El fracaso viene á pasos de gigante; y D. Quijote, molido á pedradas, derribado de su caballo, queda tan mal herido que le dan por muerto. Tal es el argumento de este capítulo: en él no hay nada más que lo que se ve: seguimos creyendo, pues, que el simbolismo no cruzó por la mente del más eximio de los novelistas, y que huelga la doctrina esotérica, sean cuales fueren las coincidencias históricas que se citen sobre el estado morboso que á la sazón padecia nuestra raza.

tomaron pasatiempo contigo, ¿qué podían ser sino fantasmas y gente del otro mundo? Y confirmo esto por haber visto que, cuando estaba por las bardas del corral mirando los actos de tu[a] triste tragedia, no me fué posible subir por ellas, ni menos pude apearme de Rocinante, porque me debían de tener encantado; que te juro por la fe de quien soy que, si pudiera subir ó apearme, que yo te hiciera vengado de manera que aquellos follones[b] y malandrines se acordaran de la burla para siempre, aunque en ello supiera contravenir á las leyes de[c] caballería, que, como ya muchas veces te he dicho, no consienten que caballero ponga mano contra quien no lo sea, si no fuere en defensa de su propia vida y persona,[d] en caso de urgente y gran necesidad.

— También me vengara yo[e] si pudiera, fuera ó no fuera armado caballero, pero no pude; aunque tengo para mí que aquellos que se holgaron conmigo no eran fantasmas ni hombres encantados, como vuestra merced dice, sino hombres de carne y de hueso como nosotros; y todos, según los[f] oí nombrar cuando me volteaban, tenían sus nombres: que el uno se llamaba Pedro Martínez, y el otro Tenorio Hernández, y el ventero oí que se llamaba Juan Palomeque el Zurdo. Así que, señor, el no poder saltar las bardas del corral ni apearse del caballo, en ál[g] estuvo que en encantamentos; y lo que yo saco en limpio de todo esto es que estas aventuras que andamos buscando, al cabo al cabo[h], nos han de traer á tantas desventuras que no sepamos cuál es nuestro pie derecho; y lo que sería mejor y más acertado, según mi poco entendimiento, fuera el volvernos á nuestro lugar ahora que es tiempo de la siega, y de entender en la

a. ...de su triste. MAL. = *b. ...tellones.* C_{1}, $L_{1\text{-}2}$. = *c. ...á las leyes de la caballería.* C_{1}, $L_{1\text{-}2}$, FK. = *d. ...persona y en caso.* TOR. = *e. También me vengara yo, dijo Sancho, si pudiera.* TOR. = *f. ...y todos oí nombrar.* L_{2}. = *g. ...apearse del caballo en el estuco.* L_{1}, BR_{2}. = *h. ...buscando al cabo nos han de traer.* $BR_{1\text{-}2}$.

Línea 24. *...sería mejor y más acertado... volvernos á nuestro lugar ahora que es tiempo de la siega.* — Manteado, poco há, en la venta; sin fe en el ideal caballeresco; sin la abnegación que su ejercicio pide; Sancho, menos torpe que inculto, ya por el amor que á su mujer y á sus hijos tiene, ya por miedo á lo desconocido, como los tripulantes que acompañaban á Colón en la *Santa María*, la *Pinta* y la *Niña;* viendo el nuevo arrebato de su amo, propónele volverse los dos á su aldea, dejando de andar tras aventuras que, al cabo, sólo les acarrean palos y más palos, puñadas y más puñadas. Mas D. Quijote, cuya fe crece á medida de los fracasos; D. Quijote, que ha salido á pelear por la fama, esa fama que vuela en los serenos espacios de la honra y de la gloria; manda á su escudero que se aparte, y, saltando por encima de la realidad, acomete al ejército de Alifanfarón de Trapobana.

hacienda, dejándonos de andar de ceca en meca y de zoca en colodra[a], como dicen.

— ¡Qué poco sabes, Sancho, — respondió D. Quijote, — de achaque de caballería[b]! Calla, y ten paciencia; que día[c] vendrá donde veas, por vista de ojos, cuán honrosa cosa es andar en este ejercicio. Si no, dime: ¿qué mayor contento puede haber en el mundo, ó qué gusto puede igualarse al de vencer una batalla y al de triunfar de su enemigo? Ninguno, sin duda alguna.

— Así debe de ser, — respondió Sancho, — puesto que yo no lo sé: sólo sé que, después que somos caballeros andantes, ó vuestra merced lo es (que yo no hay para que me cuente en tan honroso número), jamás hemos vencido batalla alguna, sino fué la del vizcaíno, y aun, de aquélla, salió vuestra merced con media oreja y media celada menos; que, después acá, todo ha sido palos y más palos, puñadas y más puñadas, llevando yo de ventaja el manteamiento, y haberme sucedido por personas encantadas, de quien no

a. ...y de zoca en colorada, como dicen. L_{2}. = *b. ...de achaque de caballero.* L_{1}. = *c. ...que de ay vendrá donde veas por vista de ojos.* C_{1}, $L_{1\text{-}2}$.

En esta constante diferencia entre amo y mozo; en el distinto modo de juzgar unos mismos hechos, de prever las contingencias y afrontar los peligros; en este flujo y reflujo de opiniones entre los hombres cuya creencia no desfallece jamás y los que vacilan en sus juicios; en esto, repetimos, se cifra el secreto de la inmortal novela. El contraste de estas dos personas es tan harmónico y bello, que bien puede decirse nacieron el uno para el otro: es la perpetua antitesis de la vida: por eso, tras la huella del escudero y del andante, se ve la humanidad.

4. *...día vendrá donde veas, por vista de ojos, cuán honrosa cosa es andar en este ejercicio.* — Don Manuel de la Revilla (1) lo ha dicho:

«Persigue D. Quijote un ideal absurdo, extemporáneo é imposible: absurdo, porque lo es que al esfuerzo individual se confíe una función social como la justicia; extemporáneo, porque si esto pudo ser tolerable, y aun necesario, en la anarquía feudal, no lo era cuando el Estado se hallaba fuertemente constituído y provisto de elementos suficientes para la realización del derecho; imposible, porque es resucitar ideales muertos, y menos por el esfuerzo de un hombre aislado. La empresa de D. Quijote es, por tanto, una locura; y es además una ridiculez, como ya hemos dicho, porque los medios de que dispone para tal empeño se reducen á su fuerza, que no es mucha; sus armas, que de nada le sirven; su caballo, que es un mal rocín, y su escudero, que es un villano socarrón y cobarde. Tal es el idealismo de D. Quijote. ¿Puede confundirse con el idealismo social y legítimo? Naturalmente, entre ideales de esta especie y la realidad, la lucha es inevitable, y la derrota del idealismo segura...»

(1) *Ilustración Española y Americana*, 23 de Abril de 1875.

puedo vengarme, para saber hasta dónde llega el gusto del vencimiento del enemigo, como vuestra merced dice.

— Esa es la pena que yo tengo y la que tú debes tener, Sancho, — respondió D. Quijote; — pero, de aquí [a] adelante, yo procuraré haber á las manos alguna espada hecha por tal maestría, que, al que la trujere [b] consigo, no le puedan hacer ningún género de encantamentos; y aun podría ser que me deparase la ventura aquella de Amadís cuando se llamaba *el Caballero de la Ardiente Espada*, que fué una de las mejores espadas que tuvo caballero en el mundo, porque, fuera [c] que tenía la virtud dicha, cortaba como una navaja [d], y no había armadura, por fuerte y encantada que fuese, que se le parase delante.

— Yo soy tan venturoso, — dijo Sancho, — que, cuando eso fuese y vuestra merced viniese á hallar espada semejante, sólo vendría á servir y aprovechar á los armados caballeros, como el bálsamo; y á los escuderos... que se los papen duelos [e].

a. ...de aquí en adelante. Ton. = *b. ...al que la truje consigo.* Br.$_2$. — *...al que la trajere consigo.* Mai. = *c. ...porque fuera de que tenía.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *d. ...cortaba como un abeja.* Br.$_2$. = *e. ...que se papen los duelos.* Arg.$_2$.

16. *...á los escuderos... que se los papen duelos.* — En la vida de las palabras, como en la vida del individuo, de la familia y del pueblo, hay olvidos que la historia no perdona. De las significaciones que se leen en los ejemplos que van á continuación, ¿cuántas quedan subsistentes en el idioma castellano? Hados crueles presiden á la frase origen de esta nota, igualmente que á la de *duelos y quebrantos*, explicada en el capítulo primero:

« Desta manera estuvimos ocho ó diez dias, yéndose el pecador en la mañana... á *papar* aire por las calles, teniendo en el pobre Lázaro una cabeza de lobo. » *(Lazarillo de Tormes*, trat. III.)

« La (devoción) menos á propósito para él es contar mis años; porque, si con los pocos que tenia entonces le dí la *papilla* que *papó*, ¿qué le parece al *papenco* que será ahora si le tornase á requerir el cañal, después de haber comido más guindas que él arrobas de bobo? » (F. López de Úbeda. *La pícara Justina*, cap. 3.)

« Don Esteban. ¿Qué estado tiene su intento?
¿Qué punto su pretensión?
Lope. Ser hombre camaleón
Y andarse *papando* el viento. »
(Lope de Vega. *¿ De cuándo acá nos vino?*, acto I, esc. X.

« Estrada. Y voacé seor Pontoncón,
Y remojemos la obra
Con el vino y el jamón.
Rodríguez. Y á mí me *papen duelos*,
Pues Teresa me olvidó. »
(Canónigo Tárrega. *La enemiga favorable*, antes del primer acto.

— No temas eso, Sancho [a], — dijo D. Quijote, — que mejor lo hará el cielo contigo. »

En estos coloquios iban D. Quijote y su escudero cuando vió D. Quijote que, por el camino que iban, venía hacia ellos una grande y espesa polvareda; y, en viéndola, se volvió á Sancho y le dijo: « — Este es el día, ¡oh Sancho!, en el cual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte. Este es el día, digo, en que se ha de mostrar, tanto como en otro alguno, el valor de mi brazo, y en el [b] que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. ¿Ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? Pues toda es cuajada [c] de un copiosísimo ejército que de diversas é inumerables gentes por allí viene [d] marchando.

a. No temas eso, dijo D. Quijote. Arr. = *b. ...y anel.* L.$_1$. = *c. Pues toda es cuajada de un copiosísimo ejército.* Arg.$_3$. = *d. ...gentes por allí marchando.* L.$_3$.

« Carrasco. ¿Colmenas, Tomé, guardáis?
¿Por miel virgen andáis vos?
Ya la tenéis: plega á Dios
Que después no la escupáis.
Y á mí ¡que me *papen duelos!*
Alquíleme á mí con él *(á Angélica)*,
Que Tomé pondrá la miel
Y yo pondré los buñuelos. »
(Tirso de Molina. *La Villana de la Sagra*, acto II, esc. XVIII.)

« Beatriz. Abrácelo todo allá,
Y acá que nos *papen duelos.*
Tello. Con pan, señora Beatriz;
Que con carne no son menos. »
(J. Ruiz de Alarcón. *Siempre ayuda la verdad*, acto III, esc. XXII.)

En la memoria de todos está el autor de este otro ejemplo:

« Don Juan. Don Luis
Testigo fiel desto sea,
Y porque el rey desto gusta,
Esposa suya Clavela.
Calvo. Y á mí ¡que me *papen duelos!* »

10. *¿Ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? Pues toda es cuajada de un copiosísimo ejército.*

« Cubre la gente el suelo;
Debajo de las velas desparece
La mar; la voz al cielo
Confusa y varia crece;
El polvo roba el dia y le escurece »,

dijo poéticamente el príncipe de nuestros líricos hablando del copioso ejército que invadió la península reinando D. Rodrigo.

Con cierta analogía, aunque muy vaga, habla Cervantes, en las palabras arriba copiadas, de una *polvareda cuajada* de un ejército; hipérbole que tam-

— Á esa cuenta dos deben de ser, — dijo Sancho, — porque desta parte contraria se levanta asimesmo otra semejante polvareda. »

Volvió á mirarlo D. Quijote, y vió que así era la verdad; y, alegrándose sobremanera, pensó, sin duda alguna, que eran dos ejércitos que venían á embestirse y á encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura, porque tenía á todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamentos, sucesos, desatinos, amores, [a] desafíos, que en los libros de caballerías se cuentan; y todo cuanto hablaba, pensaba ó [b] hacía, era encaminado [c] á cosas semejantes; y la polvareda que había visto la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros que, por aquel mismo camino, de dos diferentes partes venían, las cuales, con el [d] polvo, no se echaron de ver hasta que llegaron cerca; y con tanto ahinco afirmaba D. Qui-

a. ...amores y desafíos. Ton. = *b. ...pensaba hacia.* $L._2$. = *c. ...era caminado á cosas semejantes.* $L._2$. = *d. ...con polvo.* $L._2$.

bién usó Mariana cuando, ponderando el crecido número de naves que poseían los infieles, dijo al rey de Aragón: «No paran en esto los daños, pues tienen los mares *cuajados* de sus armadas.»

Significase, con el encarecimiento que sobre el verdadero número de las naves se hace, que éstas eran, si vale decirlo así, como la materia de que los mares estaban formados.

De la misma suerte, la *polvareda* que vió D. Quijote *cuajada* de un copiosísimo ejército, no denota á éste como agente en la misma. Carece, pues, de fundamento el recelo de Clemencín: no hay yerro de imprenta, ni es lícito substituir á *cuajaba* con *causaba*. ¡Qué ligereza la de Hartzenbusch al aceptar como buena, en su segunda edición de Argamasilla, la simple sospecha en mal hora apuntada por el comentador murciano!

10. *...y la polvareda que había visto la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros que, por aquel mismo camino, de dos diferentes partes venían.* — En ambos ejércitos y en sus valerosos capitanes, que, para Sancho, como para nosotros, no pasaban de manadas de ovejas y carneros, se simbolizan, á juicio de D. Aureliano F. Guerra, los partidos políticos que á la sazón se disputaban en España el esquilmo de las rentas públicas, de pingües negocios y de la provisión de destinos. Fúndase, para ello, el conspicuo académico, en que de la misma suerte que de Quijada sacó los nombres de *Quijote* y el pastor *Quijotiz;* de Aldonza Lorenzo, *Dulcinea;* de rocín, *Rocinante;* de María la Tuerta, *Marilornes;* de Casilda la Andaluza, *Casildea de Vandalia;* del cura, *Curiambro*, y de Panza, *Pancino*. «¿Faltará igual afinidad, — pregunta (1), — en los demás del libro?» Si falta, y por eso flaquea la argumentación de tan sabio maestro.

En los nombres arriba citados la alusión es transparente, y va el disfraz tan al descubierto, que pocas letras ha de tener quien, sabiendo, por ejemplo, que Andalucía se llamó en lo antiguo Vandalia, no entienda al punto que *Casildea de Vandalia* es Casilda la Andaluza.

(1) *Noticia de un precioso Códice de la Biblioteca Colombina.* — Madrid, 1864.

jote que eran ejércitos, que Sancho lo vino á creer y á decirle: « — Señor, pues ¿qué hemos de hacer nosotros?

— ¿Qué? — dijo D. Quijote. — Favorecer y ayudar á los menesterosos y desvalidos. Y has de saber, Sancho, que este que [a] viene por nuestra frente le conduce y guía el grande emperador Alifanfarón, señor de la grande isla Trapobana; este otro, que á mis espaldas marcha, es el de su enemigo, el rey de los garamantas [b], Pentapolín [c] del Arremangado Brazo, porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo [d].

a. ...que este viene. $L._1$. = *b. ...el rey de los garamantes.* FK. = *c. ...Pentapolín del Arremangado Brazo.* $C._1$, $L._{1\text{-}2}$. = *d. ...con el brazo derecho desnudo.* $L._2$.

Que fuese felicísimo en tales juegos de palabras, cuya transparencia, si vale decirlo así, las hace tan gustosas al lector, lo muestran estos ejemplos:

« — Tú has dicho muy bien, — dijo D. Quijote; — y podrá llamarse, el bachiller Sansón Carrasco, si entra en el pastoral gremio, como entrará sin duda, el pastor *Sansonino*, ó ya el pastor *Carrascón;* el barbero Nicolás se podrá llamar *Niculoso*, como ya el antiguo Boscán se llamó Nemoroso (1); al cura no sé qué nombre le pongamos, sino es algún *derivativo* de su nombre, llamándole el pastor *Curiambro*... Tú, Sancho, pondrás (nombre) á la tuya el que quisieres. — No pienso, — respondió Sancho, — ponerle otro alguno sino el de *Teresona*, que le vendrá bien con su gordura y con el propio que tiene, pues se llama Teresa...» (II, cap. 67). — «... Si mi dama, ó, por mejor decir, mi pastora, por ventura se llamare Ana, la celebraré debajo del nombre de *Anarda;* y si Francisca, la llamaré yo *Francenia;* y si Lucía, *Lucinda*, que todo se sale allá; y Sancho Panza, si es que ha de entrar en esta cofradía, podrá celebrar á su mujer Teresa Panza con nombre de *Teresaina*» (II, cap. 73).

¿Gozan, por ventura, de igual clarividencia (demos al vocablo significación activa) los nombres que se leen en este capítulo? En modo alguno. Por tanto, edificar un mundo de conjeturas y suposiciones sobre tan lejana afinidad, empleando sutiles recursos, es querer persuadir de lo que nunca se podrá probar. Para que esta labor resultase fecunda, la analogía, la semejanza entre el símbolo y la realidad, ya que no evidentes, debieran ser de tal naturaleza que hasta los menos entendidos la vieran con claridad y prestasen asentimiento.

5. *...Alifanfarón, señor de la grande isla Trapobana.* — Argumento de la feliz inventiva de Cervantes en sacar á luz nombres ridículos, es, entre otros, este que da al imaginario señor de la isla trapobanense. Que en él no anda simbolizado personaje alguno de aquella época, lo muestra bien á las claras el temor, la perplejidad y vacilación con que habla, al llegar á este punto, el descifrador de supuestos enigmas: «Nada indicaré acerca del medio moro, matón y enfatuado con vanidades de pergamino, *Ali-Fanfarrón*, señor de la grande isla *Trapo-vana*, aunque recuerdo magnates, cortesanos y ministros á quien tales apodos vendrían como de molde.»

6. *...este otro, que á mis espaldas marcha, es el de su enemigo, el rey de los garamantas, Pentapolín del Arremangado Brazo.* — ¿Quién sino un espíritu soña-

(1) *Nemus*, bosque.

— Pues ¿por qué se quieren tan mal estos dos señores? — preguntó Sancho.

— Quiérense mal, — respondió D. Quijote, — porque este Alifanfarón[a] es un furibundo pagano y está enamorado de la hija de

a. ...porque este Alefanfarón. C.$_1$, L.$_{1\text{-}2}$.

dor se atreverá á sostener que, con tal pseudónimo, se disfrace el nombre del igualadino D. Pedro Franqueza, conde de Villalonga? ¿Cómo ha podido rastrearse que tal personaje, y no otro, sea el que señala Cervantes? ¿Qué huellas pudo seguir para ello F. Guerra? Éstas, para nosotros tan borrosas, que sólo pueden verse con los ojos de acalorada fantasía:

«Eran antigua gente de la Libia los fieros garamantas, ó garamas, como decian los poetas de la Edad media; y, jugando del vocablo, en el siglo XVII, estudiantes y pícaros (todo uno, según Quevedo), acaso pronunciaban fuerte la *r*, formando, con la voz *garramanta*, un substantivo sinónimo de *garrama*, del verbo *garramar*, que tanto vale «cobrar los tributos» como «robar y hurtar».

Pentapolín significa «el de los cinco pueblos»; y apellidóse *del Arremangado Brazo* por tenerlo desembarazado para «garbear por sus manos lo que se pusiese á tiro, con notable peligro (como se afirma en el *Discurso de las Letras y de las Armas*) de la *vida* y de la *conciencia*». Todo esto conviene, sin quitar una tilde, al susodicho personaje, natural de Igualada, el cual, de escribano de mandamientos en Barcelona, llegó, por Felipe III, á ser conservador general del Patrimonio de Aragón y de Italia, secretario de la reina, y de la Inquisición, y del Consejo de Estado, y á intervenir, como dueño absoluto, en las materias de Hacienda. Diósele hábito de Montesa y título de conde de Villalonga. Pero, con tan público escándalo y nota procedia en sus oficios, baratando con los banqueros, cohechándose de todo pretendiente, eclesiástico, secular y militar, estafando á roso y velloso, y defraudando en millaradas á la Real Hacienda, que no se pudo por menos de reducirle á prisión en 19 de Enero de 1607, secuestrarle el fruto de sus rapiñas y dejarle morir en la cárcel. Franqueza habia comprado en remate judicial, casi de balde y valiéndose de su posición, los *cinco pueblos* de Berlinches, Corpa, Villamerchán, Benemelic y Villalonga.»

Hay que reconocerlo: el lector, al pasar la vista por las líneas que preceden, se muestra indiferente á tan alambicado razonamiento. Y ¿cómo no? Valera (1) lo dice:

«Cervantes era un gran observador y conocedor del corazón humano. Sin duda, cuanto habia visto en su vida militar, en su cautiverio y en sus largas peregrinaciones, y las personas de toda laya con quienes habia tratado, le dieron ocasión y tipos para inventar y formar unos personajes tan verdaderos como los del *Quijote;* pero hay una enorme distancia de creer esto á creer que todo es alusión en dicho libro, y á devanarse los sesos para averiguar á quién alude Cervantes en cada aventura, y contra quién dispara los dardos de su sátira.»

Cierto, no la hay en este pasaje; porque, si la crítica celebra la erudición histórica y el alarde de ingenio de su autor, con igual severidad rechaza dar crédito á tamaña cavilación.

(1) *Discurso leído en la Real Academia Española el día 23 de Septiembre de 1864.* — Madrid.

Pentapolín, que es una muy fermosa y además agraciada señora, y es cristiana, y su padre no se la quiere entregar al rey pagano si no deja primero la ley de su falso profeta Mahoma y se vuelve á la suya.

— ¡Para mis barbas, — dijo Sancho, — si no hace muy bien Pentapolín! Y que le tengo de ayudar en cuanto pudiere.

— En eso harás lo que debes, Sancho, — dijo D. Quijote[a], — porque, para entrar en batallas semejantes, no se requiere ser armado caballero.

— Bien se me alcanza eso, — respondió Sancho; — pero ¿dónde[b] pondremos á[c] este asno, que estemos ciertos de hallarle después de pasada la refriega? Porque el[d] entrar en ella en semejante caballería no creo que está en uso hasta ahora.

— Así es verdad, — dijo D. Quijote[e]. — Lo que puedes hacer dél es dejarle á sus aventuras, ahora[f] se pierda ó no, porque serán tantos los caballos que tendremos después que salgamos vencedores, que aun corre peligro Rocinante no le trueque por otro. Pero estáme atento y mira, que te quiero dar cuenta de los caballeros más principales que en estos dos ejércitos vienen; y, para que mejor los[g] veas y notes[h], retirémonos á aquel altillo que allí se hace, de donde se deben de descubrir los dos ejércitos.»

Hiciéronlo así, y pusiéronse[i] sobre una loma, desde la cual se verían[j] bien las dos manadas (que á D. Quijote se le hicieron ejércitos[k]) si las nubes del polvo que levantaban no les turbara y cegara[l] la vista; pero, con todo esto, viendo en su imaginación lo que

a. En eso harás lo que debes, Sancho, porque. L.$_1$. = *b. ...pero ¿adónde pondremos.* TOR. = *c. ...pondremos este asno que estemos ciertos.* TOR. = *d. Porque en entrar en ella.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, BR.$_{1\text{-}2}$, MIL., BOW. = *e. ...dijo D. Quijote, y lo que puedes hacer dél.* TOR. = *f. ...ora se pierda ó no.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}2}$, ARG.$_2$, MAI., FK. = *g. ...para que mejor lo veas.* BR.$_2$, TOR. = *h. ...veas retirémonos.* L.$_{1\text{-}2}$. = *i. ...así pusieran sobre una loma.* L.$_2$. = *j. ...se vieran bien.* C.$_1$, L.$_2$, ARG.$_2$, MAI., FK. — *...se vieron bien.* L.$_1$. = *k. ...se le hicieron ejército.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, BR.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, MIL., AMB., A.$_{1\text{-}2}$, BOW., GASP., MAI. = *l. ...no le turbaran y cegaran.* TOR. — *...no les turbaran y cegaran.* ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ.

3. *...si no deja primero la ley de su falso profeta Mahoma.* — «No viene bien en Cide Hamete, — escribe Clemencin, — autor arábigo y filósofo mahometano, como se le llama alguna vez, calificar de falsa la ley de Mahoma. Cervantes se distraia con frecuencia.»

Los que, en verdad, padecen distracción y miopía son los que, dando al olvido que D. Quijote era caballero cristiano, le niegan el derecho á calificar á Mahoma de falso profeta. Aun hay más: Cide Hamete Benengeli es un cronista que nos transcribe las palabras del héroe manchego con tanta fidelidad, que, aun doliéndole en el alma los dardos contra sus creencias, nada omite.

no veía ni había, con voz levantada comenzó á decir: «—Aquel caballero que allí ves, de las armas jaldes, que trae en el escudo un león coronado rendido á los pies de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la Puente de Plata. El otro [a], de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolembo, gran duque de Quirocia [b]. El otro, de los miembros giganteos [c], que está á su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbarán de Boliche, señor de las tres

a. ...señor de la Puente de Plata y el otro. Br.$_{2}$, Amb., Tox. — *b. ...gran duque de Quiracia.* Amb., Tox. — *c. ...de los miembros gigantes.* L.$_{1\text{-}2}$.

1. «*—Aquel caballero que allí ves..., es el valeroso Laurcalco, señor de la Puente de Plata.* — «Hubo en la corte de Felipe II un magnate sagaz y mañoso que al príncipe heredero, joven de índole angelical, facilitaba, para sus muchas y secretas limosnas, callado y pródigo, el *oro* que le detenía su padre; un ayo que, encareciendo á su pupilo la piedad y la virtud á que era inclinado, le empeñaba en profesarlas sincera y resueltamente (he ahí la *doncella* del escudo, la Virtud), limando así al león de España las garras, sin que lo echase de ver, y apoderándose de su voluntad por aquella, al parecer, santa, noble y desinteresada *puente de plata;* un prócer que, viendo ya en el trono á su amo, le tuvo no por rey sino por reino suyo, y, dejándole únicamente los atributos del poder, que son el manto, el cetro y la corona, le usurpó el sello real, con pretexto de aliviarle la enojosa molestia de la firma; un valido, en fin (y véase por qué le llama *valeroso,* como si quisiera decir «el que vale, el que puede, el favorito, el *valido*»), que dispuso como árbitro de la suerte de estos reinos; que autorizó la corrupción de las costumbres, haciendo que, á la integridad y limpieza en oficiales, jueces y ministros (indisputable mérito de los que tuvo el anterior reinado), substituyese la socaliña, la estafa, el cohecho, la injusticia y la tiranía, y que se secasen los bélicos laureles españoles,— todo con tener franca la *puente de plata* de los gobiernos y pingües destinos, para que pudiesen por ella abandonar el inseguro lado del príncipe, no los virtuosos y beneméritos, sino los vanos, ambiciosos y desapoderados con la sed de mando y de riqueza. Tal el *duque de Lerma,* y, por eso, de los primeros que en la magnífica alegoría de los dos ejércitos se presenta con vivísimos colores á la fantasía del hidalgo de la Mancha. Sobre las señas parleras y exactísimas del favorito, hallo que existe no menor parecido entre *Laur-calco y duque de Lerma.*»

No dos lecturas, sino la que se acaba de hacer, basta para refutar adivinación que viene á constituir nuevo enigma. El *Quijote* no lo es.

4. *El otro, de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolembo, gran duque de Quirocia.* — Entregado á la rebusca de libros, papeles y noticias referentes á Quevedo, D. Aureliano F. Guerra hubo de estudiar cuanto de cerca ó de lejos toca á la época, más ó menos estrictamente exacta, del insigne polígrafo arriba citado. Dicho esto, no se extrañará escribiese lo que ahora sigue:

«De la propia manera sospecho que en el *temido Mico-colembo,* gran duque de *Quirocia,* se aludió á D. Bernardino de Velasco (veedor general de las guardas, que en 12 de Enero de 1608 fué hecho conde de Salazar, y después tuvo el

Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta, que, según es fama, es una de las del templo que derribó Sansón cuando, con su muerte, se vengó de sus enemigos. Pero vuelve los ojos á estotra parte, y verás delante y en la frente de estotro ejército al siempre vencedor y jamás vencido Timonel de

encargo de expulsar á los moriscos de ambas Castillas, Mancha y Extremadura), hombre del corazón más duro y del rostro más feo que hubo en su tiempo, si se exceptúa el de la condesa; por lo cual cantó Villamediana:

«Al de Salazar ayer
Mirarse á un espejo vi,
Perdiéndose el miedo á sí
Para ver á su mujer.

Lo de *temido* y *mico,* por la dureza y fealdad del conde, son alusiones clarísimas; nótase afinidad entre *Colembo* y Velasco; pero á *Quirocia,* eco de *Quirós,* y á las *tres coronas de plata,* ¿será imposible hallar explicación satisfactoria? Mientras la encontramos, diré que mi sospecha sube de punto al reparar en la impropia satisfacción que, por boca de un morisco, da Cervantes al conde de Salazar en el cap. 65 de la II parte del *Quijote,* siendo peor que la enfermedad el remedio.»

Amplísimo cuadro de costumbres, en las obras de Cervantes podemos estudiar cuáles eran los hábitos, gustos, tendencias, y hasta los prejuicios, de su tiempo. En burlas ó en veras (discútanlo vascófilos y antivascófilos), en el *Quijote* se echa bien de ver cuán presentes tenía á los vizcainos cuando su pluma había de trazar el nombre *secretario.* Bien altos los hubo, y clara, distintamente, sin rebozo ni símbolo, pone á los ojos del lector ese como derecho al perpetuo disfrute de tan elevado cargo.

En el cap. 47 de la II parte, léese: «Oyendo lo cual Sancho, dijo: «—¿Quién es aquí mi secretario?» Y uno de los que presentes estaban, respondió: «—Yo, señor, porque sé leer y escribir, y soy vizcaino.» «—Con esa añadidura,— dijo Sancho, — bien podéis ser secretario del mesmo emperador.»

Ahora bien: sabemos, por la historia, que fueron secretarios, entre otros, en los reinados de Carlos V, Felipe II y Felipe III, los siguientes vizcainos, tal como se entendía entonces esta palabra: D. Alfonso de Idiáquez, D. Juan de Idiáquez, D. Juan de Ibarra, D. Francisco de Idiáquez, D. Martín de Idiáquez, D. Antonio de Aróztegui y D. Juan de Ciriza.

Para no fatigar al lector con enfadosa noticia biográfica, sólo daremos la de estos dos:

«El convento de monjas dominicas de San Sebastián, unido á la parroquia de San Sebastián el antiguo, denominación que se le dió por ser tradición, en aquel país, que allí fué el sitio donde estuvo la primera población de esta ciudad de Guipúzcoa; fundáronle, en el año de 1546, D. Alfonso de Idiáquez, del Consejo de Estado y secretario del emperador Carlos V, comendador de Extremera del orden de Santiago, y su mujer D.ª Engracia de Olazábal. Ambos yacen sepultados en un lado del altar mayor.

Don Juan de Idiáquez, hijo de D. Alfonso, fué secretario de los reyes Felipe II y III, comendador de León, presidente del Consejo de órdenes y embajador cerca de las repúblicas de Génova y Venecia, varón de mucha probidad y arregladas costumbres. Murió en Segovia el 12 de Octubre de 1614, y su cadáver fué trasladado al convento de San Telmo, de San Sebastián, donde des-

Carcajona, príncipe de la Nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas á cuarteles azules, verdes, blancas y amarillas[a], y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado con una letra que dice *Miu*[b], que es el principio del nombre de su dama, que, según se dice, es la sin par Miulina[c], hija del duque[d] Alfeñiquén del

a. ...verdes, blancos y amarillos. Mai. — *b. ...con una letra que dice Miau, que es el principio.* C.$_{1-2}$, L.$_{1-2}$, V.$_{1-2}$, Br.$_{1-2-3}$, Mil., Amb., Ton., A.$_1$, Arg.$_{1-2}$, Benj., FK. — *c. ...es la sin par Miaulina.* Arg.$_{1-2}$, Benj., FK. — *d. ...hija del duque de Alfeñiquén.* A.$_1$, Pell., Arr., Riv., Mai.

cansa en una urna de mármol, al lado de la capilla mayor, enfrente de la de su padre D. Alfonso.»

La alusión á tales personajes es patente. ¿Descúbrese de igual modo que en ese *Micocolembo* se alude, por ejemplo, á D. Bernardino de Velasco? En modo alguno. Habrá, como hay, coincidencias históricas. Los escándalos administrativos, que se iniciaron ya en los días de Felipe II, crecieron, por modo lamentable, en los del duque de Lerma, que convirtió el trono de San Fernando en estampilla de privanza, y que, con tan pernicioso ejemplo, se propagó á los Olivares, Portocarreros, Alberonis, Ursinis, Riperdás y Godoys, para no citar nada contemporáneo.

Volvamos al principio: reconocido, confesado el mal, ¿puede admitirse que satirizara á nuestros reyes, príncipes y magnates quien, llevado de su benignidad, de su indulgencia y cariño, llegó á hacer simpáticos á los galeotes, á Roca Guinarda, y hasta á la misma Maritornes?

4. *...según se dice, es la sin par Miulina, hija del duque Alfeñiquén del Algarbe.* — Si todo ó parte de este capítulo fuese una alusión política, pudiera admitirse la explicación del comentador citado; mas exígese, para que la alusión sea franca, que se pueda calificar de transparente.

La historia de los libros caballerescos nos está diciendo que, aun en aquellos calificados de simbólicos, no ha de buscarse la clave del libro en la riqueza de nombres propios. Hijos del capricho, nacidos de la fantasía del novelista, nada dicen al lector moderno. Por eso desechamos la arbitraria interpretación dada al pasaje que encabeza esta nota:

«El escuálido portuguesiño *Alfeñiquén del Algarbe*, como una gota de agua á otra, se parece al conde de Salinas, marqués de *Alenquer (Alfeñiquén* remeda esta palabra), hijo del príncipe de Éboli, Rui Gómez de Silva. Preciábase el conde de tener elevada silla en el Parnaso español; de castellano en el dominio de la lengua; pero de portugués por naturaleza y derechos heredados (á eso alude lo *del Algarbe*). Felipe III le nombró de su Consejo de Estado de Portugal, y veedor de aquella Hacienda cerca de su real persona, con precedencia á los demás consejeros españoles; y éstos lo llevaron con harta mortificación, precisamente cuando iba á salir á luz la primera parte del *Quijote*. Quizá el marqués, años adelante, sin darse por aludido, ambicionó ganarse, con nobles acciones, el hidalgo corazón del Adán de los poetas, cuando, en 1614 y en el *Viaje del Parnaso*, logró que de él cantase Cervantes:

«Esta verdad, gran *conde de Salinas*,
Bien la acreditas con tus raras obras,
Que en los términos tocan de divinas...»

Algarbe. El otro, que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana, que trae las armas como nieve blancas, y el escudo[a] blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nación francés, llamado Pierres Papín[b], señor de las baronías de Utrique[c]. El otro, que bate las ijadas con los herrados carcaños á aquella pintada y ligera

a. ...y el escudo es blanco. A.$_1$. — *...y el escudo de blanco.* Arr. — *b. ...llamado Pierres Papio.* C.$_1$. — *c. ...señor de las baronías de virique.* L.$_1$.

1. *...carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana.* — Animal robusto, brioso y de grande alzada. En la pintoresca descripción que de los dos ejércitos hace D. Quijote, y supuesto el carácter poético de la misma, sienta bien el nombre del poderoso animal objeto de esta nota, como lo acreditan los siguientes pasajes:

«Sobre una *alfana* pintada
De manchas blancas y negras,
Veloz como el pensamiento
Y hermosa como ligera...»
(Vicente Rodríguez de Arellano. *Romances*, I.)

«Partió Roldán contra mí
En una robusta *alfana;*
Llegamos al choque, y fueron,
Hechas pedazos, las astas
Á buscar fuego á la esfera
Para volver abrasadas.»
(Álvaro Cubillo de Aragón. *Hechos de Bernardo del Carpio*, jorn. II.)

«Sobre una encintada yegua,
Con el bozal de oro fino,
Vióla salir al balcón;
Y con ademán sumiso,
Arrodillando la *alfana*,
Inclinó el penacho altivo.»
(Nicolás Moratín. *Poesías. Romances.*)

«Cuando el valeroso Ylizan
Sobre una fogosa *alfana*
(Regalo de Hacén, alcaide
De Font-Hacén y la Adrada),
Desnudo el nervioso brazo
Y el albornoz á la espalda,
Esgrime la muerte en una
Tunecina cimitarra.»
(Vicente García de la Huerta. *Romance*, II.)

«Ansí el caballero ruando lucido
Acucia ó detiene al *alfana* que monta...»
(L. Moratín. *Poesías.* «*Al príncipe de la Paz.*»)

3. *...es un caballero novel, de nación francés, llamado Pierres Papin, señor de las baronías de Utrique.* — Persuadido de lo inseguro del terreno, no hace, el

cebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso duque de Nervia[a], Espartafilardo[b] del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera, con una letra en castellano que dice así:

a. ...duque de Narbia. Ton. — *b. ...Esparraguilardo.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj.

comentador que refutamos (D. Aureliano F. Guerra), deducciones caprichosas sobre este personaje. Limitase á decir:

«Quiero callar quién puede ocultarse con el disfraz de *Branda-barbarán de Boliche*, señor de las *tres Arabias;* y quién con el del jugador hugonote *Pierres Papin*, señor de las baronías de *Utrique*, aludido por Quevedo en aquella sátira, objeto de escándalo entonces:

«Los que quisieren saber
De algunos amigos muertos,
Yo daré razón de algunos
Porque vengo del infierno.
Allá queda barajando
El que acá sabia más cierto
Á cuántas venia su carta
Que si fuera en el *correo.*»

Al vicio del juego también se debió entregar *Pierres Papin*, señor de las baronías de *Utrique* (Utrecht), á quien supone francés de nación el novelista, para motejarle de poco religioso y mesurado.»

1. *...es el poderoso duque de Nervia, Espartafilardo del Bosque.* — Aun temiendo fatigar al lector, transcribimos las siguientes líneas:

«Y ¿quién seria aquel *Esparta-filardo del Bosque*, poderoso duque de *Nervia;* aquel mozo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, áspero de condición como un *hilo de esparto (Esparta-filardo)*, nacido en el *bosque* ó en las malvas, orillas del Nervión, el antiguo *Nerva* de los autrigones? ¿Quién era ese vizcaino que (como todos los de las tres provincias conocidas bajo la denominación común de Vizcaya) sacaba de tino, para las burlas, á Cervantes? ¿Cómo, en fin, se podia con facilidad *rastrear su suerte*, según la empresa de la esparraguera y letra del escudo? «Como buen vizcaino, tenía por fuerza que ser buen secretario» (*Quijote*, II parte, cap. 47), si damos crédito á Sancho Panza; porque solamente Alarcón, y eso muchos años después de éste, pudo exclamar en el *Examen de maridos:*

«¡Á fe que es del tiempo vario
Efecto bien peregrino
Que, no siendo vizcaino,
Llegase á ser secretario!»

Bien pudo Cervantes, sin temor de equivocarse, *rastrear la suerte* de tan aprovechado mozo. Es de advertir que los vizcainos contaban con un protector imperterrito en D. Alfonso Idiáquez, natural de San Sebastián, primer duque de Ciudad Real, conde de Aramayona, montero mayor del rey, ballestero mayor de Vizcaya, comendador mayor de León, castellano y maestre general de Milán, virrey de Navarra y capitán general de Guipúzcoa; y que entonces llovieron, para el apellido Idiáquez, secretarias, plazas de consejeros y caballerizos mayores, hábitos, obispados, condados, ducados y virreinatos.»

Rastrea mi suerte.» Y desta manera fué nombrando muchos caballeros[a] del uno y del otro escuadrón que él se imaginaba, y á todos les dió sus armas, colores, empresas y motes de improviso, llevado de la imaginación de su nunca vista locura; y, sin parar, prosiguió diciendo: «— Á[b] este escuadrón frontero forman y hacen gentes de diversas naciones: aquí están los que beben[c] las dulces aguas

a. Y desta manera fué nombrando muchos caballeros y gigantes del uno y del otro escuadrón. Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. — *b. ...diciendo: Este escuadrón frontero forman.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. — *c. ...aquí están los que bebian las dulces aguas.* C.$_1$.

1. *Y desta manera fué nombrando muchos caballeros..., y á todos les dió sus armas, colores, empresas y motes.* — Junto al eruditísimo trabajo de D. Aureliano F. Guerra (que, si no convence ni persuade, quedará, sin embargo, en la memoria de los cervantistas como alarde de ingenio), no deben figurar los nombres de los que, juntando en uno el capricho y el desatentado prejuicio, se han echado en brazos de secretas intenciones, de ocultos sentidos, de simbolismos enmarañados, de abstrusas alegorías y aventurados procedimientos, para decirnos, en suma, que Alifanfarón, personificación de lo pasado, caudillo de uno de los dos ejércitos, representa la barbarie de los pueblos asiáticos; que Brandabarbarán, el cual tiene por escudo una puerta (la Sublime Puerta), recuerda, para tan simbólicos comentadores, la grieria de los sarracenos en los combates; que Pentapolin, imagen de la civilización de las cinco potencias cristianas (España, Francia, Italia, Alemania é Inglaterra), se opone denodadamente á sus bárbaros enemigos los infieles; que en Timonel, llamado así porque España llevaba en aquellos días el timón de la política europea, se representa el poderío de nuestra nación; que Pierres Papin, figura del *papa mezquino*, sucesor degenerado del apóstol San Pedro, es señor de las baronías de *Utrique* porque manda en lo temporal y en lo eterno, y que lleva las armas blancas para simbolizar las palabras de paz y de perdón recogidas al pie del Calvario.

Digámoslo sin rebozo: tan enmarañada complicación, sutileza tanta, pregonan la falsedad de tamañas invenciones, para no calificarlo de mentira, que fuera vulgarismo. Seguir dando cabida á tan desvariadas imaginaciones, fuera profanar conscientemente la alta poesía que nos ofrece este cuadro. ¡Cuánto más bello no es decir que se encierra en la narración toda un brillante episodio de las dos epopeyas que corren paralelas en el *Quijote!:* la de la acción real y la que se desarrolla en la mente del héroe: ésta, nacida de la originalidad; aquélla, hija de elementos esparcidos aquí y allá, sin que sea dado fijar cómo y dónde se recogieron.

«La exquisita erudición de Cervantes, y la propiedad con que señala á cada nación su peculiar atributo, — escribe Navarrete, — no son tan agradables como la suavidad de su dicción, que hizo más grata valiéndose de los ríos de nombre sonoro y dulce. Tal es su estilo en esta descripción: semejante á un rio claro y cristalino cuya sesga y mansa corriente está convidando á gozar de la amenidad de sus riberas y de la pureza de sus aguas.

Todos los críticos han celebrado el catálogo de las naves de Homero en la *Iliada*, y la enumeración de los auxilios de Turno en la *Eneida*. El paralelo con la expresada descripción de los ejércitos hace ver que su autor no es menos original y elegante que los poetas griego y latino.»

del famoso Janto[a]; los montuosos[b] que pisan los masílicos campos[c]; los que criban[d] el finísimo y menudo oro en la felice Arabia; los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte[e]; los que sangran por muchas y diversas vías al dorado Pactolo; los númidas, dudosos en sus promesas; los persas, en[f] arcos y flechas famosos[g]; los[h] partos, los medos[i], que pelean huyendo; los árabes, de mudables[j] casas; los citas[k], tan crueles como blancos; los etíopes, de horadados labios; y otras infinitas naciones cuyos rostros conozco y veo[l], aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro escuadrón vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis; los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo; los que gozan las provechosas aguas del divino Genil; los que pisan los tartesios campos, de pastos abundantes; los que se alegran en los eliseos jerezanos prados; los manchegos, ricos y coronados de rubias espigas; los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda; los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente; los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso; los que tiemblan con el frío del silvoso Pirineo y con los

a. ...*famoso Jante.* Br.$_{1\text{-}2}$. = *b.* ...*los montuosos.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}2}$. = *c.* ...*los que pisan los montuosos campos masílicos.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *d.* ...*los que cubren el finísimo.* C.$_1$, L.$_1$, FK. — ...*los que cobren el finísimo.* L.$_2$. = *e.* ...*del claro Termodoante.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}2}$. = *f.* ...*los Persas arcos y flechas.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}2}$. = *g.* ...*flechas famosas.* Br.$_{1\text{-}2}$, FK. = *h.* ...*famosos Partos.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}2}$. = *i.* ...*los Medos, los Partos.* Arg.$_2$. = *j.* ...*los árabes, de mutables casas.* L.$_1$. = *k.* ...*los Scitas.* Mal. = *l.* ...*y otras infinitas naciones cuyos rostros veo.* L.$_2$.

7. ...*los citas, tan crueles como blancos... cuyos rostros conozco y veo.* — Ya se ha dicho: fuera de tres ó cuatro alusiones, bien perceptibles en verdad, no creemos haya simbolismo en el *Quijote*. Lo que no se descubra clara y distintamente en el texto, todo lo que no resulte lógicamente de las palabras de Cervantes, es pura invención, alarde de ingenio ó prejuicio del comentador. ¿Cómo ha de concederse, sin tergiversaciones, que en los fieros scitas estén simbolizados personajes que disfrutaban del poder en los días en que apareció el *Quijote*? Si mereciera crédito tamaña cavilación, debiéramos admitir que el disfrute político les duró muchos lustros, y que el sentido oculto de nuestra primera novela ha de buscarse en los primeros pasos literarios que dió Cervantes, ya que, en 1584, dice, en su *Galatea* (lib. III):

«Ni estar quedo, ó mudarme
A la arenosa Libia,
Ó al lugar donde habita,
El fiero y blanco scita.»

Después de este pasaje, ¿qué queda del *cuyos rostros conozco y veo*? Una prueba más de la arrebatada fantasía ó, para decirlo mejor, de la extraviada mente del Ingenioso Hidalgo.

blancos copos del levantado Apenino; finalmente, cuantos[a] toda la Europa en sí contiene y encierra[b].»

¡Válame Dios, y cuántas provincias dijo, cuántas naciones nombró, dándole á cada una, con maravillosa presteza, los atributos que le pertenecían, todo[c] absorto y empapado en lo que había leído en sus libros mentirosos! Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras, sin hablar ninguna, y de cuando en cuando volvía la cabeza á ver si veía los caballeros y gigantes que su amo nombraba; y[d], como no descubría á ninguno[e], le dijo: «— Señor, encomiendo al diablo,[f] hombre, ni gigante, ni caballero de cuantos vuestra merced dice parece por todo esto; á lo menos yo no los[g] veo: quizá todo debe de[h] ser encantamento, como las fantasmas de anoche.

— ¿Cómo dices eso? — respondió D. Quijote. — ¿No oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines,[i] el ruido de los atambores?

— No oigo otra cosa, — respondió Sancho, — sino muchos balidos de ovejas y carneros.» Y así era la verdad, porque ya llegaban cerca los dos rebaños.

«— El miedo que tienes, — dijo D. Quijote, — te hace, Sancho, que ni veas ni oyas[j] á derechas, porque uno[k] de los efetos del miedo es turbar los sentidos y hacer que las cosas no parezcan lo que son; y, si es que tanto temes, retírate á una parte y déjame solo, que solo basto á dar la vitoria á la parte á quien yo diere mi ayuda.» Y, di-

a. ...*finalmente, cuanto toda la Europa.* Ton. = *b.* ...*en sí contiene y entierra.* Br.$_{1\text{-}2}$. = *c.* ...*todo de absorto.* L.$_2$. = *d.* ...*nombraba como.* L.$_1$. = *e.* ...*no descubría á ninguna.* Br.$_{1\text{-}2}$. = *f.* ...*encomiendo al diablo si hombre, ni gigante.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *g.* ...*á lo menos yo no lo veo.* L.$_1$. = *h.* ...*quizá todo debe ser encantamento.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Ton., Bow., Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj., FK. = *i.* ...*el tocar de los clarines y el ruido de los tambores?* Ton. = *j.* ...*que ni veas ni oigas á derechas.* Amb., Mal. = *k.* ...*porque y no.* C.$_1$.

10. ...*hombre, ni gigante, ni caballero de cuantos vuestra merced dice parece por todo esto.* — Seguimos la opinión de Sancho, aunque en sentido más alto. En verdad, los nombres y apodos de Alifanfarón, de Pentapolín, de Micocolembo, de Laurcalco, de Brandabarbarán, de Alfeñiquén del Algarbe, de Timonel de Carcajona y de Pierres Papín, no encierran alusiones políticas ni acaso burla de personajes menos importantes. No se ha probado que Alifanfarón fuese gaditano, ni que Pierres Papín, naipero giboso, viviera en la calle de las Sierpes. El presidente de la sección de Literatura en el Ateneo de Madrid, el primero que llevó la voz en el Centenario del *Quijote*, no acertó á decir nada más que: «quienes sean estos personajes, no he de ser yo quien lo ponga en claro, que escritores de mayor autoridad han de esclarecerlo.»

Quizá parezca absoluta nuestra afirmación; dejará de serlo si se logra probarlo.

ciendo esto, puso las espuelas á Rocinante, y, puesta la lanza en el ristre, bajó de la costezuela como un rayo.

Dióle voces Sancho, diciéndole: «—¡Vuélvase vuestra merced, señor D. Quijote, que[a] voto á Dios que son carneros y ovejas las[b] que va á embestir! ¡Vuélvase, desdichado del padre que me engendró! ¿Qué locura es esta? Mire que no hay gigante ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros azules ni endiablados[c]. ¿Qué es lo que hace, pecador soy yo á Dios!»

Ni por esas volvió D. Quijote; antes, en altas voces, iba diciendo: «—¡Ea, caballeros, los que seguís y militáis debajo de las banderas del valeroso emperador Pentapolín del Arremangado Brazo! ¡Seguidme todos! ¡Veréis cuán fácilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfarón[d] de la Trapobana!»

Esto diciendo, se entró por medio del escuadrón de las ovejas, y comenzó de alanceallas[e] con tanto coraje y denuedo como si de veras alanceara á sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos, que con la manada venían, dábanle voces que no hiciese aquello; pero[f], viendo que no aprovechaban, desciñéronse las hondas y comenzaron á saludalle[g] los oídos con piedras como el puño.

Don Quijote no se curaba de las piedras, antes, discurriendo á todas partes, decía[h]: «—¿Adónde estás, soberbio Alifanfarón[i]? Vente á mí, que un caballero solo soy que desea de solo á solo probar tus fuerzas y quitarte la vida en pena de la que das al valeroso Pentapolín Garamanta.»

Llegó en esto una peladilla de arroyo, y, dándole en un lado, le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan maltrecho, creyó, sin duda, que estaba muerto ó mal herido[j], y, acordándose[k] de su licor, sacó su alcuza y púsosela á la boca, y comenzó á echar licor en el estómago; mas, antes que acabase de envasar lo que á él le parecía que era bastante, llegó otra almendra, y dióle en la mano y en el[l] alcuza tan de lleno que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres ó cuatro dientes y muelas de la boca, y machucándole[m] malamente dos dedos de la mano. Tal fué el golpe primero, y tal el segundo, que le fué forzoso al pobre caballero dar consigo del caba-

a. ...señor D. Quijote, voto á Dios. L.$_2$. — *b. ...y ovejas los.* Mai. = *c. ...ni entreverados.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *d. ...enemigo Alefanfarón.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}2}$. = *e. ...comenzó de alanceallas.* Mai. = *f. ...petó.* L.$_1$. = *g. ...comenzaron á saludarle.* Mai. = *h. ...todas partes: Adónde estás.* C.$_{1\text{-}2}$, L.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., FK. = *i. ...Alifanfuón.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}2}$. = *j. ...herido.* Mai. = *k. ...y cordándose.* Arg.$_1$. = *l. ...en la alcuza.* Mai. = *m. ...y machacándole.* A.$_2$, Arr., Cl., Riv., Gasp.

llo abajo. Llegáronse á él los pastores, y creyeron que le habían muerto; y, así, con mucha priesa, recogieron su ganado y cargaron de las reses[a] muertas, que pasaban de siete, y, sin averiguar otra cosa, se fueron.

Estábase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta mirando las locuras que su amo hacía, y arrancábase las barbas, maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se le[b] había dado á conocer. Viéndole, pues, caído en el suelo, y que ya los pastores se habían ido, bajó de la cuesta y llegóse á él, y hallóle de muy mal arte, aunque no había perdido el sentido, y díjole: «—¿No le decía yo, señor D. Quijote, que se volviese, que los que iba á acometer no eran ejércitos, sino manadas de carneros?

—¡Cómo eso puede desparecer[c] y contrahacer aquel ladrón del sabio mi enemigo[d]! Sábete, Sancho, que es muy fácil cosa á los tales hacernos parecer lo que quieren; y este maligno[e] que me persigue, envidioso de la gloria que vió que yo había de alcanzar desta batalla, ha vuelto los escuadrones de enemigos en manadas de ovejas. Si no, haz una cosa, Sancho, por mi vida, por que te desengañes y veas ser verdad lo que te digo: sube en tu asno y síguelos bonitamente, y verás cómo, en alejándose de aquí algún poco, se vuelven en su ser primero, y, dejando de ser carneros, son hombres hechos y derechos como yo te los pinté primero... Pero no vayas

a. ...y cargáronse de las reses. Ton. — *...y cargaron las reses.* Cl., Riv. — *...y cargaron con las reses.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *b. ...la fortuna se lo.* Mai. = *c. ...eso puede desaparecer.* Riv., Gasp., Arg.$_4$. = *d. ...enemigo, respondió D. Quijote, sábete.* Ton. = *e. ...y este maglimo.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton.

10. «*—¿No le decía yo, señor D. Quijote, que se volviese, que los que iba á acometer no eran ejércitos, sino manadas de carneros?*—Si las peladillas del arroyo disparadas con honda villana no tuvieron poder bastante para que el caballero volviese del profundo sueño de la ilusión, con todo y haberle sepultado dos costillas en el cuerpo, arrancado de sus alvéolos tres ó cuatro dientes y muelas, machacándole de paso dos dedos de la mano, ¿cómo había de ser parte á que el pobre enfermo tornara al mundo de la realidad por la simple reconvención de Sancho? ¡Oh fuerza de la fantasía recalentada por la ilusión! ¡A cuántos no sugestionas con tu mágico poder!

19. *...sube en tu asno y síguelos bonitamente, y verás cómo, en alejándose de aquí algún poco, se vuelven en su ser primero, y, dejando de ser carneros, son hombres hechos y derechos como yo te los pinté primero.*—«Rasgo, este último, tan acorde con la verdad, tan á cuento traído y con tanta soltura trazado, que, aun si fuese obra de un frenópata, valdríale el más entusiástico palmoteo de sus colegas, pues realmente le honraría, acreditando de consumada su pericia y de felicísimo su ingenio.» (Pi y Molist. *Primores del Quijote*, pág. 337.)

ahora[a], que he menester tu favor y ayuda[b]: llégate á mí, y mira cuántas muelas y dientes me faltan, que me parece que no me ha quedado ninguno[c] en la boca.»

Llegóse Sancho tan cerca que casi le metía los ojos en la boca; y fué á tiempo que ya había obrado el bálsamo en el estómago de D. Quijote, y, al tiempo que Sancho llegó á mirarle[d] la boca, arrojó de sí, más recio que una escopeta, cuanto dentro tenía, y dió con todo ello en las barbas del compasivo escudero.

«—¡Santa María!—dijo Sancho.—Y ¿qué es esto que me ha sucedido? Sin duda este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca.» Pero, reparando un poco más en ello, echó de ver, en la[e] color, sabor y olor, que no era[f] sangre, sino el bálsamo de la alcuza que él le[g] había visto beber; y fué tanto el asco que tomó, que, revolviéndosele[h] el estómago, vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perlas. Acudió Sancho á su asno para sacar de las alforjas con que limpiarse y con que curar á su amo; y, como no las halló, estuvo á punto de perder el juicio. Maldíjose de nuevo, y propuso en su corazón de dejar á su amo y volverse á su tierra, aunque perdiese el salario de lo servido y las esperanzas del gobierno de la prometida ínsula.

Levantóse en esto D. Quijote, y, puesta la mano izquierda[i] en la boca por que no se le acabasen de salir los dientes, asió[j] con la otra las riendas de Rocinante, que nunca se había movido de junto á su amo (tal era de leal y bien acondicionado), y fuése adonde su escudero estaba, de pechos sobre su asno, con la mano en la mejilla, en guisa de hombre pensativo además; y, viéndole D. Quijote de aquella manera con muestras de tanta tristeza, le dijo: «—Sábete, Sancho, que no es un hombre más que otro si no hace más que otro. Todas estas borrascas que nos suceden son señales de que presto ha de serenar el tiempo y han de sucedernos bien las cosas, porque no es posible que el mal ni el bien sean durables; y de aquí se sigue

a. ...*ayora*. Br.$_{1\text{-}2}$. = *b.* ...*he menester tu ayuda y favor*. A.$_1$, Pell., Arr. = *c.* ...*quedado ninguna*. Arg.$_2$. = *d.* ...*llegó á mirar*. Amb., Ton. = *e.* ...*en color*. L.$_2$. = *f.* ...*que no era todo sangre*. Arg.$_2$. = *g.* ...*que él habia visto beber*. Br.$_2$. = *h.* ...*que, revolviéndose el estómago*. Gasp. = *i.* ...*y, puesta la una mano en la boca*. L.$_1$. = *j.* ...*los dientes y con la otra las riendas*. L.$_1$.

30. ...*porque no es posible que el mal ni el bien sean durables*. — Dicho popular henchido de esperanza en la Providencia, y una como fórmula de concordia entre la libertad humana y el cuidado que Dios tiene del hombre.

Otro es su lenguaje cuando, llegado á las fronteras de la razón, se le oyen estas palabras de resignación cristiana: «Lo que te sé decir es que no hay

que, habiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca. Así que no debes congojarte por las desgracias que á mí me suceden, pues á ti no te cabe parte dellas.

—¿Cómo no?—respondió Sancho.—¿Por ventura el que ayer[a] mantearon era otro que el hijo de mi padre? Y las alforjas que hoy[b] me faltan, con todas mis[c] alhajas, ¿son de otro que del mismo?

—¿Que te faltan las alforjas, Sancho?—dijo D. Quijote.

—Sí que me faltan,—respondió Sancho.

—Dese modo no tenemos qué comer hoy,—replicó D. Quijote.

—Eso fuera,—respondió Sancho,—cuando faltaran por estos prados las hierbas (que vuestra merced dice que conoce) con que suelen suplir semejantes faltas los tan malaventurados caballeros andantes[d] como vuestra merced es.

—Con todo eso,—respondió D. Quijote,—tomara yo ahora más aína un cuartal de pan[e], ó una hogaza y dos cabezas de sardinas

a. ...*el que allá mantearon*. Arg.$_{1\text{-}2}$. = *b.* *Y las alforjas que aquí me faltan*. Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *c.* ...*con todas mil alhajas*. Br.$_{1\text{-}2}$, — ...*con todas mas alhajas*. Amb. = *d.* ...*los tan mal aventurados andantes caballeros*. C.$_1$, L.$_{1\text{-}2}$, Arg.$_2$, Mal., FK. = *e.* ...*un cuartel de pan*. Riv., Gasp., FK. — ...*un cuartal pan*. C.$_2$.

fortuna en el mundo, ni las cosas que en él suceden, buenas ó malas que sean, vienen acaso, sino por particular providencia de los cielos; y de aquí viene lo que suele decirse, que cada uno es artífice de su ventura.»

15. ...*tomara yo ahora más aína un cuartal de pan*. — Ni el venerable Granada, ni el P. Mariana, ni otros graves escritores, se desdeñaron de admitir en sus obras la voz *aína*, notada de vulgarismo en el *Diccionario* de Terreros. No nos toca hacer su apología, ni pretendemos se le dé entrada en el estilo moderno; pero si consignamos que, por su aire popular, por la fuerza de su expresión y por la riqueza de significaciones, es un adverbio que nos place oirle á D. Quijote.

Por las citas que van á continuación se ve que hasta en un mismo pasaje puede recibir varios sentidos, siendo los principales *bien, muy bien, fácilmente, aprisa, pronto, temprano*, etc.:

«El diablo en esto balle non sentido,
Ovo un mal conseio *aína* bastecido.»
(Berceo. *Vida de Santo Domingo*, copla 164.)

«Riqueza deseo; pero quien torpemente sube á lo alto, más *aína* cae que subió.» (*La Celestina*, acto I.)

«—Yo me parto para él, si licencia me dáis.
—Mientras más *aína* la hubieras pedido, más de grado la hubieras recaudado.» (*La Celestina*, acto IV.)

«Yo le dije: —Tío, el arroyo va muy ancho: mas, si queréis, yo veo por donde atravesemos más *aína* sin nos mojar.» (*Lazarillo de Tormes*, trat. I.)

arenques, que cuantas hierbas describe Dioscórides, aunque fuera el ilustrado por el doctor Laguna. Mas, con todo esto, sube en tu jumento, Sancho el bueno, y vente tras mí; que Dios, que [a] es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar (y más andando tan en su servicio como andamos), pues no falta á los mosquitos del aire, ni á los gusanillos de la tierra, ni á los renacuajos del agua, y

a. ...que Dios es provedor de todas las cosas. L.$_2$.

«El que agora es niño de teta, súbitamente se hace muchacho, y el muchacho se hace mozo, y el mozo muy *aina* llega á la vejez, y primero se halla viejo que se maravilla de ver cómo ya no es mozo.» (Fr. Luis de Granada. *Compendio de la Doctrina espiritual*, cap. 4.)

«Y á mí despertó para que con el pequeño ingenio y erudición que alcanzo acometiese á escribir esta historia, más *aina* con intento de volver por la verdad y defendella que con pretensión de honra ó esperanza de algún premio.» (P. Mariana. *Historia de España*, lib. I, cap. 1.)

«Yo creeria más *aina* que aquella gente tomó el apellido de «morgetes» de las ciudades donde moraban en España y de donde la sacaron para llevarla en Italia, pues consta que en la Bética, hoy Andalucía, hubo dos pueblos llamados Murgis.» (P. Mariana. *Historia de España*, lib. I, cap. 10.)

«Yo estoy determinado de mirar más *aina* lo que es justo se ponga por escrito y lo que va conforme á las leyes de la historia, que lo que haya de agradar á nuestra gente.» (P. Mariana. *Historia de España*, lib. I, cap. 10.)

«Por una parte quiere despertalla
Porque de verle goce más *aina;*
Por otra, le parece cosa indina
De aquella tan serena faz turballa;
Razones por entrambas partes halla,
Y así, suspenso, no se determina.»

(Lic. Osa. *Arauco domado*, canto XIV.)

«Y, aunque el rey era de tierna edad, respondió asaz discretamente: — Don Francés: un refrán tenés en Castilla que dice que por mucho madrugar no amanece más *aina*.» *(Crónica de Don Francesillo de Zúñiga.)*

1. *...cuantas hierbas describe Dioscórides, aunque fuera el ilustrado por el doctor Laguna.* — «Andrés Laguna nació en Segovia el año 1499. Estudió latín en Segovia, dialéctica en Salamanca, griego y medicina en París: siendo estudiante tradujo del griego al latín la *Fisonomía*, de Aristóteles (1535). En el mismo año publicó su *Methodus anatomica*, y después la traducción latina de dos libros de Galeno *(Galeni, de Urinis)*.

En 1536 regresó á España con gran reputación, por lo cual obtuvo una cátedra en la Universidad de Alcalá, donde tradujo del griego al latín y publicó dos diálogos de Luciano y el libro *De Mundo*, de Aristóteles.

Carlos V le llamó á Toledo en 1539, para que asistiese á la emperatriz en su parto. Graduóse de doctor en Toledo en el mismo año, y siguió la corte del emperador á Gante, donde se dedicó á traducir en lengua latina la filosofía de Galeno.

es tan piadoso que hace salir su sol sobre los buenos y los [a] malos, y llueve sobre los injustos y justos [b].

— Más bueno era vuestra merced, — dijo Sancho, — para predicador [c] que para caballero andante.

— De todo sabían y han de saber los caballeros andantes, Sancho, — dijo D. Quijote; — porque caballero andante hubo en los pasados siglos que así se paraba á hacer un sermón ó plática en mitad de un campo [d] real como si fuera graduado por la Universidad

a. ...buenos y malos. L.$_2$, Br.$_3$, Amb., Ton., A.$_{1\text{-}3}$, Arr., Cl., Riv., Gasp. = *b. ...y llueve sobre los justos y injustos.* Arg.$_2$. — *...y llueve sobre los injustos y los justos.* Benj. = *c. ...para predicar.* Arr. = *d. ...á hacer un sermón ó plática en mitad de un camino real.* Ton., Gasp., Arg.$_{1\text{-}3}$, Benj.

En 1540 pasó á Metz, donde, con su elocuencia, procuró con feliz éxito apaciguar los ánimos alterados por las discordias religiosas; y en 1542, con un valor heroico, fué el ángel de consuelo para aquellos naturales en medio de la desoladora peste que los diezmaba.

Teniendo de pasar á Colonia, los habitantes de Metz, agradecidos, querían impedir su partida; pero al fin cedieron mediante el juramento, que Laguna les hizo, de volver á visitarlos dentro de tres meses, lo cual cumplió.

En Colonia tradujo del italiano al latín una obra sobre varios sucesos acaecidos recientemente en Constantinopla, así como la de las plantas de Aristóteles.

La Universidad de Colonia le rogó orase en público para consuelo de la república en medio de las guerras de todo género que asolaban á Europa. Á las siete de la noche del 22 de Enero de 1545 pronunció una magnífica oración latina en la Universidad, colgada de negros paños, y con un túmulo cercado de hachas en la sala principal.

Trasladóse á Metz, donde enfermó á consecuencia de sus graves y continuos estudios.

Pasó más tarde á Roma, donde el papa Paulo III le nombró *soldado de San Pedro, caballero de la espuela de oro y conde palatino*, y donde se dedicó á la enseñanza pública. Julio III lo nombró su médico de cámara.

En Roma concluyó su traducción castellana y comento del *Dioscórides*, que lo ha hecho famoso.

Pasó á Amberes en 1555, en tiempo de peste, donde trabajó cuanto pudo en bien de la humanidad. En ese mismo año, y en Amberes también (en casa de Juan Latio), imprimió el *Dioscórides*, edición sumamente rara. Las más conocidas son las de Salamanca en 1566 y 1568, así como la de Valencia de 1636. También tradujo en castellano *Las cuatro catilinarias* (Amberes, 1557).

Murió Laguna en Segovia el año 1560.

De sus poesías sólo se conserva impresa la *Invectiva á la parra*, obrita ingeniosa y de una suavidad de estilo encantadora.» (Adolfo de Castro. *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII*, t. II, pág. 75.)

7. *...que así se paraba á hacer un sermón ó plática en mitad de un campo real como si fuera graduado por la Universidad de París.* — Observa Clemencin: «En la edición de Londres de 1738 se corrigió *en mitad de un camino real;* y, si bien

de París: de donde se infiere que nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza.

— Ahora bien, sea así como vuestra merced dice, — respondió Sancho. — Vamos ahora de aquí, y procuremos donde alojar esta noche; y quiera Dios que sea en parte donde no haya mantas ni

lo reflexionamos, es menester confesar que la corrección es plausible, y que suena mejor que lo que se halla en las demás ediciones; porque ¿qué quiere decir *campo real?*»

El sutilísimo Escoto del cervantismo (1) opone, al reparo que precede, lo siguiente:

«Si, porque suena mejor, admite el comentador la corrección, ó no la desaprueba, muy fácil le hallamos; si es porque no entiende el pensamiento del autor á causa de la expresión *un campo real*, lo mejor es lo que ha hecho: dejarlo así hasta que otro lo entienda mejor. Si el autor hubiera querido decir un camino real, como supone la edición de Londres, ¿qué necesidad había de que el predicador hubiese sido un graduado en una Universidad célebre? ¿No es cualquiera predicador de aldea bastante para hacer una plática en un camino real? El comentador pregunta qué quiere decir *un campo real*. En primer lugar, un *campo*, según el Diccionario de la lengua, significa también *un ejército acampado ó en disposición de pelear;* y nosotros decimos que, sin inconveniente, puede tomar la calificación de *real* cuando en él se hallan reyes y príncipes, como se hallaban en el que acababa de ver D. Quijote, entre otros Pentapolín, rey de los garamantas, y Timonel de Carcajona, príncipe de la Nueva Vizcaya. En presencia de estos ó semejantes personajes era cuando se hubiera necesitado que el caballero andante predicador fuese cual un doctor graduado en la Universidad de París.»

Aun nos queda un escrúpulo: el *pararse* en medio de *un camino*, ¿no es más común y ordinario que el *pararse* en medio de *un campo real?* Que los caballeros predicasen á las tropas acaudilladas por un rey, no es absurdo en manera alguna; mas, el *pararse*, ¿no indica ir de *camino?*

1. *...nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza.* — «Si tratáredes de capitanes valerosos, el mismo Julio César os prestará á sí mismo en sus *Comentarios*», dijo, por boca de un su amigo, el que á los laureles de Lepanto unía la inmarcesible corona de príncipe de los escritores. Largo es, así en la antigüedad como en los tiempos modernos, el catálogo de los que con igual gloria desenvainaban la espada que tomaban la pluma. Hablando Ercilla de sus trabajos en la defensa del fuerte de Penco, escribió:

«La regalada cama en que dormía
Era la húmida tierra empantanada,
Armado siempre y siempre en ordenanza,
La pluma ora en la mano, ora la lanza»;

(*Araucana*, parte II, canto XX.)

y Garcilaso, en la égloga dirigida á la condesa de Ureña, había dicho:

«Entre las armas del sangriento Marte...
Hurté de tiempo aquesta breve suma,
Tomando ora la espada, ora la pluma.»

(1) JUAN CALDERÓN. *Cervantes vindicado*, pág. 62.

manteadores, ni fantasmas ni moros encantados; que, si los hay, daré al diablo el hato y el garabato.

— Pídeselo tú á Dios, hijo[a], — dijo D. Quijote, — y guía tú por[b] donde quisieres, que esta vez quiero dejar á tu elección el alojarnos. Pero dame acá la mano, y atiéntame[c] con el dedo, y mira bien cuántos dientes y muelas me faltan deste lado derecho de la quijada alta, que allí siento el dolor.»

Metió Sancho los dedos, y, estándole atentando[d], le dijo:

«— ¿Cuántas muelas solía vuestra merced tener en esta parte?

— Cuatro, — respondió D. Quijote, — fuera de la cordal, todas enteras y muy sanas.

— Mire vuestra merced bien lo que dice, señor, — respondió[e] Sancho.

— Digo cuatro, si no eran cinco, — respondió D. Quijote; — porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caído, ni comido de neguijón ni de reuma, alguna.

— Pues en esta parte de abajo, — dijo Sancho, — no tiene vuestra merced más de dos muelas y media; y en la de arriba, ni media ni ninguna, que toda está rasa como la palma de la mano.

— ¡Sin ventura yo! — dijo D. Quijote oyendo las tristes nuevas que su escudero le daba, — que más quisiera que me hubieran derribado un brazo, como no fuera el de la espada. Porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho más se ha de estimar un diente que un diamante; mas á todo esto estamos sujetos los que profesamos la estrecha orden de la

a. Pídeselo tú á Dios, dijo D. Quijote. L.$_2$. = *b. ...y guía tú donde quisieres.* PELL. = *c. ...y tiéntame.* ARG.$_1$, BENJ. = *d. ...y, estándole tentando.* C.$_{1\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}3}$, BOW. — *...y, estándolo atentando.* MAI. = *e. ...replicó Sancho.* TOR.

22. *Porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra.* — Conocedor hasta de los preceptos menudos de la técnica clásica, nuestro escritor, no obstante, sin darse cuenta de ello, sin buscarlo deliberadamente, sin pretensiones académicas, se vale de todos los recursos de la retórica; y esa especie de paronomasia, según el lenguaje hinchado de las aulas, Cervantes la emplea con singular donosura: «...en mucho más, — escribe, — se ha de estimar *un diente* que *un diamante*». No de otro modo que Santa Teresa dijo, ennobleciendo la figura: «La verdad *padece*, pero no *perece*»; y á la manera del escritor moderno, cuya sentencia sintetiza el pensamiento de los católicos en este punto: «El Renacimiento debió ser la *Grecia* en *gracia* de Dios». La higiene de la boca, según el ampuloso nombre que hoy tiene, no era totalmente desconocida entre nuestros mayores: la comparación de *la boca sin muelas es como molino sin piedra*, vale por todo un tratado de higiene, y ella es confirmación de lo arriba asentado.

caballería. Sube, amigo, y guía, que yo te seguiré al paso que quisieres.»

Hízolo así Sancho, y encaminóse hacia donde le pareció que podía hallar acogimiento sin salir del camino real, que por allí iba muy seguido. Yéndose, pues, poco á poco, porque el dolor de las quijadas de D. Quijote no le dejaba sosegar ni atender á darse priesa, quiso Sancho entretenelle y divertille [a] diciéndole alguna cosa; y, entre otras que le dijo, fué lo que se dirá en el siguiente capítulo.

a. ...quiso Sancho entretenelle y divertirle diciéndole. C.$_{2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}3}$, BR.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, MIL., AMB., TOR., A.$_{1\text{-}3}$, BOW., PELL., ARR., CL., RIV., GASP., ARG.$_{1\text{-}3}$, BENJ. — *...quiso Sancho entretenerle y divertirle diciéndole.* MAI.

4. *...sin salir del camino real, que por allí iba muy seguido.* — Aquí, esta última palabra, vale tanto como *muy derecho*.

CAPÍTULO XIX

De las discretas razones que Sancho pasaba [a] con su amo, y de la aventura que le [b] sucedió con un cuerpo muerto con otros acontecimientos famosos

PARÉCEME, señor mío, que todas estas desventuras que estos días nos han sucedido, sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por vuestra merced contra la orden de su [c] caballería,

a. ...Sancho pasó con su amo. ARG.$_{1\text{-}3}$, BENJ. = *b. ...aventura que les sucedió.* ARG.$_3$. = *c. ...contra la orden de caballería.* L.$_1$, GASP., ARG.$_3$.

Á las locas aventuras de la edad caballeresca sucedieron aquí, si el vocablo no ha de sonar á profanación, otras andanzas: las andanzas, para citar una, de la reforma carmelitana. En ella, una heroína de ardiente misticismo y un poeta eximio enamorado del ascetismo, riñeron batallas con los partidarios del *statu quo*, con los mitigados. En el fragor del combate cayó herido, para no tornar á la vida, el esforzado San Juan de la Cruz. Sobre su muerte, acaecida en 1591, y sobre la traslación de sus restos desde Úbeda á Segovia, verificada muy en breve, se oyeron peregrinos comentarios. Y Cervantes, á quien se pueden aplicar, aunque dichos con distinto propósito, estos versos de Tirso de Molina (1):

«¿Hay sucesos semejantes?
Cuando los llegue á saber
Madrid, los ha de poner
En sus novelas Cervantes»,

puso en su *Don Quijote* la tan discutida traslación del venerando fraile, sirviéndole para ello, como de boceto y dato sugestivo, las versiones que á la sazón corrían por Andalucía; y de tal suerte finge, de tal manera mezcla lo falso con

(1) *El castigo del penseque*, acto I, esc. X.

no habiendo cumplido el juramento que hizo de no comer pan á manteles ni con la reina folgar, con todo aquello que á esto se sigue y vuestra merced juró de cumplir, hasta quitar aquel almete de Malandrino[a], ó como se llama el moro, que no me acuerdo bien.

— Tienes mucha razón, Sancho, — dijo D. Quijote. — Mas, para decirte verdad, ello se me había pasado de la memoria, y también puedes tener por cierto que, por la culpa de no habérmelo tú acordado en tiempo, te sucedió aquello de la manta; pero yo haré la enmienda, que modos hay de composición, en la orden de la[b] caballería, para todo.

a. ...de Melandrino. FK. = *b. ...en la orden de caballería.* MAI.

lo verdadero, como diría Horacio (1), que en el sencillo artificio de su narración, en las incorrecciones mismas del lenguaje y estilo, descúbrese algo misterioso, que hace de este episodio, con ser tan gallardos los que lucen en ella, uno de los más frescos é interesantes de su inmortal producción.

Línea 1. *...no habiendo cumplido el juramento que hizo de no comer pan á manteles ni con la reina folgar.* — Ya quedan explicadas ampliamente en el t. I, pág. 225 y 226, estas dos últimas frases, que parecen solicitar comentario para quien por primera vez tropiece con ellas.

Menéndez y Pelayo lo ha dicho: la gravedad cómica del comentario de Clemencin es patente. Saliendo á la defensa de D. Quijote, se revuelve contra Sancho por acusar á su amo de no haber cumplido el juramento de *hacer la vida que hizo el grande marqués de Mantua cuando juró de vengar la muerte de su sobrino Valdovinos, que fué de no comer pan á manteles, ni con su mujer folgar.*

En las atinadas observaciones de Henry Edward Watts, que acompañan á su magnífica versión inglesa (2), leemos, en lo que toca á este punto, las siguientes palabras:

«Clemencin, no teniendo en cuenta el lenguaje irónico de Sancho, observa gravemente que, desde la emisión del voto que hizo D. Quijote y del cual habla Sancho (cap. 10), la historia no dice que lo haya violado en cosa alguna: no se había sentado á la mesa para comer, no se había peinado la cabellera, ni mudado la ropa, ni entrado en habitación, ni hecho cosa alguna de las que su modelo, el marqués de Mantua, había jurado no hacer. En cuanto á esto, tampoco dice la historia que D. Quijote hubiese *holgado con su reina*, á no ser que el casual encuentro con Maritornes entre en los términos de este voto. Por lo que toca á D. Quijote, el tomar en serio lo de Sancho está en harmonía con su carácter.»

8. *...pero yo haré la enmienda, que modos hay de composición, en la orden de la caballería, para todo.* — Sea nuevo argumento de que jamás abandonó á Cervantes la musa de la discreción el que prestan las palabras arriba transcritas.

(1) *Ità mentitur, sic veris falsa remiscet,*
Primo ne medium, medio ne discrepet imum.
(Epístola *Ad Pisones*, v. 151 y 152.)

(2) *The Ingenious Gentleman Don Quixote of la Mancha*, vol. II, pág. 249.

— Pues ¿juré yo algo, por dicha? — respondió Sancho.

— No importa que no hayas jurado, — dijo D. Quijote. -- Basta que yo entiendo que de participantes[a] no estás muy seguro, y, por sí ó por no, no será malo [b] proveernos de remedio.

a. ...participante. ARG.$_1$, BENJ., FK. = *b. ...malo de provecernos.* TOR.

Cierto: no consiente un libro profano, una obra de pasatiempo, la sin par novela, el austero lenguaje del *Manual de Derecho eclesiástico;* por lo cual, huyendo del tecnicismo canónico, impropio de una obra poética, en vez de *bula de composición,* que pudiera muy bien haber dicho, escribe: *modos hay de composición en la orden de la caballería.* Con estas palabras se alude delicadamente á la facultad otorgada por el Sumo Pontífice al Comisario de la Santa Cruzada á fin de que, mediante la limosna que al efecto señale, admita á *composición,* sólo en el fuero de la conciencia, sobre lo injustamente habido, con tal de que los dueños no hayan podido encontrarse, después de las diligencias oportunas; que los deudores hayan prestado juramento, asegurando haber practicado aquellas diligencias; y que no hayan quitado, defraudado ó injustamente adquirido en la confianza de esta composición.

Sin duda, por analogía, y refiriéndolo á cuestiones de muy distinto linaje, llamamos hoy, por modernismo, *fórmula para resolver el conflicto* á lo que, en la materia antes indicada, se dice *bula de composición.*

2. *— No importa que no hayas jurado, — dijo D. Quijote. — Basta que yo entiendo que de participantes no estás muy seguro, y, por sí ó por no, no será malo proveernos de remedio.* — Excomunión de *participantes* es aquella en que incurren los que tratan con el excomulgado declarado ó público.

Para acallar sus escrúpulos, las personas timoratas solicitaban bulas de absolución por la parte que pudiera tocarles de la excomunión. Temiendo D. Quijote que también Sancho hubiese participado de la infracción del juramento, dice con la mayor gravedad: *por sí ó por no, no será malo proveernos de remedio.*

En tiempos de fe, como lo fueron los en que escribían nuestros clásicos, no ha de sorprender que, imbuídos en las doctrinas y prácticas de la Iglesia, se valieran del lenguaje de ésta aun para el donaire, que en ellos no envolvía irreverencia.

Veamos esotros ejemplos:

«Mas, cuando el doctor supo cierto haber sido yo solo el autor de su pesadumbre, de tal manera se volvió contra mí, que partía con los dientes las palabras, no acertando á pronunciarlas de coraje; quisiera levantarse á darme mil mojicones y cabezadas, empero no lo dejaron; y, faltándole todo género de venganza, no pudiendo con otra que la sola lengua, la soltó en decirme cuantas palabras feas á ella le vinieron, de que hice poco caso, antes le ayudaba diciéndole que me dijese. Desto se enojaba más, ver que de todo me burlaba, que fué causa que la soltase demasiadamente; *porque, como excomunión, iba tocando á participantes,* y casi, y aun sin casi, si mi amo no lo atajara (viendo la polvareda que suele un colérico necio levantar á veces, con que deja obligados á muchos en mucho), pasara el negocio á malos términos.» (1)

(1) *Aventuras y vida de Guzmán de Alfarache,* parte II, lib. I, cap. 4.

— Pues, si ello es así, — dijo Sancho, — mire vuestra merced no se le torne á olvidar esto como lo del juramento: quizá les[a] volverá la gana á las fantasmas de solazarse otra vez conmigo, y aun con vuestra merced si le ven tan pertinaz.»

En estas y otras pláticas, les[b] tomó la noche en mitad del camino, sin tener ni descubrir dónde aquella noche se recogiesen; y lo que no había de bueno en ello era que perecían[c] de hambre, que[d] con la falta de las alforjas les faltó toda la despensa[e] y matalotaje; y, para acabar de confirmar esta desgracia, les sucedió una aventura que, sin artificio alguno, verdaderamente lo parecía, y fué que la

a. ...quizá los volverá. AMB. — *...quizá le volverá.* RIV. = *b. ...los tomó.* ARR. = *c. ...parecían.* V.$_{1\text{-}2}$, BR.$_2$. = *d. ...porque con la falta.* TON. = *e. ...dispensa.* BR.$_2$.

Ponderando Quevedo (1) la miseria de un pupilaje, dice así:

«Comieron una comida eterna sin principio ni fin; trajeron caldo en unas escudillas de madera, tan claro que, en comer una dellas, peligraba Narciso más que en la fuente... Decía Cabra á cada sorbo: «—Cierto que no hay cosa como la olla, digan lo que dijeren; todo lo demás es vicio y gula...» Venía un nabo aventurero á vueltas, y dijo el maestro: «—¿Nabos hay? No hay para mí perdiz que se le iguale. Coman, que me huelgo de vellos comer.» Repartió á cada uno tan poco carnero, que, en lo que se les pegó á las uñas y se les quedó entre los dientes, pienso que se consumió todo, dejando descomulgadas las tripas de *participantes*. Cabra los miraba, y decía: «—Coman, que mozos son, y me huelgo de ver sus buenas ganas.» (Mire vuesa merced qué buen aliño para los que bostezaban de hambre.)»

9. *...les sucedió una aventura que, sin artificio alguno, verdaderamente lo parecía.* — Trasladémonos, en alas de la imaginación, á los últimos días de la centuria décimasexta; visitemos los ahora célebres lugares en que vivió y escribió el solitario reformador del *Carmelo*, el poeta lírico cuyas *Canciones* dirianse entonadas por ángeles más bien que por un hombre; y Fontiveros, Medina del Campo, Ávila, Granada, Baeza, Duruelo, Segovia, Pastrana, Úbeda, nos dirán, hoy mismo, que aun no se ha dejado morir el recuerdo de que por allí pasó, de que allí estuvo, de que en esta última ciudad murió, Fr. Juan de la Cruz; recuerdo tan vivo en los días en que se escribió la primera parte del *Quijote*, que conmovía y agitaba fuertemente á la más austera de las ciudades castellanas, á la humilde Segovia, y á la más religiosa y morigerada de las ciudades andaluzas, á la, fuera de este caso, pacífica Úbeda; porque ésta y aquélla, acreditando así el amor y reverencia que tenían á Fr. Juan, se mostraban solícitas, mejor dicho, codiciosas por conservar en su seno los restos mortales del que, después de haber sufrido, con ejemplar mansedumbre, injusta é inhumana persecución, había bajado al sepulcro, en hábito de limosna y llorado por todo un pueblo, el 14 de Diciembre de 1591.

Ahora bien: para acabar de desvanecer las prevenciones de los Benjumeas y demás comentadores *esotéricos;* para que se persuada el lector de que sólo á

(1) *Historia de la vida del buscón llamado Don Pablos.* «Biblioteca Rivadeneyra», t. XXIII, lib. I, cap. 3.

noche cerró con alguna escuridad[a]; pero con todo esto caminaban, creyendo Sancho que, pues aquel camino era real, á una ó dos leguas de buena razón hallaría[b] en él[c] alguna venta. Yendo, pues,

a. ...con alguna oscuridad. MAL., FK. = *b. ...de buena razón hallarían.* V.$_{1\text{-}2}$, BR.$_2$, MIL., AMB., TON. = *c. ...hallaría en alguna venta.* BOW.

San Juan de la Cruz pueden y deben aplicarse las palabras de Cervantes: *les sucedió una aventura que, sin artificio alguno, verdaderamente lo parecía;* para llevar al ánimo de todos la convicción de que la fábula del *Quijote* casi deja de serlo en este capítulo, á fin de convertirse poco menos que en narración histórica; véase lo que escribe el más diligente, el más ilustre de los biógrafos (1) de San Juan de la Cruz. Pero hase de advertir antes que, si la novela acciona demasiado cerca de la historia, raras veces deleita; si se aleja de ella, la desfigura, sin llegar siquiera á ser un producto puro de la imaginación; y que, con todo eso, la excepción de la regla es, en el presente caso, un triunfo del novelista. Recogiendo tradiciones impregnadas de lo maravilloso, dice así:

«No impidió la pobreza de la mortaja que dos religiosos le viesen con el hábito de su orden cubierto de lama de oro y sembrado de estrellas; y, no obstante la lobreguez de la sepultura, de ella salía todas las noches una brillante luz, anunciando la gloria del que allí estaba enterrado. Doña Clara de Benavides oraba junto á la sepultura. Siguiendo su ejemplo, nadie se atrevió á pisar encima, y se le puso un cerco de hierro para evitar el que se pisara inadvertidamente.

Las campanas de todos los conventos de carmelitas y las frases más elocuentes del doctor Becerra iban esparciendo en todas direcciones la infausta nueva; pero ninguna ciudad se conmovió tanto como la de Segovia. Creyéronse los segovianos con más derecho que los habitantes de Úbeda á poseer el cuerpo de San Juan de la Cruz, y no se descuidó D.ª Ana de Peñalosa en sacar del Consejo Real y del Vicario general órdenes para trasladarlo en secreto, temiéndose algunas alteraciones. En 1592 vinieron á Úbeda comisionados al intento, encargaron al prior el mayor sigilo, le mostraron las órdenes que traían y abrieron la sepultura. Percibieron una celestial fragancia; el cadáver estaba fresco y entero; los tres dedos con que escribía, transparentes. Hicieron una herida, y dió sangre. Echaron cal en abundancia, y se volvieron á Segovia.

De nuevo, y con el mismo secreto, vinieron á Úbeda en 1593. Á deshora, presente el prior y dos religiosos, sacaron el cadáver. Juan de Medina Cevallos, alguacil de corte, lo acomodó en una maleta, y, protegido por las sombras de la noche, huyó. Saliendo de Úbeda, temió que los carmelitas divulgasen lo que estaban obligados á callar, mediando órdenes del Consejo Real y del P. Doria, y que los ubetenses le siguieran la pista y le arrebatasen el piadoso hurto. Bien pudo dar voces Salvador de Quesada, albañil, que, asomado á la ventana de su casa, vió salir del convento tan á deshora á los secretos emisarios; pero tuvo miedo, y hasta que salió el sol no hizo alardes de valiente. Con igual temor el alguacil se desvió del camino de Madrid, tomando á la izquierda. Iba temeroso, recelando de su sombra. Cerca de Martos creyó que un hombre se le ponía delante, dando voces para detenerle. Aunque lleno de pavor, siguió su camino. «¡Ciudadanos de Úbeda: que se llevan el cuerpo de San

(1) MANUEL MUÑOZ GARNICA. *San Juan de la Cruz: ensayo histórico,* pág. 298, 299 y 300. — Jaén, 1875.

desta manera, la noche escura[a], el escudero hambriento y el amo con gana[b] de comer, vieron que, por el mismo[c] camino que iban, venían[d] hacia ellos gran multitud de lumbres, que no parecían sino estrellas que se movían. Pasmóse Sancho en viéndolas, y D. Quijote no las tuvo todas consigo: tiró el uno del cabestro á su asno y el otro de las riendas á su rocino, y estuvieron quedos mirando atentamente lo que podía ser aquello, y vieron que las lumbres se iban acercando á ellos, y, mientras más se llegaban, mayores parecían; á cuya vista Sancho comenzó á temblar como un azogado, y

a. ...oscura. Mal., FK. = *b. ...con ganas de comer.* Gasp. = *c. ...mesmo.* C.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton., A.$_1$. = *d. ...venía hacia ellos.* Arr.

Juan de la Cruz!», oyeron algunos entre sueños. Cuando comenzaba á amanecer, el alguacil dejó el camino de Martos, torció á la derecha; al cabo de algunos dias llegó á Madrid, y depositó el cadáver del Santo en las carmelitas. Allí le esperaba D.ª Ana de Peñalosa; Cevallos le ayudó á separar un brazo, que se envió á las descalzas de Medina del Campo. Pusieron el cadáver en una urna ó caja á propósito, esparciendo muchas flores y hojas de laurel, y lo llevaron á Segovia. El pueblo se disputó las reliquias; acudió el obispo con el Cabildo catedral, y multitud de caballeros, deseando por lo menos tocar sus rosarios en el sagrado cuerpo, que, vestido con su hábito por los carmelitas de Segovia, estuvo expuesto por ocho dias á la vista del pueblo, con una verja por delante. Luego se construyó un magnífico sepulcro, ayudando á la obra con largueza Felipe III, donde hasta el dia se veneran tan preciosas reliquias (1).

Cuando Úbeda despertó de su letargo y se vió despojada de tan rico tesoro, estalló una especie de tumulto: las gentes iban y venían, se arremolinaban acaloradas, proponiendo diligencias tardías que no habían de surtir efecto. Miraban como una ofensa de sus derechos el piadoso robo, y, heridas en lo que más les dolía, se juntaron con los regidores en popular asamblea, y nombraron procuradores que trabajasen en Roma y gestionasen cerca del Papa hasta conseguir la restitución del codiciado tesoro. Segovia hizo lo mismo; ambas ciudades trabajaron con empeño; el litigio corrió todos sus trámites; y, si á la postre no fueron desechados los medios conciliatorios, continuaron repitiéndose las instancias y las protestas. Segovia construyó un sepulcro. Úbeda hizo mucho más: levantó un templo, lo enriqueció de mármoles y alhajas, colocó en el altar mayor una magnífica escultura del Santo, otra escultura en la fachada de las Casas Consistoriales, y desde entonces fué aclamado por compatrono de la ciudad.»

9. *...á cuya vista Sancho comenzó á temblar como un azogado.* — Comparación es ésta muy oportuna, pues sin duda se refiere á los fenómenos que se presentan en los individuos que, por razón de su profesión, han de estar sometidos

(1) «Los primeros que cuidaron de labrar un sepulcro digno del Santo fueron los Guzmanes, señores de Montealegre y de la villa de Trigueros; siguieron los condes de Benavente y el marqués de Peñaranda. Traían terciopelos, paños de raso de la China, lámparas de plata cubierta de brocado *de cinco altos*, damascos y holandas con guarniciones de oro.»

los cabellos de la cabeza se le erizaron á D. Quijote, el cual, animándose un poco, dijo: «— Esta, sin duda, Sancho, debe de[a] ser grandísima y peligrosísima aventura, donde será necesario que yo muestre todo mi valor y esfuerzo.

— ¡Desdichado de mí! — respondió Sancho. — Si acaso esta aventura fuese de fantasmas[b], como me lo va pareciendo, ¿adónde habrá costillas que la sufran?

— Por más fantasmas que sean, — dijo D. Quijote, — no consentiré yo que te toquen en el pelo[c] de la ropa, que, si la otra vez se burlaron contigo, fué porque no pude yo[d] saltar las paredes del corral; pero ahora estamos en campo raso, donde podré yo, como quisiere, esgremir[e] mi espada.

— Y si le[f] encantan y entomecen, como la otra vez lo[g] hicieron,— dijo Sancho, — ¿qué aprovechará estar en campo abierto ó no?

— Con todo eso, — replicó D. Quijote, — te ruego, Sancho, que tengas[h] buen ánimo, que la experiencia te dará á entender el que yo tengo.

— Sí tendré, sí[i] á Dios place», respondió Sancho. Y, apartándose los dos á un lado del camino, tornaron á mirar atentamente lo que aquello de aquellas lumbres que caminaban podía ser; y, de allí á muy poco, descubrieron muchos encamisados[j], cuya temerosa visión de todo punto remató el ánimo de Sancho Panza, el cual co-

a. ...debe ser grandísima. Arr. = *b. ...de fantasma.* L.$_{1\text{-}2}$. = *c. ...que te toque en el pelo.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Amb., Bow. — *...que te toquen el pelo.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *d. ...no pude saltar.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil., Gasp. = *e. ...esgrimir mi espada.* C.$_3$, Amb., Ton., A.$_2$, Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Mal., FK. = *f. Y si la encantan.* FK. = *g. ...otra vez le hicieron.* Br.$_{1\text{-}2}$. = *h. ...tenga.* L.$_{1\text{-}2}$. = *i. Sí tendré, á Dios place.* Br.$_{1\text{-}2}$. = *j. ...y de allí á muy poco vieron lo que era, porque descubrieron hasta veinte encamisados, todos á caballo, con sus hachas encendidas en las manos, cuya temerosa visión.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj.

durante mucho tiempo á la acción de los vapores mercuriales. El temblor que de Sancho se apodera al ver el cuerpo muerto, lo compara Cervantes con el que presentan los que padecen la intoxicación crónica mercurial, que, si al principio puede asemejarse al *temblor senil*, más adelante llega á ser tan intenso como el del *delirium tremens*.

La frase *temblar como un azogado*, refiriéndose al miedo que experimenta el gracioso escudero del Caballero de la Triste Figura, es tanto más gráfica cuanto que, en el temblor hidrargírico, todos los músculos del cuerpo toman parte; y, así, se comprende que Cervantes quisiera expresar con ello la intensidad del miedo que involuntariamente se apoderó de Sancho.

Por lo demás, no ha de sorprender el empleo de la frase, puesto que ya en aquella época se habían observado los fenómenos de intoxicación crónica mercurial en los trabajadores de las minas de Almadén, que, como es sabido, se hallaban desde muy antigua fecha en explotación.

menzó á dar diente con diente, como quien tiene frío de cuartana; y creció más el batir y dentellear cuando distintamente vieron[a] lo que era, porque descubrieron hasta veinte encamisados, todos á caballo, con sus hachas encendidas en las manos, detrás de los[b] cuales venía una litera cubierta de luto, á la cual seguían otros seis de á caballo, enlutados hasta los pies de las mulas, que bien vieron[c] que no eran caballos en el sosiego con que caminaban. Iban los encamisados murmurando entre sí con una voz baja y compasiva. Esta extraña visión, á tales horas y en tal[d] despoblado, bien bastaba para poner miedo en el corazón de Sancho, y aun en el de su amo, y así fuera en cuanto á D. Quijote, que ya Sancho[e] había dado al través con todo su esfuerzo. Lo contrario le avino á su amo, al cual, en aquel punto, se le representó en su imaginación, al vivo, que aquélla era una de las aventuras de sus libros.

Figurósele que la litera eran andas donde debía de ir algún mal ferido ó muerto[f] caballero, cuya venganza á él solo estaba reser-

a. ...cuando distintamente descubrieron que detrás de los encamisados venía una litera cubierta de luto, á la cual seguían otros seis de á caballo, enlutados hasta los pies de las mulas. ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ. = *b. ...detrás de las cuales.* A.$_2$, MAI. = *c. ...advirtieron.* ARG.$_1$, BENJ. — *...conocieron.* ARG.$_2$. = *d. ...y en despoblado.* GASP. = *e. ...y así fué que ya Sancho.* ARG.$_2$. = *f. ...ferido ó muerto.* BR.$_2$.

3. *...descubrieron hasta veinte encamisados, todos á caballo, con sus hachas encendidas.* — La tenebrosidad de la noche, el aspecto de aquella cabalgada (diríase macabra) y su constante alucinación, contribuyeron á representársele vivamente en la fantasía que lo que estaba viendo eran fantasmas que, sin duda, caminaban con siniestros fines. Y, á la verdad, el encuentro del fúnebre cortejo á aquellas horas, y el lugar despoblado, tenía traza y parecer de aventura; y hasta en otro que no fuera D. Quijote, ya que no poner miedo en el ánimo, hubiera infundido recelo y sospecha de que algo singular y extraño iba á acontecer.

Y ¿cómo no? ¿Podían descubrirse, desde lejos, las sobrepellices de los unos, las lobas, los faldamentos de los otros, y el riguroso luto que cubría hasta los pies á las cabalgaduras? En la exaltación del héroe (y el fenómeno es natural en un loco de su especie), hasta cuando los vió clara y distintamente, debieron parecerle cosa mala y del otro mundo.

4. *...detrás de los cuales venía una litera cubierta de luto, á la cual seguían otros seis de á caballo.* — El poco rotundo *cual*, de historia nada limpia, ha de ser tenido, no ya por los enamorados de la pulcritud, sino hasta por los que sólo miran á la simple corrección, como uno de los vocablos más duros y ásperos del idioma castellano, y digno, por tanto, del mayor aborrecimiento. Pero, esto, ¿reza con una obra escrita en el siglo XVI por quien, en la mayoría de las ocasiones, atendía más al aspecto cómico y á la finísima sátira que al perfumado y frío lenguaje del hablista falto de numen, de inspiración, de calor, alma de la obra literaria?

vada; y, sin hacer otro discurso, enristró su lanzón, púsose bien en la silla, y, con gentil brío y continente, se puso en la mitad del camino por donde los encamisados forzosamente habían de pasar; y, cuando los vió cerca, alzó la voz y dijo: « — Deteneos, caballeros, ó[a] quienquiera que seáis, y dadme cuenta de quién sois, de dónde venís, adónde vais, [b] qué es lo que en aquellas andas lleváis; que, según las muestras, ó vosotros habéis fecho ó vos han fecho algún desaguisado, y conviene y es menester que yo lo sepa, ó bien para castigaros del mal que fecistes[c], ó bien para vengaros del tuerto que vos ficieron.

— Vamos de priesa[d], — respondió uno de los encamisados, — y[e] está la venta lejos, y no nos podemos detener á dar tanta cuenta como pedís. » Y, picando la mula, pasó adelante[f].

Sintióse desta respuesta grandemente D. Quijote, y, trabando del freno, dijo: « — Deteneos[g] y sed más bien criado, y dadme cuenta de lo que os he preguntado; si no, conmigo sois todos en batalla. »

Era la mula asombradiza, y, al tomarla del freno, se espantó de manera que, alzándose en los pies, dió con su dueño por las ancas[h] en el suelo. Un mozo que iba á pie, viendo caer el[i] encamisado, comenzó á denostar á D. Quijote, el cual, ya encolerizado, sin esperar[j] más, enristrando su lanzón, arremetió á uno de los enlutados, y mal ferido dió con él en tierra[k]; y, revolviéndose por los demás, era cosa de ver con la presteza que los acometía y desbarataba, que no parecía sino que en aquel instante le habían nacido alas á Rocinante, según andaba de ligero y orgulloso. Todos los encamisados era[l] gente medrosa y sin armas; y, así, con facilidad, en un momento, dejaron la refriega, y comenzaron á correr por aquel campo con las hachas encendidas, que no parecían sino á los de las máscaras que en noche de regocijo y fiesta corren. Los enlutados, asimismo[m] revueltos y envueltos[n] en sus faldamentos y lobas, no se podían mover: así que, muy á salvo, D. Quijote los apaleó á todos, y les hizo

a. ...caballeros, quienquiera que seáis. C.$_{2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, BR.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, MIL., AMB., TON., A.$_{1\text{-}2}$, BOW., PELL., ARR., CL., RIV., GASP., ARG.$_2$, BENJ. = *b. ...adónde vais y qué es lo que.* ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ. = *c. ...ficistes.* TON. = *d. Vamos de prisa.* MAI. = *e. ...encamisados, que está la venta.* CL., RIV. = *f. ...pasó delante.* AMB., A.$_{1\text{-}2}$, ARR., CL., RIV., MAI. = *g. ...y, trabando del freno á la caballería, dijo al que iba en ella: deteneos.* ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ. = *h. ...dió con su dueño y consigo en el suelo.* ARG.$_1$, BENJ. — *...dió con su dueño por las ancas y consigo en el suelo.* ARG.$_2$. = *i. ...viendo caer al encamisado.* C.$_1$, TON., ARR., ARG.$_2$, MAI. = *j. ...sin esperar á más.* ARR. = *k. ...arremetió al mozo enlutado y mal sufrido y dió con él en tierra.* ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ. = *l. ...los encamisados eran gente.* BR.$_2$, ARR., ARG.$_1$, MAI., BENJ. = *m. ...asimesmo.* C.$_1$, V.$_{1\text{-}2}$, BR.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, MIL., AMB., TON., A.$_1$. = *n. ...envueltos y revueltos en sus faldamentos.* ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ.

dejar el sitio mal de su grado, porque todos pensaron que aquél no era hombre, sino diablo del infierno que les salía á quitar el cuerpo muerto que en la litera llevaban.

Todo lo miraba Sancho, admirado del ardimiento de su señor, y decía entre sí: « — Sin duda, este mi amo es tan valiente y esforzado como él dice. »

Estaba una[a] hacha ardiendo en el suelo junto al primero que derribó la mula, á cuya luz le pudo ver D. Quijote; y, llegándose á él, le puso la punta del lanzón en el rostro, diciéndole que se rindiese; si no, que le mataría.

Á lo cual respondió el caído: « — Harto rendido estoy, pues no me puedo mover, que tengo una pierna quebrada. Suplico á vuestra merced, si es caballero cristiano, que no me mate, que cometerá un gran sacrilegio, que soy licenciado y tengo las primeras órdenes.

— Pues ¿quién diablos[b] os ha traído aquí, — dijo D. Quijote, — siendo hombre de iglesia?

— ¿Quién, señor? — replicó el caído. — Mi desventura.

— Pues otra mayor os amenaza, — dijo D. Quijote, — si no me satisfacéis á todo cuanto primero os pregunté.

— Con facilidad será vuestra merced satisfecho, — respondió el licenciado; — y así sabrá vuestra merced que, aunque denantes dije que yo era licenciado, no soy sino bachiller, y llámome Alonso López; soy natural de Alcovendas; vengo de la ciudad de

a. Estaba un hacha. MAI. = *b. ...¿quién diablo.* AMB.

9. *...le puso la punta del lanzón en el rostro, diciéndole que se rindiese.* — Aquí, como en otros muchos pasajes, vese que, en el arte encantador de los diálogos, no hay otro que le venza, y con dificultad se encontrará quien le iguale. Marchan á la par la viveza y naturalidad, realzadas por una gracia incomparable.

2 (pág. 101). *...vamos á la ciudad de Segovia acompañando un cuerpo muerto, que va en aquella litera.* — Para que resplandezca en este comentario la imparcialidad, alma de la crítica, importa comenzar poniendo ante los ojos del lector lo dicho por Benjumea (1):

« Mucha riqueza de datos amontona este biógrafo (Navarrete) para hacernos pasar por de San Juan de la Cruz el cuerpo que iba en las andas; pero esta interpretación es pegadiza, se halla en el aire, no concuerda con los diversos accidentes, caracteres y circunstancias extrañas de la narración, ni le liga á ella más que el hecho simple de tratarse de un individuo que murió de *calenturas pestilentes* y cuyo cuerpo fué trasladado de un punto á otro. Ahora bien: este hecho es lo único que Cervantes necesitaba para representar, con un artificio sencillo, otro hecho misterioso, que tuvo, y aun tiene, grande eco é interés en el orbe político, cual fué la muerte de D. Juan de Austria, que se achacó á efecto de *calenturas pestilentes* por el gremio oficial; pero que entonces se sospechó, y hoy casi se tiene por cierto, que fué obra de algún traidor veneno. Todo lo que parece trivial ó indiferente, y hasta inoportuno é ilógico en el relato, adquiere gran colorido é interés cuando se lee esta aventura bajo el entendimiento de que el autor trata de recordar esta muerte misteriosa y traslación no menos extraña, y dar á conocer, en cuanto era posible, á un agudo ingenio, sus dudas sobre la muerte natural de aquel gran príncipe y soldado. »

Que de todo punto andaba descarriado tan agudo cervantista, lo muestran claramente estas tres citas:

« Don Juan enfermó de tabardillo; y, aunque los médicos le daban esperanzas de vida, conociendo su muerte, se dispuso para ella... Le tenía en cuidado su alma, que á Dios encomendaba con las oraciones piadosas, y, si bien al cuerpo hacía poco el lugar donde había de reposar hasta la resurrección de los muertos, le suplicaba que, mirando lo que le pidió el emperador su padre y la voluntad con que le procuró servir, le hiciese merced que sus huesos fuesen junto á los de Su Majestad Cesárea, con que sus servicios quedarían bien pagados... En el primero día de Octubre pasó desta vida á mejor con gran serenidad, á los treinta y tres años de su edad, corta pero gloriosa, desapropiado de sus bienes. Para balsamarle le abrieron, y hallaron la parte del corazón seca, y todo lo interior y lo exterior denegrido y como tostado, que se deshacía con el toque, y lo demás de color pálido, de natural difunto. Esto hizo sospechar á su familia había sido venenado; y como el tabardillo es tan corrosivo y maligno, suele dejar los cadáveres en esta apariencia. » (1)

« Entretanto fué acometido repentinamente D. Juan de Austria de una ardentísima fiebre, cuya fuerza resistió todos los remedios. Recibió con mucha piedad los Santos Sacramentos, y falleció el día primero de Octubre, con grande sentimiento del ejército. Su cuerpo fué llevado desde el campo, con pompa militar, á Namur, donde se le hicieron las exequias reales, según su costumbre. Después fué trasladado á España, de orden del rey, por Gabriel Niño, en el año siguiente, y colocado en el Escorial, junto á las cenizas del César D. Carlos, su padre. Á los principios corrió la voz de que le habían dado veneno. Pero los que examinaron esto con imparcialidad y recto juicio, creyeron que el suspicaz carácter del rey D. Felipe fué la verdadera ponzoña que agitó miserablemente á aquel excelso joven, hasta que le acabó la vida. » (2)

« Dicen los historiadores que, como al abrir el cuerpo para embalsamarle se encontrase la parte del corazón seca y todo el exterior salpicado de manchas negruzcas y lívidas, sospechó la familia si alguna mano pérfida le aceleró

(1) *La verdad sobre el Quijote*, pág. 222 y 223.

Baeza con otros once sacerdotes, que son los que huyeron con las hachas; vamos á la ciudad de Segovia acompañando un cuerpo muerto, que va en aquella litera, que es de[a] un caballero que

a. ...que es un caballero. L$_2$.

(1) LUIS CABRERA DE CÓRDOBA. *Historia de Felipe II, rey de España*, t. II, pág. 493. — Madrid, 1876.

(2) P. MARIANA. *Historia general de España*, t. III, pág. 547. — Madrid, 1849.

murió en Baeza, donde fué depositado; y ahora, como digo, llevábamos sus huesos á su sepultura, que está en Segovia, de donde es natural.

la muerte con veneno, y aun alguno indica si aquella mano seria la del doctor Ramirez. Ni falta tampoco quien afirme que la misma mano que habia hecho apuñalar á Escobedo fué la que hizo emponzoñar á D. Juan de Austria. Todo pudo ser, porque la politica de aquel tiempo hace demasiado verosimiles estos crimenes. Mas, sobre que aquellas señales pudieran ser natural efecto de la enfermedad, es siempre aventurado, en estas materias, juzgar por meras sospechas y fallar sin el fundamento de los comprobantes.» (1)

Sin esfuerzo, sin fatiga, sin más que repetir el verso de Horacio:

Atque ita mentitur, sic veris falsa remiscet,

queda demostrado que en la aventura del *cuerpo muerto* se amalgamaron lo real é histórico con lo fantástico, con lo novelesco. Hay historia, hay leyenda; pero ni la historia ni la leyenda guardan afinidad con la vida del nacido en la alta Alemania, del vencedor de Lepanto, del que tiene su sepulcro en el Escorial, y, sobre todo, con las circunstancias, muy distintas, de la traslación de sus restos desde Namur; pero si la guardan con las ocurridas á la muerte de Juan Yepes, en el siglo, de Fr. Juan de San Matias, de San Juan de la Cruz, como se le llama hoy.

1. *...murió en Baeza, donde fué depositado.* — ¿Cómo puede aludir á D. Juan de Austria este citar nombres de poblaciones que sólo con la mudanza de un pormenor histórico, única alteración novelesca, son aplicables al austero y perseguido reformador de los carmelitas?

La tremenda batalla que se empeñó contra la fundación que en Baeza intentaba Fr. Juan de la Cruz, la refiere asi el biógrafo D. Manuel Muñoz y Garnica (2):

«El Nuncio de Su Santidad no prestaba á la reforma el menor apoyo; desabrido se mostró con el conde de Tendilla, que la favorecia con el mayor ahinco, y para que nada faltase al aventurado pronóstico de San Juan de la Cruz, que por descabellado le tuvieron asi en Andalucia como en Castilla, ni siquiera habia en Baeza persona que quisiera favorecer el intento de una fundación. Mas he aquí que Felipe II dice al Nuncio: «Los calzados se oponen á la reforma. Parece que vos no protegéis la virtud; yo os ruego que la protejáis.» Á estas palabras cayó por el suelo el último baluarte de los mitigados: al P. Ángel de Salazar se dió la jurisdicción sobre los carmelitas, y su primer acto fué encomendar á San Juan de la Cruz la fundación del convento de Baeza, pues ya habia personas piadosas que instaran para ello, mucho fervor en la ciudad, y mucho entusiasmo en Ibros y otros lugares de la redonda.»

1. *...llevábamos sus huesos á su sepultura, que está en Segovia, de donde es natural.* — La novela y la historia no pueden correr en todo á la par. Juan de Yepes, en religión Juan de la Cruz, nació en la villa de Fontiveros, á 24 de Junio de 1542, reinando en España Carlos V.

(1) Modesto Lafuente. *Historia general de España*, t. III, pág. 116 (nota). — Barcelona, 1879.

(2) *Colección de panegíricos*, t. III, pág. 278. — Madrid, 1864.

— Y[a] ¿quién le mató? — preguntó D. Quijote.

— Dios, por medio de unas calenturas pestilentes que le dieron, — respondió el bachiller.

— Desa suerte, — dijo D. Quijote, — quitado me ha nuestro Señor del[b] trabajo que había de tomar en vengar su muerte si otro alguno le[c] hubiera muerto; pero, habiéndole muerto quien le mató, no hay sino callar y encoger los hombros, porque lo mesmo[d] hiciera si á mí mesmo[e] me[f] matara. Y quiero que sepa vuestra reverencia que yo soy un caballero de la Mancha, llamado D. Quijote, y es mi oficio y ejercicio andar por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios.

— No sé cómo pueda[g] ser eso de enderezar tuertos, — dijo el bachiller; — pues á mí, de derecho, me habéis vuelto tuerto, dejándome una pierna quebrada, la cual no se verá derecha en todos los días de su vida; y el agravio que en mí habéis deshecho[h] ha sido dejarme agraviado de manera que me quedaré agraviado para siempre, y harta desventura ha sido[i] topar con vos, que vais buscando aventuras.

— No todas las cosas, — respondió D. Quijote, — suceden de un mismo modo[j]. El daño estuvo, señor bachiller Alonso López, en

a. Omite *Y*. Riv. — *b.* *...me ha nuestro Señor el trabajo.* Arr. — *c.* *...alguno lo hubiera.* Ton. — *d.* *...porque lo mismo.* C.$_3$, Bow., A.$_3$, Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Mai., FK. — *e.* *...mismo.* C.$_{1\cdot2\cdot3}$, Bow., A.$_2$, Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Mai., FK. — *f.* *...si á mí mesmo matara.* Ton. — *g.* *...cómo puede ser eso.* Ton., Gasp. — *h.* *...que en mí habéis desfecho.* Ton. — *i.* *...y harta desventura ha sido la mía topar con vos.* Ton. — *j.* *...de un mismo el daño.* Br.$_3$.

1. — *Y ¿quién le mató? — preguntó D. Quijote.*

— *Dios, por medio de unas calenturas pestilentes que le dieron, — respondió el bachiller.* — Habida consideración á la tempestad de persecuciones que se desencadenó contra el humilde Fr. Juan de la Cruz, fuera mejor hubiese dicho el bachiller: «Le mató el odio de sus allegados, de sus domésticos, de sus hermanos en religión; le mataron las amarguras, la persecución, la guerra que le hicieron los *mitigados*, los mal avenidos con la reforma, los que no querian tornase la austeridad de los primitivos solitarios; las escaramuzas comenzadas en Medina, el apaleamiento de Ávila, los tratamientos inhumanos en la cárcel de Toledo, la recia tormenta que se formó contra él en el convento de Almodóvar, el exonerarle de todos sus empleos, quemar su retrato, los vejámenes por que le hizo pasar el prior de Úbeda cuando le visitó en su última enfermedad.» Esto es lo que pudo decir el encamisado á quien derribó D. Quijote, ya que ello precipitó la muerte de aquel á quien horrorizaba hasta la sombra del mal; de aquel que, durante siete años, ciñó, para mortificar su cuerpo, pesada cadena; de aquel cuyas canciones se leen con religioso respeto; del poeta, en suma, que envolvió las abstracciones y conceptos más puros en una como lluvia de perlas y flores.

venir, como veníades, de noche, vestidos con aquellas[a] sobrepellices, con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propiamente semejábades cosa mala y del otro mundo; y[b], así, yo no pude dejar de cumplir con mi obligación acometiéndoos, y[c] os acometiera aunque verdaderamente supiera que érades los mesmos[d] satanases del infierno, que por tales os juzgué y[e] tuve siempre[f].

— Ya que así lo ha querido mi suerte, — dijo el bachiller, — suplico á vuestra merced, señor caballero andante, que tan mala andanza me ha dado, me ayude á salir de debajo desta mula, que me tiene tomada una pierna entre el estribo y la silla.

— Hablara yo para mañana, — dijo D. Quijote. — Y ¿hasta cuándo aguardábades á decirme vuestro afán? »

Dió luego voces á Sancho Panza que viniese; pero él no se curó de venir, porque andaba ocupado desbalijando una acémila de repuesto, que traían, aquellos buenos señores, bien bastecida de cosas

a. ...con aquella. MIL. — *...con aquellos.* AMB., TON., PELL. — *...con aquesas.* ARG.$_3$. = *b. ...mundo que así.* MIL. = *c. ...acometiéndoos, que os acometiera.* MIL. = *d. ...mismos.* C.$_3$, BOW., A.$_3$, PELL., ARR., CL., RIV., GASP., MAI., BENJ., FK. = *e. ...juzgué que tuve.* MIL. = *f. ...tuve sin duda.* ARG.$_{1\text{-}3}$.

5. *...aunque verdaderamente supiera que érades los mesmos satanases del infierno, que por tales os juzgué y tuve siempre.* — Pareciendo á un moderno traductor inglés que han de retocarse los pasajes en que la espontaneidad no se curó de la corrección, suprime, satisfaciendo con ello á críticos superficiales, el adverbio *siempre;* «pues el acometer á la comitiva y ponerla en fuga todo fué obra de pocos momentos», escribe en tono magistral.

Mejor fuera haber dicho: «¿Puede defenderse que tuviera noción del tiempo quien de todo se formaba ideas fantásticas? ¿La tuvo acaso cuando le dijeron, al poco de velar las armas, que habían pasado cuatro horas y de buen grado asintió á ello, como el demasiadamente crédulo que nos embelesa por su infantil candidez?»

11. *— Hablara yo para mañana, — dijo D. Quijote.* — Acerca del origen de este modo proverbial con que se reconviene á alguno por haber guardado silencio sobre lo que á él importaba, hablando mientras tanto de mil y mil cosas, Covarrubias, á quien han seguido los comentadores del *Quijote,* escribe lo siguiente:

«*Hablara yo para mañana:* se dice del que, viendo que se trata de su negocio, no alega de su justicia. Aplican este dicho á un gobernador que, habiendo mandado ahorcar á uno, cuando ya tenía la soga á la garganta, le llamó al oído en secreto, y le aseguró cantidad de coronas (monedas de oro de este nombre) que tenía que darle. Entonces el señor gobernador dijo en alta voz: « — *Hablara yo para mañana;* si sois de corona, no quiero yo quedar descomulgado.» Y volviéronle á la cárcel.»

Menos cierta que ingeniosa, la explicación, sin embargo, da suficiente idea del donaire que envuelve la frase que motiva esta nota.

de comer. Hizo Sancho costal de su gabán, y, recogiendo[a] todo lo que pudo y cupo en el talego[b], cargó su jumento; y luego acudió á las voces de su amo, y ayudó á sacar al[c] señor bachiller de la opresión de la mula, y, poniéndole encima della, le dió la[d] hacha; y D. Quijote le dijo que siguiese la derrota de sus compañeros, á quien de su parte pidiese perdón del agravio, [e] que no había sido en su mano dejar de haberle[f] hecho.

Díjole también Sancho: « — Si acaso quisieren[g] saber esos señores quién ha sido el valeroso que tales los puso, diráles vuestra merced que es el famoso D. Quijote de la Mancha, que, por[h] otro nombre, se llama *el Caballero de la Triste Figura.*»

Con esto se fué el bachiller, y D. Quijote preguntó á Sancho[i] que qué[j] le había movido á llamarle *el Caballero de la Triste Figura* más entonces que nunca.

a. ...de comer. Hizo el bueno de Sancho costal de su gabán y recogiendo. V.$_{1\text{-}3}$, MIL. — *...de comer. Halló Sancho un talego ó costal en la acémila y recogiendo.* ARG.$_1$, BENJ. — *...de comer. Hizo Sancho costal de una loba que halló en el suelo y recogiendo.* ARG.$_3$. — *...y cogiendo.* A.$_1$. = *b. ...lo que pudo y cupo en él cargó.* ARG.$_1$, BENJ. — *...lo que pudo y cupo en ella la ató, cargó.* ARG.$_3$. = *c. ...á sacar el señor bachiller.* FK. = *d. ...le dió el hacha.* MAI. = *e. ...del agravio que habían recebido que no había.* V.$_{1\text{-}3}$, MIL. = *f. ...de haberles hecho.* ARG.$_3$. = *g. ...quisieran saber.* RIV. = *h. ...que otro nombre.* C.$_3$. = *i. Con esto se fué el bachiller. Olvidábaseme de decir que antes dijo á D. Quijote: «Advierta vuestra merced que queda descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada:* juxta illud, si quis suadente diabolo, *etc.*» *«No entiendo este latín, respondió D. Quijote; mas yo sé bien que no puse las manos, sino este lanzón; cuanto más que yo no pensé que ofendía á sacerdotes ni á cosas de la Iglesia, á quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy, sino á fantasmas y á vestiglos del otro mundo; y cuando eso así fuese, en la memoria tengo lo que le pasó al Cid Ruí Díaz cuando quebró la silla del Embajador de aquel Rey delante de Su Santidad el Papa, por lo cual le descomulgó; y anduvo aquel día el buen Rodrigo de Vivar como muy honrado y valiente caballero.» En oyendo esto el bachiller, se fué, como queda dicho, sin replicarle palabra, y D. Quijote preguntó á Sancho.* ARG.$_{1\text{-}3}$, BENJ. — *Con esto se fué el bachiller. Olvidábaseme de decir que advierta vuestra merced que queda descomulgado...* (lo que sigue hasta *D. Quijote preguntó á Sancho,* igual á ARG.$_{1\text{-}3}$, BENJ.) FK. = *j. ...Sancho que le.* TOR.

12. *...y D. Quijote preguntó á Sancho que qué le había movido á llamarle «el Caballero de la Triste Figura».* — Complácese la vulgar erudición, si en la erudición cabe vulgaridad, en hacer gala de sus conocimientos y decirnos muy gravemente, con ocasión del sobrenombre que solían tomar los caballeros andantes: Amadís de Grecia se llamó *el Caballero de la Ardiente Espada,* en algún tiempo *el de la Muerte;* D. Belianís, *el del Unicornio; el de las Doncellas,* Florandino de Macedonia; D. Florarlán de Tracia, *el del Ave Fénix; el del Grifo,* el conde de Aremberg. De igual suerte suenan en los Palmerines los nombres apelativos: *el Triste, de la Rocapartida, del Can, de las Flores, los del Desierto;* no de otro modo que en Lisuarte se leen los de *el Solitario, el de la Esfera;* en Belianís, el de *el Salvaje;* y los *del Pavón, Dragón, del Corazón partido,* en Olivante de Laura. Aun el menos versado en tan enfadosa materia sabe que,

« — Yo se lo diré, — respondió Sancho; — porque le he estado mirando un rato á la luz de aquella hacha que lleva aquel malandante, y verdaderamente tiene vuestra merced la más mala figura, de poco acá, que jamás he visto; y débelo de haber causado, ó ya el cansancio deste combate, ó ya la falta de las muelas y dientes.

— No es eso[a], — respondió D. Quijote, — sino que el[b] sabio á cuyo cargo debe de estar el escrebir la historia de mis hazañas le habrá parecido que será bien que yo tome algún nombre apelativo, como lo[c] tomaban todos los caballeros pasados: cuál se llamaba *el de la Ardiente Espada*, cuál *el del Unicornio*, aquél[d] *de las Doncellas*, aqueste *el del Ave Fénix*, el otro *el Caballero del Grifo*, estotro *el de la Muerte*, y por estos nombres é insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra. Y, así, digo que, el sabio ya dicho, te habrá puesto en la lengua y en el pensamiento ahora que me llamases *el Caballero de la Triste Figura*, como pienso llamarme desde hoy en adelante; y, para que mejor me cuadre tal nombre, determino de hacer pintar, cuando haya lugar, en mi escudo, una muy triste figura.

— No hay para qué gastar tiempo[e] y dineros en hacer esa figura, — dijo Sancho, — sino lo que se ha de hacer es que vuestra merced descubra la suya y dé rostro á los que le miraren, que, sin más ni más y sin otra imagen ni escudo, le llamarán *el de la Triste Figura*. Y créame que le digo verdad, porque le prometo á vuestra merced, señor (y esto sea dicho en burlas), que le hace tan mala cara la[f] hambre y la falta de las muelas, que, como ya[g] tengo dicho, se podrá muy bien excusar la triste pintura. »

a. ...*esto.* $V._{1\text{-}2}$, $Br._3$, Amb. = *b.* ...*que al sabio.* Cl., Riv., $Arg._{1\text{-}2}$, Mai., Benj. = *c.* ...*como le tomaban todos.* Arr. = *d.* ...*aquél el de las Doncellas.* Pell., Riv. = *e. No hay para qué, señor, querer gastar tiempo.* $C._3$, Bow., $A._2$, Pell., Arr., Gasp., $Arg._1$, Benj. = *f.* ...*el.* Mai. = *g.* ...*como yo tengo.* $C._3$, Bow.

asi en libros de poesia como en nuestras antiguas Academias, corrian las denominaciones de *Melancólico, Dolorido, Sin esperanza, del Verde Escudo, del Escudo azul, del Basilisco, del Águila negra*, y, para que nada faltase, se dijo *Sin nombre* al que carecia de mote.

Y se pregunta ahora: ¿No es rasgo genuinamente vesánico, propio de quien padece delirios de engrandecimiento, ese deslumbrarse con la falsa gloria de tales nombres? El que se ufana con la profunda ironia de Sancho, el que se aviene á figurar en los anales andantescos con el sobrenombre de *el Caballero de la Triste Figura*, el que cree haber menospreciado reinas, emperatrices y doncellas de todas calidades por amor á Dulcinea, á la que jamás vió ni aun en retrato de miniatura, podrá tener momentos lúcidos, pero la ciencia ve en él un enfermo al que el delirio de lo fastuoso robó el seso.

Rióse D. Quijote del donaire de Sancho[a]; pero, con todo, propuso de llamarse de aquel nombre en pudiendo pintar su escudo ó rodela como había imaginado[b]. Y díjole: « — Yo entiendo, Sancho, que quedo descomulgado[c] por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada *juxta illud, si quis suadente diabolo*, etc.; aunque[d] sé bien que no puse las manos, sino este lanzón; cuanto más que yo no pensé que ofendía á sacerdotes[e] ni á cosas de la Iglesia (á quien respeto y adoro como católico y[f] fiel cristiano que soy), sino á fantasmas y á vestiglos[g] del otro mundo. Y, cuando eso así fuese, en la[h] memoria tengo lo que le[i] pasó al Cid Ruí Díaz cuando quebró la silla del embajador de aquel rey delante de Su Santidad el[j] Papa, por lo cual le[k] descomulgó, y anduvo aquel día el buen Rodrigo de Vivar como muy[l] honrado y valiente caballero. »

a. ...*de Sancho Panza; pero.* $L._{1\text{-}2}$. = *b.* ...*había imaginado. Quisiera D. Quijote.* $Arg._{1\text{-}2}$, Benj., FK. = *c.* ...*imaginado. Olvidábaseme de decir que advierta vuestra merced que queda descomulgado.* $C._1$, $L._{1\text{-}2}$, Mai. = *d.* . .*diabolo, etc. No entiendo ese latín, respondió D. Quijote; mas yo sé bien.* $C._1$, $L._{1\text{-}2}$, Mai. = *e.* ...*á sacerdote.* $C._2$. = *f.* ...*y como fiel.* $L._1$. = *g.* ...*vestigios.* Amb. = *h.* ...*en memoria.* Riv. = *i.* ...*lo que pasó.* $A._1$, Pell., Arr., Mai. = *j.* ...*Santidad del Papa.* $C._{1\text{-}2\text{-}3}$, $L._{1\text{-}2}$, $V._{1\text{-}2}$, $Br._{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Bow. = *k.* ...*lo.* $C._{1\text{-}2\text{-}3}$, $L._{1\text{-}2}$, $V._{1\text{-}2}$, $Br._{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton., $A._1$, Bow., Pell., Mai., Gasp. = *l.* ...*como un honrado.* Gasp.

11. ...*delante de Su Santidad el Papa, por lo cual le descomulgó.* — Alude D. Quijote al romance *De cómo el Cid fué á concilio con el rey Don Sancho hasta Roma.*

«En la iglesia de San Pedro — don Rodrigo había entrado,
Do vido las siete sillas — de siete reyes cristianos,
Y vió la del rey de Francia — junto á la del Padre santo,
Y la del rey su señor — un estado más abajo.
Vase á la del rey de Francia, — con el pie la ha derribado;
La silla era de marfil, — hecho la ha cuatro pedazos;
Tomara la de su rey — y subióla en lo más alto.
Allí habló un honrado duque — que dicen el saboyano:
— Maldito seas, Rodrigo, — del Papa descomulgado,
Porque deshonraste un rey — el mejor y más preciado.»
(*Primavera y flor de romances*, t. I, pág. 112.)

Según la *Crónica*, el suceso aconteció en Tolosa de Francia.

Inspirada una y otra versión en el ardiente patriotismo de los españoles, no ha menester del alegato que, para rechazar su veracidad, trae el maestro Fr. Manuel Risco en su obra intitulada *La Castilla y el más famoso castellano*. Bastábale al bondadoso historiador haber consignado que el Cid no salió jamás de nuestra peninsula.

Fuera de esto, toca á la crítica consignar, si bien con harto sentimiento, que valiera más á Cervantes no haber hecho extensiva su finisima sátira al héroe de nuestra epopeya nacional. Sus romances, sarta de perlas, como se ha dicho con bellisima frase, no merecian ser parangonados, en obra tan discreta como el *Quijote*, con los libros caballerescos; ni aun los de Carlomagno y

En oyendo esto el bachiller, se fué, como queda dicho, sin replicarle palabra. Quisiera D. Quijote[a] mirar si el cuerpo que venía en la litera eran huesos ó no; pero no lo consintió Sancho, diciéndole: «— Señor, vuestra merced ha acabado esta peligrosa aventura lo más á su salvo de todas las que yo he visto. Esta gente, aunque vencida y desbaratada, podría ser que cayese en la cuenta de que los venció sola[b] una persona y, [c] corridos y avergonzados desto, volviesen á rehacerse y á buscarnos, y nos diesen [d] en qué entender. El jumento está como conviene, la montaña [e] cerca, la[f] hambre carga: no hay que hacer [g] sino retirarnos con gentil compás de pies, y, como dicen, váyase el muerto á la sepultura y el vivo á la hogaza.» Y, antecogiendo su asno, rogó á su señor que le siguiese, el cual, pareciéndole que Sancho tenía razón, sin volverle á replicar, le siguió; y, á poco trecho que caminaban por entre dos montañuelas, se hallaron en un espacioso y escondido valle, donde se apearon, y Sancho alivió el[h] jumento; y, tendidos sobre la verde hierba, con la salsa de su hambre, almorzaron, comieron, merendaron y cenaron á un mismo[i] punto, satisfaciendo sus estómagos con más de una fiambrera que los señores clérigos del difunto (que pocas veces se dejan mal pasar) en la acémila de su repuesto traían. Mas sucedióles otra desgracia, que Sancho la[j] tuvo por la peor de todas, y fué que no tenían vino que beber, ni aun[k] agua que llegar á la boca; y, acosados de la sed, dijo Sancho, viendo que el prado donde estaban[l] estaba colmado de verde y menuda hierba, lo que se dirá en el siguiente capítulo.

a. Quisiera D. Quijote de la Mancha, caballero notabilísimo, mirar si. L.$_1$. = *b. ...venció solo una.* Gasp. = *c. ...y que corridos.* Arg.$_3$. = *d. ...y nos diesen muy bien en qué entender.* C.$_3$, Bow., Pell., A.$_3$, Arr., Cl., Riv., Gasp., Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *e. ...la montaña es cerca.* C.$_3$, A.$_2$, Bow., Pell., Gasp. = *f. ...el.* Mai. = *g. ...hacer más sino.* C.$_3$, Bow., Pell., Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *h. ...alivió al.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *i. ...á un mesmo.* C.$_{1\text{-}2}$, L.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton., A.$_1$. = *j. ...Sancho tuvo.* Gasp. = *k. ...ni agua.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil. = *l. ...donde estaba.* Mil.

los Doce Pares de Francia, en lo que se refiere á la rota de Roncesvalles, han de juntarse con las extravagancias de las disparatadas novelas puestas en la picota por el Ingenio complutense.

19. *...los señores clérigos del difunto.* — Asistirá razón á los que sostienen que huelgan las dos últimas palabras, porque, queriéndolas conservar, debió repetirse la voz *clérigos* diciendo: *(que pocas veces los clérigos se dejan mal pasar)*; pero concedan también que reglas más altas rigen el arte: son las reglas misteriosas en que reside y se funda el superior valer y encanto de la obra del genio, reglas que siempre vencerán á las sutilezas del gramático, á los refinamientos del retórico.

Capítulo XX

De la jamás vista ni oída aventura que, con más poco peligro, fué acabada de[a] famoso caballero en el mundo, como la que acabó el valeroso D. Quijote de la Mancha

No es posible, señor mío, sino que estas hierbas dan testimonio de que, por aquí cerca, debe de estar alguna fuente ó arroyo que estas hierbas humedece[b]; y, así, será bien que vamos un poco más adelante, que ya toparemos donde podamos[c] mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que, sin duda, causa mayor pena que la[d] hambre.»

a. ...acabada del famoso. C.$_{2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2}$, Mil., Bow. = *b. ...que estas hierbas humedecen.* Br.$_3$, Amb. — *...que á estas hierbas humedece.* Riv. — *...que las humedece.* Gasp. = *c. ...donde podremos.* Riv. = *d. ...que el hambre.* Mai.

Ha concluido el capítulo precedente con una como especie de sencilla ceremonia, acto que llena el alma de melancolía: es la imposición de nuevo nombre al héroe de la Mancha. En adelante se llamará también *el Caballero de la Triste Figura*, denominación cómica y risible para los que sólo ven, en esa figura larga, amarillenta y ojerosa, un hombre vulgar y vesánico; pero no así para los que, juzgándole víctima del ideal de perfección, se duelen de que, en cambio de sus sacrificios, reciba golpes, puñadas y cantazos, si es que no se le convierte en blanco de befa y escarnio.

Mas ahora, en la escena de los batanes, se inicia el relato con entonación poética y casi misteriosa: «...yo nací, — dice, — por querer del cielo, en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la de oro, ó la dorada, como suele llamarse»; y, luego, tras graciosa narración, cierra el capítulo con una sentencia bíblica: «...vivirás sobre la haz de la tierra, porque, después de á los padres, á los amos se ha de respetar como si lo fuesen.»

Parecióle bien el consejo á D. Quijote; y, tomando de la rienda á Rocinante y Sancho del cabestro á su asno, después de haber puesto sobre él los relieves que de la cena quedaron, comenzaron á caminar por el prado arriba á tiento, porque la escuridad[a] de la noche no les dejaba ver cosa alguna; mas no hubieron andado docientos pasos cuando llegó á sus oídos un grande[b] ruido de agua, como que de algunos grandes y levantados riscos se despeñaba. Alegróles el ruido en gran manera; y, parándose á escuchar hacia qué parte sonaba, [c] oyeron á deshora otro estruendo que les aguó el contento del agua, especialmente á Sancho, que naturalmente era medroso y de poco ánimo: digo que oyeron que daban unos golpes á compás, [d] con un cierto crujir de hierros y cadenas, que, acompañados del furioso estruendo del agua, [e] pusieran pavor á cualquier[f] otro corazón que no fuera el de D. Quijote. Era la noche, como se ha dicho, escura[g], y ellos acertaron á entrar[h] entre unos árboles altos, cuyas hojas, movidas del[i] blando viento, hacían un temeroso y manso[j] ruido; de manera que la soledad, el sitio, la escuridad[k], el ruido del[l] agua con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto, y más cuando vieron[m] que ni los golpes cesaban, ni el viento dormía, ni la mañana llegaba; añadiéndose á todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban.

Pero D. Quijote, acompañado[n] de su intrépido corazón, saltó sobre Rocinante, y, embrazando su rodela[ñ], terció su lanzón, y dijo: «— Sancho amigo, has de saber que yo nací, por querer del cielo, en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la de oro, ó la

a. ...*la oscuridad.* Arr., Mai., FK. = *b.* ...*un gran ruido de agua.* Ton., Gasp. = *c.* ...*sonaba y oyeron.* Mil. = *d.* ...*á compás y con un cierto.* Riv. = *e.* ...*del agua que pusieran.* C.$_{1\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Amb., Bow. = *f.* ...*á cualquiera.* Pell., Riv. = *g. Era la noche oscura.* Arr., Mai., FK. = *h.* ...*á estar entre.* Gasp., Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *i.* ...*movidas de blando viento.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil. = *j.* ...*y manso y ruido.* Mil. = *k.* ...*la oscuridad.* Arr., Mai., FK. = *l.* ...*el ruido de la agua.* A.$_{1\text{-}2}$, Pell., Arr., Cl., Gasp. = *m.* ...*cuando viaron.* L.$_{1\text{-}2}$. = *n.* ...*acompañando.* L.$_{1\text{-}2}$. — ...*aconsejado.* Arg.$_2$. = *ñ.* ...*embrazando su adarga.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj.

Línea 12. ...*que, acompañados del furioso estruendo del agua, pusieran pavor.* — *Que pusieran pavor,* es evidente errata de la primera edición de Cuesta. No ha de atribuirse, pues, á incorrección de Cervantes.

24. «— *Sancho amigo, has de saber que yo nací, por querer del cielo, en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la de oro, ó la dorada, como suele llamarse.*— La entonación es de lo más alto, de lo más solemne y caballeresco que se lee en esta historia. Ante ella ha de ceder el énfasis de otros muchos pasajes:

«...sabed que yo soy el valeroso D. Quijote de la Mancha, el desfacedor de agravios y sinrazones.» (I, 4.) — «...yo me llamo D. Quijote de la Mancha,

dorada, como suele llamarse. Yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos. Yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los Doce de Francia y los Nueve de la Fama, y el que ha de poner en olvido los Platires, los Tablantes, Olivantes y Tirantes, los Febos y Belianises, con toda la caterva de los famosos caballeros andantes del pasado tiempo, haciendo en este en que me hallo tales grandezas, extrañezas y fechos de armas, que escurezcan[a] las más claras que ellos ficieron[b]. Bien notas, escudero fiel y legal[c], las tinieblas desta noche, su extraño silencio, el sordo y confuso estruendo destos árboles, el temeroso ruido de aquella agua en cuya busca venimos, que parece que se despeña y derrumba desde los altos montes de la Luna, y aquel[d] incesable golpear que nos hiere y lastima los oídos; las cuales cosas, todas juntas y cada una por sí, son bastantes

a. ...*oscurezcan.* Mai., FK. = *b.* ...*hicieron.* Ton. = *c.* ...*fiel y leal.* Arr. = *d.* ...*y quel incesable.* C.$_{2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2}$, Mil., Bow. — ...*de la luna que el incesable.* Br.$_3$, Amb. — ...*de la luna con el incesable.* Ton.

caballero andante, y cautivo de la sin par y hermosa D.ª Dulcinea del Toboso.» (I, 8.) — «...yo soy un caballero de la Mancha, llamado D. Quijote, y es mi oficio y ejercicio andar por el mundo enderezando y desfaciendo agravios.» (I, 19.)— «...yo soy D. Quijote de la Mancha, cuyo asunto es acudir á toda suerte de menesterosos.» (II, 38.)

9. *Bien notas, escudero fiel y legal, las tinieblas desta noche.* — Yacen por tierra los antiguos ídolos, y lo que antes se estimaba como gala del buen gusto, llámase ahora, en frase displicente, comentario verbalista, envolviendo en la común sentencia lo mismo al simple gramático que á quienes, mirando más arriba, ven que la elegancia continúa, como la del período origen de esta nota: que esa feliz mezcla de todos los estilos en un mismo capítulo, en el largo curso de la obra; que la fusión de todos los tonos, desde el magnífico y pomposo que emplea aquí D. Quijote hasta el humilde y suplicante de que se vale Sancho en sus reflexiones para disuadirle á que no acometa la temeraria empresa; que esos cambios, sin aparente transición, de la manera más suave, volviendo luego el novelista á su papel de historiador, desenvuelto todo en una prosa clara, fácil y vivida (¡tanto la hermosean sus imágenes y personificaciones, tan grande es su encanto y embeleso!); no pueden ser hijos de frías y desmayadas reglas gramaticales, sino que, por fuerza, han de nacer de fuente más alta, de un numen inspirador, de la inagotable vena é invención en que juntamente brotaron á una la idea, el pensamiento y el ropaje que los viste y engalana.

13. ...*y aquel incesable golpear que nos hiere y lastima los oídos.* — *Quel incesable golpear...* Así se lee en la segunda y tercera ediciones de Cuesta. Si Cervantes corrigió la tercera, ¿quién había introducido en la segunda la variante *quel?* El *quel* no forma sentido, y volvemos á nuestro argumento: si el autor estaba en Madrid é hizo la corrección, ¿cómo dejó tamaño disparate?

á infundir miedo, temor y espanto en el pecho del mesmo[a] Marte, cuanto más en aquél que no está acostumbrado á semejantes acontecimientos y aventuras. Pues, todo esto que yo te pinto, son incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya hace que el corazón me[b] reviente en el pecho con el deseo que tiene de acometer esta aventura, por más dificultosa que se muestra[c]. Así que aprieta un poco las cinchas á Rocinante, y quédate á Dios, y espérame aquí hasta tres días no más, en los cuales[d], si no volviere, puedes tú volverte á nuestra aldea, y desde allí, por hacerme merced y buena obra, irás al Toboso, donde dirás á la incomparable señora mía Dulcinea que su cautivo caballero murió por acometer cosas que le hiciesen digno de poder llamarse suyo[e]. »

Cuando Sancho oyó las palabras de su amo, comenzó á llorar con la mayor ternura del mundo y á decille[f]: « — Señor, yo no sé por qué quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa aventura. Ahora[g] es de noche, aquí no nos ve nadie: bien podemos torcer el

a. ...*mismo*. C.$_3$, Arg.$_2$, Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Mai., FK. = *b.* ...*el corazón reviente*. Ton. = *c.* ...*que se muestre*. Arg.$_1$. = *d.* ...*tres días no más, después de los cuales*. Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *e.* ...*de poderse llamar suyo*. Ton. = *f.* ...*y á decirle*. C.$_{2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton., A.$_{1\text{-}2}$, Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Arg.$_1$, Mai., Benj. = *g.* ...*Agora es de noche*. Riv.

13. *Cuando Sancho oyó las palabras de su amo, comenzó á llorar con la mayor ternura del mundo.* — Hacer el recuento de los infinitos casos en que los escuderos derraman lágrimas de ternura, cuando tienen la casi evidencia de que corre riesgo la vida de sus amos si acometen esta ó aquella aventura, fuera tarea, sobre difícil, enteramente baldía; porque las lágrimas, hijas del temor que infunde lo desconocido, hijas de la tierna simpatía que despierta, aun en las almas sencillas, una acción caballeresca, son comunes en todos los hombres. Cervantes no hace llorar al buen Sancho porque también lloraran otros escuderos. Tan mezquina crítica aparta los ojos de lo esencial: el *Quijote* no es un nuevo libro de caballerías, sino parodia, burla de sus absurdos, finísima sátira de las inverosimilitudes que á cada paso en ellos se leen. ¿No lo es, por ventura, la escena que ahora transcribimos del mejor de los libros (1) de este linaje?:

«Dijo Amadís: «— Da voces, Gandalín, porque por ellas podrá ser que el Endriago (2) á nosotros acudirá; et ruégote mucho que si aquí moriere, procures de llevar á mi señora Oriana aquello que es suyo enteramente, que será mi corazón; é dile que gelo envío por no dar cuenta ante Dios de cómo lo ajeno llevaba comigo.» Cuando Gandalín esto oyó, no solamente dió voces, mas mesando sus cabellos, llorando, dió grandes gritos, deseando su muerte antes que ver la de aquel su señor, que tanto amaba, et no tardó mucho que vieron salir

(1) *Amadís de Gaula*, t. III, pág. 230.

(2) Era un monstruo que tenía el diablo en el cuerpo. Despobló, para fijar en ella su residencia, la ínsula que lleva su nombre, *ó sea del Diablo*.

camino y desviarnos del peligro, aunque no bebamos en tres días; y, pues no hay quien nos vea, menos habrá quien nos note de cobardes: cuanto más que yo he oído[a] predicar al[b] cura de nuestro lugar, que vuestra merced[c] bien conoce, que quien busca el peligro perece[d] en él. Así que no es bien tentar á Dios acometiendo tan desaforado hecho, donde no se puede escapar sino por milagro; y basta los que ha hecho el cielo con vuestra merced en librarle de ser manteado, como yo lo fuí, y en sacarle vencedor, libre y salvo de[e] entre tantos enemigos como acompañaban al difunto; y, cuando todo esto no mueva ni ablande ese duro corazón, muévale el pensar y creer que, apenas se habrá vuestra merced apartado de aquí, cuando yo, de miedo, dé mi ánima á quien quisiere llevarla. Yo salí de mi tierra y dejé hijos y mujer por venir á servir á vuestra merced, creyendo valer más y no menos; pero, como la cudicia[f] rompe el saco, á mí me ha rasgado mis esperanzas, pues cuando más vivas las tenía de alcanzar aquella negra y malhadada ínsula, que tantas veces vuestra merced me ha prometido, veo que, en pago y trueco della, me quiere ahora dejar en un[g] lugar tan apartado del trato humano. Por un solo Dios, señor mío, que non[h] se me faga tal desaguisado; y, ya que del todo no quiera vuestra merced desistir de acometer este fecho[i], dilátelo á lo menos hasta la[j] mañana, que, á lo que á

a. ...*cuanto más que yo he oído muchas veces predicar*. C.$_3$, A.$_3$, Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. — ...*cuanto más que yo di predicar*. L.$_{1\text{-}2}$. = *b.* ...*predicar el cura*. FK. = *c.* ...*que vuestra merced muy bien conoce*. C.$_3$, A.$_3$, Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *d.* ...*parece en él*. L.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$. = *e.* ...*libre y salvo entre tantos enemigos*. Gasp. = *f.* ...*la codicia*. Br.$_3$, Amb., Ton., Gasp., Mai., FK. = *g.* ...*en lugar tan apartado*. Mil. = *h.* ...*que no se me faga*. V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_3$, Amb., Ton., Bow., Riv. = *i.* ...*ese fecho*. Ton. — ...*este hecho*. Mai. = *j.* ...*dilátelo á lo menos hasta mañana*. Amb.

de entre las peñas el Endriago, muy más bravo é fuerte que lo nunca fué... É cuando el de la Verde Espada vió que á caballo á él no se podía llegar, descendió muy presto é dijo á Gandalín: «— Hermano, tente afuera en ese caballo, porque ambos no nos perdamos, et mira la ventura que Dios me querrá dar contra este diablo tan espantable, é ruégale que por la su piedad me guíe como le quite yo de aquí, y sea esta tierra tornada al su servicio; e si aquí tengo de morir, que me haya merced del ánima, y en lo otro faz como te dije.» Gandalín no le podo responder, tan recíamente lloraba, porque su muerte veía tan cierta, si Dios milagrosamente no lo escapase.»

3. *...yo he oído predicar al cura de nuestro lugar, que vuestra merced bien conoce.* — En la tercera edición de Cuesta se lee: «...yo he oído *muchas veces* predicar al cura de nuestro lugar, que vuestra merced *muy* bien conoce.» Si las supuestas *correcciones* del novelista fuesen ciertas, habríamos de tenerle por escritor nimio, por no decir apocado.

mí me muestra la ciencia que aprendí cuando era pastor, no debe de[a] haber desde aquí al alba tres horas, porque la boca de la bocina está encima de la cabeza, y hace la media noche en la línea del brazo izquierdo.

— ¿Cómo puedes tú, Sancho, — dijo D. Quijote, — ver dónde hace esa línea, ni dónde está esa boca ó ese colodrillo que dices, si hace la noche tan escura[b] que no parece en todo el cielo estrella alguna?

— Así es, — dijo Sancho; — pero tiene el miedo muchos ojos, y ve las cosas debajo de tierra, cuanto más encima en el cielo, puesto que, por buen discurso, bien[c] se puede entender que hay[d] poco de aquí al día.

— Falte lo que faltare, — respondió D. Quijote, — que no se ha de decir por mí, ahora ni[e] en ningún tiempo, que lágrimas y ruegos me apartaron de hacer lo que debía á estilo de caballero; y, así, te ruego, Sancho, que calles[f], que Dios, que me ha puesto en corazón[g] de acometer ahora esta tan no vista y tan[h] temerosa aventura, tendrá cuidado de mirar por mi salud y de consolar tu tristeza. Lo que has de hacer es apretar bien las cinchas á Rocinante y quedarte aquí, que yo daré la vuelta presto[i] ó vivo ó muerto.»

Viendo, pues, Sancho la última resolución de su amo, y cuán poco valían con él sus lágrimas, consejos y ruegos, determinó de aprovecharse de su industria, y hacerle[j] esperar hasta el día si pudiese; y, así, cuando apretaba las cinchas al caballo, bonitamente y sin ser sentido, ató con el cabestro de su asno ambos pies[k] á Rocinante; de manera que, cuando D. Quijote se quiso partir, no pudo, porque el caballo no se podía mover sino á saltos[l].

a. ...no debe haber desde aquí al alba. C.$_3$, Bow. — *b. ...la noche tan oscura.* Arr., Mai., FK. — *c. ...por buen discurso se puede entender.* Ton. — *d. ...que falta poco de aquí al día.* Arg.$_{1\text{-}4}$., Benj. — *e. ...ahora en ningún tiempo.* Mil. — *f. ...que callas.* Amb. — *g. ...que me ha puesto en el corazón de acometer.* Ton. — *...que me ha puesto en condición de acometer.* Arg.$_3$. — *h. ...esta tan no vista y temerosa aventura.* Benj. — *i. ...que yo daré la vuelta ó vivo ó muerto.* L.$_{1\text{-}2}$. — *j. ...y hacérsele esperar.* L.$_3$. — *k. ...ató con el cabestro de su asno ambas manos á Rocinante.* Gasp. — *l. ...no se podía mover sino á saltos, á saltos.* L.$_{1\text{-}2}$.

13. *...no se ha de decir por mí... que lágrimas y ruegos me apartaron de hacer lo que debia á estilo de caballero.* — Parece vulgaridad advertir que *estilo* significa *uso, costumbre, práctica.*

En el *Viaje del Parnaso*, cap. 1, se lee:

«Usan los marineros de su *estilo*,
Cubren la popa con tapetes tales
Que es oro y sirgo de su trama el hilo.»

Viendo Sancho Panza el buen suceso de su embuste, dijo: «— Ea, señor, que el cielo, conmovido de mis lágrimas y plegarias, ha ordenado que no se pueda mover Rocinante; y, si vos queréis[a] porfiar y espolear y dalle[b], será enojar á la fortuna, y dar coces, como dicen, contra el aguijón.»

Desesperábase con esto D. Quijote, y, por más que ponía las piernas al caballo, menos[c] le podía mover; y, sin caer en la cuenta de la ligadura, tuvo por bien de sosegarse y esperar ó á que amaneciese ó á que Rocinante se menease, creyendo, sin duda, que aquello venía de otra parte que de la industria de Sancho; y, así, le dijo: «— Pues así es, Sancho, que Rocinante no puede moverse, yo soy contento de esperar á que ría el alba, aunque yo llore[d] lo que ella tardare en venir.

— No hay que llorar, — respondió Sancho, — que yo entretendré á vuestra merced contando cuentos desde aquí al día, si ya no es que se quiere apear y echarse á dormir un poco sobre la verde hierba, á uso de caballeros andantes, para hallarse más descansado cuando llegue el día y punto de acometer esta tan desemejable aventura que le espera.

— ¿Á qué llamas apear, ó á qué dormir? — dijo D. Quijote. — ¿Soy yo, por ventura, de aquellos caballeros que toman reposo en los peligros? Duerme tú, que naciste[e] para dormir, ó haz[f] lo que quisieres, que yo haré lo que viere que más viene con mi pretensión.

— No se enoje vuestra merced, señor mío, — respondió Sancho, — que no lo[g] dije por tanto.»

Y, llegándose á él, puso la una mano en el arzón delantero y la otra en el otro[h], de modo que quedó abrazado con el muslo izquierdo de su amo, sin osarse apartar dél un dedo: tal era el miedo que

a. ...se pueda mover Rocinante, así pues querer porfiar. Arg.$_3$. — *b. ...darle.* Mai. — *c. ...al caballo, no le podía mover.* Gasp. — *d. ...aunque yo lloro.* L.$_3$. — *...aunque llore.* Mil. — *e. ...que naciste.* C.$_3$, Bow. — *f. ...ó hace.* L.$_3$. — *g. ...no le dije.* — *h. ...y al otro en el otro.* C.$_3$, Br.$_{1\text{-}2}$. — *...y el otro en el otro.* C.$_3$.

1. *Viendo Sancho Panza el buen suceso de su embuste.* — «*Industria* escribiria Cervantes aquí, — dice Hartzenbusch, — porque antes leemos «...determinó de aprovecharse de su *industria*», y después, «...aquello venia de otra parte que de la *industria* de Sancho». Las tres veces se trata del mismo hecho.»

¡Triste sino, hablando á lo vulgar, el del autor del *Quijote!* Si dormita á veces como el *buen Homero*, censura al canto (y vaya otro vulgarismo); si acierta, si huyendo de enfadosa repetición usa de una elegancia, también descarga sobre él fuerte palmetazo.

tenía á los golpes que todavía alternativamente sonaban. Díjole D. Quijote que contase algún cuento para entretenerle[a], como se lo había prometido; á lo que[b] Sancho dijo que sí hiciera si le dejara el temor de lo que oía.

« — Pero, con todo eso, yo me esforzaré á decir una historia que, si la acierto á contar y no me van á la mano, es la mejor de las historias; y estéme vuestra merced atento, que ya comienzo: « Érase que se era[c], el bien que viniere[d] para todos sea, y el mal para quien lo[e] fuere á buscar. » Y advierta vuestra merced, señor mío, que el principio que los antiguos dieron á sus consejas no fué así como

a. ...*para entretenerse.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil. = *b.* ...*á lo cual Sancho.* Pell., A.$_1$, Arr. = *c. Érase que será.* Amb. = *d.* ...*que viniera.* Bow. = *e.* ...*le fuere.* Arr., Arg.$_2$.

7. *Érase que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal para quien lo fuere á buscar.* — Cita Pellicer, á este propósito, lo que escribió Rodrigo Caro (1) cuando dijo que los muchachos y la gente rústica empezaban los cuentos con esta entradilla: *Érase lo que era: el mal que se vaya, el bien que se venga; el mal para los moros, el bien para nosotros;* y añade que, en esto, imitaban lo dicho por Plutarco (2).

Quevedo, al fin de la *Visita de los chistes*, finge toparse con una pobre mujer cargada de bodigos y llena de males y plañiendo: « — ¿Quién eres, — la dije, — mujer desdichada? » « — La *manceba del Abad*, — respondió ella, — que anda en los cuentos de niños, partiendo el mal con el que le va á buscar. » Y, así, dicen las empuñadoras de las consejas: « Y el mal para quien le fuere á buscar y para la *manceba del Abad*. »

El supuesto Avellaneda (3) amplía este comenzar: « Érase que se era, que en hora buena sea, el bien que viniere para todos sea, y el mal para la *manceba del Abad;* frío y calentura para la amiga del cura, dolor de costado para la ama del vicario y gota de coral para el rufo sacristán, hambre y pestilencia para los contrarios de la Iglesia. »

Que en todo fuese artista nuestro Cervantes, aun cuando parece echarse en brazos del vulgo, lo acredita este consejo sobre la manera de narrar:

« Si en contar las condiciones de los amos que has tenido y las faltas de sus oficios te has de estar, amigo Berganza, tanto como esta vez, menester será pedir al cielo nos conceda la habla siquiera por un año, y aun temo que, al paso que llevas, no llegarás á la mitad de tu historia. Y quiérote advertir de una cosa, de la cual verás la experiencia cuando te cuente los sucesos de mi vida; y es que los cuentos unos encierran y tienen la gracia en ellos mismos; otros, en el modo de contarlos: quiero decir que algunos hay que, aunque se cuenten sin preámbulos y ornamentos de palabra, dan contento; otros hay que es menester vestirlos de palabras, y, con demostraciones de rostro y de las manos, y con mudar la voz, se hacen algo de nonada, y de flojos y desmayados se vuelven agudos y gustosos; y no se te olvide este advertimiento para aprovecharte dél en lo que te queda por decir. »

(1) *Días-Geniales*, diálogo V, § 3.
(2) *Symposio*, 6.
(3) *Don Quijote*, cap. 21.

quiera, que fué una sentencia de Catón Zonzorino[a], romano, que dice: *y el mal para quien lo fuere*[b] *á buscar*, que viene aquí como anillo al dedo, para que vuestra merced se esté quedo, y no vaya á buscar el mal á ninguna parte, sino que nos volvamos por otro camino, pues nadie nos fuerza á que sigamos éste donde tantos miedos nos sobresaltan.

— Sigue tu cuento, Sancho, — dijo D. Quijote, — y del camino que hemos de seguir déjame á mí el cuidado.

— Digo, pues, — prosiguió Sancho, — que en un[c] lugar de Extremadura había un pastor cabrerizo, quiero decir, que guardaba cabras; el cual pastor ó cabrerizo, como digo, de mi cuento, se llamaba Lope[d] Ruiz; y este Lope[e] Ruiz andaba enamorado de una pastora que se llamaba Torralba; la cual pastora llamada[f] Torralba era hija de un ganadero rico; y este ganadero rico...

— Si desa manera cuentas[g] tu cuento, Sancho, — dijo D. Quijote, — repitiendo dos veces lo que vas diciendo, no acabarás en dos días. Dilo seguidamente, y cuéntalo como hombre de entendimiento; y, si no, no digas nada.

— De la misma manera que yo lo cuento, — respondió Sancho, — se cuentan[h] en mi tierra todas las consejas, y yo no sé contarlo de otra, ni es bien que vuestra merced me pida que haga usos nuevos.

— Di como quisieres, — respondió D. Quijote; — que, pues la suerte quiere que no pueda dejar de escucharte, prosigue.

— Así que, señor mío de mi ánima, — prosiguió Sancho, — que[i], como ya tengo dicho, este pastor andaba enamorado de Torralba la pastora, que era una moza rolliza, zahareña, y tiraba algo á[j] hombruna, porque tenía unos pocos[k] bigotes, que parece que ahora[l] la veo.

— Luego, ¿conocístela[m] tú? — dijo D. Quijote.

— No la conocí yo, — respondió Sancho; — pero quien me contó este cuento me dijo que era tan cierto y verdadero, que podía bien, cuando lo contase á otro, afirmar y jurar que lo había visto todo. Así que, yendo días y viniendo días, el diablo, que no duerme y que

a. ...*Conrocino.* Br.$_{1\text{-}2}$. — ...*Conzorino.* L.$_3$. = *b.* ...*quien le fuere á buscar.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$. V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton., A.$_2$, Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj., FK. — ...*quien le fuera.* Gasp. = *c.* ...*que en lugar.* L.$_3$. = *d.* ...*Lopez Ruiz.* L.$_3$, Mai. = *e.* ...*y este Lopez Ruiz.* L.$_3$, Mai. = *f.* ...*que se llamaba Torralba era.* L.$_{1\text{-}2}$. — ...*Torralba, la cual pastora que se llamada Torralba era.* Arr. = *g.* ...*cuenta tu cuento.* C.$_2$. = *h.* ...*se cuenta en mi tierra.* V.$_{1\text{-}2}$. = *i.* ...*Sancho, como tengo dicho.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *j.* ...*y tiraba algo al hombruna.* Br.$_{1\text{-}2}$. = *k.* ...*porque tenía unos pocos de bigotes.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}2}$, Mal., FK. = *l.* ...*que agora la veo.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil. = *m.* ...*cococístela tú.* C.$_3$, Bow.

todo lo añasca[a], hizo de manera que el amor que el pastor tenía á la[b] pastora se volviese en homecillo y mala voluntad; y la causa fué, según malas[c] lenguas, una cierta cantidad de celillos que ella le dió, tales, que pasaban de la raya y llegaban á lo vedado. Y fué tanto lo que el pastor la aborreció de allí adelante, que, por no verla, se quiso ausentar de aquella tierra é irse donde sus ojos no la viesen jamás. La Torralba, que se vió desdeñada del Lope[d], luego le quiso bien, más que nunca le había querido.

— Esa es natural condición de mujeres, — dijo D. Quijote: — desdeñar á quien las quiere, y amar á quien las aborrece. Pasa adelante, Sancho[e].

— Sucedió, — dijo[f] Sancho, — que el pastor puso por obra su determinación, y, antecogiendo sus cabras, se encaminó por los campos de Extremadura para pasarse á los reinos de Portugal. La Torralba, que lo supo, se[g] fué tras él, y seguíale á pie y[h] descalza desde lejos, con un bordón en la mano y con unas alforjas[i] al cuello, donde llevaba[j], según es fama, un pedazo de espejo y otro de un peine, y no sé qué botecillo de mudas para la cara. Mas, llevase lo

a. ...añesca. Br.$_3$, Amb., Ton. = *b. ...á su pastora.* Amb., A.$_1$, Arr. = *c. ...según las lenguas.* L.$_3$. = *d. ...de Lope.* Ton., Riv. — *...del Lopez.* Mai. = *e.* Omite *Sancho.* Arr. = *f. Sucedió, pues, prosiguió Sancho.* Ton. = *g. ...supo fué tras él.* Gasp. = *h. ...á pie descalza.* L.$_3$. = *i. ...forjas.* L.$_{1\text{-}2}$. = *j. ...llegaba.* Br.$_{1\text{-}2}$.

17. *...donde llevaba, según es fama, un pedazo de espejo y otro de un peine, y no sé qué botecillo de mudas para la cara.* — *Mudas* se llaman los afeites con que las mujeres procuran hermosear sus caras. Los usaron en todos los tiempos; y, aunque sea fácil mostrarse erudito trayendo citas de griegos y romanos, nosotros hablaremos únicamente de la mujer española, porque la historia de su mudable y caprichoso atavío puede revelar, en parte, al sociólogo, el refinamiento, decadencia ó esplendor de nuestro pueblo, y enseñar, por modo práctico, al filólogo, cómo en la vida de las palabras se cumple la sentencia de Horacio:

.....cadentque
Quae nunc sunt in honore vocabula, si volet usus.
(Epistola *Ad Pisones*, v. 70.)

Así, la palabra *mudas*, pongamos por caso, que en el siglo XVI estaba en gran predicamento, ha venido á caer poco menos que en desuso. Agustín de Rojas, en su *Viaje entretenido* (1), escribe:

«Rojas. — Mujeres hay que ponen su felicidad en beber vino, como otras en afeitarse el rostro.

Solano. — Ninguna cosa apruebo, digo, cuando es demasiado. Que algunas tienen tanta necesidad en esto, que hay más botes en su casa que redomas en una botica, aprovechándose de mil untos, aceites, aguas y *mudas*.»

(1) Lib. I, pág. 83. — Madrid, 1901.

que llevase, que yo no me quiero meter ahora en averiguallo[a], sólo diré[b] que dicen que el pastor llegó con su ganado á pasar el río Guadiana, y en aquella sazón iba crecido y casi fuera de madre, y, por la parte que llegó, no había[c] barca ni barco, ni quien le pasase á él

a. ...averiguarlo. Mai. = *b. ...diere.* C.$_1$. = *c. ...no se veía barca.* Arg.$_1$.

En *Las ferias de Madrid*, de Lope de Vega, hay clara alusión á este último vocablo:

«¿Viste cómo llevaba enalmagradas
Las dos mejillas de violeta ó lirio,
Ya de jazmín y rosa matizadas?
¡Cuánto val la *mudanza* y el martirio!»

Se ha cumplido la profecía del Venusino; pues, como dice un erudito catedrático (1), «¿Qué dama distinguida y elegante osará hoy llamar *sebillos* á las pomadas más exquisitas del tocador, *blandurillas* á los perfumes líquidos del mismo y *mudas* á la cascarilla, *cold-cream* y demás pastas de perfumería, como los llamaba Cervantes en su *Quijote*?»

Que no habla en favor de la austeridad de costumbres el uso que de los afeites hicieron en todo tiempo las españolas, lo prueban claramente los ejemplos que ahora siguen. En unas *Seguidillas* viejas, copió un escritor (2) del siglo XVII ésta:

«Á porfía se juntan
Todas las damas,
Á porfía se juntan
(Untan)
Todas las caras.»

Lupercio Leonardo de Argensola escribió en una de sus sátiras:

«¿Quién podrá numerar las garrafillas
Dedicadas al sucio ministerio,
Ungüentos, botecillos y pastillas?...
La leche con jabón veréis cocida
Y de varios aceites composturas,
Que no sabré nombrarlas en mi vida.
Aceite de lagartos, y rasuras
De ajonjolí, jazmín y adormideras,
De almendras, nata y huevos mil mixturas.
Aguas de mil colores y maneras
De rábanos y azúcar, de simiente
De melón, calabazas y de peras.»

Amarga censura es la de Vargas Ponce:

«La que jabelga el arrugado cuero,
La que con vidrio y pez se rapa el bozo.»
(Proclama de un solterón á las que aspiran á su mano.)

(1) D. Arturo Masriera.

(2) *Arte grande de la Lengua castellana*, compuesto en 1626 por el maestro Gonzalo Correas, catedrático de Salamanca: publícalo por primera vez el conde de la Viñaza. — Madrid, 1903.

ni á su ganado de la otra parte; de lo que se congojó[a] mucho, porque veía que la Torralba venía ya muy cerca, y le había de dar mucha pesadumbre con sus ruegos y lágrimas. Mas, tanto anduvo mirando, que vió un pescador que tenía junto á sí un barco tan pequeño que solamente podían[b] caber en él una persona y una cabra; y, con todo esto, le habló y concertó con él que le pasase á él y á trescientas cabras que llevaba. Entró el pescador en el barco y pasó una cabra; volvió, y pasó otra; tornó á volver, y tornó á pasar otra.

a. ...se consejó mucho. Br.$_3$, Amb. = *b. ...podía caber.* Mai.

7. *...y pasó una cabra; volvió, y pasó otra; tornó á volver, y tornó á pasar otra.* — Presumiendo neciamente, el ensoberbecido Avellaneda, que su narración aventajaba en gracia y donaire á la del ingenio complutense, se vuelve contra éste, y, en visible alusión, aunque dirigiéndose á Sancho, al grosero Sancho, *engendrado en Tordesillas*, le dice (cap. 21):

«— Quitate allá, animalazo, — dijo D. Quijote. — ¿Qué has de contar que sea de consideración? Saldrásnos á moler con una frialdad á mí y á estos señores, como me moliste en el bosque en que encontré con aquellos seis valerosos gigantes en figura de batanes, con la necia historia de Lope Ruiz, cabrerizo extremeño, y de su pastora Torralba, vagabunda perdida por sus pedazos, hasta seguirle enamorada dellos, desde Portugal hasta las orillas del Guadiana, en las cuales atollaron sus cabras tu cuento y mis narices con el mal olor con que atrevido las sahumaste.»

Cual las aventuras y empresas todas se tornaban para D. Quijote en fracasos, desventuras, en serios ó risibles desengaños; así la gracia, la viveza, el colorido en el narrar, que no parece sino que se nacieron con Cervantes, volvíanse, bajo la pluma de su émulo, en frialdad, insulsez, torpeza, cuando no en desmayada imitación. Nególe el cielo las dotes de felicísimo narrador, y tampoco le concedió el arte de saber enfocar un asunto. Otro que no tuviera su resfriado ingenio; otro que como él alardease de originalidad y de erudición eclesiástica, puesto en la mira de intransigente negación; otro que no reconociese en su para él mezquino rival la destreza incomparable de remozar las ideas al compás de ajena inspiración; pudo decirle: «De una en otra edad se ha guardado la memoria del cuento de las cabras, junto con las travesuras y enredos de la enamorada Torralba, si bien el bautismo de este nombre corresponde á Cervantes, como le pertenece la gloria de haber subido á la cumbre de genio narrador.»

Por los días de Alfonso VI, venida de la India por conducto de los árabes, esparció el converso Pero Alfonso la semilla destinada á florecer más tarde en el campo de las literaturas vulgares.

Cierto, en su *Disciplina Clericalis*, amalgamado con enseñanzas religiosas, fábulas, apólogos y cuentos, se halla el de las cabras, licencioso ejemplo de la astucia y suspicacia de las mujeres. No lo tomó de aquí el novelista, sino de una colección esópica del siglo XV, en que ya, después de larguísima peregrinación y no pocas transformaciones, venía incorporado á ella.

Que el cuento no era nuevo, y que ha recorrido todo el mundo (desde la India á la Persia, desde la Arabia á Grecia, y desde ésta á Italia, á Francia y á España), lo acreditan las investigaciones de los que han puesto de resalto el

Tenga vuestra merced cuenta con[a] las cabras que el pescador va pasando; porque, si se pierde una de la memoria, se acabará el cuento y no será posible contar más palabra dél. Sigo, pues, y digo que el desembarcadero de la otra parte estaba lleno de cieno y resbaloso, y tardaba el pescador mucho tiempo en ir y volver. Con todo esto, volvió por otra cabra, y otra[b] y otra.

a. ...cuenta en las cabras. C.$_{1\text{-}2}$, L.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton., A.$_1$, Mai., FK. = *b. ...cabra, y otras y otra.* Br.$_3$, Amb., Ton.

tesoro de los cuentos y apólogos orientales, «que, después de haber servido para recrear á los califas de Bagdad, á los monarcas sanasidas y á los contemplativos solitarios de las orillas del Ganges, pasaron de la predicación budista á la cristiana» (1).

Para los eruditos que sólo ven lo que tienen más cerca, el cuento es italiano ó francés. Y, así, dicen (2):

«Con efecto, Francisco Sansovino, queriendo, al parecer, imitar el *Decamerón*, de Boccacio, publicó *Cento novelle scelte*, que se imprimieron en Venecia el año de 1575. Al fin se añadieron las *Cento novelle antiche*, y en la XXXI se lee el caso que cita Bowle, y que en el fondo y substancia es muy semejante al de la pastora Torralba. D. Juan Antonio Pellicer extendió las noticias de Bowle, traduciendo el cuento italiano, y afirmando que Cervantes *lo varió y mejoró tanto, que lo hizo suyo*. En esta parte no estoy de acuerdo con Pellicer. Cervantes varió el cuento, mudó los nombres y escena de los actores, pero le quitó lo principal, que es la oportunidad y el chiste, que los lectores del *Quijote* buscan en él y no encuentran. Según el texto italiano, un gran señor tenía un fabulista para que le divirtiese con sus cuentos las noches largas de invierno. En una ocasión que el amo le pidió un cuento y el criado tenía mucha gana de dormir, empezó éste á contar el de un aldeano que, volviendo de la feria con el ganado que había comprado, lo iba pasando al otro lado de un río muy ancho, en una barquilla donde sólo cabían una res y el aldeano. Como se estaba durmiendo, contaba despacio, y el señor, impaciente, le decía que pasase adelante. «— Dejemos, — contestó, — pasar el ganado, que para ello necesita mucho tiempo, y luego proseguiré; entre tanto, podemos dormir á nuestro placer.» He aquí el motivo y oportunidad del silencio del fabulista; para el de Sancho, no había motivo ni ocasión.

Y ¿se acaba aquí la antigüedad del cuento de la pastora Torralba? Respondo que no. El cuento no había nacido en Italia; existía ya tres siglos antes en francés antiguo y en verso, como se lee en la colección de las composiciones de esta clase que imprimió M. de Barbazan el año de 1756, y después se publicó muy aumentada en el de 1808. El lenguaje manifiesta la edad en que se escribió la conseja:

CONTE DU FABLEOR

Un Roi un Fableor avoit
A qui deduire se souloit.
Une nuit avoit molt conté
Si qui tot en estoit lassé.

(1) *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, Mayo 1905.
(2) Clemencín. *Notas al «Quijote»*, t. II.

— Haz cuenta que las pasó todas, — dijo D. Quijote. — No andes yendo y viniendo desa manera, que no acabarás de pasarlas en un año.

— ¿Cuántas han pasado hasta ahora[a]? — dijo Sancho.

— ¡Yo qué diablos sé! — respondió D. Quijote.

— He ahí lo que yo dije, que tuviese buena cuenta[b]; pues por Dios que se ha acabado el cuento, que no hay pasar adelante.

— ¿Cómo puede ser eso? — respondió[c] D. Quijote. — ¿Tan de esencia de la historia es saber las cabras que han pasado por extenso, que, si se yerra una del número, no puedes seguir adelante con la historia?

a. ...hasta agora. C.$_1$, L.$_3$. — *b. ...que tuviese buena cuenta, dijo Sancho, pues por Dios que se ha acabado.* Br.$_{1\text{-}3}$. — *c. ...replicó D. Quijote.* Ton.

Requist le Roi qu'il puist dormir,
Mais li Roi nel'volt pas soffrir:
Commanda li que plus contast,
Et d'un gran conte s'aquitast,
Et puis le lairoit reposer,
Plus ne li querroit demander.
Quant el ne pot, si li conta,
Et si faitement commença.
Uns hom estoit qui cent sols ot,
Et berbiz achater en volt:
Deux cens berbiz en acheta,
Chascune six deniers couta.
Ses berbiz chaça vers maison:
Si estoit en cele saison,
Que les eves sont auques lees
Et par croissance desrivées:
Quant il ne pot nul pont trover,
Ne sait par où il puist passer,
Atant trueve une nacelete
Qui molt est foible et petitete,
Ne pot que deux berbiz porter
Et celui qui les dut passer.
Li vileins deus berbiz i mist,
Il meisme an gouvernal sist
Molt soavet s'en vait nagant.
Li Fablierres se tust atant.
Li Roi l'ala molt semonant;
Quar conte tost, dist il avant:
Sire, dist-il, la nacelete
Est molt foible et petitete,
L'aive est molt grant outre à passer,
Berbiz i a molt à porter:
Or laissons les berbiz passer,
Et puis porrons assez conter.»

— No, señor, en ninguna manera, — respondió Sancho; — porque, así como yo pregunté á vuestra merced que me dijese cuántas cabras habían pasado y me respondió que no sabía[a], en aquel mesmo[b] instante se me fué á mí de la memoria cuanto me quedaba por decir, y á fe que era de mucha virtud[c] y contento.

— De modo, — dijo D. Quijote, — que ya la historia es acabada.

— Tan acabada es como mi madre, — dijo Sancho.

— Dígote, de verdad, — respondió D. Quijote, — que tú has contado una de las más nuevas consejas, cuento ó historia que nadie pudo pensar en el mundo, y que, tal modo de contarla ni dejarla, jamás se podrá ver ni habrá visto en toda la vida, aunque no esperaba yo otra cosa de tu buen discurso. Mas no me maravillo, pues quizá estos golpes que no cesan te deben de tener turbado el entendimiento.

— Todo puede ser, — respondió Sancho; — mas yo sé que, en lo de mi cuento, no hay más que decir[d], que allí se acaba do comienza el yerro de la cuenta del pasaje de[e] las cabras.

— Acabe norabuena[f] donde quisiere, — dijo D. Quijote, — y veamos si se puede mover Rocinante.» Tornóle á poner las piernas, y él tornó á dar saltos y á estarse quedo. ¡Tanto estaba de bien atado!

En esto parece ser, ó que el[g] frío de la mañana, que ya venía, ó que Sancho hubiese cenado algunas cosas lenitivas, ó que fuese cosa natural (que es lo que más se debe creer), á él le vino en voluntad y deseo de hacer lo que otro no pudiera hacer por él; mas era tanto el miedo que había entrado en su corazón, que no osaba

a. ...que no cabía. C.$_2$. — *...que no lo sabía.* Ton. = *b. ...mismo.* C.$_3$, Bow., Pell., Mal., FK. = *c. ...mucha verdad y contento.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *d. ...decir sino que allí.* Br.$_{1\text{-}2}$. = *e. ...del pasaje que las cabras.* V.$_1$. = *f. Acabe en hora buena.* L.$_{1\text{-}2}$. = *g. ...ó que del frío de la mañana.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj.

22. *En esto parece ser, ó que el frío de la mañana, que ya venía,* etc...

— *Peor es meneallo, amigo Sancho.*» — Aun concediendo, como ha de concederse, que el incidente no debió ser asunto de la fábula, y aun admitiendo que no luzca en este episodio el grande y profundo naturalismo de Cervantes, fuerza será convenir que, si no trocó en adorno y gala del idioma materia tan expuesta á caer en lo bajo y repugnante, acertó, sin embargo, á pintar, con sin igual donaire, aquello que no se puede ni debe decir; y, si no, júzguese, por contraposición, entre el realismo de este cuadro y el torpe *naturalismo* de los que se nos ofrece en el *Quijote* apócrifo.

Del contraste entre una y otra novela surgen elementos bastantes para aquilatar el mérito de entrambos autores. En verdad, mientras el falso Avellaneda se deleita en describir las funciones más feas y hediondas del organis-

apartarse un negro de uña de su amo. Pues, pensar de no[a] hacer lo que tenía gana, tampoco era posible; y, así, lo que hizo por bien de paz, fué soltar la mano derecha, que tenía asida al arzón trasero, con la cual, bonitamente y sin rumor alguno, se soltó la lazada corrediza con que los calzones se sostenían sin ayuda de otra alguna, y, en quitándosela, dieron luego abajo, y se le quedaron como grillos: tras esto, alzó la camisa lo mejor que pudo, y echó al aire entrambas posaderas, que no eran muy pequeñas. Hecho esto (que él pensó que era lo más que tenía que hacer para salir de aquel terrible aprieto y angustia), le sobrevino otra mayor, que fué que le pareció que no podía mudarse sin hacer estrépito y ruido, y comenzó á apretar los dientes y á[b] encoger los hombros, recogiendo en sí el

a. Pues, pensar que no había de hacer lo que tenía gana. Tox. = *b. ...y comenzó á apretar los dientes y encoger los hombros.* A.$_1$, Pell., Arr.

mo, al Príncipe de los novelistas le bastan cuatro pinceladas fisiológicas, hijas de la observación más discreta, para salir triunfante de pormenores que Horacio (1), hablando en general, aconseja al escritor huya, para que el pudor ó las exigencias del arte no le arrastren á punto donde le fuere imposible salir sin mancilla:

...nec desilies imitator in artum,
Unde pedem proferre pudor vetet aut operis lex.

Obra de profanación es traer á estas páginas citas del más escatológico y peor oliente de nuestros escritores; pero como todavía sean muchos, señaladamente en España, los que se atreven á sostener que el encubierto continuador de la sin par novela, de no haberse publicado la segunda parte, ocuparía lugar distinguido en la república de las letras, será bien que, venciendo natural repugnancia, les demos en ojos con frases propias de naturalismo *á lo Zola*, y del que se encuentra en libros que constituyen familia aparte.

Ahí van (perdone el lector), tomados á barrisco, nauseabundos pasajes:

«Estábase en la caballeriza *la muy puerca*, porque llovía, hinchendo un serón de basura con una pala, y cuando yo le dije que le traía una carta de mi señor (¡infernal torzón le dé Dios por ello!), *tomó una gran palada del estiércol que estaba más hondo y más remojado, y arrojómele de bolco*, sin decir agua va, en estas pecadoras las *barbas*. Yo, como por mis pecados las tengo más espesas que escobilla de barbero, *estuve después más de tres días sin poder acabar de agotar la porquería que en ellas me dejó*, perfectamente.»

«*¡Ay, asno mío!*, y cómo tengo en la memoria que, cuando te iba á echar de comer á la caballeriza, en viendo cerner la cebada, *rebuznabas y reías con una gracia, por el órgano trasero, como un gramaut, que ¡mal año* para la guitarra del barbero de mi lugar, que mejor música haga cuando canta *el pasaçalle de noche!*»

«No quiero meterme con estudiantes; doylos á Barcebú, que el otro día, cuando fuímos á las justas de Zaragoza, yo y el cocinero cojo llegamos á hablar

(1) Epístola *Ad Pisones*, v. 134.

aliento todo cuanto podía; pero, con todas estas diligencias, fué tan desdichado, que, al cabo al cabo[a], vino á hacer un poco de ruido, bien diferente de aquel que á él le ponía tanto miedo.

Oyólo D. Quijote, y dijo: «—¿Qué rumor es ese, Sancho?

—No sé, señor, —respondió él. —Alguna cosa nueva[b] debe de ser, que las aventuras y desventuras nunca comienzan por[c] poco.»

Tornó otra vez á probar ventura; y sucedióle tan bien, que, sin más ruido ni alboroto que el pasado, se halló libre de la carga que tanta pesadumbre le había dado. Mas como D. Quijote tenía el sentido del olfato tan vivo como el de los oídos, y Sancho estaba tan[d] junto y cosido con él que casi por línea recta subían los vapores hacia[e] arriba, no se pudo excusar de[f] que algunos no llegasen á sus

a. ...que, al cabo, vino. Cl., Riv. = *b. Alguna cosa mala debe de ser.* Arg.$_2$. = *c. ...comienzan para poco.* Arg.$_2$. = *d. ...y Sancho estaba junto y cosido.* L.$_3$. = *e. ...subían los vapores arriba.* Tox. = *f. ...excusar que algunos.* Tox.

á uno dellos al colegio, y me dió un demonio de otro un tan infernal pescozón en esto del gaznate, que casi me hizo dar de ojos; y como me abajé por la caperuza, acudió otro á las asentaderas con una coz tal, que toda la ventosidad que había de salir por allí me la hizo salir por arriba, envuelta en un regüeldo que, según dijo él mismo, olía á rábano serenado; y no hube bien levantado la cabeza, cuando comenzó á llover sobre mí tanta multitud de gargajos, que, si no fuera porque sé de nadar como Leandro y Nero... Pero, un cararrelamido, que parece que aun agora me le veo delante, me arrojó tan diestramente un moco verde, que le debía tener represado de tres días, según estaba de cuajado, que me tapó de suerte este ojo derecho, que me hube de salir corriendo y gritando: —¡Ah de la justicia! Que han muerto al escudero del mejor caballero andante que han conocido cuantos visten cueros de ante.»

Valera (1), con dulce eufemismo, mostró, en este punto, como en todo, ser escritor elegante y académico sin afectación. Sirvan de ejemplo las siguientes líneas:

«Refiere Diógenes Laercio que Crates, gran filósofo, padecía de un achaque, sonante y aromático, que hacía insufrible su proximidad en la escuela de Teofrasto y en los demás puntos elegantes á donde asistía en Atenas. Crates, desesperado entonces, determinó poner fin á su muy apestosa vida. Pero Diógenes lo supo: acudió á consolarle y á confortarle, y, para más ejemplar elocuencia, comió de ciertos manjares (2). Diógenes estuvo tan inspirado, tan musical y tan florido, y tronó de tal suerte contra Crates, que éste, vencido en todo, sobrepujado y convencido además, se resignó á vivir.»

No perfumó su narración, el insigne complutense, como el aristocrático Valera; pero reconozcamos, fuese ó no ingenio *lego*, que, sin haber conocido el precioso libro *La delicadeza en el arte*, algo, no poco, se le alcanzaba en materia en la que han de correr parejas la discreción y el buen gusto.

(1) *Revista de España*, 25 de Agosto de 1886.
(2) Laercio lo dice sin ningún eufemismo: *judías*.

narices; y, apenas hubieron llegado, cuando él fué al[a] socorro apretándolas entre los dos[b] dedos, y, con tono algo gangoso, dijo:

« — Paréceme, Sancho, que tienes mucho miedo.

— Sí tengo, — respondió Sancho. — Mas ¿en qué lo echa de ver vuestra merced ahora más que nunca?

— En que ahora, más que nunca, hueles, y no á ámbar, — respondió D. Quijote.

— Bien podrá ser, — dijo Sancho; — mas yo no tengo la culpa, sino vuestra merced, que me trae á deshoras y por estos no acostumbrados pasos.

— Retírate tres ó cuatro allá, amigo, — dijo D. Quijote (todo esto sin quitarse los dedos de las narices); — y, desde aquí adelante, ten más cuenta con tu persona y con lo[c] que debes á la mía, que la mucha conversación que tengo contigo ha engendrado este menosprecio.

— Apostaré, — replicó Sancho, — que piensa vuestra merced que yo he hecho de mi persona alguna cosa que no deba.

— Peor es meneallo[d], amigo Sancho », respondió D. Quijote.

En estos coloquios y otros semejantes pasaron la noche amo y mozo; mas, viendo Sancho que á más andar se venía la mañana, con mucho tiento desligó á Rocinante y se ató los calzones[e]. Como Rocinante se vió libre, aunque él de suyo no era nada brioso, parece que se resintió, y comenzó á dar manotadas, porque corvetas (con perdón suyo) no las sabía hacer. Viendo, pues, D. Quijote que ya Rocinante se movía, lo tuvo á buena señal, y creyó que lo era de que acometiese aquella temerosa aventura. Acabó en esto de descubrirse el alba y de parecer distintamente las cosas, y vió D. Quijote que estaba entre unos árboles altos, que[f] eran castaños, que hacen la sombra muy escura[g]. Sintió también que el golpear no cesaba, pero no vió quién lo podía causar; y, así, sin más[h] detenerse, hizo sentir las espuelas á Rocinante, y, tornando á despedirse de Sancho, le mandó que allí le aguardase tres días á lo más largo, como ya otra vez se lo había dicho, y que, si al cabo dellos no hubiese vuelto, tuviese por cierto que Dios había sido servido de[i] que en aquella peligrosa aventura se le acabasen[j] sus días. Tornóle á referir el recado[k] y embajada que había de llevar de su parte á su señora

a. ...fué á socorro. Br.$_3$. = *b. ...entre los dedos.* Mal. = *c. ...con la que.* Amb., A.$_1$, Mal. = *d. Pero es meneallo.* C.$_{2\text{-}3}$. — *Peor es menballo.* L.$_3$. = *e. ...á Rocinante. Como Rocinante.* Arr. = *f. ...que ellos eran.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}2}$, FK. = *g. ...oscura.* Arr., Mal., FK. = *h. ...sin detenerse.* L.$_3$. = *i. ...servido que aquella.* Br.$_{1\text{-}2}$. = *j. ...se le acabase.* V.$_1$. — *...aventura acabasen.* Br.$_{1\text{-}2}$. = *k. ...el recaudo.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil.

Dulcinea, y que, en lo que tocaba á la paga de sus servicios, no tuviese pena, porque él había dejado hecho su testamento antes que saliera[a] de su lugar, donde se hallaría gratificado de todo lo tocante á su salario, rata por cantidad del tiempo que hubiese servido; pero que, si Dios le sacaba de aquel peligro sano y salvo y sin cautela, se[b] podía tener por muy más que cierta la prometida ínsula. De nuevo tornó á llorar Sancho, oyendo de nuevo las lastimeras razones de su buen señor, y[c] determinó de no dejarle hasta el último tránsito y fin de aquel negocio. Destas lágrimas y determinación tan honrada[d] de Sancho Panza, saca el autor desta historia[e] que debía de ser bien nacido y[f] por lo menos cristiano viejo; cuyo sentimiento enterneció algo á su amo, pero no tanto que mostrase flaqueza alguna, antes, disimulando lo mejor que pudo, comenzó á caminar hacia la parte por donde le pareció que el ruido del agua y del golpear venía.

Seguíale Sancho á pie, llevando, como tenía de costumbre, del cabestro á[g] su jumento, perpetuo compañero de sus prósperas y adversas[h] fortunas; y, habiendo andado una buena pieza por entre aquellos castaños y árboles sombríos, dieron en un pradecillo[i] que al pie de unas altas peñas se hacía, de las cuales se precipitaba un grandísimo golpe de agua. Al pie de las peñas estaban unas casas mal hechas, que más parecían ruinas de edificios que casas, de entre las cuales advirtieron que salía el ruido y estruendo de aquel golpear, que aun no cesaba. Alborotóse Rocinante con el estruendo del agua y de los golpes; y, sosegándole, D. Quijote se fué llegando poco á poco á las casas, encomendándose de todo corazón á su señora, suplicándole[j] que en aquella temerosa jornada y empresa le favoreciese, y, de camino, se encomendaba también á Dios que no le olvidase. No se le quitaba Sancho del lado, el cual alargaba cuanto podía el cuello y la[k] vista por entre las piernas de Rocinante, por ver si vería ya lo que tan suspenso y medroso le tenía. Otros[l] cien pasos serían los que anduvieron, cuando, al doblar de una punta, pareció descubierta y patente la misma causa, sin que pudiese ser otra[m], de aquel horrísono y para ellos espantable ruido, que tan suspensos y medrosos toda la[n] noche los había tenido; y

a. ...saliere de su lugar. Br.$_3$. = *b. ...se le podía.* Amb. = *c. ...y se determinó.* A.$_1$, Arr. = *d. ...honrado.* Br.$_3$. = *e. ...sacó el segundo autor desta historia.* Arg.$_3$. = *f. ...bien nacido ó por lo menos.* Ton. = *g. ...cabestro de su jumento.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil. = *h. ...de sus prósperas y diversas fortunas.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil. = *i. ...en un pradillo.* Gasp. = *j. ...replicándole que en.* V.$_1$. = *k. ...cuello y vista.* V.$_{1\text{-}2}$. = *l. Unos cien.* Arg.$_2$. = *m. ...otra la de aquel.* Br.$_{1\text{-}2}$. = *n. ...toda la dicha noche.* Riv.

eran (si no lo has, oh lector, por pesadumbre y enojo) seis mazos de batán[a], que con sus alternativos golpes aquel estruendo formaban.

Cuando D. Quijote vió lo que era, enmudeció y pasmóse de arriba abajo. Miróle Sancho, y vió que tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, con muestras de estar corrido. Miró también D. Quijote á Sancho, y vióle que tenía los carrillos hinchados y la boca llena de risa, con evidentes señales de querer reventar con ella; y no pudo su malencolía[b] tanto con él, que, á la vista de Sancho, pudiese dejar de reirse. Y, como vió Sancho que su amo había comenzado, soltó la presa, de manera que tuvo necesidad de apretarse las ijadas con los puños por no reventar riendo. Cuatro veces sosegó, y otras tantas volvió á su risa con el mismo ímpetu que primero, de lo cual ya se daba al diablo D. Quijote, y más cuando le oyó decir como por modo de fisga: «— Has de saber, oh Sancho amigo, que yo nací, por querer del cielo, en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la dorada ó de oro: yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las hazañas grandes, [c] los valerosos fechos.» Y por aquí fué repitiendo todas ó las más razones que D. Quijote dijo la vez primera que oyeron los temerosos golpes.

Viendo, pues, D. Quijote, que Sancho hacía burla dél, se corrió y enojó en tanta manera, que alzó el lanzón y le asentó dos palos tales, que si, como los recibió en las espaldas, los recibiera en la cabeza, quedara libre de pagarle el salario, si no fuera[d] á sus herederos. Viendo Sancho que sacaba tan malas veras de sus burlas, con temor de que su amo no pasase adelante en ellas, con mucha humildad le dijo: «— Sosiéguese vuestra merced, que por Dios que me burlo.

— Pues, porque os burláis, no me burlo yo, — respondió D. Quijote. — Venid acá, señor alegre. ¿Paréceos á vos que si, como estos fueron mazos de batán, fueran otra peligrosa aventura, no había yo mostrado el ánimo que convenía para emprendella y acaballa[e]?

a. ...batanes. V.$_1$. = *b. ...melanconia.* C.$_1$, BR.$_{1\text{-}2}$. = *c. ...grandes y los valerosos.* TON. = *d. ...si no fuere.* BR.$_3$, TON. = *e. ...emprenderla y acabarla.* MAI.

1. *...eran (si no lo has, oh lector, por pesadumbre y enojo) seis mazos de batán, que con sus alternativos golpes aquel estruendo formaban.* — Como la alucinadora lejanía produjo, al divisar el cuerpo muerto, acompañado de agonizantes, una crispación de terror; de la misma suerte ahora lo desconocido infunde en el escudero miedo y espanto. ¡Así son la mayor parte de las cosas que, en la vida, asustan á los hombres!

¿Estoy yo obligado, á dicha, siendo, como soy, caballero, á conocer y distinguir[a] los sones, y saber cuáles son de batanes[b] ó no? Y más[c] que podría ser, como es verdad, que no los he visto en mi vida, como vos[d] los habréis visto, como villano ruin que sois, criado y nacido entre ellos. Si no, haced vos que estos seis mazos se vuelvan en seis jayanes, y echádmelos á las barbas uno á uno, ó todos juntos, y, cuando yo no diere con todos patas arriba, haced de mí la burla que quisiéredes.

— No haya más, señor mío[e], — replicó Sancho, — que yo confieso que he andado algo risueño en demasía; pero dígame vuestra merced, ahora que estamos en paz, así Dios le saque de todas las aventuras que le sucedieren tan sano y salvo como le ha sacado desta: ¿no ha sido cosa de reir, y lo es de contar, el gran miedo que hemos tenido? Á lo menos el que yo tuve, que de vuestra merced ya yo sé que no le conoce, ni sabe qué es temor ni espanto.

— No niego yo, — respondió D. Quijote, — que lo que nos ha sucedido no sea[f] cosa digna de risa; pero no es digna de contarse, que no son todas las personas tan discretas que sepan poner en su[g] punto las cosas.

— Á lo menos, — respondió Sancho, — supo vuestra merced poner en su punto el lanzón, apuntándome á la cabeza y dándome en las espaldas, gracias á Dios y á la diligencia que puse en ladearme. Pero, vaya, que todo saldrá en la colada[h], que yo he oído decir «ese te quiere bien que te hace llorar»; y más que suelen los principales señores, tras una mala palabra que dicen á un criado, darle luego unas calzas, aunque no sé lo que le suelen dar tras haberle dado de

a. ...destinguir los sones. C.$_{1\text{-}2}$, BR.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, AMB. = *b. ...cuáles son de batán ó no.* C.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, BR.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, MIL., AMB., TON., A.$_1$, ARR., MAI., FK. = *c. Y más dijo que podría ser.* FK. = *d. ...como los habréis visto.* V.$_{1\text{-}2}$, MIL. — *...como vos los habéis visto.* RIV. = *e. No haya más, señor, replicó Sancho.* V.$_1$. = *f. ...no será cosa digna de risa.* L.$_2$. = *g. ...poner en punto.* BR.$_3$, AMB. = *h. ...la colado.* TON.

17. *...pero no es digna de contarse, que no son todas las personas tan discretas que sepan poner en su punto las cosas.* — Prenda de acierto y decoro es, en verdad, la discreción: por eso la crítica recoge gustosa esta nota simpática que da D. Quijote. La obscuridad de la noche, el ruido de las cadenas, los golpes de los mazos, habían producido en su exaltada fantasía la imagen de algo como misterioso y sobrenatural, bastante á infundir pavor en el ánimo del más esforzado paladín; pero, temiendo que la indiscreción de los más apreciase torpemente tales circunstancias, quiere prevenir ese estado de opinión; y, para que en nada quede desvirtuado su reconocido valor, le dice al escudero que *no todo es digno de contarse, porque no todas las personas aciertan á poner las cosas en su verdadero punto.*

palos, si ya no es que los caballeros andantes dan, tras palos, ínsulas ó reinos en tierra firme.

— Tal podría correr el dado, — dijo D. Quijote, — que todo lo que dices viniese á ser verdad; y perdona lo pasado, pues eres discreto y sabes que los primeros movimientos no son en mano del hombre. Y está advertido, de aquí adelante, en una cosa, para que te abstengas y reportes en el hablar demasiado conmigo; que, en cuantos libros de caballerías he leído, que son infinitos, jamás he hallado que ningún escudero hablase tanto con su señor como tú con el tuyo. Y en[a] verdad que lo tengo á gran falta tuya y mía: tuya, en que me estimas en poco; mía, en que no me dejo[b] estimar en más. Sí que Gandalín, escudero de Amadís de Gaula, conde fué de la Ínsula Firme, y se lee dél que siempre hablaba á su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeza y doblado el cuerpo *more*[c] *turquesco*. Pues ¿qué diremos de Gasabal, escudero de D. Galaor, que fué tan callado que, para declararnos la excelencia de su maravilloso silencio, sola[d] una vez se nombra su nombre en toda aquella tan grande como verdadera historia? De todo lo que he dicho has de inferir, Sancho, que es menester hacer diferencia de[e] amo á mozo, de señor á criado y de[f] caballero á [g] escudero: así que, desde hoy en adelante[h], nos hemos de tratar con más respeto, sin darnos cordelejo. Porque, de cualquiera[i] manera que yo me enoje con vos, ha[j] de ser mal para el cántaro: las mercedes y beneficios que yo os he

a. ...y verdad que lo tengo. L.$_3$. = *b. ...que no me doy á estimar.* Arg.$_2$. = *c. ...moro.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil. = *d. ...solo una vez.* Gasp., Arg.$_{1\text{-}3}$, Benj. = *e. ...diferencia de su amo á mozo.* Mil. = *f. ...y caballero.* Br.$_{1\text{-}2}$. = *g. ...de caballero á su escudero.* L.$_3$. = *h. ...así que, de hoy adelante.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil. = *i. ...de cualquier manera.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil., Mai. = *j. ...han de ser mal.* C.$_3$.

13. *...y se lee dél que siempre hablaba á su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeza y doblado el cuerpo «more turquesco».* — Más que poner reparos á esta construcción, que para los lectores de buena fe acaso no los merece; más que recordar, á quien habia vivido en Argel, que entre los mahometanos el descubrirse la cabeza no es muestra sino falta de respeto, pues los turcos ni aun en las mezquitas se quitan el turbante; plácenos asentir á lo que sigue (1):

«Pero no debe parar aqui esta nota sin advertir que nada de esto de la gorra, cabeza ni cuerpo de Gandalin se lee en la historia de Amadis de Gaula. Inventólo D. Quijote, á quien le venia á pelo para su intento, y, como loco, pudo hacerlo de buena fe, arrastrado de su desvariada imaginación, según que lo hizo en el cap. 15 con los azotes del mismo Amadis y con la *melecina* del caballero del Febo.»

(1) Clemencín. *Notas al «Quijote»*. II, pág. 143.

prometido, llegarán á su tiempo; y, si no llegaren, el salario á lo menos no se ha de perder, como ya os he dicho.

— Está bien cuanto vuestra merced dice, — dijo Sancho; — pero querría[a] yo saber (por si acaso no llegase el tiempo de las mercedes, y fuese necesario acudir al de los salarios[b]) cuánto ganaba un escudero de un caballero andante en aquellos tiempos, y si se concertaban por meses ó por días, como peones de albañir[c].

— No creo yo, — respondió D. Quijote, — que jamás los tales escuderos estuvieron[d] á salario, sino á merced; y, si yo ahora te le he señalado á ti en el testamento cerrado que dejé en mi casa, fué por lo que podía[e] suceder, que aun no sé cómo prueba, en estos tan calamitosos tiempos nuestros, la caballería, y no querría[f] que, por pocas cosas, penase mi ánima en el otro mundo; porque quiero que sepas, Sancho, que en él[g] no hay estado más peligroso que el de los aventureros.

— Así es verdad, — dijo Sancho; — pues sólo el ruido de los mazos de un batán pudo alborotar y desasosegar el corazón de un tan valeroso andante aventurero como es vuestra merced; mas bien[h] puede estar seguro que, de aquí adelante, no despliegue mis labios para hacer donaire de las cosas de vuestra merced, si no fuere para honrarle como á mi amo y señor natural.

— Desa manera, — replicó D. Quijote, — vivirás[i] sobre la haz de la tierra; porque, después de á[j] los padres, á los amos se ha de respetar como si lo fuesen.»

a. ...quería. L.$_3$. = *b. ...acudir á lo de los salarios.* Arg.$_{1\text{-}4}$, Benj. = *c. ...albañil.* Gasp., Mai., Benj. = *d. ...estuvieran.* Arg.$_3$. = *e. ...podría.* Amb., A.$_{1\text{-}2}$, Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp. = *f. ...y no quería.* L.$_3$. = *g. ...que en este no hay.* Arg.$_3$. = *h. ...mas puede.* L.$_3$. = *i. ...vivirás largamente sobre la haz de la tierra.* Arg.$_1$, Benj. — *...vivirás largo tiempo.* Arg.$_3$. = *j. ...de los padres.* Br.$_{1\text{-}2}$, Arr.

11. *...por lo que podia suceder.* — La lección de las tres ediciones de Cuesta es *podia:* la de Navarrete, *podria*. De no respetar el texto, nosotros habriamos leido «por lo que *pudiera* suceder».

12. *...no querria que, por pocas cosas, penase mi ánima en el otro mundo; porque quiero que sepas, Sancho, que en él no hay estado más peligroso que el de los aventureros.* — La antitesis entre el *otro mundo*, esto es, la vida futura, la que esperan los creyentes después de su muerte, y la significación de *que en él* (en el de *acá*), por la vida que hace el hombre en éste, es clara para el lector de buena fe. Para el meticuloso, para el que pone los puntos sobre las ies, hubiera sido mejor escribir *éste* en vez de *él*.

22. — *Desa manera, — replicó D. Quijote, — vivirás sobre la haz de la tierra.* — El tono grave y verdaderamente paternal que usa aqui D. Quijote, muy en

harmonia en todo con su carácter, con la idea que de él se ha formado el lector; esa manera noble, y ajena de interés, del caballero; contrasta con la tornadiza y siempre egoista, para no decir hipócrita, de su escudero. Tornadiza, decimos, y un si es ó no acomodaticia, aunque parezca respetuosa, es la frase: *mas bien puede estar seguro que, de aquí adelante, no despliegue mis labios para hacer donaire de las cosas de vuestra merced, si no fuere para honrarle como á mi amo y señor natural.*

Esto, que en labios de un criado fiel le granjearia fama de noble, en boca de Sancho, que há poco discutia, en forma humoristica, con su amo y señor, cuando sabe que ha hecho testamento y que allí queda señalado un crédito por sus servicios, como arrepentido de su descortesia, habla cual pudiera hacerlo un Gandalin, que, aun siendo, como era, hermano de leche de Amadis de Gaula, cuenta la historia que siempre guardó á su señor el respeto que pedia la diferencia de su condición social.

Hijo festivo del humor y de la sátira, el *Quijote* es, sin embargo, el libro más serio de cuantos se han escrito. ¡Cuántas reflexiones no se agolpan á la mente con ocasión de esta conducta del escudero! ¿No dice algo, en harmonia con ella, nuestra propia historia?

∴

Por lo que respecta al sentido incompleto de la frase *vivirás sobre la haz de la tierra*, parece indudable que no se ha de achacar á inadvertencia del autor, sino á yerro de imprenta; pues lo correcto seria leer «...vivirás *largo tiempo* sobre la haz de la tierra», ya que la sentencia envuelve clara alusión al segundo precepto del Decálogo. De labios del lector avisado se deslizan seguramente las palabras omitidas en el texto. No creerlo así, seria entregar el pasaje á burlas parecidas á las de Quevedo en el *Cuento de cuentos*.

Capítulo XXI

Que trata[a] de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero

En esto comenzó á llover un poco, y quisiera Sancho que se[b] entraran en el molino de los batanes[c]; mas habíales cobrado tal aborrecimiento D. Quijote por la pasada[d] burla, que en ninguna manera quiso entrar dentro, y, así, torciendo el camino á la derecha mano, dieron en otro como el que habían[e] llevado el día de antes.

a. Omiten *Que trata*. Br.$_3$, Amb. — *b. ...que entraran*. Arr. — *c. ...entraran en el interin en los batanes*. Arg.$_1$, Benj. — *...entraran en las casillas de los batanes*. Arg.$_2$. — *d. ...por la pesada burla*. C.$_{1\text{-}2}$, L.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Mal., FK. — *e. ...como el que había llevado*. V.$_{1\text{-}2}$, Mil.

El que tomó por espléndida morada, por castillo señorial, con sus cuatro torres y chapiteles de plata, la simple venta del truhán de Palomeque; el que saludó, como á ilustres y graciosas damas, á dos mozas corridas, á mozas del partido; el batallador sin tregua que acometió con ímpetu singular, cual si fuesen desaforados gigantes, á unos molinos de viento, y alanceó manadas de ovejas y carneros, trocadas por él en dos poderosos ejércitos; víctima ahora de otra ilusión más de la vista, cree, y lo defiende con calor, que es áureo yelmo la ordinaria bacia de un barbero lugareño; y, perpetuo alucinado, viviendo en un mundo exclusivamente suyo, la ensoñadora fantasía le representa con vivos colores la brillante historia del caballero, en la que se entrelaza apaciblemente una serie de verdaderos episodios románticos, en los que se ve cómo el héroe va de victoria en victoria, y cómo, en premio de hazañosos hechos, los reyes se le disputan, cubren sus hombros, como á príncipe, con manto de finísima escarlata, el emperador le sienta á su mesa á par de sí; y la

De allí á poco, descubrió D. Quijote un hombre á caballo, que traía en la cabeza una cosa que relumbraba como si fuera de oro; y, aun él[a] apenas le hubo visto, cuando[b] se volvió á Sancho y le dijo: «—Paréceme, Sancho, que no hay refrán que no sea verdadero, porque todos son sentencias sacadas de la mesma[c] experiencia, madre de las ciencias todas, especialmente aquel que dice: «donde una puerta[d] se cierra otra se abre». Dígolo porque, si anoche nos cerró la ventura la puerta de la que buscábamos, engañándonos con los batanes, ahora nos abre de par en par[e] otra para otra[f] mejor y más cierta aventura; que, si yo no acertare á entrar por ella, mía será la culpa, sin que la pueda dar á la poca noticia de batanes ni á la escuridad[g] de la noche. Digo esto porque, si no me engaño, hacia nosotros viene uno que trae en[h] su cabeza puesto el yelmo de Mambrino, sobre que yo hice el juramento que sabes.

a. ...*y apenas.* Br.$_{1\text{-}3}$, Ton., Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *b.* ...*cuando alegre se volvió á.* Arg.$_2$. = *c.* ...*misma.* C.$_3$, Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Mai., FK. = *d.* ...*una parte.* V.$_{1\text{-}2}$. = *e.* ...*nos abre de par otra.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil. = *f.* ...*en par otra mejor.* Arr. = *g.* ...*oscuridad.* Mai., FK. = *h.* ...*trae á su cabeza.* Br.$_3$, Amb.

infanta, sabedora de que en las batallas no invoca el nombre de ningún santo, sino únicamente el suyo, presa de amor, sonríe cuando la doncella le dice: *Quién más que ese es merecedor de ser vuestro esposo y de ceñir la corona de emperador?* Tal se ofrecen al lector en este capítulo las aventuras de D. Quijote. Son nuestras propias fantasías chocando con el vulgar mundo de la realidad; son nuestros dorados ensueños descendiendo de la elevada cumbre de lo ideal y de lo trágico á lo más prosaico y cómico de la vida.

Línea 13. ...*puesto el yelmo de Mambrino, sobre que yo hice el juramento que sabes.* — Haciendo gala de su erudición caballeresca, si así puede decirse, á las citas recogidas por Bowle, agrega Clemencin (1) esotras noticias sobre *el yelmo de Mambrino:*

«Yelmo encantado, que ganó Reinaldos de Montalbán matando al rey Mambrino que lo llevaba, y que usó después en varios combates, como los que tuvo con Gradaso, con Roldán y con Dardinel. En este último

«Il primo che ferì fu'l Saracino,
Ma picchiò in vano su l'elmo di Mambrino.»

Al describirse en el *Orlando furioso* la comitiva del emperador Carlomagno, se lee que llevaba el yelmo de Mambrino el paladín Oger Danés, que por este nombre y otras señas pudiera ser el mismo que el marqués de Mantua, de cuyo romance se habló al cap. 5 de esta primera parte.

En el *Orlando enamorado* se hace mención de otro yelmo del rey Agricán, de fábrica nigromántica, y, según se dice en la traducción de Garrido,

«Hízolo Salomón con su cuaderno,
Y fué forjado al fuego del infierno.»

(1) *Notas al «Quijote»*, t. II, pág. 147.

— Mire vuestra merced bien lo que dice, y mejor lo que hace, — dijo Sancho; — que no querría[a] que fuesen otros batanes que nos acabasen de batanar[b] y aporrear el sentido.

— Válate el diablo por hombre, — replicó D. Quijote. — ¿Qué va de yelmo á batanes?

— No sé nada, — respondió Sancho; — mas á fe que, si yo pudiera hablar tanto como solía, que quizá diera tales razones que vuestra merced viera que se engañaba[c] en lo que dice.

— ¿Cómo me puedo engañar en lo que digo, traidor escrupuloso? — dijo D. Quijote. — Dime: ¿no ves aquel caballero que hacia nosotros viene sobre un caballo rucio rodado, que trae puesto en la cabeza un yelmo de oro?

— Lo que yo[d] veo y[e] columbro, — respondió Sancho, — no es sino un hombre sobre un asno, pardo como el mío, que trae sobre la cabeza una cosa que relumbra.

— Pues ese es el[f] yelmo de Mambrino, — dijo D. Quijote. — Apártate á una parte, y déjame con él á solas: verás cuán sin hablar palabra, por ahorrar del[g] tiempo, concluyo esta aventura, y queda por mío el yelmo que tanto he deseado.

— Yo me tengo en cuidado el apartarme, — replicó Sancho; — mas quiera Dios, torno á decir, que orégano sea y no batanes.

— Ya os he dicho, hermano, que no me mentéis, ni por pienso, más eso de los batanes, — dijo D. Quijote; — que voto... y no digo más, que os batanee el alma.»

Calló Sancho, con[h] temor[i] que su amo no cumpliese el voto que le había echado, redondo como una bola.

Es, pues, el caso que el yelmo y el[j] caballo y caballero que D. Quijote veía era esto: que en aquel contorno había dos lugares, el uno tan pequeño que ni[k] tenía botica ni barbero, y[l] el otro, que estaba junto á él, sí[m]; y, así, el barbero del mayor servía al menor, en el cual tuvo necesidad un enfermo de sangrarse y otro de hacerse la barba, para lo cual venía el barbero, y traía una bacía de azófar[n]. Y quiso la suerte que, al tiempo que venía, comenzó á llover, y, porque no se le manchase[ñ] el sombrero, que debía de ser nuevo, se

a. ...*no quería.* L.$_4$. = *b.* ...*de abatanar.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}2}$, Mai. = *c.* ...*que se engaña.* Ton. = *d. Lo que veo.* C.$_3$, Bow., A.$_3$, Arr., Cl., Riv., Gasp. = *e.* ...*veo ú columbro.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *f.* ...*ese es del yelmo.* Br.$_3$. = *g.* ...*ahorrar el tiempo.* Br.$_3$, Amb., Ton. — ...*ahorrar de tiempo.* Pell., Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *h. Calló Sancho de temor.* Ton. = *i.* ...*temor de que su amo.* A.$_1$, Arr. = *j.* ...*el yelmo caballo.* Ton. = *k.* ...*que no tenía.* Ton. = *l.* ...*barbero, ni el otro.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil. = *m.* ...*junto á sí, y, así.* C.$_{1\text{-}2}$, L.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2}$, Mil. — ...*junto á él, y, así.* Amb. = *n.* ...*de azofa.* L.$_4$. = *ñ.* ...*no se le mojase el sombrero.* Arg.$_1$.

puso la bacía sobre la cabeza; y, como estaba limpia, desde media legua relumbraba. Venía sobre un asno pardo, como Sancho dijo, y esta fué la ocasión que[a] á D. Quijote le pareció caballo rucio rodado, y caballero y[b] yelmo de oro; que todas las cosas que veía, con mucha facilidad las acomodaba á sus desvariadas caballerías y malandantes pensamientos. Y, cuando él vió que el pobre caballero[c] llegaba cerca, sin ponerse con él en razones, á todo correr de Rocinante le enristró con el lanzón bajo, llevando intención de pasarle de parte á parte; mas cuando á él llegaba, sin detener la furia de su carrera, le dijo: « — Defiéndete, cautiva criatura, ó entriégame[d] de tu voluntad lo que con tanta razón se me debe. »

El barbero, que tan sin pensarlo ni temerlo vió venir aquella fantasma sobre sí, no tuvo otro remedio, para poder guardarse del golpe de la lanza[e], sino fué el dejarse caer del asno abajo; y no hubo tocado el suelo, cuando se levantó más ligero que un gamo, y comenzó á correr por aquel llano, que no le alcanzara el viento.

a. ...*ocasión porque.* ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ. = *b.* ...*y el yelmo.* C.$_3$, BOW., PELL. = *c.* ...*el pobre barbero.* ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ. = *d.* ...*ó entrégame de.* BR.$_3$, AMB., TON., ARR., RIV., GASP., MAI. = *e.* ...*golpe del lanzón.* ARG.$_4$.

3. ...*y esta fué la ocasión que á D. Quijote le pareció caballo rucio rodado, y caballero y yelmo de oro; que todas las cosas que veia, con mucha facilidad las acomodaba á sus desvariadas caballerías y malandantes pensamientos.* — Lo que á los ojos del profano parece una extravagancia, lo que en lenguaje despectivo llama tonto y ridículo el lector ignaro, á los ojos del que busca en la ciencia de Esculapio el por qué de los desbarros de D. Quijote, éstos tienen fundamento más alto; y, como los haya expuesto en forma ciertamente sugestiva D. E. Pi y Molist en su precioso libro *Los Primores del Don Quijote en el concepto médico-psicológico,* será bien traslademos á estas páginas sus mismos razonamientos:

« En los repetidos altercados á que dió origen la bacia del barbero lugareño, está descrito, como á vuela pluma, pero con viveza y gracejo inimitables, un fenómeno muy digno de la consideración del filósofo; y es la realidad objetiva, cierta, indubitable, para el loco, de sus ilusiones, y, por tanto, de sus alucinaciones, puesto que á un mismo orden pertenecen entrambos sintomas.

. . . . . .

Por Dios, que la bacia es buena, y que vale un real de á ocho como un maravedí, dice Sancho alzando la que, minutos antes, una ilusión de D. Quijote ha convertido en yelmo. Juntamente con ella nacieron un concepto delirante y dos ilusiones más de la vista; porque acontece á menudo que el desorden sensorio, no limitándose al objeto que lo ocasiona, suscita otros, ya sensorios también, ya intelectuales; al modo que, por la inversa, el trastorno intelectual, demás de sugerir ideas secundarias, tan quiméricas como la primaria sobre que versa, origina ilusiones ó alucinaciones, todas consonantes con aquélla. Al ver y entender de D. Quijote, la bacia es, no sólo yelmo, un yelmo cualquiera, sino el famoso y encantado del rey Mambrino; aquel yelmo que, matando á su dueño, ganó Reinaldos de Montalbán; es un caballero el rapador

Dejóse la bacía en el suelo, con la cual se contentó D. Quijote, y dijo que el pagano había andado discreto, y que había imitado al castor, el cual, viéndose acosado de los cazadores, se taraza y corta[a] con los dientes aquello por lo que él, por distinto[b] natural, sabe que es perseguido.

Mandó á Sancho que alzase el yelmo, el cual, tomándole[c] en las manos, dijo: « — Por Dios, que la bacía es buena, y que vale un real de á ocho como un maravedí. » Y, dándosela á su amo, se la puso luego en la cabeza, rodeándola á una parte y á otra, buscándole el encaje; y, como no se le hallaba, dijo: « — Sin duda que el pagano á cuya medida se forjó primero esta famosa celada, debía de tener grandísima cabeza, y lo peor dello es que le falta la mitad. »

Cuando Sancho oyó llamar á la bacía celada, no pudo tener la risa; mas vínosele[d] á las mientes la cólera de su amo, y calló en la mitad della.

« — ¿De qué te ríes, Sancho? — dijo D. Quijote.

a. ...*se taraza y harta.* C.$_{1\text{-}2}$, L.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, MIL. — ...*se taraza y quita.* BR.$_3$, AMB. = *b.* ...*por instinto natural.* TON. = *c.* ...*tomándola.* C.$_{1\text{-}2}$, L.$_{1\text{-}2}$, BR.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, MIL., AMB., TON. — ...*tomando.* V.$_{1\text{-}2}$. = *d.* ...*vínose.* V.$_{1\text{-}2}$, MIL.

que, para defenderse de la lluvia, llevaba puesta sobre la cabeza la bacia, y dejóla abandonada al echar á correr por el llano, huyendo de la lanza del andante; y es un caballo rucio rodado el jumento pardo en que el pobre diablo venía cabalgando, y que asimismo ha dejado á merced de quien tan improvisamente se le echó encima. La ingenua declaración y el vulgar encomio del escudero no deshacen el engaño de su señor, á quien tampoco saca de él la evidencia de la cosa, el testimonio de los sentidos; pues toma la bacia en las manos, pónesela en la cabeza, rodéala á una y otra parte buscándole el encaje, y, como no se lo halla, exclama: *Sin duda que el pagano á cuya medida se forjó primero esta famosa celada, debia de tener grandisima cabeza, y lo peor dello es que le falta la mitad.* No puede Sancho tener la risa cuando oye llamar celada á la bacia. *¿De qué te ries?* pregúntale el caballero; y, *Riome,* responde él, muy á lo socarrón, *de considerar la gran cabeza que tenia el pagano, dueño de este almete, que no semeja sino una bacia de barbero pintiparada.* Ni por esas. La ilusión, lejos de aflojar, se afirma, según se echa de ver por el siguiente razonamiento, donde apunta, además, otro concepto delirante: *¿Sabes qué imagino, Sancho? Que esta famosa pieza deste encantado yelmo, por algún extraño accidente debió de venir á manos de quien no supo conocer ni estimar su valor; y, sin saber lo que hacia, viéndola de oro purísimo, debió de fundir la otra mitad para aprovecharse del precio, y de la otra mitad hizo ésta, que parece bacia de barbero, como tú dices.* »

La definición de los dos vocablos arriba citados, *rucio rodado,* la daremos en el diccionario. Aquí bastará advertir que la frase no es única en el idioma, pues los eruditos recuerdan aquélla: « ...los criados de Álavez le tenían un muy hermoso caballo *rucio rodado,* de muy gran bondad. »

Que á D. Quijote le pareciese tal el del barbero, es otro ejemplo de cómo se daban la mano, en su espíritu, la ilusión y la alucinación.

— Ríome, — respondió él, — de considerar la gran cabeza que tenía el pagano dueño deste almete, que no semeja sino[a] una bacía de barbero pintiparada.

— ¿Sabes qué imagino, Sancho? Que esta famosa pieza deste encantado yelmo, por algún extraño accidente debió de venir á manos de quien no supo conocer ni estimar su valor; y, sin saber lo que hacía, viéndola de oro purísimo, debió de fundir la otra[b] mitad para aprovecharse del precio, y de la otra mitad hizo ésta, que parece bacía de barbero, como tú dices. Pero, sea lo que fuere, que para mí, que la conozco, no hace al caso su transmutación, que yo la aderezaré en el primer lugar donde haya herrero, y de suerte que no le haga ventaja, ni aun le llegue, la que hizo y forjó el dios de las herrerías para el dios de las batallas; y, en este entretanto, la traeré como pudiere, que más vale algo que no nada, cuanto más que bien será bastante para defenderme de alguna pedrada.

— Eso será, — dijo Sancho, — si no se tira con honda, como se[c] tiraron en la pelea de los dos ejércitos, cuando le santiguaron á vuestra merced las muelas y le rompieron el[d] alcuza donde venía aquel benditísimo brebaje que me hizo vomitar las asaduras.

— No me da mucha pena el haberle perdido, que ya sabes tú, Sancho, — dijo D. Quijote, — que yo tengo la receta en la memoria.

— También la tengo yo, — respondió Sancho; — pero, si yo le hiciere ni le probare más en mi vida, aquí sea mi hora; cuanto más que no pienso ponerme en ocasión de haberle menester, porque pienso guardarme con todos mis cinco sentidos de ser ferido[e] ni de ferir[f] á nadie. De lo del ser otra vez manteado, no digo nada, que semejantes desgracias mal se pueden prevenir, y, si vienen, no hay que hacer otra cosa sino encoger los hombros, detener el aliento, cerrar los ojos, y dejarse ir por donde la suerte y la manta nos llevare[g].

a. ...no se semeja si una. C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$. — *...no se semeja á una.* Ton. = *b. ...fundir la mitad.* Br.$_{1\text{-}2}$, Ton. — *...fundir la una mitad.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *c. ...como le tiraron.* Mai. = *d. ...y le rompieron la aleuza.* Mai. = *e. ...de ser herido.* Mai. = *f. ...herir á nadie.* Mai. = *g. ...nos llevaren.* Ton.

12. *...la que hizo y forjó el dios de las herrerías para el dios de las batallas.* — Vulcano, dios de las herrerías, como le llama Cervantes, no forjó arma alguna para el esforzado Marte. En verdad, fabricó armas para Memnón, hijo de la Aurora; para Aquiles, hijo de Tetis; para Eneas, que lo fué de Venus, según la fábula.

Poca erudición clásica ha de tener quien ignore esto. El novelista lo sabía también; pero D. Quijote, cuya exaltación caballeresca tantos males le causó, confunde, á veces, la historia, la leyenda y la fábula.

— Mal cristiano eres, Sancho, — dijo, oyendo esto, D. Quijote, — porque nunca olvidas la injuria que una vez te han hecho; pues sábete que es de pechos nobles y[a] generosos no hacer caso de niñerías. ¿Qué pie sacaste cojo? ¿Qué costilla quebrada? ¿Qué cabeza rota, para que no se te olvide[b] aquella burla? Que, bien apurada la cosa, burla fué y pasatiempo; que, á no entenderlo yo así[c], ya yo hubiera vuelto allá y hubiera hecho en tu venganza más daño que el que hicieron los griegos por la robada Elena, la cual, si fuera en este tiempo ó mi Dulcinea fuera en aquél, pudiera estar segura que no tuviera tanta fama de hermosa como tiene.» Y[d] aquí dió un suspiro[e] y[f] le puso en las nubes.

Y dijo Sancho: «— Pase por burlas[g], pues la venganza no puede pasar en veras; pero yo sé de qué calidad fueron las veras y las burlas, y sé también que no se me caerán de la memoria, como nunca se quitarán[h] de las espaldas. Pero, dejando esto aparte, dígame vuestra merced qué haremos deste caballo rucio rodado, que parece asno pardo, que dejó aquí desamparado aquel Martino que vuestra merced derribó; que, según él puso los pies en polvorosa y cogió las de Villadiego, no lleva[i] pergenio de volver por él jamás, y para mis barbas[j] si no es bueno el rucio.

— Nunca yo acostumbro, — dijo D. Quijote, — despojar á los que venzo, ni es uso de caballería quitarles los caballos y dejarlos[k] á pie, si ya no fuese que el vencedor hubiese perdido en la pendencia, y forzado con esta necesidad busque el caballo ajeno que mejor le venga; y esto dejadlo pasar, Sancho, que no quiero que por tomar caballos ni otra cosa alguna de quien se rinde, consientas que se tome.

a. ...nobles generosos. V.$_{1\text{-}2}$. = *b. ...te olvida.* L.$_{1\text{-}2}$. = *c. ...yo ansi.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}2}$. = *d. ...tiene; aquí dió.* L.$_{1\text{-}2}$. = *e. ...un sospiro.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}2}$. = *f. ...suspiro que le puso.* Ton., Arg.$_1$, Benj. = *g. Y dijo Sancho: por burlas.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, L.$_{1\ 2}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_2$, Mil., Amb., Bow. — *Y dijo Sancho: pase por burla.* Br.$_{1\text{-}2}$. = *h. ...nunca se me quitaran.* Ton. — *...nunca se quitaren.* Bow. — *...nunca se me quitarán de las espaldas los estacazos de los yangüeses. Pero, dejando.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *i. ...no llevaba.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil. = *j. ...barbas, que si no.* Riv. = *k. ...dejarles.* Gasp.

6. *...que, á no entenderlo yo así, ya... hubiera hecho en tu venganza más daño que el que hicieron los griegos por la robada Elena.* — «Rara, inesperada y estrambótica salida de D. Quijote, que pinta admirablemente el estado de su razón ó, por mejor decir, de su locura, y al mismo tiempo es propia y natural en una persona tan empapada en las malhadadas especies de los libros caballerescos. Porque ha de saber el lector que, en éstos, es frecuentísima la mención de los sucesos de la antigua Troya y de los personajes que intervinieron en su defensa y en su destrucción. ¿Quién ha leído los *Orlandos enamorado* y *furioso*, que no haya visto que las armas encantadas que prestaron ocasión á tantas aventuras y combates entre los aventureros, moros unos y cristianos otros, fueron, según se supone, las mismas del troyano Héctor?»

Aquí pudo terminar muy oportunamente su nota el comentador Clemencín, que diríase quiso monopolizar las citas de los libros de caballerías.

cia el suyo; que, en tal caso, lícito es tomar el del vencido, como ganado en guerra lícita. Así que, Sancho, deja ese caballo ó asno, ó lo que tú quisieres que sea; que, como su dueño nos vea alongados de aquí, volverá por[a] él.

— Dios sabe si quisiera llevarle[b], — replicó Sancho, — ó por lo menos trocalle[c] con este mío, que no me parece tan bueno. Verdaderamente que son[d] estrechas las leyes de caballería, pues no se extienden á dejar trocar un asno por otro, y querría[e] saber si podría trocar los aparejos siquiera.

— En esto no estoy muy cierto, — respondió D. Quijote; — y, en caso de duda, hasta estar mejor informado, digo que los trueques, si es que tienes dellos necesidad extrema.

— Tan extrema es, — respondió Sancho, — que si fueran para mi mesma[f] persona no los hubiera menester más.» Y luego, habilitado con aquella licencia, hizo *mutatio*[g] *caparum*, y[h] puso su jumento á las mil lindezas, dejándole mejorado en tercio y quinto.

a. ...volverá con él. Amb. = *b. ...quisiera llevarlo.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil. = *c. ...ménos trocallo.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil. — *...trocarle.* Ton., Mai. = *d. ...son tan estrechas.* Gasp. = *e. ...y quería saber.* L.$_{1\text{-}2}$. = *f. ...misma.* C.$_{1\text{-}3}$, Bow., Pell., Arr., Mai., FK. = *g. ...mutación.* V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton. = *h. ...caparum puso.* L.$_2$.

14. *Y luego, habilitado con aquella licencia, hizo «mutatio caparum».* — Visible alusión á la ceremonia en la que los cardenales y prelados de la Curia romana cambian sus capas y mantos de piel por otros de seda encarnada. Poco tiempo estuvo Cervantes al servicio del cardenal Acquaviva; y entonces, ó en el resto del tiempo que permaneció en Italia, pudo conocer esta práctica, que tenía lugar por Pentecostés, y á la que se daba, con entera propiedad, la denominación de *mutatio caparum*.

Antiguamente se mudaban las capas en la vigilia de Resurrección; pero, en el siglo XIV, el papa Urbano V, que residía con su corte en Aviñón, trasladó este cambio á Pentecostés, por razón del frío que allí hace en primavera. Así se observó hasta el siglo XVI, época en que el papa León X restituyó la mudanza á su época anterior de la Resurrección.

En boca de Juan de Valdés, ó de los escritores que en España simpatizaron con la reforma, la alusión debiera tenerse por irreverente sátira; mas en la pluma de Cervantes, amiga siempre del donaire, la tenemos por simple inconveniencia mientras no se demuestre que *constantemente* usaba de ironía al hablar de cosas eclesiásticas.

Si Moratín satirizó fuese asunto para una comedia *El cerco de Viena*, el autor del *Don Quijote* censura esto que sigue: «Imaginad vos desde aquí lo que parecerá en un teatro un Sumo Pontífice con doce cardenales, y con otros ministros de acompañamiento que forzosamente ha de traer consigo. ¡Vive el cielo que sea uno de los mayores y más altos espectáculos que se haya visto en comedia, aunque sea la del *Ramillete de Daraja!*»

Refiérese este pasaje del *Coloquio de los perros* precisamente á la frase que comentamos: «Estando en esto, — dice, — entró en la huerta otro mancebo

Hecho esto, almorzaron[a] de las sobras del real que del[b] acémila despojaron, [c] bebieron del agua del arroyo de los batanes, sin volver

a. ...almorzaron las sobras. C.$_3$, Pell. = *b. ...del real que de la acémila.* Ton. = *c. ...despojaron y bebieron del agua.* Ton., Arr., Arg.$_{1\text{-}2}$, Mai., Benj.

galán y bien aderezado, con unos papeles en la mano, en los cuales de cuando en cuando leía. Llegó donde estaba el primero, y díjole: «— ¿Habéis acabado la primera jornada?» «— Ahora le di fin, — respondió el poeta, — lo más gallardamente que imaginarse puede.» «— ¿De qué manera?» preguntó el segundo. «— Desta, — respondió el primero. — Sale Su Santidad del Papa vestido de pontifical con doce cardenales, todos *vestidos de morado*, porque cuando sucedió el caso que cuenta la historia de mi comedia era tiempo de *mutatio caparum*, en el cual los cardenales *no se visten de rojo* sino de *morado*; y, así, en todas maneras, conviene, para guardar la propiedad, que estos mis cardenales salgan de *morado*; y este es un punto que hace mucho al caso para la comedia, y á buen seguro dieran en él; y, así, hacen á cada paso mil impertinencias y disparates. Yo no he podido errar en esto, porque he leído todo el ceremonial romano por sólo acertar en estos vestidos.»

1. *Hecho esto, almorzaron de las sobras del real que del acémila despojaron.* — «Está invertido el orden de las palabras, — dijo un crítico meticuloso, — el cual debiera ser: *de las sobras del real del acémila que despojaron.*»

No discutamos si sufre ó no nuestro idioma tales inversiones; pero sí discutamos la variante del *repuesto* en vez del *real*, porque aquello que D. Quijote y Sancho despojaron de la acémila era el *repuesto* que en ella llevaban los sacerdotes. — «...andaba (Sancho) ocupado desbalijando una acémila de *repuesto*, que traían, aquellos buenos señores, bien bastecida de cosas de comer.» (I, 19.) — «...almorzaron, comieron, merendaron y cenaron á un mismo punto, satisfaciendo sus estómagos con más de una fiambrera que los señores clérigos... en la acémila del *repuesto* traían.» (I, 19.) — Luego, las sobras de que en este lugar se dice almorzaron D. Quijote y Sancho, eran las sobras del *repuesto* de los curas. Por tanto, aquí, en vez de *real*, debe ponerse *repuesto*, ya que la palabra *real* resulta impropia y nada adecuada en este pasaje. Así lo pide el hilo de la historia, así lo pediría (y valga la rectificación) si la historia fuese *verdadera*; pero ¿no se trata de una ficción? Las sobras del *real*, ¿no es aquí, esta palabra, un rasgo humorístico? Lo creemos, lo afirmamos; y á esta afirmación nos lleva otro uso, también festivo, que del mismo vocablo hizo Cervantes años después.

En el *Coloquio de los perros* refiere Berganza á Cipión que entró á servir á un morisco, que éste le mataba de hambre, determinándose por esto de escoger por nuevo amo á un poeta que vió que escribía una comedia en el huerto del primero; y añade: «Encaminóse á la ciudad, y yo le seguí con determinación de tenerle por amo, si él quisiese, imaginando que de las *sobras* de su castillo se podía mantener mi *real*; porque no hay mayor ni mejor bolsa que la caridad, cuyas liberales manos jamás están pobres.»

Sostener con Hartzenbusch que no eran *sobras* las provisiones que Sancho quitó de la acémila de los clérigos, porque estos señores no habían llegado aún al término de su viaje, más parece puerilidad que nota de tan ingenioso escritor; por lo que ha de tenerse como un atrevimiento decir *los fiambres* en vez de *las sobras*.

la cara á mirallos[a]; tal era el aborrecimiento que les tenían, por el miedo en que les[b] habían[c] puesto. Cortada, pues[d], la cólera, y aun la malencolía[e], subieron á caballo; y, sin tomar determinado camino (por ser muy de caballeros andantes el no tomar ninguno cierto), se pusieron á caminar por donde la voluntad de Rocinante quiso, que[f] se llevaba tras sí la de su amo y aun la del asno, que siempre le seguía por dondequiera que guiaba en buen amor y compañía[g]. Con todo esto volvieron al camino real, y siguieron por él á[h] la ventura, sin otro designio[i] alguno.

Yendo, pues, así caminando, dijo Sancho á su amo: «—Señor, ¿quiere vuestra merced darme licencia que departa un poco con él? Que, después que me puso aquel áspero mandamiento del silencio, se me han podrido más de[j] cuatro cosas en el estómago, y una sola que ahora tengo en el pico de la lengua no querría[k] que se malograse.

— Dila, — dijo D. Quijote, — y sé breve en tus razonamientos, que ninguno hay gustoso si es largo.

— Digo, pues, señor, — respondió Sancho, — que, de algunos días á esta parte, he considerado cuán poco se gana y granjea de andar buscando estas aventuras que vuestra merced busca por estos desiertos y encrucijadas de caminos, donde, ya que se venzan y acaben las más peligrosas, no hay quien las vea ni sepa, y, así, se

a. ...la cara á mirarlos. Ton., Mai. — *b. ...miedo en que los.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil., Pell., Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *c. ...les habia puesto.* C.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$. = *d. ...puesto que cortada la cólera.* C.$_2$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., A.$_{1\text{-}2}$, Bow., Arr., Gasp. — *...puesto y cortada la cólera.* Pell., Cl., Riv. = *e. ...y aun la malenconia.* C.$_{1\text{-}2}$, A.$_1$, Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. — *...y aun la melencolía.* Br.$_2$. = *f. ...quiso, el cual se llevaba.* Ton. = *g. ...amor y compaña.* Arr. = *h. ...y siguieron por él la ventura.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil. = *i. ...sin otro designo alguno.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil. = *j. ...han podrido más cuatro cosas.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil. = *k ...no quisiera que se malograse.* Ton.

1. *...tal era el aborrecimiento que les tenian, por el miedo en que les habian puesto. Cortada, pues, la cólera, y aun la malencolia, subieron á caballo.* — La variedad que en la puntuación ó, para decirlo mejor, que en la inteligencia del pasaje se advierte, nos obliga á declarar que, en este punto, seguimos á la primera de Cuesta, para no desvirtuar el efecto de hermoso epifonema que (según la manera de Cervantes) hay en toda la obra.

« Las ediciones segunda y tercera de Cuesta ofrecen aquí, — dice Hartzenbusch, — el texto de este modo: *tal era el aborrecimiento que les tenian, por el miedo en que les habian puesto, que, cortada la cólera y aun la malenconia (malencolía* dice la edición última), *subieron á caballo.* Ponderar el odio con ausentarse de un sitio donde no habian de quedarse, es rara manera de encarecer. Se debe preferir la lección primitiva, y en las otras dos no se puede dudar que el monosílabo *que* debió ser una *y*. Así lo entendió el juicioso Pellicer, á quien siguieron Clemencín y Rivadeneyra. »

han de quedar en perpetuo silencio y en perjuicio de la intención de vuestra merced y de lo que ellas merecen. Y, así, me parece que sería mejor (salvo el mejor parecer de vuestra merced) que nos fuésemos á servir á algún emperador, ó á otro príncipe grande que tenga alguna guerra, en cuyo servicio vuestra merced muestre el valor de su persona, sus grandes fuerzas y mayor entendimiento; que, visto esto del señor á quien serviremos[a], por fuerza nos ha de remunerar á cada cual según sus méritos, y allí no faltará quien ponga en escrito las hazañas de vuestra merced para perpetua memoria. De las mías no digo nada, pues no han de salir de los límites escuderiles; aunque sé decir que, si se usa en la caballería escribir hazañas de escuderos, que no pienso que se han de quedar las mías en tres renglones.

— No dices mal, Sancho, — respondió D. Quijote; — mas, antes que se llegue á ese término, es menester andar por el mundo como en aprobación[b] buscando las aventuras, para que, acabando algunas, se cobre nombre y fama tal que, cuando se fuere á la corte de algún gran monarca, ya sea el caballero conocido por sus obras, y que, apenas le hayan visto entrar los muchachos[c] por la puerta de la ciudad, cuando todos le sigan y rodeen dando voces, diciendo: « Este es el caballero del Sol, ó de la Serpiente[d] », ó de otra insignia alguna debajo de la cual hubiere acabado grandes hazañas. « Este » es, — dirán, — el que venció en singular batalla al gigantazo Bro-

a. ...á quien sirviésemos. C.$_1$, Ton., Arg.$_{1\text{-}2}$, Mai., Benj. — *...sirviésemos.* FK. = *b. ...en probación.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *c. ...los mochachos por.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil. = *d. ...del Sol ó de la Sierpe.* C.$_{1\text{-}2}$, L.$_{1\text{-}2}$, V.$_1$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton., A.$_1$, Mai.

14. *...mas, antes que se llegue á ese término, es menester andar por el mundo como en aprobación buscando las aventuras, para que, acabando algunas, se cobre nombre y fama.* — « Pocos lectores podrán negar, — escribe Samuel Johnson, — en medio de su regocijo ó de su compasión, que también ellos han sufrido visiones de la misma especie. »

Semejantes, análogas, añadimos nosotros; puesto que cada uno, allá en el fondo del alma, ha visto en su porvenir un mundo de ilusión y de ventura.

¡Tal es el corazón humano!

21. *« Este es el caballero del Sol, ó de la Serpiente », ó de otra insignia alguna debajo de la cual hubiere acabado grandes hazañas... Aquí entra luego el hacer mercedes á su escudero y á todos aquellos que le ayudaron á subir á tan alto estado; casa á su escudero con una doncella de la infanta, que será sin duda la que fué tercera en sus amores, que es hija de un duque muy principal* (pág. 148, lín. 15). — Fantasía creadora, no se ciñe, en tan largo pasaje, como erróneamente presumieron Bowle, Pellicer y Clemencín, por no citar á sus copistas, á la pedestre imitación de los episodios caballerescos que, con inútil solicitud, anotaron estos

» cabruno de la gran fuerza, el que desencantó al gran mameluco » de Persia del largo encantamento[a] en que había estado casi nove- » cientos[b] años.» Así que, de mano en mano, irán pregonando sus[c] hechos, y luego, al alboroto de los muchachos[d] y de la demás gente, se parará[e] á las fenestras de su real palacio el rey de aquel reino; y, así como vea al caballero, conociéndole por las armas ó por la empresa del escudo, forzosamente ha de decir: «¡Ea, sus! » Salgan mis caballeros, cuantos en mi corte están, á recebir[f] á la » flor de la caballería que allí viene.» Á cuyo mandamiento sal-

a. ...encantamiento. AMB., TON., $A._2$, CL., RIV., GASP., FK. — *b. ...nuecceientos años.* TON. — *c. ...tus hechos.* $C._1$, $L._{1\text{-}2}$. — *d. ...de los mochachos.* $V._{1\text{-}2}$, MIL. — *e. ...se parecerá á las.* TON. — *f. ...á recibir.* ARR., MAI., FK.

comentadores. Pueril empeño el suyo. Amparados con su ejemplo, si no levantásemos la vista más alto, pudiéramos decirles: «Todas vuestras citas quedan eclipsadas por los brillantes ejemplos que de *Tirante el Blanco* pueden sacarse.»

Porque cuando se leen estas palabras: *y él* (el emperador) *llegará hasta la mitad de la escalera, y le abrazará estrechísimamente, y le dará paz besándole en el rostro,* ¿quién no recuerda aquel pasaje de *Tirante el Blanco:* «Así como Tirante vió al emperador, hincó la rodilla, y todos los suyos, al llegar al catafalco, hicieron otra reverencia. Al llegar á sus pies, se arrodilló y quiso besarle el rostro; el valeroso señor no lo consintió, besóle la mano y el emperador le besó en la boca...» (cap. 101.) — «Así que estuvieron delante del emperador, se lanzó á sus pies para besarlos; el emperador no lo consintió, levantóle del suelo y besóle en la boca; Tirante le besó la mano...»? (cap. 433.)

Si, en el transcurso de esa narración, habla de que el emperador *le llevará por la mano al aposento de la señora reina, adonde el caballero la hallará con la infanta, su hija, que ha de ser una de las más fermosas y acabadas doncellas que en gran parte de lo descubierto de la tierra á duras penas se puede hallar,* ¿no concuerdan tales ideas con aquellas que se leen en la obra de Martorell: «El emperador tomóle por la mano é hizole penetrar en el aposento, en donde se hallaba la emperatriz...; y la infanta estaba recostada en aquel lecho, vestida con brial negro de satén y cubierta con una capa de terciopelo del mismo color...» (cap. 102.) «— Nunca creyera, — dijo Tirante, — que en esta tierra hubiese tantas cosas admirables como veo.» Y decíalo por la gran belleza de la infanta»? (cap. 103.)

Si dice nuestro novelista ha de acontecer *que ella ponga los ojos en el caballero, y él en los della, y cada uno parezca al otro cosa más divina que humana,* ¿no acude á la memoria la presentación del caballero de Rocasalada en el palacio del emperador de Constantinopla, y la entrevista del héroe caballeresco y la infanta Carmesina, que se leen en los cap. 102 y siguientes?

Si, como muestra de gran distinción, se hace observar, en la inimitable producción cervantina, que, *venida la noche, cenará con el rey, reina é infanta,* ¿no es este pasaje enteramente igual al que se halla en el cap. 433 del famoso libro de caballerías catalán: «El emperador quiso que Tirante comiese en su mesa, y comieron los cinco: el emperador y la emperatriz, la princesa y Tirante, y la reina de Fez»?

drán todos, y él llegará hasta la mitad de la escalera, y le abrazará estrechísimamente, y le dará paz besándole en el rostro, y luego le llevará por la mano al aposento de la señora reina, adonde el caballero la hallará con la infanta, su hija, que ha de ser una de las más fermosas y acabadas doncellas que en gran parte de lo descubierto de la tierra á duras penas se puede[a] hallar. Sucederá[b] tras esto, luego en continente[c], que ella ponga los ojos en el caballero, y él en los della, y cada uno parezca al[d] otro cosa más divina que humana; y, sin saber cómo ni cómo no[e], han de quedar presos

a. ...se pueda. $C._1$, MAI., FK. — *...se puedan.* ARG.$_{1\text{-}2}$, TON. — *b. Sucediera.* $L._{1\text{-}2}$. — *c. ...luego incontinente.* TON. — *d. ...parezca á otro.* $C._{1\text{-}2}$, $L._{1\text{-}2}$, $V._{1\text{-}2}$, BR.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, MIL., AMB., TON., PELL., MAI. — *e. ...ni cómo han.* $C._1$, $L._{1\text{-}2}$.

Si cuenta D. Quijote que el rey *tiene una muy reñida guerra con otro poderoso como él;* preguntamos á los que hayan pasado siquiera una sola vez la vista por los hechos del tan celebrado caballero de la Garrotera: ¿pueden olvidar que Tirante se pone al servicio del emperador de Constantinopla para libertarle de la guerra que le tenía declarada el Soldán y tantos reyes infieles como vence el amante de Carmesina?

Si no fuese sobrado realista la pintura, bien pudieran aducirse algunas citas de dicho capítulo, y viera el lector gran similitud con la del *Quijote: siendo medianera y sabidora de todo una doncella de quien la infanta mucho se fía. Sospirará él, desmayaráse ella, traerá agua la doncella, acuitaráse mucho porque viene la mañana, y no querría que fuesen descubiertos por la honra de su señora.*

Y, al final de toda esta larga cita, cuando *ya se es ido el caballero, pelea en la guerra, vence al enemigo del rey, gana muchas ciudades, triunfa de muchas batallas, vuelve á la corte,* etc.; basta recordar las proezas que ejecuta el paladín descrito por Martorell para ver en seguida muchos puntos de semejanza entre la descripción cervantina y la novela catalana.

Mas no se juzgue (hay que consignarlo mil y mil veces) que estos, y no otros, fueron los anhelos de Cervantes; pues suponer que tan sólo cifró su gloria en imitar el aparato externo, como en este cuadro, de episodios medioevales, fuera acreditar su obra de remedo y parodia de los libros de caballerías; fuera, sí, acreditar su pincel de colorista, pero no del mejor pincel humano. En ésta, como en otras pinturas, vemos nosotros un símbolo más alto, una aspiración más noble: la de que bajo la égida del ideal caballeresco encontrasen su amparo los hombres de sano espíritu.

Cierto, contra las extravagancias de los que bastardearon tan generoso ideal va la finísima sátira del rey de la novela; contra lo ceremonioso, contra lo falso, contra lo absurdo de malhadadas invenciones, resbala la pluma de Cervantes. Mas no va (y ¿cómo había de ir?) contra lo vivido y completamente épico de la sociedad española y del carácter nacional; contra las empresas, citemos un ejemplo, de los esforzados aragoneses y catalanes que tan hazañosos hechos realizaron en Oriente.

6. *Sucederá tras esto, luego en continente, que ella ponga los ojos en el caballero, y él en los della.* — De industria, por graciosa humorada, para dar en qué reir y burlar al lector, no para remozarlas, puso el ameno y sin par Miguel de

y enlazados en la intricable[a] red amorosa, y con gran cuita en sus corazones por no saber cómo se han de fablar para descubrir sus ansias y sentimientos. Desde allí le llevarán, sin duda, á algún cuarto del palacio ricamente aderezado, donde, habiéndole quitado las armas, le traerán un rico manto[b] de escarlata con que se cubra; y, si bien pareció armado, tan bien y mejor ha de parecer en farseto. Venida la noche, cenará con el rey, reina é infanta, donde nunca quitará los ojos della, mirándola á furto de los circunstantes[c]; y ella hará lo mesmo con la mesma[d] sagacidad, porque, como tengo dicho, es muy discreta doncella. Levantarse han las tablas, y entrará á deshora por la puerta de la sala un feo y pequeño enano con una fermosa dueña[e], que entre dos gigantes, detrás del enano, viene con cierta aventura[f] hecha por un antiquísimo sabio, que el que la acabare[g] será tenido por el mejor caballero del mundo. Mandará luego el rey que todos los que están presentes la[h] prueben, y ninguno

a. ...*en la intrincable.* Br.$_{1\text{-}3}$, Ton. = *b.* ...*un rico mantón de escarlata.* C.$_{2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton., A.$_{1\text{-}3}$, Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Arg.$_1$, Benj., FK. = *c.* ...*los circunstantes.* C.$_1$. = *d.* ...*lo mismo con la misma.* Pell., A.$_3$, Arr., Cl., Riv., Gasp., Mai., FK. — ...*lo mismo y con la misma.* C.$_3$, Bow. = *e.* ...*fermosa doña.* Br.$_3$, Amb. = *f.* ...*con cierta adivinanza hecha por un.* Arg.$_1$. — ...*con cierta armadura hecha por un.* Arg.$_2$. — ...*con cierta enigma hecho por un.* Benj. = *g.* ...*que al que la acertare.* Arg.$_1$, Benj. — ...*le asentare.* Arg.$_3$. — ...*lo acertare.* Benj. = *h.* ...*lo prueben.* Benj.

Cervantes en boca de su héroe, pero con gran tiento, las frases arcaicas que se habian hecho fuertes en los libros caballerescos. Á ellas pertenece la arriba transcrita; y, si no, júzguese, por analogía, de ésta, que se lee en *Palmerín de Oliva:* «...y, mientras que ésta hablaba con Palmerín, él no partia los ojos de Polinarda, *ella asimesmo á él,* quedando ambos presos y enlazados en la intrincable red amorosa.»

Que el pensamiento todo sea imitación caballeresca, lo dice esotro pasaje del *Amadís* (1): «...siendo de tal huésped la reina avisada, los palacios de grandes é ricos atavíos é las mesas puestas faltaron; en la una más alta se sentaron los reyes, y en otra, junto con ella, Elisena, su hija; é allí fueron servidos como en casa de tal hombre se debía. Pues estando en aquel solaz, como aquella infanta tan fermosa fuese, y el rey Perión por el semejante é la fama de sus grandes cosas en armas por todas las partes del mundo divulgadas, *en tal punto é hora se miraron,* que la gran honestidad é santa vida della no pudo tanto que de incurable é muy gran amor presa no fuese, *y el rey asimesmo della.*»

En gracia de la elipsis aquí empleada, y sólo en defensa suya, se han aducido ejemplos; pues, si hubiera de narrarse la historia de tales miradas, los pasajes fueran infinitos. Tan embebecidos quedaron los ojos de Tirant lo Blanch en cierta ocasión, que, como dice el novelista, «*de allí avant no trobaren la porta per hon exir, e, tostemps, foren apresonats en poder de persona liberta, fins que la mort dels dos feu separació*» (cap. 103).

(1) Introducción.

le dará fin y cima[a] sino el caballero huésped, en mucho pro[b] de su fama, de lo cual quedará contentísima la infanta, y se tendrá por contenta y pagada además por haber puesto y colocado sus pensamientos en tan alta parte. Y lo bueno es que este rey ó príncipe, ó lo que es, tiene una muy reñida guerra con otro tan[c] poderoso como él, y el caballero huésped le pide (al cabo de algunos días que ha estado en su corte) licencia para ir á servirle en aquella guerra dicha. Darásela el rey de muy buen talante, y el caballero le besará cortésmente las manos por la merced que le face[d], y aquella noche se despedirá de su señora la infanta por las rejas[e] de un jardín que cae en el aposento donde ella duerme, por las cuales ya otras muchas veces la había[f] fablado, siendo medianera y sabidora[g] de todo una doncella de quien la infanta mucho se fía[h]. Sospirará[i] él, desmayaráse ella, traerá agua la doncella, acuitaráse mucho[j] porque viene la mañana y no querría que fuesen descubiertos por la honra de su señora; finalmente la infanta volverá en sí, y dará sus blancas manos por la reja al caballero, el cual se las besará mil y mil veces, y se las bañará en lágrimas. Quedará concertado entre[k] los dos del modo que se han de hacer saber sus buenos ó malos sucesos, y rogarále la princesa que se detenga lo menos que pudiere. Prometérselo ha él con muchos juramentos; tórnale á besar las manos, y despídese con tanto sentimiento, que estará poco por[l] acabar la vida. Vase desde allí á su aposento; échase sobre su lecho; no puede dormir del[m] dolor de la[n] partida. Madruga muy de mañana: vase á despedir del rey y de la reina y de la infanta, diciéndole[ñ], habiéndose despedido de los dos, que la señora infanta está mal dispuesta, y que no puede recebir[o] visita. Piensa el caballero que es de pena de su partida; traspásasele el corazón, y falta poco de no dar indicio manifiesto de su pena. Está la doncella medianera delante; halo de notar todo; váselo á decir á su señora, la cual la recibe con lágrimas, y le dice que una de las mayores penas que tiene es no saber quién

a. ...*le dará significación sino.* Arg.$_1$, Benj. — ...*se dará maña á ponérsela encima, sino.* Arg.$_3$. = *b.* ...*en mucho por de su fama.* Br.$_3$, Amb. = *c.* ...*con otro poderoso.* Mai. = *d.* ...*que la face.* FK. — ...*que le hace.* Mai. = *e.* ...*por las rejas del aposento donde ella duerme que caen á un jardín, por las cuales.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *f.* ...*la habrá fablado.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. — ...*le había.* Mai. = *g.* ...*y sabedora de todo.* Mai. = *h.* ...*se fiaba.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}2}$, Mai., FK. = *i. Suspirará él.* C.$_3$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton., A.$_{1\text{-}3}$, Bow. = *j.* ...*cuitaráse mucho el porque.* Ton. = *k.* ...*concertado en los dos.* Br.$_3$. = *l.* ...*estará por acabar.* Arg.$_1$, Benj. — .. *estará para acabar.* Arg.$_3$. — ...*estará poco acabar.* L.$_{1\text{-}3}$. = *m.* ...*dormir de dolor.* V.$_1$. = *n.* ...*de su partida.* Mai. = *ñ.* ...*dícenle, habiéndose.* C.$_{1\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}3}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Amb., Ton., A.$_1$, Cl., Riv., Arg.$_{1\text{-}3}$, Mai., Benj., FK. — ...*dícele, habiéndose.* Mil. = *o.* ...*no puede recibir.* Pell., Mai., FK.

sea su caballero, y si es de linaje de reyes ó no. Asegúrala[a] la doncella que no puede caber tanta cortesía, gentileza y valentía como la de su caballero sino en sujeto real y grave. Consuélase[b] con esto la cuitada, y[c] procura consolarse[d] por no dar mal indicio de sí á sus padres, y á cabo de dos días sale en público. Ya se es ido el caballero: pelea en la guerra, vence al enemigo del rey, gana muchas ciudades[e], triunfa de muchas batallas, vuelve á la corte, ve á su señora por donde suele, conciértase que la pida á su padre por mujer en pago de sus servicios, no se la quiere dar el rey, porque no sabe quién es; pero, con todo esto, ó robada, ó de otra cualquier suerte que sea, la infanta[f] viene á ser su esposa, y su padre lo viene á tener á gran ventura, porque se vino á averiguar que el tal caballero es hijo de un valeroso rey de no sé qué reino, porque creo que no debe de estar en el mapa. Muérese el padre; hereda la infanta; queda rey el caballero en dos palabras[g]. Aquí entra luego el hacer mercedes[h] á su escudero y á todos aquellos que le ayudaron á subir á tan alto estado; casa á su escudero con una doncella de la infanta,

a. Asegura la doncella. C.$_3$, A.$_3$, Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Arg.$_3$. — *Asegúrale.* Ton. — *Asegurará.* Arg.$_1$, Benj. = *b. Contiénese con esto.* Arg.$_1$, Benj. = *c. ...la cuitada, procura.* C.$_1$, Mai., FK. = *d. ...procura contenerse por no dar.* Arg.$_3$. — *...procura alegrarse por no dar.* Br.$_{1\text{-}2}$, Ton. = *e. ...gana muchas ciudades, vuelve á la corte.* L.$_{1\text{-}2}$. = *f. ...la infante viene.* Br.$_1$. = *g. ...queda rey el caballero en dos paletas.* Pell. = *h. ...merced á su escudero.* C.$_3$, Bow.

6. *...vence al enemigo del rey, gana muchas ciudades, triunfa de muchas batallas.* — Quien se imaginó dar fuerte palmetazo diciendo: «Se triunfa del enemigo, pero no de las batallas. Debió escribirse *triunfa en muchas batallas*, y así diría acaso el original»; olvidó, sin duda, Clemencin, no haberse concedido á los críticos, en asunto de pura erudición, el privilegio de la afirmación sin pruebas. Por eso consignaremos que *ab initio non fuit sic*, ya que la idea expresada por el substantivo *batalla* no era antes tan abstracta como con inconsiderada ligereza se ha supuesto.

Leemos en el *Diccionario de Autoridades:*

«Batalla. Se llamaba en lo antiguo el centro del ejército, á distinción de la vanguardia y retaguardia...»

No sostendremos que tal definición sea aplicable al caso presente, pues fuera algo cómico el hecho de que D. Quijote triunfara precisamente del centro del ejército; pero, como en las antiguas historias y en los libros caballerescos se extienda el vocablo *batalla* hasta significar un ejército, según puede verse por esta cita de Mendoza (1): «Travó una gruesa escaramuza con la arcabucería del duque, haciendo espaldas con quasi seis mil hombres en cuatro *batallas*». Parece que puede aceptarse el *triunfa de muchas batallas*, muy en harmonía con la disparatada idea, admitida en tales libros, de que un solo caballero andante venció más de una vez á un ejército entero.

(1) *Guerra de Granada*, lib. IV, n.º 1.

que será[a] sin duda la que fué tercera en sus amores, que es hija de un duque muy principal.

— Eso pido, y barras derechas, — dijo Sancho. — Á eso me atengo, porque todo al pie de la letra ha de suceder por vuestra merced, llamándose *el Caballero de la Triste Figura*.

— No lo dudes, Sancho, — replicó D. Quijote; — porque del mismo modo[b], y por los mismos pasos que esto he contado, suben y han subido los caballeros andantes á ser reyes y emperadores. Sólo falta agora[c] mirar qué rey de los cristianos ó de los paganos tenga[d] guerra, y tenga hija hermosa. Pero tiempo habrá para pensar esto; pues, como te tengo dicho, primero se ha de cobrar fama por otras partes que se acuda á la corte. También me falta otra cosa: que, puesto caso que se halle rey con guerra y[e] con hija hermosa, y que yo haya cobrado fama increíble por todo el universo, no sé yo[f] cómo se podía[g] hallar que yo sea de linaje de reyes, ó por lo menos primo segundo de emperador; porque no me querrá el rey dar á su hija por mujer si no está primero muy enterado en esto, aunque más lo merezcan mis famosos hechos. Así que, por esta falta, temo perder lo que mi brazo tiene bien merecido. Bien es verdad que yo soy hijodalgo, de solar conocido, de posesión y propiedad, y de[h] devengar quinientos sueldos, y podría ser que el sabio

a. ...que era. Mai. = *b. ...mismo y por los mismos.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton., A.$_1$, Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Mai., FK. = *c. ...falta ahora.* Todas las ediciones, menos C.$_1$. = *d. ...paganos tengan.* A.$_1$. = *e. ...guerra ó con hija.* Mai. = *f. ...no sé cómo.* Pell. = *g. ...se podría hallar.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil., Ton. — *...se podrá.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *h. ...y he devengar.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}2}$.

20. *...yo soy hijodalgo, de solar conocido, de posesión y propiedad, y de devengar quinientos sueldos.* — Conforme al *Fuero Juzgo*, que rigió en España hasta el reinado de Alfonso X *el Sabio*, quien lo incorporó, por así decirlo, á las *Siete Partidas*, se evaluaban los perjuicios, las ofensas graves y las vidas de cada uno de los ciudadanos, según la clase y condición de éstos.

El que ofendía á un hidalgo en su persona, honor ó hacienda, estaba obligado á pagar una multa de quinientos sueldos *(solidi)*: por consiguiente, ser *hijo de algo, de solar conocido, de posesión y propiedad, y de devengar quinientos sueldos*, equivale á ser de noble nacimiento, pues las personas de clase inferior *devengaban* menos suma.

Cuanto valiese el sueldo, no acertarían á decirlo con entera precisión ni aun los que hacen gala de numismáticos. Recordamos haber leído, en un comentador inglés, que el *sueldo* se apreciaba en lo que hoy valen diez ó doce céntimos. Terreros lo explica así en su diccionario:

«Sueldo: moneda de oro entre los romanos, que se llamó así porque tenía el justo y entero valor, á distinción de las que fabricaron, ya de una mitad, ya de un tercio, á que llamaron *semisses* y *tremisses*, para uso común. — Francia, *Sou d'or;* lat., *Solidus;* Italia, *Soldo*. Setenta y dos sueldos romanos pesaban

que escribiese mi historia deslindase de tal manera mi parentela y descendencia, que me hallase quinto ó sexto nieto de[a] rey. Porque te hago saber, Sancho, que hay dos maneras de linajes en el mundo: unos que traen y derivan[b] su descendencia de príncipes y monarcas, á quien poco á poco el tiempo ha deshecho, y han acabado en punta, como pirámides[c]; otros tuvieron principio de gente baja, y van subiendo de grado en grado hasta llegar á ser grandes señores; de manera que está la diferencia en que unos fueron que ya no son, y otros son que ya no fueron; y podría ser yo destos[d] que, después de averiguado, hubiese sido mi principio grande y famoso, con lo cual se debía de contentar el rey mi suegro que hubiere[e] de ser. Y, cuando no, la infanta me ha de querer de manera que, á pesar de su padre, aunque claramente sepa que soy hijo de un[f] azacán, me ha de admitir por señor y por esposo; y, si no, aquí entra el roballa[g] y llevarla[h] donde más gusto me diere, que el tiempo ó la muerte ha de acabar el enojo de sus padres.

a. ... nieto del rey. AMB. = *b. ...y derriban.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}3}$. = *c. ...como pirámide puesta al revés, otros.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}2}$, TON., ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ., FK. = *d. ...y podía ser yo de aquellos que.* TON. — *...y podría ser yo de suerte que.* ARG.$_1$, BENJ. — *...destos y que después.* ARG.$_1$. = *e. ...hubiese de ser.* BENJ. = *f. ...hijo de azacán.* V.$_{1\text{-}2}$. = *g. ...el robarla.* AMB., ARG.$_2$, MAI. = *h. ...y llevalla.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}2}$, FK.

una libra de oro, y seis hacian una onza; de donde se sigue que cada sueldo romano valia cincuenta reales de vellón, seis maravedís y cuatro sextos de maravedí. — En España fabricaron los visigodos sueldos de oro, á imitación de los romanos, y les llamaron *maravedís*, según Covarrubias. Lat., *Nummus aureus*. Un sueldo de estos valia tres y medio de los que ahora se usan en Francia, que venia á ser lo mismo que cuarenta dineros, ó poco más de seis cuartos, de Castilla.

Sueldo, pieza pequeña, moneda de Francia, que vale doce dineros, ó cosa de siete maravedís de Castilla.

Francia, *Sol*, prov. *sou;* otros escriben *sou*. Lat., *Assis seu duodecim denarii;* otros, *Solidus*. Italia, *Soldo*. El sueldo en Francia ha tenido mucha variedad. Hoy se tiene que veinte sueldos hacen una libra tornesa, ó cuatro reales de Castilla, ó ciento treinta y seis maravedís, con muy corta diferencia.

Sueldo de Alemania: moneda que vale dos tercios de maravedí de Castilla. V. *Konigs dallre*.

Sueldo de Aragón: treinta y dos maravedís.

Sueldo de Cataluña: es de diez y ocho maravedís, y 6 treinta y dos avos de maravedí.

Sueldo de Valencia: vale veinticinco maravedís y 9 quinceavos de otro.

Sueldo de Mallorca: vale veintidós maravedís, y 10 diez y siete avos de otro.

Sueldo antiguo de Burgos, ó sueldo bueno: moneda que valia doce dineros de á cuatro meajas. Lat., *Solidus burgalensis*.

Sueldo menor: era una moneda que valia un dinero y dos meajas, ú ocho meajas. Lat., *Solidus minor.*»

— Ahí entra bien[a] también, — dijo Sancho, — lo que algunos desalmados dicen: «no pidas de grado lo que puedes tomar por fuerza»; aunque mejor cuadra decir: «más vale salto de mata que ruego de hombres buenos.» Dígolo porque, si el señor rey, suegro de vuestra merced, no se quisiere domeñar á entregarle[b] á mi señora la infanta, no hay sino, como vuestra merced dice, roballa y trasponella[c]. Pero está el daño que, en tanto que se hagan las paces y se goce pacíficamente del reino, el pobre escudero se podrá estar á diente en esto de las mercedes; si ya no es que la doncella tercera, que ha de ser su mujer, se sale con la infanta, y él pasa con ella su mala ventura hasta que el cielo ordene otra cosa; porque bien podrá, creo yo, desde luego dársela su señor por legítima esposa.

— Eso no hay quien lo[d] quite, — dijo D. Quijote.

— Pues como eso sea, — respondió Sancho, — no hay sino encomendarnos á Dios y dejar correr la suerte por donde mejor lo[e] encaminare.

— Hágalo Dios, — respondió D. Quijote, — como yo deseo y tú, Sancho, has menester; y ruin sea quien por ruin se tiene.

— Sea por[f] Dios, — dijo Sancho; — que yo cristiano viejo soy, y, para ser conde, esto me basta.

— Y aun te sobra, — dijo D. Quijote. — Y, cuando no lo fueras, no hacía nada al caso; porque, siendo yo el rey, bien te puedo dar nobleza sin que la compres ni me sirvas con nada, porque, en haciéndote[g] conde, cátate ahí caballero. Y digan lo que dijeren, que á buena fe que te han de llamar señoría, mal que les pese.

— ¡Y montas, que no sabría yo autorizar el litado! — dijo Sancho.

— Dictado[h] has de decir, que no litado, — dijo su amo.

— Sea así[i], — respondió Sancho Panza. — Digo que le sabría bien acomodar; porque, por vida mía, que un tiempo fuí muñidor[j] de una cofradía, y que me asentaba tan bien la ropa de muñidor[k], que decían todos que tenía presencia para poder ser prioste de la mesma[l] cofradía. Pues ¿qué será cuando me ponga un ropón

a. Ahí entra bien, dijo Sancho. BR.$_{1\text{-}2}$, TON. — *Ahí entra también, dijo Sancho.* ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ. = *b. ...á entregalle.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}2}$, ARG.$_2$, FK. = *c. ...robarla y trasponerla.* MAI. = *d. ...quien la quite.* C.$_{1\text{-}2}$, L.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, BR.$_3$, MIL. — *...quien te la quite.* BR.$_{1\text{-}2}$, TON. = *e. ...mejor la encaminare.* ARG.$_2$. = *f. Sea par Dios.* C.$_{1\text{-}2}$, L.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, BR.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, MIL., AMB., TON., A.$_1$, PELL., FK. = *g. ...en haciendo conde.* V.$_1$. = *h. Ditado has de decir.* C.$_3$. = *i. Sea ansí.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}3}$, MIL. = *j. ...un tiempo fuí munidor.* C.$_{1\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}3}$, BR.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, MIL., AMB., TON. = *k. ...la ropa de munidor.* C.$_{1\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}3}$, BR.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, MIL., AMB., TON. = *l. ...misma cofradía.* C.$_3$, L.$_{1\text{-}3}$, BOW., PELL., MAI., FK.

ducal á cuestas, ó me vista de oro y de perlas, á uso de conde extranjero? Para mí tengo que me han de venir á ver de cien leguas.

— Bien parecerás, — dijo D. Quijote; — pero será menester que te rapes las barbas á menudo; que, según las tienes de espesas, aborrascadas y mal puestas, si no te las rapas á navaja cada dos días por lo menos, á tiro de escopeta se echará de ver lo que eres.

— ¿Qué hay más, — dijo Sancho, — sino tomar un barbero y tenerle[a] asalariado en casa? Y aun, si fuera menester, le haré que ande tras mí, como caballerizo de grande.

— Pues ¿cómo sabes tú, — preguntó D. Quijote, — que los grandes llevan detrás de sí á sus caballerizos?

— Yo[b] se lo diré, — respondió Sancho. — Los años pasados estuve un mes en la corte, y allí vi que, paseándose un señor muy pequeño, que decían que era muy grande, un hombre le seguía á caballo á todas las vueltas que daba, que no parecía sino que era su rabo. Pregunté que cómo aquel hombre no se juntaba con el otro hombre[c], sino que siempre andaba tras dél. Respondiéronme que era su[d] caballerizo, y que era uso de grandes llevar tras sí á los tales. Desde entonces lo sé tan bien, que nunca se me ha olvidado.

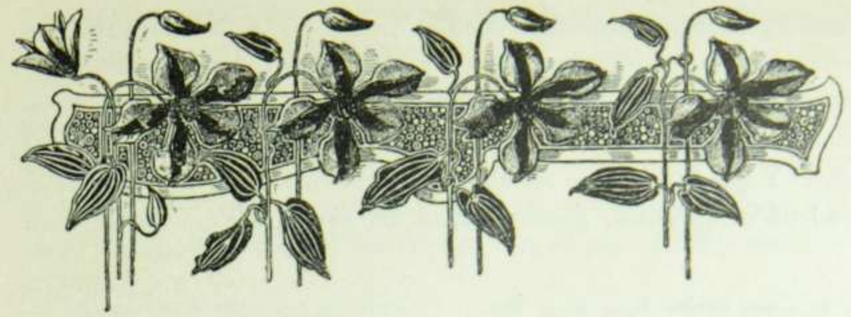
— Digo que tienes razón, — dijo D. Quijote, — y que así[e] puedes tú llevar á tu barbero; que los usos no vinieron todos juntos ni se inventaron á una, y puedes ser tú el primero[f] conde que lleve[g] tras sí su barbero; y aun es de más confianza el hacer la barba que ensillar un caballo.

— Quédese eso del barbero á mi cargo, — dijo Sancho, — y al de vuestra merced se quede el procurar venir á ser rey y el hacerme conde.

— Así será », respondió D. Quijote. Y, alzando los ojos, vió lo que se dirá en el siguiente capítulo.

a. ...tenelle asalariado. C.$_{1}$. = *b. Y se lo diré.* Mil.. = *c. ...con el otro, sino.* C.$_{1\text{-}2}$, L.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton., A.$_{1}$, Arr., Arg.$_{1\text{-}2}$, Mal., Benj., FK. = *d. ...que era caballerizo.* V.$_{1}$. = *e. ...y que así puedes.* V.$_{1}$, Mil. = *f. ...el primer conde.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil., A.$_{1}$, Mal. = *g. ...que lleva tras sí.* C.$_{2}$, Bow.

15. *...estuve un mes en la corte.* — El hecho parece inverosimil; pues, como ha observado más de un comentador, Sancho, que muy bien podia haber tomado parte en el entremés de *Los habladores*, no vuelve á mentar para nada la corte, donde debió ver mil y mil cosas que llamasen su atención.



Capítulo XXII

De la libertad que dió D. Quijote á muchos desdichados que, mal de su grado, los llevaban donde no quisieran ir

Cuenta Cide Hamete Benengeli, autor arábigo y manchego, en esta gravísima, altisonante, mínima, dulce é[a] imaginada historia, que después que, entre[b] el famoso D. Quijote de la Mancha y Sancho Panza su escudero, pasaron aquellas razones que en el fin del capítulo veintiuno quedan referidas, que[c] D. Quijote alzó los ojos y vió que, por el camino que llevaba, venían hasta doce hom-

a. ...dulce y nunca imaginada historia. Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *b. ...que después que el famoso.* Br.$_{3}$. = *c. ...quedan referidas, D. Quijote.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj.

Al espléndido, al maravilloso cuadro de las glorias de la caballeria, tan magnificamente celebradas en las últimas páginas, sucede otro en cuyo centro hay unos que van á extinguir su condena en las galeras del rey. Son los galeotes con quienes topan D. Quijote y Sancho; los galeotes que, al ser interrogados por el andante, sin pretender justificar la causa de sus vicios, ponen en verdad de resalto los del medio ambiente en que se mueven, como si quisieran señalar las vetas impuras que en aquella sociedad se encuentran.

Desahogo contra ella son, á juicio de los partidarios del simbolismo, el diálogo que entre D. Quijote, los cuadrilleros y los ensartados en la cadena se entabla; no pasando todo ello, en opinión de los más, de un esfuerzo generoso pero aislado, de un vivo anhelo por la harmonía entre lo ideal y lo real en el humano y posible límite de lo justo, ya que el ideal absoluto en la tierra, y las nobles empresas para alcanzarlo, dirianse algo semejante á las viejas canciones, que en resolución no pasan de ensueños de la fantasía.

bres á pie, ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro por los cuellos, y todos con esposas á las manos... Venían asimismo[a] con ellos dos[b] hombres de á caballo y dos de á pie: los[c] de á caballo con escopetas[d] de rueda, y los de á pie[e] con dardos y espadas. Y que[f], así como Sancho Panza los vido[g], dijo: « — Esta es cadena de galeotes, gente forzada del rey, que va á las galeras.

a. ...*ansi mesmo.* C.$_{1\text{-}2}$, L.$_{1\text{-}2}$, Mil., Amb., A.$_1$. — *b.* ...*con ellos tres hombres.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. — *c.* ...*uno de á caballo.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. — *d.* ...*escopeta.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. — *e.* ...*y los demás con dardos.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. — *f.* *Y así como.* Cl., Riv., Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj., FK. — *g.* ...*los vió.* Br.$_2$, Arg.$_{1\text{-}2}$, Mai., Benj.

Línea 1. ...*ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro por los cuellos, y todos con esposas á las manos.* — « Despedíme de mis camaradas, que fueron tan hombres de bien que me proveyeron de algunos maravedís por la voluntad que me habían cobrado; *y ensartáronnos en unas cadenas con argollas á los cuellos y esposas en las manos.* » (1)

5. ...*así como Sancho Panza los vido, dijo: « — Esta es cadena de galeotes, gente forzada del rey, que va á las galeras.* — Hija acaso de la falta de personal para nuestras cinco escuadras, la pena de galeras, ó sea la de estar amarrado á ellas para bogar al remo, es la pena á que por sus delitos se condenaba á los *galeotes;* cuyo nombre, derivado de *Galea* en sentir de unos, de origen desconocido para otros, se remonta á la época del bajo Imperio, cuando de las ruinas de éste, como quiere Guerin, surgieron las nacionalidades, señaladamente la francesa y española, en las que se empleaban como remeros así al prisionero de guerra como al criminal.

Esclavos del rey lo eran los galeotes: iban á galeras *de por fuerza*, no por suerte; y menos aún (es evidente) de propia voluntad. De ahí lo expresivo de la frase *gente forzada del rey*, ya que hasta las maniobras á que estaban sujetos eran *forzadas;* pues, atados con cormas y cordeles, se les *mosqueaba* las espaldas con el rebenque. « No de otra manera, — escribe un sociólogo, — de lo que hace el carretero cuando ha de sacudir con el látigo á sus bestias para vencer un camino difícil, ó salvar el bache en que se han atascado. »

Más tarde Rincón habló así en *Rinconete y Cortadillo:*

« Viendo aquellos señores mi poca edad, se contentaron con que me arrimasen al aldabilla y me *mosqueasen* las espaldas por un rato, y con que saliese desterrado por cuatro años de la corte. Tuve paciencia, encogí los hombros, sufrí la tanda y *mosqueo*, y salí á cumplir mi destierro con tanta priesa que no tuve lugar de buscar cabalgaduras. »

Á esta significación legal del vocablo aludió Quevedo en el romance de la Méndez:

« ¿Quéjaste de ser *forzado?*
No pudiera decir más
Lucrecia del rey Tarquino,
Que tú de Su Majestad. »

El *multa renascentur* de Horacio, ese volver á los halagos de la vida, pero de nueva vida, se ha cumplido en las palabras *fuerza* y *forzar*. « Mucha *fuerza* me

(1) Mateo Alemán. « Biblioteca Rivadeneyra », t. III, pág. 249.

— ¿Cómo gente forzada? — preguntó D. Quijote. — ¿Es posible que el rey haga fuerza á ninguna gente?

— No digo eso, — respondió Sancho, — sino que es gente que, por sus delitos, va condenada á servir al rey en las galeras, de por fuerza.

— En resolución, — replicó D. Quijote, — como quiera que ello sea, esta gente, aunque[a] los llevan, van de por fuerza y no de su voluntad.

— Así es, — dijo Sancho.

— Pues desa manera, — dijo su amo, — aquí encaja la ejecución de mi oficio: desfacer fuerzas, y socorrer y acudir á los miserables.

— Advierta vuestra merced, — dijo Sancho, — que la justicia, que es el mesmo[b] rey, no hace fuerza ni agravio á semejante gente, sino que los castiga en pena de sus delitos. »

a. ...*esta gente á donde los llevan van de por fuerza.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. — *b.* ...*que es el mismo rey.* C.$_3$, Bow., Pell., Arr., Mai., FK.

hacen las razones aducidas por usted », es concesión que hacemos en prueba de imparcialidad y como muestra de consideración al buen juicio de la persona con quien discutimos.

¿Qué le queda hoy al uso en lo que mira al verbo *forzar* por *hacer violencia?* Muy poco, ya que el eufemismo lo va cubriendo todo con sus delicados velos.

10. ...*aquí encaja la ejecución de mi oficio.* — Como caballero andante, su ideal es el de restablecer la justicia de aquella edad de oro que tan bellamente se nos pintó en el cap. 11, aquella dichosa edad en que se ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*. Siempre el mismo, D. Quijote ve, no á criminales, sino á hombres desvalidos que han menester de su protección y amparo; y no ha de maravillar que así los vea su acalorada fantasía: lo contrario, fuera encontrarse en un estado completamente lúcido. Á los que, olvidando esto, pretenden sacar de los dichos y actos de un loco consecuencias del desacuerdo entre los inermes y los fuertes, será bien dejarles en sus filosofías, ya que para muchos es un ideal absurdo ese confiar totalmente al esfuerzo individual una función social como la de la justicia.

« El humanitarismo de D. Quijote, — escribe Castro y Serrano (1), — *que no reconoce límites,* le induce á creer que debe y puede entrometerse en todas las desdichas... Su condición de justiciero, que no reconoce obstáculos ni circunstancias para emplearse en el bien común, le coloca en aprietos como el de ser apedreado por los galeotes... »

15. ...*sino que los castiga en pena de sus delitos.* » — « De lo que se dice en la conversación de los galeotes con D. Quijote, se puede reconstruir la escala penal en lo concerniente á este género de pena. *Acomodáronme las espaldas con*

(1) *Discurso leído ante la Real Academia Española.*

Llegó en esto la cadena de los galeotes; y D. Quijote, con muy corteses razones, pidió á los que iban en su guarda fuesen servidos de informalle y decille[a] la causa ó causas por que llevaban[b] aquella gente de aquella manera.

Una de las guardas de á caballo respondió que eran galeotes, gente de su majestad que iba á galeras, y que no había más que decir, ni él tenía más que saber.

« — Con todo eso, — replicó D. Quijote, — querría saber de cada uno dellos, en particular, la causa de su desgracia. »

Añadió á éstas otras tales y tan comedidas razones para moverlos á que le[c] dijesen lo que deseaba, que la otra guarda de á caballo le dijo: « — Aunque llevamos aquí el registro y la fe de las sentencias de cada uno destos malaventurados, no es tiempo éste de detenernos[d] á sacarlas ni á leellas[e]. Vuestra merced llegue y se lo pregunte á ellos mesmos[f], que ellos lo dirán, si quisieren[g]; que sí querrán, porque es gente que recibe gusto de hacer y decir bellaquerías. »

a. ...*de informarle y decirle.* Mai. = *b.* ...*llevan.* C.$_1$, V.$_{1\text{-}2}$, Mil. = *c.* ...*que dijesen.* FK. = *d.* ...*detenerles.* C.$_{1\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., A.$_1$, Bow., Pell., Mai. — ...*tiempo de tenerles.* L.$_3$, Amb. = *e.* ...*á leerlas.* Amb., Mai. = *f.* ...*mismos.* C.$_3$, A.$_2$, Bow., Arr., Cl., Riv., Gasp., Mai., FK. = *g.* ...*si quieren.* Br.$_3$, Amb.

ciento, y, por añadidura, tres precisos de gurapas. Esta parece ser la duración mínima de la pena. Se señala también otra combinación, que es la de salir á la vergüenza: *Este hombre honrado va por cuatro años á galeras, habiendo paseado las acostumbradas vestido en pompa y á caballo.* El que se burló *demasiadamente con dos primas hermanas mías, y con otras dos hermanas que no lo eran mías,* iba *á galeras por seis años.* Por último, Ginés de Pasamonte *va por diez años á galeras, que es como muerte civil.* » (1)

13. ...*no es tiempo éste de detenernos á sacarlas ni á leellas.* — Si *las guardas* eran quienes llevaban el registro y la fe de las sentencias, parece evidente que la lección « ...no es tiempo éste de *detenerles* á sacarlas ni á leellas » ha de estimarse como viciosa, aunque las ediciones primera y tercera de Cuesta lo digan así.

14. *Vuestra merced llegue y se lo pregunte á ellos mesmos, que ellos lo dirán, si quisieren; que sí querrán, porque es gente que recibe gusto de hacer y decir bellaquerías.* » — Cierto, contestan á las preguntas de D. Quijote; pero lo hacen en lenguaje picaresco, como bellacos que son. Cuando el caballero pregunta al primero de ellos *que por qué pecados iba de tan mala guisa,* el galeote le responde *que por enamorado, por haber querido tanto á una canasta de colar, que se abrazó con ella.*

¿No continúan hablando también en lengua de germanía, en forma rufianesca, los cofrades de Monipodio, en *Rinconete y Cortadillo?* — « Anoche el

(1) *Revista penitenciaria,* pág. 337. — 1905.

Con esta licencia, que D. Quijote se tomara aunque no se la dieran, se llegó á la cadena, y al primero le preguntó que por qué pecados iba de tan mala guisa.

Él le[a] respondió que por enamorado iba[b] de aquella manera.

« — ¿Por eso no más? — replicó D. Quijote. — Pues, si por enamorados echan á galeras, días há que pudiera yo estar bogando en ellas.

a. Él respondió. C.$_3$, L.$_3$, A.$_2$, Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Arg.$_{1\text{-}3}$, Benj. = *b.* Omiten *iba de aquella manera.* C.$_3$, A.$_2$, Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Arg.$_{1\text{-}3}$, Benj. — ...*enamorado de aquella manera.* FK.

Renegado y Centopiés llevaron á mi casa una *canasta de colar* algo mayor que la presente, llena de ropa blanca, y en Dios y en mi ánima que venía con su cernada y todo, que los pobretes no debieron de tener lugar de quitalla... » — « Y porque sé que me han de preguntar algunos vocablos de los que he dicho, quiero curarme en salud y decírselo antes que me lo pregunten. Sepan voacedes que *cuatrero* es ladrón de bestias; *ansia,* es el tormento; *roznos,* los asnos (hablando con perdón). »

Mientras el grosero y pornográfico Avellaneda hace decir á su libidinoso Sancho: *para que nadie me la desencamine dando de reir al diablo, que sudar á alguna partera y que hacer á algún vicario ó cura en cristianizar algún...,* un galeote responde, con el mayor desenfado, *que de sus burlas creció tan intrincadamente la parentela, que no hay sumista que la declare.*

Si se ha dicho que el elogio que D. Quijote hace de la alcahuetería es un divertimiento picaresco, ¿no lo es todo lo demás? ¿No lo es el ir *cinco años á las señoras gurapas* (galeras) *por faltarle diez ducados,* que, á tenerlos oportunamente, *hubiera untado con ellos la péndola del escribano y acivado el ingenio del procurador?*

4. *Él le respondió que por enamorado iba de aquella manera.* — En el folio 89 vuelto de la tercera edición de Cuesta aparecen suprimidas las palabras que siguen á la voz *enamorado.*

Nimiedades de retórico meticuloso son éstas. Aquí no hay nada superfluo ni baldío: el pleonasmo, si por él se entiende redundancia, no lo ve el lector. La respuesta corre parejas con la pregunta. *Que por qué pecados iba de tan mala guisa,* le preguntó D. Quijote; á lo que respondió el primero de los galeotes *que por enamorado iba de aquella manera,* esto es, *en conducción de presos.* ¿Quién no ve el paralelismo entre la pregunta y la respuesta?

Enamorado. — Que frases análogas á la precedente se encuentren en nuestros escritores, lo saben hasta los menos versados en el lenguaje castellano; pero que las hayan usado con igual donaire, que vivan en la lengua con igual prestigio, sería difícil demostrarlo.

¿Por ventura lo tiene ésta, con serlo de Mateo Alemán (1), maestro en asuntos picarescos?:

« No tenía excusa por estar yo *enamorado;* que aunque ninguno haya más ciego ni más tientaparedes que el que tiene esta pasión, pero los yerros que se perdonan por amores son en ellos mismos, y no se permite que el *enamorado* se valga de hacienda ajena contra voluntad de su dueño. »

(1) *Guzmán de Alfarache,* lib. III, cap. 9.

— No son los amores como los que vuestra merced piensa, — dijo el galeote; — que los míos fueron que quise tanto á una canasta de colar, atestada de ropa blanca, que la abracé conmigo tan fuertemente, que, á no quitármela la[a] justicia por fuerza, aun hasta ahora[b] no la hubiera dejado de mi voluntad. Fué en fragante, no hubo lugar de tormento, concluyóse la causa, acomodáronme las espaldas con ciento, y, por añadidura, tres precisos[c] de gurapas, y acabóse la obra.

— ¿Qué son gurapas? — preguntó D. Quijote.

— Gurapas son galeras », respondió el galeote. El cual era un mozo de hasta edad de veinticuatro años, y dijo que era natural de Piedrahita. Lo mismo[d] preguntó D. Quijote al segundo, el cual no respondió palabra, según iba de triste y melancólico[e]; mas respondió por él el primero, y dijo: « — Este, señor, va por canario, digo que[f] por músico y cantor.

— Pues ¿cómo? — repitió[g] D. Quijote. — ¿Por músicos y cantores van también á galeras?

— Sí, señor, — respondió el galeote; — que no hay peor cosa que cantar en el ansia.

— Antes he yo[h] oído decir, — dijo D. Quijote, — que quien canta sus males espanta.

a. ...*á no quitármela de justicia.* Amb. = *b.* ...*ahora.* Lo dicen todas menos $C._1$. = *c.* ...*tres precios de gurapas.* $C._2$, $V._1$, $Br._{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton., $A._1$. — ...*tres años de gurapas.* $C._3$, $A._2$, Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., $Arg._{1\text{-}2}$, Benj. = *d.* ...*mesmo.* $C._1$, $V._{1\text{-}2}$, $Br._{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton., $A._1$. = *e.* ...*y malencónico.* $C._1$, $Arg._{1\text{-}2}$, Benj. — ...*y malencólico.* $L._{1\text{-}2}$. = *f.* ...*digo por.* $C._1$, $L._{1\text{-}2}$, $Arg._{1\text{-}2}$, Mal., Benj., FK. = *g.* ...*replicó.* Ton., $Arg._{1\text{-}2}$, Benj. = *h. Antes he oído decir.* $A._2$, Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Mal. — *Antes he oído yo decir.* $Arg._{1\text{-}2}$, Benj.

18. ...*que no hay peor cosa que cantar en el ansia.* — Como dice pocas líneas después la guarda, *cantar en el ansia* es *confesar en el tormento.* Que habia tortura, lo declaran los siguientes pasajes de *Rinconete y Cortadillo:*

« — Porque los dias pasados dieron tres *ansias* á un cuatrero que habia murciado dos roznos, y, con estar flaco y cuartanario, así las sufrió sin *cantar* como si fuera nada.

— No tres, sino hasta seis *ansias* dieron á otro, sin arrancarle palabra. »

« — Está bien, — replicó Monipodio; — pero querria yo que también le tuviésedes para sufrir, si fuese menester, media docena de *ansias*, sin desplegar los labios y sin decir esta boca es mia.

— Ya sabemos aquí, — dijo Cortadillo, — señor Monipodio, qué quiere decir *ansias*, y para todo tenemos ánimo. » Y no los desplegaban por la potísima razón de « que lo que dice *la lengua lo paga la gorja*, y hasta merced le hace el cielo al hombre atrevido, por no darle otro título, que le deja en su lengua su vida ó su muerte, como si tuviese más letras un *no* que un *sí*. »

— Acá es al revés, — dijo el galeote; — que quien canta una vez, llora toda la[a] vida.

— No lo entiendo », dijo D. Quijote. Mas una de las guardas le dijo: « — Señor caballero: cantar en el[b] ansia se[c] dice, entre esta gente *non sancta*, [d] confesar en el tormento. Á este pecador le dieron tormento y confesó su delito, que era ser cuatrero[e], que es ser ladrón de bestias; y, por haber confesado, le condenaron por seis años á galeras, amén de doscientos azotes que ya lleva en las espaldas; y va siempre pensativo y triste, porque los demás ladrones que allá quedan y aquí van, le maltratan y aniquilan[f] y escarnecen y tienen en poco, porque confesó y no tuvo ánimo de[g] decir nones. Porque dicen ellos que tantas letras tiene un no como un sí, y que harta ventura tiene un delincuente que está en su lengua su vida ó[h] su muerte, y no en la de los testigos y probanzas; y para mí tengo que no van muy fuera de camino.

— Y yo lo entiendo así », respondió D. Quijote. El cual, pasando al tercero, preguntó lo que á los otros; el cual, de presto y con mucho desenfado, respondió y dijo: « — Yo voy por[i] cinco años á las señoras[j] gurapas, por faltarme diez ducados.

— Yo daré veinte de muy buena gana, — dijo D. Quijote, — por libraros desa pesadumbre.

— Eso me parece, — respondió el galeote, — como quien tiene dineros en mitad del golfo y se está muriendo de hambre, sin tener adonde comprar lo que ha menester. Dígolo porque, si á su tiempo tuviera yo esos veinte ducados que vuestra merced ahora me ofrece, hubiera untado con ellos la péndola del escribano y avivado el ingenio del procurador, de manera que hoy me viera en mitad de la plaza de Zocodover de Toledo, y no en este camino, atraillado[k] como galgo. Pero Dios es grande: paciencia, y basta. »

Pasó D. Quijote al cuarto, que era un hombre de venerable rostro, con una barba blanca que le pasaba del pecho, el cual,

a. ...*toda su.* Arr., Mal. = *b.* ...*en la.* Amb. = *c.* ...*ansia dice.* $Arg._1$, Benj. — ...*ansia significa.* $Arg._2$. = *d.* ...*santa al confesar.* $Arg._1$, Benj. = *e.* ...*delito, que es ser.* $L._2$. = *f.* ...*y acriminan.* $Arg._{1\text{-}2}$, Benj. = *g.* ...*para.* Gasp. = *h.* ...*y su.* Benj. = *i. Yo voy cinco.* $L._2$. = *j.* ...*sonoras.* $C._1$, $L._{1\text{-}2\text{-}3}$. = *k.* ...*atrillado.* $L._2$.

4. ...*entre esta gente «non sancta».* — Estas dos palabras *(non sancta)* y las que siguen *(ab homine iniquo et doloso erue me)* se hallan en el principio del salmo XLII, y constituyen también el principio de la misa entre los católicos. «Gente *non sancta* », como llamó el cuadrillero á los malvados de los galeotes, suele aplicarse también hoy á la gente de mal vivir, y señaladamente á las casas conocidas con esta designación latina.

oyéndose preguntar la causa por que allí venía, comenzó á llorar, y no respondió palabra; mas el quinto [a] condenado le sirvió de lengua, y dijo: «—Este hombre honrado va por cuatro años á galeras, habiendo paseado las acostumbradas vestido en pompa y á caballo.

— Eso es, — dijo Sancho Panza, — á lo que á mí me parece, haber salido á la vergüenza.

— Así es, — replicó el galeote; — y la culpa por que le dieron esta pena, es por haber sido corredor de oreja, y aun de todo el cuerpo. En efeto [b], quiero decir que este caballero va por alcahuete, y por tener asimesmo [c] sus puntas y collar de hechicero.

— Á no haberle añadido esas puntas y collar, — dijo D. Quijote, — por solamente el alcahuete [d] limpio no merecía él ir á bogar en las galeras, sino á mandallas [e] y á ser general dellas. Porque no es así como quiera el oficio de alcahuete, que es oficio de discretos [f] y necesarísimo en la república bien ordenada, y que no le debía ejercer [g] sino gente muy bien nacida; y aun había de haber veedor

a. ...mas condenado. L.$_3$. = *b. ...efecto.* C.$_1$, A.$_2$, Pell., Cl., Riv., Gasp., Arg.$_2$, Mai., FK. = *c. ...asimismo.* C.$_3$, Bow., Pell., Mai., FK. = *d. ...el alcahueteo.* Arg.$_{1\cdot2}$, Benj. = *e. ...sino á mandarlas.* Mai. = *f. ...de discreto necesarísimo.* Arr. = *g. ...no le debía ejecutar.* V.$_{1\cdot2}$. — *.. no le había de ejercer.* Tox.

12. *...por solamente el alcahuete limpio no merecía él ir á bogar en las galeras, sino á mandallas y á ser general dellas.* — De las contadas veces en que el comentador aquí tan citado (Clemencin), dejando su indigesta erudición, se hace simpático al lector moderno, ésta es una. Por eso leemos con gusto las siguientes observaciones, en las que corren parejas la discreción y la sobriedad en las citas, si es que ambas cualidades no se resumen en la llamada *oportunidad*:

«Nada más salado que esta salida de D. Quijote, el elogio que hace del oficio y profesión de la tercería, y la declaración magistral de la aptitud y mérito del alcahuete para ser general de galeras; y al mismo tiempo nada más propio de una cabeza infatuada con la lectura de los libros caballerescos, donde á cada paso se ve ejercitado semejante oficio por personas de la primera jerarquía, y aun por los mismos caballeros que mandaron galeras; v. gr.: Tirante el Blanco, el cual hizo de medianero en los amores de Felipe, príncipe de Francia, con la infanta de Sicilia, Ricomana, según se cuenta en la primera parte de su historia. También es gracioso ver cómo D. Quijote, después de ponderar la importancia, conveniencia y aun necesidad de hacer oficio especial de alcahuete con veedor, examinador y número fijo como lo tienen otros, concluye diciendo gravemente: «No es este lugar acomodado para tratar de la materia: *algún día lo diré á quien lo pueda proveer y remediar.*» Cervantes esforzó hasta lo último la sátira contra el infame oficio de alcahuete, por lo mismo que lo halló recomendado y autorizado por los ejemplos de príncipes y princesas en los libros de caballería. En esto obró conforme al intento general de su fábula, y aprovechó esta ocasión, en que concurría lo feo del vicio con la oportunidad y gracia de la censura.»

y examinador de los tales, como le hay de los demás oficios, con número deputado y conocido [a], como corredores de lonja; y, desta manera, se excusarían muchos males que se causan por andar este oficio y ejercicio entre gente idiota y de poco entendimiento, como son mujercillas de poco más á [b] menos, pajecillos y truhanes de pocos años y de muy [c] poca experiencia, que, á la más necesaria ocasión, y cuando es menester dar una traza que importe, se les hielan las migas entre la boca y la mano, y no saben cuál es su mano derecha. Quisiera pasar adelante, y dar las razones por qué convenía hacer elección de los que en la república habían de tener tan necesario oficio; pero no es el lugar acomodado para ello: algún día lo diré á quien lo pueda proveer y remediar: sólo digo agora [d] que la pena que me ha causado ver estas blancas canas y este rostro venerable en tanta fatiga por alcahuete, me la [e] ha quitado el adjunto de ser [f] hechicero, aunque bien sé que no hay hechizos en el mundo que puedan mover y forzar la voluntad, como algunos simples piensan; que es libre nuestro albedrío, y no hay hierba ni encanto que le fuerce. Lo que suelen hacer algunas mujercillas simples y algunos embusteros bellacos, es algunas misturas y venenos con que vuelven locos á los hombres, dando á entender que tienen fuerza para hacer querer bien, siendo, como digo, cosa imposible forzar la voluntad.

— Así es, — dijo el buen viejo; — y en verdad, señor, que en lo de hechicero que no tuve culpa: en lo de alcahuete no lo pude [g] negar; pero nunca pensé que hacía mal en ello, que toda mi intención era que todo el mundo se holgase y viviese en paz y quietud, sin pendencias ni penas; pero no me aprovechó nada este buen deseo para dejar de ir adonde no espero volver, según me cargan los años y un mal de orina que llevo, que no me deja reposar un rato.» Y aquí tornó á su llanto como de primero; y túvole Sancho tanta compasión, que sacó un real de á cuatro del seno y se le [h] dió de limosna.

Pasó adelante D. Quijote, y preguntó á otro su delito, el cual respondió con no menos, sino con mucha más gallardía que el pasado: «— Yo voy aquí porque me burlé demasiadamente con dos primas hermanas mías, y con otras dos hermanas que no lo eran

a. ...conocido y como. Riv. = *b. ...más ó menos.* Riv., Gasp., Mai., FK. = *c. ...y de poca.* C.$_{1\cdot3}$, L.$_{1\cdot2\cdot3}$, V.$_{1\cdot3}$, Br.$_{1\cdot2\cdot3}$, Mil., Amb., Ton., A.$_1$, Mai., FK. = *d. ...digo ahora.* Todas menos las de V.$_{1\cdot2}$ y Mil. = *e. ...me ha quitado el.* C.$_3$, Bow. = *f. ...de su hechicero.* C.$_{1\cdot3}$, V.$_{1\cdot3}$, Br.$_{1\cdot3}$, Mil. = *g. ...no lo puedo.* Arg.$_2$, FK. = *h. ...y se lo dió de limosna.* V.$_{1\cdot3}$, Mil., Ton., Mai.

mías. Finalmente, tanto me burlé con todas, que resultó de la burla crecer la parentela tan intricadamente[a], que no hay sumista[b] que la declare. Probóseme todo, faltó favor, no tuve dineros, vine[c] á pique de perder los tragaderos, sentenciáronme á galeras por seis años, consentí: castigo es de mi culpa. Mozo soy: dure la vida, que con ella todo se alcanza. Si vuestra merced, señor caballero, lleva alguna cosa con[d] que socorrer á estos pobretes, Dios se lo pagará en el cielo, y nosotros[e] tendremos en la tierra cuidado de rogar á Dios en nuestras oraciones por la vida y salud de vuestra merced, que sea tan larga y tan buena como su buena presencia merece.» Éste iba en hábito de estudiante, y[f] dijo una[g] de las guardas que era muy grande hablador y muy gentil latino.

Tras todos éstos venía un hombre de muy buen parecer, de edad de treinta años, sino que, al mirar, metía el un ojo en el otro un poco. Venía diferentemente atado que los demás, porque traía una cadena al pie, tan grande, que se la[h] liaba por todo el cuerpo, y

a. ...*tan intrincadamente.* Ton., Gasp. = *b.* ...*no hay diablo que.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Arg.$_1$, Mai., Benj., FK. = *c.* ...*viame á pique.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$. = *d.* ...*cosa en que socorrer.* L.$_{1\text{-}2}$. = *e.* ...*el cielo, tendremos.* L.$_3$. = *f.* ...*de estudiante, dijo una.* Br.$_3$. = *g.* ...*y dijo uno de las guardas.* Mai. = *h.* ...*que se le liaba por todo.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Mai., Benj. — ...*que se la lleva por todo.* Br.$_3$, Amb.

13. *Tras todos éstos venia un hombre de muy buen parecer, de edad de treinta años, sino que, al mirar, metia el un ojo en el otro un poco. Venia diferentemente atado que los demás.* — Entre las dos opiniones, la de Andrés Ramirez (1), que lee «Tras todos éstos venia un hombre de muy buen parecer, de edad treinta años, sino que, al mirar, metia *un poco* el un ojo en el otro: venia diferentemente atado que los demás», y la de Clemencin cuando afirma «*un poco*, son palabras que sobran absolutamente y se conoce que á Cervantes se le olvidó tacharlas en su manuscrito»; y la ingeniosa defensa de D. Juan Calderón (2); optamos por esta última. Óigasele:

«¿Cómo no ha conocido el comentador que el *un poco* está empleado por antifrasis, como cuando se dice de una cosa de mucha monta: *ahí es un grano de anis?* La razón misma que da de la diferencia de atadura, á saber: *porque traia una cadena al pie tan grande, que se la tiraba á todo el cuerpo, y dos argollas á la garganta, la una en la cadena y la otra de las que llaman guarda-amigo ó pie de amigo, de la cual descendian dos hierros que llegaban á la cintura, en los cuales se asian dos esposas donde llevaba las manos cerradas con un grueso candado, de manera que ni con las manos podia llegar á la boca ni podia bajar la cabeza á llegar á las manos;* todo esto, decimos, tan minuciosamente expuesto, es señal evidente de que dijo *un poco* por antifrasis, como sucede en el proverbio *no es nada lo del ojo y llevábalo en la mano;* es la señal de que se dice, por antifrasis, *no es nada* en lugar de *es muchísimo.*»

(1) Edición del *Quijote*, publicada en Madrid en 1774.
(2) *Cervantes vindicado*, pág. 70.

dos[a] argollas á la garganta: la una en la cadena, y la otra de las que llaman guarda-amigo, ó pie de amigo, de la cual descendían dos[b] hierros que llegaban á la cintura, en los cuales se asían dos esposas, donde llevaba las manos cerradas con un grueso candado, de manera que ni con las manos podía llegar á la boca, ni podía bajar la cabeza á llegar á las manos.

Preguntó D. Quijote que cómo iba aquel hombre con tantas prisiones más que los otros.

Respondióle[c] la guarda: [d] porque tenía aquél solo más delitos que todos los otros juntos; y que era tan atrevido y tan grande bellaco, que, aunque le llevaban de aquella manera, no iban seguros dél, sino que temían que se les había de huir.

«— ¿Qué delitos puede tener, — dijo D. Quijote, — si no han merecido más pena que echalle[e] á las galeras?

— Va por diez años, — replicó la guarda, — que es como muerte cevil[f]. No se quiera saber más sino que este buen[g] hombre es el famoso Ginés de Pasamonte, que, por otro nombre, llaman Ginesillo de Parapilla.

— Señor comisario, — dijo entonces el galeote; — váyase poco á poco, y no andemos ahora á deslindar nombres y sobrenombres. Ginés me llamo, y no Ginesillo; y Pasamonte es mi alcurnia, y no Parapilla, como voacé dice; y cada uno se dé una vuelta á la redonda, y no hará poco.

— Hable con menos tono, — replicó el comisario, — señor ladrón de más de la marca, si no quiere que le haga callar, mal que le pese.

a. ...*una argolla á la garganta, de las que llaman.* L.$_{1\text{-}2}$. = *b.* ...*los hierros.* L.$_3$. = *c. Respondió.* FK. = *d.* ...*guarda que porque.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *e.* ...*que echarle.* Todas menos C.$_1$. = *f.* ...*cevil.* V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_3$, Mil., Amb., Ton., A.$_1$, Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Mai., FK. = *g.* ...*este hombre.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil.

2. ...*guarda-amigo, ó pie de amigo.* — De la última denominación se vale en *La Gitanilla* en estos tres pasajes:

«Con una gran cáfila de gitanos entraron el alcalde y sus ministros con otra mucha gente armada en Murcia, entre los cuales iba Preciosa, y el pobre Andrés ceñido de cadenas sobre un macho y con esposas y *pie de amigo*... — Hallóle con entrambos pies en un cepo y con las esposas á las manos, y que aun no le habian quitado el *pie de amigo*... — Llegóse la noche, y siendo casi las diez sacaron á Andrés de la cárcel sin las esposas y el *pie de amigo.*»

24. ...*señor ladrón de más de la marca.* — De *marca mayor*, decimos en castellano, como también se decia entonces. «Si fueras ladrón de *marca mayor*, de estos de á trescientos, de á cuatrocientos mil ducados, que pudieras comprar favor y justicia.» (M. Alemán. «Biblioteca Rivadeneyra», t. III, pág. 297.)

— Bien parece, — respondió el galeote, — que va el hombre como Dios es servido; pero algún día sabrá[a] alguno si me llamo Ginesillo de Parapilla ó no.

— Pues ¿no te llaman ansí[b], embustero? — dijo la guarda.

— Sí llaman, — respondió Ginés; — mas yo haré que no me lo[c] llamen, ó me las pelaría donde yo digo entre mis dientes. Señor caballero: si tiene algo que darnos, dénoslo[d] ya y vaya con Dios, que ya enfada con tanto querer saber vidas ajenas; y si la mía quiere saber, sepa que yo[e] soy[f] Ginés de Pasamonte, cuya vida está escrita por estos pulgares.

— Dice verdad, — dijo el comisario; — que él mesmo[g] ha escrito su historia, que no hay más que desear[h], y deja empeñado el libro en la cárcel en doscientos reales.

— Y le pienso quitar[i], — dijo Ginés, — si quedara en doscientos ducados.

— ¿Tan bueno es? — dijo D. Quijote.

a. ...*sabía.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}3}$. = *b.* ...*así.* C.$_3$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Amb., Ton., A.$_{1\text{-}2}$, Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Arg.$_{1\text{-}2}$, Mal., Benj., FK. = *c.* ...*me llamen.* L.$_3$. = *d.* ...*denos.* L.$_3$. = *e.* ...*que soy.* Cl., Riv. = *f.* ...*soy aquel Ginés.* Amb. = *g.* ...*él mismo.* C.$_3$, A.$_2$, Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Mal., FK. = *h.* ...*más y deja.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, FK. — ...*más que ver.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *i.* ...*desempeñar.* Gasp.

9. ...*sepa que yo soy Ginés de Pasamonte, cuya vida está escrita por estos pulgares.* — Á la época en que la investigación se imaginaba ser lo más encopetado de la crítica, porque en Pulci tropezó con un personaje llamado *Pasamonte;* á los tiempos en que el crítico presumia reflejar el medio ambiente de los días en que se escribió la inmortal novela, porque le había sido dado revelarnos que Alonso Sánchez de Pasamonte firmó un documento en 1575, y que este personaje pudo ser la primera materia para el tipo de Ginés; han sucedido éstos: en ellos, ahondando sobre lo mismo, se nos deja entrever, acaso no sin fundamento, que *Pasamonte* es nombre simbólico y clara alusión á la vida errante del que se transformó, cuando le plugo, en gitano, alardeando de conocer su lengua y otras muchas. Es el perpetuo *andarríos,* cuyo género de vida se describe con profunda intención social por Mateo Alemán.

Don Rafael Salillas, en su conferencia dada en el Ateneo de Madrid con ocasión del Centenario del *Quijote,* dijo:

«Tal vez no sea Ginés de Pasamonte un personaje en absoluto inventado. El rasgo descriptivo que lo singulariza parece indicador de un conocimiento personal: es *un hombre,* — escribe Cervantes, — *de muy buen parecer, de edad de treinta años, sino que, al mirar, metía el un ojo en el otro.* La particularidad de ese estrabismo convergente indica una observación directa. Fuera de esto, lo que verdaderamente simboliza el personaje es la novela picaresca escrita autobiográficamente, como lo está la de *Guzmán de Alfarache.*»

14. — *Y le pienso quitar, — dijo Ginés, — si quedara en doscientos ducados.* — Es tan claro el sentido, aun para el lector moderno, que apenas habrá quien

— Es tan bueno, — respondió Ginés, — que mal año para Lazarillo de Tormes y para todos cuantos de aquel género se han escrito ó escribieren. Lo que le sé decir á voacé es que trata verdades; y que son verdades tan lindas y tan donosas, que no puede[a] haber mentiras que se le[b] igualen.

— Y ¿cómo se intitula el libro? — preguntó D. Quijote.

— *La vida de Ginés de Pasamonte,* — respondió él mismo.

— Y ¿está acabado? — preguntó D. Quijote.

— ¿Cómo puede estar acabado, — respondió él, — si aun no está acabada mi vida? Lo que está escrito es desde mi nacimiento hasta el punto que esta última vez me han echado en galeras.

— Luego ¿otra vez habéis estado en ellas? — dijo D. Quijote.

— Para servir á Dios y al rey, otra vez he estado cuatro años, y ya sé á qué sabe el bizcocho y el corbacho, — respondió Ginés. — Y no me pesa mucho de ir á ellas, porque allí tendré lugar de

a. ...*que no pueden.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2}$, Mil., Bow., Pell. = *b.* ...*mentiras que se les igualen.* Cl., Riv., Arg.$_{1\text{-}2}$, Mal., Benj., FK.

no entienda la significación de *quitar,* equivalente á *desempeñar.* «— Y le pienso *quitar (desempeñar),* — dijo Ginés, — si (aunque) quedara», etc.

Más tarde, en el *Persiles* (1), escribió: «Las ricas prendas de los pobres no permanecen largo tiempo en sus casas, porque, ó se empeñan para no *quitarse,* ó se venden para nunca volverlas á comprar.»

12. — *Luego ¿otra vez habéis estado en ellas? — dijo D. Quijote.*

— *Para servir á Dios y al rey.* — En el alma española de aquella época brillaban estas dos ideas: *Dios, el rey.* Su compenetración con el espíritu español no podía menos de reflejarse en el lenguaje, hasta en el lenguaje picaresco. El mismo Cervantes, en la más desenfadada de sus novelas, en *Rinconete y Cortadillo,* da la explicación de tan singular paradoja por lo que mira al primero de estos vocablos:

«...en el cual dijo Rincón á su guía: «— ¿Es vuesa merced por ventura ladrón?» «— Sí, — respondió él, — para servir á *Dios* y á la buena gente, aunque no de los muy cursados, que todavía estoy en el año del noviciado.» Á lo cual respondió Cortado: «— Cosa nueva es para mí que haya ladrones en el mundo para servir á *Dios* y á la buena gente.» Á lo cual respondió el mozo: «— Señor, yo no me meto en teologías. Lo que sé es que cada uno, en su oficio, puede alabar á *Dios,* y más con la orden que tiene dada Monipodio á todos sus ahijados.» «— Sin duda, — dijo Rincón, — debe de ser buena y santa, pues hace que los ladrones sirvan á *Dios.*»

14. ...*ya sé á qué sabe el bizcocho y el corbacho.* — Nuestro *Diccionario de Autoridades* define así la palabra *bizcocho:* «Pan que se cuece segunda vez para que se enjugue y dure mucho tiempo, con el cual se abastecen las embar-

(1) Lib. III, cap. 5.

acabar mi libro; que me quedan muchas cosas que decir, y en las galeras de España hay más sosiego de aquel que sería menester, aunque no es menester mucho más[a] para lo que yo tengo de escribir, porque me lo sé de coro.

— Hábil pareces, — dijo D. Quijote.

— Y desdichado, — respondió Ginés; — porque siempre las desdichas persiguen al buen ingenio.

a. ...*mucho para.* Gasp., Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj.

caciones por no poder llevar hornos para el pan necesario.» Cuadra esta definición con el pasaje del *Quijote*, aunque hoy sobraría el último extremo, pues sabido es que nuestros buques llevan hornos de pan cocer.

Y asimismo corresponde á lo que se lee en la *Crónica de Pero Niño* (1):

«Esta aventura pasada, vinieron las galeras en una villa de Francia que llaman Gravelingas. Estaban allí castellanos en guarnición á gajes del rey de Francia, é veían de la tierra la pelea, é lo que pasaban con los ingleses, é vinieron allí á facer reverencia al capitán, diciéndole que se quisieran acaecerse con él por le ayudar. Partieron de allí las galeras é los balleneros costeando la costa de Picardía, é entraron en el puerto de Crotey: allí refrescaron, é tomaron agua é *bizcocho*, é las otras cosas que ovieron menester, é acordaron de pasar en Inglaterra; mas así lo quiso el tiempo é la fortuna, que estovieron allí un mes, que nunca de aquel puerto pudieron salir.»

El *bizcocho*, la *galleta*, como diríamos hoy, que se daba á los galeotes, debía ser de pésima calidad, á juzgar por lo que dice el truhán de Ginesillo.

Corbacho. — Su primer significado lo declara el novelista en esta forma: «Hizo señal el cómitre que zarpasen el ferro, y, saltando en mitad de la crujía, con el *corbacho ó rebenque*, comenzó á mosquear las espaldas de la chusma.» (II, 63.)

Como todos, tomó este vocablo una significación metafórica: la de *sátira*, especie de látigo con que el escritor fustiga los vicios de la sociedad. Y, así, vemos que al libro del bachiller Alfonso Martínez de Toledo (arcipreste de Talavera) llamósele abreviadamente *Corbacho*, y, con más extensión, *Tratado contra las mujeres que, con poco saber, mezclado con malicia, dicen é facen cosas non debidas.*

Corbacho, pues, ó sea *látigo*, en sentido figurado, es, en síntesis, el título de la obra, ya que en ella se satirizan los vicios, tachas y malas artes de la mujer.

1. *...y en las galeras de España hay más sosiego de aquel que sería menester.* — Marchando, como marchan, paralelas, en algunos pormenores, la historia de D. Quijote y la vida del pícaro Guzmán de Alfarache, será bien sirvan, como comprobación de lo dicho en el texto de la primera, algunos pasajes escritos con verdadero conocimiento de causa por Mateo Alemán (2). El referente á las palabras que motivan esta nota, dice así: «Él mismo escribe su vida desde las galeras, donde queda forzado al remo por delitos que cometió, habiendo sido ladrón famosísimo, como largamente lo verás en la segunda parte.»

(1) Lib. II, cap. 39, pág. 149.
(2) «Biblioteca Rivadeneyra», t. III, pág. 185.

— Persiguen á los bellacos, — dijo el comisario.

— Ya le he[a] dicho, señor comisario, — respondió Pasamonte, — que se vaya poco á poco, que aquellos señores no le dieron esa vara para que maltratase á los pobretes que aquí vamos, sino para que nos guiase y llevase adonde su majestad manda: si no, por vida de... Basta, que podría ser que saliesen algún día en la colada las manchas que se hicieron en la venta; y todo el mundo calle y viva bien y hable mejor, y caminemos, que ya es mucho regodeo este.»

Alzó la vara en alto el comisario para dar á Pasamonte, en respuesta de sus amenazas; mas D. Quijote se puso en medio y le rogó que no le maltratase, pues no era mucho que quien llevaba tan atadas las manos tuviese algún tanto suelta la lengua; y, volviéndose á todos los de la cadena, dijo: «— De todo cuanto me habéis dicho, hermanos carísimos, he sacado en limpio que, aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais á padecer no os dan mucho gusto, y que vais á ellas muy de mala gana y muy contra vuestra voluntad; y que podría ser que el poco ánimo que aquél tuvo en el tormento, la falta de dineros déste, el poco favor del otro, y, finalmente, el torcido juicio del juez, hubiese sido causa de vuestra perdición y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teníades: todo lo cual se me representa á mí ahora en la memoria, de manera que me está diciendo, persuadiendo y aun forzando, que muestre con vosotros el efeto[b] para que el cielo me arrojó al mundo y me hizo profesar en él la orden de caballería que profeso, y el voto que en ella hice de favorecer á los menesterosos y opresos de los mayores. Pero, porque sé que una de las partes de la prudencia es que lo que se puede hacer por bien no se haga por mal, quiero rogar á estos señores guardianes y comisario[c] sean servidos de desataros y dejaros ir en paz, que no faltarán otros que sirvan al rey en mejores ocasiones. Porque me parece duro caso hacer esclavos á los que Dios y naturaleza hizo libres; cuanto más, señores guardas, — añadió D. Quijote, — que estos pobres no han cometido nada contra vosotros. Allá se lo haya cada uno con su pecado: Dios hay en el cielo, que no se descuida de castigar al malo ni de premiar al bueno, y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres no yéndoles nada en ello. Pido esto con esta mansedumbre y sosiego porque tenga, si lo

a. Ya le dicho. L.$_3$. — *b. ...con vosotros el efecto.* A.$_3$, Arr., Cl., Riv., Gasp., Mal., FK. — *c. ...guardianes y comisarios.* V.$_{1\text{-}3}$, Mil.

cumplís, algo que agradeceros; y, cuando de grado no lo hagáis, esta lanza y esta espada, con el valor de mi brazo, harán que lo hagáis por fuerza.

— ¡Donosa majadería! — respondió el comisario. — Bueno está el donaire con que ha salido á cabo de rato: los forzados del rey quiere que le dejemos, como si tuviéramos autoridad para soltarlos, ó él la tuviera para mandárnoslo. Váyase vuestra merced, señor[a], norabuena su camino adelante, y enderécese ese bacín[b] que trae en la cabeza, y no ande buscando tres pies al gato.

— Vos sois el gato y el rato y el bellaco», respondió D. Quijote. Y, diciendo y haciendo, arremetió con él tan presto, que, sin que tuviese lugar de ponerse en defensa, dió con él en el suelo, mal herido de una lanzada; y avínole bien, que éste era el de la escopeta. Las demás guardas quedaron atónitas y suspensas del no esperado acontecimiento; pero, volviendo sobre sí, pusieron mano á sus espadas los de á caballo, y los de á pie á sus dardos, y arreme-

a. Váyase vuestra merced norabuena su camino. V.$_{1\text{-}2}$, MIL. = *b. ...y enderécese este bacín.* L.$_{1\text{-}2}$. — *...y enderécese esa bacía.* TOR.

10. *—Vos sois el gato y el rato y el bellaco», respondió D. Quijote.* — Enérgica y graciosa contestación, en la que no se sabe que ponderar más: si la oportunidad de los consonantes ó el desenfado en devolver la frase mortificante.

14. *Las demás guardas quedaron atónitas y suspensas del no esperado acontecimiento.* — Al observador, al pintor de costumbres, al que lo mismo fantaseaba que solía novelar sobre sucesos contemporáneos, bien pudo sugerirle materia para este capítulo (y ello no cae en los límites de lo inverosímil) el hecho referido en la *Tercera parte de las cosas de la cárcel de Sevilla, añadida á la que hizo Cristóbal de Chaves*, libro muy conocido por el autor del *Quijote:*

«En una ocasión hubo cantidad de *galeotes condenados á galera*, y *rematados*, que así los llaman á los que son sentenciados en vista y en revista. Y como suelen algunas veces venir galeras á Sevilla por algunas provisiones, entonces se les entriegan los galeotes. Y, tardando en venir en la dicha ocasión, pareciendo conveniente enviar los que había al Puerto de Sancta Maria, donde siempre hay galeras, así los alcaldes proveyeron que dos alguaciles los llevasen por el rio, bien aherrojados con sus grillos y cadenas, los cuales eran treinta y seis. Y los dos alguaciles los embarcaron; y, llegando á la venta de la Magarzuela, que es en el rio, seis leguas de Sevilla, y tomándoles la noche, les pareció á los alguaciles sacarlos en tierra á dormir y cenar en la venta, porque llovia é iban mojados y con poca ropa los más dellos. Y, habiéndolos sacado, se dieron tal maña, que se desaherrojaron todos; y dellos se huyeron doce, y los veinticuatro restantes los recogieron los alguaciles en los barcos y los volvieron á Sevilla. Y, estando ya en ella, tuvieron temor los alguaciles de que si paresçian los alcaldes los mandarian prender por el descuido que habian tenido; y, así, se huyeron los alguaciles, dejando los galeotes sueltos y en su libertad. Los cuales de un acuerdo y conformidad, no solamente no

tieron á D. Quijote, que con mucho sosiego los aguardaba; y sin duda lo pasara mal si los galeotes, viendo la ocasión que se les ofrecía de alcanzar libertad, no la procuraran[a], procurando[b] romper la cadena donde venían ensartados.

Fué la revuelta de manera que las guardas, ya por acudir á los galeotes que se desataban, ya por acometer á D. Quijote que los acometía[c], no hicieron cosa que fuese de provecho. Ayudó Sancho por su parte á la soltura de Ginés de Pasamonte, que fué el primero que saltó en la campaña, libre y desembarazado; y, arremetiendo al comisario caído, le quitó la espada y la escopeta, con la cual, apuntando al uno y señalando al otro, sin disparalla[d] jamás, no quedó guarda en todo el campo, porque se fueron huyendo, así de la escopeta de Pasamonte como de las muchas pedradas que los ya sueltos galeotes les tiraban. Entristecióse mucho Sancho deste suceso, porque se le representó que los que iban huyendo habían de dar noticia del caso á la Santa Hermandad, la cual, á campana herida, saldría á buscar los delincuentes; y así se lo dijo á su amo, y le rogó que luego de allí se partiesen, y se emboscasen en la sierra, que estaba cerca.

a. ...procuran. C.$_1$. = *b. ...comenzando á romper.* BR.$_{1\text{-}2}$. = *c. ...los aguardaba.* ARG.$_1$, BENJ. — *...que los atendia.* ARG.$_2$. = *d. ...dispararla jamás.* MAL.

se huyeron ni ausentaron, sino se volvieron á la dicha cárcel de donde los habían sacado, pareciéndoles la vida della muy acomodada y á su gusto mientras no los entregaban á las galeras; de donde después los entregaron, y entre ellos un mulato desbarbado, que anduvo en Sevilla mucho tiempo con una demanda en hábito de mujer, sin que se echase de ver si era hombre, por lo cual fué azotado y á galeras.»

16. *...á campana herida, saldría á buscar los delincuentes.* — Este modo adverbial tiene el mismo significado que *á campana tañida, á rebato, á somatén*, es decir, *á toda prisa, por modo alarmante. «In ictu campanae»*, leemos, hablando de este toque de la Santa Hermandad, en un libro publicado en 1559. *Ut ex urbibus singulis multa hominum millia armati «prodeant» et eun qui deliquedit persecuantur.*

Maestro en el idioma, dice *á campana tañida* en la segunda parte, cap. 64, del *Quijote*, y antes, en las *Novelas ejemplares* (1), había repetido la frase que comentamos: «En tres saltos me puse en la calle, y en pocos más salí de la villa perseguido de una infinidad de muchachos que iban á grandes voces diciendo: «Apártense, que rabia el perro sabio.» Otros decían: «No rabia, sino que es demonio en figura de perro.» Con este molimiento, *á campana herida* salí del pueblo, siguiéndome muchos que indubitablemente creyeron que era demonio.»

(1) *Coloquio de los perros.* — Edición Sancha. Madrid, 1783; pág. 424.

« — Bien está eso, — dijo D. Quijote; — pero yo sé[a] lo que ahora conviene que se haga.» Y llamando á[b] todos los galeotes, que andaban alborotados y habían despojado al comisario hasta dejarle en cueros, se le pusieron todos á la redonda, para ver lo que les mandaba, y así les dijo: « — De gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben, y uno de los pecados que más á Dios ofende[c] es la ingratitud. Dígolo porque ya habéis visto, señores, con manifiesta experiencia, el que de mí habéis recebido[d], en pago del cual querría, y es mi voluntad, que, cargados de esa cadena que quité de vuestros cuellos, luego os pongáis en camino y vais á la ciudad del Toboso, y allí os presentéis ante la señora Dulcinea del Toboso, y le digáis que su caballero, el de la Triste Figura, se le envía á encomendar, y le contéis punto por punto todos los que ha tenido esta famosa aventura, hasta poneros en la deseada libertad; y, hecho esto, os podréis ir donde quisiéredes á la buena ventura.»

a. ...pero yo lo que ahora. MIL. — *b. Y llamando todos los.* C.$_3$. — *c. ...á Dios ofenden.* ARG.$_3$. — *d. ...habéis recibido.* ARR., GASP., MAI., FK.

9. *...y es mi voluntad, que, cargados de esa cadena que quité de vuestros cuellos, luego os pongáis en camino y vais á la ciudad del Toboso, y allí os presentéis ante la señora Dulcinea del Toboso.* — Para el que muy bien pudiera haberse graduado de doctor en materia caballeresca, si tal facultad aqui existiese, la desatinada pretensión de D. Quijote es más que análoga y semejante á la que antes tuvo con el vizcaino, y muy parecida á los trances en que otros héroes aventureros se habian encontrado. Para nosotros, no paridad, mas ni siquiera analogía vemos en ello, ya que los galeotes no eran caballeros ni el andante los tomó como tales. Por caballero habia tomado ciertamente al vizcaino; caballero era también el señor de la Insula Triste, vencido por Amadis de Gaula; caballeros asimismo los veintidós alcaides á quienes mandó Lepolemo presentarse ante la hija del rey de Francia.

¿Y los galeotes? Ladrones en cuadrilla, gente que llevaba en el pecho la S y la H de la Santa Hermandad y en el alma todas las infamias del hombre malvado.

Por tanto, «el desatino increible de promover y ayudar la soltura de los forzados á galeras, — escribe Pi y Molist (1), — remáchalo su loco libertador con la extravagante pretensión de que vayan en haz y con la paz de Dios á presentarse ante la princesa del Toboso; y la cólera que en su pecho enciende la forzosa negativa de los villanos, aplácanla ellos, como cuales son, á pedrada seca, robándole una prenda de vestido y haciéndole casi pedazos el baciyelmo.»

Paris y Madrid no pasan de *villas*, con ser la primera, para muchos, el cerebro de Europa, y la segunda la única villa coronada. Don Quijote, en su exaltación, estima que el Toboso ha de ser algo más: es la *ciudad* del Toboso; y si hubiera título más preeminente, el Toboso lo tendria en verdad.

(1) *Primores del Don Quijote*, pág. 262.

Respondió por todos Ginés de Pasamonte, y dijo: « — Lo que vuestra merced nos manda, señor y libertador nuestro, es imposible de toda imposibilidad cumplirlo, porque no podemos ir juntos por los caminos, sino solos y divididos, y cada uño por su parte[a], procurando[b] meterse en las entrañas de la tierra por no ser hallado de la Santa Hermandad, que, sin duda alguna, ha de salir en nuestra busca. Lo que vuestra merced puede hacer, y es justo que haga, es mudar ese servicio y montazgo de la señora Dulcinea del Toboso en alguna cantidad de avemarías y[c] credos, que nosotros diremos por la intención de vuestra merced; y esta es cosa que se podrá cumplir de noche y de día, huyendo ó reposando, en paz ó en guerra; pero pensar que hemos de volver ahora á las ollas de Egipto, digo á tomar nuestra cadena y á ponernos en camino del Toboso, es pensar que es ahora de noche, que aun no son las diez del día, y es pedir á nosotros eso como pedir peras al olmo.

— Pues, voto á tal, — dijo D. Quijote, ya puesto en cólera, — don hijo de la puta, don Ginesillo de Paropillo[d], ó como os llamáis[e],

a. ...parte y procurando. V.$_{1\text{-}2}$, BR.$_3$, MIL., AMB., ARR. — *b. ...parte de continuo meterse.* V.$_1$, MIL. — *c. ...avemarías credos.* C.$_3$. — *d. ...don Ginesillo de Parapillo.* AMB., TOR. — *...Parapilla*, MAI. — *d. ...os llaméis.* RIV., FK.

12. *...pensar que hemos de volver ahora á las ollas de Egipto.* — «Yo estaba enseñado *á las ollas de Egipto:* mi centro era el bodegón; la taberna, el punto de mi círculo; el vicio, mi fin, á quien caminaba; en aquello tenia gusto, aquello era mi salud; y todo lo á esto contrario lo era mio.» (M. ALEMÁN. *Guzmán de Alfarache*, lib. III, cap. 7.)

Si se han transcrito las palabras anteriores, no es para decir que Cervantes las recordara al escribir el cap. 22; pero si prueban cuán empapados estaban nuestros escritores en el conocimiento de la Biblia, cuando hasta en obras picarescas aluden á ella, no tal cual vez, sino muchas.

16. *...don hijo de la puta, don Ginesillo de Paropillo.* — Bien que empleada con profunda ironía, y aunque se aplique, como en verdad se aplica, á un ladrón de marca mayor, todavia cabe sostener que el vocablo tiene un cierto carácter de generalidad, tanto, que roba no poca fuerza á la idea por él expresada. Menos mirados nuestros clásicos (las razones se dieron en el cap. 17), escribian la palabra sin mutilación alguna, y hasta puede recelarse que no ofendia á los lectores, como nos ofende ahora, topar con ella en escritos verdaderamente graves:

«Habia en Castilla un rico ome, natural del reino de Portogal, que decian don Juan Alfonso: era muy honrado, é era ome bueno é de gran seso. Él, veyendo cómo los fechos del reino andaban á mal, é veia los daños por dónde venian, consejaba al rey que dejase á doña Maria de Padilla, que el rey queria mucho. Súpolo ella: si se non guardara fuera preso por ello. Salió de la corte. Envió el rey á él que tomase seguro; é dixo al mensajero: « — Sé que la *puta* de doña Maria de Padilla jugando está agora con mi cabeza ante el rey.»

que habéis de ir vos solo, rabo entre piernas, con toda[a] la cadena á cuestas.»

Pasamonte, que no era nada bien sufrido (estando ya enterado que D. Quijote no era muy cuerdo, pues tal disparate había cometido[b] como el de querer darles libertad), viéndose tratar mal y[c] de aquella manera, hizo del ojo á los compañeros; y, apartándose aparte, comenzaron á llover tantas y tantas[d] piedras sobre D. Quijote, que no se daba manos á cubrirse con la rodela, y el pobre de Rocinante no hacía más caso de la espuela que si fuera hecho de bronce. Sancho se puso tras su asno, y con él se defendía de la nube y pedrisco que sobre entrambos llovía. No se pudo escudar tan bien D. Quijote que no le acertasen no sé cuántos guijarros en el cuerpo con tanta fuerza, que dieron con él en el suelo; y apenas hubo caído cuando fué sobre él el estudiante, y le quitó la bacía de la cabeza, y dióle con ella tres ó cuatro golpes en las espaldas y otros tantos en la tierra, con que la hizo casi pedazos. Quitáronle una ropilla que traía sobre las armas, y las medias calzas le querían quitar si las grebas no lo estorbaran. Á Sancho le quitaron el gabán, y, dejándole en pelota, repartiendo entre sí los demás despojos de la batalla, se fueron cada uno por su parte, con más cuidado de escaparse de la Hermandad, que temían, que de cargarse de la cadena é ir á presentarse ante la señora Dulcinea del Toboso. Solos quedaron jumento y Rocinante, Sancho y D. Quijote: el jumento cabizbajo y pensativo, sacudiendo de cuando en cuando las orejas, pensando que aun no había cesado la borrasca de las piedras que le perseguían los oídos; Rocinante tendido junto á su amo, que también vino al suelo de otra pedrada; Sancho en pelota y temeroso de la Santa Hermandad; D. Quijote mohinísimo de verse tan malparado por los mismos á quien tanto bien había hecho.

a. ...con la cadena. L.$_3$. = *b. ...había acometido.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}2}$. = *c. ...viéndose tratar de aquella.* C.$_{1\text{-}2}$, L.$_3$, V.$_{1\text{-}2}$, BR.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, MIL., AMB., TON., A.$_1$, PELL., ARG.$_{1\text{-}2}$, MAI., BENJ., FK. = *d. ...á llover tantas piedras.* L.$_3$.

CAPÍTULO XXIII

De lo que le[a] aconteció[b] al famoso D. Quijote en Sierra Morena que fué una de las más raras aventuras que en esta verdadera historia se cuentan[c]

VIÉNDOSE tan malparado D. Quijote, dijo á su escudero: «—Siempre, Sancho, lo he oído decir: que el hacer bien á villanos es echar agua en la mar. Si yo hubiera creído lo que me dijiste, yo hubiera excusado esta pesadumbre. Pero ya está hecho: paciencia, y escarmentar para desde aquí adelante[d].

a. De lo que aconteció. CL., RIV., FK. = *b. ...le sucedió al famoso D. Quijote.* GASP. = *c. ...verdadera historia se cuentan haberle acontecido.* V.$_{1\text{-}2}$, MIL. = *d. ...paciencia, y escarmentar desde aquí para adelante.* ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ.

Paulo majora canamus. Si, con la entrada de D. Quijote en Sierra Morena comienza una serie de románticas escenas que, sucediéndose con suave gradación y tocando á veces en lo sublime, casi borran el triste recuerdo que deja la lectura del capítulo anterior. El tinte melancólico que en resolución baña cada una de las figuras de los galeotes, cuya perdición nace tal vez, junto con la falta de ambiente moral, del poco favor ó del torcido juicio del juez, se convierte, como dijo con profundo sentido Aug. Wilhem von Schlegel, en arrobadora y harmoniosa sinfonía de tiernas pasiones, hasta descender en apacible diálogo.

Nada tan interesante como la entrada de amo y mozo en las fragosidades de la susodicha sierra; nada tan apasionado, vehemente y conmovedor como las exclamaciones del desventurado Cardenio: *Aquí, aquí me pagarás la sinrazón que me hiciste; estas manos te sacarán el corazón donde albergan y tienen manida todas las maldades juntas, principalmente la fraude y el engaño.* Esto está hermosamente escrito: el novelista lo ha sentido: cada una de las palabras chorrea sangre.

que habéis de ir vos solo, rabo entre piernas, con toda[a] la cadena á cuestas.»

Pasamonte, que no era nada bien sufrido (estando ya enterado que D. Quijote no era muy cuerdo, pues tal disparate había cometido[b] como el de querer darles libertad), viéndose tratar mal y[c] de aquella manera, hizo del ojo á los compañeros; y, apartándose aparte, comenzaron á llover tantas y tantas[d] piedras sobre D. Quijote, que no se daba manos á cubrirse con la rodela, y el pobre de Rocinante no hacía más caso de la espuela que si fuera hecho de bronce. Sancho se puso tras su asno, y con él se defendía de la nube y pedrisco que sobre entrambos llovía. No se pudo escudar tan bien D. Quijote que no le acertasen no sé cuántos guijarros en el cuerpo con tanta fuerza, que dieron con él en el suelo; y apenas hubo caído cuando fué sobre él el estudiante, y le quitó la bacía de la cabeza, y dióle con ella tres ó cuatro golpes en las espaldas y otros tantos en la tierra, con que la hizo casi pedazos. Quitáronle una ropilla que traía sobre las armas, y las medias calzas le querían quitar si las grebas no lo estorbaran. Á Sancho le quitaron el gabán, y, dejándole en pelota, repartiendo entre sí los demás despojos de la batalla, se fueron cada uno por su parte, con más cuidado de escaparse de la Hermandad, que temían, que de cargarse de la cadena é ir á presentarse ante la señora Dulcinea del Toboso. Solos quedaron jumento y Rocinante, Sancho y D. Quijote: el jumento cabizbajo y pensativo, sacudiendo de cuando en cuando las orejas, pensando que aun no había cesado la borrasca de las piedras que le perseguían los oídos; Rocinante tendido junto á su amo, que también vino al suelo de otra pedrada; Sancho en pelota y temeroso de la Santa Hermandad; D. Quijote mohinísimo de verse tan malparado por los mismos á quien tanto bien había hecho.

a. ...con la cadena. L.$_3$. = *b. ...había acometido.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}2}$. = *c. ...viéndose tratar de aquella.* C.$_{1\text{-}2}$, L.$_3$, V.$_{1\text{-}2}$, BR.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, MIL., AMB., TON., A.$_1$, PELL., ARG.$_{1\text{-}2}$, MAI., BENJ., FK. = *d. ...á llover tantas piedras.* L.$_3$.

CAPÍTULO XXIII

De lo que le[a] aconteció[b] al famoso D. Quijote en Sierra Morena que fué una de las más raras aventuras que en esta verdadera historia se cuentan[c]

VIÉNDOSE tan malparado D. Quijote, dijo á su escudero: «—Siempre, Sancho, lo he oído decir: que el hacer bien á villanos es echar agua en la mar. Si yo hubiera creído lo que me dijiste, yo hubiera excusado esta pesadumbre. Pero ya está hecho: paciencia, y escarmentar para desde aquí adelante[d].

a. De lo que aconteció. CL., RIV.. FK. = *b. ...le sucedió al famoso D. Quijote.* GASP. = *c. ...verdadera historia se cuentan haberle acontecido.* V.$_{1\text{-}2}$, MIL. = *d. ...paciencia, y escarmentar desde aquí para adelante.* ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ.

Paulo majora canamus. Si, con la entrada de D. Quijote en Sierra Morena comienza una serie de románticas escenas que, sucediéndose con suave gradación y tocando á veces en lo sublime, casi borran el triste recuerdo que deja la lectura del capítulo anterior. El tinte melancólico que en resolución baña cada una de las figuras de los galeotes, cuya perdición nace tal vez, junto con la falta de ambiente moral, del poco favor ó del torcido juicio del juez, se convierte, como dijo con profundo sentido Aug. Wilhem von Schlegel, en arrobadora y harmoniosa sinfonía de tiernas pasiones, hasta descender en apacible diálogo.

Nada tan interesante como la entrada de amo y mozo en las fragosidades de la susodicha sierra; nada tan apasionado, vehemente y conmovedor como las exclamaciones del desventurado Cardenio: *Aquí, aquí me pagarás la sinrazón que me hiciste; estas manos te sacarán el corazón donde albergan y tienen manida todas las maldades juntas, principalmente la fraude y el engaño.* Esto está hermosamente escrito: el novelista lo ha sentido: cada una de las palabras chorrea sangre.

— Así escarmentará vuestra merced, — respondió Sancho, — como yo soy turco; pero, pues dice que si me hubiera creído se hubiera excusado este daño, créame ahora y se[a] excusará otro mayor. Porque le hago saber que con la Santa Hermandad no hay usar de caballerías; que no se le da á ella, por cuantos caballeros andantes hay, dos maravedís; y sepa que ya me parece que sus saetas me zumban por los oídos.

— Naturalmente eres cobarde, Sancho, — dijo D. Quijote; — pero, porque no digas que soy contumaz, y que jamás hago lo que me aconsejas, por esta vez quiero tomar tu consejo y apartarme de la furia que tanto temes; mas ha de ser con una condición: que jamás, en [b] vida ni en muerte, has de decir á nadie que yo me retiré y aparté[c] deste peligro de miedo sino por complacer á tus ruegos; que si otra cosa dijeres, mentirás en ello; y desde ahora para entonces, y desde entonces para ahora, te desmiento, y digo que mientes y mentirás todas las veces que lo pensares ó lo dijeres.

a. ...*y excusará*. C.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, BR.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, MIL., AMB., TON., BOW., MAI. = *b.* ...*en mi vida*. V.$_{1\text{-}2}$, MIL. = *c.* ...*yo me retiré deste peligro*. L.$_3$.

Línea 6. ...*sus saetas me zumban por los oídos*. — Sancho hablaba como sus contemporáneos, como habla el pueblo, que para todo tiene expresiones típicas. Más que el miedo, la convicción de que habían de ser perseguidos le hace decir que deben alejarse de allí; y, á fin de que sus palabras produjesen el efecto apetecido, dice á su amo, con frase gráfica, que *ya le zumban las saetas en los oídos*. ¡Tan cerca creía tener á los cuadrilleros!

Era ley de la Santa Hermandad amarrar á los criminales á un palo y asaetearlos como al mártir celebrado por los católicos. ¡Muerte cruel! Isabel I de Castilla dispuso que se diese garrote á los reos y después los asaeteasen, dejándolos así en el campo para escarmiento de las gentes.

14. ...*y desde ahora para entonces, y desde entonces para ahora, te desmiento, y digo que mientes y mentirás todas las veces que lo pensares ó lo dijeres*. — Nosotros, los modernos, que todo lo hemos cambiado, en vez de este solemne mentís, mentís anticipado que D. Quijote da á Sancho, diríamos: «En la hipótesis de que tú quieras algún día poner en ridículo mi valor, desde ahora te desmiento.» Mas el andante no habla así: se expresa con la energía del lenguaje caballeresco, como Tirante el Blanco, cuyas palabras á D. Kirieleysón de Montalbán transcribiremos en su propio idioma: «*dient que jo ab armes falses o dissimulades hauria morts los dos reys e ab tracio en semps mesclada. Dich que mentiu e mentireu tantes veguades com ho direu: yols he morts com a cavaller...*»

No otro fué el lenguaje de los reyes, de los emperadores, en quienes el honor caballeresco era su mejor divisa, como lo declara el cartel de desafío enviado, en 1528, por el rey Francisco de Francia al emperador Carlos V: «...os dezimos, que aveys mentido por la gorja; y que tantas quantas vezes lo dixeredes mentireys, estando deliberado de defender nuestra honra hasta la fin de nuestra vida.» (SANDOVAL. *Historia del Emperador Carlos V*, I, 867.)

Y no me repliques más; que en sólo pensar que me aparto y[a] retiro de algún peligro, especialmente deste que[b] parece que lleva algún es no es de sombra de miedo, estoy ya para quedarme y para aguardar aquí, solo, no solamente á la Santa Hermandad, que dices y[c] temes, sino á los hermanos de las[d] doce tribus de Israel, y á los siete Macabeos[e], y á Cástor y á[f] Pólux, y aun á todos los hermanos y hermandades que hay en el mundo.

a. ...*que me aparto ó retiro*. L.$_{1\text{-}2}$. = *b.* ...*especialmente deste, lo cual parece que lleva*. ARG.$_2$. = *c.* ...*que dices que temes*. ARG.$_1$, BENJ. = *d.* ...*de los doce tribus de Israel*. C.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, BR.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, MIL., AMB., TON., A.$_{1\text{-}2}$, BOW., PELL., CL., ARG.$_{1\text{-}2}$. = *e.* ...*y á los siete mancebos*. C.$_{2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, BR.$_3$, MIL., AMB., A.$_{1\text{-}2}$, BOW., PELL., ARR., CL., RIV., GASP. = *f.* ...*y Pólux*. ARG.$_1$, BENJ.

1. ...*que en sólo pensar que me aparto y retiro de algún peligro, especialmente deste que parece que... es de sombra de miedo*. — Muchos, muy diversos son los trances por que va pasando el héroe; pero obsérvese que en todos se obedece al plan único que el autor se trazó en su mente: el de que jamás tengan á D. Quijote por cobarde; el de que nunca rehuyó el peligro, antes bien le buscó con solícito afán, y, sin medir sus fuerzas con el poderoso influjo de sus enemigos, á todos y en todos momentos desafió constantemente.

2. ...*algún es no es*. — Por si algún extranjero tropieza en estas palabras (para los españoles no han menester ciertamente declararse), diremos que equivalen á las siguientes expresiones: *algo, un poco, un tanto de*, etc.

Mas, para que resalte la forma antitética del pensamiento, suele ponerse un *si*, como en este ejemplo de Quevedo (1): «Quitaos de cuentos y no andéis en tanto más cuanto, que se me va subiendo el humo á las narices, y conmigo no tendréis *un si es no es*.»

5. ...*y á los siete Macabeos*. — Atribuye Clemencin á Tonson, en su edición de Londres de 1738, haber dado con la verdadera lección de este pasaje, viciado por los que en las suyas escribieron *mancebos*.

Poco se le alcanzaba en estas materias al crítico primeramente citado. Valiérale más, en vez de irse tan lejos, buscar en su propia casa (en la Biblioteca Nacional ó en la Academia Española) la primera edición de Cuesta, y en el folio 108 habría topado con la voz *macabeos*, que la segunda y tercera leyeron *mancebos* en los folios 108 y 95 respectivamente.

Que tal lección sea errónea, que no haya de atribuirse á ignorancia de Cervantes y menos á capricho de enmendar lo que no había menester de corrección, se declara fácilmente en el solo epígrafe, cap. 7, del lib. II *de los Macabeos*. Pondérase allí el valor de los esforzados hermanos á quienes ni las amenazas ni los inauditos tormentos del tirano fueron parte á intimidar. Su conducta heroica cuadra con la idea del valor que D. Quijote quiere mostrar en ésta como en otras ocasiones.

Si los esforzados mancebos de que habla Daniel fueron *tres*, ¿por qué confundirlos con la valiente narración de los *siete* hermanos? ¿Qué fundamento hay para restar autoridad aquí á la primera de Cuesta?

(1) *Cuento de cuentos*.

— Señor, — respondió Sancho, — que el retirar[a] no es huir, ni el esperar es cordura, cuando el peligro sobrepuja á la esperanza[b], y de sabios es guardarse hoy para mañana, y no aventurarse[c] todo en un día; y sepa que, aunque zafio y villano, todavía se me alcanza algo desto que llaman buen gobierno. Así que no se arrepienta de haber tomado mi consejo, sino suba en Rocinante si puede, ó si no yo le ayudaré, y sígame; que el caletre me dice que hemos menester ahora más los pies que las manos.»

Subió D. Quijote sin replicarle más palabra; y, guiando Sancho sobre su asno, se entraron por una parte de Sierra Morena que allí junto estaba, llevando Sancho intención de atravesarla toda, é ir á salir al Viso ó á Almodóvar[d] del Campo y esconderse algunos días por[e] aquellas asperezas, por no ser hallados si la[f] Hermandad los[g] buscase. Animóle á esto haber visto que de la refriega[h] de los

a. ...Sancho, el retirarse. Br.$_{1\text{-}2}$, Ton. — *...que el retirarse.* C.$_2$, L.$_3$, A.$_{1\text{-}2}$, Arr., Cl., Riv., Gasp., Arg.$_1$, Benj., FK. = *b. ...peligro sobrepuja á las fuerzas.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *c. ...y no aventurarlo todo.* Arg.$_1$, Benj. = *d. ...ó á Almodóvar.* L.$_{1\text{-}2}$. — *...ó Almodóvar.* Br.$_{1\text{-}2}$. = *e. ...en aquellas.* L.$_3$. = *f. ...si la Santa Hermandad.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil. = *g. ...lo.* Br.$_2$. = *h. ...refriga.* L.$_3$.

1. *...que el retirar no es huir, ni el esperar es cordura. — Retirarse,* en frases como ésta, no es contrario á la índole de la lengua castellana; pero no lo autorizan las primeras ediciones, en las que el infinitivo substantivado y sin afijo aparece más enérgico y lleno de vida. No lo ignoramos: la corrección *el retirarse* trae aparejada, por analogía, la de *aventurarlo* en lugar de *aventurarse,* que se encuentra dos líneas más abajo.

Al *huir* llaman *ritrare* los italianos. Tal dicho, tomado de una lengua hermana, prueba no carecer de apoyo la lección de las ediciones primera y tercera de Cuesta.

10. *...se entraron por una parte de Sierra Morena... llevando Sancho intención de atravesarla toda, é ir á salir al Viso ó á Almodóvar del Campo.* — Libro de pura invención, los fabulosos hechos de D. Quijote no están sujetos al rigor de verídica narración. Por no haberlo entendido así, por haber olvidado que en el epígrafe de este mismo capítulo, con fina ironía, llama Cervantes verdadera á la historia de D. Quijote, se ha censurado, con el mapa del país en la mano, al novelista. Es difícil comprender cómo, estando el héroe en la Mancha, á la entrada de Sierra Morena, pudiese atravesar toda la sierra y salir á Almodóvar ó al Viso. «Todos los caminos van á Roma», pudiera responder Sancho, y añadir: «No me he propuesto el ir en línea recta, y, habiendo entrado por Torrenueva, bien podemos volver hacia la derecha haciendo semicírculo, para llegar, por ejemplo, á dichos puntos.» «Si damos estas vueltas y revueltas, — replicaría D. Quijote, — es por seguir el consejo de mi escudero, en cuyos oídos parece como que le zumban ya las saetas de los cuadrilleros, pues recela nos vienen persiguiendo.» Para despistarles, proponíanse amo y mozo caer acaso sobre dichos lugares, situados en punto que la Santa Hermandad jamás pudo sospechar fuesen el objetivo, como ahora decimos, de la precipitada huída.

galeotes se había escapado libre la despensa que sobre su asno venía, cosa que la juzgó á milagro, según fué lo que llevaron[a] y buscaron los galeotes[b] (1).

Aquella noche llegaron á la mitad de las entrañas de Sierra Morena, adonde le pareció á Sancho pasar aquella noche y aun otros algunos días, á lo menos todos aquellos que durase el matalotaje que llevaba, y así hicieron noche entre dos peñas y entre muchos alcornoques; pero la suerte fatal, que, según opinión de los que no tienen lumbre de la verdadera fe, todo lo guía, guisa y compone á su modo, ordenó que Ginés de Pasamonte, el famoso embustero y ladrón, que de la cadena, por virtud y locura de D. Quijote, se había escapado, llevado del miedo de la Santa Hermandad, de quien con justa razón temía, acordó de esconderse en aquellas montañas, y llevóle su suerte y[c] su miedo á la misma parte donde había llevado á D. Quijote y á Sancho Panza[d] á hora y tiempo que los pudo conocer, y á punto que los[e] dejó dormir. Y como siempre los malos son desagradecidos, y la necesidad sea ocasión de acudir á lo que no[f] se debe, y el remedio presente venza á lo por venir, Ginés, que no era ni agradecido ni bien intencionado, acordó de hurtar el asno

a. ...lo que miraron y buscaron. Arg.$_1$, Benj. = *b.* Las ediciones de C.$_1$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Arg.$_{1\text{-}2}$ y FK. suprimen desde *Aquella noche* hasta *el cual, como,* de la pág. 179, lín. 4; y se lee después de la palabra *galeotes: Así como D. Quijote entró por aquellas montañas...,* etc. = *c. ...suerte ó su.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil. = *d. ...y á Sancho á hora y tiempo.* Br.$_2$. — *...á D. Quijote, Sancho Panza á hora.* Riv. = *e. ...les dejó.* Br.$_2$. = *f. ...lo que se debe.* C.$_{2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton., A.$_1$, Bow., Pell.

5. *...pasar aquella noche y aun otros algunos días, á lo menos todos aquellos que durase el matalotaje que llevaba.* — Aun hoy es palabra, ésta de *matalotaje,* bien conocida de los entendidos en achaque de lengua castellana; pero Cervantes tiene por costumbre, cuando emplea términos que no todos saben, usarlos de suerte que á nadie quede duda de su verdadera y propia significación. Así lo declara el empleo que de dicha voz hace en los pasajes que siguen:

«En fin, llegado el tiempo en que una flota se partía para Tierrafirme, acomodándose con el almirante della, aderezó su *matalotaje* y su mortaja de esparto, y, embarcándose en Cádiz, echando la bendición á España, zarpó la flota... Y de lo que hubiéramos de comer no tengáis cuidado, que yo llevaré *matalotaje* para entrambos y para más de ocho días.» *(El celoso extremeño.)*

17. *...y la necesidad sea ocasión de acudir á lo que no se debe.* — Pellicer fué el primero en advertir que en todas las ediciones se había suprimido el adverbio *no,* negación que indudablemente debió estar en el original. No se atrevió, sin embargo, á ponerla en el texto. La Academia sí, porque lo que se quiere expresar es que la necesidad da ocasión de *acudir á lo que no se debe.*

(1) Véase las *Observaciones preliminares* á este tomo.

á Sancho Panza[a], no curándose de Rocinante por ser prenda tan mala para empeñada como para vendida.

Dormía Sancho Panza[b], hurtóle su jumento, y antes que amaneciese se halló bien lejos de poder ser hallado.

Salió el[c] aurora alegrando la tierra y entristeciendo á Sancho Panza[d], porque halló menos su rucio, el cual[e], viéndose sin él, comenzó á hacer el más triste y doloroso llanto del mundo, y fué de manera que D. Quijote despertó á las voces, y oyó que en ellas decía: «—¡Oh hijo de mis entrañas, nacido en mi mesma[f] casa, brinco de mis hijos, regalo de mi mujer, envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas, y, finalmente, sustentador[g] de la mitad de mi persona, porque, con veintiséis maravedís que ganaba[h] cada día, mediaba yo mi despensa[i]!»

D. Quijote, que vió[j] el llanto y supo la causa, consoló á Sancho con las mejores razones que pudo, y le rogó que tuviese paciencia,[k]

a. ...á Sancho, no. BR.$_2$. = *b. Dormió Sancho, hurtóle.* BR.$_2$. = *c. ...la.* GASP., MAI. = *d. ...á Sancho porque.* BR.$_2$ = *e. ...rucio y así viéndose.* BR.$_{2\text{-}3}$. = *f. ...mi misma.* C.$_2$, BR.$_{1\text{-}2}$, BOW., PELL., MAI. = *g. ...sustento.* TON. = *h. ...ganaba contigo cada.* BR.$_{1\text{-}2}$, TON. — *...ganabas.* ARR., CL., RIV., MAI., BENJ. = *i. ...dispensa.* TON. = *j. ...que oyó el.* BR.$_{1\text{-}2}$, TON. = *k. ...que pudo, prometiéndole.* ARR.

11. *...sustentador de la mitad de mi persona, porque, con veintiséis maravedís que ganaba cada día, mediaba yo mi despensa.* — «Siendo ya en este tiempo buen mozuelo, entrando un día en la iglesia mayor, un capellán della me recibió por suyo, y púsome en poder un buen asno y cuatro cántaros y un azote, y comencé á echar agua por la ciudad. Este fué el primer escalón que yo subí por venir á alcanzar buena vida. Daba cada día á mi amo treinta maravedís ganados, y los sábados ganaba para mí, y todo lo demás entre semana de treinta maravedís.» *(Lazarillo de Tormes,* trat. VI.)

Así se expresa este pobre azacán de Toledo; y muy poco varía el producto de lo que sacaba diariamente con su asno con lo que ganaba el de Sancho, sea cual fuere la diferencia de las dos poblaciones y del tiempo en que se publicaron entrambas novelas. De todas suertes, es fácil comprender cuánto ha variado el valor de la moneda, y cuán distinta es la vida del simple jornalero, del azacán, del aguador, como decimos ahora, á la de entonces. Veintiséis maravedises bastaban á Sancho para satisfacer casi todas las necesidades de la casa. Un convite, hasta embriagar al huésped, costaba bien poco, como se prueba por el siguiente pasaje de Lope de Vega:

«GERARDA. — Entre pupa y tucujón Dios escoja lo mejor. Todo se sabe, comadre. Pero, volviendo á mi convidada, he aquí la olla. Una libra de carnero, catorce maravedís. Media de vaca, seis: son veinte. De tocino un cuarto, otro de carbón, de perejil y cebollas dos maravedís, y cuatro de aceitunas, es un real cabal. Pues tres reales de vino entre dos mujeres de bien es muy poca manufactura: no hay para dos sorbos. Añade, así Dios te añada los días de tu vida.

LAURENCIO. — ¡Tres reales de vino, valiendo á doce maravedís la azumbre!» *(La Dorotea,* esc. II.)

prometiéndole de darle una cédula de cambio para que le diesen tres en su casa, de cinco que había dejado en ella.

Consolóse Sancho con esto, y limpió sus lágrimas, templó sus sollozos y agradeció á D. Quijote la merced que le hacía, el[a] cual, como entró[b] por aquellas montañas, se le[c] alegró el corazón, pareciéndole aquellos[d] lugares acomodados para las aventuras que buscaba. Reducíansele[e] á la memoria los maravillosos acaecimientos que en semejantes soledades y asperezas[f] habían sucedido á caballeros andantes: [g] iba pensando en estas cosas, tan embebecido y trasportado en ellas, que de ninguna otra se acordaba. Ni Sancho llevaba otro cuidado (después que le pareció que caminaba por parte segura) sino de satisfacer su estómago con los relieves que del

a. ...hacía, al cual. CL., RIV. = *b. ...el cual, así como entró.* MAI. = *c. ...se alegró.* L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$. = *d. ...aquellos eran lugares.* L.$_3$. = *e. Reducíanse.* L.$_3$. = *f. ...y esperezas.* C.$_3$. = *g. ...andantes é iba pensando.* ARG.$_1$, BENJ.

1. *...prometiéndole de darle una cédula de cambio para que le diesen tres en su casa, de cinco que había dejado en ella.* — La palabra *cédula,* equivalente á lo que hoy se llama *letra de cambio,* es voz ya anticuada. La usó Cervantes, entre otros, en estos pasajes:

«La reina llamó á un mercader rico que habitaba en Londres, y era francés, el cual tenía correspondencia en Francia, Italia y España, al cual entregó los diez mil escudos y él pidió *cédulas* para que se las entregasen al padre de Isabela en Sevilla... Sí digo que sentí en el alma mi cautiverio, y sobre todo la pérdida de los recaudos de Roma, donde en una caja de lata los traía, con la *cédula* de los mil y seiscientos ducados.» *(La española inglesa.)*

La de que aquí se trata podría llamarse *cédula pollinesca,* y éste es el lado cómico: una cédula de cambio aplicada, no á ducados ni escudos, sino á pollinos: «Mandará vuestra merced, por esta primera de pollinos, señora sobrina, dar á Sancho Panza, mi escudero, *tres de los cinco que dejé en casa* y están á cargo de vuestra merced; los cuales tres pollinos se los mando librar y pagar por otros tantos aquí recibidos de contado, que con ésta y con su carta de pago serán bien dados.» (I, cap. 25.)

¿Qué valen, junto al donaire de tan singular cédula ó letra de cambio, los reparos, en verdad menudos, de ser violenta la trasposición: *para que le diesen tres en su casa, de cinco;* la redundancia: *prometiéndole de darle;* la repetición: *darle y diesen;* y cuantas incorrecciones como éstas quieran añadirse?

Pueden verse, en las *Observaciones preliminares* á este tomo, otros ejemplos de la distinta significación dada por el novelista al vocablo *cédula.*

3. *Consolóse Sancho con esto, y limpió sus lágrimas, templó sus sollozos y agradeció á D. Quijote la merced que le hacía.* — Para los que en la belleza de la lengua encuentran todavía su regalo; para los que, amigos del arte, recogen hasta su menor rasguño; ni á unos ni á otros les pasa inadvertido ese *templó sus sollozos:* ¡tan pintoresco es! Para los que, mirando sólo á la idea, tanto vale que esté desnuda como ataviada, este llamamiento al buen gusto se califica de mezquino, pueril y retórico, en el mal sentido de la palabra.

despojo clerical habían quedado; y, así, iba tras su amo, cargado[a] con todo aquello que había de llevar el rucio, sacando de un[b] costal y embaulando en su panza; y no se le diera por hallar otra aventura[c], entretanto que iba de aquella manera, un ardite.

En esto alzó los ojos, y vió que su amo[d] estaba parado, procurando con la punta del lanzón alzar[e] no sé qué bulto que estaba caído en el suelo[f], por lo cual se dió priesa[g] á llegar á ayudarle si fuese menester; y, cuando llegó, fué á tiempo que alzaba con la punta del lanzón un cojín y una maleta asida[h] á él, medio podridos, ó podridos del todo y deshechos; mas pesaba[i] tanto, que fué necesario que Sancho se apease[j] á tomarlos, y mandóle su amo que viese lo que en la maleta venía. Hízolo con mucha presteza Sancho; y, aunque la maleta venía[k] cerrada con una cadena y su candado, por lo roto y podrido della vió lo que en ella había[l], que eran cuatro camisas de delgada holanda, y[m] otras cosas de lienzo no menos curiosas que limpias, y en un pañizuelo halló un buen montoncillo de escudos de oro. Y, así como los vió, dijo: «—¡Bendito sea todo el cielo, que nos ha deparado una aventura que sea de provecho!» Y, buscando más, halló un librillo de memoria ricamente guarnecido[n]. Éste le pidió D. Quijote, y mandóle que guardase el dinero y lo tomase para él. Besóle las manos Sancho por la merced; y, desbalijando á la balija de su lencería, la puso en el costal de la despensa.

Todo lo cual visto por D. Quijote, dijo: «—Paréceme, Sancho (y no es posible que sea otra cosa), que algún caminante descaminado debió de pasar por esta sierra, y, salteándole malandrines, le debieron de matar y le trujeron[ñ] á enterrar en esta tan escondida parte.

— No puede ser eso, — respondió Sancho; — porque, si fueran ladrones, no se dejaran aquí este[o] dinero.

— Verdad dices,—dijo D. Quijote;—y, así, no adivino ni doy en lo que esto pueda ser. Mas espérate: veremos si en este librillo de

a. ...tras su amo, sentado á la mujeriega sobre su jumento, sacando. C.$_1$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, BR.$_3$, MIL., AMB., TON., A.$_1$, ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ., FK. — *...su amo, sacando de cuando en cuando de un costal que Rocinante llevaba sobre sí por falta del asno y embaulando en.* BR.$_{1\text{-}2}$. = *b. ...de su costal.* ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ. = *c. ...otra ventura.* C.$_1$. = *d. En esto por ver que su amo estaba parado.* BR.$_{1\text{-}2}$. = *e. ...del lanzón alzar alzar no sé qué.* C.$_2$. = *f. ...en el suelo pasó de aquel lado para ayudarle.* BR.$_{1\text{-}2}$. = *g. ...se dió priesa Sancho á llegar.* V.$_{1\text{-}2}$, MIL. — *...se dió prisa.* MAI. = *h. ...asido á él.* L.$_{1\text{-}2}$. = *i. ...pesaban tanto.* CL., RIV., ARG.$_{1\text{-}2}$, MAI., BENJ., FK. = *j. ...que Sancho los alzase y mandóle.* BR.$_{1\text{-}2}$. — *...que Sancho le ayudase á tomarlos.* MAI. = *k. ...la maleta estaba cerrada.* ARG.$_2$. = *l. ...lo que en ella que eran.* C.$_3$. = *m. ...holanda ó otras.* FK. = *n. ...guarnedido.* L.$_3$. = *ñ. ...y le trajeron.* MAI. = *o. ...aquí dinero.* ARR.

memoria hay alguna cosa escrita por donde podamos[a] rastrear[b] y venir en conocimiento de lo que deseamos.»

Abrióle[c], y lo primero que halló en él, escrito como en[d] borrador, aunque de muy buena letra, fué un soneto que, leyéndole alto, porque Sancho también lo oyese, vió que decía desta manera:

«Ó le falta al amor conocimiento,
Ó le sobra crueldad, ó no es mi pena
Igual á la ocasión que me condena
Al género más duro de tormento.
Pero si amor es dios, es argumento
Que nada ignora, y es razón muy buena
Que un dios no sea cruel. Pues ¿quién ordena
El terrible dolor que adoro y siento?
Si[e] digo que sois vos, Fili, no acierto;
Que tanto mal en tanto bien no cabe,
Ni me viene del cielo esta ruina.
Presto habré de morir, que es lo más cierto;
Que al mal de quien la causa no se sabe,
Milagro es acertar la medicina.»

— Por esa[f] trova, — dijo Sancho, — no se puede saber nada, si ya no es que por ese hilo que está ahí[g] se saque el ovillo de todo.

— ¿Qué hilo está aquí? — dijo D. Quijote.

— Paréceme, — dijo Sancho, — que vuestra merced nombró ahí hilo.

— No dije[h] sino Fili, — respondió D. Quijote; — y éste, sin duda, es el nombre de la dama de quien se queja el autor deste soneto; y á fe que debe de ser razonable poeta, ó yo sé poco del arte.

— ¿Luego también, — dijo Sancho, — se le entiende á vuestra merced de trovas?

— Y más de lo que tú piensas, — respondió D. Quijote; — y veráslo cuando lleves una carta, escrita en verso de arriba abajo, á

a. ...podemos. BOW. = *b. ...rastrearlo.* ARG.$_1$, BENJ. = *c. Abriólo.* V.$_{1\text{-}2}$, MIL. = *d. ...como un borrador.* BR.$_3$, AMB. = *e.* Omite *Si.* L.$_3$. = *f. Por esta trova.* MAI. = *g. ...ese hilo que está aquí.* L.$_{1\text{-}2}$. — Suprime: *se saque el ovillo de todo. ¿Qué hilo está aquí?* L.$_{1\text{-}2}$. = *h. No dijo sino Fili.* L.$_3$.

23. *...que vuestra merced nombró ahí hilo. — No dije sino Fili, — respondió D. Quijote.* — Parécenos alambicamiento y falsa retórica este sutilizar el juego de los vocablos *hilo* y *Fili*.

mi señora Dulcinea del Toboso. Porque quiero que sepas, Sancho, que todos ó los más caballeros andantes de la edad pasada eran grandes trovadores y grandes músicos; que estas dos habilidades, ó gracias por mejor decir, son anejas á los enamorados andantes:

2. *...que todos ó los más caballeros andantes de la edad pasada eran grandes trovadores.* — «É acordándosele la lealtad que siempre con su señora Oriana toviera, é las grandes cosas que por la servir havia fecho, sin causa ni merescimiento suyo haberle dado tan mal galardón, fizo esta canción, con gran saña que tenia, la cual decia asi:

Pues se me niega vitoria
Do justo me era debida,
Alli do muere la gloria
Es gloria morir la vida.
Y con esta muerte mia
Morirán todos mis daños,
Mi esperanza é mi porfia,
El amor é sus engaños;
Mas quedará en mi memoria
Lástima nunca perdida;
Que por me matar la gloria,
Me mataron gloria é vida.»

(Amadis de Gaula, lib. II, cap. 8.)

«— Hija, decid la canción que por vuestro amor Amadis fizo, siendo vuestro caballero.» La niña con las otras sus doncellas la comenzaron á cantar; la cual decia asi:

«Leonoreta sin roseta,
Blanca sobre toda flor,
Sin roseta no me meta
En tal cuita vuestro amor.

Sin ventura yo en locura
Me meti;
En vos amar es locura
Que me dura,
Sin me poder apartar;
Oh hermosura sin par,
Que me da pena é dulzor.
Sin roseta no me meta
En tal cuita vuestro amor.
De todas las que yo veo
No deseo
Servir otra sino á vos;
Bien veo que mi deseo
Es devaneo,
Do no me puedo partir,
Pues que no puedo huir
De ser vuestro servidor.
No me meta sin roseta
En tal cuita vuestro amor.

verdad es que las coplas de los pasados caballeros tienen más de espíritu que de primor.

— Lea más vuestra merced, — dijo Sancho; — que ya hallará algo que nos satisfaga.»

Aunque mi queja parece
Referirse á vos, señora,
Otra es la vencedora,
Otra es la matadora
Que mi vida desfallece;
Aquesta tiene el poder
De me hacer toda la guerra;
Aquesta puede hacer,
Sin yo gelo merecer,
Que muerto viva so tierra.

Quiero que sepáis por cuál razón Amadis fizo este villancico por esta infanta Leonoreta.» *(Amadis de Gaula,* lib. II, cap. 11.)

D. Tristán inflamando de amor á la reina Iseo al son de su arpa, amor funesto á entrambos; D. Duardos tomando el arpa á una de las doncellas de Florida, y cantando á la vez para distraerla; Amadis de Gaula entonando con dulce melodia las canciones por él mismo compuestas; D. Olivante recitando canciones á la infanta Claristea; el caballero de Cupido embelesando á la princesa Cupidea, con su voz angélica, con las dolorosas notas que arrancaba su laúd; D. Belianís tomando el arpa de las manos de su escudero, según cuenta su historia, y suspendiendo los corazones de todos cuantos le escuchaban; son, en suma, otros tantos testimonios que prueban cuán empapado estaba Cervantes en las leyendas caballerescas al hacer la afirmación de que todos ó los más caballeros fueron poetas y músicos.

«Poesia cortesana, artificiosa, brillante á veces, la poesia de los trovadores, de los que propiamente llevaron este nombre, era caballeresca, más convencional que sincera, y presentaba, — dice Milá (1), — como principio de todo valor, de toda acción generosa, de toda inspiración poética, aquella ternura sumisa y pura adhesión que ha dado especial carácter á la poesia erótica moderna, origen de agraciadas costumbres sociales y á veces disfraz de vulgares apetitos, y que, revestida de diversos accidentes por distintos poetas, encontró al fin una expresión tan eficaz como aérea en el lenguaje de la música contemporánea.»

Reflejo de la poesia caballeresca; reflejo de aquellas costumbres en que se ve al caballero tomando el arpa en la mano, tañendo y cantando á una; reflejo de aquella sociedad idealizada en este punto por las leyendas caballerescas cuan numerosas son; encuéntrase también en el *Romancero:*

«Pues que venis muy cansado — de tan largo caminar,
Reposad en mi palacio, — que podréis bien descansar.
Don Reinaldos pidió un laúd, — que lo sabia bien tocar:
Ya comienza de tañer, — muy dulcemente á cantar,
Que todo hombre que lo oia — parecia celestial.»

(Primavera y flor de romances, t. II, pág. 337.)

(1) *Los trovadores en España,* pág. 38.

Volvió la hoja D. Quijote, y dijo: « — Esto[a] es prosa, y parece carta.

— ¿Carta misiva, señor? — preguntó Sancho.

— En el principio no parece sino de amores, — respondió D. Quijote.

— Pues lea vuestra merced alto, — dijo Sancho, — que gusto mucho destas cosas de amores.

— Que me place », dijo D. Quijote. Y leyéndola alto, como Sancho se lo había rogado, vió que decía desta manera:

« Tu falsa promesa y mi cierta desventura me llevan á parte donde antes volverán á tus oídos las nuevas de mi muerte que las razones de mis quejas. Desechásteme, ¡oh, ingrata!, por quien tiene más, no por quien vale más que yo; mas, si la virtud fuera riqueza que se estimara, no envidiara yo dichas ajenas ni llorara desdichas propias. Lo que levantó tu hermosura han derribado tus obras: por ella entendí que eras ángel, y por ellas conozco que eres mujer. Quédate en paz, causadora de mi guerra, y haga el cielo que los engaños de tu esposo estén siempre encubiertos, por que tú no quedes arrepentida de lo que hiciste[b], y yo no tome venganza de lo que no deseo[c]. »

Acabando de leer la carta, dijo D. Quijote: « — Menos por ésta que por los versos se puede sacar más de que quien la escribió es algún desdeñado amante. » Y, hojeando casi todo el librillo, halló otros versos y cartas, que algunos pudo leer y otros no; pero lo que todos contenían eran quejas, lamentos, desconfianzas, sabores y sinsabores, favores y desdenes, solemnizados[d] los unos y llorados los otros. En tanto que D. Quijote pasaba el libro, pasaba Sancho

a. Este es. Br.$_3$. — *Esta es.* Ton. = *b. ...que heciste.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}3}$, Br.$_{1\text{-}2}$, Mil., A.$_1$. = *c. ...poseo.* Arg.$_{1\text{-}3}$, Benj. = *d. ...solenizados.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, L.$_3$, V.$_{1\text{-}3}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Amb., Ton., A.$_1$, Bow., Pell., Arg.$_{1\text{-}3}$, Benj. — *...solennizados.* Mil.

10. « *Tu falsa promesa y mi cierta desventura.* — Fuera inútil buscar en la carta del enamorado Cardenio esa natural vibración del sentimiento en alma agitada por fuertes pasiones, porque, sátira ó fiel trasunto, como plazca, de las cartas y billetes de los libros caballerescos, á cuya lectura era tan aficionado el infeliz demente, el estilo crespo y rimbombante de sus vacios y sonoros renglones no podia menos de recordar la manera, esto es, las rebuscadas antitesis, los conceptos sutiles, el retórico aliño, la vaguedad, la imprecisión, si valiera decirlo asi, de aquellos sus autores, que tanto deliraron en la región de lo ineficaz.

la maleta, sin dejar rincón en toda ella, ni en[a] el cojín, que no buscase, escudriñase é inquiriese, ni costura que no deshiciese, ni vedija de lana que no escarmenase, por que no se quedase nada por diligencia[b] ni mal recado: tal golosina habían despertado en él los hallados escudos, que pasaban de ciento. Y, aunque no halló más de lo hallado, dió por bien empleados los vuelos de la manta, el vomitar del brebaje, las bendiciones de las estacas, las puñadas del arriero[c], la falta de las alforjas, el robo del gabán, y toda la hambre, sed y cansancio que había pasado en servicio de su buen señor, pareciéndole que estaba más que rebién[d] pagado con la merced recebida[e] de la entrega del hallazgo.

Con gran deseo quedó el Caballero de la Triste Figura de saber quién fuese el dueño de la maleta, conjeturando, por el soneto y carta, por el dinero en oro y por las tan buenas camisas, que debía de ser de algún principal enamorado, á quien desdenes y malos tratamientos de su dama debían de haber conducido á algún desesperado término; pero, como por aquel lugar inhabitable y escabroso no parecía persona alguna de quien poder informarse[f], no se curó de más que de[g] pasar adelante, sin llevar otro camino que aquel que Rocinante quería (que era[h] por donde él podía caminar), siempre con imaginación que no podía faltar por aquellas malezas alguna extraña aventura. Yendo, pues, con este pensamiento, vió que, por cima de una montañuela que delante de los ojos se le ofrecía, iba saltando un hombre de risco en risco y de mata en mata con extraña ligereza. Figurósele que iba[i] desnudo, la barba negra y espesa, los cabellos muchos y rebultados[j], los pies descalzos y las piernas sin cosa alguna; los muslos[k] cubrían unos calzones, al[l] parecer de terciopelo leonado, mas tan hechos pedazos, que por mu-

a. ...en toda ella ni el cojín. Mil. = *b. ...por negligencia.* Arg.$_{1\text{-}3}$, Benj. = *c. ...herriero.* L.$_{1\text{-}3}$. = *d. ...que recién pagado.* V.$_1$. = *e. ...recibida.* Arr., Mal., FK. = *f. ...de quien poderse informar.* L.$_3$. = *g. ...que pasar adelante.* L.$_3$. = *h. ...que por donde él podia.* Br.$_3$, Amb. = *i. Figurósele que iba medio desnudo.* Arg.$_{1\text{-}3}$, Benj. = *j. ...muchos y rabultados.* C.$_{1\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}3}$, Br.$_{1\text{-}3}$, Mil. = *k. ...los muslos le cubrian unos.* Arg.$_{1\text{-}3}$, Benj. = *l. ...calzones, al y parecer.* Amb.

4. *...por diligencia ni mal recado.* — « *Por « negligencia » ni mal recado,* diria el original », estampó Hartzenbusch en su obra *Las 1,633 notas á la primera edición del Quijote;* y, ni corto ni perezoso, si vale el vulgarismo, en sus dos ediciones de Argamasilla y en la de su prosélito Benjumea se lee *negligencia.* Olvidóse, el celebrado autor de *Los amantes de Teruel,* que la cláusula es elíptica. Cervantes quiso decir *por falta de diligencia y poco cuidado;* y así lo entendieron, sin duda, cuantos pasaron por el *Quijote* antes que el, por tantos títulos, distinguido académico.

chas partes se le descubrían las carnes. Traía la cabeza descubierta; y, aunque pasó con la ligereza que se ha dicho, todas estas menudencias miró y notó el Caballero de la Triste Figura; y, aunque lo procuró, no pudo seguille[a], porque no era dado á la debilidad de Rocinante andar [b] por aquellas asperezas, y más [c] siendo él de suyo pisacorto [d] y flemático. Luego imaginó D. Quijote que aquél era el dueño del cojín y de la maleta; y propuso en sí de buscalle [e], aunque supiese andar un año por aquellas montañas hasta hallarle. Y, así, mandó á Sancho que se apease del asno y [f] atajase por la [g] una parte de la montaña, que él iría por la [h] otra, y podría ser que topasen con esta diligencia con aquel hombre que con tanta priesa [i] se les había quitado de delante.

« — No podré hacer esto, — respondió Sancho; — porque, en apartándome de vuestra merced, luego es conmigo el miedo, que me asalta con mil géneros de sobresaltos y visiones; y sírvale, esto que digo, de aviso para que de aquí adelante no me aparte un dedo de su presencia.

— Así será, — dijo el de la Triste Figura; — y yo estoy muy contento de que te quieras valer de mi ánimo, el cual no te ha de faltar aunque te falte el ánima del cuerpo. Y [j] vente ahora tras mí poco á poco, ó como pudieres, y haz de los ojos lanternas [k]. Rodearemos esta serrezuela: quizás toparemos con [l] aquel hombre que vimos, el cual, sin duda alguna, no es otro que el dueño de nuestro hallazgo.» Á lo que Sancho respondió: « — Harto mejor sería [m] no buscarle [n], porque si le hallamos, y acaso fuese el dueño del dinero, claro está que lo tengo de restituir; y, así, fuera mejor, sin hacer esta inútil diligencia, poseerlo yo con buena fe hasta que por otra vía menos curiosa y diligente pareciera su verdadero señor, y quizá fuera á tiempo que lo hubiera gastado, y entonces el rey me hacía [ñ] franco.

— Engáñaste en eso, Sancho, — respondió D. Quijote; — que ya que hemos caído en sospecha de quién es [o] el dueño [p], casi [q] delante, estamos obligados á buscarle y volvérselos [r]; y, cuando no le buscá-

a. ...pudo seguirle. MAI. = *b. ...andar aprisa por aquellas asperezas.* ARG.$_3$. = *c. ...y siendo él.* ARG.$_3$. = *d. ...pasicorto y flemático.* PELL., ARR., CL., RIV., GASP., ARG.$_{1\text{-}2}$, BNNJ. = *e. ...en sí de buscarle.* MAI. = *f. ...mandó á Sancho que atajase.* BR.$_{1\text{-}3}$. = *g. ...por una parte.* MAI. = *h. ...él iría por otra.* MAI. = *i. ...con tanta prisa.* MAI. = *j. ...cuerpo vente ahora.* A.$_1$. = *k. ...de los ojos linternas.* MAI. = *l. ...toparemos aquel.* A.$_1$, ARR. = *m. ...mejor será.* TON. = *n. ...no buscalle.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}2}$, ARG.$_3$. = *ñ. ...me haría.* TON. = *o. ...sospecha de tener el dueño.* ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ. = *p. ...dueños estamos.* BR.$_{1\text{-}2}$, TON. = *q. ...cuasi delante.* C.$_1$. = *r. ...á buscarle y volvérselo.* ARG.$_{1\text{-}2}$, MAI., BENJ., FK.

semos, la vehemente sospecha que tenemos de que él lo sea, nos pone ya en tanta culpa como si lo fuese. Así que, Sancho amigo, no te dé pena el buscalle [a], por la que á mí se me quitará si le hallo.» Y, así, picó á Rocinante, y siguióle Sancho á pie y cargado [b], merced á Ginesillo de Pasamonte; y, habiendo rodeado parte de [c] la montaña, hallaron en un arroyo, caída, muerta y medio comida de perros y picada de grajos, una mula ensillada y enfrenada; todo lo cual confirmó en ellos más la sospecha de que aquel que huía era el dueño de la mula y del cojín.

Estándola mirando, oyeron un silbo como de pastor que guardaba ganado; y á deshora, á su siniestra mano, parecieron una buena cantidad de cabras, y, tras ellas, por cima de la montaña, pareció el cabrero que las guardaba, que era un [d] hombre anciano. Dióle voces D. Quijote, y rogóle que bajase donde estaban. Él respondió á gritos que quién les [e] había traído por aquel lugar, pocas ó ningunas veces pisado, sino de pies de cabras ó de lobos y otras fieras que por allí andaban. Respondióle Sancho que bajase, que de todo le darían buena cuenta. Bajó el cabrero, y, en llegando adonde D. Quijote estaba, dijo: « — Apostaré que está mi-

a. ...buscarle. MAI. = *b. ..y siguióle Sancho con su acostumbrado jumento, y habiendo.* C.$_{1\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, BR.$_3$, MIL., TON., A.$_1$, ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ., FK. — *...y siguióle Sancho á pie consolado de la pérdida de su jumento con la esperanza de los tres pollinos. Y habiendo.* BR.$_{1\text{-}2}$. = *c. ...rodeado la montaña.* C.$_3$, BOW., PELL. = *d. ...que era hombre.* L.$_3$. = *e. ...quién los había.* ARR.

32 (pág. 186). *...en sospecha de quién es el dueño, casi delante, estamos obligados á buscarle.* — Hartzenbusch, que sin duda se inspiró en los apuntes del benemérito Cabrera, dice en sus notas á la edición fototipográfica (pág. 53): «Mal corre esta frase; desapareceria la dificultad leyendo: Hemos caido en sospecha de *tener* el dueño delante. Esto, ó *que está el dueño casi delante*, ó algo parecido, escribiria el autor.»

El entendido Cabrera propuso la siguiente corrección: «...que ya que hemos caido en sospecha de quién es el dueño, *teniéndole* casi delante, estamos obligados á buscarle.» La defendió de este modo: habiéndose reparado que las palabras *casi delante*, que se hallan en todas las ediciones precedentes (1), no ligaban ni con las que anteceden ni con las que subsiguen, se ha conjeturado que en la imprenta se omitió, por descuido, el vocablo ó expresión con que iban atadas en el manuscrito de Cervantes. Este hueco puede llenarse con la palabra *teniéndole*, bajo el firme concepto de que, en caso de no ser la misma que puso el novelista, seria otra muy semejante.

El lector podrá suplir mentalmente la corrección propuesta, que, si atinada, por respeto á Cervantes no nos atrevemos á introducir en el texto.

(1) En la de Bruselas 1607, que no debió conocer Cabrera, se omiten las palabras *casi delante*.

rando la mula de alquiler que está muerta en esa hondonada. Pues á buena fe que há ya[a] seis meses que está en ese lugar. Díganme: ¿han topado por ahí á[b] su dueño?

— No hemos topado á nadie, — respondió D. Quijote, — sino á un cojín y á una maletilla que no lejos deste lugar hallamos.

— También la hallé yo, — respondió el cabrero; — mas nunca la quise alzar ni llegar á ella, temeroso de algún desmán y de que no me la pidiesen por de hurto; que es el diablo sotil, y debajo de los pies se levanta allombre[c] cosa donde tropiece y caya[d], sin saber cómo ni cómo no.

— Eso mesmo[e] es lo que yo digo, — respondió Sancho[f], — que también la hallé yo, y no quise llegar á ella con un tiro de piedra: allí la dejé, y[g] allí se queda[h] como se estaba; que no quiero perro con cencerro.

— Decidme, buen hombre, — dijo D. Quijote; — ¿sabéis vos quién sea el dueño destas prendas?

— Lo que sabré yo decir, — dijo el cabrero, — es que habrá al pie de seis meses, poco más á[i] menos, que llegó á una majada de pastores, que estará como tres leguas deste lugar, un mancebo de gentil talle y apostura, caballero sobre esa mesma[j] mula que[k] ahí está muerta, y con el mesmo[l] cojín y maleta que decís que hallastes[m] y no tocastes[n]. Preguntónos que cuál parte desta sierra era la más áspera y escondida: dijímosle que era esta donde ahora estamos. Y es ansí[ñ] la verdad, porque, si entráis media legua más adentro, quizá no acertaréis á salir; y estoy maravillado de cómo habéis podido llegar aquí, porque no hay camino ni senda que á este lugar encamine. Digo, pues, que, en[o] oyendo nuestra respuesta el mancebo, volvió las riendas y encaminó hacia el lugar

a. ...que ha seis meses. FK. = *b. ...por ahí su dueño.* A.$_1$. = *c. ...levanta al hombre cosa.* L.$_3$, Ton., Bow., Mai., FK. = *d. ...y caiga, sin saber.* Mai. = *e. Eso mismo.* C.$_3$, L.$_{1\text{-}2}$, Bow. = *f. ...respondió Sancho Panza que.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil. = *g. ...de piedra allí se queda.* L.$_3$. = *h. ...y allí se quede.* FK. = *i. ...más ó menos.* Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Amb., Ton., Gasp., Mai., FK. = *j. ...misma.* C.$_3$, L.$_{1\text{-}2}$, Bow., Pell., Mai., FK. = *k. ...que está ahí muerta.* Pell. = *l. ...el mismo.* C.$_3$, L.$_{1\text{-}2}$, Bow., Pell., Mai., FK. = *m. ...que hallaste.* V.$_{1\text{-}2}$. = *n. ...que hallasteis y no tocasteis.* Mai. — *...y tocastes.* Br.$_3$, Amb. = *ñ. ...es así la verdad.* C.$_3$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton., A.$_{1\text{-}2}$, Bow., Arr., Cl., Riv., Gasp., Arg.$_1$, Mai., Benj., FK. — *...es así á la verdad.* Pell. = *o. ...que oyendo nuestra* V.$_{1\text{-}2}$.

11. — *Eso mesmo es lo que yo digo.* — Aunque bueno y *simpático* en la mayoria de las ocasiones, Sancho, que en el hallazgo de los escudos mostró su codicia, ahora, en la maliciosa y no solicitada explicación que da al cabrero, descubre un rasgo de bellaqueria que realza la hermosa acción de éste.

donde le señalamos, dejándonos á todos contentos de su buen talle, y admirados de su demanda y de la priesa[a] con que le víamos caminar y volverse hacia la sierra; y desde entonces nunca más le vimos, hasta que, desde allí á algunos días[b], salió al camino á uno de nuestros pastores, y, sin decille[c] nada, se llegó[d] á él y le dió muchas puñadas y coces, y luego se fué á la borrica del hato y le quitó cuanto pan y queso en ella traía, y, con extraña ligereza, hecho esto, se volvió á emboscar[e] en la sierra. Como esto supimos algunos cabreros, le anduvimos á buscar, casi dos días, por lo más cerrado desta sierra; al cabo de los cuales le hallamos metido en el hueco de un grueso y valiente alcornoque. Salió á nosotros con mucha mansedumbre, ya roto el vestido, y el rostro desfigurado[f] y tostado del sol, de tal suerte, que[g] apenas le conocimos[h], sino que los ves-

a. ...y de la prisa. Mai. = *b. ...hasta que de allí á pocos días.* Ton. = *c. ...sin decirle.* Mai. = *d. ...se allegó á él.* C.$_{3\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2}$, Mil., A.$_{1\text{-}2}$, Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp. = *e. ...se volvió á entrar en.* C.$_{2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton., A.$_{1\text{-}2}$, Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Arg.$_1$, Benj. = *f. ...y el rostro disfigurado.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb. = *g. ...suerte y apenas.* L.$_{1\text{-}2}$. = *h. ...apenas le conocíamos.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mai.

4. *...salió al camino á uno de nuestros pastores, y, sin decille nada, se llegó á él y le dió muchas puñadas y coces, y luego se fué á la borrica del hato y le quitó cuanto pan y queso en ella traía.* — No profesó especialmente ninguna ciencia; pero, hombre de gran lectura, artista que vió, oyó y *vivió* mucho, Cervantes diríase que fué médico, marino, geógrafo, teólogo, etc., pues de estas ciencias y de otras más habla de tal suerte, que acredita su fina observación de la vida. El caso de Cardenio lo está publicando. Juzguemos por comparación:

«Se da el nombre de *Licantropia* á una variedad de la locura instintiva, en la que el paciente abandona su domicilio, huye á la selva, vive del merodeo y rapiña, se enfurece, corre, acomete y aúlla como lobo, errando fuera de todo albergue, concurso ó compañia, en el mayor extremo de rusticidad y abandono, casi no gobernándose sino por los instintos más groseros y como temiendo ú odiando á los demás hombres.»

¿No es admirable, como escribe el autor (1) de estas lineas, que hasta en pintar esta especie extraordinaria de locura estuviese tan acertado Cervantes?

¿Quién, después de leer á nuestro novelista, no se representa estar viendo, allá en lo más áspero y escondido de Sierra Morena, á un hombre errante, descubierta la cabeza, roto el vestido, el rostro desfigurado y tostado del sol? Es Cardenio, poseído de honda melancolia; Cardenio, el de accesos maniacos, furiosos y dañinos; Cardenio, que á veces sale al camino, y á puñadas y bocados arranca de las manos de los pastores el sustento; y que luego, con extraña ligereza, vuelve á entrarse en el monte, saltando de mata en mata y de risco en risco, para recogerse en el hueco de un alcornoque ó donde quiera que le toma la noche.

(1) Pi y Molist.

tidos, aunque rotos, con la noticia que dellos teníamos, nos dieron á entender que era el que buscábamos. Saludónos cortésmente, y, en pocas y muy buenas razones, nos dijo que no nos maravillásemos de verle andar de aquella suerte, porque así le convenía para cumplir cierta penitencia que por sus muchos pecados le había sido impuesta. Rogámosle que nos dijese quién era, mas nunca lo pudimos acabar con él. Pedímosle también que, cuando hubiese menester el sustento, sin el cual no podía pasar, nos dijese dónde le hallaríamos, porque con mucho amor y cuidado se lo llevaríamos; y que, si esto tampoco fuese de su gusto, que á lo menos saliese á pedirlo, y no á quitarlo, á los pastores. Agradeció nuestro ofrecimiento[a], pidió perdón de los asaltos pasados[b], y ofreció de pedillo[c] de allí adelante por amor de Dios, sin dar molestia alguna á nadie. En cuanto lo que tocaba á la estancia de su habitación, dijo que no tenía otra que aquella que le ofrecía la ocasión[d] donde le tomaba la noche; y acabó su plática con un tan tierno llanto, que bien fuéramos de piedra, los que escuchádole habíamos, si en él no le acompañáramos, considerándole[e] cómo le habíamos visto la vez primera[f] y cuál le veíamos[g] entonces; porque, como tengo dicho, era un muy gentil y agraciado mancebo, y en sus corteses y concertadas razones mostraba ser bien nacido y muy cortesana persona; que, puesto que éramos rústicos los que le escuchábamos, su gentileza era tanta que bastaba á darse á conocer á la mesma[h] rusticidad. Y, estando en lo mejor de su plática, paró y[i] enmudecióse[j], clavó los ojos en el suelo por un buen espacio, en el cual todos estuvimos quedos y suspensos, esperando en qué había de parar aquel embelesamiento, con no poca lástima de verlo; porque, por lo que hacía de abrir los ojos, estar fijo mirando al suelo sin mover pestaña gran rato, y otras veces cerrarlos apretando los labios y enarcando las cejas, fácilmente conocimos que algún accidente de locura le había sobrevenido. Mas él nos dió á entender presto ser[k] verdad lo que pensábamos, porque se levantó con gran[l] furia del suelo, donde se había echado, y arremetió con el primero que halló junto á sí, con tal denuedo y rabia, que, si no se le quitáramos[m], le matara á puñadas

a. Agradeció nuestros ofrecimientos. BR.$_3$, AMB., TON. = *b. ...pidió perdón del asalto pasado.* ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ. = *c. ...de pedirlo.* MAI. = *d. ...que le ofrecía la ocasión le ofrecía donde.* C.$_{1\text{-}2}$, L.$_{1\text{-}2}$. — *...que la ocasión le ofrecía donde.* V.$_{1\text{-}2}$. = *e. ...considerando como le.* BR.$_{1\text{-}2}$, ARG.$_3$. = *f. ...primero.* C.$_{2\text{-}3}$. = *g. ...le víamos.* BR.$_{1\text{-}2}$. = *h. ...la misma.* C.$_3$, L.$_{1\text{-}2}$, BOW., PELL., MAI., FK. = *i. ...paró enmudecióse.* ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ. = *j. ...enmudecióse y clavó.* ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ. = *k. ...dió á entender presto ser mucha verdad.* L.$_{1\text{-}2}$. = *l. ...con grandísima furia del suelo.* L.$_{1\text{-}2}$. = *m. ...que si no le quitamos.* L.$_3$.

y á bocados; y todo esto hacía diciendo: «—¡Ah, fementido Fer» nando! Aquí, aquí me pagarás la sinrazón que me hiciste[a]; » estas manos te sacarán el corazón, donde albergan y tienen ma» nida todas las maldades juntas, principalmente la fraude y el en» gaño.» Y á estas añadía otras razones, que todas se encaminaban á decir mal de aquel Fernando, y á tacharle de traidor y fementido. Quitámossele, pues, con no poca pesadumbre; y él, sin decir más palabra, se apartó de nosotros y se emboscó corriendo por entre estos jarales y malezas, de modo que nos imposibilitó el seguille[b]. Por esto conjeturamos que la locura le venía á tiempos, y que alguno que se llamaba Fernando le debía de haber hecho alguna mala obra, tan pesada cuanto lo[c] mostraba el término á que le había conducido. Todo lo cual se ha confirmado después acá con las veces, que han sido muchas, que él ha salido al camino: unas á pedir á los pastores le den de lo que llevan para comer, y otras á quitárselo por fuerza. Porque cuando está con el accidente de la locura, aunque los pastores se lo ofrezcan de buen grado, no lo admite, sino que[d] lo toma á puñadas; y cuando está en su seso, lo pide por amor de Dios, cortés y comedidamente, y rinde por ello muchas gracias, y no con falta de lágrimas. Y en verdad os digo, señores, — prosiguió el cabrero, — que ayer determinamos, yo y cuatro zagales, los dos criados y los dos amigos míos, de buscarle hasta tanto que le hallemos; y después de hallado, ya por fuerza, ya por grado, le hemos de llevar á la villa de Almodóvar, que está de aquí ocho leguas, y allí le curaremos, si es que su mal tiene cura, ó sa-

a. ...que me heciste. C.$_{1\text{-}2}$, L.$_{1\text{-}2}$, A.$_1$. = *b. ...el seguirle.* MAI. = *c. ...cuanto le mostraba.* AMB. = *d. ...sino lo toma á puñadas.* ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ.

3. *...estas manos te sacarán el corazón, donde albergan y tienen manida todas las maldades juntas. — Manida,* arcaismo que trae á la memoria hermosos ejemplos de nuestros primeros monumentos literarios; *albergar,* palabra que, tomada en sentido metafórico, tiene un cierto aire de novedad, y que, usada como verbo neutro, según decian antes, tantos recursos prestó á los escritores, señaladamente á los poetas; toda la frase, decimos, tiene un sabor tan castizo, y es tan propia del idioma patrio, que de intento hemos querido llamar la atención sobre ella, para que no pasase inadvertida á los lectores que se gozan sólo, al parecer, con otro género de comentarios.

21. *...ayer determinamos, yo y cuatro zagales, los dos criados y los dos amigos míos, de buscarle hasta tanto que le hallemos.* — Tal modo de producirse fuera hoy notado de orgulloso y grosero, porque los usos sociales piden que quien habla, si ha de apoyarse en los dichos ó hechos de otras personas cuyos nombres cita, se coloque él en último lugar. Nuestros antepasados, más atentos

bremos quién es cuando esté en su seso, y si tiene parientes á quien dar noticia de su desgracia. Esto es, señores, lo que sabré deciros de lo que me habéis preguntado; y entended que el dueño de las prendas que hallastes[a] es el mesmo[b] que vistes[c] pasar con tanta ligereza como desnudez.» Que ya le había dicho D. Quijote cómo había visto pasar aquel hombre saltando por la sierra; el cual quedó admirado de lo que al cabrero había oído, y quedó[d] con más

a. ...que hallasteis. MAI. — *b. ...es el mismo.* C.$_3$, BOW., PELL., MAI., FK. — *c. ...que visteis pasar.* MAI. — *d. ...y con más.* BR.$_{1\text{-}2}$.

á la estima de la propia personalidad, por ventura con humildad menos disimulada, acaso por creer que la oración recibe con ello mayor energía, ponían los pronombres de primera persona á la cabeza de la frase, haciendo resaltar de esta suerte la vehemencia de sus aseveraciones.

No en el *Quijote*, sino en todas sus obras, nos dejó Cervantes copiosos ejemplos. Así se echa de ver en los siguientes, tomados, como si dijéramos, abarrisco:

«—Pocos días há, señor Darinto, que *yo y algunos* de los que aquí estamos oímos nombrar el nombre de Nisida.» *(Galatea*, lib. IV.)

«—Si la quisiéredes por esposa, *yo y todos sus parientes* gustaremos dello.» *(La Gitanilla.)*

«—*Yo y mi mujer* preguntamos á los criados quién era la tal señora y cómo se llamaba.» *(La ilustre fregona.)*

«—Si hasta aquí, hermosa señora, *yo y D. Antonio*, mi camarada, os teníamos compasión y lástima, por ser mujer...» *(La señora Cornelia.)*

«—Y dijo que entrásemos *yo y mi criado.*» *(El casamiento engañoso.)*

«...porque sabrá vuestra merced, señor D. Quijote, que *yo y maese Nicolás*, nuestro amigo y nuestro barbero, íbamos á Sevilla.» *(Quijote*, I, cap. 29.)

«—Ya te he llorado por muerto *yo y mi hermana, tu madre* y todos los tuyos.» *(Quijote*, I, cap. 41.)

«—Que *yo y mi señor* le daremos tanto ripio á la mano en materia de aventuras, que pueda componer, etc.» *(Quijote*, II, cap. 6.)

«—*Yo y este hombre* labrador venimos ante vuesa merced en razón de que...» *(Quijote*, II, cap. 45.)

«—Que si *yo y mi hija* andamos orondas y pomposas en la corte.» *(Quijote*, II, cap. 52.)

«—La obligación en que *yo y mi hermana* te estamos por las mercedes que hasta aquí nos has hecho.» *(Persiles y Sigismunda*, cap. 16.)

«—*Yo y aquel á quien* me viste pasar el pecho.» *(Persiles y Segismunda*, cap. 19.)

«...con la cual ricos y contentos, *yo y los míos* nos embarcamos, sin que quedase ninguno.» *(Persiles y Sigismunda*, cap. 21.)

«—Como fuí, fué por mar y en una fragata que *yo y otros* diez poetas fletamos en Barcelona.» *(Adjunta al Parnaso*, pág. 701.)

Y también en *La gran conquista de Ultramar*, que mandó escribir el rey D. Alfonso el Sabio, se lee:

«Yo fuí á Antioca con el ayuda del Soldán, que envía á la hueste de los cristianos que eran sobre Antioca, é levamos *yo e el rey* Religión setecientos é cuarenta mil hombres á caballo.»

deseo de saber quién era el desdichado loco, y propuso en sí lo mismo[a] que ya tenía pensado, de buscalle[b] por toda la montaña, sin dejar rincón ni cueva en ella que no mirase hasta hallarle.

Pero hízolo mejor la suerte de lo que él pensaba ni esperaba, porque en[c] aquel mismo[d] instante pareció, por entre una quebrada de una[e] sierra que salía donde ellos estaban, el mancebo que buscaba[f], el cual venía hablando entre sí cosas que no podían ser entendidas de cerca, cuanto más de lejos. Su traje era cual se ha pintado; sólo que, llegando cerca, vió D. Quijote que, un coleto hecho pedazos que sobre sí traía, era de ámbar; por donde acabó de entender que, persona que tales hábitos traía, no debía de ser de ínfima calidad. En llegando el mancebo á ellos, les[g] saludó con una voz desentonada y bronca[h], pero con mucha cortesía. D. Quijote le volvió las saludes con no menos comedimiento, y, apeándose de Rocinante, con gentil continente y donaire, le fué á abrazar, y le tuvo un buen espacio estrechamente entre sus brazos, como si de luengos tiempos le[i] hubiera conocido. El otro, á quien podemos llamar *el Roto de la mala figura*, como á D. Quijote el de la *triste*, después de haberse dejado abrazar, le apartó un poco de sí; y, puestas sus manos en los hombros de D. Quijote, le estuvo mirando como que quería ver si le conocía, no menos admirado quizá de ver

a. ...lo mesmo que ya tenía. C.$_1$, L.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, BR.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, MIL., AMB., TON., A.$_1$, ARG.$_1$, BENJ. = *b. ...de buscarle.* MAI. = *c. ...porque aquel.* BR.$_3$. — *d. ...aquel mesmo.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, BR.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, MIL., AMB., TON., A.$_1$, ARG.$_1$, BENJ. = *e. ...de la sierra que salia.* ARG.$_3$. = *f. ...que buscaban.* L.$_3$, TON. = *g. ...á ellos, los saludó.* C.$_3$, V.$_{1\text{-}2}$, BR.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, MIL., AMB., TON., A.$_{1\text{-}2}$, BOW., PELL., ARR., CL., RIV., GASP., ARG.$_{1\text{-}2}$, MAI., BENJ., FK. = *h. ...voz desentonada y ronca.* BR.$_{1\text{-}2}$. = *i. ...lo hubiera.* A.$_{1\text{-}2}$, PELL., CL., RIV., GASP., MAI.

19. *...le apartó un poco de sí; y, puestas sus manos en los hombros de D. Quijote, le estuvo mirando como que quería ver si le conocía.* — Será la inteligencia cual esplendorosa estrella que guía los pasos del escritor, ó cual timón que señala el derrotero por donde ha de marchar el artista en busca del vellocino de oro que se llama la *idea*, la *idea* soberana; pero poco importa haberla hallado si le falta el calor del sentimiento, si en ella no fulguran los resplandores de la imaginación.

Se traen aquí estas reflexiones para probar que nuestro novelista llegó á las cumbres del arte porque poseía entrambas facultades.

Ignoramos si alguien ha parado la atención en ello; pero, sea nueva ó no, la observación merece consignarse aquí: ese apartar *el Roto al de la Triste Figura*, ese ponerle las manos sobre los hombros, esa torba mirada de un loco á otro que también lo es, esa mirada fija y escrutadora; es asunto para acabadísimo cuadro, ó, digámoslo con sentido más hondo, tema para discutirlo en un congreso de enfermedades mentales, y objeto de meditación para un psicólogo profundo.

la figura, talle y armas de D. Quijote, que D. Quijote lo estaba de verle á él. En resolución, el primero que habló después del abrazamiento fué el Roto, y dijo lo que se dirá adelante.

2. *...el primero que habló después del abrazamiento fue el Roto, y dijo lo que se dirá adelante.* — De todos los novelistas del mundo, Cervantes, con no ser la suya la más extensa, es el de mayor invención, el de invención más profunda; pues en *El Ingenioso Hidalgo* nos ha dado el trasunto más fiel, más intenso, de la vida humana. Podrá probarse que no lo inventó todo, que en el *Don Quijote* hay ésta y aquélla alusión á sucesos y á personas que conocian muy bien sus contemporáneos, y que acaso trató personalmente el narrador en los diversos trances por que pasaron; pero nadie, aun presentando (y esto es ya mérito insigne) demostración documentada, podrá señalar el punto en que acaba la verdad, y aquel otro en que da principio la ficción.

Alabanza grande alcanzará el investigador de cosas recónditas, gran loa para el que descifre sin género alguno de duda quién es el personaje que se oculta en la figura del *Roto*, cuál el medio ambiente en que vivió, cuáles sus desventuras, cuál el fin de su existencia; pero nadie despojará al artista de la inmortal corona que ciñe su frente por haber pintado en cuadros admirables la España de su tiempo y juntamente la historia de la humanidad: la humanidad de ayer, la de hoy, la de siempre. Y es que, si en la narración que ahora va á comenzar no resuenan constantemente acentos de sinceridad, hay, sin embargo, en ella, tales relámpagos de amor, tales fulgores de ira, que despiertan y despertarán en todo tiempo viva simpatía en los que tienen la dicha de saber sentir, de conmoverse ante el dulce espectáculo de la belleza.

Capítulo XXIV

Donde se prosigue la aventura de la[a] Sierra Morena

Dice la historia que era grandísima la atención con que D. Quijote escuchaba al astroso *Caballero de la Sierra*, el cual, prosiguiendo[b] su plática, dijo: «— Por cierto, señor, quienquiera que seáis (que[c] yo no os conozco), yo os agradezco las muestras y[d] la cortesía que conmigo habéis usado; y quisiera yo hallarme en tér-

a. ...de Sierra Morena. Riv., Gasp., Arg.$_{1\text{-}2}$, FK. = *b. ...el cual, principiando su plática.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *c. ...que aunque yo no os conozco.* Ton. = *d. ...las muestras de la.* L.$_3$. — *...yo os agradezco la amistad y la cortesía.* Arg.$_3$

Llena de vida, hondamente sentida, la desventura de Cardenio no puede leerse sin profunda emoción. Cierto, no hay en este capítulo la metafísica amorosa de Laureola y Leriano en la *Cárcel de Amor*, de Diego de San Pedro. Aquí todo está dicho con sinceridad, siendo tal el prestigio de la creación, «que anula al creador mismo, ó más bien le confunde con su obra, le identifica con ella, mata toda vanidad personal en el narrador, le hace sublime por la ingenua humildad con que se somete á su asunto, le otorga en plena edad crítica algunos de los dones de los poetas primitivos: la objetividad serena y al mismo tiempo el entrañable amor á sus personajes, vistos no como figuras literarias, sino como sombras familiares que dictan el raudal de su canto»; canto de ritmo continuo y ondulante. ¡No otra es, para los que saben sentir, la belleza de la siguiente narración!

Línea 3. *...era grandísima la atención con que D. Quijote escuchaba al astroso Caballero de la Sierra.* — Según Clemencin, es un dictado burlesco, á estilo de los que se dan en los libros de caballerías. Nosotros entendemos que Cervantes no usó de este adjetivo por espíritu de servil imitación, antes bien como muestra de que hablaba y escribía con entera propiedad; que si en el capítulo

minos que, con más que la voluntad, pudiera servir la que habéis mostrado tenerme en el buen acogimiento que me habéis hecho; mas no quiere mi suerte darme otra cosa, con que corresponda á las buenas obras que me hacen, que buenos deseos de satisfacerlas.

— Los que yo tengo, — respondió D. Quijote, — son de serviros; tanto, que tenía determinado de no salir destas sierras hasta hallaros y saber de vos si, al[a] dolor que en la extrañeza de vuestra vida mostráis tener, se podía[b] hallar algún género de remedio; y, si fuera menester buscarle, buscarle[c] con la diligencia posible. Y, cuando vuestra desventura fuera de aquellas que tienen cerradas las puertas á todo género de consuelo, pensaba ayudaros á llorarla y á[d] plañirla como mejor pudiera; que todavía es consuelo en las desgracias hallar quien se duela dellas. Y, si es que mi buen intento merece ser agradecido con algún género de cortesía, yo os suplico, señor, por la mucha que veo que en vos se encierra, y[e] juntamente os conjuro por la cosa que en esta vida más habéis amado ó amáis, que me digáis quién sois y la causa que os ha traído á vivir y[f] á morir entre estas soledades como bruto animal, pues moráis entre

a. ...si el dolor. C.$_1$, L.$_3$. = *b. ...se podría hallar.* ARG.$_3$. = *c. ...menester buscarle con.* BR.$_{1\text{-}2}$, TON. — *...buscarale.* | AMB. = *d. ...y plañirla.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}2}$, MAI., FK. = *e. ...encierra juntamente.* V.$_{1\text{-}2}$. = *f. ...á vivir ó á morir.* ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ.

anterior se contentó con llamar *el Roto* al *cordobés* Cardenio, ahora, dando nueva pincelada, nos le presenta *astroso*, esto es, *desastrado*, ó sea persona que, además de llevar roto el vestido, se advierte en él un completo abandono é inconcebible desaseo.

«Entre ellas saqué estos naipes... y aunque vuesa merced los ve tan *astrosos* y maltratados, usan de una maravillosa virtud con quien los entiende, que no alzará que no quede un as debajo.» *(Rinconete y Cortadillo.)*

«Hecho esto, se puso unos calzones de lienzo y camisa limpia; pero encima se puso unos vestidos tan rotos y remendados, que ningún pobre en toda la ciudad los traia tan *astrosos*.» *(El celoso extremeño.)*

«Era extraño espectáculo el verlos: unos, desnudos del todo; otros, vestidos con los vestidos *astrosos* de los bandoleros.» *(Las dos doncellas.)*

4 (pág. 195). *...el cual, prosiguiendo su plática, dijo.* — Intemperancia de corrección y falseamiento del texto es la variante de Hartzenbusch: «Hasta entonces no habian hablado más que para saludarse; la verdadera *plática* ó *conversación* todavia estaba por principiar.»

Si el autor hubiese empleado la voz *plática* en sentido restricto, la observación fuera atinada; pero significando también dicho vocablo la conversación de una persona con otra ú otras, y habiendo comenzado ésta desde el momento en que se encontraron, no cabe duda que el proseguir era una continuación de las palabras que se cruzaron al verse por primera vez.

ellos tan ajeno de vos mismo cual lo muestra vuestro traje y persona. Y juro, — añadió D. Quijote, — por la orden de caballería que recebí[a], aunque indigno y pecador, y por la profesión de caballero andante, que[b] si en esto, señor, me complacéis, [c] de serviros con las veras á que me obliga el ser quien soy, ora remediando[d] vuestra desgracia, si tiene remedio, ora ayudándoos[e] á llorarla como os lo he[f] prometido.»

El *Caballero del Bosque*, que de tal manera oyó hablar al *de la Triste Figura*, no hacía sino mirarle y remirarle y tornarle á mirar de arriba abajo; y, después que le hubo bien mirado, le dijo: «— Si tienen algo que darme á comer, por amor de Dios, que me lo den; que, después de haber comido, yo haré todo lo que se me manda en agradecimiento de tan buenos deseos como aquí se me han mostrado.»

Luego sacaron, Sancho de su costal y el cabrero de su zurrón, con que satisfizo el Roto su hambre, comiendo lo que le dieron, como persona atontada, tan apriesa[g], que no daba espacio de un bocado al otro, pues antes los engullía[h] que tragaba; y, en tanto que comía, ni él ni los que le miraban hablaban palabra. Como acabó de comer les hizo de[i] señas que le siguiesen, como lo hicieron, y él los llevó á un verde pradecillo que á la vuelta de una peña poco desviada[j] de allí estaba. En llegando á él, se tendió[k] en el suelo encima de la hierba, y los demás hicieron lo mismo[l], y todo esto sin que ninguno hablase, hasta que el Roto, después de haberse acomodado en su asiento, dijo: «— Si gustáis, señores, que os diga en breves razones la inmensidad de mis desventuras, habéisme de prometer de que con ninguna pregunta ni otra

a. ...que recibí. BR.$_3$, AMB., TON., ARR., MAI., FK. = *b. ...andante, si en esto.* CL., RIV., ARG.$_3$. = *c. ...me complacéis, he de serviros.* ARG.$_1$, BENJ. = *d. ...soy ahora remediado.* BR.$_2$. = *e. ...ora ayudando.* L.$_3$. = *f. ...os lo ha prometido.* GASP. = *g. ...tan aprisa.* MAI. = *h. ...antes los angullia.* C.$_3$. = *i. ...les hizo señas que le siguiesen.* GASP. = *j. ...desviado de allí estaba.* TON., ARG.$_{1\text{-}3}$, MAI., BENJ. = *k. ...se sentó en el suelo.* ARG.$_{1\text{-}3}$, BENJ. = *l. ...hicieron lo mesmo.* BR.$_2$.

22. *En llegando á él, se tendió en el suelo encima de la hierba, y los demás hicieron lo mismo.* — Animado y pintoresco, jamás se borra de la mente de los lectores aquel episodio por todo extremo dramático; aquella aparición de Marcela en la cima del mismo peñasco á cuyo pie iban á enterrar al desventurado Grisóstomo, aquel pastor muerto de amor por ella. De igual modo persiste la imagen de este cuadro, en el que se ven las figuras de D. Quijote y Cardenio sentados en el bosque conversando, cual si fueran amigos del alma, hasta que la interrupción del uno, mejor dicho, la locura del andante, puso en movimiento la del otro.

cosa no interromperéis [a] el hilo de mi triste historia, porque, en el punto que lo hagáis, en ese se quedará lo que fuere contando [b].»

Estas razones del Roto trujeron [c] á la memoria á D. Quijote el cuento que le había contado su escudero, cuando no acertó el número de las cabras que habían pasado el río y se quedó la historia pendiente. Pero, volviendo al Roto, prosiguió diciendo: «— Esta prevención que hago es porque querría [d] pasar brevemente por el cuento de mis desgracias, que el traerlas á la memoria no me sirve de otra cosa que [e] añadir otras de nuevo; y, mientras menos me preguntáredes [f], más presto acabaré yo de decillas [g], puesto que no dejaré por contar cosa alguna que sea de importancia para [h] satisfacer del todo á vuestro [i] deseo.»

D. Quijote se [j] lo prometió en nombre de los demás, y él, con este seguro, comenzó desta manera:

«— Mi nombre es Cardenio; mi patria, una ciudad de [k] las mejores de esta [l] Andalucía; mi linaje, noble; mis padres, ricos; mi desventura tanta, que la deben de haber llorado mis padres, y sentido mi linaje, sin poderla aliviar con su riqueza; que, para remediar desdichas del cielo, poco suelen valer los bienes de fortuna. Vivía en esta mesma [m] tierra un cielo, donde puso el amor toda la gloria que yo acertara á desearme: tal es la hermosura de Luscinda, doncella tan noble y tan rica como yo, pero de más ventura, y de menos firmeza de la que á mis honrados pensamientos se debía. Á esta Luscinda amé, quise y adoré desde mis tiernos primeros años, y ella me quiso á mí con aquella sencillez y buen ánimo que su poca edad permitía. Sabían nuestros padres nuestros intentos, y no les pesaba dello, porque bien veían [n] que, cuando pasaran adelante, no podían tener otro fin que el de casarnos, cosa que casi la concertaba la igualdad de nuestro linaje y riquezas. Creció la edad, y con ella [ñ] el amor de entrambos, [o] que al padre de Luscinda le pareció que, por buenos respetos, estaba obligado á negarme la entrada de su [p] casa, casi imitando en esto á los padres de aquella

a. ...cosa interromperéis. Ton. — *...no interrompéis.* V.$_{1\text{-}2}$. — *...no interrumpiréis.* Gasp., Mai. = *b. ...fuere contado.* Gasp. = *c. ...trajeron.* Mai. = *d. ...querría pasar.* V.$_{1\text{-}2}$. = *e. ...cosa que de añadir.* Gasp., Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *f. ...me preguntareis.* Mai. = *g. ...yo de decirlas.* Mai. = *h. ...para no satisfacer.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Bow. = *i. ...vuestro debido deseo.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil. = *j. D. Quijote lo prometió.* C.$_2$. = *k. ...una ciudad las mejores.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil. = *l. ...de Andalucía.* Br.$_2$. = *m. ...en esta misma.* C.$_2$, A.$_2$, Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Mai., FK. = *n. ...no les pesaba, porque bien veían que cuando.* L.$_3$. — *...porque bien vían que cuando.* Br.$_{1\text{-}2}$. = *ñ. ...y con esta el amor.* L.$_{1\text{-}2}$. — *...y con ella tanto el amor.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *o. ...de entrambos, de modo que al padre de Luscinda.* Br.$_{1\text{-}2}$, Mai. = *p. ...de su mucha casa.* L.$_{1\text{-}2}$.

Tisbe tan decantada de los poetas; y fué esta negación añadir llama á [a] llama y deseo á deseo, porque, aunque pusieron silencio á las lenguas, no le pudieron poner á las plumas, las cuales, con más libertad que las lenguas, suelen dar á entender á quien quieren lo que en el alma está encerrado [b]; que muchas veces la presencia de la cosa amada turba y enmudece la intención más determinada y la lengua más atrevida. ¡Ay, cielos, y cuántos billetes le [c] escribí! ¡Cuán regaladas y honestas respuestas tuve! ¡Cuántas canciones compuse, y cuántos enamorados versos, donde el alma declaraba y trasladaba sus sentimientos, pintaba sus encendidos deseos, entretenía sus memorias y recreaba su voluntad! En efeto [d], viéndome apurado y que mi alma se consumía con el deseo de verla, determiné poner por obra y acabar en un punto lo que me pareció que más convenía para salir con mi deseado y merecido premio, y fué el pedírsela á su padre por legítima esposa, como lo hice; á lo que él me respondió que me agradecía la voluntad que mostraba de honralle [e] y de querer honrarme con prendas suyas, pero que, siendo mi padre vivo, á él tocaba de justo derecho hacer aquella demanda, porque, si no fuese con mucha voluntad y gusto suyo, no era Luscinda mujer [f] para tomarse ni darse á hurto. Yo le agradecí su buen intento, pareciéndome que llevaba razón en lo que decía, y que mi padre vendría en ello como yo se lo dijese; y, con este intento, luego, en aquel mismo instante, fuí á decirle á mi padre lo que deseaba; y, al mismo tiempo que entré en un aposento donde estaba, le hallé con una carta abierta en la mano, la cual, antes que yo le dijese palabra, me la dió, y me dijo: «— Por esa carta verás, »Cardenio, la voluntad que el duque Ricardo tiene de hacerte »merced.» Este duque Ricardo, como ya vosotros, señores [g], debéis

a. ...á la llama. Amb. = *b. ...está encerrado porque muchas.* Br.$_{1\text{-}2}$. = *c. ...la escribí.* Así dicen todas las ediciones aquí consultadas, á excepción de C.$_1$, L.$_{1\text{-}2}$, FK. = *d. En efecto.* A.$_2$, Arr., Cl., Riv., Gasp., Mai., FK. = *e. ...de honrarle.* Todas menos C.$_1$, L.$_{1\text{-}2}$ y FK. = *f. ...no era Luscinda para tomarse ni darse.* C.$_3$, A.$_2$, Bow., Pell., Arr., Gasp. = *g. ...vosotros debéis.* L.$_3$.

19. *...no era Luscinda mujer para tomarse ni darse á hurto.* — El restituir á esta cláusula el vocablo *mujer*, suprimido en no pocas ediciones, no ha sido inspiración de crítica mezquina, de espíritu pacato, aunque se juzgue en este sentido, sino como argumento contra la leyenda de que el mismo Cervantes corrigió la tercera impresión de Cuesta. Podrá dormitar algunas veces en punto á corrección; pero, puesto á enmendar sus yerros, como quieren los partidarios de tal leyenda, no concebimos que, robando fluidez al estilo y energía al pensamiento, dejase deliberadamente mal lo que estaba bien, ni que mutilara la oración porque le pareciese baja la voz *mujer* en el presente caso.

de saber, es un grande de España que tiene su estado en lo mejor desta Andalucía.

Tomé y leí la carta, la cual venía tan encarecida, que á mí mesmo[a] me pareció mal si mi padre dejaba de cumplir lo que en ella se le pedía, que era que me enviase luego donde él[b] estaba, que quería que fuese compañero, no criado, de su hijo el mayor, y que él tomaba á cargo el ponerme en estado que correspondiese á la estimación en que me tenía. Leí la carta, y enmudecí leyéndola, y más cuando oí que mi padre me decía: «— De aquí á dos días te » partirás, Cardenio, á hacer la voluntad del duque; y da gracias á » Dios que te va abriendo camino por donde alcances lo que yo sé » que mereces[c]. » Añadió, á éstas, otras razones de padre consejero. Llegóse el término de mi partida, hablé una noche á Luscinda, díjele todo lo que pasaba, y lo mesmo[d] hice á su padre, suplicándole se entretuviese algunos días y dilatase el darle[e] estado hasta que yo viese lo que[f] Ricardo me quería. Él me lo prometió, y ella me lo[g] confirmó con mil juramentos y mil desmayos[h]. Vine, en fin, donde el duque Ricardo estaba. Fuí dél tan bien recebido[i] y tratado, que desde luego comenzó la envidia[j] á hacer su oficio, teniéndomela los criados antiguos, pareciéndoles que las muestras que el duque daba de hacerme merced habían de ser en perjuicio suyo. Pero el que más se holgó con mi ida fué un hijo segundo del duque, llamado Fernando, mozo gallardo, gentil hombre, liberal y enamorado; el cual en poco tiempo quiso que fuese tan su amigo, que daba que decir á todos, y[k], aunque el mayor me quería bien y me hacía merced, no llegó al extremo con que D. Fernando me quería y trataba. Es, pues, el caso, que, como entre los amigos no hay cosa secreta que no se comunique, y la privanza que yo tenía con D. Fernando dejaba de serlo por ser amistad, todos sus pensamientos me declaraba, especialmente uno enamorado que le[l] traía con un poco de desasosiego. Quería bien á una labradora vasalla de su padre, y ella los tenía muy ricos; y era tan hermosa, recatada, discreta y honesta, que nadie que la conocía se determinaba en cuál

a. ...que á mí mismo. C.$_3$, Ton., A.$_3$, Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Mai., FK. = *b. ...que me enviase luego donde el duque estaba.* Arg.$_{1\text{-}3}$, Benj. = *c. ...que merece.* Br.$_3$. = *d. ...y lo mismo hice á su.* C.$_3$, Ton., A.$_3$, Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Mai., FK. = *e. ...el darla estado.* Todas menos C.$_1$ y Arg.$_3$. = *f. ...lo que el duque Ricardo.* Ton. = *g. ...la confirmó.* C.$_{2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Bow. = *h. ...con mil juramentos y mil de fiel amor. Vine, en fin.* Arg.$_2$. = *i. ...tan bien recibido.* L.$_{1\text{-}3}$, Ton., Arr., Mai., FK. = *j. ...comenzó la invidia á hacer.* V.$_{1\text{-}2}$. — *...la invidia hacer.* Mil. = *k. ...decir á todos, que aunque.* Arg.$_{1\text{-}3}$, Benj. = *l. ...enamorado que traía con.* L.$_3$.

de estas cosas tuviese más excelencia[a], ni más[b] aventajase. Estas tan buenas partes de la hermosa labradora redujeron á[c] tal término los deseos de D. Fernando, que se determinó, para poder alcanzarlo[d] y conquistar la entereza de la labradora[e], darle palabra de ser su esposo, porque de otra manera era procurar lo imposible. Yo, obligado de su amistad, con las mejores razones que supe y con los más vivos ejemplos que pude, procuré estorbarle y apartarle de tal propósito; pero, viendo que no aprovechaba, determiné de decirle el caso al duque Ricardo, su padre. Mas D. Fernando, como astuto y discreto, se receló y temió desto, por parecerle que estaba yo[f] obligado, en vez[g] de buen criado, á[h] no tener encubierta cosa que tan en perjuicio de la honra de mi señor el duque venía; y, así[i], por divertirme y engañarme, me dijo que no hallaba otro mejor remedio, para poder apartar de la memoria la hermosura que tan sujeto le tenía, que el ausentarse por algunos meses, y que quería que el[j] ausencia fuese que los dos nos[k] viniésemos en casa de mi padre, con ocasión que darían[l] al duque[m], que venía á ver y á[n]

a. ...más excelencias. Arr. = *b. ...ni más se aventajase.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton., A.$_1$, Bow., Pell., Arr., Arg.$_{1\text{-}3}$, Mai., Benj., FK. = *c. ...redujeron al tal.* Br.$_2$. = *d. ...alcanzarla.* Ton. — *...alcanzarlos.* Gasp., Arg.$_{1\text{-}3}$, Benj. = *e. ...de la labradora á darle.* Cl., Riv., Arg.$_{1\text{-}3}$, Benj. — *...labradora darla.* Mai. = *f. ...ya obligado.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil. = *g. ...en ley de buen.* Br.$_{1\text{-}2}$, Arg.$_{1\text{-}3}$, Benj. = *h. ...criado no tener.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton., A.$_1$, Bow. = *i. ...así.* Mil. = *j. ...que la ausencia.* Mai. = *k. ...los dos viniésemos.* Arr. = *l. ...que dirían al duque.* V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2}$, Mil., Ton., Bow. — *...que daría él al duque.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. — *...que daría al duque.* Mai., FK. = *m. ...duque de que venía.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *n.* Omiten *á.* Br.$_3$, Amb., Ton.

3. *...para poder alcanzarlo y conquistar la entereza de la labradora.* — En *La Gitanilla* dijo luego: «Una sola joya tengo, que la estimo en más que á la vida, que es la de mi *entereza* y virginidad.»

11. *...en vez de buen criado.* — El significado del modo adverbial *en vez de*, no se ve cómo pueda adaptarse al presente lugar: por el contrario, la expresión *en ley de* es la que cuadra muy bien aquí. *En ley de buen criado* vale tanto como decir *en cumplimiento de la lealtad que un criado debe á su amo*, que es, sin duda, lo que Cervantes pretendió significar.

Por otra parte, hallamos que él mismo, en el lib. I de *La Galatea*, se explicó, aunque á otro propósito, en términos casi idénticos. Allí, pues, se lee: «*En ley de buen comedimiento* estamos obligadas á procurarte el consuelo.» *En ley de buen comedimiento* equivale á *en conformidad de lo que pide el comedimiento*. ¿Se apoyarían en estos fundamentos los que modificaron el texto escribiendo «en *ley* de buen criado»?

17. *...con ocasión que darían al duque.* — Parece que debió decirse: *dando para ello ocasión*, ó *procurando dar ocasión*, ó bien usando el singular *daría*.

feriar unos muy buenos caballos que en mi ciudad había, que es madre de los mejores del mundo.

Apenas le oí yo decir esto, cuando, movido de mi afición, aunque su determinación no fuera tan buena, la aprobara yo por una de las más acertadas que se podían imaginar, por ver cuán buena ocasión y coyuntura se me ofrecía de volver á ver á[a] mi Luscinda. Con este pensamiento y deseo aprobé su parecer y esforcé su propósito, diciéndole que lo pusiese por obra con la brevedad posible, porque, en efeto[b], la ausencia hacía su oficio, á pesar de los más firmes pensamientos; y[c], cuando él me vino á decir esto[d], según después se supo, había gozado á la labradora con[e] título de esposo, y esperaba ocasión de descubrirse á su salvo, temeroso de lo que el duque, su padre, haría cuando supiese su disparate. Sucedió, pues, que como el amor, en los mozos, por la mayor parte, no lo es, sino apetito, el cual, como tiene por último fin el deleite, en llegando á alcanzarle se acaba, y ha de volver atrás[f] aquello que parecía amor, porque no puede pasar adelante del término que le puso naturaleza, el cual término no le puso á lo que es verdadero amor; quiero decir que, así como D. Fernando gozó á la labradora, se le[g] aplacaron sus deseos y se resfriaron sus ahincos; y, si primero fingía quererse ausentar por remediarlos, ahora de veras procuraba irse por no ponerlos en ejecución.

Dióle el duque licencia, y mandóme que le acompañase. Venimos[h] á mi ciudad; recibióle mi padre como quien era; vi yo luego

a. ...*volver á ver mi Luscinda.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil. = *b.* ...*en efecto.* A.$_2$, Arr., Cl., Riv., Gasp., Mai., FK. = *c.* ...*ya cuando.* C.$_1$, L.$_3$, Mai., FK. = *d.* ...*á decir según.* L.$_{1\text{-}2}$. = *e.* ...*á la labradora á título.* Arr. = *f.* ...*de volver tras.* Br.$_3$, Amb. = *g.* ...*se aplacaron sus.* Arr. = *h. Vinimos.* Mai.

1. ...*unos muy buenos caballos que en mi ciudad habia, que es madre de los mejores del mundo.* — Hablando de los recuerdos de Andalucía, que en las páginas del libro sin par se encuentran á cada paso, dice Rodríguez Marín (1), contrayéndose á Córdoba:

«No hay menos recuerdos de esta ciudad en la incomparable novela cervantina: á la nada buena obra de mantear á Sancho coadyuvan dos agujeros del Potro; cordobeses son, á no dudar, aquellos finos amantes Luscinda y Carlos caballos de aquella tierra; del odioso caño de Vecinguera se hace memoria en otro lugar; cordobés era el loco que despertaba con un canto (no musical ni de tierna hogaza) á los perros vagabundos, fuese ó no este loco el Luis López á quien Cervantes mentó en el prólogo de sus *Comedias y entremeses*, ya que parece ser distinto de aquel Olivera que otros escritos mencionan.»

(1) *Rinconete y Cortadillo*, pág. 190. — Sevilla, 1905.

á Luscinda; tornaron á vivir (aunque no habían estado muertos ni amortiguados) mis deseos, de los cuales di cuenta, por mi mal, á D. Fernando, por parecerme que, en la ley de la mucha amistad que mostraba, no le debía encubrir nada. Alabéle la hermosura, donaire y discreción de Luscinda, de tal manera, que mis alabanzas movieron en él los deseos de querer ver doncella de tan[a] buenas partes adornada. Cumplíselos yo, por mi corta suerte, enseñándosela una noche, á la luz de una vela, por una ventana por donde los dos solíamos hablarnos. Vióla en sayo[b] tal, que todas las bellezas hasta entonces por él vistas las puso en olvido. Enmudeció, perdió el sentido, quedó absorto, y, finalmente, tan enamorado cual lo veréis en el discurso del cuento de mi desventura; y, para encenderle más el deseo (que á mí me celaba, y al cielo á solas descubría), quiso la fortuna que hallase un día un billete suyo[c] pidiéndome que la pidiese á su padre por esposa, tan discreto, tan honesto y tan enamorado, que en leyéndolo me dijo que en sola Luscinda se encerraban todas las gracias de hermosura y de entendimiento que en las demás mujeres del mundo estaban repartidas. Bien es verdad que quiero confesar ahora que, puesto que yo veía[d] con cuán justas causas D. Fernando á Luscinda alababa, me pesaba de oir aquellas alabanzas de su boca, y comencé á temer, y con razón[e] á

a. ...*de tantas buenas.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}3}$, Mai. = *b. Vióla en signo tal.* Arg.$_{1\text{-}3}$, Benj. = *c.* Omiten las palabras *pidiéndome que la pidiese á su padre por esposa.* Arg.$_{1\text{-}3}$, Benj. = *d.* ...*que yo vía con.* Br.$_{1\text{-}3}$. = *e.* ...*á temer y á recelarme.* C.$_{1\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton., A.$_1$, Arg.$_3$, Mai., FK.

9. *Vióla en sayo tal.* — No ha faltado quien, como el académico D. Ramón Cabrera, creyese que el original diría, á no dudarlo, *en sazón tal* y no en *sayo tal*, como se ha leído siempre. Fúndase, para defender tan decididamente esta su opinión, en que el Príncipe de los ingenios escribió, en el cap. 41 de la primera parte: «Porque ya se sabe que la hermosura de algunas mujeres tiene días y *sazones*, y requiere *accidentes* para disminuirse ó acrecentarse; y es natural cosa que las pasiones del ánimo la levanten ó bajen... Pero admirábanse de la hermosura de Zoraida, la cual, en aquel instante y *sazón*, estaba en su punto, ansi con el cansancio del camino como con la alegría de verse ya en tierra de cristianos.»

Juzgando por analogía, y porque fuera robar encantos á la natural hermosura de Luscinda creer que D. Fernando quedó prendado de ella porque al salir á la reja iba en *sayo tal*, esto es, con tal vestido que no podía menos de arrebatar su admiración; por todo ello entendemos que el benemérito individuo de nuestra primera Corporación literaria no andaba enteramente descaminado al proponer la susodicha corrección. Pero, como también cabe objetar que la voz *sayo* significa cualquier vestido, de ahí que, respetando la lección tradicional, dejemos al juicio y gusto de cada lector substituir, si le place, el un vocablo por el otro.

recelarme dél, porque no se pasaba momento donde no quisiese que tratásemos de Luscinda, y él movía la plática aunque la trujese[a] por los cabellos, cosa que despertaba en mí un no sé qué de celos, no porque yo temiese revés alguno de la bondad y de la fe de Luscinda; pero con todo eso me hacía temer mi suerte lo mesmo[b] que ella me aseguraba. Procuraba siempre D. Fernando leer los papeles que yo á Luscinda enviaba y los que ella me respondía, á título que de la discreción de los dos gustaba mucho. Acaeció, pues, que, habiéndome pedido Luscinda un libro de caballerías en que leer (de quien era ella muy aficionada)[c], que era el de Amadís de Gaula...»

No hubo bien oído D. Quijote nombrar libro de caballerías, cuando dijo: «—Con que[d] me dijera vuestra merced, al principio de su historia, que su merced de la señora Luscinda era aficionada á libros de caballerías, no fuera menester otra exageración para darme á entender la alteza de su entendimiento; porque no le tuviera tan bueno como vos, señor, le habéis pintado si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda. Así que, para conmigo, no es menester gastar más palabras en declararme su hermosura, valor y entendimiento[e], que, con sólo haber entendido su afición, la confirmo por la más hermosa y más discreta mujer del mundo. Y quisiera yo, señor, que vuestra merced le hubiera enviado, junto con Amadís de Gaula[f], al bueno de D. Rugel de Grecia; que yo sé que gustara la señora Luscinda mucho de Daraida y Garaya[g], y de las discreciones del pastor Darinel, y de aquellos admirables versos de sus bucólicas, cantadas y[h] representadas por él con todo donaire, discreción y desenvoltura. Pero tiempo podrá venir en que se enmiende esa falta, y no durará[i] más en hacerse la enmienda de cuanto[j] quiera vuestra merced ser servido de venirse conmigo á mi

a. ...la trajese. MAI. = *b. ...lo mismo.* $C._3$, $BR._{1\text{-}2\text{-}3}$, AMB., TON., $A._3$, BOW., PELL., ARR., CL., RIV., GASP., MAI., FK. = *c. ...leer que era el de.* $L._{1\text{-}2}$. — *...de quien era ella muy aficionada me escribió un billete diciéndome que la pidiese á mis padres por esposa y lo puso y lo halló luego D. Fernando dentro del libro, que era el de.* $ARG._1$, BENJ. — Argamasilla segunda dice igual que la primera, mas en lugar de *á mis padres* se lee *á su padre.* = *d. ...dijo: como me dijera.* AMB. = *e. ...su hermosura que con sólo haber.* $L._{1\text{-}2}$. = *f. ...Amadís al bueno.* $BR._2$. = *g. ...Daraida y Geraya.* $C._1$, $L._{1\text{-}2\text{-}3}$. = *h. ...sus bucólicas representadas.* $L._{1\text{-}2}$. = *i. ...y no tardará más.* $BR._{1\text{-}2}$, TON. — *...y no dure más.* PELL. — *...y no dura más.* $C._{1\text{-}2\text{-}3}$, $L._{1\text{-}2\text{-}3}$, $V._{1\text{-}2}$, $BR._3$, MIL., AMB., $A._{1\text{-}2}$, BOW., ARR., CL., RIV., GASP., FK. = *j. ...de cuando quiera.* ARR.

27. *...y no durará más en hacerse la enmienda de cuanto quiera vuestra merced ser servido de venirse conmigo.* — No *tardará* estamparon primitivamente las ediciones primera y segunda de Bruselas: no *durará* leyeron, como nos-

aldea, que allí le podré dar más de trecientos[a] libros que son el regalo de mi alma y el entretenimiento de mi vida; aunque tengo para mí que ya no tengo ninguno, merced á la malicia de malos y envidiosos encantadores. Y perdóneme vuestra merced el[b] haber contravenido á lo que prometimos de no interromper[c] su plática; pues, en oyendo cosas de caballerías y de caballeros andantes, así es en mi mano dejar de hablar en ellos[d] como lo es en la de los rayos del sol dejar de calentar, ni humedecer en los[e] de la luna: así que, perdón y proseguir, que es lo que ahora hace más[f] al caso.»

En tanto que D. Quijote estaba diciendo lo que queda dicho, se le había caído á Cardenio la cabeza sobre el pecho, dando muestras de estar profundamente pensativo; y, puesto que dos veces[g] le dijo D. Quijote que prosiguiese su historia, ni alzaba la cabeza ni respondía palabra; pero al cabo de un buen espacio la levantó, y dijo: «—No se me puede quitar del pensamiento, ni habrá quien me lo quite en el mundo, ni quien me dé á entender otra cosa, y sería un majadero el que lo contrario entendiese ó creyese, sino que aquel bellaconazo del maestro Elisabat estaba amancebado con la reina Madásima[h].

—Eso no, ¡voto á tal! —respondió con mucha cólera D. Quijote (y arrojóle, como tenía de costumbre). —Y esa es una muy gran[i] malicia, ó bellaquería, por mejor decir. La reina Madásima fué muy[j] principal señora, y no se ha de presumir que tan alta princesa se había de amancebar con un sacapotras; y quien lo contrario

a. ...más de cien libros. $ARG._{1\text{-}2}$, BENJ. = *b. ...merced de haber.* RIV. = *c. ...de no interrompir.* AMB. — *...interrumpir.* TON., GASP., MAI. = *d. ...de hablar de ellos.* GASP. — *...hablar en ello.* $ARG._1$. = *e. ...ni humedecer en los rayos de la luna.* $V._{1\text{-}2}$, MIL. = *f. ...que es lo que ahora hace al caso.* GASP. = *g. ...que dos voces le dijo.* $L._{1\text{-}2}$. = *h. ...la reina Madésima.* $C._1$, $L._{1\text{-}2}$. = *i. ...una muy grande malicia.* RIV., FK. = *j. ...fué por principal señora.* MIL.

otros, Arrieta y Hartzenbusch; enmienda tan razonada que, sin temor de arrojo, eso, y no el inconsecuente *dura* de las impresiones de Cuesta, Navarrete y otros, quiso decir Cervantes, pues el contexto de la oración á ello nos persuade, vista la analogía con este otro pasaje: «Por mí, —dice D. Quijote á su escudero, —te ves con esperanzas propincuas de ser conde... y no *tardará* dellas más de cuanto tarde este año.»

22. *La reina Madásima fué muy principal señora, y no se ha de presumir que tan alta princesa se había de amancebar con un sacapotras.* — Elisabat, hombre de misa, cirujano de Amadís, cronista á quien se atribuye la historia de Esplandián, consejero y amigo de la infanta Grasinda, no tuvo jamás relación con ninguna de las tres Madásimas que se mencionan en los libros caballerescos, una de ellas infamada de liviana por sus apetitos desapoderados.

entendiere miente como muy gran bellaco, y yo se lo[a] daré á entender á pie ó á caballo, armado ó desarmado, de noche ó de día, ó como más gusto le diere.»

Estábale mirando Cardenio muy atentamente, al[b] cual ya había venido el accidente[c] de su locura, y no estaba para proseguir su historia, ni tampoco D. Quijote se la oyera, según le había disgustado lo que de Madásima le había oído. ¡Extraño caso!, que así volvió por ella como si verdaderamente fuera su verdadera y natural señora: tal le tenían sus descomulgados libros. Digo, pues, que[d], como ya Cardenio estaba loco, y se oyó tratar de mentís y de bellaco, con otros denuestos semejantes, parecióle mal la burla, y alzó un guijarro que halló junto á sí, y dió con él en los pechos tal golpe á D. Quijote, que le hizo caer de espaldas. Sancho Panza, que de tal modo vió parar á su señor, arremetió al loco con el puño cerrado; y el Roto le recibió de tal suerte, que, con una puñada, dió con él á sus pies, y luego se subió sobre él y le[e] brumó las costillas muy á su sabor. El cabrero, que le quiso defender, corrió el mismo[f] peligro; y, después que los tuvo á todos rendidos y molidos, los dejó y se fué con gentil sosiego á emboscarse en la montaña. Levantóse

a. ...*y yo se le daré.* Br.$_3$, Amb. — *b.* ...*atentamente á cual ya.* Br.$_{1\text{-}2}$. — *c.* ...*el acidente de su locura.* C.$_3$, V.$_{1\text{-}2}$, Pell. — *d. Digo, pues, como ya.* Br.$_2$. — *e.* ...*y lo brumó.* Amb. — *f.* ...*mesmo.* C.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., A.$_1$.

Arrebatado en ira, Cardenio da como seguro el amancebamiento con el *sacapotras*, como despectivamente llama al maestro Elisabat. ¡Extraño caso, este volver D. Quijote por ella, como si realmente fuera su verdadera y natural señora!

Por hidalga cortesía, por respeto á la sangre de una reina (poco importa que no lo fuese: D. Quijote la tenía por tal), acaso por cumplir con aquella máxima de que el honrar á las mujeres es deuda á que nacen obligados todos los hombres de bien, salió á su defensa, no tímida y condicionalmente, sino de un modo resuelto y absoluto, como Lope, que, impulsado por espíritu de devoción monárquica, defendió, en su comedia *La varona castellana*, á Doña Urraca de Castilla, tachada en nuestra historia, por el arzobispo D. Rodrigo y por el Padre Mariana, de haber llevado, *con sus mal encubiertas deshonestidades, torpe y mala vida*.

16. *...luego se subió sobre él y le brumó las costillas muy á su sabor.* — El inconciliable Clemencin pretende que debiera decirse *abrumar*. Hoy quizá estaría bien emplear tal verbo; pero en tiempos de Cervantes se usaba el vocablo *brumar*.

Covarrubias, en su *Tesoro de la Lengua castellana*, no empleó tal verbo: en cambio define de esta manera el término *bruma:* «Apesgar, quebrantar á golpes sin hacer rotura ni herida en el cuerpo. De *broma*, que comúnmente vale en español peso y carga desapacible y trabajosa.»

Sancho, y, con la[a] rabia que tenía de verse aporreado tan sin merecerlo, acudió á tomar la venganza del cabrero, diciéndole que él tenía la culpa de no haberles avisado que á aquel[b] hombre le tomaba á tiempos la locura; que, si esto supieran, hubieran estado sobre aviso para poderse guardar. Respondió el cabrero que ya lo había dicho, y que, si él no lo había oído, que no era suya la culpa. Replicó Sancho Panza[c], y tornó á replicar el cabrero, y fué el fin de las réplicas asirse de las barbas y darse tales puñadas, que, si D. Quijote no los pusiera en paz, se hicieran pedazos.

Decía Sancho, asido con el cabrero: «— Déjeme vuestra merced, señor Caballero de la Triste Figura; que en éste, que es villano como yo y[d] no está armado caballero, bien puedo á mi salvo satisfacerme del agravio que me ha hecho, peleando con él mano á mano, como hombre honrado.

— Así es, — dijo D. Quijote; — pero yo sé que él no tiene ninguna culpa de lo sucedido.»

Con esto los apaciguó, y D. Quijote volvió á preguntar al cabrero si sería posible[e] hallar á Cardenio, porque quedaba con grandísimo deseo de saber el fin de su historia. Díjole el cabrero

a. ...*y con rabia que tenía de.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil. — *b.* ...*avisado que á quel hombre.* Arr. — *c. Replicó Sancho y tornó á replicar.* L.$_{1\text{-}2}$. — *d.* ...*como yo ó no está.* L.$_{1\text{-}2}$. — *e.* ...*si sería posible á hallar á Cardenio.* Br.$_2$, Amb.

La Real Academia Española, en su *Diccionario de Autoridades*, da estas definiciones: «Cargar á uno demasiado, molerle y oprimirle. Dícese también *abrumar*. También se toma por moler y quebrantar el cuerpo á palos, sin hacer rotura ni herida; y en fuerza de esto, cuando á uno le han dado de palos, se dice que le *brumaron* las costillas.»

En tal significado lo usó Cervantes en este pasaje, y en el primero Quevedo, pues en una de sus obras (1) dice: «Pedro, y los que con él eran, dijeron: — Maestro, las olas de la multitud te *bruman* y afligen.»

Y M. Agred escribió: «No advertían cuán pesada es la gravedad de las riquezas, que los *bruman* hasta el suelo.»

Y en un conocido romance se lee:

«Guardad, aunque *brume* el toro
De tres en tres las costillas,
Para entonces el denuedo,
Y para después las bizmas.»

5. *Respondió el cabrero que ya lo había dicho.* — Y por cierto que anduvo harto moderado en su respuesta á Sancho, pues sin duda recuerda el lector cómo había contado que, levantándose Cardenio con gran furia del suelo, comenzó á dar puñadas al pastor que estaba junto á sí.

(1) *Polit.*, parte I, cap. 4.

lo que primero [a] había dicho, que era no saber de cierto su manida [b]; pero que, si anduviese mucho por [c] aquellos contornos, no dejaría de hallarle, ó cuerdo ó loco.

a. ...*lo que primero le había dicho.* C_1, $L_{1\text{-}3}$, Mal., FK. — *b.* ...*su manidad.* $V_{1\text{-}3}$. — *c.* ...*si anduviese mucho aquellos contornos.* FK.

1. ...*lo que primero había dicho.* — «Lo que primero *le* había dicho» se lee en la *princeps*. No dictó la vehemencia de la pasión, en cuyo caso fuera lícito el pleonasmo, la redundancia del pronombre *le*. Ciertamente, en el *Quijote* las hay, tales que ofenden al lector de exquisito gusto: son hijas, á no dudarlo, en parte, de la espontaneidad y de un como cierto abandono con que á veces dejaba correr la pluma.

Nunca holgarán estos reparos á los ojos de quienes, topando con la primera edición de Cuesta y con las de sus apasionados defensores, juzgan que las variantes introducidas (no discutamos por quién) en la segunda y tercera del mismo impresor han de rechazarse forzosamente, como si no merecieran respeto alguno los ejemplares salidos de una misma oficina.

CAPÍTULO XXV

Que trata [a] de las extrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitación que hizo á [b] la penitencia de Beltenebros

DESPIDIÓSE [c] del cabrero D. Quijote, y, subiendo otra vez sobre Rocinante, mandó á Sancho que le siguiese, el cual lo hizo con su jumento [d] de muy mala gana. Íbanse poco á poco entrando en lo más áspero de la montaña, y Sancho iba muerto por razonar con

a. Omiten *Que trata.* Br.$_3$, Amb. — *b.* ...*hizo de la penitencia.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. — *c.* *Despidiese.* C_1. — *d.* ...*el cual lo hizo de muy mala gana.* Br.$_{1\text{-}2}$, Mal.

Al entrar aquí, estamos, aunque alguien no lo juzgue de tal suerte, en plena historia caballeresca: no en la que el héroe mata endriagos, desbarata ejércitos, hace fracasar armadas y destruye, apenas sin esfuerzo, encantamientos; sino en otra más apacible y serena, en la que todo se mueve en una atmósfera poética: es la historia en que el caballero vuelve con hermosas palabras por la honra de una reina ultrajada, por la honra de la mujer en general. Aquí alardea de conocer las leyes de la caballería andante mejor que cuantos en el mundo la profesaron; aquí, ha de añadirse, ese loco que despierta nuestra simpatía, se interesa vivamente, ¡caso singular!, por otro loco (en verdad, así lo parece) más desventurado que él.

Llena de halagadoras reminiscencias, el alma del primero de estos dos dementes da lecciones de arte, ensalza á los que en la antigua caballería fueron músicos y trovadores á la par; y, añorando á Dulcinea, préstase voluntariamente, pues en su corazón no cabe mancilla, á imitar la dura y áspera penitencia del héroe de Gaula cuando, desdeñado de Oriana, se retiró á la Peña Pobre, metida allá en el mar, á no pocas leguas de la costa.

Línea 2. ...*Sierra Morena.* — El nombre de esta sierra ha dado materia á españoles y extranjeros para escribir mucho. Théophile Gautier, en su *Vo-*

su amo, y deseaba que él comenzase la plática por no contravenir á lo que le tenía mandado; mas, no pudiendo sufrir tanto silencio, le dijo: «— Señor D. Quijote, vuestra merced me eche su bendición y me dé licencia, que desde aquí me quiero volver á mi casa, y á mi mujer, y á mis hijos, con los cuales, por lo menos, hablaré y departiré todo lo que quisiere; porque querer vuestra merced que vaya con él por estas soledades de día y de noche, y que no le hable cuando me diere gusto, es enterrarme en vida. Si ya quisiera la suerte que los animales hablaran, como hablaban en tiempo de Guisopete, fuera menos mal, porque departiera yo con mi jumento[a] lo que me viniera en gana, y con esto pasara[b] mi mala ventura; que es recia cosa, y que no se puede llevar en paciencia, andar buscando aventuras toda la vida, y no hallar sino coces y manteamientos, ladrillazos[c] y puñadas, y, con todo esto, nos hemos de coser la

a. ...porque departiera yo con Rocinante, ya que mi corta ventura no permitió pueda ser con mi jumento lo que me viniera en gana. Br.$_{1\cdot2}$. = *b. ...esto pasare.* C.$_1$, L.$_{1\cdot2}$. = *c. ...peladillazos y puñadas.* Arg.$_1$, Benj. — *...morrillazos y puñadas.* Arg.$_2$. — *...manteamientos y ladrillazos.* V.$_{1\cdot2}$, Mil.

yage en Espagne, publicado en París en 1845, dice en el cap. 11: «Aquí el Caballero de la Triste Figura, imitando á Amadís, cumplió aquella célebre penitencia... y aquí Sancho Panza, el hombre positivo, la razón vulgar al lado de la noble locura, halló la maleta de Cardenio... No se puede dar un paso en España sin hallar el recuerdo de D. Quijote; tan profundamente nacional es la obra de Cervantes, y tan bien ambas figuras resumen por sí solas el carácter español: la exaltación caballeresca, el ánimo aventurero unido á un gran buen sentido práctico y á una especie de bondad jovial llena de finura y de ironía.»

9. *...como hablaban en tiempo de Guisopete, fuera menos mal.* — Ese Sancho, que llamó bálsamo del *Feo Blas* al de *Fierabrás*, yelmo de *Martino* al de *Mambrino*, dice ahora, con su no desmentida ingenuidad, *Guisopete* en vez de *Esopo*, y más adelante le oiremos hablar de la reina *Madásima*, convertida por él en *Magimasa*. Y ¿cómo ha de sorprender que el eterno acompañante de D. Quijote se exprese á lo vulgar sin que en ello descubramos afectación, que también suele haberla en los escritores que no estudian el natural?

Oigamos cómo lo hacen los que cursaron esta enseñanza en la escuela del pueblo:

«Como la buena dueña era mucho letrada,
Sotil, entendida, cuerda, bien mesurada,
Díxo á la muy vieja, que la havia embiada,
Esta fabla compuesta de *Isopete* sacada.»

(*Arcipreste de Hita*, copla 86.)

14. *...ladrillazos y puñadas.* — También han dado materia á la crítica estas palabras. Clemencín dice: «De ningún ladrillazo se ha hecho mención en la

boca, sin osar decir lo que el hombre tiene en su corazón, como si fuera mudo.

— Ya te entiendo, Sancho, — respondió D. Quijote; — tú mueres porque te alce el entredicho que te tengo puesto en la lengua. Dale por alzado, y di lo que quisieres, con condición que no ha de durar este alzamiento más de en cuanto anduviéremos por estas sierras.

— Sea así[a], — dijo Sancho; — hable yo ahora, que después Dios sabe lo que será; y, comenzando á gozar de ese salvo conduto[b], digo que[c] ¿qué le iba á[d] vuestra merced en volver tanto por aquella reina Magimasa, ó como se llama? Ó ¿qué hacía al caso que aquel abad fuese su amigo ó no? Que si vuestra merced pasara con[e] ello,

a. ...así. C.$_{2\cdot3}$, V.$_{1\cdot2}$, Br.$_{1\cdot2\cdot3}$, Mil., Amb., Ton., A.$_{1\cdot2}$, Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Arg.$_{1\cdot2}$, Mal., Benj., FK. = *b. ...salvo conducto.* A.$_2$, Cl., Riv., Gasp., Arg.$_{1\cdot2}$, Mal., Benj., FK. = *c. ...digo: que le iba.* Arr. = *d. ...le iba vuestra merced.* Gasp. = *e. ...pasara por ello.* Arg.$_{1\cdot2}$, Benj.

fábula, como se ha hecho de *coces, manteamiento* y *puñadas*. Puede creerse que es errata en vez de *candilazo*, por el que recibió D. Quijote en la venta de mano del mozo encantado, alias el cuadrillero.»

Hartzenbusch escribe: «No era *fácil* (1) que hubiese recibido Sancho *ladrillazo* ninguno en el campo ó camino donde le apedrearon los galeotes. *Lastrillazos* ó *peladillazos*, tal vez escribiría Cervantes en su borrador, pues vemos en el fol. 77 vuelto que llama á un guijarro de los que tiraron los pastores á D. Quijote *peladilla de arroyo*. *Lastrillazo* sería golpe de *lastrilla* (piedra de *lastra*, arrojable).»

Sutileza se llama este discurrir, y discreción el del primer comentador.

10. *...¿qué hacía al caso que aquel abad fuese su amigo ó no?* — En punto á la interpretación del *Quijote*, es notoria la diversidad de juicios, y, aunque sea doloroso consignarlo, también aquí reina la injusticia. No sería tal su propósito; pero ahí está el alfilerazo:

«*Abad* significaba, en otro tiempo, y aun significa hoy en algunas partes, lo mismo que *clérigo*. Nada se había dicho, en los capítulos anteriores, que diese motivo á Sancho para llamar clérigo á Elisabat, pues sólo se le había calificado de cirujano, aunque, en realidad, fué uno y otro, según las historias caballerescas; pero Sancho hubo de hablar así por la terminación del nombre de Elisabat, mutilándolo y desfigurándolo, como hizo también con otros nombres propios.»

Esta última razón bastaba, *erudito comentador*, y añadir á continuación, celebrando el donaire del buen escudero, «que no ha de maravillar este divertirse con las personas y los vocablos en quien mutiló la voz cosmógrafo dejándola simplemente en *gafo*, en quien llamó al cómputo *puto* y trasteó al sabio Ptolomeo dejándole el *meón* ó *meo*.» (II, 29.)

Es el mismo que, encarándose con Sansón Carrasco, le dijo: «— ¿Otro reprochador de *voquibles* tenemos?» (II, 3.) Y había trasmutado á *personajes* en

(1) Ni difícil, y menos imposible, se puede replicar.

pues no era su juez, bien creo yo que el loco pasara adelante con su historia, y se hubieran[a] ahorrado el golpe del guijarro y las coces, y aun más de seis torniscones.

— Á fe, Sancho, — respondió D. Quijote, — que si tú supieras, como yo[b] lo sé, cuán honrada y cuán principal señora era la reina Madásima, yo sé que [c] dijeras que tuve mucha paciencia, pues no quebré la boca por donde tales blasfemias salieron; porque es muy gran blasfemia decir ni pensar que una reina esté amancebada con un cirujano. La verdad del cuento es que aquel maestro Elisabat, que el loco dijo, fué un hombre muy prudente y de muy sanos consejos, y sirvió de ayo y de médico á la reina; pero, pensar que ella era su amiga, es disparate digno de muy gran castigo. Y, porque veas que Cardenio no supo lo que dijo, has de advertir que cuando lo dijo ya estaba sin juicio.

— Eso digo yo, — dijo Sancho; — que no había para qué hacer cuenta de las palabras de un loco; porque si la buena suerte no ayudara á vuestra merced, y encaminara el guijarro á la cabeza como le[d] encaminó al pecho, buenos quedáramos por haber vuelto por aquella mi señora, que Dios cohonda. Pues montas que no se librara Cardenio por loco.

— Contra cuerdos y contra locos [e] está obligado cualquier caballero andante á volver por la honra de las mujeres, cualesquiera que sean; cuanto más por las reinas de tan alta guisa y pro como fué[f] la reina Madásima, á quien yo tengo particular afición por[g] sus buenas partes; porque, fuera de haber sido fermosa, además fué muy prudente y muy sufrida en sus calamidades (que las tuvo muchas)[h].

a. ...y se hubiera ahorrado. Amb. = *b. ...como lo sé.* Gasp. = *c. ...yo sé que tú me dijeras que.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil. = *d. ...lo encaminó.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil. = *e. ...y contra locos, respondió D. Quijote, está obligado.* Br.$_{1\text{-}2}$. — *...locos, dijo D. Quijote, está obligado.* Ton. = *f. ...cuanto más por la reina Madásima.* L.$_{1\text{-}2}$. = *g. ...afición porque.* L.$_{1\text{-}2}$. = *h.* Suprime las palabras *que las tuvo muchas.* L.$_{1\text{-}2}$.

presonajes. Y ¿cómo no, si, en resolución, es Cervantes el creador de estos tipos, el mismo que hizo decir al ama, con intención propia de mujer, *Urgada* por *Urganda* (I, 6); y llamar, como lugareña que era, *Muñatón* al sabio *Fresón* ? (I, 7). Es Cervantes que puso en boca del cabrero *cris* por *eclipse*, y *estil* por *estéril* (I, 12).

9. *...que aquel maestro Elisabat.* — Según se lee en la *Crónica* del más perfecto de los caballeros andantes, Elisabat (médico de Amadís de Gaula y autor de las *Sergas de Esplandián*), como quiere Garci-Ordóñez, fué (digámoslo con sus mismas palabras) *hombre de letras y de misa... gran sabio en todas las artes.. y uno de los mejores* (cirujanos) *del mundo.*

Y los consejos y compañía del maestro Elisabat[a] le[b] fué y le fueron de mucho provecho y alivio para poder llevar sus trabajos con prudencia y paciencia; y de aquí tomó ocasión, el vulgo ignorante y mal intencionado, de decir y pensar que ella era su manceba. Y mienten, digo otra vez, y mentirán otras docientas, todos los que tal pensaren y dijeren.

— Ni yo lo digo ni lo pienso, — respondió Sancho. — Allá se lo hayan, con su pan se lo coman: si fueron amancebados ó no, á Dios habrán dado la cuenta; de mis viñas vengo, no sé nada; no soy amigo de saber vidas ajenas; que el que compra y miente, en su bolsa lo siente; cuanto más que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano. Mas[c], que lo fuesen, ¿qué me va á mí? Y muchos piensan que hay tocinos, y no hay estacas. Mas ¿quién puede poner puertas al campo? Cuanto más que de Dios dijeron.

— ¡Válame Dios, — dijo D. Quijote, — y qué de necedades vas, Sancho, ensartando! ¿Qué va de lo que tratamos á los refranes que enhilas? Por tu vida, Sancho, que calles; y de aquí adelante entremétete en espolear á tu asno[d], y deja de hacello[e] en lo que no te importa; y entiende con todos tus[f] cinco sentidos que todo cuanto yo he hecho, hago é[g] hiciere, va muy puesto en razón y muy[h] conforme á las reglas de caballería, [i] que las sé mejor que cuantos caballeros las[j] profesaron en el mundo.

— Señor, — respondió Sancho, — y ¿es buena regla de caballería que andemos perdidos por estas montañas sin senda ni camino, buscando á un loco, el[k] cual, después de hallado, quizá le vendrá en voluntad de acabar lo que dejó comenzado, no de su cuento, sino de la cabeza de vuestra merced y de mis costillas, acabándonoslas de romper de todo punto?

— Calla, te digo otra vez, Sancho, — dijo D. Quijote; — porque[l] te hago saber que no sólo[m] me trae por estas partes el deseo de hallar[n] al loco, cuanto el que tengo de hacer en ellas una hazaña con que he de ganar perpetuo nombre y fama en todo lo descubierto de la tierra; y será tal, que he de echar con ella el sello

a. ...del M. Elisabet. Br.$_{2}$. = *b. ...Elisabat la fué y la fueron.* Mai. = *c. Mas aún que lo fuesen.* Amb. = *d. ...entremétete en servir á tu amo.* Br.$_{1\text{-}2}$. = *e. ...y deja de hacerlo.* Mai. = *f. ...y entiende con todos cinco sentidos.* C.$_{3}$, A.$_{2}$, Bow., Gasp. = *g. ...hago y hiciere.* Br.$_{2}$. = *h. ...en razón y conforme.* L.$_{1\text{-}2}$. = *i.* Omite las palabras *que las sé mejor que cuantos caballeros las profesaron en el mundo.* L.$_{1\text{-}2}$. = *j. ...caballeros profesaron.* C.$_{3}$. = *k. ...buscando á un lo que el cual.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, Mil. — *...á un loco al cual.* Ton., Cl., Riv., Arg.$_{1\text{-}2}$, Mai., Benj. = *l. ...dijo D. Quijote, que te hago saber.* L.$_{1\text{-}2}$. = *m. ...que no tanto me trae por.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *n. ...hablar al loco.* Br.$_{2}$.

á todo aquello que puede hacer perfeto[a] y famoso á un andante caballero.

— Y ¿es de muy gran peligro esa hazaña? — preguntó Sancho Panza[b].

— No, — respondió el de la Triste Figura; — puesto que de tal manera podía correr[c] el dado, que echásemos azar en lugar de encuentro; pero todo ha de estar en tu diligencia.

— ¿En mi diligencia? — dijo Sancho.

— Sí, — dijo D. Quijote; — porque, si vuelves presto de adonde[d] pienso enviarte, presto se acabará mi pena, y presto comenzará mi gloria. Y, porque no es bien que te tenga más suspenso, esperando en lo que han de parar mis razones, quiero, Sancho, que sepas que el famoso Amadís de Gaula fué uno de los más perfetos[e] caballeros andantes... No he dicho bien, fué uno: fué el solo, el primero, el único, el señor[f] de todos cuantos hubo en su tiempo en el mundo. Mal año y mal mes para D. Belianís y para todos aquellos que dijeren que se le igualó en algo, porque se engañan juro cierto. Digo asimesmo[g] que, cuando algún pintor quiere salir famoso en su arte, procura imitar los originales de los más únicos pintores que sabe; y esta mesma[h] regla corre por todos los más oficios ó ejercicios de cuenta que sirven para adorno de las repúblicas. Y así lo ha de hacer y hace el que quisiere[i] alcanzar nombre de prudente y

a. ...hacer perfecto. C.$_1$, V.$_{1\text{-}2}$, Gasp., Mai., FK. — *...hacer por efeto.* Br.$_2$. = *b.* Omite *Panza.* L.$_{1\text{-}2}$. = *c. ...podía acorrer el dado.* C.$_{2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_3$, Mil., Amb., A.$_{1\text{-}2}$, Pell., Arr., Gasp. = *d. ...de donde.* Ton., Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *e. ...más perfectos.* C.$_1$, Gasp., Arg.$_{1\text{-}2}$, Mai., Benj. = *f. ...único el Fénix de todos cuantos hubo.* Arg.$_2$. = *g. ...asimismo.* C.$_{1\text{-}3}$, A.$_2$, Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Arg.$_{1\text{-}2}$, Mai., Benj., FK. = *h. ...esta misma.* C.$_3$, A.$_2$, Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Arg.$_{1\text{-}2}$, Mai., Benj., FK. = *i. ...el que quiere.* C.$_{1\text{-}2}$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton., A.$_1$, Arg.$_{1\text{-}2}$, Mai., Benj., FK.

13. *...Amadís de Gaula fué uno de los más perfetos caballeros andantes.* — Si del autor del *Amadís* se ha dicho que hizo algo más que un libro de caballerías porque escribió la primera novela idealista moderna, la epopeya de la fidelidad amorosa, el código del honor y de la cortesía, y que disciplinó á muchas generaciones (1); también D. Quijote, pareciéndole corto elogio el de que el héroe de la susodicha novela fuese uno de los más perfectos caballeros andantes, se rectifica á sí mismo, y añade: «No he dicho bien...: *fué el solo, el primero, el único, el señor de todos cuantos hubo... en el mundo.*» Y, llegando al encomio, continúa diciendo: «*...fué el norte, el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros.*» Sin duda por entrambos motivos, autor y héroe despertaron tantas simpatías en el solemne juicio pronunciado en el momento del famoso escrutinio.

(1) Menéndez y Pelayo. *Orígenes de la novela,* 126.

sufrido, imitando á Ulises, en cuya persona y trabajos nos pinta Homero un retrato vivo de prudencia y de sufrimiento, como también nos mostró Virgilio, en [a] persona de Eneas, el valor de un hijo piadoso y la sagacidad de un valiente y entendido capitán; no pintándolos ni describiéndolos[b] como ellos fueron, sino como habían de ser, para dejar[c] ejemplo, á los venideros hombres, de sus virtudes. Desta mesma[d] suerte Amadís fué el norte, el lucero, el sol[e] de los valientes y enamorados caballeros, á quien debemos de imitar todos aquellos que debajo de la bandera de[f] amor y de la caballería militamos. Siendo, pues, esto así[g], como lo es, hallo yo, Sancho amigo, que el caballero andante que más le imitare, estará más cerca de alcanzar la perfeción[h] de la caballería; y una de las cosas en que más este caballero mostró su prudencia, valor[i], valentía, sufrimiento, firmeza y amor, fué cuando se retiró, desdeñado de la señora Oriana, á hacer penitencia en la Peña Pobre, mudando[j] su nombre en[k] el de Beltenebros; nombre por cierto significativo y[l]

a. ...en la persona. Ton. = *b. ...no pintándolo ni describiéndolo.* Br.$_3$, Amb. — *...no pintándolo ni descubriéndolo.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2}$, Mil., Bow., FK. — *...no pintándolos ni descubriéndolos.* A.$_1$, Pell., Mai. — *...no pintándolos y describiéndolos.* Riv. = *c. ...para quedar ejemplo á los venideros hombres.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Bow., Mai., FK. — *...para dar ejemplo á los venideros hombres.* Ton., Pell., Arg.$_{1\text{-}2}$. = *d. Desta misma suerte.* C.$_3$, A.$_2$, Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Arg.$_{1\text{-}2}$, Mai., Benj., FK. = *e. ...el de los valientes.* L.$_2$. = *f. ...de la bandera del amor y de la.* Arg.$_1$, Benj. = *g. ...esto así.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}2}$. = *h. ...alcanzar la perfección.* Br.$_3$, Amb., Ton., A.$_2$, Arr., Cl., Riv., Gasp., Arg.$_1$, Mai., Benj., FK. = *i. ...mostró su prudencia, valentía, firmeza y amor.* L.$_{1\text{-}2}$. = *j. ...mudado su nombre.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}2}$. = *k. ...nombre el en de Beltenebros.* L.$_{1\text{-}2}$. = *l.* Omite *y.* Arr.

14. *...desdeñado de la señora Oriana, á hacer penitencia en la Peña Pobre, mudando su nombre en el de Beltenebros.* — Para el lector moderno que no gusta entrarse en la obscura selva de los libros caballerescos, el asunto y el lenguaje del texto copiado viene á ser algo enigmático. ¿Puede aclararse? Intentémoslo:

En castillo, cuyo nombre no hace al caso, prometió Amadís á la hermosa Briolanja vengar en término de un año la muerte de su padre. Como galardón anticipado recibió de manos de la doncella una espada y juntamente el ruego de que por su amor la llevase siempre consigo.

La fortuna, que no todas veces acompaña á los caballeros, fué causa de que en singular torneo se la rompiesen en tres partes.

Va á expirar el plazo: el héroe de Gaula sale de la corte con licencia de la reina y de su adorada Oriana, ignorando ésta la deslealtad de su amigo. Quiere la fatalidad que dejase olvidada en palacio su espada, y un enano, personaje indispensable en tales trances, vuelve secretamente á buscarla; pero, descubierto por Oriana, hubo de satisfacer á sus inocentes preguntas.

«— ¿Quién es ésa por quien quebró la espada? — dice, llena de sobresalto, la princesa.

propio para la vida que él, de su voluntad, había escogido. Así[a], que me es á mí más fácil imitarle en esto que no en hender gigan-

a. Ansí. C.$_1$, L.$_{1\cdot2}$.

— Aquella misma, — repuso el enano, — por quien la batalla se va á dar. Vos, hija de rey y hermosa, preferiríais haber ganado lo que ella alcanzó, más que cuanta tierra señorea vuestro padre.

— É ¿qué ganancia, — dijo ella, — fué esa, que tan preciada es? ¿Por ventura ganó á tu señor?

— Sí, — dijo él, — que ella há su corazón enteramente, y él quedó por su caballero para la servir.

É, dando del azote á su rocín, lo más presto que pudo alcanzó á su señor, que bien sin cuidado é sin culpa desto su pensamiento estaba.» *(Amadís de Gaula,* lib. I, cap. 40.)

Hecha patente la deslealtad del caballero, si no ha de decirse infidelidad, Oriana escribió la siguiente carta:

«Mi rabiosa queja, acompañada de sobrada razón, da lugar á que la flaca mano declare lo que el triste corazón encubrir no puede contra vos, el falso y desleal caballero Amadís de Gaula, pues ya es conocida la deslealtad é poca firmeza que contra mí, la más desdichada y menguada de ventura sobre todas las del mundo, habéis mostrado, mudando vuestro querer de mí, que sobre todas las cosas vos amaba, poniéndole en aquella que, según su edad, para la amar ni conoscer, su discreción basta; é pues otra venganza mi sojuzgado corazón tomar no puede, quiero, todo el sobrado y mal empleado amor que en vos tenía, apartarlo; pues gran yerro sería querer á quien, á mí desamando, todas las cosas desamé por le querer y amar. ¡Oh, qué mal empleé é sojuzgué mi corazón, que, en pago de mis sospiros é pasiones, burlada y desechada fuese! É pues este engaño es ya manifiesto, no parezcáis ante mí ni en parte donde yo sea; porque sed cierto que, el muy entendido amor que vos había, es tornado, por vuestro merescimiento, en muy rabiosa é cruel saña; é con vuestra quebrantada fe é sabios engaños, id á engañar otra cativa mujer como yo, que así me vencí de vuestras engañosas palabras, de las cuales ninguna salva ni excusa serán recebidas; antes, sin vos ver, plañiré con mis lágrimas mi desastrada ventura, é con ellas daré fin á mi vida, acabando mi triste planto.» *(Amadís de Gaula,* lib. II, cap. 1.)

Cual fuese el efecto que en Amadís causase la desdeñosa carta de Oriana, lo dice la leyenda: caer desmayado; y, aunque al volver en sí le consuelan Gandalín, su fiel escudero, y el indiscreto enano, toma la resolución de ir á sepultarse donde no le pueda ver persona humana, y éntrase, sin escudo ni yelmo, en lo más cerrado de un bosque. Pero, contra lo que había imaginado, topa con un ermitaño, cuya morada está en una peña muy alta, metida siete leguas dentro del mar; acepta irse á tan apartado sitio; y, queriendo mudarse el nombre para que no quede memoria de lo pasado, el solitario, viéndole tan hermoso y apuesto y en la gran cuita en que se hallaba, «quiero, — le dijo, — os llaméis Beltenebros, esto es, hermoso aun en medio de las tinieblas que circundan vuestra alma; hermoso aun en medio de la soledad en que vais á quedar.»

Alaba, el desventurado héroe, de muy entendido al bueno del ermitaño por la discreción con que le había puesto nombre, «...é por este nombre fué llamado en cuanto con él vivió, y después gran tiempo; que no menos que

tes, descabezar serpientes, matar endriagos, desbaratar ejércitos, fracasar armadas y deshacer encantamentos[a]; y, pues estos lugares son tan acomodados para semejantes efectos[b], no hay para qué se deje pasar la ocasión que ahora con tanta comodidad me ofrece sus guedejas.

— En efecto[c], — dijo Sancho, — ¿qué es lo que vuestra merced quiere hacer en este tan remoto lugar?

— ¿Ya[d] no te he dicho, — respondió D. Quijote, — que quiero imitar á Amadís, haciendo aquí del desesperado, del sandio y del furioso, por imitar juntamente al valiente D. Roldán, cuando halló en una fuente las señales de que Angélica la Bella había cometido vileza con Medoro, de cuya pesadumbre se volvió loco, y[e] arrancó los árboles, enturbió las aguas de las claras fuentes, mató pastores, destruyó ganados, abrasó chozas, derribó casas, arrastró yeguas, y[f] hizo otras cien mil insolencias[g] dignas de eterno nombre y escritura? Y, puesto que yo no pienso imitar á Roldán, ó[h] Orlando, ó

a. ...deshacer encantamientos. Amb., Ton., FK. = *b. ...semejantes efetos.* C.$_3$, L.$_{1\cdot2}$, Bow., Pell. = *c. En efeto.* C.$_3$, L.$_{1\cdot2}$, Br.$_3$, Amb., Ton., Bow., Pell. = *d. Yo no te he.* Gasp. = *e. ...se volvió loco arraneó.* Riv. = *f. ...yeguas é hizo.* V.$_{1\cdot2}$, Mil., Gasp., Mal. = *g. ...cien mil violencias.* Arg.$_{1\cdot2}$, Benj. = *h. ...á Roldán ó á Orlando.* Ton. — *...á Roldán ú Orlando.* Arg.$_{1\cdot2}$, Mal., Benj.

por el de Amadís fué loado, según las grandes cosas que hizo... Así, como oís, fué encerrado Amadís, con el nombre de Beltenebros, en aquella Peña Pobre, desamparando el mundo é la honra, é aquellas armas con que en tan gran alteza puesto era.» *(Amadís de Gaula,* lib. II, cap. 5.)

Impónese tan áspera penitencia, así para dar al olvido sus fugitivos amores con Briolanja como para volver á la gracia de su señora Oriana, cuya imagen no se había borrado por entero de su apenado corazón.

Baste lo dicho para que el lector ajeno á este linaje de estudios entienda las palabras del texto que se acaban de comentar.

1. *...matar endriagos.* — En el lib. III, cap. 11, de la historia de *Amadís de Gaula,* se lee que *endriago* fué un monstruo engendrado por el gigante Bandaguido y su hija. Era de forma de águila, con uñas y largos dientes, ojos encendidos como brasas, que daban lugar á que por la noche se divisase de lejos. Por sus narices, cuando se enfurecía, despedía humo y fuego. Tuvo instintos tan feroces, que al venir á este mundo comenzó por despedazar cuanto encontraba á su paso: sus padres, su nodriza y otras muchas personas fueron víctimas de tan grande ferocidad.

Con tan terrible monstruo hubo de luchar Amadís en la isla del Diablo; y, á no favorecerle la suerte, acertando á meterle la lanza por la boca y después la espada por un ojo, caro habría pagado su atrevimiento y osadía.

15. *...hizo otras cien mil insolencias dignas de eterno nombre y escritura?* — Hartzenbusch, en vez de *insolencias,* escribe *violencias,* y añade: «Se han men-

Rotolando[a] (que todos estos tres nombres tenía), parte por parte en todas las locuras que hizo, dijo y pensó, haré el bosquejo como mejor pudiere en las que me pareciere[b] ser más esenciales; y podrá[c] ser que viniese[d] á contentarme con sola[e] la imitación de Amadís, que, sin hacer locuras de daño, sino de lloros y sentimientos, alcanzó tanta fama como el que más.

— Paréceme á mí, — dijo Sancho, — que los caballeros que lo tal ficieron[f], fueron provocados y tuvieron causa para hacer esas necedades y penitencias; pero, vuestra merced, ¿qué causa tiene para volverse[g] loco? ¿qué dama le ha desdeñado, ó qué señales ha hallado que le den á entender que la señora Dulcinea del Toboso ha hecho alguna niñería con moro ó cristiano?

— Ahí está el punto, — respondió D. Quijote, — y esa es la fineza de mi negocio; que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracias: el toque está[h] desatinar sin ocasión, y dar á entender á mi dama que, si en seco hago esto, qué hiciera en mojado. Cuanto más[i] que harta ocasión tengo en la larga ausencia que he hecho de la siempre señora mía, Dulcinea del Toboso;

a. ...Rolando. Br.$_{1\cdot2}$. = *b. ...me pareciesen ser más esenciales.* Arg.$_{1\cdot2}$, Benj. = *c. ...y podría ser.* Arg.$_{1\cdot2}$, Benj. = *d. ...que viniese á contentarme.* Br.$_2$, Amb. = *e. ...con sólo la imitación de.* Arg.$_{1\cdot2}$, Benj. = *f. ...tal hicieron.* Mai. = *g. ...para tornarse loco.* L.$_2$. = *h. ...el toque está en desatinar.* Ton., Cl., Riv., Gasp., Arg.$_{1\cdot2}$, Mai., Benj. = *i. Cuanto más era que harta.* Br.$_2$, Amb.

cionado antes muertes de pastores é incendios de chozas; no llamaría Cervantes *insolencias* á esto.» Para nosotros, y para cuantos lean con atención el pasaje, es muy natural que emplease tal vocablo; pero no en el sentido que quiso darle el entonado cervantista, esto es, en la significación de atrevimiento, descaro, dicho ó hecho ofensivo é insultante, sino en el sentido de acción desusada y temeraria, pues no otra cosa es *enturbiar fuentes, matar pastores, destruir ganados, abrasar chozas, derribar casas, arrastrar yeguas,* y otras tantas cosas como un loco puede hacer.

15. *...el toque está* (en) *desatinar sin ocasión.* — Así decimos hoy, y así lo decía el mismo Cervantes; pero, como notó muy bien Clemencin, «El respeto excesivo á las ediciones primitivas consagró en las posteriores los descuidos del impresor, guardándosele una consideración que no merecía.» De tales deferencias da clara muestra el empeño de los editores en omitir la preposición *en*, tan necesaria en el presente caso, y autorizada por otros análogos de la misma obra, como lo comprueban los ejemplos que siguen:

«Así que, señor, todo el toque está *en* que mi amo se case luego con esta señora, que hasta ahora no sé su gracia.» (I, cap. 29.)

«El toque está *en* que tengan buena intención y deseen acertar en todo, que nunca les faltará quien les aconseje y encamine en lo que han de hacer.» (II, cap. 32.)

que, como ya oiste decir á aquel pastor de marras[a], Ambrosio, quien está ausente todos los males tiene y teme. Así que, Sancho amigo, no gastes tiempo en aconsejarme que deje tan rara, tan felice[b] y tan no vista imitación: loco soy, loco he de ser hasta tanto que tú vuelvas con la respuesta de una carta que contigo[c] pienso enviar á mi señora Dulcinea; y, si fuere tal cual á mi fe se le debe, acabarse ha mi sandez y mi penitencia; y, si fuere al contrario, seré loco de veras, y, siéndolo, no sentiré nada. Así[d] que, de cualquiera[e] manera que responda, saldré del conflito[f] y trabajo en que me dejares, gozando el bien que me trujeres[g], por cuerdo, ó[h] no sintiendo el mal que me[i] aportares, por loco. Pero dime, Sancho: ¿traes bien guardado el yelmo de[j] Mambrino? Que ya vi que le[k] alzaste del suelo cuando aquel desagradecido le quiso hacer pedazos; pero no pudo, donde se puede echar de ver la fineza de su temple.»

Á lo cual respondió Sancho: «— ¡Vive Dios, señor Caballero de la Triste Figura, que no puedo sufrir ni llevar en paciencia algunas cosas que vuestra merced dice! Y que por ellas vengo á imaginar que todo cuanto me dice de caballerías y de alcanzar reinos é imperios, de dar ínsulas y de hacer otras mercedes y grandezas, como es uso de caballeros andantes, que todo debe de[l] ser cosa de viento y mentira, y todo pastraña ó patraña, ó como le llamaremos; porque quien oyere decir á vuestra merced que una bacía de barbero es el yelmo de Mambrino, y que no salga deste error en más de cuatro días[m], ¿qué ha de pensar, sino que quien tal dice y afirma debe de tener güero el juicio? La bacía yo la llevo en el costal toda abollada, y llévola para aderezarla en mi casa y hacerme la barba en ella, si Dios me diere[n] tanta gracia que algún día me vea con mi mujer y[ñ] hijos.

— Mira, Sancho: por el mesmo[o] que denantes[p] juraste, te juro, — dijo D. Quijote, — que tienes el más corto entendimiento que tiene ni tuvo escudero en el mundo. ¡Qué! ¿Es posible que, en cuanto há

a. ...á aquel pastor de Marías Ambrosio. C.$_{1\cdot2\cdot3}$, L.$_{1\cdot2}$, V.$_{1\cdot2}$, Br.$_{1\cdot2}$, Mil. — *...á aquel pastor de Matías Ambrosio.* Br.$_2$, Amb. = *b. ...tan feliz y tan.* B.$_{1\cdot2\cdot3}$, Amb., Ton. = *c. ...de una carta que tu pienso enviar.* L.$_{1\cdot2}$. = *d. Ansí que.* C.$_1$, L.$_{1\cdot2}$. = *e. ...que en cualquier manera.* Mai. = *f. ...saldré del conflicto y trabajo.* Mai., FK. = *g. ...que me trajeres.* Mai. = *h. ...por cuerdo, no sintiendo.* Riv. = *i. ...mal que aportares.* Br.$_2$, Amb. = *j. ...el yelmo Mambrino.* L.$_{1\cdot2}$. = *k. ...lo alzaste.* L.$_2$. = *l. ...todo debe ser.* L.$_{1\cdot2}$. = *m. ...más de medio día.* Arg.$_1$, Benj. — *...más de cuatro horas.* Arg.$_2$. = *n. ...si Dios me hiciere tanta.* Arg.$_{1\cdot2}$, Benj. = *ñ. ...con mi mujer y con mis hijos.* V.$_{1\cdot2}$, Mil. — *...con mi mujer é hijos.* Mai., FK. = *o. ...por el mismo.* C.$_{1\cdot2}$, A.$_2$, Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Mai., FK. = *p. ...que antes juraste te juro.* Mai.

que andas conmigo, no has echado de ver que todas las cosas de los caballeros andantes parecen quimeras, necedades y desatinos, y que son todas hechas al revés? Y no porque sea ello así[a], sino porque andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores, que todas nuestras cosas mudan y truecan, y las[b] vuelven según su gusto y según tienen la gana de favorecernos ó destruirnos; y, así, eso que á ti te parece bacía de barbero, me parece á mí el yelmo de Mambrino, y á otro le parecerá otra cosa. Y fué[c] rara providencia del sabio que es de mi parte hacer que[d] parezca bacía á todos lo que real y verdaderamente es yelmo de Mambrino, á causa que, siendo él de tanta estima, todo el mundo me perseguiría[e] por quitármele; pero, como ven que no es más de un bacín de barbero, no se curan de procuralle[f], como se mostró bien en el que quiso rompelle[g] y le dejó en el suelo sin llevarle; que á fe que, si le conociera, que nunca él le dejara. Guárdale, amigo, que por ahora no le he menester; que antes me tengo que quitar todas estas armas[h] y quedar desnudo como cuando nací, si es que me da en voluntad de seguir en mi penitencia más á Roldán que á Amadís[i]. »

a. ...sea ello ansí. C.$_1$, L.$_{1\text{-}2}$. = *b. ...y les vuelven según su.* C.$_{1\text{-}2}$, L.$_{1\text{-}2}$, BR.$_{1\text{-}2}$. = *c. Y fuera rara providencia.* BR.$_3$, AMB. = *d. ...hacer que de mí parezca.* L.$_{1\text{-}2}$. = *e. ...me perseguirá por.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, BR.$_3$, MIL., AMB., BOW. — *...me persiguirá.* L.$_{1\text{-}2}$. — *...persiguiría.* BR.$_2$. *f. ...de procurarle.* MAI. = *g. ...quiso romperle.* MAI. = *h. ...estas armas que conmigo traigo y quedar desnudo.* V.$_{1\text{-}2}$, MIL. = *i.* Aquí se intercala en las dos ediciones de Argamasilla el robo del rucio (referido ya en las otras ediciones en el cap. 23), desde las palabras *más á Roldán que á Amadís* hasta *al pie de una alta montaña.* Hay tal cual variante entre ambas Argamasillas, anotadas ya en la *Introducción*.

8. *Y fue rara providencia del sabio que es de mi parte hacer que parezca bacía á todos lo que real y verdaderamente es yelmo de Mambrino.* — Para nosotros, cuanto acaba de decir D. Quijote es cosa de viento y mentira; para el alienista, son conceptos delirantes, ilusión de un loco; para el filósofo, brecha abierta en la fortaleza intelectual de un desventurado demente; torneo incruento, pero bochornoso, en que sus armas se ven arrolladas por el empuje y brio de una argumentación evidente.

18. *...más á Roldán que á Amadís.* — Después de estas palabras colocó Hartzenbusch, en sus dos ediciones de Argamasilla, el asendereado robo del rucio; y, si bien seguimos opinando que no ha de alterarse el texto recibido sino en aquello que sea error manifiesto de imprenta; todavia puede afirmarse, sin temor alguno, que no anduvo enteramente desacertado el autor de *Los amantes de Teruel*, y añadir que, si viviese ahora, acaso dijera Cervantes que, en verdad, para este capitulo, y no para el 23, lo habia escrito; pero como sea cierto que en su declaración, mejor dicho, en su queja, sólo hace constar que el haberlo omitido fué culpa del impresor y no acusa á éste de haberlo trastocado después, á eso nos atenemos.

Llegaron, en estas pláticas, al pie de una alta montaña, que casi como peñón tajado estaba sola entre otras muchas que la rodeaban. Corría por su falda un manso arroyuelo, y hacíase por toda[a] su redondez un prado tan verde y vicioso, que daba contento á los ojos que le miraban[b]. Había por allí muchos árboles silvestres, y algunas plantas y flores que hacían el lugar apacible. Este sitio escogió el Caballero de la Triste Figura para hacer su penitencia; y, así, en viéndole, comenzó á decir en voz alta, como si estuviera sin juicio: « — Este es el lugar, ¡oh cielos!, que diputo y escojo para llorar la desventura en que vosotros mesmos[c] me habéis puesto; este es el sitio donde el humor de mis ojos acrecentará las aguas deste pequeño arroyo, y mis continos[d] y profundos sospiros[e] moverán á la contina[f] las hojas destos montaraces árboles, en testimonio y señal de la pena que mi asendereado[g] corazón padece. ¡Oh vosotros, quienquiera que seáis, rústicos dioses, que en este inhabitable lugar tenéis vuestra morada! Oid las quejas deste desdichado amante, á quien una luenga ausencia y unos imaginados celos han traído á lamentarse entre estas asperezas, y á quejarse de la dura condición de aquella ingrata y bella, término y fin de toda humana hermosura. ¡Oh vosotras[h], napeas y dríadas, que tenéis por costumbre de habitar en las espesuras de los montes! Así los ligeros y lascivos sátiros[i], de quien sois, aunque en vano, amadas[j], no perturben jamás vuestro dulce[k] sosiego, que me ayudéis á lamentar mi desventura, ó, á lo menos, no os canséis de oilla[l]. ¡Oh Dulcinea del Toboso, día de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis

a. ...por todo su. C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, BR.$_{1\text{-}2}$, MIL., BOW. = *b. ...que le miraba.* C.$_{2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, MIL., BOW. = *c. ...vosotros mismos.* C.$_3$, A.$_3$, BOW., PELL., ARR., CL., RIV., GASP., MAI., FK. = *d. ...y mis continuos.* C.$_3$, AMB., TON., A.$_3$, BOW., PELL., ARR., CL., RIV., GASP., ARG.$_1$, MAI., BENJ., FK. = *e. ...y profundos suspiros.* C.$_{2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, BR.$_3$, MIL., AMB., TON., A.$_{1\text{-}2}$, BOW., PELL., ARR., CL., RIV., GASP., ARG.$_1$, MAI., BENJ., FK. = *f. ...continua las hojas.* C.$_3$, A.$_3$, BOW., PELL., ARR., CL., RIV., GASP., MAI. = *g. ...que mi asenderado corazón padece.* V.$_1$. = *h. Ó vosotros Napeas y Dríadas.* BR.$_{1\text{-}2\text{-}3}$. = *i. ...y lascivos satíricos.* L.$_3$. = *j. ...aunque en vano Amadís.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$. = *k. ...perturben jamás vuestro sosiego.* L.$_{1\text{-}2}$. = *l. ...no os canséis de oirla.* MAI.

1. *Llegaron, en estas pláticas, al pie de una alta montaña.* — No á humo de pajas, si se consiente aqui el idiotismo, escogió D. Quijote sitio tan apartado y solitario para su áspera penitencia; pues, como dice en otro lugar, en ello seguia el alto ejemplo que dió Amadis de Gaula, cuando, desdeñado de Oriana, según cuenta su historiador:

« ...se entró en una gran vega que al pie de una montaña estaba, y en ella habia dos árboles altos que estaban sobre una fuente, é fué allá.» *(Amadís de Gaula,* lib. III, cap. 5.)

caminos, estrella de mi ventura! Así el cielo te la dé buena en cuanto acertares á pedirle, que consideres el lugar y el[a] estado á que tu ausencia me ha conducido, y que con buen término correspondas al que á mi fe se le debe. ¡Oh solitarios árboles, que desde hoy en adelante habéis de hacer compañía á mi soledad! Dad indicio, con el blando movimiento de vuestras ramas, que no os desagrada[b] mi presencia. ¡Oh tú, escudero mío, agradable compañero en mis[c] prósperos y adversos sucesos! Toma bien en la memoria lo que aquí me verás hacer, para que lo cuentes y recites[d] á la causa total de todo ello.» Y, diciendo esto, se apeó de Rocinante, y, en un momento, le quitó el freno y la silla; y, dándole una palmada en las ancas, le dijo: «— Libertad te da el que sin ella queda, ¡oh caballo tan extremado por tus obras cuan desdichado por tu suerte! Vete por do quisieres, que en la frente llevas escrito que no te igualó en ligereza el Hipogrifo de Astolfo, ni el nombrado Frontino, que tan caro le costó á Bradamante.»

Viendo esto Sancho, dijo: «— ¡Bien haya quien nos quitó ahora del trabajo de desenalbardar al rucio! que á fe que no faltaran palmadicas que dalle[e] ni cosas que decille[f] en su alabanza; pero, si él aquí estuviera, no consintiera yo que nadie le desalbardara[g], pues no había para qué; que á él no le tocaban las generales de enamorado ni de desesperado, pues no lo estaba su amo, que era yo cuando Dios quería. Y, en verdad, señor Caballero de la Triste Figura, que, si es que mi partida y su locura de vuestra merced va[h] de veras, que será bien tornar á ensillar á Rocinante para que supla la falta del rucio, porque será ahorrar[i] tiempo á mi ida y vuelta; que, si la hago á pie, no sé cuándo llegaré ni cuándo volveré, porque, en resolución, soy mal caminante.

— Digo[j], Sancho, — respondió D. Quijote, — que sea como tú quisieres, que no me parece mal tu designio; y digo que de aquí á tres días te partirás, porque quiero que en este tiempo veas lo que por ella hago y digo, para que se lo digas.

— Pues ¿qué más tengo de ver, — dijo Sancho, — que lo que he visto?

— Bien estás en el cuento, — respondió D. Quijote; — ahora me falta rasgar las vestiduras, esparcir las armas, y darme de

a. ...y estado. L.$_{1\cdot2}$. — *b. ...desagrade.* C.$_{1\cdot2\cdot3}$, L.$_{1\cdot2}$, V.$_{1\cdot2}$, Br.$_3$, Mil., Amb., Bow. — *c. ...en más prósperos.* C.$_{1\cdot2}$, L.$_{1\cdot2}$, V.$_{1\cdot2}$, Br.$_3$, Mil., Amb. — *d. ...y recetes.* C.$_{1\cdot2\cdot3}$, L.$_{1\cdot2\cdot3}$, V.$_{1\cdot2}$, Br.$_3$, Mil., Amb., Bow. — *...y relates.* Br.$_{1\cdot2}$. — *e. ...darle.* Mai. — *f. ...decirle.* Mai. — *g. ...desenalbardara.* Br.$_{1\cdot2}$. — *h. ...van.* Arg.$_{1\cdot2}$, Benj. — *i. ...ahorrar el tiempo.* Riv., Mai. — *j. Dijo.* Br.$_{1\cdot2}$.

calabazadas por estas peñas, con otras cosas deste jaez que te han de admirar.

— Por amor de Dios, — dijo Sancho, — que mire vuestra merced cómo se da esas calabazadas; que á tal peña podrá[a] llegar, y en tal punto, que con la primera se acabase la máquina desta penitencia. Y sería yo de parecer que, ya que á[b] vuestra merced le parece que son aquí necesarias calabazadas y que no se puede hacer esta obra sin ellas, se contentase (pues todo esto es fingido y cosa contrahecha y de burla), se contentase, digo, con dárselas en el agua, ó en alguna cosa blanda como algodón; y déjeme á mí el cargo, que yo diré á mi señora que vuestra merced se las daba en una punta de peña más dura que la de un diamante.

— Yo agradezco tu buena intención, amigo Sancho, — respondió D. Quijote; — mas quiérote hacer sabidor[c] de que todas estas cosas que hago no son de burlas, sino muy de veras; porque, de otra manera, sería contravenir á las órdenes de[d] caballería, que nos mandan que no digamos mentira alguna, pena de relasos[e]; y el hacer una cosa por otra, lo mesmo[f] es que mentir: así, que mis calabazadas han de ser verdaderas, firmes y valederas, sin que lleven nada del sofístico ni del fantástico; y será necesario que me dejes algunas hilas para curarme, pues que la ventura quiso que nos faltase el bálsamo que perdimos.

— Más fué perder el asno, — respondió Sancho, — pues[g] se perdieron en él las hilas y todo. Y ruégole á vuestra merced que no se acuerde más de aquel maldito brebaje, que en sólo oirle mentar se me revuelve el alma, cuanto y más[h] el estómago; y más le ruego: que haga cuenta que son ya pasados los tres días que me ha dado de término para ver las locuras que hace; que ya las doy por vistas y por pasadas en cosa juzgada, y diré maravillas á mi señora; y

a. ...podría. Arg.$_{1\cdot2}$, Benj. — *b. ...ya que vuestra.* Br.$_2$. — *c. ...sabedor.* Mai. — *d. ...de la caballería.* Gasp. — *e. ...de relapsos.* Mai. — *f. ...lo mismo.* C.$_3$, A.$_2$, Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Mai., FK. — *g. ...Sancho que si se perdieran sin él las hilas.* Arg.$_{1\cdot2}$, Benj. — *h. ...el alma no que el estómago.* C.$_{1\cdot2}$, Br.$_{1\cdot2\cdot3}$, Amb., Ton., A.$_1$, Arg.$_2$, Mai., FK. — *...el alma no cuanto y más.* C.$_3$.

28. *...ya las doy por vistas y por pasadas en cosa juzgada.* — En lo forense, es el pleito, causa ó proceso ya sentenciado por el juez competente, y que, habiendose apelado por la parte que lo perdió, se declara el asunto, mediante ciertas diligencias, como *pasado* en autoridad de *cosa juzgada*, á fin de que no se vuelva á abrir nuevo juicio. De tal significación jurídica, tomada aquí en sentido figurado, se valió Cervantes cuando puso en boca de Sancho las palabras que encabezan estas líneas.

escriba la carta y despácheme luego, porque tengo gran deseo de volver á sacar á vuestra merced deste purgatorio donde le dejo.

— ¿Purgatorio le llamas, Sancho? — dijo D. Quijote. — Mejor hicieras de[a] llamarle infierno, y aun peor si hay otra cosa que lo sea.

— Quien ha infierno, — respondió Sancho, — *nulla es retentio*[b], según he oído decir.

— No entiendo qué quiere decir *retentio*, — dijo D. Quijote.

— *Retentio* es, — respondió Sancho, — que, quien está en el infierno, nunca sale dél ni puede; lo cual será al revés en vuestra merced, ó á mí me andarán mal los pies, si es que llevo espuelas para avivar á Rocinante. Y póngame yo una por una en el Toboso y delante de mi señora Dulcinea; que yo le[c] diré tales cosas de las necedades y locuras (que todo es uno) que vuestra merced ha hecho y queda haciendo, que la venga á poner más blanda que un guante, aunque la halle más dura que un alcornoque; con cuya respuesta, dulce y melificada, volveré por los aires como brujo, y sacaré á vuestra merced deste purgatorio, que parece infierno y no lo es, pues hay esperanza de salir dél, la cual, como tengo dicho, no la tienen de salir los que están en el infierno, ni creo que vuestra merced dirá otra cosa.

— Así es la verdad, — dijo el de la Triste Figura. — Pero ¿qué haremos para escribir la carta?

— Y la libranza pollinesca también, — añadió Sancho.

— Todo irá inserto[d], — dijo D. Quijote. — Y sería bueno, ya que no hay papel, que la escribiésemos, como hacían los antiguos, en hojas de[e] árboles ó en unas tablitas de cera; aunque tan dificultoso será hallarse eso ahora como el papel. Mas ya me ha venido á la memoria dónde será bien, y aun más que bien, escribilla[f], que es en el librillo de memoria que fué de Cardenio; y tú tendrás cuidado de hacerla trasladar en papel, [g] de buena letra, en el primer lugar que hallares donde haya maestro de escuela de muchachos; ó, si no, cualquiera sacristán te la trasladará; y no se la des á trasladar á ningún escribano, que hacen letra procesada, que no la entenderá Satanás.

a. ...en llamarle. GASP. — *b. Ansí le llamo yo, respondió Sancho, quien ha infierno nulla es retencio.* BR.$_{1\text{-}3}$. — *c. ...yo la diré.* AMB. — *d. Todo era menester.* ARG.$_1$. — *...necesario.* BENJ. — *e. ...hojas de ciertos árboles.* ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ. — *f. ...bien escribirla.* MAI. — *g. ...en papel y de buena letra.* BR.$_{1\text{-}2}$.

32. *...no se la des á trasladar á ningún escribano, que hacen letra procesada.* — Ésta «consistia en desfigurar la traza y figura de todos los caracteres escribiendo sin división de letras ni dicciones, formando lineas enteras en una

— Pues ¿qué se ha de hacer de la firma? — dijo Sancho.

— Nunca las cartas de Amadís[a] se firmaron[b], — respondió D. Quijote.

— Está bien, — respondió Sancho; — pero la libranza forzosamente se ha de firmar; y esa, si se traslada, dirán que la firma es falsa, y quedaréme sin pollinos.

— La libranza irá en el mesmo[c] librillo firmada, que[d], en viéndola mi sobrina, no pondrá dificultad en cumplilla[e]; y, en lo que toca á la carta de amores, pondrás por firma: *Vuestro hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura*. Y hará poco al caso que vaya de mano ajena; porque, á lo que yo me sé acordar, Dulcinea no sabe escribir ni leer, y en toda su vida ha visto letra mía ni

a. ...cartas de amores. ARG.$_{1\text{-}3}$, BENJ. — *b. ...se firman.* C.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, BR.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, MIL., AMB., TON., A.$_1$, ARG.$_{1\text{-}3}$, MAI., BENJ., FK. — *c. ...en el mismo.* C.$_{1\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}3}$, BR.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, MIL., AMB., TON., A.$_{1\text{-}3}$, BOW., PELL., ARR., CL., RIV., GASP., MAI., FK. — *d. ...firmada y en.* ARG.$_{1\text{-}3}$, BENJ. — *e. ...en cumplirla.* MAI.

encadenada algarabía, sin levantar la pluma del papel. Este modo de escribir desordenado y sin regla, fué fácilmente adoptado por los que vivían del trabajo de pluma, porque con pocas palabras se llenaba una plana; el modo de escribir era fácil y ligero, de suerte que, con poco trabajo, crecia mucho la plana y lo escrito. Después de la muerte de la reina..., se olvidó la observancia de su arancel, y por más de cien años prevaleció esta infame letra de procesos.» (P. ANDRÉS BURRIEL. *Paleografía Española*, pág. 34.)

Después de dar una muestra, el P. Merino, en su *Escuela de leer*, pág. 351, añade: «La letra de este poder que esta entero, tal cual se halla en el original, es una especie de encadenado, que por fortuna no es tan general como los otros, aunque se halla bastante de él. *Su origen creo que debió ser* en el principio de este siglo, desde el año de 1600 al de 1630, poco más ó menos. Como toda *esta letra es de capricho y poco formada*, no es cosa de detenernos en su irregularidad, porque no hay letra que no esté viciada, etc.»

2. — *Nunca las cartas de Amadís se firmaron, — respondió D. Quijote.* — Ninguna de las que se leen en el *Amadís* lleva firma. Del héroe hay una sola, que transcribimos á continuación:

«CARTA DE AMADÍS AL EMPERADOR DE CONSTANTINOPLA. — Muy alto emperador: Aquel caballero de la Verde Espada, que por su propio nombre Amadís de Gaula es llamado, manda besar vuestras manos e le traer á la memoria aquel ofrecimiento que más por su gran vertud é nobleza que por mis servicios le plugo de me facer, é porque agora es venido el tiempo en que principalmente á vuestra grandeza é á todos mis amigos é valedores que justicia é razón querrán seguir, como el maestro Elisabat más largo lo dirá, he menester, le suplico le mande dar fe é haya su embajada aquel efecto que yo con mi persona é todos los que han de guardar é seguir pornían en vuestro servicio.» (*Amadís de Gaula*, lib. IV, cap. 7.)

Otras varias escribió este personaje, y pueden leerse en *Las Sergas de Esplandián*, cap. 138, 139, 142 y 143; y todas, efectivamente, van sin firma.

carta mía, porque mis amores y los suyos han sido siempre platónicos, sin extenderse[a] á más que á un honesto mirar, y aun esto tan de cuando en cuando, que osaré jurar con verdad que en doce años que há que la quiero más que á la lumbre destos ojos que han[b] de comer la tierra, no la he visto cuatro veces[c], y aun podrá ser que destas cuatro veces no hubiese ella echado de ver la una que la miraba: tal es el recato y encerramiento con que su padre Lorenzo Corchuelo[d] y su madre Aldonza Nogales la han criado.

— Ta, ta, — dijo Sancho. — ¿Que la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo?

a. ...sin entenderse. V.$_{1}$. — *b. ...ha de comer.* Ct., Riv., Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj., FK.— *c. ...cuatro veces y esas de lejos, y aun podrá.* Arg.$_{2}$. — *d. ...Corcuelo.* Br.$_{1\text{-}2}$.

7. *...su padre Lorenzo Corchuelo.* — En lugar de esta lección, que apuntaron ya Cabrera, Hartzenbusch, Mainez y Benjumea, leyeron otros: *sus padres.* Parece indudable que el manuscrito lo diría en singular, porque habiéndose de designar á Aldonza Nogales, como se la designa, con el nombre apelativo de *madre*, era forzoso circunscribir el de padre á Lorenzo Corchuelo, su marido, poniéndole también en singular, como lo está el de la madre.

9. *Ta, ta, — dijo Sancho. — ¿Que la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo?* — Sólo en la mente de un loco como el buen hidalgo de la Mancha, que se pasó cuatro dias pensando en el nombre que daría á su caballo, hasta que le vino á llamar *Rocinante*, primero y único entre los de su clase; sólo en persona tal cabe haber transformado el nombre propio de rústica aldeana, el de Aldonza Lorenzo, en Dulcinea del Toboso, nombre, á su parecer, músico y peregrino, que tira y se encamina al de princesa y gran señora, como dice su historiador.

«Aldonza Lorenzo, trasmutada en *Dulcinea del Toboso*, es el personaje ideal por excelencia. Ni una vez se la ve; ni una vez se la oye; ni una vez habla entre sí, ni se encuentra huella de su planta; ni se declara el más trivial de sus pensamientos; ni se siente rumor que sea eco de un débil suspiro suyo; pura como el espíritu; majestuosa como una deidad; vaga su inefable belleza en la esfera de celeste luz á que sólo se remonta galana y risueña fantasía en el vuelo de entusiásticos arrobos; allá, en aquella excelsa región, donde ni menoscabarla puede el más fugaz, el más leve, el más imperceptible accidente de la materia. Y, sin embargo, está en todas partes; á todo da ser y vida; y, para el caballero, es como el genio personal de los antiguos, que le asiste é inspira, le alienta y guarda, le lleva á las hazañas, le levanta de las derrotas, y le consuela en las cuitas. Su nombre, cuyo mecanismo silábico tiene una eufonía melosa, expresa con ella la dulcedumbre del afecto más cordial y limpio, incita al rendimiento más noble, infunde la esperanza más halagüeña; representa, en fin, la idealidad, que, cerniéndose sobre la realidad material de la naturaleza humana, atráela con incontrastable fuerza de mágico influjo, la hermosea, la ennoblece, la llama y guía al cumplimiento de su alto destino.» (Pi y Molist, *Primores del Don Quijote.*)

— Esa es, — dijo D. Quijote, — y es la que merece ser señora de todo el universo.

— Bien la conozco, — dijo Sancho[a], — y sé decir que tira tan bien una barra como el más forzudo zagal de todo el pueblo. ¡Vive el dador, que es moza de chapa, hecha y derecha, y de pelo en pecho[b], que puede sacar la barba[c] del lodo á cualquier caballero andante ó por andar que la tuviese por señora! ¡Oh, hi de puta, qué rejo que tiene y qué voz! Sé decir que se puso un día encima del campanario del[d] aldea á llamar[e] unos zagales suyos, que andaban en un barbecho de su padre, y, aunque estaban de allí más de media legua, así la oyeron como si estuvieran al pie de la torre; y lo mejor que tiene[f] es que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana, con todos se burla, y de todo hace mueca y donaire. Ahora digo, señor Caballero de la Triste Figura, que no solamente puede y debe vuestra merced hacer locuras por ella, sino que, con justo título, puede desesperarse y ahorcarse; que nadie habrá que lo sepa que no diga que hizo demasiado de bien, puesto que le lleve el diablo. Y querría ya verme en camino sólo por vella[g]; que há muchos días que no la veo[h], y

a. ...dijo Sancho, puesto que nunca la he visto y sé decir que. Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. — *b. ...en pelo.* C.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2}$, Mil. — *c. ...la zanca del lodo.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. — *d. ...de la aldea.* Mai. — *e. ...llamar á unos.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. — *f. ...que tiene la señora Aldonza Lorenzo es que de ninguna manera es melindrosa, porque es mucho lo que tiene de cortesana.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil. — *g. ...por verla.* Mai. — *h. ...días que no la he visto.* Ton. — *...días que lo deseo.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj.

6. *...puede sacar la barba del lodo á cualquier caballero andante.* — Esta frase figurada y familiar dió ocasión al descontentadizo de Hartzenbusch para decir: «*Pierna* ó *zanca*, escribiría el autor, donde tan gratuitamente leyeron *barba*. Lo ordinario es coger lodo en los pies ó en las piernas, y no tan arriba en la barba.»

Parécenos muy natural (y en esto estamos conformes con el crítico) que en dia de barro nos llenemos los pies de lodo, y aun las rodillas; pero no estamos conformes en lo que dice de que Cervantes quiso expresar la idea que él supone, por ser completamente contraria á lo que imagina el crítico, esto es, que *sacar la barba del lodo* vale tanto como *sacar el lodo de la barba*, pues no otra cosa expresa en su razonamiento.

La Real Academia Española, en la primera impresión de su *Diccionario*, dió á esta frase tropológica el mismo significado que le dió Cervantes, á saber: «Desempeñar á alguno y sacarle de algún peligro ó trabajo de cualquiera suerte que sea. — *Subirse á las barbas* es atreverse contra otro que es superior, quererle supeditar ó igualar perdiéndole el respeto.»

Así dice la Academia; pero nuestro crítico, si viviera hoy, escribiría: «A las barbas no se sube: se sube á las piernas, á las rodillas, á los pechos, á los brazos, á las espaldas, á los hombros.»

debe de estar ya trocada, porque gasta mucho la faz de las mujeres andar siempre al campo, al sol y al aire. Y confieso á vuestra merced una verdad, señor D. Quijote: que hasta aquí he estado en una grande ignorancia; que pensaba bien y fielmente que la señora Dulcinea debía de ser alguna princesa de quien vuestra merced estaba enamorado, ó alguna persona tal que mereciese los ricos presentes que vuestra merced le ha enviado, así el del vizcaíno como el de los galeotes, y otros muchos que deben ser, según deben de ser muchas las vitorias[a] que vuestra merced ha ganado y ganó en el tiempo que yo aun no era su escudero. Pero, bien considerado, ¿qué se le ha de dar á la señora Aldonza Lorenzo, digo á la señora Dulcinea del Toboso, de que se le[b] vayan á hincar de rodillas delante della los vencidos que vuestra merced[c] envía y ha de enviar? Porque podría ser que, al tiempo que ellos llegasen, estuviese ella rastrillando lino ó trillando en las eras, y ellos se corriesen de verla, y ella se riese y enfadase del presente.

— Ya te tengo dicho antes de ahora[d] muchas veces, Sancho, — dijo D. Quijote, — que eres muy grande hablador, y que, aunque de ingenio boto, muchas veces despuntas de agudo; mas, para que veas cuán necio eres tú y cuán discreto soy yo, quiero que me oigas[e] un breve cuento. Has de saber que una viuda hermosa, moza, libre y rica, y, sobre todo, desenfadada, se enamoró de un mozo motilón, rollizo y de buen tomo. Alcanzólo á saber su mayor[f], y un día dijo á la buena viuda, por vía de fraternal reprensión: «— Maravillado »estoy, señora, y no sin mucha causa, de que una mujer tan prin»cipal, tan hermosa y tan rica como vuestra merced, se haya ena»morado de un hombre tan soez, tan bajo y tan idiota como Fu»lano, habiendo en esta casa[g] tantos maestros, tantos presentados »y tantos teólogos en quien vuestra merced pudiera escoger como »entre peras, y decir este quiero, aqueste no quiero.» Mas ella le respondió con mucho donaire y desenvoltura: «— Vuestra merced, »señor mío, está muy engañado, y piensa muy á lo antiguo, si »piensa que yo he escogido mal en Fulano por idiota que le pa»rece[h]; pues, para lo que yo le quiero, tanta filosofía sabe y más »que Aristóteles.» Así que, Sancho, por lo que yo quiero[i] á Dulcinea del Toboso, tanto vale como la más alta princesa de la tierra.

a. ...*las victorias.* V.$_{1\text{-}3}$, MIL., TON., GASP., MAI., FK. = *b.* ...*de que se la vayan.* MAI. = *c.* ...*merced le envía.* C.$_1$. = *d.* ...*antes de agora.* C.$_1$. = *e.* ...*que me oyas.* FK. = *f.* ...*á saber su mujer.* C.$_1$. — ...*un su mayor.* ARG.$_1$, BENJ. = *g.* ...*en esta ciudad tantos.* ARG.$_1$, BENJ. = *h.* ...*que le parezca.* ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ. = *i.* ...*Sancho, para lo que yo á Dulcinea.* BR.$_{1\text{-}2}$, TON., ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ.

Si que no todos los poetas que alaban[a] damas debajo de un nombre que ellos á su albedrío les ponen, es verdad que las tienen[b]. ¿Piensas tú que las Amarilis[c], las Filis[d], las Silvias[e], las Dianas, las Galateas[f], y otras tales, de que los libros, los romances, las tiendas de los barberos, los teatros de las comedias, están llenos, fueron verdaderamente damas de carne y hueso, y de aquellos que las celebran y celebraron? No por cierto, sino que las[g] más se las fingen por dar sujeto á sus versos, y porque los tengan por enamorados y por hombres que tienen valor para serlo[h]. Y, así, bástame á mí pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta; y, en[i] lo del linaje, importa poco, que no han de ir á hacer la información dél para darle[j] algún hábito, y yo me hago cuenta que es la más alta princesa del mundo. Porque has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas[k] incitan á amar más que otras, que son la mucha hermosura y la buena fama; y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea, porque en ser hermosa ninguna le iguale[l], y en la buena fama pocas le[m] llegan. Y, para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada; y pintóla en mi imaginación como la deseo, así en la belleza como en la principalidad; y ni la[n] llega Elena, ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mujeres de las

a. ...*que habrán.* C.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}3}$, MIL., MAI., FK. —...*que celebran.* BR.$_{1\text{-}2}$, TON., ARG.$_2$. = *b.* ...*las tiene.* V.$_{1\text{-}2}$, MIL. = *c.* ...*Amariles.* C.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, BR.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, MIL., AMB., TON., A.$_1$, MAI. = *d.* ...*Files.* C.$_2$, V.$_{1\text{-}2}$, BR.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, MIL., AMB., TON., A.$_1$. = *e.* ...*Silvas.* C.$_3$. = *f.* ...*las Galateas, las Alidas y otras tales.* C.$_2$, V.$_{1\text{-}2}$, BR.$_3$, MIL., AMB., TON., A.$_1$, BOW., ARR., FK. — ...*las Galateas, las Alcidas y otras tales.* BR.$_{1\text{-}2}$. — ...*las Galateas, las Filidas y otras.* ARG.$_{1\text{-}2}$, MAI., BENJ. = *g.* ...*los más.* ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ. = *h.* ...*para ser queridos y así.* ARG.$_2$. = *i.* ...*y lo del linaje.* CL., RIV., ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ. = *j.* ...*darla.* MAI. = *k.* ...*dos cosas buenas.* ARG.$_2$. = *l.* ...*la iguala.* MAI. = *m.* ...*la llegan.* MAI. = *n.* ...*le llega.* ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ.

8. ...*y porque los tengan por enamorados y por hombres que tienen valor para serlo.* — Dice un crítico: «*Enamorado* es el que tiene amor; y puede uno serlo sin poseer valor alguno en el sentido de valentía, ni en el de mérito, que es el de la frase. Creemos por eso que después de *enamorados* ha de faltar el participio *favorecidos*, ú otro adecuado, para expresar que se trata de hombres dignos de merecer el favor de las damas: de *enamorados favorecidos* que tengan valor (mérito) para serlo.»

En lo que toca á lo de ser enamorado careciendo de valor, tomada esta palabra en el sentido de *valentía*, no cabe dudar se den juntamente; pero decir que se empleó mal el vocablo por haberlo usado en la significación de *valentía*, ha de rechazarse, ya que vale tanto, en este caso, como *firmeza, entereza, constancia*. Huelga, por tanto, el participio *favorecidos*, siendo cierto, como lo es, que el enamorado no siempre se ve favorecido, correspondido, de la persona á quien ama; ó, al contrario, puede estar enamorado y no ser correspondido ni favorecido.

edades pretéritas griega, bárbara ó latina; y diga cada uno lo que quisiere, que, si por esto fuere reprendido de los ignorantes, no seré castigado de los rigurosos [a].

— Digo que en todo tiene vuestra merced razón, — respondió Sancho, — y que [b] soy un asno. Mas no sé yo para qué nombro asno en mi boca, pues no se ha de mentar la soga en casa del ahorcado. Pero venga la carta, y á Dios, que me mudo.»

Sacó el libro de memoria D. Quijote, y, apartándose á una parte, con mucho sosiego comenzó á escribir la carta; y, en acabándola, llamó á Sancho y le dijo que se la quería leer porque la tomase de memoria [c] si acaso se le perdiese por el camino, porque [d] de su desdicha todo se podía temer. Á lo cual respondió Sancho: «— Escríbala vuestra merced dos ó tres veces ahí en el libro, y démele, que yo le llevaré bien guardado; porque, pensar que yo la [e] he de tomar en la memoria, es disparate, que la tengo tan mala que muchas veces se me olvida cómo me llamo. Pero, con todo eso, dígamela vuestra merced [f], que me holgaré mucho de oilla [g], que debe de ir como de molde.

— Escucha, que así dice, — dijo D. Quijote.

«Carta de D. Quijote á Dulcinea del Toboso

Soberana y alta señora:

El ferido de punta de ausencia, y el llagado de las telas del corazón, dulcísima Dulcinea del Toboso, te envía la salud que él

a. ...*de los juiciosos.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *b.* ...*y que yo soy un.* Mai. = *c.* ...*memoria por si acaso.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *d.* ...*el camino que de su.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *e.* ...*le he de tomar.* Br.$_3$, Amb. = *f.* ...*digamela que me holgaré.* C.$_3$, A.$_3$, Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp. — ...*que holgaré.* Bow. = *g.* ...*de oirla.* Mai.

2. ...*si por esto fuere reprendido de los ignorantes, no seré castigado de los rigurosos.* — Hartzenbusch dice: «Parece que *rigurosos* no se opone bien á *ignorantes*, voz que precede en el periodo; y sonaría mejor la de *ingeniosos, estudiosos*, ú otro adjetivo de índole igual.»

Para nosotros el pasaje no ofrece duda. Usó Cervantes del adjetivo *riguroso* en contraposición á *ignorante*, ya que éste, sea ó no petulancia, puede criticar cuanto le plazca, mas no castigar ni fallar. ¿Quién dará importancia á los reparos del ignorante? No así á los de la persona ilustrada, que en este lugar equivale á *rigurosa*, en el sentido de severa ó rigida. ¿Cómo no temer las censuras de un tal Aristarco? ¿Por ventura no tratarán todos de evitarlas?

22. *El ferido de punta de ausencia.* — Que Cervantes sabia sacar partido de todo cuanto leia en los libros caballerescos, lo prueban varios pasajes de su

no tiene. Si tu fermosura me desprecia, si tu valor no es en mi pro, si tus desdenes son en mi afincamiento, magüer que yo sea asaz de sufrido, mal podré sostenerme en esta cuita, que, además de ser fuerte, es muy duradera. Mi buen escudero Sancho te dará entera relación, ¡oh bella ingrata, amada enemiga mía!, del modo que por tu causa quedo: si gustares de acorrerme, tuyo soy; y si no, haz lo que te viniere en gusto, que con acabar mi vida habré satisfecho á tu crueldad y á mi deseo.

Tuyo hasta la muerte,

El Caballero de la Triste Figura.»

— ¡Por vida de mi padre, — dijo Sancho, en oyendo la carta, — que es la más alta cosa que jamás he oído! ¡Pesia á mí, y cómo que le dice vuestra merced ahí todo cuanto quiere! Y ¡qué bien que encaja en la firma *El Caballero de la Triste Figura!* Digo de verdad que es vuestra merced el mesmo [a] diablo, y que no hay cosa que no sepa.

— Todo es menester, — respondió D. Quijote, — para el oficio que yo traigo [b].

— Ea, pues, — dijo Sancho; — ponga vuestra merced en esotra vuelta la cédula de los tres pollinos, y fírmela con mucha claridad, porque la conozcan en viéndola.

a. ...*el mismo diablo.* C.$_3$, L.$_{1\text{-}2}$, A.$_3$, Bow., Pell., Mai., FK. = *b.* ...*que yo trayo.* C.$_1$, Arg.$_1$, Benj., FK. — ...*que trayo.* L.$_{1\text{-}2}$, Arg.$_2$.

obra inmortal, y, entre otros, éste que se comenta, por ser una imitación de aquella epístola, cuya postdata (digámoslo así) se leia en un sobrescrito dirigido á Amadís. Rabiosa de celos la despechada Oriana, escribió: «Yo soy la doncella ferida de punta de espada por el corazón, é vos sois el que me feristes.» (*Amadís de Gaula*, lib. II, cap. I.)

20. ...*la cédula de los tres pollinos.* — Es documento en extremo festivo, pues nada tan cómico como creerse obligado al pago de unos asnos, y, á título oneroso, en un documento fechado en las entrañas de Sierra Morena. La insistencia en hablar de ese instrumento de cambio quien con una simple orden pudiera haber mostrado de igual manera su generosa donación, traspasa los límites del chiste.

«Cervantes no cuidó de hacer constar el pago de esa *póliza*, y sólo sabemos que tuvo efecto, porque mucho tiempo después el favorecido dice, enumerando los vínculos que le unían á su señor: *somos de un mismo lugar, he comido su pan, quiérole bien, es agradecido, dióme sus pollinos...*, etc.; siendo de extrañar que Sancho no mencionase antes suceso para él tan importante, y que no anotara esa partida en sus anteriores balances.» (J. M. Piernas y Hurtado, *Ideas y noticias económicas del Quijote.*)

— Que me place », dijo D. Quijote. Y, habiéndola escrito, se la leyó, que decía ansí[a]:

« Mandará vuestra merced, por esta primera de pollinos, señora sobrina, dar á Sancho Panza, mi escudero, tres de los cinco que dejé en casa y están á cargo de vuestra merced; los cuales tres pollinos se los mando librar y pagar[b] por otros tantos aquí recebidos[c] de contado, que con esta[d] y con su carta de pago serán bien dados. Fecha en las entrañas de Sierra Morena, á veinte y siete[e] de Agosto deste presente año. »

— Buena está, — dijo Sancho. — Fírmela vuestra merced.

— No es menester firmarla, — dijo D. Quijote, — sino solamente poner mi rúbrica, que es lo mesmo[f] que firma; y para tres asnos, y aun para trecientos, fuera bastante.

— Yo me confío de vuestra merced, — respondió Sancho. — Déjeme: iré á ensillar á Rocinante, y aparéjese vuestra merced[g] á echarme su bendición, que luego pienso partirme, sin ver las sandeces que vuestra merced ha de hacer; que yo diré que le vi hacer tantas que no quiera más.

— Por lo menos quiero, Sancho, y porque es menester así[h], quiero, digo, que me veas en cueros y hacer una ó dos docenas de locuras (que las haré en menos de media hora), porque, habiéndolas tú visto por tus ojos, puedas jurar á tu salvo en las demás que quisieres añadir; y asegúrote que no dirás tú tantas cuantas yo pienso hacer.

— Por amor de Dios, señor mío, que no vea yo en cueros á vuestra merced, que me dará mucha lástima y no podré dejar de llorar, y[i] tengo tal la cabeza, del llanto que anoche[j] hice[k] por el rucio, que no estoy para meterme en nuevos lloros; y si es que vuestra merced gusta de que yo vea algunas locuras, hágalas vestido, breves y las que le vinieren más á cuento, cuanto más que para mí no era menester nada deso, y, como ya tengo dicho, fuera ahorrar el camino de mi vuelta, que ha de ser con las nuevas que vuestra merced desea y merece. Y, si no, aparéjese la señora Dulci-

a. ...que se decia así. Br.$_3$, Amb. = *b. ...mando librar por otros.* Br.$_{1\text{-}2}$. = *c. ...recibidos.* Br.$_3$, Amb., Ton., A.$_2$, Pell., Arr., Cl., Gasp., Mai., FK. = *d. ...que consta y con.* C.$_{1\text{-}2}$, L.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, Mil. = *e. ...veinte y dos.* C.$_{1\text{-}2}$, L.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton., A.$_1$, Cl., Riv., Mai., FK. — *...veinte y nueve.* Arg.$_1$, Benj. — *...á treinta.* Arg.$_2$. — *f. ...lo mismo.* C.$_3$, A.$_2$, Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Mai., FK. — *g. ...y aparéjese á echarme su bendición.* C.$_3$, A.$_3$, Bow., Pell., Cl., Riv., Gasp., FK. = *h. ...menester ansí.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}2}$. = *i.* Suprimen *y.* Br.$_3$, Amb., Ton. = *j. ...del llanto que antes hice por el rucio.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. — *k. ...anoche hizo por el rucio.* Amb.

nea; que, si no responde como es razón, voto hago solene[a] á quien puedo que le[b] tengo de sacar la buena respuesta del estómago á coces y á bofetones; porque, ¿dónde se ha de sufrir que un caballero andante tan famoso como vuestra merced se vuelva loco sin qué[c] ni para qué, por una...? No me lo haga decir la señora, porque por Dios que despotrique y lo eche todo á doce, aunque nunca se venda. ¡Bonico soy yo para eso! Mal me conoce, pues á fe que, si me conociese, que me ayunase.

— A fe[d], Sancho, — dijo D. Quijote, — que, á lo que parece[e], no estás tú más cuerdo que yo.

— No estoy tan loco, — respondió Sancho; — mas estoy más colérico. Pero, dejando esto aparte, ¿qué es lo que ha de comer vuestra merced en tanto que yo vuelvo? ¿Ha de salir al camino, como Cardenio, á quitárselo á los pastores?

— No te dé pena ese cuidado, — respondió D. Quijote; — porque, aunque tuviera, no comiera otra cosa que las hierbas y frutos que este prado y estos árboles me dieren; que la fineza de mi negocio está en no comer y en hacer otras asperezas[f]. »

Á esto dijo Sancho: « — ¿Sabe vuestra merced qué temo? Que no tengo de acertar á volver á este lugar donde ahora[g] le dejo, según está[h] escondido.

— Toma bien las señas, que yo procuraré[i] no apartarme destos contornos, — dijo D. Quijote; — y aun tendré en cuidado de subirme por estos más altos riscos por ver si te descubro cuando vuelvas; cuanto más que lo más acertado será, para que no me yerres y te pierdas, que cortes algunas retamas de las muchas que por aquí hay, y las vayas poniendo de trecho á trecho hasta salir á lo

a. ...hago solemne. Mai. = *b. ...que la tengo.* Mai. = *c. ...sin para que ni por una.* Bow. = *d. Así, Sancho.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$. = *e. ...D. Quijote, que parece que no estás.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton., A.$_1$, Bow., Pell., Arr., Mai. = *f. ...asperezas equivalentes á Dios. Pues pero sabe v. m. que temo que no tengo.* C.$_1$. — *...asperezas equivalentes. Pues pero sabe vuestra merced que temo que no tengo.* L.$_{1\text{-}2}$. — *...asperezas equivalentes. Á Dios pues. Pero sabe vuestra.* Mai. — *...asperezas equivalentes. Á esto dijo Sancho.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *g. ...agora.* C.$_1$. = *h. ...está de escondido.* C.$_1$, Mai., FK. = *i. ...procuraré de no.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil.

25. *...lo más acertado será, para que no me yerres y te pierdas, que cortes algunas retamas de las muchas que por aquí hay,* etc. — Al escribir esto, ¿recordó por ventura lo que se dice en el romance del Marqués de Mantua?:

« Apartado del camino — por el monte fuera á entrare,
Hacia do sintió la voz — empieza de caminare,
Las ramas iba cortando — para la vuelta acertare,
Á todas partes miraba — por ver qué cosa seare. »

raso, las cuales te servirán de mojones y señales para que me halles cuando vuelvas, á imitación del hilo del laberinto de Perseo[a].

— Así lo haré», respondió Sancho Panza. Y, cortando algunas[b], pidió la bendición á su señor, y, no sin muchas lágrimas de entrambos, se despidió dél. Y, subiendo sobre Rocinante, á quien D. Quijote encomendó mucho y que mirase por él como por su propia persona, se puso en camino del llano, esparciendo de trecho á trecho los ramos de la[c] retama, como su amo se lo había aconsejado; y, así, se fué, aunque todavía le importunaba[d] D. Quijote que le viese siquiera hacer dos locuras.

Mas no hubo andado cien pasos, cuando volvió y dijo: «—Digo, señor, que vuestra merced ha dicho muy bien que, para que pueda jurar, sin cargo de conciencia, que le he visto hacer locuras, será bien que vea siquiera una, aunque bien grande la he visto en la quedada de vuestra merced.

— ¿No te lo decía yo? — dijo D. Quijote. — Espérate, Sancho, que en un credo las[e] haré.» Y, desnudándose con toda priesa[f] los calzones, quedó en carnes y en pañales; y luego, sin más ni más, dió dos zapatetas en el aire, y dos tumbas la cabeza abajo y los pies en alto, descubriendo cosas que, por no verlas otra vez, volvió Sancho la rienda á Rocinante, y se dió por contento y satisfecho de que podía jurar que su amo quedaba loco. Y, así, le dejaremos ir su camino hasta la vuelta, que fué breve.

a. ...*del hilo de Perseo.* C.$_{1\cdot2}$. — ...*á imitación del laberinto de Perseo.* C.$_3$, Bow. — Dicen *Teseo.* Br.$_{1\cdot2}$, Ton.. A.$_2$, Gasp., Arg.$_{1\cdot2}$, Benj., Mai., FK. = *b.* ...*algunos pidió.* C.$_{1\cdot2\cdot3}$, V.$_{1\cdot2}$, Mil. = *c.* ...*ramos de retama.* Arg.$_{1\cdot2}$, Benj. = *d.* ...*le importaba.* L.$_{1\cdot2}$. = *e.* ...*la haré.* V.$_{1\cdot2}$, Mil. = *f.* ...*prisa.* Mai.

2. ...*del laberinto de Perseo.* — *Perseo,* transformado de mito cosmológico en leyenda histórica, mezclada más tarde con la de héroes reales, es nombre que suena ya en la *Iliada* (canto XIV, v. 319 y siguientes); posteriormente en las *Metamorfosis,* de Ovidio (lib. IV, v. 610 y siguientes, y lib. V, hasta el v. 249), y, para no citar más, en sendas comedias de Lope y Calderón.

Mito y leyenda harto conocidos, no acertamos á decir cómo pudo confundir Cervantes este personaje con *Teseo,* cuya mítica narración nos transmitió también Ovidio, presentándole, ya como domador del toro de Maratón, ya como vindicador de la libertad del Ática, bien como vencedor del Minotauro; ahora, en fin, rodeando el laberinto de Creta con ayuda del famoso hilo de Ariadna.

Déjase *Perseo* en el texto porque no lo conceptuamos yerro de imprenta, sino yerro del autor, como otros que tampoco se han corregido ni creemos deban enmendarse. Atrasadillo andaba Clemencin al afirmar que la edición de Londres de 1738 es la primera en que se lee *Teseo,* pues ya lo habia dicho la de Bruselas de 1607.

Capítulo XXVI

Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo D. Quijote en Sierra Morena

Y volviendo á contar lo que hizo el de la Triste Figura después que se vió solo, dice la historia que, así como D. Quijote acabó de dar las tumbas ó vueltas de medio abajo desnudo y de medio

Vosotros,

«Tristes y espesos jarales,
Altas y encumbradas peñas,
Que, por ser todo pizarras,
Os llaman Sierra Morena»;

vosotros, mudos testigos de la nueva locura de D. Quijote, le visteis rezando para endulzar sus ilusorias penas de amor; visteis cómo, para divertir los sinsabores de pasadas aventuras, iba escribiendo no pocos versos, ya en las cortezas de los árboles, ya en la menuda arena; y cómo, suspirando tristemente, llamaba á los faunos y silvanos de vuestras fragosidades, á las ninfas de los rios y á la húmida Eco, á fin de que le escucharan y consolasen en su dolor, para él por todo extremo amargo.

Así le presenta en las páginas de este capítulo el gentil novelista, quien, desdeñando, como si dijéramos, las ventajas con que toda acción brinda al arte del narrador; sacando al héroe de la vida activa, le lleva á la de la contemplación. Mas no con el propósito de que tan singular episodio menoscabe con su hermosura (que en verdad la tiene) otra más alta, la que trae su origen de las nobilísimas empresas á que dió cabo la verdadera caballería, la que nace de impulso más elevado, del ideal de perfección, ese ideal de las almas puras que, desasiéndose de todo lo terreno, negándose á recibir cuanto es parte á sustentar la vida, ponen el pensamiento entero en el amor á su Dios.

Mas, como siempre, surge aquí el eterno contraste que ofrece la existencia del hombre. Por eso, junto al alma cándida del abnegado caballero, del

arriba vestido, y que[a] vió que Sancho se había ido sin querer aguardar á ver más sandeces, se subió sobre una punta de una alta peña, y allí tornó á pensar lo que otras muchas veces había pensado sin haberse jamás resuelto en ello, y era que cuál sería mejor y le estaría más á cuento: ¿imitar á Roldán en las locuras desaforadas que hizo, ó á[b] Amadís en las malencónicas[c]? Y, hablando entre sí mesmo[d], decía: «— Si Roldán fué tan buen caballero y tan valiente como todos dicen, ¡qué maravilla, pues al fin era encantado, y no le podía matar nadie sino era metiéndole un alfiler de á

a. ...y vió que Sancho se. Br.$_{1\text{-}2}$. = *b. ...ó Amadís en.* L.$_{1\text{-}2}$. = *c. ...en las malencólicas.* C.$_2$, Riv. — *...en las malenconías.* L.$_{1\text{-}2}$. — *...en las melancólicas.* Br.$_{1\text{-}2}$, Ton., Bow., Pell., Arr., Gasp., Mai., FK. = *d. ...mismo.* C.$_2$, Ton., Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Arg.$_{1\text{-}2}$, Mai., Benj., FK.

crédulo D. Quijote, está, como el claro-obscuro en la pintura, el alma de Sancho: el Sancho sencillo y receloso que, por temor á nuevo manteamiento, se niega á entrar en la venta; el Sancho cuya inocente malicia le hace substituir, en medio de vagos recuerdos, el «*soberana* princesa» por el epiteto de *sobajada*. Es el Sancho de siempre, el mismo que, en el cap. 22, hizo sobresaltar al noble hidalgo cuando le oyó decir: *gente forzada del rey*.

Línea 4. *...cuál sería mejor y le estaría más á cuento: ¿imitar á Roldán en las locuras desaforadas que hizo, ó á Amadís.* — No imitando los romances que, inspirados en el *Orlando furioso*, narran con asombro los diversos accidentes de la locura de Roldán, sino al calor del mismo poema de Ariosto, debió escribir el sin par novelista las anteriores palabras.

«Al despuntar el sol, junto á la fuente
Llega: allí de nuevo
Grabado nota el nombre del mancebo.
Lleno de odio, de cólera y vergüenza,
No bien lo mira, á Durindana saca
Y á esgrimirla comienza
Con furia tal, que el cielo, dividido
En menudos pedazos, saltar hace
El peñasco ó el árbol do esculpido
De Angélica ó Medoro el nombre yace.
Así destruye este vergel tranquilo
Do hallaban contra el sol y contra el hielo
Pastores y ganados un asilo.
Y en sus límpidas aguas arrojando
Las peñas y los árboles que trunca,
Las enturbió de modo
Que no volvieron á aclararse nunca.»
(*Orlando furioso*, canto XXIII.)

Aun rebajando de ella cuanto tiene de hiperbólica, todavía la locura de Roldán es bastante á poner en ridículo (no otro fué el blanco á que tiraba el novelista) la del héroe de la Mancha.

blanca por la punta[a] del pie, y él traía siempre los zapatos con siete suelas de hierro! Aunque no le valieron tretas[b] con[c] Bernardo del Carpio, que se las entendió y le ahogó entre los brazos en Roncesvalles. Pero, dejando en él lo de la valentía á una parte, vengamos á lo de[d] perder el juicio, que es cierto que le perdió por las señales que halló en la fontana[e] y por las nuevas que le dió el

a. ...por la planta. Cl., Riv., Mai. = *b. ...traerlas.* L.$_3$. = *c. ...contra.* L.$_3$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton., A.$_1$, Arr., Mai., FK. = *d. ...á lo del.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil. = *e. ...la fortuna.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_3$, Mil., Amb. — *...la floresta.* Br.$_{1\text{-}2}$, Ton. — *...fuente.* A.$_{1\text{-}2}$, Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Mai.

1. *...la punta del pie.* — Clemencin, Rivadeneyra y Máinez, leen (y parece ha de ser así) *planta*, pues el mismo Cervantes, hablando de Roldán en el cap. 32 de la II parte, dice: «...se cuenta que no podía ser ferido sino por la *planta* del pie izquierdo, y que esto había de ser con la punta de un alfiler gordo.»

También Hartzenbusch aconseja dicha lección en la pág. 59 de sus *1,633 notas al «Quijote»*. Mas, como no lo practicó así en sus ediciones de Argamasilla, con todo y ser nada pacato en la materia, nosotros nos limitamos á consignar en nota la variante propuesta, dejando, no obstante, el texto como se leía antes de Clemencin; pero no sin añadir que la frase *con un alfiler gordo* es rasgo humorístico debido á la inventiva del novelista y alteración deliberadamente hecha, como otras á que nos tiene acostumbrados.

2. *...no le valieron tretas con Bernardo del Carpio, que se las entendió y le ahogó entre los brazos en Roncesvalles.* — De los 54 romances que tratan de las hazañas de Bernardo del Carpio, en ninguno de ellos se lee diera muerte entre sus brazos á Roldán. Con las palabras que se comentan, no hizo otra cosa, nuestro ingenio, sino añadir á la leyenda de Bernardo otra hazaña más, atribuyéndole lo que con Roldán había hecho el moro Mandricardo:

«Bien quisiera poderse sin desdoro
De este combate retirar el moro.
Que su ardor no aprovecha, es manifiesto;
Pues, más que al que lo lleva,
Es cada golpe al que lo da funesto.
Por luchar aproximanse; y bien presto
Ase á Roldán el otro con deseo
De hacer en él la prueba
Que hizo el hijo de Jove con Anteo.»
(*Orlando furioso*, canto XXIII.)

No se achaque á falta de memoria, ni al confundir una leyenda con otra, ensalzar un héroe atribuyéndole hazañas por otro realizadas; antes bien parécenos que, poniendo sólo la mira en el fondo del argumento, en lo poético de la leyenda, á él encaminaba toda su narración, siéndole indiferente que, en lo accidental, sonase un nombre por otro, si es que acaso no lo hacía para que, como siempre, cayera el ridículo sobre los poemas caballerescos.

5. *...por las señales que halló en la fontana.* — Dudosa, evidentemente, la lección *fortuna*, apadrinada en las ediciones que precedieron á la de Ma-

pastor de que Angélica había dormido más de dos siestas con Medoro, un morillo de cabellos enrizados [a] y [b] paje de Agramante [c]; y si él entendió que esto era verdad, y que su dama le había cometido desaguisado, no hizo mucho en volverse loco. Pero, yo, ¿cómo puedo imitalle [d] en las locuras, si no le imito en la ocasión dellas? Porque mi [e] Dulcinea del Toboso [f] osaré yo jurar que no ha visto en todos los días de su vida moro alguno, así como él es, en su mismo traje, y que se está hoy como la [g] madre que la parió; y haríale

a. ...*entricados*. L.$_3$. — *b.* ...*enrizados paje de*. Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. — *c.* ...*de Dardinel de Almonte*. Mai. — *d.* ...*imitarle*. Bow., Mai. — *e. Porque Dulcinea*. V.$_{1\text{-}2}$, Mil. — *f.* ...*Dulcinea osaré yo*. Arg.$_3$. — *g.* ...*como su madre*. Br.$_{1\text{-}2}$, Mai.

yáns (1738), fué desechada, y entonces se hizo forzoso elegir una de estas tres: *floresta, fuente, fontana*. Ahora bien: el cajista de la primera de Cuesta pudo leer, por equivocación, *fortuna* donde el manuscrito rezaba (así lo creemos) *fontana;* mas ¿en qué se parece ninguno de estos vocablos á *floresta*, como con harta ligereza se estampó dos veces seguidas en las ediciones de Bruselas?

No afirmaremos que anduviese de todo punto descaminada la Real Academia Española haciendo suya la enmienda de Mayáns, ó sea *en la fuente*, porque, en verdad, nacía una fuente en la gruta en que Roldán halló las para él funestas señales; pero si merece aplauso, y muy sincero, rechazando, con la autoridad de que justamente goza, errores y rutinas. Quizá se habría puesto enteramente de acuerdo con el original leyendo *fontana*, por ser lo que más se parece á *fortuna*, que torpemente compuso el cajista. En resolución, *fontana* es voz más poética, más arcaica, y cuadra mejor con el pasaje imitación de los poemas caballerescos, ó, para decirlo concretamente, con el *Orlando furioso*.

2. ...*un morillo de cabellos enrizados*. — Muy feliz y oportuno estuvo Cervantes al aplicar á Medoro el calificativo de *morillo:* con tan hermoso epíteto nos recuerda la patria y hermosura del joven mancebo. Al escribir las palabras que se comentan, ¿estaría, por ventura, en su mente la descripción que hace Ariosto?:

«Por su beldad, Medoro
Era la flor del campamento moro.
Negros sus ojos, blanca
Era su faz, su cabellera de oro,
Cual la de un ángel del supremo coro.»
(*Orlando furioso*, canto XVIII.)

8. ...*está hoy como la madre que la parió*. — En las ediciones primera y segunda de Bruselas, así como en la de Máinez, se lee: *está hoy como su madre la parió;* variante que, por lo discreta, ha de constar en las notas; pero el hecho de haber sido tantos los que han pasado por aquí dejando intacto el pasaje, hace recelar que no pecaron de distraídos, siendo, como lo es, tan notoria la afirmación de que Dulcinea *se está hoy como la madre que la parió*. No es éste uno de los momentos lúcidos, antes bien uno de aquellos en los que D. Qui-

agravio manifiesto si, imaginando otra cosa della, me volviese loco de aquel género de locura de Roldán el furioso. Por otra parte, veo que Amadís de Gaula, sin perder el juicio y sin hacer locuras, alcanzó tanta fama de enamorado como el que más; porque lo que hizo, según su historia, no fué más de que [a], por verse desdeñado de su señora Oriana, que le había mandado que no pareciese ante su presencia hasta que fuese su voluntad [b], se retiró á la Peña Pobre, en compañía de un ermitaño, y [c] allí se hartó de llorar [d] (1) hasta que el cielo le acorrió en medio de su mayor cuita y necesidad. Y, si

a. ...*fué más que por verse*. Br.$_{1\text{-}2}$. — ...*más de por verse*. Mai. — *b.* ...*su voluntad. De que se retiró*. C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton., A.$_1$, Bow., Pell., Mai. — *c.* ...*un ermitaño allí*. Br.$_3$, Amb. — *d.* ...*se hartó de llorar y de encomendarse á Dios hasta que*. C.$_1$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Arg.$_3$, Mai., FK.

jote diríase hace alarde de su locura. ¿Por qué no admitir que se pusieron intencionadamente esas palabras en labios del loco? De todo pudo haber en la viña siendo Cervantes el viñador, pues de todo ello hay ejemplos en la presente historia.

8. ...*y allí se hartó de llorar hasta que el cielo le acorrió en medio de su mayor cuita y necesidad*. — Cuéntase, en la historia de *Amadís de Gaula* (2), cómo, estando Beltenebros en la Peña Pobre, fueron en su busca la doncella de Denamarca, Enil y Durin, y cómo, presa el caballero de horrible desmayo, cayó en tierra al verlas. Por disposición del ermitaño llevároule al lecho; y, antes que volviera en sí, la doncella entró en el aposento y, no pudiendo reprimir su pena, exclamó: «—¡Ay, santa María! ¿Qué es esto que veo? ¡Ay, señor! Vos sois aquél por quien mucho afán he tomado». É cayó de bruzas sobre el lecho, é, fincando los hinojos, le besó las manos muchas veces, é dijole: «—Señor, aquí es menester piedad é perdón contra aquella que vos erró; que si por su mala sospecha vos ha puesto injustamente en tal estrecho, ella con mucha causa é razón padece la vida más amarga que la propia muerte.» Beltenebros la tomó entre sus brazos é juntóla consigo, sin ninguna cosa le poder fablar. Ella, dándole la carta, le dijo: «—Ésta vos envía vuestra señora, é por mí vos face saber que, si vos sois aquel Amadís que ser solía, á quien ella tanto ama, que, poniendo en olvido lo pasado, luego seáis con ella en su castillo de Miraflores, donde con mucho vicio *(sic)* serán enmendados los dolores é angustias que el sobrado amor que vos tiene han causado.»

Él tomó la carta, é, después de la besar muchas veces, púsola encima del corazón, é dijo: «—¡Oh atribulado corazón, que tanto tiempo con tan gran-

(1) ...*y allí se hartó de llorar y de encomendarse á Dios hasta que el cielo le acorrió en medio*, etc. — Así se lee en la *princeps*, á la que siguieron y han seguido, en este punto, algunos editores.

La Inquisición dejó pasar la frase *y de encomendarse á Dios* que, ciertamente, si se pusiera á discusión, daría lugar á graves juicios en las aulas de Teología; pero el buen sentido fué parte á que, sin advertencia alguna, se suprimiese en la segunda edición del primer impresor del *Quijote*. Á ello nos atenemos.

(2) Lib. II, cap. 9.

esto es verdad, como lo es, ¿para qué quiero yo tomar trabajo ahora[a] de desnudarme del todo, ni dar pesadumbre á estos árboles, que no me han hecho mal alguno, ni tengo para qué[b] enturbiar el agua clara destos arroyos, los cuales me han de dar de beber cuando tenga gana? Viva la memoria de Amadís, y sea imitado de D. Quijote de la Mancha en todo lo que pudiere; del cual se dirá lo que del otro se dijo, que, si no acabó grandes cosas[c], murió por acometellas[d]; y, si yo no soy desechado ni desdeñado de mi[e] Dulcinea, bástame, como ya he dicho, estar ausente della. Ea, pues: manos á la obra: venid á mi memoria, cosas de Amadís, y enseñadme por dónde tengo de comenzar á imitaros. Mas[f] ya sé que lo más que él hizo fué rezar, y[g] así lo haré yo.»

Y sirviéronle de rosario unas agallas grandes de un alcornoque, que ensartó, de que hizo un diez, y lo que le fatigaba mucho era

a. ...*agora*. ARG.$_{1\text{-}3}$, BENJ. = *b.* ...*ni para que tengo de enturbiar el*. ARG.$_{1\text{-}3}$, BENJ. = *c.* ...*si no acabó cosas grandes, murió*. TON. = *d.* ...*acometerlas*. MAI. = *e.* ...*ni desdeñado de Dulcinea del Toboso, bástame*. C.$_1$, L.$_{1\text{-}3}$, ARG.$_3$, MAI., FK. = *f. Pero ya sé*. TON. = *g.* ...*fué rezar así lo haré yo*. BR.$_3$, AMB. — ...*fué rezar y encomendarse á Dios. Pero ¿qué haré de rosario que no le tengo? En esto le vino al pensamiento cómo le haría y fué que rasgó una gran tira de las faldas de la camisa que andaban colgando y dióle once ñudos, el uno más gordo que los demás, y esto le sirvió de rosario el tiempo que allí estuvo, donde rezó un millon de Ave-Marías, y lo que le fatigaba mucho era*. C.$_1$, L.$_{1\text{-}3}$. — Lisboa tercera sigue á la Cuesta primera: solamente difiere de ésta en *una gran tira de las faldas de la camisa que andaban colgando*, que cambia en *una tira de la manera la camisa que andaba colgando*. Máinez dice *nudos* en vez de *ñudos*, y Fitzmaurice-Kelly pone *de faldas* en lugar de *de las faldas*. — ...*fué rezar y encomendarse á Dios. Pero ¿de qué haré rosario que no le tengo? En esto le vino al pensamiento cómo le haría y fué de unas agallas grandes de un alcornoque que ensartó, de que hizo un diez, y esto le sirvió de rosario el tiempo que allí estuvo donde rezó un millar de Ave-Marías, y lo que le fatigaba mucho era*. ARG.$_1$, BENJ. — La segunda edición de Argamasilla intercala en esta frase, entre las palabras *diez é y, con una más gorda que las demás*.

des angustias, derramando tantas lágrimas, te has podido sostener, fasta ser llegado en el estrecho de la cruel muerte: rescibe esta melecina, que para la tu salud ninguna otra bastar pudiera; quita aquellas nieblas de gran tenebregura de que fasta aqui cubierto estabas; toma esfuerzo con que puedas servire á aquella tu señora la merced que en te quitare de la muerte te face!»

Leida la carta, el alegria de Beltenebros fué tan sobrada, que, así como la pasada tristeza, con ella desmayado fué, cayendo las lágrimas por sus mejillas sin las sentir; y luego fué acordado por ellos que, dando á entender á todos los que allí venian que la doncella por servicio de Dios le sacaba de aquel logar, donde para su salud aparejo ninguno no habia.»

No es aquí donde brilla el genio de Cervantes; pues, con no ser copia de Amadís la penitencia de nuestro andante, la huella que dejó aquél se hace tan patente, que el comentador ha de consignarlo, sin que ello envuelva censura alguna.

no hallar por allí otro ermitaño que le confesase y con quien consolarse; y, así, se entretenía paseándose por el pradecillo, escribiendo y grabando por[a] las cortezas de los árboles y por[b] la menuda arena muchos versos, todos acomodados á su tristeza, y algunos en alabanza de Dulcinea[c]. Mas los[d] que se pudieron hallar enteros y que se pudiesen leer, después que á él allí le hallaron, no fueron más que estos que aquí se siguen:

«Árboles, hierbas y plantas
Que en aqueste[e] sitio estáis,
Tan altos[f], verdes y tantas:
Si de mi mal no os holgáis,
Escuchad mis quejas santas.
Mi dolor no os alborote,
Aunque[g] más terrible sea;
Pues, por pagaros escote,
Aquí lloró D. Quijote
Ausencias de Dulcinea[h]
Del Toboso.

Es aquí el lugar adonde
El amador más leal
De su señora se esconde,
Y ha venido á tanto mal
Sin saber cómo ó por dónde.

a. ...*en las*. TON. = *b.* ...*y en la*. TON. = *c.* ...*de Dulcinea del Toboso; mas los*. FK. = *d.* ...*mas lo que se*. BR.$_3$, FK. = *e.* ...*en aquí sitio*. V.$_{1\text{-}3}$, MIL. = *f. Tan altas*. C.$_3$, BOW. = *g. Aunque el más*. ARG.$_{1\text{-}3}$, BENJ. = *h.* ...*Dulcenea*. BR.$_{1\text{-}3}$.

13 (pág. 240). *Y sirviéronle de rosario unas agallas grandes de un alcornoque.* — Esa camándula (nombre que da el léxico á un diez de rosario)... esa camándula, hecha, en la primera edición de Cuesta, de una gran tira que rasgó de las faldas de la camisa, dándole once *ñudos*, el uno más gordo que los demás; trocada luego en la segunda edición en once agallas de un alcornoque, que ensartó para que formasen un diez; esa enmienda, no debida, ciertamente, á la Inquisición, sino acaso á la advertencia de cariñoso amigo, bien al mal efecto que pudo observar Cervantes en los que leyeran el *Quijote* en presencia suya; ya, en fin, por reflexión propia y escrúpulo de buen cristiano que le asaltó cuando el libro andaba de molde; ese cambio, mandado introducir en la segunda impresión, es muy significante, y prueba que, en ciertos pormenores, por numerosos que sean los descuidos, hubo más diligencia y miramiento de lo que, con harta ligereza, afirman los que pasaron de corrido por el texto del *Quijote*.

Tráele amor al estricote,
Que es de muy mala ralea;
Y, así, hasta henchir un pipote,
Aquí lloró D. Quijote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.

Buscando las aventuras
Por entre las duras peñas,
Maldiciendo entrañas duras
(Que entre riscos y entre breñas
Halla el triste desventuras),
Hirióle amor con su azote,
No con su blanda correa;
Y, en tocándole el[a] cogote,
Aquí lloró D. Quijote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.»

No causó poca risa, en los que hallaron los versos referidos, el[b] añadidura[c] *del Toboso* al nombre de Dulcinea, porque imaginaron que debió de imaginar D. Quijote que, si en nombrando á Dulcinea no decía también *el*[d] *Toboso*, no se podría entender la copla; y, así fué la verdad, como él después confesó. Otros muchos escribió; pero, como se ha dicho, no se pudieron sacar en limpio ni enteros

a. ...*tocándole al cogote.* C.$_3$, L.$_{1\text{-}3}$, A.$_3$, Bow., Arr., Cl., Riv., Gasp., Arg.$_{1\text{-}3}$, Mai., Benj., FK. — *b.* ...*la.* Mai. — *c.* ...*añadiduro.* Br.$_3$, Amb. — *d.* ...*del Toboso.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}3}$, Br.$_{1\text{-}3}$, Ton., Arr., Arg.$_{1\text{-}3}$, Mai., Benj.

3. ...*hasta henchir un pipote.* — De menor cavidad que la pipa, tiene varios usos; pero siempre se emplea en pequeños envases de vinos, licores, mariscos y otras cosas.

Llenarlo, pues, de lágrimas es encarecimiento que toca, mejor dicho, que entra de lleno en los dominios de la hipérbole, así como en los de la verdadera ironía.

Conviene recordar lo que, hablando de una de las obras menores de nuestro ingenio, dice un insigne cervantista:

«Á una vieja borracha y ladrona, brava catadora de vinos, que tomando de manos de la Escalanta, lleno del trasañejo del Guadalcanal, aquel grande corcho en que cabía entera un azumbre, y soplándole la espuma, por huir de pompas y vanidades, dice piadosamente que «Dios dará fuerzas para todo»; y, ya resignada, trasiega del corcho al estómago, «de un tirón y sin tomar aliento», los cuatro cuartillos; ¿cómo podía llamarse sino *la Pipota*?»

más destas tres coplas. En esto, y en suspirar, y en llamar á los faunos y silvanos de aquellos bosques, á las ninfas de los ríos, á la dolorosa y húmida[a] Eco, que le respondiesen[b], consolasen y escuchasen, se entretenía, y en buscar algunas hierbas con que sustentarse en tanto que Sancho volvía; que si, como tardó tres[c] días,

a. ...*dolorosa y tímida Eco.* Arg.$_2$. — *b.* ...*que le respondiese.* C.$_{1\text{-}2}$, L.$_2$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb. — ...*que le escuchasen, respondiesen y consolasen, se entretenía.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. — *c.* ...*como tardó dos días.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj.

2. ...*á la dolorosa y húmida Eco.* — Punto y blanco de censura fué para Hartzenbusch el adjetivo *húmida*. Intentó demostrar la impropiedad de su empleo escribiendo: «Á la remedadora *Eco*, ninfa de tierra, no parece natural que aplicara Cervantes el calificativo de *húmeda*, más propio de las ninfas de agua: *tímida* le convendría mejor, porque el eco habla siempre sin dejarse ver y de lejos.»

Muy sutilísimo anduvo en ello el apasionado cervantista. Cierto: según la mitología, *Eco*, hija del Aire y de la Tierra, residía en las orillas del Cefiso, y formaba parte del séquito de Juno, habiéndosele confiado procurase entretener á ésta mientras el padre de las divinidades distraía sus ocios con las otras diosas. Comprobada la traición, *Eco* perdió el uso de la palabra. Decimos «perdió» porque sólo se le consentía repetir la sílaba final del último vocablo.

Pero, como se dice también de esta ninfa que, enamorada de Narciso, no recibía sino palabras de desabrimiento, causa de profunda pena para ella, y, no hartándose de llorar, el sentimiento fué consumiéndola hasta el punto de perder la voz, quedándole sólo un lastimero *eco* con que respondía débilmente á lo que se hablaba; tal leyenda fué, sin duda, lo que movió á novelistas y poetas, cuando de esta fábula trataban, á usar con entera propiedad el epiteto *húmida*.

4. ...*se entretenía, y en buscar algunas hierbas con que sustentarse.* — Tiene el malhadado simbolismo tal fuerza de sugestión, que trueca en visionarios aun á aquellos cuyos nombres se han de pronunciar siempre con profundo respeto.

¡Quién lo hubiera imaginado! Bowle, celebrado hispanófilo de la centuria XVIII; Bowle, que con pacientísimo amor abrió las puertas del cervantismo; Bowle, pastor protestante, libre de prejuicios en la obra que le ha inmortalizado; Bowle (¿por qué no decirlo?) tuvo también desfallecimientos en otro de sus libros: en *A Letter to the Reverend Dr. Percy concerning, a new and classical edition of Historia del valeroso cavallero Don Quixote de la Mancha* (1).

Pero su misma incertidumbre, sus vacilaciones, prueban que, el trabajo escrito cuatro años antes de aparecer su famosa obra, es pura *fantasía*, por ventura engendrada en momentos de enojo.

Veámoslo:

«D. Gregorio Mayáns, en su *Vida de Cervantes*, dice que algunos han llegado á imaginar que el autor del *Don Quijote* pretendió representar en este

(1) London, MDCCLXXVII.

tardara tres[a] semanas, el caballero de la Triste Figura quedara tan desfigurado que no lo[b] conociera la madre que lo parió.

Y será bien dejalle[c] envuelto entre sus suspiros[d] y versos, por contar lo que le avino á Sancho Panza en su mandadería; y fué que, en saliendo al camino real, se puso en busca del del[e] Toboso,

a. ...tardara dos semanas. ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ. = *b. ...que no le conociera.* L.$_{1\text{-}2}$, ARG.$_{1\text{-}2}$, MAI., BENJ. = *c. ...dejarle envuelto.* MAI. = *d. ...entre sus sospiros.* BR.$_{1\text{-}2}$. = *e. ...en busca del Toboso.* C.$_3$, L.$_3$, PELL., RIV., GASP.

héroe al emperador Carlos V; mientras otros, con no mayor fundamento, son de opinión que el satirizado fué el cardenal duque de Lerma. En esta incertidumbre, y sin que yo pretenda dogmatizar, creo recibiréis con vuestro habitual candor *mis fantasías*, y os será fácil conjeturar que Ignacio de Loyola puede haber sido aludido como persona muy digna de ser dada á conocer, pues como dice, no sin razón, un escritor francés, Ignacio fué tan famoso, en sus correrías de espiritual caballería, como su ilustre compatriota D. Quijote al salir por el mundo en busca de aventuras.» (1)

Largo es el preámbulo para una nota; pero de industria hanse omitido otras, á fin de que, juntas en una, pueda verse más claramente lo caprichoso del simbolismo.

Andante caballero de Cristo en sentir de unos; caballero de la *Triste Figura* para otros; el hombre de voluntad más firme y robusta, en la alborada de los tiempos modernos, á juicio de los que sólo ponen la mira en el lado poético de las cosas; Iñigo de Loyola es el gran sonámbulo, el gran Quijote, de tal suerte contenido en los libros de caballerías, que Cervantes no acertó sino á comentarlo y traducirlo cuando dijo en el cap. 3:

«...y así se dió luego orden como velase las armas en un corral grande que á un lado de la venta estaba, y, recogiéndolas D. Quijote todas, las puso sobre una pila que junto á un pozo estaba; y, embrazando su adarga, asió de su lanza, y con gentil continente se comenzó á pasear delante de la pila, y cuando comenzó el paseo comenzaba á cerrar la noche.»

No es esto, — escriben los que, inspirándose en Bowle, han sacado sus últimas consecuencias; — no es, — dicen, — parodia de las ceremonias religiosas practicadas por los que velaban las armas en una iglesia ó capilla antes de recibir la honrosa orden de caballería; sino velada sátira de esotro:

«...como hubiese leído (San Ignacio) en sus libros de caballerías que los caballeros noveles solían velar sus armas; por imitar él, como caballero novel de Cristo, con espiritual representación, aquel hecho caballeroso, y velar sus nuevas y, al parecer, pobres y flacas armas, mas en hecho de verdad muy ricas y muy fuertes, que contra el enemigo de nuestra naturaleza se había vestido; toda aquella noche, parte en pie y parte de rodillas, estuvo velando delante de la imagen de Nuestra Señora, encomendándose de corazón á ella, llorando amargamente sus pecados y proponiendo la enmienda de la vida para en adelante.» (RIVADENEYRA. *Vida de San Ignacio*, lib. I, cap. 4. — Madrid, 1895.)

Fácil sería, — continúa Bowle, — proseguir la comparación de ambos ilustres caballeros en este particular; pero veamos cómo el heroísmo de Igna-

(1) BOWLE. Obra citada, pág. 50.

y otro día llegó á la venta donde le había sucedido la desgracia de la manta; y no la hubo bien visto, cuando le pareció que otra vez andaba en[a] los aires, y no quiso entrar dentro, aunque llegó á hora que lo pudiera y debiera hacer, por ser la del comer, y llevar en deseo de gustar algo caliente, que había[b] grandes días que todo era fiambre.

Esta necesidad le forzó á que llegase junto á la venta, todavía dudoso si entraría ó no; y, estando en esto, salieron de la venta dos personas, que luego le conocieron, y dijo el uno al otro: «— Dí-

a. ...andaban los aires. V.$_{1\text{-}2}$, MIL. = *b. ...habían.* AMB.

cio se confunde con la doctrina del *Quijote*, respecto á no lamentarse por el dolor de graves heridas. Sea ejemplo: «...no es dado á los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se le salgan las tripas por ella.» (I, cap. 8.)

Oigamos luego á Rivadeneyra hablando de su biografiado:

«La herida de Loyola en Pamplona es muy conocida; pero no así el sufrimiento en la operación que le hicieron aquellos poco hábiles cirujanos. Pues ni mudó color, ni gimió, ni suspiró, ni hubo siquiera un ¡ay!, ni dijo palabra que mostrase flaqueza.»

Continúan hablando los ingeniosos rebuscadores de analogías:

Si D. Quijote hace dura penitencia en Sierra Morena, ¿quién no ve, — escriben los que supieron por tercera mano lo dicho por Bowle siglo y medio há, — la semejanza con aquella otra de Iñigo de Loyola en Manresa: «Vínole al pensamiento un ejemplo de un santo que, para alcanzar de Dios una cosa que le pedía, determinó de no desayunarse hasta alcanzarla. Á cuya imitación propuso él también de no comer ni beber hasta hallar la paz tan deseada de su alma, si ya no se viese, por ello, á peligro de morir...»? (RIVADENEYRA. *Vida de San Ignacio*, lib. I, cap. 6.)

No ya las coincidencias aquí apuntadas, sino otras muchas, pudieran aducirse; pero como el comentarista inglés las llamó *fantasías*, juego de la imaginación, no entendemos (digan cuanto les plazca los que en tales simbolos descubren como el evangelio del cervantismo) merezcan más crédito que otras briosamente rechazadas por escritores nada pacatos, Valera pongamos por caso.

Síntesis de la imaginación y de las creencias de nuestro pueblo, creencias no sólo religiosas, sino también políticas, morales, científicas y literarias; creencias que, con singular ingenio, abrazan las de todos los pueblos, las de todos los siglos; en el *Don Quijote*, sin que se descubra propósito deliberado de ataque ni defensa, se exponen las ideas religiosas, como todas las demás, con tal donaire, que sorprende al lector moderno topar con frases como estas: «Este caballero fué uno de los mejores andantes que tuvo la milicia divina: llamóse don San Jorge, y fué además defendedor de doncellas.» (II, cap. 58.)

Á San Pablo, le llama, D. Quijote, «caballero andante por la vida y santo á pie quedo por la muerte, trabajador incansable en la viña del Señor, doctor de las gentes, á quien *sirvieron de escuelas los cielos*, y de catedrático y maestro que le enseñase el mismo Jesucristo.» (II, cap. 58.)

game, señor licenciado: aquel del caballo ¿no es Sancho Panza, el que dijo el ama de nuestro aventurero que había salido con su señor por escudero?

— Sí es, — dijo el licenciado; — y aquel es el caballo de nuestro D. Quijote.»

Y conociéronle tan bien como aquellos que eran el cura y el barbero de su mismo lugar, y los que hicieron el escrutinio y auto[a] general de los libros; los cuales, así como acabaron de conocer á[b] Sancho Panza y á Rocinante, deseosos de saber de[c] D. Quijote, se fueron á él, y el cura le llamó por su nombre, diciéndole: «— Amigo Sancho Panza[d]: ¿adónde queda vuestro amo?»

Conocíólos[e] luego Sancho Panza, y determinó de encubrir el lugar y la suerte dónde y cómo su amo quedaba; y, así, les respondió que su amo quedaba ocupado en cierta parte y en cierta cosa que le era de mucha importancia, la cual él[f] no podía descubrir, por los ojos que en la cara tenía.

«— No, no, — dijo el barbero, — Sancho Panza: si vos no nos decís dónde queda, imaginaremos, como ya imaginamos, que vos le habéis muerto y robado, pues venís encima de su caballo. En verdad que nos habéis de dar el dueño del rocín, ó, sobre eso, ¡morena!

— No hay para qué conmigo amenazas[g], que yo no soy hombre que robo ni mato á nadie: á cada uno mate su ventura, ó Dios, que le hizo. Mi amo queda haciendo penitencia en la mitad desta montaña, muy á su sabor.»

Y, luego, de corrida y sin parar, les contó de la suerte que quedaba[h], las[i] aventuras que le habían[j] sucedido, y cómo llevaba la carta á la señora Dulcinea del Toboso, que era la hija de Lorenzo

a. ...el escrutinio y acto. C.$_{1\text{-}2}$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, BR.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, MIL., AMB., TON., A.$_1$, MAI., FK. — *b. ...de conocer Sancho.* L.$_{1\text{-}2}$. — *...de conocer de Sancho.* L.$_3$. — *c. ...deseosos de saber D. Quijote.* L.$_3$. — *d. Amigo Sancho, ¿adónde queda.* L.$_{1\text{-}2}$, BR.$_3$. — *e. Conocióles luego.* GASP. — *f. ...la cual no podia descubrir.* C.$_3$, BOW. — *g. ...que conmigo amenazas, dijo Sancho Panza, que yo no soy hombre.* BR.$_1$, TON. — *...amenazas, dijo Sancho, que yo no soy.* BR.$_2$. — *h. ...que quedaba y como llevaba la carta.* ARG.$_3$. — *i. ...que quedaba las primeras aventuras.* ARG.$_1$, BENJ. — *j. ...que le habian con él sucedido.* ARG.$_1$, BENJ.

23. *...á cada uno mate su ventura, ó Dios, que le hizo.* — Oportunisima contestación la de Sancho: con su buen sentido rebate en forma incontestable los graves cargos del barbero al decir, sin duda para amedrentarle, que habia muerto y robado á su amo. Lo contingente, lo casual, lo que nace de propia ventura, la Providencia, todo, según las diversas creencias, está expresado en el dicho popular: *Á cada uno mate su ventura, ó Dios, que le hizo.*

Corchuelo, de quien estaba enamorado hasta los hígados. Quedaron admirados los dos de lo que Sancho Panza les contaba; y, aunque ya sabían la locura de D. Quijote y el género della, siempre que la oían se admiraban de nuevo. Pidiéronle á Sancho Panza[a] que les enseñase la carta que llevaba á la señora[b] Dulcinea del Toboso. Él dijo que iba escrita en un libro de memoria, y que era orden de su señor que la hiciese trasladar en papel en el primer lugar que[c] llegase; á lo cual dijo el cura que se la mostrase, que él la trasladaría de muy buena letra. Metió la mano en el seno, Sancho Panza, buscando el librillo; pero no le halló, ni le podía[d] hallar si le buscara hasta ahora[e], porque se había quedado D. Quijote con él, y no se le[f] había dado, ni á él se le[g] acordó de pedírsele[h]. Cuando Sancho vió que no hallaba el libro, fuésele parando mortal el rostro, y, tornándose á tentar todo el cuerpo muy apriesa[i], tornó á echar de ver que no le[j] hallaba; y, sin más ni más, se echó entrambos puños á las barbas y se arrancó la mitad dellas; y, luego, apriesa[k] y sin cesar, se dió media docena de puñadas en el rostro y en las narices, que se las bañó todas en sangre.

Visto lo cual por el cura y el barbero, le dijeron que qué le había sucedido, que tan mal se paraba.

«— ¿Qué me ha de suceder, — respondió Sancho, — sino el haber perdido, de una mano á otra, en un instante[l], tres pollinos, que cada uno era como un castillo?

— ¿Cómo es eso? — replicó el barbero.

— He perdido el libro de memoria, — respondió Sancho, — donde venía la[m] carta para Dulcinea, y una cédula firmada de mi[n] señor, por la[ñ] cual mandaba que su sobrina me diese tres pollinos, de cuatro ó cinco que estaban en casa.» Y, con esto, les contó la pérdida del rucio.

a. Pidiéronle á Sancho que les. BR.$_3$. — *b. ...que llevaba á Dulcinea del Toboso.* L.$_3$. — *c. ...lugar donde llegase.* BR.$_{1\text{-}2}$. — *d. ...ni le pudiera hallar si le.* BR.$_{1\text{-}2}$. — *...ni le podria hallar.* ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ. — *e. ...agora.* ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ. — *f. ...lo habia dado.* V.$_{1\text{-}2}$, MIL. — *g. ...ni él se acordó.* GASP. — *h. ...de pedírselo.* V.$_{1\text{-}2}$, MIL. — *i. ...muy aprisa tornó.* MAI. — *j. ...que no lo hallaba.* V.$_{1\text{-}2}$, MIL. — *k. ...luego aprisa y sin.* MAI. — *l. ...en un estante tres pollinos.* C.$_{1\text{-}2}$, L.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, BR.$_3$, MIL., AMB., A.$_1$, FK. — *m. ...donde venia carta para Dulcinea.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, L.$_3$, V.$_{1\text{-}2}$, MIL., BOW. — *n. ...firmada de su señor.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, MIL., BOW. — *ñ. ...por lo cual mandaba.* MIL.

28. *Y, con esto, les contó la pérdida del rucio.* — Así se lee en la primera de Cuesta. ¿No prueba esto que Cervantes había escrito ya para la *princeps* el robo del jumento?

Véase lo dicho en las *Observaciones generales* que encabezan este tomo.

Consolóle el cura, y díjole que, en hallando á su señor, él le haría revalidar la manda, y que tornase á hacer la libranza en papel, como era uso y costumbre; porque las que se hacían en libros de memoria jamás se acetaban[a] ni cumplían.

Con esto se consoló Sancho, y dijo que, como aquello fuese así[b], que no le daba mucha[c] pena la pérdida de la carta de Dulcinea, porque él la sabía casi de memoria, de la cual se podría[d] trasladar donde y cuando quisiesen.

«— Decidla[e], Sancho, pues, — dijo el barbero; — que después la trasladaremos.»

Paróse Sancho Panza á rascar la cabeza para traer á la memoria la carta, y ya se ponía sobre un pie y ya sobre otro; unas veces miraba[f] al suelo, otras al cielo; y, al cabo[g] de haberse roído la mitad[h] de la yema de un dedo, teniendo suspensos á los que esperaban que ya la dijese, dijo al cabo de[i] grandísimo rato: «— Por Dios, señor licenciado, que[j] los diablos lleven la cosa que de la carta se me acuerda; aunque en el principio decía: *Alta y sobajada señora.*

— No dirá[k], — dijo el barbero, — sobajada, sino sobrehumana ó soberana señora.

— Así es, — dijo Sancho. — Luego, si mal no me acuerdo[l], proseguía[m], si mal no me acuerdo[n]... *el llagado*[ñ] *y falto de sueño, y el*

a. ...jamás se aceptaban. Mai., FK. = *b. ...fuese ansi.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}3}$. = *c. ...que no le daba pena la pérdida.* Ton. = *d. ...se podía trasladar.* Ton. = *e. Decildo, Sancho.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_3$, Mil., Amb. — *Decilda.* A.$_1$, Pell., Arg.$_1$, Benj. — *Decilda, pues, Sancho, dijo el barbero.* Ton. = *f. ...mira al suelo.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil. = *g. ...otras al cielo y después de haberse.* Br.$_{1\text{-}2}$. = *h. ...metad de la yema.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil. = *i. ...dijo al cabo de un grandísimo.* C.$_3$, Bow. = *j. ...señor licenciado, los diablos lleven.* Br.$_{1\text{-}2}$. = *k. No diría.* Br.$_{1\text{-}2}$, Arg.$_{1\text{-}2}$, Mai., Benj., FK. = *l. Luego proseguía, si mal no me acuerdo.* Br.$_{1\text{-}2}$. = *m. ...prosiguía.* L.$_3$. = *n. ...proseguía el.* Ton. = *ñ. ...el llego.* C.$_{1\text{-}2}$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_3$, Mil., Amb., FK.

2. *...y que tornase á hacer la libranza en papel, como era uso y costumbre; porque las que se hacian en libros de memoria jamás se acetaban ni cumplian.* — Á los que motejan á Cervantes de desmemoriado porque olvidaba al punto mucho de lo que había consignado en páginas anteriores, háseles de responder que no padeceria siempre tal achaque quien, recelando se le pudiera objetar por haber dicho, en el capítulo anterior, que D. Quijote había escrito, en el librillo de memorias hallado en la maleta de Cardenio, la famosa cédula para que la sobrina entregase á Sancho tres pollinos, vuelve ahora sobre ello y, rectificándose, pone en boca del cura las palabras objeto de este comentario.

17. *Alta y sobajada señora.* — Como traída de la mano pone el autor en boca de Sancho la palabra *sobajada* por *soberana*. Difícilmente se encontrará, en el idioma, otro epíteto más antitético entre la idea por él expresada y aquel de-

ferido besa á vuestra merced las manos, ingrata y muy desconocida hermosa; y no sé qué decía de salud y enfermedad que le[a] enviaba, y por aquí iba escurriendo[b] hasta que acababa en *Vuestro hasta la muerte, El Caballero de la Triste Figura.*»

No poco gustaron los dos de ver la buena memoria de Sancho Panza, y alabáronsela mucho, y le pidieron que dijese la carta otras dos veces, para que ellos asimismo[c] la tomasen de memoria para trasladalla[d] á su tiempo. Tornóla á decir Sancho[e] otras tres[f] veces, y otras tantas volvió[g] á decir otros tres mil disparates. Tras esto contó, asimismo[h], las[i] cosas de su amo; pero no habló palabra acerca del manteamiento que le había sucedido en aquella venta, en la cual rehusaba entrar. Dijo también como su señor, en trayendo que le trujese[j] buen despacho de la señora Dulcinea del Toboso, se había de poner en camino á procurar cómo ser emperador, ó por[k] lo menos monarca; que así lo tenían concertado entre los dos, y era cosa muy fácil venir á serlo, según era el valor de su persona y la fuerza de su brazo; y que, en siéndolo[l], le había de casar á él, porque ya sería viudo (que no podía ser menos), y le había de dar por mujer á una doncella de la emperatriz, heredera de un rico y grande estado de tierra firme, sin ínsulos ni ínsulas[m], que ya no las[n] quería. Decía esto Sancho con tanto reposo, limpiándose de cuando en cuando las narices, y con tan poco juicio[ñ],

a. ...que la enviaba. Mai. = *b. ...y por aquí iba discurriendo.* L.$_3$. = *c. ...ansimesmo.* C.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., A.$_1$, Pell. — *...ansimismo.* C.$_3$, A.$_2$, Bow., Cl., Riv., Gasp. — *...asimesmo.* Ton. = *d. ...trasladarla á su tiempo.* Mai. = *e. Tornóla á decir otras.* Cl. = *f. ...otras dos veces.* L.$_3$. = *g. ...y otras tantas tornó á decir.* Ton. = *h. ...contó asimesmo.* C.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Amb., Ton., A.$_1$. — *...ansimismo.* C.$_3$. — *...ansimesmo.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil. = *i. ...asimismo otras cosas.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *j. ...trajese.* Mai. = *k. ...ó á lo menos.* L.$_3$. = *l. ...en siéndole.* C.$_1$. = *m. ...sin ínsulas ni ínsulos.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. — *...sin ínsulos y ínsulas.* FK. = *n. ...no los quería.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *ñ. ...y tan en su juicio.* Br.$_{1\text{-}2}$, Ton.

chado de perfección, aquella belleza ideal representada en la mente de D. Quijote por el tipo inmortal de Dulcinea.

Fuera ó no intencionado, que á esto último nos inclinamos, el equívoco de Sancho diríase un dardo juvenalesco, una flecha con la que se hieren, no de soslayo, sino de frente y en la cruda forma de un Quevedo, los sentimientos más delicados de un alma inmaculada, de la sin par Dulcinea, que ciñe á su frente la aureola de intachable pureza.

La crueldad del vocablo es manifiesta, á juzgar por analogía, en los dos ejemplos que siguen:

«*Sobajéle* las barbas, *ajéle* los bigotes, *rasquéle* las mejillas, *lavéle* los labios y *despolvoréle* las narices.» *(Esteb.*, cap. 2.) — «Convierto las violetas en ponzoña, pongo en la nieve manchas, maltrato y *sobajo* con el pensamiento la fresca rosa.» *(Alfar.*, lib. I, cap. 1.)

que los dos se admiraron de nuevo, considerando cuán vehemente había sido la locura de D. Quijote, pues había llevado tras sí el juicio de aquel pobre hombre. No quisieron cansarse en sacarle del error en que estaba, pareciéndoles que, pues que[a] no le dañaba nada la conciencia, mejor era dejarle en él, y á ellos les sería de más gusto oir sus necedades; y, así, le dijeron que rogase á Dios por la salud de su señor; que cosa contingente y muy agible era venir con el discurso del tiempo á ser emperador, como él decía, ó por lo menos arzobispo, ó[b] otra dignidad equivalente.

a. ...parceiéndoles que pues no le dañaba. L.$_{1\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}3}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton., A.$_1$, Bow., Pell., Arr., Gasp., Arg.$_{1\text{-}3}$, Mai., Benj., FK. = *b. ...arzobispo ú otra dignidad.* Gasp., Arg.$_{1\text{-}3}$, Mai., Benj., FK.

1. *...los dos se admiraron de nuevo, considerando cuán vehemente había sido la locura de D. Quijote, pues había llevado tras sí el juicio de aquel pobre hombre.* — Aunque lo acredite la experiencia y vengan á corroborarlo los conocidos refranes «Dime con quién andas, te diré quién eres» y «un loco hace ciento», todavía el hecho de verlo con sus mismos ojos, y como tocarlo con sus propias manos, pudo ser causa de admiración en el cura y el barbero, por más que parezca lógica y natural la simplicidad de Sancho al verle tocando ya en los linderos de la locura.

«...estemos á la mira, — dijo más adelante el primero de dichos personajes; — veremos en lo que para esta máquina de disparates de tal caballero y de tal escudero; que parece que los forjaron á los dos en una mesma turquesa, y que las locuras del señor sin las necedades del criado no valian un ardite.» (II, cap. 2.)

Acertado estuvo D. Manuel de la Revilla, en su *Interpretación simbólica del Quijote* (1), al escribir:

«No es Sancho un espíritu perverso y corrompido; antes bien, tiene un fondo de nativa honradez que le libra de caer en los vicios á que pudiera arrastrarle su bajo concepto de la vida; pero el interés personal le extravía hasta tal punto, que llega á comprometerle en las locas aventuras de su amo. Por eso participa de los fracasos de éste, mostrándose de tal manera, no sólo que los extremos se tocan, sino que la realidad castiga con igual rigor á los que la desconocen por lanzarse á imaginarias regiones, y á los que no la desconocen menos, por negar lo que hay en ella de grande y elevado. Sancho es, por esta razón, tan real y universal como D. Quijote, y, como él, representa un aspecto total de la humanidad.»

7. *...cosa contingente y muy agible era venir con el discurso del tiempo á ser emperador.* — Dice el descontentadizo Clemencín: «*Agible* por *factible*, es palabra nueva, y dudo que, entre los escritores castellanos, tenga otra autoridad que la de este pasaje.»

No pensaba como este crítico la Real Academia Española, puesto que, en 1726, escribió en su *Diccionario de Autoridades*: «AGIBLE, adj. de una term.

(1) Artículo publicado en la *Ilustración Española y Americana* de 23 de Abril de 1875.

Á lo cual respondió Sancho: « — Señores: si la fortuna rodease las cosas de manera que á mi amo le viniese en voluntad de no ser emperador, sino de ser arzobispo, querría yo saber ahora[a] qué suelen dar los arzobispos andantes á sus escuderos.

— Suélenles dar, — respondió el cura, — algún beneficio simple ó curado, ó alguna sacristanía que les vale mucho de renta rentada, amén del pie de[b] altar, que se suele estimar en otro tanto.

— Para esto[c] será menester, — replicó Sancho, — que el escudero no sea casado, y que sepa ayudar á misa por lo menos; y, si esto es así, desdichado de[d] yo, que soy casado y no sé la primera letra del A B C. ¿Qué será de mí si á[e] mi amo le da antojo de ser

a. ...yo saber agora. Arg.$_{1\text{-}3}$, Benj. = *b. ...amén del pie del altar.* V.$_{1\text{-}3}$, Ton. = *c. Para eso será menester.* L.$_{1\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}3}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton., A.$_1$, Bow., Pell., Arr., Arg.$_{1\text{-}3}$, Mai., Benj. = *d. ...desdichado yo.* Br.$_{1\text{-}3}$, Cl., Riv., Arg.$_{1\text{-}3}$, Mai., Benj. = *e. ...si mi amo le da antojo.* C.$_3$, Bow.

Lo mismo que factible ó hacedero. Viene del lat. *Agibile*, que significa esto mismo. Es voz anticuada. Lat. *Quod fieri potest, aut agi.*»

. Para dar autoridad á la palabra, inserta este pasaje del *Quijote* y otro de Palacios, que dice: «Mas también para las otras cosas *agibles*.» (*Rub. Esfuerz. Belic.*, fol. 25.)

5. *...algún beneficio simple ó curado.* — Los beneficios eclesiásticos son de dos maneras: *simple*, el que no lleva anejo la cura de almas; *curado*, el que reciben aquellos á quienes se impone el deber de dar á sus feligreses la instrucción y pasto espiritual que la cura de almas pide.

10. *...y no sé la primera letra del A B C.* — En el prólogo de esta primera parte, en el capítulo que se comenta, en el 34 y 42 de la segunda, así como en multitud de obras de nuestros clásicos, aparecen empleadas, casi siempre con feliz acierto, las tres primeras letras de nuestro abecedario; expresándose con ellas, bien el comienzo de una cosa, ya la falta absoluta de cultura, ahora las deficiencias en una materia, luego la mayor suma de conocimiento en un punto dado, y, al fin, en tantas y tantas acepciones, tomadas en sentido figurado, que no es fácil concretarlas en este ó aquel número.

Era uso, en tiempo de Cervantes, escribir sobre estas letras, puesto que así lo indican los siguientes pasajes:

«Siempre el diablo tienta los principios del bien; tienta el *A B C* de la paciencia.» (Zárate. *Discursos de la paciencia cristiana*, disc. 6.)

«Si alguno interrumpiere el discurso ó plática por alguno comenzada en conversación, quede declarado por semitonto, por el *A B C* de la cortesía.» (Quevedo. *Invectivas contra los necios.*)

«Yo he sabido amar, y sé
Que es andar galanteando
Andar por el *A B C*.»

(Rojas. *Lo que son mujeres*, jorn. I.)

arzobispo y no emperador, como es uso y costumbre de los caballeros andantes?

— No tengáis pena, Sancho amigo, — dijo el barbero; — que aquí rogaremos á vuestro amo (y se lo aconsejaremos, y aun se lo pondremos en caso de conciencia) que sea emperador y no arzobispo, porque le será más fácil, á causa de que él es más valiente que estudiante.

— Así me ha parecido á mí, — respondió Sancho; — aunque sé decir que para todo tiene habilidad. Lo que yo pienso hacer, de mi parte, es rogarle[a] á nuestro Señor que le eche á[b] aquellas partes donde él más se sirva y adonde á mí más mercedes me haga.

— Vos lo decís como discreto, — dijo el cura, — y lo haréis como buen cristiano; mas lo que ahora se ha de hacer es dar orden cómo

a. ...es rogar á nuestro. Ton. = *b. ...le eche aquellas.* Gasp.

«Aunque esa Azucena ó Galena que su merced dice me dijese más latines que tiene todo el *A B C.*» (Avellaneda. *Don Quijote de la Mancha*, cap. 2.)

«Lucrecia. — Sólo me enseña á firmar,
Ya que de firme te humillas.
Estas letras *A B C*,
Ayer las iba imitando.»
(Lope. *El Dómine Lucas*, acto II, esc. III.)

«Miento: que del *A B C*
Solamente el Christus sé,
Y ese en el alma imprimí.»
«Fray Diego. — Enseñadme el *A B C*
Con este puntero santo.»
(Lope. *S. Diego de Alcalá*, actos II y III.)

«Antes de enyugarme el cuello
Con la estola, he menester
Leerla yo la cartilla,
Del vizcaino *A B C.*»
(Solís. *Un bobo hace ciento*, jorn. III.)

«Por partirte de la *B*,
Con dos cuernos te pintaron,
Y por ruin te aposentaron,
Al cabo del *A B C.*»
(Castillejo. *Obras morales y de religión*, lib. III, pág. 241.)

«Que el novicio pretendiente,
Letrado del *A B C*,
Le provean porque fué
Pasa aquí del presidente.»
(Góngora. *Poesías*, pág. 503.)

«Una vez, estando él comiendo, le recé los improperios de Jeremías por orden del *A B C*; y, así, lloraba como si fuera niño.» (Anónimo. *Paráb. Coenae.*)

sacar á vuestro amo de aquella inútil penitencia que decís que queda haciendo; y, para pensar el modo que hemos de tener, y para comer, que ya es hora, será bien nos entremos en esta venta.»

Sancho dijo que entrasen ellos, que él esperaría allí fuera, y que después les diría la causa porque no entraba ni le[a] convenía entrar en ella; mas que les rogaba que le[b] sacasen allí algo de comer que fuese cosa caliente, y, asimesmo[c], cebada para Rocinante. Ellos se entraron y le dejaron, y de allí á poco el barbero le sacó de comer. Después, habiendo[d] bien pensado entre los dos el modo que tendrían para conseguir lo que deseaban, vino[e] el cura en un pensamiento muy acomodado al gusto de D. Quijote y para lo que ellos querían; y fué que dijo al[f] barbero que lo que había pensado era

a. ...ni convenía. V.$_{1\text{-}2}$, Mil. = *b. ...la sacasen.* Bow. = *c. ...ansimismo.* C.$_{1}$, L.$_{1\text{-}2}$, Arg.$_{2}$. — *...asimismo.* C.$_{2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton., A.$_{1}$, Bow., Pell., Arr., Arg.$_{1}$, Mai., Benj., FK. = *d. Después de haber bien.* Ton. = *e. ...dió el cura en un.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *f. ...dijo el barbero.* C.$_{2}$.

4. *Sancho dijo que entrasen ellos, que él esperaría allí fuera.* — Ni el cansancio, ni el hambre, ni la simpatía que despierta en tierra extraña el encuentro con los del mismo lugar, pudieron ser parte á que el buen Sancho diese al olvido la pasada burla de la venta. Y ¡cómo olvidarla! No: no se le aparta de la imaginación. Y vale más que así sea, porque el olvido nos habría robado el donaire y viveza de sus agudas, prontas y graciosas réplicas. Veámoslas aquí en apretada haz:

«...dió por bien empleados *los vuelos de la manta*, el vomitar del brebaje, las bendiciones de las estacas.» (I, cap. 23.)

«...andar buscando aventuras toda la vida, y no hallar sino coces y *manteamientos*, ladrillazos y puñadas.» (I, cap. 25.)

«...llegaron otro día á la venta, *espanto y asombro* de Sancho Panza; y, aunque él quisiera no entrar en ella, no lo pudo huir.» (I, cap. 32.)

«— Así lo creo yo, — dijo Sancho; — excepto aquello de la *manta*, que realmente sucedió por vía ordinaria.» (I, cap. 46.)

«Juntos salimos, juntos fuimos y juntos peregrinamos; una misma fortuna y una misma suerte ha corrido por los dos; si á ti te *mantearon* una vez, á mí me han molido ciento, y esto es lo que te llevo de ventaja... — Así había de ser, — dijo Sancho; — pero, cuando á mí me *manteaban* como á miembro, se estaba mi cabeza detrás de las bardas mirándome volar por los aires, sin sentir dolor alguno.» (II, cap. 2.)

«Todo lo dice y todo lo apunta, hasta lo de las *cabriolas* que el buen Sancho hizo en la *manta*... — En la *manta* no hice yo *cabriolas*, — respondió Sancho; — en el aire sí, y aun más de las que yo quisiera.» (II, cap. 3.)

10. *...vino el cura en un pensamiento.* — Entre la multitud de saetas que ha lanzado la crítica contra el autor del *Quijote*, topamos con una arrojada por el fogoso Hartzenbusch; pero tal, que se vuelve contra él.

Dice el censor: «Se lee en el cap. 27 de esta misma parte: *le vino al cura un pensamiento*; y, más adelante: *el barbero vino en todo aquello que el cura quiso.*

que él se vestiría en hábito de doncella andante, y que él procurase ponerse lo mejor que pudiese como escudero, y que así irían adonde D. Quijote estaba, fingiendo ser ella[a] una doncella[b] afligida y menesterosa, y le pediría un don, el cual él no podría dejársele de otorgar como valeroso caballero andante; y que el don que le pensaba pedir era que se viniese con ella, donde ella[c] le llevase, á desfacelle[d] un agravio que un mal caballero le tenía fecho, y que le suplicaba, asimismo[e], que no la mandase quitar su antifaz, ni la demandase cosa de su facienda fasta[f] que la hubiese fecho derecho de aquel mal caballero. Y[g] que creyese, sin duda, que D. Quijote vendría en todo cuanto le pidiese por este término, y que desta manera le sacarían de allí y le llevarían á su lugar, donde procurarían ver si tenía algún remedio su extraña locura.

a. ...fingiendo ser el cura una doncella. ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ. = *b. ...doncella muy afligida.* BR.$_{1\text{-}2}$. = *c. ...donde le llevase.* PELL. = *d. ...á desfacerle un.* MAI. = *e. ...ansimesmo.* C.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, BR.$_{1\text{-}2}$, MIL., A.$_{1\text{-}2}$, CL., RIV., GASP., ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ. — *...ansimismo.* C.$_2$, BR.$_2$, AMB., TON., BOW., PELL. = *f. ...hasta que la.* BR.$_{1\text{-}2}$, AMB., TON. = *g. ...mal caballero que creyese.* BR.$_{1\text{-}2}$.

Aparece, pues, copiemos sus palabras, que *venir en un pensamiento* equivale á *convenir* con la idea que otro tiene; por lo cual, deberemos leer en el primer caso: *le vino al cura en un pensamiento,* ó bien: *dió el cura en un pensamiento;* pero no: *vino el cura en un pensamiento,* que era suyo.»

Cuan clara sea la idea expresada por Cervantes, lo muestra el propio crítico, ya que, en el primer caso, *venir* equivale á la frase *dar en...;* en el segundo, á la de *ofrecerse ú ocurrir á la mente una idea;* y, en el tercero, *conformarse con una cosa, convenir en todo aquello que.*

3. *...fingiendo ser ella una doncella afligida y menesterosa.* — Hartzenbusch dice: «Probablemente seguiría en el borrador al artículo *el* la abreviatura *C.ª* (hoy de *compañía*), y por eso entenderían *ella* en lugar de *el cura.* Después de anunciada la ficción, viene bien el pronombre *ella.*»

La lección no puede ser más clara, y el mismo crítico, sin querer, reconoce que está bien empleado el tal pronombre *después de anunciada la ficción.* Si es así, como lo es, ¿á qué censurar lo que está bien? La *ficción,* señor crítico, ya empieza donde dice, el cura, no que *fingirá* ser una doncella, como su merced supone, sino que da por supuesto que ya está hablando con D. Quijote, no como cura, sino como doncella.

CAPÍTULO XXVII

De como salieron con su intención el cura y el barbero con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande[a] historia

No le pareció mal al barbero la invención del cura, sino tan bien que luego la pusieron por obra. Pidiéronle á la ventera una saya y unas tocas, dejándole[b] en prendas una sotana nueva del cura. El barbero hizo una gran barba de una cola rucia ó roja de

a. ...con otras cosas dignas de esta historia. L.$_{1\text{-}2}$. = *b. ...dejándola.* MAI.

Desamparado, á su parecer, del cielo; hecho enemigo de la tierra que le sustentaba; negándole el aire aliento para suspirar y el agua humor para sus ojos (no otro es su lenguaje); Cardenio, hablando como fino y elegante poeta, continuó su historia cual si hubiera conversado con los héroes de la novela romántica.

Dejándole en el encumbramiento de tan falsa retórica, será bien recojamos, junto con la sentida alusión al Profeta-Rey, robador de hermosa oveja, y otras perlas aquí esparcidas, la bella narración, menos ficticia que real, de hechos por entonces casi de actualidad palpitante en Andalucía, y aun hoy de no poca resonancia, por el linaje y alcurnia de D. Fernando, vástago de la por ventura más ilustre casa en España, con todo y no llevar en ninguno de sus dos apellidos el famoso *de,* no siempre muestra privativa de nobleza.

Toca también á la crítica parar su atención en una escena que al punto, sin duda por analogía, trae á la memoria otra, la de aquella princesa de los tiempos homéricos, hija del rey de los feacios, y la, en verdad, más histórica, aunque de analogía más vaga, la de otra princesa de la dinastía de los Faraones.

Ciertamente, Dorotea, al lavarse los pies en medio del abandono que lleva consigo la soledad del campo, recuerda así á Nausicá como á la que salvó de temprana muerte al niño caudillo, más tarde, del pueblo hebreo.

buey, donde el ventero tenía colgado el peine. Preguntóles[a] la ventera que para qué le pedían aquellas cosas[b]. El cura le contó, en breves razones, la locura de D. Quijote, y como convenía aquel disfraz[c] para sacarle de la montaña donde á la sazón estaba. Cayeron luego el ventero y la ventera en que el loco era su huésped,

a. ...preguntó la. Bn.$_{1-4}$. — *...pregunta lo.* Gayr. — *b. ... aquellas cosas y el cura le contó.* Ton. — *c. ...difraz para sacarle.* Bow., Cl.

Línea 2 (pág. 255). *De como salieron con su intención el cura y el barbero.* — En un libro, cuya cita no es forzoso puntualizar, se lee: «Parecenos muy duro haya de admitirse que Cide Hamete Benengeli y el traductor de su famosa historia dejasen el epígrafe del capítulo tal como se lee en todas las ediciones. ¿Lo alteró á su placer mano extraña? Si se desecha esta suposición habrá de sumarse tamaño descuido al de otros muchos pormenores, al de otros lunares, que, si no afean la historia, tampoco la embellecen. De todas suertes, da bastante en qué entender el desacuerdo entre el epígrafe de ancho marco y el dibujo, al parecer, pequeño é impropio por todo extremo. ¿Por qué no advirtió el traductor, y éste fuera otro de sus singulares donaires, que tenía como apócrifo lo rotulado, digámoslo así, por el historiador arábigo?»

Menos convincente que ingeniosa y sutil, la observación contra el fondo del enunciado, la volvemos nosotros contra la forma que le han dado, á no ser atrevimiento del cajista, editores tan beneméritos como Clemencin, Rivadeneyra, Hartzenbusch, Mainez y Fitzmaurice-Kelly, por no citar más, al acentuar, tomándola, sin duda, por adverbio de modo, la palabra *como*; cuando su oficio, en este y otros ejemplos, es el de conjunción copulativa, traducida por *que*.

«El ventero daba voces que le dejasen, porque ya les había dicho *como* era loco» (I, cap. 3). Es evidente que en esta cita el vocablo *como* equivale á *que*, pues el ventero no les había explicado de que manera se había vuelto loco su huésped, porque esto lo ignoraba él. No de otro modo está usado aquí. Tal se echa de ver supliendo la elipsis: «Cap. 27. En el que se trata de *que* el cura y el barbero salieron con su intento.»

Si *como* fuese adverbio de modo, el descuido del novelista fuera patente, ya que en todo este capítulo, cuan largo es, no se mencionan todos los medios de que se valieron entrambos personajes para salir con su intento. Refiérese, únicamente, que la resolución de ir en compañía de Sancho, para sacar á su amo de tan inútil como ridícula penitencia, la pusieron al punto en ejecución: luego salieron con su intento por lo que mira al ardid de que echaron mano para convencer al desconfiado Sancho.

Cómo realizaron su propósito hasta el fin, es materia de otro capítulo.

Que en las demás obras de Cervantes no falten ejemplos análogos, lo comprueban las citas que van á continuación:

«...que vio todo lo que había pasado y *como* Cortado daba el pañuelo.» *(Rinconete y Cortadillo.)* — «...y, así, le declaró *como* el era el mayor enemigo.» *(Galatea,* lib. IV.) — «...dijo asimismo que había tocado en la isla de los pescadores... contó *como* supo de oídas, que Policarpa era muerta.» *(Persiles y Sigismunda,* lib. IV, cap. 8.)

En conclusión, aunque Bello apenas si toca este asunto, y aunque el muy erudito D. José Rufino Cuervo no haya parado mientes en su pacientísimo

el[a] del bálsamo y el amo del manteado[b] escudero; y contaron al cura todo lo que con él les había pasado, sin callar lo que tanto callaba Sancho. En resolución, la ventera vistió al cura de modo que no había más que ver: púsole una saya de paño, llena de fajas de terciopelo negro de un palmo en ancho, todas acuchilladas, y unos corpiños de terciopelo verde, guarnecidos con unos[c] ribetes de raso blanco, que se debieron de hacer ellos y la saya en tiempo del rey Wamba. No consintió el cura que le tocasen, sino púsose en la cabeza un birretillo de lienzo colchado, que llevaba para dormir de

a. Suprimen *el.* C.$_3$, Bow. — *b. ... y el amo del mancebo escudero.* Gayr. — *c. ...guarnecidos con ribetes de raso blanco.* Bn.$_{1-3}$.

Diccionario sobre este caso excepcional, el señor Rodríguez Marín (1), que á lo de entendido cervantista une lo de fino y elegante andaluz, muy conocedor de las maneras propias de su país, dice:

«Este *como*, en significación de *que*, es de uso corriente en el habla andaluza. Véase en el comienzo de una fórmula supersticiosa para ligar, que recogí en Triana:

Á los pies de tu cama
Tienes dos mil ortigas;
Tu cuerpo lleno de ascuas vivas;
Á tu cabecera dos mil demonios preñas
Como son güenas pa parir y pa criar.»

5. *...y unos corpiños de terciopelo verde, guarnecidos con unos ribetes de raso blanco, que se debieron de hacer ellos y la saya en tiempo del rey Wamba.* — El tono despectivo de la frase (aunque no fuera tal la intención de Cervantes) *en tiempo del rey Wamba*, no se aviene con el prestigio tradicional que rodea al vencedor en la Galia Narbonense; con la gloria del que abrasó los bajeles árabes en su primer intento de invasión; con el rey cuya elección, rodeada de circunstancias singulares, así como las no menos peregrinas al descender del solio, tanto le realzan á los ojos de la historia: nada de esto, decimos, se aviene con el tono familiar de la expresión, casi idéntica á las de *en tiempo del rey que rabió, allá en tiempo del rey Perico, en tiempo de Maricastaña*, etc.

Ni aun en la comedia de Lope, llena de anacronismos e inverosimilitudes, comedia en la que los criados de Wamba le tratan con harta familiaridad, hay nada que pueda haber dado motivo á que el pueblo recuerde este nombre para denotar una época muy antigua.

8. *No consintió el cura que le tocasen.* — Léese en la *Crónica de los cervantistas* (2): «No fué más feliz Arrieta en su nota sobre el episodio de la venta, en que el cura se disfraza de mujer, recurso no muy aceptado, que con gran discreción enmienda Cervantes en breve. Dice el autor: «No consintió el cura que le *tocasen*, sino púsose en la cabeza un birretillo que llevaba para dormir de noche, etc.» Y así lo explica Arrieta en su llamada: «esto es (no permi-

(1) Notas al *Rinconete y Cortadillo*, pág. 386.
(2) 1.° de Julio de 1904.

noche, y ciñóse por la frente una liga de tafetán negro, y con otra liga hizo un[a] antifaz, con que se cubrió muy bien las barbas y el rostro. Encasquetóse su sombrero, que era tan grande que le podía servir de quitasol, y, cubriéndose su[b] herreruelo, subió en su mula á mujeriegas, y el barbero en la suya, con su barba, que le llegaba á la cintura, entre roja y blanca, como aquella que, como se ha dicho, era hecha de la cola[c] de un buey barroso. Despidiéronse de

a. ...liga hizo antifaz. Bow., Pell. = *b. ...y cubriéndose el herreruelo.* Bow., Pell. = *c. ...era hecha de la cosa de un buey.* Br.$_{1\text{-}2}$.

tió), que le pusiesen en la cabeza el *tocado* ó *toca.*» El comentador no debia de saber que una de las acepciones del verbo *tocar* ó *tocarse* es, como define la Academia, «peinar el cabello, componerle con cintas, lazos ú otros adornos», y añadiremos, por cuenta propia, que el verbo abarca todo el aliño y compostura que el capricho y la moda exigen á la mujer. La significación del verbo la refuerza otro pasaje de Cervantes muy próximo, cuando Dorotea, después de lavarse los pies en el arroyo, con un *paño de tocar* se los limpió, es decir, se secó los pies con la toalla (1). En vez de aclarar, obscurece el texto la nota de Arrieta.»

Más acertado, y justo á la vez, hubiera sido decir: «Arrieta se dejó deslumbrar por la autoridad de Bowle, quien, en su anotación á este pasaje, escribió: *Tocar, ponerse en la cabeza el tocado, ó la toca.*»

Y añadiremos: á Bowle le desorientó la autoridad de Covarrubias, si bien ha de advertirse, en descargo de éste, que su definición no se referia á ningún pasaje del *Quijote*.

Que la significación del vocablo que se comenta no es rara en el idioma, lo demuestran, entre otros ejemplos que pudiéramos aducir, los siguientes:

En *Las famosas asturianas* (acto I, esc. IV), comedia de Lope, anterior á 1618, dice doña Sancha:

«¡Oh cristalinas fuentes,
Donde suelo *tocarme*,
Por haceros espejos de mi cara,
Con cercos relucientes
De hierba en que sentarme,
Y tanta flor en que la vista para!»

Y en *La serrana de Plasencia* (esc. XII), de Valdivieso, se lee:

«No le tienes de *tocar;*
Que, si de Plasencia viene,
De lo que á los dos conviene
Aviso nos puede dar.»

1. *...ciñóse por la frente una liga de tafetán negro y con otra liga hizo un antifaz.* — Ceñirse la frente con una liga, y hacer de otra un antifaz, cosa difícil esta última á juicio de algunos, no lo es, en verdad, para quienes saben que el vocablo *liga* significa también *faja* ó *venda*, más ó menos ancha, pero lo suficiente para servir de antifaz en casos de apuro.

(1) No fué con la toalla, señor impugnador.

todos y de la buena de Maritornes, que prometió de rezar un rosario, aunque pecadora, porque Dios les[a] diese buen suceso en tan arduo y tan cristiano negocio como era el que habían emprendido. Mas, apenas hubo[b] salido de la venta, cuando le vino al cura un pensamiento: que hacía mal en haberse puesto de aquella manera, por ser cosa indecente que un sacerdote se pusiese así, aunque le fuese mucho en ello; y, diciéndoselo al[c] barbero, le rogó que trocasen trajes, pues era más justo que él fuese la doncella menesterosa, y que él haría el escudero, y que así se profanaba menos su dignidad; y que, si no lo quería hacer, determinaba de no pasar adelante, aunque á[d] D. Quijote se le[e] llevase el diablo. En esto llegó Sancho, y, de ver á los dos en aquel traje, no pudo tener la risa. En efecto[f], el barbero vino en todo aquello que el cura quiso; y, trocando la invención, el cura le fué informando[g] el[h] modo que había de tener, y las palabras que había de decir[i] á D. Quijote para moverle y forzarle á que con él se[j] viniese, y dejase la querencia del lugar que había escogido para su vana penitencia. El barbero respondió que, sin que se[k] le diese lición[l], él lo pondría bien en su punto. No quiso

a. ...Dios le diese buen suceso. Br.$_{1\text{-}2}$. — *...les diese un buen suceso.* Gasp. — *...les diese suceso.* L.$_3$. = *b. ...apenas hubieron salido.* Br.$_{1\text{-}2}$. = *c. ...diciéndoselo á barbero.* Br.$_{1\text{-}2}$. = *d. ...aunque D. Quijote.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil. = *e. ...se lo llevase.* Mai. = *f. En efeto el.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton., A.$_1$, Bow., Pell., Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *g. ...informado.* V.$_{1\text{-}2}$. = *h. ...informando del modo que.* Br.$_{1\text{-}2}$, Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *i. ...de dicir.* L.$_{1\text{-}2}$. = *j. ...que con él viniese.* Ton. = *k. ...sin que le diese.* Cl., Riv., FK. = *l. ...diese lección.* Mai.

1. *...Maritornes... prometió de rezar un rosario, aunque pecadora.* — Pecadora, si; pero no como la Cañizares (1), que alardeaba de cubrir con la capa de la hipocresía todas sus muchas faltas. Pecadora, sí; pero entre su caridad con los enfermos y con el angustiado Sancho después del manteamiento, y la de quien se jactaba de ser hospitalera y curar á los pobres, algunos de los cuales al morirse le daban la vida con lo que se les quedaba entre los remiendos, por el cuidado que ella tenia en espulgarlos los vestidos, hay un abismo infranqueable. Pecadora, sí; pero, al prometer rezar una parte de rosario, no la mueve el interés ni lo dice por miras mundanas: sus palabras, hijas de la espontaneidad, no han de tomarse en sus labios como un dardo contra prácticas religiosas á la sazón muy generalizadas.

Cuando el novelista quiere satirizar lo irreconciliable de la absoluta perversión humana con la pureza religiosa, entonces su pluma, como en el *Coloquio de los perros* y *Rinconete y Cortadillo*, escribe con caracteres indelebles lo que jamás pudo tolerar sujeto en quien lo elevado de los pensamientos corria parejas con la sana moral; y así lo han de reconocer todos, sea cual fuere el culto que profesen. No es un ángel, sino *la criada de un mesón;* y, con todo, en Maritornes hay rasgos que parece no surgen de barro de la tierra.

(1) *Coloquio de los perros.*

vestirse por entonces, hasta que estuviesen junto de donde D. Quijote estaba; y, así, dobló sus vestidos, y el cura acomodó su barba, y siguieron su camino, guiándolos Sancho Panza, el cual les fué contando[a] lo que les[b] aconteció con el loco que hallaron en la sierra, encubriendo, empero, el hallazgo de la maleta y de cuanto en ella venía; que, magüer que tonto, era un poco codicioso el mancebo.

a. ...contado. V.$_{1\text{-}2}$. = *b. ...que le aconteció.* Riv., FK.

3. *...siguieron su camino, guiándolos Sancho.* — Como pide el poeta de Venusa, aquí el novelista *ad eventum festinat*. En verdad, no explica menudamente esta mudanza en el modo de pensar del escudero; pero el lector lo adivina: comprende al punto los inconvenientes del viaje al Toboso, le da por hecho, y se prepara á saborear el donaire del trapacero de Sancho cuando su amo le pregunte, lleno de zozobra, la respuesta de su embajada.

¿Por ventura es poco motivo para suspender la ida al Toboso aquella emboscada que le tendió el barbero con las siguientes palabras?:

«—No, no, Sancho Panza: si vos no nos decís donde queda, imaginaremos, como ya imaginamos, que vos le habéis muerto y robado, pues venís encima de su caballo. En verdad que nos habéis de dar el dueño del rocín, ó, sobre eso, ¡morena!

— No hay para que conmigo amenazas, que yo no soy hombre que robo ni mato á nadie: á cada uno mate su ventura, ó Dios, que le hizo.» (I, cap. 26.)

Si aun no fuese bastante motivo el temor de verse tratado como asesino, como matador de D. Quijote, todavía la codicia, el deseo de formalizar la póliza de los pollinos, pudo también ser parte á la no realización del viaje á la ciudad tobosina: «Consolóle el cura, y díjole que, en hallando á su señor, él le haría revalidar la manda, y que tornase á hacer la libranza en papel, como era uso y costumbre, porque las que se hacían en los libros de memoria jamás se acetaban ni cumplían.» (I, cap. 26.)

¿Cómo dar cumplido término á su embajada si la carta á la princesa Dulcinea se había quedado en el libro de memoria de D. Quijote? ¿No es éste otro de los motivos para suspender el viaje? Pues Clemencín, atropellando por tales razones y puesta siempre la mira en censurar, escribe:

«¿Qué motivos hubo para que Sancho mudase de propósito, desistiese de ir al Toboso, y se volviese á Sierra Morena sin cumplir el precepto de su amo? El cura y el barbero hubieron de aconsejarle la vuelta, manifestarle la inutilidad de la embajada á Dulcinea, alegarle la necesidad de que D. Quijote formalizase y firmase la libranza de los pollinos, sin cuya circunstancia no debía Sancho esperar que se las entregasen. Estas ú otras razones emplearían, sin duda, el cura y el barbero para hacer mudar de resolución á Sancho; pero no se cuenta que lo hiciesen, y se echa menos. La vuelta de Sancho no está preparada ni motivada suficientemente.»

6. *...magüer que tonto, era un poco codicioso el mancebo.* — Bastante, pudo decir; y de ello da prueba este otro pasaje de la II parte, cap. 71, que bien puede aducirse sin que haya menester comentario:

«Ellos... *(los azotes)* son tres mil y trecientos y tantos: dellos me he dado hasta cinco, quedan los demás; entren entre los tantos estos cinco, y vengamos á los tres mil y trecientos, que, á cuartillo cada uno (que no llevaré menos, si todo el mundo me lo mandase), montan tres mil y trecientos cuartillos; que son los tres mil, mil y quinientos medios reales, que hacen setecientos y cincuenta reales; y los trecientos hacen ciento y cincuenta medios reales, que vienen á hacer setenta y cinco reales, que, juntándose á los setecientos y cincuenta, son por todos ochocientos y veinte y cinco reales. Éstos desfalcaré yo de los que tengo de vuesa merced, y entraré en mi casa rico y contento, aunque bien azotado, porque no se toman truchas... y no digo más.»

Otro día llegaron al lugar donde Sancho había dejado puestas las señales de las ramas[a] para acertar el lugar[b] donde había dejado á su señor; y, en reconociéndole, les dijo como aquélla era la entrada, y que bien se podían vestir, si era que aquello hacía al caso para la libertad de su señor. Porque ellos le habían dicho, antes, que el ir de aquella suerte y vestirse de aquel modo era toda la importancia para sacar á su amo de aquella mala vida que había escogido, y que le encargaban mucho que no dijese á su amo quién ellos eran ni que los conocía; y que si le preguntase, como se lo había de preguntar, si dió la carta á Dulcinea, dijese que sí, y que, por no saber leer, le había respondido de palabra, diciéndole que le[c] mandaba, so pena de la su desgracia, que luego al momento se viniese á ver con ella, que era cosa que le importaba mucho; porque con esto, y con lo que ellos pensaban decirle, tenían por cosa cierta reducirle á mejor vida, y hacer con él que luego se pusiese en camino para ir á[d] ser emperador ó monarca, que en lo de ser arzobispo no había de qué temer. Todo lo escuchó Sancho, y lo tomó muy bien en la memoria, y les agradeció mucho la intención que tenían de aconsejar á su señor fuese emperador y no arzobispo; porque él tenía para sí que, para hacer mercedes á sus escuderos, más podían los emperadores que los arzobispos andantes. También les dijo que

a. ...de las retamas. Gasp. = *b. ...para acertar donde había.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *c. ...diciéndole que mandaba.* L.$_{1\text{-}2}$. = *d. ...para ser emperador.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil.

1. *Otro día llegaron al lugar donde Sancho había dejado puestas las señales de las ramas.* — Viciosa ha parecido esta lección: la de *retamas* prefieren algunos. ¿Por qué ha de ser aquí pecado contra la propiedad el uso de la voz *ramas*? ¿Por ventura cabe ignorar, al que pretende ejercer de crítico, que la *retama* se compone de muchas vardascas, ó sea de ramas delgadas? Cuando D. Quijote dijo á Sancho (cap. 25) que cortase algunas retamas, ¿le mandó acaso que las cortara por el nacimiento del tronco, esto es, toda la planta? ¿Qué es más fácil, cortar muchas retamas y esparcirlas de trecho en trecho, ó cortar unas pocas y de sus ramas ir dejando señales á medida que se va caminando?

19. *...porque él tenía para sí que, para hacer mercedes á sus escuderos, más podían los emperadores que los arzobispos.* — Rústico y todo, no lo era tanto que no

sería bien que él fuese delante á buscarle y darle la respuesta de su señora; que ya[a] sería ella bastante á sacarle de aquel lugar, sin que ellos se[b] pusiesen en tanto trabajo. Parecióles bien lo que Sancho Panza decía; y, así, determinaron de aguardarle hasta que volviese con las nuevas del hallazgo de su amo.

Entróse Sancho por aquellas quebradas de la sierra, dejando á los dos en una por donde corría un pequeño y manso arroyo, á quien hacían sombra agradable y fresca otras peñas y algunos árboles que por allí estaban. El calor y el día que allí llegaron era de los del mes de Agosto, que por aquellas partes suele ser el ardor muy grande; la hora[c], las tres de la tarde; todo lo cual hacía al[d] sitio más agradable, y que convidase á que en él esperasen la vuelta de Sancho, como lo hicieron. Estando, pues, los dos allí sosegados y á la sombra, llegó á sus oídos una voz que, sin acompañarla son de algún otro[e] instrumento, dulce y regaladamente sonaba, de que no poco se admiraron, por parecerles que aquél no era lugar donde pudiese haber quien tan bien cantase, porque, aunque suele decirse que por las selvas y campos se hallan pastores de voces extremadas, más son encarecimientos de poetas que verdades; y más cuando advirtieron que lo que oían cantar eran[f] versos, no de rústicos ganaderos, sino de discretos cortesanos; y confirmó esta verdad haber sido, los versos que oyeron, estos:

«¿Quién menoscaba mis bienes?
Desdenes.

a. ...su señora quizá sería ella. Br.$_{1\text{-}2}$, Ton. = *b. ...que ellos le pusiesen.* Br.$_{2}$. = *c. ...la hora de las tres de la.* Pell. = *d. ...hacia el sitio.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj., FK. = *e. ...de algún instrumento.* Ton. = *f. ...eran unos versos.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil.

se le alcanzase la diferencia entre las mercedes que puede hacer un arzobispo y las de un emperador. El burlado aquí es el cura, pues su capcioso argumento (cap. 26) no había hecho mella en el ánimo de Sancho.

23. *¿Quién menoscaba mis bienes?*
Desdenes.

¿Es acaso, esta composición, una como parodia de los *ecos* y *semiecos*, digámoslo así? ¿Por ventura ha de tenerse como homenaje á esta especie de juguete, de mal gusto en verdad?

Lo ignoramos; pero se sabe por modo indudable que en el *Cancionero general* hay precedentes, como todo lo relativo á esta materia, de mal gusto:

«Aunque yo triste me seco
Eco.

Y ¿quién aumenta mis duelos?
Los celos.
Y ¿quién prueba mi paciencia?
Ausencia.
De ese modo, en mi dolencia,
Ningún remedio se alcanza,
Pues me matan la esperanza
Desdenes, celos y ausencia.

¿Quién me causa este dolor?
Amor.
Y ¿quién mi gloria repuna?[a]
Fortuna.
Y ¿quién consiente[b] mi duelo?
El cielo.

a. Y ¿quién mi gloria repugna? C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton., Bow. = *b. Y ¿quién consiente en mi duelo?* C.$_{1}$, Mai.

Retumba por mar y tierra
Yerra.
Que á todo el mundo importuna
Una.
Es la causa sola d'ello
Ello.»

Comenzó siendo un capricho, y, con el andar del tiempo, convirtióse en signo de literatura enfermiza. Es la poesía, se ha dicho, de los *laberintos*, de los *acrósticos*, de los *ecos*, de las *paronomasias*, de los *retruécanos* y de otros ruines entretenimientos de literaturas estragadas.

Lope, el gran maestro de la lengua, el perpetuo versificador, el que de todo hacía gala, dejó muestras, como esta de Cervantes, en extremo artificiosas: unas calcadas en el patrón de la de Juan del Encina, que acaba de citarse; de *ecos*, otras, llamadas así vulgarmente, y no pocas, asonantadas.

No cabiendo reputarlo, en el rey del teatro, como prueba de inexperiencia en el manejo de la rima, quizá deba atribuirse al propósito de poner en ridículo lo hecho por Cervantes:

«¿Quién da la muerte á Abendaño?
Un eng*año*.
Y ¿quién trueca en mal mi bien?
Un des*dén*.
¿Quien da vida á mis recelos?
Los *celos*.
Siendo así, quieren los cielos
Que muera desconfi*ado*,
Pues contra mí se han junt*ado*
Engaño, desdén y celos.»

De ese modo, yo recelo
Morir deste mal extraño,
Pues se aunan[a] en mi daño
Amor, fortuna y el cielo.

¿Quién mejorará[b] mi suerte?
La muerte.
Y el bien de amor ¿quién le[c] alcanza?
Mudanza.
Y sus males ¿quién los cura?
Locura.
De ese modo, no es cordura
Querer curar la pasión
Cuando los remedios son
Muerte, mudanza y locura.»

La hora, el tiempo, la soledad, la voz y la destreza del que cantaba[d], causó admiración y contento en los dos[e] oyentes, los cuales se estuvieron quedos, esperando si otra alguna cosa[f] oían; pero, viendo que duraba algún tanto el[g] silencio, determinaron de salir á buscar el[h] músico que con tan buena voz cantaba; y, queriéndolo poner en efeto[i], hizo la mesma[j] voz que no se moviesen, la cual llegó de nuevo á sus oídos, cantando este soneto:

«Soneto[k]

Santa amistad, que con ligeras alas,
Tu apariencia quedándose en el suelo,

a. Pues se aumentan. C.$_1$, L.$_{1\text{-}3}$. = *b. ...mejora.* L.$_3$. = *c. ...lo alcanza.* Mai. = *d. ...que cantaba todo causó.* Gasp. = *e. ...los oyentes.* Arr. = *f. ...si otra cosa alguna oían.* Br.$_3$, Amb., Ton. = *g. ...en silencio.* Amb. = *h. ...buscar al músico.* Mai. = *i. ...en efecto.* A.$_3$, Arr., Cl., Riv., Gasp., Mai., FK. = *j. ...la misma voz.* C.$_3$, Br.$_3$, Amb., A.$_3$, Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Arg.$_{1\text{-}2}$, Mai., Benj., FK. = *k.* Omiten *Soneto.* Gasp., Arg.$_{1\text{-}2}$, Mai., Benj.

15. *La hora, el tiempo, la soledad, la voz y la destreza del que cantaba, causó admiración.* — Defienden muchos haya de leerse *causó* y no *causaron*, porque en la cláusula, dicen, no hay más que una idea única, exagerada si place, por gradación del pensamiento; pero que, en definitiva, es un conjunto, un todo único, lo que robaba la admiración de los oyentes. ¿Á qué suponer que acaso diría el original: «La hora, el tiempo, la soledad, la voz y la destreza del que cantaba, *todo* causó admiración y contento», paliando el alfilerazo con un *todo* en verdad zonzo?

Entre benditas almas en el cielo
Subiste alegre á las impíreas[a] salas.
Desde allá, cuando quieres, nos señalas
La justa[b] paz cubierta con un velo,
Por quien á veces se trasluce el celo
De buenas obras, que á la fin son malas.
Deja el cielo, oh[c] amistad, ó no permitas
Que el engaño se vista tu librea,
Con que destruye á la intención sincera;
Que si tus apariencias no le quitas,
Presto ha de verse el mundo en la pelea
De la discorde confusión primera.»

El canto se acabó con un profundo suspiro, y los dos con atención volvieron á esperar si más se cantaba; pero, viendo que la música se había vuelto en[d] sollozos y en[e] lastimeros ayes, acordaron de saber quién era el triste, tan extremado en la voz como doloroso en los gemidos; y no anduvieron mucho cuando, al volver de una punta de una peña, vieron á un hombre del mismo talle y figura que Sancho Panza[f] les había pintado cuando les contó el cuento de Cardenio; el cual hombre, cuando los vió, sin sobresaltarse[g], estuvo quedo, con la cabeza inclinada sobre el pecho, á guisa de hombre pensativo, sin álzar los ojos á mirarlos más de la vez primera, cuando de improviso llegaron. El cura, que era hombre bien hablado (como el que ya tenía noticia de su desgracia, pues por las señas[h] le había conocido), se llegó á él, y con breves, aunque muy discretas razones, le rogó y persuadió[i] que aquella tan miserable vida dejase, porque allí no la perdiese, que era la desdicha mayor de las desdichas. Estaba Cardenio entonces en su entero juicio, libre de aquel furioso accidente[j] que tan á menudo le sacaba de sí

a. ...las empíreas. Arr., Mai., FK. = *b. La falsedad cubierta con tu velo.* Arg.$_1$, Benj. — *La falsa faz cubierta con tu velo.* Arg.$_2$. = *c. Deja el cielo amistad.* Gasp., Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *d. ...vuelto sollozos.* Gasp. = *e. ...y lastimeros.* Gasp., Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *f. ...Sancho les.* Br.$_3$. = *g. ...sobresaltarse se estuvo.* Ton. = *h. ...señales le.* Arr. = *i. ...y propuso.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *j. ...acidente.* Pell.

4. *La justa paz cubierta con un velo,*
Por quien á veces se trasluce el celo.

Á los que no sólo le niegan las dotes de poeta, sino hasta las de versificador, puede refutárseles con este soneto, lleno de artificio, si les place; ajeno del lugar en que se cantó, inverosímil, si gustan; pero no menos artístico que los de un Garci-Lasso ó un Fr. Luis de León.

mismo; y, así, viendo[a] á los dos en traje tan no usado de los que por aquellas soledades andaban, no dejó de admirarse algún tanto, y más cuando oyó que le habían hablado en su negocio como en cosa sabida[b] (porque, las razones que el cura le dijo, así lo dieron á entender); y, así, respondió desta manera: «— Bien veo yo, señores, quienquiera que seáis, que el cielo, que tiene cuidado de socorrer á los buenos, y aun á los malos muchas veces, sin yo merecerlo me envía, en estos tan remotos y apartados lugares del trato común de las gentes, algunas personas que, poniéndome delante de los ojos con vivas y varias razones cuán sin ella ando en hacer la vida que hago, han procurado sacarme desta á mejor parte[c]; pero, como no saben que sé yo que en saliendo deste daño he de caer en otro mayor, quizá me deben de tener por hombre de flacos discursos, y aun (lo que peor sería) por de ningún juicio; y no sería maravilla que así fuese, porque á mí se me trasluce que la fuerza de la imaginación de mis desgracias es tan intensa y puede tanto en mi perdición[d], que, sin que yo pueda ser parte á estorbarlo, vengo á quedar como piedra, falto de todo buen sentido y conocimiento; y vengo á caer en la cuenta desta verdad cuando algunos me dicen y muestran[e] señales de las cosas que he hecho en tanto que aquel terrible accidente[f] me señorea; y no sé más que dolerme en[g] vano y maldecir sin provecho mi ventura, y dar por disculpa[h] de mis locuras el decir la causa dellas á cuantos oirla quieren, porque, viendo los cuerdos cuál es la causa, no se maravi-

a. ...y así habiendo á los dos en. C.$_3$, Bow. = *b. ...cosa sabia.* V.$_{1\text{-}3}$. = *c. ...á mejor pero como no.* Mil., Arg.$_1$. = *d. ...tanto en mi pobre seso que sin que.* Arg.$_1$, Benj. — *...tanto en mi perjuicio que sin que.* Arg.$_3$. = *e. ...y muestra señales.* C.$_3$, V.$_{1\text{-}3}$, Mil. = *f. ...terrible acidente.* Pell. = *g. ...dolerme en un vano y maldecir.* Mil. = *h. ...disculpas de mis.* Gasp.

5. *«— Bien veo yo, señores, quienquiera que seáis.* — Entre el Cervantes naturalista; entre el narrador de escenas como la vela de las armas, el encuentro con los cabreros, las de la venta y el cuadro realista de los galeotes; entre esas páginas impregnadas de sinceridad y sabor local, como ahora decimos, y estas otras en que se dilata la narración de Cardenio; entre el Cervantes de pinturas vividas y el de apagados colores, retórico atildado, el de cuadros casi inverosímiles de puro convencionales; hay diferencias que á la crítica toca señalar ahora, siquiera sea indicando qué rumbos tan distintos nacían de la incertidumbre del artista, de quien tomando ahora el pincel y trazando en animados rasgos historias interesantes; rindiendo ahora culto al desmayado clasicismo, pone en boca del amante de Luscinda frases que, si aplaudidas en el aula, en la que es constante la ausencia del sentimiento, atraen, en cambio, ya que no la censura ni el enojo del lector, una como pena de que, lo verdaderamente humano, lo eternamente bello, se haya trocado en obra de artificio.

llarán de los efetos[a], y, si no me dieren remedio, á lo menos no me darán culpa, convirtiéndoseles[b] el enojo de mi desenvoltura[c] en lástima de mis desgracias. Y si es que vosotros, señores, venís con la mesma[d] intención que otros han venido, antes que paséis adelante en vuestras discretas persuasiones, os ruego que escuchéis el cuento, que no le tiene, de mis desventuras; porque quizá, después de entendido, ahorraréis del[e] trabajo que tomaréis[f] en consolar un mal que de todo consuelo es incapaz.»

Los dos, que no deseaban otra cosa que saber de su misma[g] boca la causa de su daño, le rogaron se la contase, ofreciéndole de no hacer otra cosa de la[h] que él quisiese en su remedio ó consuelo; y, con esto, el triste caballero comenzó su lastimera historia casi por las mismas[i] palabras y pasos que la había contado á D. Quijote y al cabrero, pocos días atrás, cuando, por ocasión del maestro Elisabat y puntualidad de D. Quijote en guardar el decoro á la caballería, se quedó el cuento imperfeto[j], como la historia lo deja contado. Pero ahora quiso la buena suerte que se detuvo el accidente[k] de la[l] locura, y le dió lugar de contarlo[m] hasta el fin; y, así, llegando al paso del billete que había hallado D. Fernando entre el libro de *Amadís de Gaula*, dijo Cardenio que le tenía bien en la memoria y que decía desta manera:

«Luscinda á Cardenio

Cada día descubro en vos valores que me obligan y fuerzan á que en más os estime; y[n], así, si quisiéredes[ñ] sacarme desta deuda sin ejecutarme en la honra, lo podréis muy bien hacer. Padre tengo, que os conoce y que me quiere bien, el cual, sin forzar mi

a. ...los efectos. Ton., A.$_2$, Arr., Cl., Riv., Gasp., Mai., FK. = *b. ...convertiéndoseles.* Mil. = *c. ...de mi descompostura.* Arg.$_{1\text{-}3}$, Benj. = *d. ...la misma.* C.$_3$, Br.$_{2\text{-}3}$, Amb., Ton., A.$_3$, Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Arg.$_{1\text{-}2}$, Mai., Benj., FK. = *e. ...ahorraréis el trabajo.* Ton. = *f. ...que tomaredes en.* Ton. — *...que tomarais.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *g. ...mesma boca.* C.$_{1\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}3}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton. = *h. ...de lo que él.* Arg.$_{1\text{-}3}$, Mai., Benj. = *i. ...las mesmas.* C.$_{1\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}3}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton., A.$_1$, Pell. = *j. ...cuento imperfecto.* Ton., A.$_2$, Arr., Cl., Riv., Gasp., Mai., FK. = *k. ...el acidente.* Pell. = *l. ...de locura.* Br.$_3$, Amb., Ton. = *m. ...lugar de contarle.* Amb. = *n. ...os estime así.* Riv. = *ñ. ...si quisiereis sacarme.* Mai.

23. *Cada día descubro en vos valores que me obligan y fuerzan á que en más os estime.* — En la vida de las lenguas no es fenómeno raro, antes muy común, ese cambiar de significación las palabras. ¿Quién usaría hoy de la dicción *valores* en el sentido de *prendas, dotes, cualidades, partes* ó *méritos*?

Esta evolución, que condenan los juristas, es el alma de los idiomas.

voluntad, cumplirá la[a] que será justo que vos tengáis, si es que me estimáis como decís y como yo creo.»

Por este billete me moví á pedir á Luscinda por esposa, como ya os he contado, y éste fué[b] por quien quedó Luscinda en la opinión de D. Fernando por una de las más discretas y avisadas mujeres de su tiempo, y este billete fué el que le puso en deseo de destruirme antes que el mío se efectuase[c]. Díjele yo á D. Fernando en lo que reparaba el padre de Luscinda, que era en que mi padre se la pidiese, lo cual yo no le[d] osaba decir, temeroso que no vendría en ello: no porque no[e] tuviese bien conocida la calidad, bondad, virtud y hermosura de Luscinda, y que tenía partes bastantes para ennoblecer cualquier otro linaje de España, sino porque yo entendía dél que deseaba[f] que no me[g] casase tan presto, hasta ver lo que el duque Ricardo hacía conmigo. En resolución, le dije que no me aventuraba á decírselo á mi padre, así por aquel inconveniente como por otros muchos que me acobardaban, sin saber cuáles eran, sino que me parecía que lo que yo desease[h], jamás había de tener efeto[i].

a. ...*complirá lo que será justo.* Br.$_3$, Amb. — ...*cumplirá lo que será.* C.$_{2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}3}$, Mil., Bow., Gasp. = *b.* ...*como ya os he contado, y otro como éste fué por quien.* Arg.$_{1\text{-}3}$, Benj. = *c.* ...*el mío se efectuase.* Ton., A.$_2$, Arr., Cl., Riv., Gasp., Mai., FK. = *d.* ...*lo cual yo no osaba decir.* V.$_{1\text{-}2}$. = *e.* ...*porque tuviese bien conocida.* Mil. = *f.* ...*que desease.* Arg.$_2$. = *g.* ...*que no casase tan presto.* Mil. = *h.* ...*lo que yo deseaba.* Arg.$_1$, Benj. = *i.* ...*de tener efecto.* Ton., A.$_2$, Arr., Cl., Riv., Gasp., Arg.$_1$, Mai., Benj., FK.

3. *Por este billete me moví á pedir á Luscinda por esposa.* — De rumbos erráticos, el corazón de Cardenio, como el de todo enamorado, no marcha paralelamente con el camino de la razón; antes bien, entrándose por tortuosas veredas, sus pasos son la misma inconsecuencia, porque su lógica es la lógica de la pasión, la lógica del acalorado sentimiento; sus juicios, los de encendido deseo. Y poco sabia, ciertamente, de tan abrasadas vehemencias el mezquino crítico que, dando una mirada retrospectiva al cap. 24 de esta, á trechos, conmovedora leyenda, buscó allá un punto de contradicción y, ufanándose con el hallazgo, dijo: Si Cardenio pidió á Luscinda por esposa, el motivo de ello no ha de verse en este billete, sino en que, creciendo la edad y amor de entrambos, «al padre de Luscinda le pareció que, por buenos respetos, estaba obligado á negarme la entrada de su casa... viéndome apurado y que mi alma se consumia con el deseo de verla, determiné poner por obra y acabar en un punto lo que me pareció que más convenia para salir con mi deseado y merecido premio, y fué el *pedírsela á su padre por legítima esposa*, como lo hice.»

Más entendido en historias de amor el novelista, si menos profundo que Shakespeare en la psicología del corazón, acertó, sin embargo, á pintar por modo admirable las idas y retrocesos, esa perpetua contradicción del alma enamorada de Cardenio, cuyo punto de ataque iba cambiando al compás de la proximidad ó alejamiento de sus abrasadas esperanzas.

Á todo esto, me respondió D. Fernando que él se encargaba de hablar á mi padre y hacer con él que hablase al de Luscinda.

¡Oh Mario ambicioso! ¡Oh Catilina[a] cruel! ¡Oh Sila[b] facinoroso[c]! ¡Oh Galalón embustero! ¡Oh Bellido traidor! ¡Oh Julián

a. ...*Catalina.* L.$_3$, Gasp. = *b.* ...*Quila.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2}$, Mil. = *c.* ...*facineroso.* A.$_2$, Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Arg.$_{1\text{-}2}$, Mai., Benj., FK.

3. *¡Oh Mario ambicioso!* — Mario, Catilina, Sila, Galalón, Bellido, Julián, Judas. He aquí pintada en siete nombres la ambición, la crueldad, la perfidia, la traición, la venganza, la codicia y la maldad. ¿Podía emplear Cardenio otros más apropiados contra D. Fernando por la felonía que le había cometido? Viardot, en su traducción francesa, vertió así este pasaje:

«Traître ami, homme ingrat, perfide et cruel, que t'avait fait cet infortuné qui te découvrait avec tant d'abandon les secrets et les joies de son cœur?»

Con estas palabras quiso suplir los nombres de Mario, Catilina, Sila, Galalón, Bellido, Julián y Judas, dando la siguiente explicación:

«Malgré mon respect pour le texte de Cervantes, j'ai cru devoir supprimer ici une longue et inutile série d'imprécations, où Cardénio donne à Fernand les noms de Marius, de Syla, de Catilina, de Julien, de Judas, etc., en les accompagnant de leurs épithètes classiques. Cette érudition de collège aurait fait tache dans un récit habituellement simple et toujours touchant.»

Impropia, hemos de replicar, de nuestras costumbres literarias, ésta y no otra era la forma clásica á la sazón imperante en las escuelas. Estaba en la atmósfera tal modo de decir, en verdad hiperbólico, y no ha de pedir la crítica que sus gustos, por exquisitos que parezcan, fuesen también los de entonces.

«Además, — dice á este propósito Urdaneta, — los que comprendan y midan la situación de Cardenio, notarán la destreza y elegancia de Cervantes al agregar inmediatamente en boca de aquél los mismos calificativos sin los nombres propios y haciéndolos regir del de su enemigo, á quien hace unas preguntas acordes con lo anterior. Pero menos perdonable que Viardot es Clemencin al hacer igual censura, especialmente la del adjetivo *codicioso* dado á D. Fernando, sin recordar el uso constante de esta palabra, que hasta la misma Iglesia emplea en caso semejante al que alude el texto. «Algún gigante, *codicioso* del gran tesoro de su hermosura» (Cervantes). «Se contentaba con verla y *codiciarla*» (Hita). «*Codiciando* mujeres de rostro angelical» (Alemán). «...á *codiciar* á Barasana» (Silva). «El rey la *codició*» (id.)» (*Cervantes y la crítica*, pág. 558 y 559.)

4. *¡Oh Galalón embustero!* — Como traidor, se habló ya de este personaje en el t. I, pág. 61. Tócanos, pues, ahora decir que la historia de la mentira, la mentira disfrazada, ó sea el embuste, es la historia del pérfido Galalón. En la *Crónica* del falso Turpin, en la *Historia de Carlomagno* y en no pocos romances del ciclo carlovingio, sobran ejemplos para acreditar el epiteto con que se le designa en esta ocasión. ¿Es igualmente exacto aplicado á D. Fernando? La rota de Roncesvalles, atribuida por la leyenda caballeresca al pérfido Galalón, aquel martirio militar llorado por la poesía, ¿no queda empequeñecido al ponerle como término de comparación con los engaños, nada nuevos ni singulares, de un enamorado? Más que nacido al calor del sentimiento, parece dictado por el convencionalismo.

vengativo! ¡Oh Judas codicioso! Traidor, cruel, vengativo y embustero, ¿qué deservicios te había hecho este triste que con tanta

4 (pág. 269). *¡Oh Bellido traidor!* — No satisfecha la ambición de Sancho II, apellidado, por su valor, *el Fuerte*, con haber vencido á sus hermanos D. Alfonso y D. García, reyes de León y Galicia, llevó la guerra á su hermana D.ª Urraca, sitiándola en Zamora. El cerco hubo de durar mucho tiempo, á causa de la obstinada resistencia de los sitiados y el acierto con que dirigia las operaciones de defensa el prudente y valeroso Arias Gonzalo. Mas, estrechados de dia en dia por los continuos asaltos y la falta de víveres, sucedió que, saliendo de la ciudad un hombre llamado Bellido Dolfos, y dirigiéndose al campamento del rey, habló á éste de cuán fácil seria rendir á los sitiados si tomaba su consejo. Dirigiéronse al efecto á reconocer los muros, y el traidor, cogiendo á Sancho desprevenido, le atravesó con su lanza.

De esta traición, y de los acontecimientos á que dió origen, hay muchos romances. Aquí sólo se citan dos de ellos:

«— Rey Don Sancho, rey Don Sancho, — no digas que no te aviso,
Que del cerco de Zamora — un traidor habia salido;
Bellido D'Olfos se llama, — hijo D'Olfos Bellido,
Á quien él mismo matara — y despues echó en el rio.
Si te engaña, rey Don Sancho, — no digas que no lo digo.»

Más moderno, pero más completo, es este otro:

«— De Zamora sale D'Olfos — corriendo y apresurado:
Huyendo va de los hijos — del buen viejo Arias Gonzalo,
Y en la tienda del buen rey — en ella se habia amparado:
— Mantengate Dios, el rey. — Bellido, seas bien llegado.
— Señor, tu vasallo soy, — tu vasallo y de tu bando,
Y yo por aconsejarle — á aquel viejo Arias Gonzalo,
Que te entregase á Zamora, — pues se te habia quitado,
Hame querido matar — y dél me soy escapado.
Así me vengo, señor, — por ser en el tu mandado,
Con deseo de servirte, — como cualquier fijodalgo.
Yo te entregaré á Zamora, — aunque pese á Arias Gonzalo,
Que por un falso postigo — en ella serás entrado. —
El buen Arias, el leal, — al rey habia avisado
Desde el muro del adarve, — estas palabras hablando:
— Á ti lo digo, buen rey, — y á todos tus castellanos,
Que allá ha salido Bellido, — Bellido, un traidor malvado,
Que si traición te ficiere — á nos non sea imputado.»

4 (pág. 269). *¡Oh Julián vengativo!* — Personaje histórico, pero de nacionalidad dudosa, el conde D. Julián, sabedor de la violación de su hija, vésele ya en las *Crónicas* árabes del siglo XI, jurando *vengarse* de D. Rodrigo, «trastornar el reino y abrir una fosa bajo sus pies»; luego, mucho más tarde, en el siglo XII, se incorpora tan inverosímil narración á las *Crónicas* cristianas; entra después en la corriente poética: los romances, el primitivo teatro y la novela, esa epopeya bastardeada, aceptan, con sus anacronismos y todo, tan fabulosa narración.

¿Qué mucho, pues, tenga cabida en el *Quijote*, aunque no sea este el momento oportuno, si alcanzó la plenitud de la forma clásica bajo la pluma de nuestros más graves historiadores?

llaneza te descubrió los secretos y contentos de su corazón? ¿Qué ofensa te hice? ¿Qué palabras te dije, ó qué consejos te dí que no fuesen todos encaminados á [a] acrecentar tu honra y tu provecho? Mas ¿de qué me quejo, ¡desventurado de mí!, pues es cosa cierta que cuando traen las [b] desgracias la corriente de las estrellas, como vienen de alto abajo, despeñándose con furor y con violencia, no hay fuerza en la tierra que las detenga, ni industria humana que prevenirlas pueda? ¡Quién pudiera imaginar que D. Fernando, caballero ilustre [c], discreto, obligado de mis servicios, poderoso para alcanzar lo [d] que el deseo amoroso le pidiese dondequiera que le ocupase, se había de enconar, como suele decirse, en tomarme á mí una sola oveja que aun no poseía! Pero quédense estas consideraciones aparte, como inútiles y sin provecho, y añudemos el roto hilo de mi desdichada [e] historia.

Digo, pues, que, pareciéndole á D. Fernando que mi presencia le [f] era inconveniente para poner en ejecución su falso y mal pensamiento, determinó de enviarme á su hermano mayor con ocasión de pedirle unos dineros para pagar seis caballos, que de industria, y sólo para [g] este efeto [h] de que me ausentase, para poder mejor salir con su dañado intento, el mesmo [i] día que se [j] ofreció [k] hablar á mi padre los [l] compró, y quiso que yo viniese [m] por el dinero. ¿Pude yo prevenir esta traición? ¿Pude, por ventura, caer en imaginarla? No, por cierto; antes con grandísimo gusto me ofrecí á [n] partir luego, contento de la buena compra hecha. Aquella noche hablé

a. ...encaminados acrecentar. L.$_3$. — *b. ...traen la desgracias.* V.$_{1\text{-}2}$. — *c. ...caballero discreto.* L.$_3$. — *d. ...alcanzar que el deseo.* L.$_3$. — *e. ...hilo de mi desdicha historia.* Br.$_2$. — *f. ...mi presencia era inconveniente.* V.$_{1\text{-}2}$. Mil. — *g. ...sólo por este.* Tos. — *h. ...efecto.* Tos., A.$_2$, Arr., Cl., Riv., Gasp., Mai., FK. — *i. ...el mismo.* A.$_2$, Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Mai., FK. — *j. ...día que ofreció.* Gasp. — *k. ...ofreció á hablar.* Pell., Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. — *l. ...padre compró.* Gasp. — *m. ...que yo fuese por el dinero.* Gasp. — *n. ...ofrecí partir.* Amb.

8. *¡Quién pudiera imaginar que D. Fernando... se había de enconar, como suele decirse, en tomarme á mí una sola oveja que aun no poseía!* — Ni la acepción literal, ni la significación metafórica que en el *Diccionario* se da al verbo *enconar*, cuadran con lo que aquí se expresa. Antes de aclarar el pasaje, importa advertir que el *suele decirse*, empleado ahora por el *famoso todo*, será de uso común en Andalucía, pero no en las demás regiones de España: por eso el lector que no para la atención en el provincialismo no puede aquilatar el mérito de la pintura que aquí se hace.

¡Quién había de pensar, — dice el artista, copiando el lenguaje del pueblo andaluz, — que D. Fernando se gozase en mortificar á Cardenio, prisionero suyo, causándole nueva y profunda herida con el robo de la única oveja que, si no la poseía en realidad, moralmente podía llamarla suya!

con Luscinda, y le dije lo que con D. Fernando quedaba concertado, y que tuviese firme esperanza de que tendrían efeto [a] nuestros buenos y justos deseos. Ella me dijo, tan segura como yo de la traición de D. Fernando, que procurase volver presto, porque creía que no tardaría más la conclusión de nuestras voluntades [b] que tardase mi padre de hablar al suyo [c]. No sé qué se [d] fué que, en acabando de decirme esto, se le llenaron los ojos de lágrimas, y un nudo [e] se le atravesó en la garganta, que no le dejaba hablar palabra de otras muchas que me pareció que procuraba decirme. Quedé admirado deste nuevo accidente [f], hasta allí jamás en ella visto, porque siempre nos hablábamos [g] (las veces que la buena fortuna y [h] mi diligencia lo concedía [i]) con todo regocijo y contento, sin mezclar en nuestras pláticas lágrimas, suspiros, celos, sospechas ó temores: todo era engrandecer yo mi ventura por habérmela [j] dado el cielo por señora: exageraba su belleza, admirábame de su valor y entendimiento; volvíame ella el [k] recambio, alabando en mí lo que, como enamorada [l], le parecía digno de alabanza. Con esto nos contábamos

a. ...tendrían efectos. Ton., A.$_3$, Arr., Cl., Riv., Gasp., Mai., FK. = *b. ...voluntades de lo que tardase mi padre en hablar.* Gasp. = *c. ...al tuyo.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Bow. = *d. No sé que fué.* Arg.$_{1\text{-}3}$. = *e. ...ñudo.* V.$_{1\text{-}3}$, Br.$_{1\text{-}2}$, Mil., Ton. = *f. ...acidente.* L.$_{1\text{-}3}$, Pell. = *g. ...nos hablamos.* Br.$_3$, Amb. = *h. ...fortuna á mi.* Arg.$_{1\text{-}3}$, Benj. = *i. ...lo concebía.* Gasp. = *j. ...por vérmela.* Amb. = *k. ...en recambio.* V.$_{1\text{-}3}$, Mil. = *l. ...como á enamorado.* FK.

16. *...volviame ella el recambio.* — Dice el señor Clemencin: «Expresión sobrecargada. La palabra *cambio* envuelve ya la idea de correspondencia con lo anterior; la anteposición del *re* la duplica, y el verbo *volvía* incluye también la fuerza de una acción repetida.»

Por su parte, D. Juan Calderón, en su *Cervantes vindicado*, pág. 75, escribe: «Así el comentador no ha entendido todo el pensamiento de Cardenio. La palabra *cambio*, como aquél dice, envuelve la idea de correspondencia en la mente del que habla; así es que, si Cardenio la hubiera usado, hubiera dado á entender que Luscinda le volvía muestras de amor y cariño iguales á las que él le daba, esto es, que le volvía valor por valor; este es el cambio. Mas Cardenio no se queda ahí; quiere decir más, quiere decir que Luscinda se las devolvía dobles, y para eso usa de la partícula prepositiva *re*, que, según el comentador, duplica, si puede decirse así, la significación de la palabra á que se propone. Hasta aquí, pues, no se ve sino que Cardenio ha expresado adecuadamente, y de un modo corriente en la lengua, su idea. ¿En qué está, pues, lo sobrecargado de la expresión? Añade el comentador que el verbo *volvía* incluye también la fuerza de una acción repetida; mas esto es sólo cierto del verbo *volver*, cuando tiene por complemento el infinitivo de otro verbo: *volver á leer, volver á escribir*, etc., es repetir las acciones de leer y escribir, lo que no se verifica en la cláusula de que tratamos. *Volver el cambio, volver el recambio*, es simplemente *corresponder con el mismo, corresponder con el doble*, aunque no sea más que por una sola vez.»

cien mil niñerías y acaecimientos de nuestros vecinos y conocidos, y á lo que más se extendía mi desenvoltura era á tomarle [a], casi por fuerza, una de sus bellas y blancas manos, y llegarla á mi boca, según daba lugar la estrecheza de una baja reja que nos dividía [b]. Pero la noche que precedió al triste día de mi partida, ella lloró, gimió y suspiró, y se fué [c], y me dejó lleno de confusión y sobresalto, espantado de haber visto tan nuevas y tan tristes muestras de dolor y sentimiento en Luscinda; pero, por no destruir mis esperanzas, todo lo atribuí á la fuerza del amor que me tenía y al dolor que suele causar la ausencia en los que bien se quieren. En fin, yo me partí triste y pensativo, llena el alma de imaginaciones y sospechas, sin saber lo que sospechaba ni imaginaba; claros indicios que [d] mostraban el triste suceso y desventura que me estaba guardada [e].

Llegué al lugar donde era enviado, di las cartas al hermano de D. Fernando, fuí [f] bien recebido [g], pero no bien despachado, porque me mandó aguardar, bien á mi disgusto, ocho días, y en parte donde el duque, su padre, no me viese, porque su hermano le escribía que le enviase cierto [h] dinero sin su sabiduría; y todo fué invención del falso D. [i] Fernando, pues no le faltaban á su hermano dineros para despacharme luego. Orden y mandato fué éste que me puso en condición de no obedecerle, por parecerme imposible sustentar tantos días la vida en el [j] ausencia de [k] Luscinda, y más habiéndola dejado con la tristeza que [l] os he contado; pero, con todo esto, obedecí como buen criado, aunque veía [m] que había de ser á costa de mi salud. Pero, á los cuatro días que allí llegué, llegó un hombre en mi busca con una carta que me dió, que en el sobrescrito conocí ser de Luscinda, porque la letra dél era suya. Abríla temeroso y con sobresalto, creyendo que cosa grande debía de ser la que la [n] había movido á escribirme estando ausente, pues presente pocas veces lo hacía. Preguntéle al hombre, antes de leerla, quién se la

a. ...á tomarla. Mai. = *b. ...devidía.* Br.$_3$. = *c. ...suspiró y me dejó.* L.$_3$. = *d. ...que me mostraban.* L.$_3$, Mai., FK. = *e. ...guardado.* Amb., Mai. = *f. ...fuí muy bien.* V.$_{1\text{-}3}$, Mil. = *g. ...recibido.* Ton., Arr., Gasp., Mai., FK. = *h. ...le enviase cierta cantidad de dinero.* V.$_{1\text{-}3}$, Mil. = *i. ...del falso Fernando.* Br.$_3$. = *j. ...en la ausencia.* Mai. = *k. ...de mi hermosa Luscinda.* V.$_{1\text{-}3}$, Mil. = *l. ...que ya os he contado.* V.$_{1\text{-}3}$, Mil. = *m. ...aunque muy bien veía yo que había.* V.$_{1\text{-}3}$, Br.$_3$, Mil., Amb., Ton. — *...aunque vía.* Br.$_{1\text{-}3}$. = *n. ...le había.* Cl., Riv., FK.

28. *...cosa grande debia de ser la que la habia movido á escribirme estando ausente, pues presente pocas veces lo hacia.* — En el cap. 24 había dicho Cardenio: «...aunque pusieron silencio á las lenguas, no le pudieron poner á las plumas, las cuales, con más libertad que las lenguas, suelen dar á entender á quien

había dado y el tiempo que había tardado en el camino. Díjome que, acaso pasando por una calle de la ciudad á la hora de mediodía, una señora muy hermosa le llamó desde una ventana, los ojos llenos de lágrimas, y que, con mucha priesa[a], le dijo: « — Hermano, si sois cristiano, como parecéis, por amor de Dios os ruego »que encaminéis luego luego esta carta al lugar y á la persona que »dice el sobrescrito, que todo es bien conocido, y en ello haréis »un gran servicio á nuestro Señor; y, para que no os falte como»didad de poderlo hacer, tomad lo que va en este pañuelo.» Y, diciendo esto, me arrojó por la ventana un pañuelo, donde venían atados cien reales y esta sortija de oro que aquí traigo, con esa carta que os he dado. Y, luego, sin aguardar respuesta mía, se quitó de la ventana, aunque primero vió como yo tomé la carta y el pañuelo, y[b] por señas le[c] dije que haría lo que me mandaba. Y, así, viéndome tan bien pagado del trabajo que podía tomar en traérosla[d], y conociendo por el sobrescrito que érades[e] vos á quien se enviaba (porque yo, señor, os conozco muy bien), y obligado asimesmo[f] de las lágrimas de aquella hermosa señora, determiné de no fiarme de otra persona, sino venir yo mesmo[g] á dárosla; y, en diez y seis horas[h] que há que se me dió, he hecho el camino que sabéis, que es de diez y ocho leguas.»

a. ...mucha prisa. Mal. = *b. ...el pañuelo ó por señas.* Br.$_3$, Amb. = *c. ...la dije que.* Mal. = *d. ...podia tomar en traer eso y conociendo.* L.$_3$. = *e. ...que erais vos á quien.* Mal. = *f. ...asimismo.* C.$_3$, A.$_3$, Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Mai., FK. = *g. ...yo mismo.* C.$_3$, Ton., A.$_3$, Bow., Pell.. Arr., Cl., Riv., Gasp., Mai., FK. = *h. ...en diez y seis años que há.* L.$_{1\text{-}3}$.

quieren lo que en el alma está encerrado; que muchas veces la presencia de la cosa amada turba y enmudece la intención más determinada y la lengua más atrevida. ¡Ay, cielos, y cuántos billetes le escribí! ¡Cuán regaladas y honestas respuestas tuve!»

¡Palmaria contradicción! Mas ¿quién pide sinceridad y firmeza en sus juicios á un enamorado?

Fiel á sus deberes, el cronista ni altera los sucesos ni arguye á los personajes por sus inconsecuencias.

4. *« — Hermano, si sois cristiano, como parecéis.* — «No se discurre buenamente cuál sería la señal por la que el hombre parecía cristiano á Luscinda.» Sin duda olvidó, quien tal reparo hizo, que, en la época en que se supone haberse desarrollado estos sucesos, el ruego más simpático y por nadie desatendido, pues tiénese como un llamamiento á la buena conciencia en momentos de gran cuita, se hacia con la fórmula empleada por Luscinda con el amable servidor que le deparó la suerte.

¡Si sois cristiano, como parecéis! Exordio conciliatorio llamaría un retórico de la antigua escuela á tan cariñosa introducción.

En tanto que el agradecido y nuevo correo esto me decía, estaba yo colgado de sus palabras, temblándome las piernas, de manera que apenas podía sostenerme. En efeto[a], abrí la carta, y vi que contenía estas razones:

«La palabra que D. Fernando os dió, de hablar á vuestro padre para que hablase al mío, la ha cumplido mucho[b] más en su gusto que en vuestro provecho. Sabed, señor, que él me ha pedido por esposa; y mi padre, llevado de la ventaja que él piensa que D. Fernando os hace, ha venido en lo que quiere con tantas veras, que de aquí á dos días se ha de hacer el desposorio, tan secreto y tan á solas, que sólo han de ser testigos los cielos y alguna gente de casa. Cual yo quedo, imaginaldo[c]: si os cumple venir, veldo[d]; y si os[e] quiero bien ó no, el suceso deste negocio os lo dará á entender. Á Dios plega que ésta llegue á vuestras manos antes que la mía se vea en condición de juntarse con la de quien tan mal sabe guardar la fe que promete.»

Estas, en suma, fueron las razones que la carta contenía, y las que me hicieron poner luego en camino, sin esperar otra respuesta ni otros dineros; que bien claro conocí entonces que no la compra de los caballos, sino la de su gusto, había movido á D. Fernando á enviarme á su hermano. El enojo que contra D. Fernando concebí, junto con el temor de perder la prenda que con tantos años de ser-

a. En efecto. Ton., A.$_3$, Arr., Cl., Riv., Gasp., Mai., FK. = *b. ...la ha cumplido más en su gusto.* C.$_{1\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton., A.$_1$, Mai., FK. = *c. ...imaginadlo.* Ton., Bow., Arr., Mai. = *d. ...venir, vedlo.* Ton., Bow., Arr., Mai. = *e. ...y si quiero bien ó no.* L.$_3$.

1. *En tanto que el agradecido y nuevo correo esto me decia.* — De la firmeza que en sus convicciones, para la fijación del texto, tenia Hartzenbusch, da nueva idea la variante que en la edición grande de Argamasilla, hecha en el mismo año que la otra, osó poner. Confirma su poca fijeza lo que escribió once años más tarde.

Presurado estampó en 1863, y luego, en el 74, dijo: «*Apresurado*, ó *acelerado*, ó *caritativo*, ó *agradecible*, pareceria mejor; porque el servicio que aquel hombre hacia á los dos amantes era más de agradecer que la sortija y los cien reales que habia recibido.»

¿Por qué, respetable crítico? Gran servicio prestó á los amantes, cierto; pero, al desempeñar su embajada, ¿le movia á ello solamente el deseo de curar la llaga de ausencia, ó entraba también el reconocimiento por la esplendidez con que se le habia remunerado un favor no hecho todavia?

Es muy de tener en cuenta lo que en aquellos dias representaban cien reales, á cuyo valor se ha de unir el de la sortija: el agradecimiento, pues, que mostró recorriendo en diez y seis horas una distancia de diez y ocho leguas, no prueba sino que era alma reconocida á la esplendidez de la recompensa.

vicios y deseos tenía granjeada, me pusieron alas, pues, casi como en vuelo, otro día me puse en mi lugar al punto y hora que convenía para ir á hablar á Luscinda. Entré [a] secreto, y dejé una mula en que venía en casa del buen hombre que me había llevado la carta; y quiso la suerte que entonces la tuviese tan buena, que hallé á Luscinda puesta á la reja testigo de nuestros amores. Conocióme Luscinda luego, y conocíla yo; mas no como debía ella conocerme y yo conocerla. Pero ¿quién hay en el mundo que se pueda alabar que ha penetrado y sabido el confuso pensamiento y condición mudable de una mujer? Ninguno, por cierto.

Digo, pues, que, así como Luscinda me vió, me dijo: « — Car» denio, de boda estoy vestida: ya me están aguardando en la sala » D. Fernando, el traidor, y mi padre, el codicioso, con otros testi» gos que antes lo serán de mi muerte que de mi desposorio. No » te turbes, amigo, sino procura hallarte presente á este sacrificio, » el cual, si no pudiere ser estorbado de mis razones, una daga » llevo escondida que podrá estorbar más [b] determinadas fuerzas,

a. Entré de secreto y dejé una mula. MAI. = *b. ...que podrá estorbar mis determinadas fuerzas.* C.$_3$, A.$_2$, BOW., ARR., GASP.

16. *...una daga llevo escondida que podrá estorbar más determinadas fuerzas.* — No de otro modo se estampó en las dos primeras ediciones de Cuesta, y tal es la verdadera lección; pues el «*mis* determinadas fuerzas» de la impresión de 1608 ha de tenerse por error manifiesto.

Promete Luscinda á Cardenio que, si no pudiere apartar á su codicioso padre del loco pensamiento de casarla con el traidor de D. Fernando, apelará á un recurso supremo de *fuerzas más decididas y resueltas* que las ciertamente flacas de la mujer: el de quitarse la vida con una daga que al efecto llevaba escondida en el pecho.

Esta fuerza oculta, pero capaz de echar por tierra el desatentado plan de su padre; tal resistencia, ¿no es por ventura *más decidida y fuerte* que la fuerza moral del autor de sus dias, apoyada tan sólo en un *yo lo quiero, yo lo mando?*

Que el adjetivo *determinado* equivale en este caso á *resuelto* y *decidido*, se deduce, por analogía, de este ejemplo:

«. . . . . Pero
¿Quién á un vulgo desbocado,
Determinado y resuelto
Á raya podrá parar?»
(CALDERÓN. *Ni amor se libra de amor*, jorn. I, esc. VI.)

Echándonos en brazos del posesivo *mis*, ¿es idéntico el pensamiento de Cervantes? ¿Pinta con más exactitud y vigor la terrible resolución de Luscinda? En paz sea dicho: si se leyese *que podrá estorbar fuerzas más determinadas*, el pensamiento no ofendiera á la claridad, y entonces holgara este comentario.

» dando fin á mi vida, y principio á que conozcas la voluntad que » te he tenido y [a] tengo. »

Yo le respondí, turbado y apriesa [b], temeroso no me faltase lugar para responderla: « — Hagan, señora, tus obras, verdaderas tus » palabras; que, si tú llevas daga para acreditarte, aquí llevo yo [c] » espada para defenderte con ella, ó para matarme si la suerte nos » fuere contraria. »

No creo [d] que pudo oir todas estas razones, porque sentí que la llamaban apriesa [e], porque el desposado aguardaba. Cerróse con esto la noche de mi tristeza, púsoseme el sol de mi alegría, quedé sin luz en los ojos y sin discurso en el entendimiento. No acertaba á entrar en su casa ni podía moverme á parte alguna; pero, considerando cuánto importaba mi presencia para lo que suceder [f] pudiese en aquel caso, me animé lo más que pude y entré en su casa, y, como ya [g] sabía muy bien todas sus entradas y salidas, y más con el alboroto que de secreto en ella andaba, nadie me echó de ver: así que, sin ser visto, tuve lugar de ponerme en el hueco que hacía una ventana de la mesma [h] sala, que con las puntas y remates de dos tapices se cubría, por entre las cuales podía yo ver, sin ser visto, todo cuanto en la sala se hacía. ¡Quién pudiera decir ahora los sobresaltos que me dió el corazón mientras allí estuve, los pensa-

a. ...que te he tenido y que te tengo. ARR. = *b. ...turbado y aprisa.* MAI. = *c. ...aquí llevo espada para.* BR.$_3$, AMB., TOR., FK. = *d. No credo que pudo.* L.$_{1\text{-}3}$. = *e. ...llamaban aprisa.* MAI. = *f. ...para lo que pudiese suceder en aquel caso.* BR.$_{1\text{-}3}$. = *g. ...y como yo sabía.* TOR. = *h. ...de la misma.* C.$_3$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, A.$_2$, BOW., PELL., ARR., CL., RIV., GASP., MAI., FK.

9. *Cerróse con esto la noche de mi tristeza.* — Como aquellos declamadores del Bajo Imperio, como aquellos declamadores de rostro triste y macilento, de roto y andrajoso vestido, cuyos discursos henchian el tema desarrollado en el aula; así Cardenio, *el Roto* por antonomasia, el de desfigurado rostro, habla aquí como si sólo pusiera la mira en un auditorio fácil de suyo al aplauso.

20. *...los sobresaltos que me dió el corazón.* — Empleada aquí con entera propiedad la palabra *sobresaltos*, no debió atraer sobre sí la censura de inexorable comentarista; pues aun siendo cierto, como lo es, que el corazón salta (hablemos figuradamente) al contraerse, también cabe sostener que cuando las susodichas contracciones pasan la esfera, digámoslo así, de lo normal, no se limitan á dar un salto, sino que, yendo más allá, sobresaltan el ánimo. No de otro modo ha de explicarse que, después de un susto ó de intensa emoción, el corazón se contraiga más violentamente, esto es, para huir de tecnicismos, que *sobresalte*.

¿Á qué buscar paralelismos donde no los hay? Contestaremos, no á Clemencín, que ya murió, sino á quien muestre empeño en defender lo que no

mientos que me ocurrieron, las consideraciones que hice! que fueron tantas y tales, que ni se pueden decir ni aun es bien que se digan. Basta[a] que sepáis que el desposado entró en la sala sin otro adorno que los mesmos[b] vestidos ordinarios que solía. Traía por padrino á un primo hermano de Luscinda, y en toda la sala no había persona de fuera sino los criados de casa. De allí á un poco salió de una recámara Luscinda, acompañada de su madre y de dos doncellas suyas, tan bien aderezada y compuesta como su calidad y hermosura merecían y como quien era la perfección[c] de la gala y bizarría cortesana. No me dió lugar, mi suspensión y arrobamiento, para que mirase y notase en particular lo que traía vestido: sólo pude advertir á los[d] colores, que eran encarnado y blanco, y en[e] las vislumbres que las piedras y joyas del tocado y de todo el vestido hacían; á todo lo cual se aventajaba la belleza singular de sus hermosos y rubios cabellos, tales que, en competencia de las preciosas piedras y de las luces de cuatro hachas que en la sala estaban, la suya con más resplandor á los ojos ofrecían.

¡Oh memoria, enemiga mortal de mi descanso! ¿De qué sirve representarme ahora la incomparable belleza de aquella adorada enemiga mía? ¿No será mejor, cruel memoria, que me acuerdes y representes lo que entonces hizo, para que, movido de tan manifiesto agravio, procure, ya que no la venganza, á lo menos perder la vida? No os canséis, señores, de oir estas digresiones[f] que hago; que no es mi pena de aquellas que puedan ni deban contarse

a. ...hasta que sepáis. L.$_3$. = *b. ...que los mismos.* C.$_3$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, A.$_3$, Bow., Arr., Cl., Riv., Gasp., Mai., FK. = *c. ...era la perfeción de.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Br.$_{1\text{-}2}$, Pell. = *d. ...advertir á las colores.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton., A.$_1$, Bow., Pell. — *...advertir los colores.* Gasp. = *e. ...blanco y las vislumbres que.* Gasp. = *f. ...de oir estas degresiones que hago.* L.$_3$.

ofrece paridad de sentido: aquí usó el Príncipe de los ingenios de la voz *sobresaltos* porque el momento, la situación de Cardenio, traspasaban los límites de lo normal; mas en el cap. 42 de esta primera parte, donde la situación del personaje no es la misma, donde sólo se retrata el efecto de una impresión agradable, de una primera impresión, se dice, con palabra muy adecuada:

«El cautivo, que desde el punto que vió al oidor le dió *saltos* el corazón y barruntos de que aquél era su hermano, preguntó, á uno de los criados que con él venían, cómo se llamaba, y si sabía de qué tierra era.»

15. *...tales que, en competencia de las preciosas piedras y de las luces de cuatro hachas que en la sala estaban, la suya con más resplandor á los ojos ofrecían.* — Este acabar algunas cláusulas con el verbo, que en obras como en *La Diana*, de Gil Polo, es mero artificio; en Cervantes, que no lo hace con deliberado propósito, constituye una elegancia.

sucintamente y de paso, pues cada circunstancia suya me parece á mí que es digna de un largo discurso.»

Á esto le respondió el cura que, no sólo no se cansaban en oirle, sino que les daba[a] mucho gusto[b] las menudencias que contaba, por ser tales que merecían no pasarse en silencio y la mesma[c] atención que lo principal del cuento[d].

«— Digo, pues, — prosiguió Cardenio, — que, estando todos en la sala, entró el cura de la parroquia[e], y, tomando á los dos por la mano para hacer lo que en tal acto se requiere, al decir: *¿Queréis, señora Luscinda, al señor D. Fernando, que está presente, por vuestro legítimo esposo, como lo manda la Santa Madre Iglesia?*, yo saqué toda la cabeza y cuello de entre los tapices, y, con atentísimos oídos y alma turbada, me puse á escuchar lo que Luscinda respondía, esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte ó la confirmación de mi vida. ¡Oh! ¡Quién se atreviera á salir, entonces, diciendo á voces: «¡Ah Luscinda, Luscinda! Mira lo que haces, considera lo que me debes; mira que eres mía y que no puedes ser de otro. Advierte que el decir tú *sí*, y el acabárseme la vida, ha de ser todo á un punto. ¡Ah, traidor D. Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida! ¿Qué quieres? ¿Qué pretendes? Considera que no puedes cristianamente llegar al fin de tus deseos, porque Luscinda es mi esposa y yo soy su marido.» ¡Ah, loco de mí! Ahora, que estoy ausente y lejos del peligro, digo que había de hacer lo que no hice; ahora, que dejé robar mi cara prenda, maldigo al robador, de quien pudiera vengarme si tuviera corazón para ello como le[f]

a. ...que les daban. Cl., Mai., FK. = *b. ...gusto de las.* L.$_3$. = *c. ...y la misma.* C.$_3$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, A.$_3$, Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Mai., FK. = *d. ...del cuero.* L.$_{1\text{-}2}$. = *e. ...de la perrochia.* L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$. = *f. ...como lo.* C.$_3$.

7. *«— Digo, pues, — prosiguió Cardenio.* — Fuese artificio para prolongar la curiosidad del lector con la interrupción del cuento, ó bien para hacer de esta suerte más rápido el narrar, que de otra suerte engendraría fastidio, es lo cierto que ahora no se hace la advertencia que antes para que sus oyentes no le interrumpiesen. ¿Por qué decir que en esto no hay consecuencia? Poco ha conversado con dementes quien no sabe que el *mutatur in horas*, de Horacio, tiene más aplicación tratándose de locos que de los mismos niños, tan fáciles y tornadizos en sus arrebatados y vehementes deseos.

11. *...yo saqué toda la cabeza y cuello de entre los tapices.* — Escena no poco inverosímil es la de sacar la cabeza y el cuello de entre los tapices sin ser visto por los circunstantes que en la sala había, con todo y estar alumbrada por cuatro hachas, á más de otra luz que de seguro habría para que el cura leyese lo que el ritual dispone en casos tales.

tengo para quejarme. En fin, pues fuí entonces cobarde y necio, no es mucho que muera ahora corrido, arrepentido y loco.

Estaba esperando el cura [a] la respuesta de Luscinda, que se detuvo un buen espacio en darla; y, cuando yo pensé que sacaba la daga para acreditarse, ó desataba la lengua para decir alguna verdad ó desengaño que en mi provecho redundase, oigo que dijo con voz desmayada y flaca: *Sí, quiero;* y lo mesmo [b] dijo D. Fernando, y, dándole el anillo, quedaron en indisoluble [c] nudo [d] ligados. Llegó el desposado á abrazar á su esposa, y ella, poniéndose la mano sobre el corazón, cayó desmayada en los brazos de su madre. Resta ahora decir cuál quedé yo, viendo, en [e] el *sí* que había oído, burladas mis esperanzas, falsas las palabras y promesas de Luscinda, imposibilitado [f] de cobrar en algún tiempo el bien que en aquel instante había perdido: quedé falto de consejo, desamparado, á mi parecer, de todo el cielo, hecho enemigo de la tierra que me sustentaba, negándome el aire aliento para mis suspiros, y el agua humor para mis ojos: sólo el fuego se acrecentó de manera que todo ardía de

a. Estaba el cura esperando la respuesta de Luscinda. Ton. = *b. ...y lo mismo.* C.$_{3}$, L.$_{1\text{-}2}$, A.$_{2}$, Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Mai., FK. = *c. ...quedaron en disoluble nudo.* C.$_{1\text{-}2}$, L.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{2}$, Mil., Amb. = *d. ...ñudo.* Ton. = *e. ...viendo el sí que había.* Br.$_{2}$, Amb. = *f. ...imposibilitada.* Gasp.

8. *...y, dándole el anillo, quedaron en indisoluble nudo ligados.* — *Disoluble* se lee en las ediciones de Cuesta de 1605; pero ha de tenerse por errata, y de las más evidentes, porque fuera contradicción escribir esto y hacer luego, en más de un pasaje, el encomio del lazo matrimonial:

«Y Dios dijo: por ésta dejará el hombre á su padre y madre, y serán dos en una carne misma; y entonces fué instituido el divino Sacramento del matrimonio, con tales lazos, que sola la muerte puede desatarlos.» (I, 33.) — «La de la propia mujer no es mercaduria que, una vez comprada, se vuelve ó se trueca ó cambia; porque es accidente inseparable, que dura lo que dura la vida; es un lazo que, si una vez le echáis al cuello, se vuelve en el nudo gordiano que, si no le corta la guadaña de la muerte, no hay desatarle.» (II, 19.)

Leído esto, ¿ha de aceptarse la corrección de *indisoluble*, por primera vez en la edición de Bruselas de 1607, aceptada en la de Cuesta del año ocho? Resueltamente, sí.

15. *...hecho enemigo de la tierra... el aire... el agua... el fuego.* — No busquemos en esta cláusula la potente vida del naturalismo sano, del que tantas muestras da en otros capítulos el regocijo de las musas. Como si acabara de leer las *Instituciones oratorias*, para no citar lo que con tanto encarecimiento pide el autor del *Culto sevillano*, acude á la amplificación de los cuatro elementos, que, si ellos fueran ocho, también habrían entrado en este juego retórico, hijo de la afectación y pueril empeño de aparecer grandilocuente aun en las cosas mínimas y rateras, como dijo en otra ocasión Cide Hamete Benengeli.

rabia y de celos. Alborotáronse todos con el desmayo de Luscinda; y, desabrochándole su madre el pecho para que le diese el aire, se descubrió en él un papel cerrado, que D. Fernando tomó luego y se le [a] puso á leer á la luz de una de las hachas; y, en acabando de leerle, se sentó en una silla y se puso la mano en la mejilla con muestras de hombre muy pensativo, sin acudir á los remedios que á su esposa se [b] hacían para que del desmayo volviese.

Yo [c], viendo alborotada toda la gente de casa, me aventuré á salir, ora fuese visto ó no, con determinación, que [d] si me viesen, de hacer un desatino tal, que todo el mundo viniera á entender la justa indignación de mi pecho en el castigo del falso D. Fernando, y aun en el mudable de la desmayada traidora; pero mi suerte, que para mayores males, si es posible que los haya, me debe tener guardado, ordenó que en aquel punto me sobrase el entendimiento que después acá me ha faltado; y, así, sin querer tomar venganza de mis mayores enemigos (que, por estar tan sin pensamiento mío, fuera fácil tomarla), quise tomarla de mi mano [e] y ejecutar en mí la pena que ellos merecían, y aun quizá con más rigor del que con ellos se usara si entonces les diera muerte, pues la que se recibe repentina presto acaba la pena, mas la que se dilata con tormentos, siempre mata sin acabar la vida. En fin, yo salí de aquella casa y vine á la de aquel donde había dejado la mula. Hice que me la ensillase, sin despedirme dél subí en ella, y salí de la ciudad sin osar, como otro Lot, volver el [f] rostro á miralla [g]; y cuando me vi en el campo solo, y que la escuridad [h] de la noche me encubría, y su silencio convidaba á quejarme sin respeto ó miedo de ser es-

a. ...lo puso á leer. Gasp. = *b. ...á su esposa hacían.* L.$_{3}$. = *c. Y viendo.* Ton. = *d. ...con determinación si me viesen.* Br.$_{1\text{-}2}$, Arr. = *e. ...de mi mismo y ejecutar.* Br.$_{1\text{-}2}$. — *...de mi mesmo.* Ton. = *f. ...volver en rostro.* Br.$_{2}$. = *g. ...á miralle.* C.$_{4}$. — *...mirarla.* Ton., Mai. = *h. ...la oscuridad.* Mai., FK.

23. *...y salí de la ciudad sin osar, como otro Lot, volver el rostro á miralla.* — El empeño de defender á Cervantes hasta en sus descuidos é incorrecciones, corre parejas, en algunos críticos, con el de aquellos otros que en todo le hacen blanco de injustificadas censuras. Por tal tenemos la siguiente:

«De Lot se dice, con propiedad, que no osaba mirar á la ciudad, porque debía temer el mirarla. No así Cardenio: en éste era odio lo que en el otro era temor.»

Á modo de otro Lot, como otro Lot, significa estar dicho, no para servir de comparación exacta, sino por analogía. Así como Lot, cumpliendo con el mandato divino, no osaba volver la vista, Cardenio, aunque la analogía sea muy vaga, tampoco osaba tornar sus ojos á la ciudad. ¡Á tal extremo le llevaban la repulsión y el afecto que juntos batallaban en su alma!

cuchado ni conocido, solté la voz y desaté la lengua en tantas maldiciones de Luscinda y de D. Fernando como si con ellas satisficiera[a] el agravio que me habían hecho.

Dile títulos de cruel, de ingrata, de falsa y desagradecida; pero, sobre todos[b], de codiciosa, pues la riqueza de mi enemigo la[c] había cerrado los ojos de la voluntad para quitármela á mí y entregarla á aquel con quien más liberal y franca la fortuna se había mostrado. Y, en mitad de las fugas destas maldiciones y vituperios, la desculpaba[d] diciendo que no era mucho que una doncella recogida, en casa de sus padres, hecha y acostumbrada siempre á obedecerlos,

a. ...si con ellas satisfaciera. TON., GASP. — *b. ...sobre todo de codicia.* FK. | *= c. ...enemigo le había.* FK. = *d. ...la disculpaba.* TON., MAI.

9. *...una doncella recogida, en casa de sus padres.* — Objeta Clemencin: «*Una doncella recogida* está bien; pero si se añade *en casa de sus padres*, la palabra *recogida* muda de significación, y parece suponer extravíos anteriores. Quedaría mejor expresado el pensamiento omitiéndose lo de *en casa de sus padres*, y diciéndose solamente *una doncella recogida, acostumbrada siempre á obedecer á sus padres.*»

Será bien oponer á tales reparos la siguiente réplica:

«Entre las personas que se han servido ver nuestro manuscrito, una, D. Luis de Usoz y Río, ha tenido, además, la bondad de comunicarnos sus observaciones, de las cuales, reconocidos, nos hemos aprovechado, ya expresándolo en una nota, ya sin expresarlo. Él mismo nos hace observar aquí que el adjetivo *hecha* del presente texto se halla entre dos comas en las ediciones antiguas. Así, es muy posible que en la expresión *hecha* y *acostumbrada* no quisiese el autor anunciar una sola circunstancia, sino una con la palabra *hecha* y otra con *acostumbrada*, etc. En este caso, *hecha* tendría el sentido que se da á esta palabra en la expresión *hombre hecho*, es decir, en la edad competente para ser ya tenido por *hombre* en la real y favorable acepción de la palabra. De este modo *doncella hecha* querría decir doncella en edad competente ya para no ser tenida por una niña.

La falta de una coma, que no debe haber inconveniente en añadir, según lo que dijimos en la regla primera de nuestras observaciones preliminares, ha hecho que el comentador desconozca parte del pensamiento de Cardenio, el cual no puede querer hacer mención, ni la hace, de extravíos anteriores en Luscinda, lo que no serviría para justificarla respecto de aquella mudanza, que era su intención. Admitiendo la corrección del comentador, se omite una circunstancia que Cardenio quiere hacer valer. Póngase solamente una coma después de la palabra *recogida*, para que no se crea que las palabras *en casa de sus padres* son complemento de ese adjetivo, ni á la cláusula se dé el sentido que ajunta el comentador. Entonces se verá que *una doncella recogida, en casa de sus padres, hecha y acostumbrada siempre á obedecerlos*, son tres circunstancias distintas, á cada una de las cuales da Cardenio su peso; porque el ser recogida es ya mucho, el estar en casa de sus padres es más, y más aún el estar acostumbrada á obedecer, para que el amante, á quien no faltan deseos de encontrar razones, la disculpe, ó la halle menos reprensible.» (J. CALDERÓN. *Cervantes vindicado*, pág. 76.)

hubiese querido condecender[a] con su gusto, pues le daban por esposo á un caballero tan principal, tan rico y tan gentilhombre, que, á no querer recebirle[b], se podía pensar, ó que no tenía juicio, ó que en otra parte tenía la voluntad, cosa que redundaba tan en perjuicio de su buena opinión y fama. Luego volvía diciendo que, puesto que ella dijera que yo era su esposo, vieran ellos que no había hecho, en escogerme, tan mala elección que no la disculparan, pues antes de ofrecérseles D. Fernando no pudieran ellos mesmos[c] acertar á desear, si con razón midiesen su[d] deseo, otro mejor que yo para esposo de su hija; y que bien pudiera ella, antes de ponerse en el trance forzoso y último de dar la mano, decir que ya yo le había dado la mía; que yo viniera y condecendiera[e] con todo cuanto ella acertara fingir en este caso. En fin, me resolví en que poco amor, poco juicio, mucha ambición y deseos de grandezas hicieron que se olvidase de las palabras con que me había engañado, entretenido y sustentado en mis firmes esperanzas y honestos deseos.

Con estas voces y con esta inquietud caminé lo que quedaba de la[f] noche, y dí al amanecer en una entrada destas sierras, por las cuales caminé otros tres días sin senda ni camino alguno, hasta que vine á parar á[g] unos prados, que no sé á qué mano destas montañas caen, y allí pregunté á unos ganaderos que hacia dónde era lo más áspero destas sierras. Dijéronme que hacia esta parte. Luego me encaminé á ella, con intención de acabar aquí la vida; y, en entrando por estas asperezas, del cansancio y de la[h] hambre se cayó mi mula muerta, ó, lo que yo más creo, por desechar de sí tan inútil carga como en mí llevaba. Yo quedé á pie, rendido de la naturaleza, traspasado de hambre, sin tener ni pensar buscar[i] quién me socorriese. De aquella manera estuve no sé qué tiempo tendido en el suelo, al cabo del cual me levanté sin hambre, y hallé junto á mí á unos cabreros que, sin duda, debieron ser los que

a. ...concescender con su gusto. TON., GASP., MAI., FK. — *b. ...querer recibirle.* AMB., TON., ARR., CL., MAI. — *c. ...mismos.* C.$_3$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, A.$_2$, BOW., PELL., ARR., CL., RIV., GASP., MAI., FK. = *d. ...midiesen sus deseos.* TON. = *e. ...y concediera con todo.* C.$_{1\text{-}2}$, L.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, BR.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, MIL., AMB., TON., A.$_1$, ARR., MAI., FK. — *...y condescendiera.* GASP. — *f. ...quedaba de aquella noche.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, MAI., FK. = *g. ...que vine á parar en unos prados.* TON. — *h. ...del cansancio y del hambre.* MAI. — *i. ...ni pensar quien me socorriese.* BR.$_{1\text{-}2}$.

26. *...ó, lo que yo más creo, por desechar de sí tan inútil carga como en mí llevaba.*— Pensamiento digno de figurar, al lado de otros notoriamente falsos, en *La República literaria*, de D. Diego Saavedra Fajardo.

mi necesidad remediaron, porque ellos me dijeron de la manera que me habían hallado, y como estaba diciendo tantos disparates y desatinos que daba indicios claros de haber perdido el juicio; y yo he sentido en mí, después acá, que no todas veces le tengo cabal, sino tan desmedrado y flaco que hago mil locuras, rasgándome los vestidos, dando voces por estas soledades, maldiciendo mi ventura y repitiendo en vano el nombre amado de mi enemiga, sin tener otro discurso ni[a] intento, entonces, que procurar acabar la vida voceando; y, cuando en mí vuelvo, me hallo tan cansado y molido que apenas puedo moverme. Mi más común habitación es en[b] el hueco de un alcornoque, capaz de cubrir este miserable cuerpo.

Los vaqueros y cabreros que andan por estas montañas, movidos de caridad, me sustentan, poniéndome el manjar por los caminos y por las peñas por donde entienden que acaso podré pasar y hallarlo; y, así, aunque entonces me falte[c] el juicio, la necesidad natural me da á conocer el mantenimiento, y despierta en mí el deseo de apetecerlo y la voluntad de tomarlo. Otras veces me dicen ellos, cuando me encuentran con juicio, que yo salgo á los caminos, y que se lo quito por fuerza, aunque me lo den de grado, á[d] los pastores

a. ...sin tener otro intento entonces. L.$_3$. = *b. ...habitación es el hueco.* Gasp. | = *c. ...me falta el juicio.* Br.$_{1\text{-}2}$, FK. = *d. ...de grado los pastores.* Br.$_{1\text{-}2}$.

5. *...hago mil locuras.* — ¡Acabada pintura! Veamos cómo la parafrasea un ilustre frenópata (1):

«La locura de Cardenio fué una melancolia con delirio zoantrópico y accesos maniacos furiosos y dañinos. En lo más áspero y escondido de Sierra Morena iba errante, descubierta la cabeza, roto el vestido, el rostro desfigurado y tostado del sol; salia al camino á los pastores, y, tal vez, sin hablarles palabra, dábales puñadas, bocados y coces, y les quitaba el sustento; volvia luego á entrarse en el monte con extraña ligereza, pues no corría, sino saltaba de mata en mata y de risco en risco; se recogía en el hueco de un alcornoque ó doquier que le tomaba la noche; y, por más que los pastores le rogaron que les dijese quién era, nunca con él pudieron acabarlo.»

16. *...y despierta en mí el deseo de apetecerlo y la voluntad de tomarlo.* — Con la airosa salida de que el autor era muy negligente en materia de corrección, tratan de defenderle aun los que admiten como dogma de fe que limó algún tanto la impresión de 1608, pero que, dada su negligencia, se le escaparon redundancias como la de *el deseo de apetecerlo*.

Reincidente le llamaríamos nosotros si profesáramos la gratuita opinión de que el rey de la novela puso sus manos en la tercera de Cuesta. Ya se persuadirán más adelante, nuestros lectores, del ningún fundamento que tiene tan aventurada como insostenible suposición.

(1) Pi y Molist. *Primores del «Don Quijote»*, pág. 121.

que vienen con ello del lugar á las majadas. Desta manera paso mi[a] miserable y extrema[b] vida, hasta que el cielo sea servido de conducirla[c] á su último fin, ó de ponerle en mi memoria para que no me acuerde de la hermosura y de la traición de Luscinda y del agravio de D. Fernando; que, si esto él hace sin quitarme la vida, yo volveré á mejor discurso mis pensamientos: donde no, no hay sino rogarle que absolutamente tenga misericordia de mi alma, que yo no siento en mí valor ni fuerzas para sacar el cuerpo desta estrecheza en que por mi gusto he querido ponerle.

Esta es, ¡oh, señores!, la amarga historia de mi desgracia: decidme si es tal que pueda celebrarse con menos sentimientos que los que en mí habéis visto. Y no os canséis en persuadirme ni aconsejarme lo que la razón os dijere que puede ser bueno para mi remedio, porque ha[d] de aprovechar conmigo lo que aprovecha la medicina recetada[e] de famoso médico al enfermo que recebir[f] no la quiere. Yo no quiero salud sin Luscinda; y, pues ella gusta[g] de ser ajena siendo ó debiendo ser mía, guste yo de ser de la desventura pudiendo haber sido de la buena dicha. Ella quiso, con su mudanza, hacer estable mi perdición: yo querré, con procurar perderme, hacer contenta su voluntad; y será ejemplo á los por venir de que á mí solo faltó lo que á todos los desdichados sobra[h], á los cuales suele ser consuelo la imposibilidad de tenerle, y á[i] mí es causa de mayores sentimientos y males, porque aun pienso que no se han de acabar con la muerte.»

Aquí dió fin Cardenio á su larga plática y tan desdichada como amorosa historia; y, al tiempo que el cura se prevenía para decirle

a. ...paso miserable. L.$_3$. = *b. ...miserable vida.* Br.$_{1\text{-}2}$. — *...y extremada vida.* Ton. = *c. ...conducirle.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, Mil., Bow. = *d. ...han de.* C.$_3$. = *e. ...recatada.* L.$_3$. = *f. ...recibir.* Br.$_3$, Amb., Ton., Mai., FK. = *g. ...gusto de.* C.$_1$, L.$_3$, Mai., FK. = *h. ...sobre.* L.$_{1\text{-}2}$. = *i. ...y en más causa.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_3$, Mil., Amb., A.$_1$, Bow. — *...y es más causa.* Mai.

22. *...y á mí es causa de mayores sentimientos.* — Todas las ediciones de Cuesta traen «y *en más* causa de mayores sentimientos», lección evidentemente mendosa.

Pellicer, y después la Academia, leyeron «y *en mí* es causa de mayores sentimientos»; pero antes, en la edición de Bruselas, 1607, se habia estampado (y no mal en nuestra opinión, dice Hartzenbusch) «*á mí* es causa de mayores sentimientos.»

Aceptamos esta última lección por creer, no sin fundamento, que así diria el original, si se ha de conservar la antítesis entre los dos miembros que la forman: «*...á los cuales* suele ser consuelo la imposibilidad de tenerle, *y á mí* es causa de mayores sentimientos.»

algunas razones de [a] consuelo, le suspendió una voz, que llegó á sus oídos, que en lastimados acentos oyeron que decía lo que se dirá en la cuarta parte [b] desta narración; que en este punto dió fin á la tercera [c] el sabio y atentado historiador Cide Hamete Benengeli.

a. ...*algunas razones de su consuelo.* Br.$_3$, Amb. = *b.* ...*lo que se dirá en el cuarto libro desta narración.* Br.$_3$, Amb., Ton. = *c.* ...*que en este punto dió fin á el tercero el sabio.* Br.$_3$, Amb. — ...*dió fin al tercero el sabio.* Ton.

2. ...*que en lastimados acentos oyeron que decia lo que se dirá en la cuarta parte.* — «Por esto, y por evitar la disonancia que causaría ver en una misma obra repetirse la parte segunda á continuación de la cuarta, ha parecido conveniente omitir la división en cuatro partes de la primera edición, dividiendo toda la obra en dos partes, y cada parte en sus capítulos correspondientes.» (1)

Á esto nos atenemos.

(1) Prólogo á la primera edición del *Quijote*, hecha en 1780, por la Real Academia Española.

Capítulo XXVIII

Que trata [a] de la nueva y agradable aventura que al cura y [b] barbero sucedió en la misma [c] sierra

Felicísimos y venturosos fueron los tiempos donde se echó al mundo el audacísimo caballero D. Quijote de la Mancha; pues, por haber tenido tan honrosa [d] determinación como fué el querer resucitar [e] y volver al mundo la ya perdida y casi muerta orden

a. Suprimen *Que trata.* Br.$_3$, Amb. = *b.* ...*que al cura y al barbero.* Ton., Mal. = *c.* ...*la mesma.* C.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., A.$_{1\text{-}2}$, Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *d.* ...*tan honorosa determinación.* V.$_{1\text{-}2}$. = *e.* ...*resuscitar.* Amb.

El ambiente fresco que se respira en no pocas de las anteriores páginas, llenas todas ellas de lozanía, rebosantes de vida y en las que luce la naturalidad, hermosa virtud del arte, nota por extremo simpática al lector moderno, fuera vano empeño pedirlo á las historias de Luscinda, Cardenio y Dorotea. ¿Quién exige perpetua lozanía, aunque el artista vuelva á sentir la belleza, en obra de reflejo? Patente está á los ojos de todos la honda huella que en la fantasía del narrador había dejado, á más de la *Cárcel de amor*, novela sentimental de Diego de San Pedro, aquella otra historia, también de sucesos reales y positivos, de un amor burlado, que se llama *La Diana*, de Jorge de Montemayor.

No busquemos aquí, en este capítulo, perfecta analogía entre las inverosímiles escenas pastoriles de su Arcadia poética y la narración cervantina; pero ¿no evocan D. Fernando y Dorotea el recuerdo de D. Félix y Felismena, cuento que Montemayor imitó de Bandello?

Si cupiera en el estrecho marco de este breve juicio, nos sería fácil poner frente á frente los pasajes en que la narración de entrambos novelistas corre paralelamente. Aquellas noches en que las músicas no dejaban dormir á

de la andante caballería, gozamos ahora en esta nuestra edad, necesitada de alegres entretenimientos, no sólo de la dulzura de su verdadera historia, sino de los cuentos y episodios della, que en parte no son menos agradables y[a] artificiosos y verdaderos que la

a. ...agradables artificiosos. AMB.

nadie; aquellos billetes que, en número infinito, llegaban á manos de Dorotea; ¿no traen á la memoria los torneos, las músicas que de noche jamás cesaban, las cartas y los motes que nunca dejaban de ir de una parte á otra, de D. Félix á Felismena? El vestirse de hábito de hombre la última, ¿no corre parejas con aquel mudarse en traje de zagal la primera? ¿No son parecidos, en la serie de esta narración, los demás sucesos por que una y otra van pasando? No los citemos, porque bien conocidos son de cuantos han hojeado la celebrada producción del novelista portugués.

Línea 4 (pág. 287). *Felicísimos y venturosos fueron los tiempos donde se echó al mundo el audacísimo caballero D. Quijote de la Mancha.* — Venido á nuestro idioma por mediación de los eruditos, el superlativo luce entre nosotros con el mismo esplendor con que brilló en el regazo de su madre la lengua latina. Esto, que todos saben, lo ignoraba, á juzgar por lo que escribió en la pasada centuria mezquino gramático, el incomparable autor del *Ingenioso Hidalgo.* ¡Motejarle porque dijo *felicísimos y venturosos!* ¡Qué menoscabo en la gloriosa historia de esta nota consagrada al encarecimiento! Perdone el lector descendamos á tales nimiedades; pero será bien decir que la espontaneidad con que escribió Cervantes este comienzo no se aviene con el pretendido atildamiento de los que, para enmendarle, creyeron dejarnos una frase bien torneada diciendo *felicísimos fueron los tiempos donde se echó al mundo,* etc.

Felicísimos tiempos aquellos en que se echó al mundo..., habrian dicho, puestos en el camino de la renovación del texto, un Donoso, un Castelar, á quienes, sin duda, se les alcanzaba algo en punto á los adornos que puede ostentar el rozagante manto de la lengua castellana.

Fuera de esto, en labios del historiador de D. Quijote sienta bien la lamentación del héroe. Siempre el mismo, se le oye decir, allá en el discurso sobre las armas y las letras: «Considerando esto, estoy por decir que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como es esta en que ahora vivimos.»

1. *...esta nuestra edad, necesitada de alegres entretenimientos.* — Alardear de erudición y echar, permítase el vulgarismo, una rociada de títulos y nombres de autores que por aquellos días habían escrito y estaban escribiendo, para regocijo de las musas, mil y mil obras de entretenimiento, es, más que achaque de vanidad, falta de sentido estético.

La ironía de que sólo por virtud *de la andante caballería gozamos ahora, en esta nuestra edad, necesitada de alegres entretenimientos, no sólo de la dulzura de su verdadera historia, sino de los cuentos y episodios della,* es tan profunda y va tan de acuerdo con el sentido demoledor de la obra en lo que toca á la insulsez de las novelas caballerescas, que basta leer las palabras subrayadas para persuadirse de que esa hija del disimulo da á entender con ellas lo contrario que Cervantes escribió.

misma[a] historia; la cual, prosiguiendo su rastrillado, torcido y aspado hilo, cuenta que, así como el cura comenzó á prevenirse para consolar á Cardenio, lo impidió una voz que llegó á sus oídos,

a. ...mesma historia. C.$_{1-2}$, V.$_{1-2}$, MIL., A.$_{1}$.

3. *...una voz que llegó á sus oídos.* — He aquí cómo refuta Urdaneta, en su *Cervantes y la crítica* (1), al más conocido de los comentadores del *Quijote,* tantas veces citado por nosotros: la mayoría de los casos en son de censura, con elogio en cuantas ocasiones se ha juzgado que lo merece:

«Es extraño que un hombre tan conocedor de los libros de caballería, donde la uniformidad y repetición de escenas semejantes forman el carácter principal y llegan hasta el fastidio; es extraño, repito, que un hombre como Clemencín tache de *inverosímil* la repetición de un mismo casual y muy justificado incidente en dos capítulos seguidos, y note de defecto las palabras citadas con que principia el episodio de Dorotea, habiendo principiado el de Cardenio por estas otras: *una voz llegó á los oídos del cura y del barbero.*

Léase, entre otros libros, *La selva de aventuras,* de Jerónimo Contreras, cronista del rey, obra que es dechado de estas cosas caballeriles; y especialmente véase el lib. II, donde á cada paso se oyen voces tristes y *enamoradas* en el bosque, etc.

Esta es demasiada temeridad; mas, concediendo algo, pudiera aquello tacharse de *falta de memoria,* de *gusto* ó de lo que se quiera, menos de *inverosimilitud.* Sería enojoso traer ejemplos del discurso de Dorotea, y entrar en la defensa de él contra la censura del crítico, que flaquea desde el principio. No tendría más que abrir dos ó tres libros para encontrar situaciones semejantes; entre otras, la del príncipe Anaxarte y la princesa de Níquea, citada anteriormente, con motivo de esta importante cuestión de estilo en los discursos, que he tocado y volveré á tocar otras veces, pues á ello dan lugar los censores. Y la censura dicha es tan fastidiosa como la de que Dorotea no podía ser *blanca* siendo *rubia,* ó la de que se olvidó á Cardenio mencionar la carta que dejó escrita á Luscinda, etc.

El censor, que modifica su juicio cuando Dorotea habla á D. Quijote, y dice: «Dorotea, queriendo hacer de princesa, usaba con mucha oportunidad de los arcaísmos que había leído en los libros de caballería»; ¿por qué no observó que también usaba en su anterior discurso los *períodos redondos* y *relamidos,* las *agudezas ingeniosas,* y demás reparos que nota, lo que era el uso común y el carácter de la literatura del tiempo? ¿por qué no tuvo presente lo que más adelante iba á decir sobre este uso continuo? Mas, para honor de Clemencín, y para confusión de sus faltas (proceder cristiano), agregaré las siguientes líneas del comento al cap. 43 del *Quijote:* «Cervantes varió y marcó con *gran maestría* los caracteres de las personas, *asignándoles el lenguaje que á cada una convenía, según la diferente naturaleza del afecto que la agitaba.*»

Viene esto á borrar lo anterior y siguientes fallos:

«El estilo de Dorotea cuando suplica á D. Fernando la vuelva á su felicidad pasada, *es demasiado humilde;* el del rústico pastor Pedro es *muy humilde, demasiado afectado* el del pastor Eugenio (téngase en cuenta que éste era cortesano, etc.). Respecto á este último, es distinta la opinión de Capmany, que lo cita como modelo de lenguaje.»

(1) Pág. 383, 384 y 385.

que con tristes acentos decía desta manera: «—¡Ay, Dios! ¿Si será posible que he ya hallado lugar que pueda servir de escondida sepultura á la carga pesada deste cuerpo que tan contra mi voluntad sostengo? Sí será, si la soledad que prometen estas sierras no me miente. ¡Ay, desdichada! Y ¡cuán más agradable compañía harán estos riscos y malezas á mi[a] intención, pues me darán lugar para que con quejas comunique mi desgracia al cielo, que no la de ningún hombre humano, pues no hay ninguno en la tierra de quien se pueda esperar consejo en las dudas, alivio en las quejas ni remedio en los males!»

Todas estas razones oyeron y percibieron el cura y los que con él estaban; y, por parecerles, como ello era, que allí junto las decían, se levantaron á buscar el[b] dueño, y no hubieron andado veinte

a. ...á su intención. L.$_3$. — *b. ...á buscar al dueño.* MAI.

1. «—*¡Ay, Dios! ¿Si será posible que he ya hallado lugar que pueda servir de escondida sepultura.* — No porque constituya una novedad, mas si por lo juiciosa y para huir del mal ejemplo de los que diríase tienen prejuicios contra los que anduvieron por el camino que ellos siguen, citaremos estas palabras de Clemencin:

«Todo cuanto se ha dicho y escrito contra los soliloquios, se puede y debe repetir contra éste de Dorotea. ¿Qué cosa más impropia que discursos estudiados, períodos redondeados y lamidos, agudezas ingeniosas y figuras retóricas en personas agitadas de pasiones vehementes, y á quienes nadie escucha? Frases cortadas, interjecciones y suspiros, es todo cuanto la verdad y la imitación permiten en situación semejante. Fuera de que de ningún modo era necesario el discurso de Dorotea para sostener el contexto de su historia, su presencia sola en aquel desierto, y lo que de ella vieron el cura, el barbero y Cardenio, bastaban para excitar la curiosidad de éstos, y dar motivos á la relación que después hace Dorotea de sus sucesos.»

13. *...se levantaron á buscar el dueño.* — Rica en significaciones, la palabra *dueño* ha ido perdiéndolas una á una, y sólo le queda hoy, casi puede decirse así, la primera acepción que tuvo en el *Diccionario*. Hasta en las cartas se ha perdido aquel sabroso comenzar, substituído por el manoseado, cuando no hipócrita, *Mi distinguido amigo, Muy señor mío y de mi más distinguida consideración*. ¿Cuántos son los que siguen las huellas de nuestros clásicos en el comienzo de una carta, aun ciñéndonos únicamente á la palabra *dueño?:*

«Mi *dueño* y amigo: Tengo ya caudal...» (P. ISLA. *Cartas familiares,* CVI.)

«Mi venerado *dueño* y amigo: Restituido ya á mi aposento...» (P. ISLA. *Cartas familiares,* CXII.)

«Amigo y *dueño:* Como es cierto que ningún enfermo...» (QUEVEDO. *Epistolario,* carta CXI.)

«Mi muy estimado *dueño* y amigo: Desde que recibí la de usted me pareció...» (JOVELLANOS. *Correspondencia con D. C. M. Trigueros.)*

«Amigo y *dueño* mío: Aprovecho los presentes dias...» (JOVELLANOS. *Cartas,* IV.)

pasos cuando detrás de un peñasco vieron sentado al pie de un fresno á[a] un mozo vestido como labrador, al[b] cual, por tener inclinado el rostro, á causa de que se lavaba los pies en el arroyo que por allí corría, no se le pudieron ver por entonces. Y ellos llegaron con tanto silencio[c] que dél no fueron sentidos, ni él estaba á otra cosa atento que á lavarse los pies, que eran tales que no parecían sino dos pedazos de blanco cristal que entre las otras piedras del arroyo se habían nacido. Suspendióles la blancura y belleza de los pies, pareciéndoles que no estaban hechos á pisar terrones ni á

a. ...fresno un mozo vestido. BR.$_{1\text{-}2}$. — *b. ...como labrador, el cual.* V.$_{1\text{-}2}$, MIL., BOW. — *c. ...con tanto que dél no fueron sentidos.* L.$_3$.

En el pasaje que motiva esta nota, *dueño* se aplica á una mujer. «Cosa rara», dirán los poco versados en el idioma: «caso frecuente», hemos de contestarles.

«Yo te adoro, tú eres sola,
Dueño mío: siempre fiel
Pagaré tan gran fineza.»
(CALDERÓN. *El castillo de Lindabrillis,* jorn. III, esc. IX.)

«¿Yo á prenderte, esposa y *dueño?*
¿De qué pudo tu dictamen
Persuadirte á que es prisión?»
(CALDERÓN. *Las armas de la hermosura,* jorn. III, esc. XIV.)

«Pero, Isabel, *dueño* mío,
¡Qué extraño dolor te aqueja!»
(L. MORATÍN. *El Barón,* acto I, esc. XIII.)

Vayan otras citas para sonrojo de los que presumen conocer la lengua:

«Sin cuidado de que yerren
Ó no yerren la elección,
Denme el *dueño* que me dieren.»
(BANCÉS CANDAMO. *El esclavo en grillos de oro,* jorn. III.)

«Y, así, mi esposo, mi *dueño,*
Mi bien, mi señor, mi alma,
Y, si no digo mi vida,
Es porque no digo nada.»
(CALDERÓN. *Celos aun del aire matan,* jorn, III, esc. XVIII.)

«Adiós, adiós, rey mío,
Mi señor y mi *dueño.*
No haga en tí nuevo empeño
El triste llanto mío.»
(CALDERÓN. *La cisma de Inglaterra,* jorn. II, esc. X.)

«Y sabrán, muriendo en ellos,
Que os estimo y reconozco
Por mi *dueño,* por mi bien,
Por mi rey y por mi esposo.»
(CALDERÓN. *La cisma de Inglaterra,* jorn. II, esc. XV.)

andar tras el arado y los bueyes, como mostraba el hábito de su dueño; y, así, viendo que no habían sido sentidos, el cura, que iba delante, hizo señas á los otros dos que se agazapasen ó escondiesen detrás de unos pedazos de peña que allí había[a]. Así lo hicieron todos, mirando con atención lo que el mozo hacía, el cual traía puesto un capotillo pardo de dos haldas, muy ceñido al cuerpo con una toalla blanca; traía ansimesmo[b] unos calzones y polainas de paño pardo, y en la cabeza una montera parda; tenía las polainas levantadas[c] hasta la mitad de la pierna, que, sin duda alguna, de

a. ...allí había y así lo hicieron. C.$_1$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Ton., Mai., FK. — *b. ...traía ansimismo.* C.$_3$, A.$_3$, Bow., Pell., Cl., Riv., Gasp. — *...traía asimismo.* Arr., Arg.$_{1\text{-}2}$, Mai., Benj., FK. — *c. ...las polainas hasta la mitad.* C.$_3$, Bow.

3. *...hizo señas á los otros dos que se agazapasen ó escondiesen detrás de unos pedazos de peña que allí había.* — Entre las voces que podríamos llamar extrañas, está la de *agazaparse*. Más propia del estilo familiar que del elevado y noble, no abundan en nuestros clásicos copiosos ejemplos; pero, en prueba de que no faltan en absoluto, citaremos algunos:

«Un caballero es, que, penetrando
Lo espeso, no sé qué viene buscando.
¿Si será á mí? Pensarlo me acobarda:
Agazápome más.

(*El postrer duelo de España*, jorn. II, esc. II.)

«Muchachos, *agazaparse*,
No chistar, y cepos quedos
Hasta saber la intención
De aquellos seis caballeros.»

(Ramón de la Cruz. *La víspera de San Pedro.* — Madrid, 1843.)

«Voy á hablarle. Idos los dos,
Dice usted bien. (Yo me quedo
Agazapada.)»

(G. del Castillo. *Los nobles ignorados.* — Cádiz, 1845.)

«¡Caramba! ¿Es cosa de chanza?
¡Yo *agazaparme!* Primero...
Digo, á la vejez viruelas.»

(L. Moratín. *El viejo y la niña*, acto II, esc. I.)

5. *...traía puesto un capotillo pardo de dos haldas, muy ceñido al cuerpo con una toalla blanca.* — Para llegar, no á la perfección (que esto ha de tenerse por imposible), sino hasta el límite más cercano á la verdad, toca al editor moderno del *Quijote* dar cuenta de cuantos reparos se han puesto á la lección comúnmente recibida:

«La toalla no era parte del traje de labrador: ¿para qué la traería Dorotea y muy ceñida al cuerpo? Por abrigo no podía ser: corría el mes de Agosto; ciñéndosela mucho al cuerpo, se conocería la cintura de doncella, la cual Dorotea había de querer ocultar. Pero se estaba lavando los pies: ¿se habría

blanco alabastro parecía. Acabóse de lavar los hermosos[a] pies, y, luego, con un paño de tocar que sacó debajo de la montera, se los limpió; y, al querer quitársela, alzó el rostro, y tuvieron lugar, los que mirándole[b] estaban, de ver una hermosura incomparable, tal, que Cardenio dijo al cura con voz baja: «— Esta, ya que no es Luscinda, no es persona humana, sino divina.»

El mozo se quitó la montera, y, sacudiendo la cabeza á una y á[c] otra parte, se comenzaron á descoger y desparcir unos cabellos que pudieran los del sol tenerles envidia. Con esto conocieron que el

a. Acabóse de lavar los pies. L.$_3$. — *b. ...y tuvieron lugar los que con él estaban.* L.$_3$. — *c. ...á una y otra parte.* Br.$_3$, Amb., Gasp.

ceñido la toalla al cuerpo para enjugárselos luego con ella? No, pues para eso se quitó un paño de tocar, ó pañuelo, que traía debajo de la montera: la toalla quedó sin oficio. *Toalla*, ¿sería error de copia, en lugar de *tórdiga* ó *correa? Un capotillo... no muy ceñido al cuerpo, con una correa blanca ó blanda*, sería propio de la persona y de la situación.» (Hartzenbusch. *Las 1,633 notas á la primera edición del «Ingenioso Hidalgo».*)

Como otras veces, también aquí se perdió y extravió el sutil comentador. La previsión de Dorotea al llevar un paño en la montera no se opone á que ciñese la cintura con una toalla: el paño sirvió para secarse los pies, é indudablemente se habría secado la cara con la toalla, pues se la iba á lavar si el cura y sus acompañantes no la hubiesen sorprendido. De no haber llegado éstos tan á tiempo, se habría visto para qué llevaba entrambas piezas, y con ello nos habrían ahorrado este comento.

2. *...y, luego, con un paño de tocar que sacó debajo de la montera, se los limpió; y, al querer quitársela, alzó el rostro.* — El pronombre afijo al verbo *quitar* debe ser *la* y no *le*, como se dice en todas las ediciones, pues se refiere á un nombre femenino: *montera*.

Al querer *quitársela*, sin duda para *lavarse* y componer el cabello, *alzó el rostro*. Á esto no cabe hacer reparo, pero sí al *quitársele*, que rechazamos por impropio y nada natural, pues no se había ligado los pies con el sobredicho paño; y, aun admitiendo que después de lavados los hubiese envuelto en él para que se acabaran de secar, todavía cabe decir que la acción de *quitársele*, pase la impropiedad, no se compadece con ese *alzar el rostro:* lo natural era bajarlo.

8. *...se comenzaron á descoger y desparcir unos cabellos.* — Al inmenso caudal de voces de que gozó la lengua en los siglos de oro pertenecen las dos siguientes: *descoger* y *desparcir*, palabras muy gráficas y pintorescas, digámoslo en griego y en castellano, pues lo consiente la opulencia del idioma, como consintió á Cervantes emplear los sobredichos verbos, causa de nuestra nota, vocablos ciertamente sinónimos, que, por lo significativo, por lo poético y sonoro, no han de entrar en la asendereada censura del maldiciente Avellaneda. Son dicciones muy españolas y que todo el mundo las entiende al topar con ellas en el *Quijote*, aunque en el *Diccionario* anden marcadas con el hierro, para muchos infamante, de arcaicas. ¿Por qué no han de volver á los halagos

que parecía labrador era mujer, y delicada, y aun la más hermosa que hasta entonces los ojos de los dos habían visto, y aun los de Cardenio si no hubieran mirado y conocido á Luscinda; que después afirmó que sola[a] la belleza de Luscinda podía contender con aquélla. Los luengos y rubios cabellos no sólo le cubrieron las espaldas, mas toda en torno la escondieron debajo de ellos, que, si no eran los pies, ninguna otra cosa de su cuerpo se parecía: tales y tantos eran. En esto[b] les sirvió[c] de peine unas manos que, si los pies en el agua habían parecido pedazos de cristal, las manos en los cabellos semejaban pedazos de apretada nieve; todo lo cual en más admiración y en más deseo[d] de saber quién era ponía á los tres que la miraban. Por esto determinaron de mostrarse; y, al movimiento[e] que hicieron de ponerse en pie, la hermosa moza alzó la cabeza y, apartándose los cabellos de delante de los ojos con entrambas manos, miró los que el ruido hacían; y, apenas los hubo

a. ...que solo la belleza. L.$_3$. — *b. En estos.* L.$_{1\text{-}2}$. — *c. ...les sirvieron de peine.* Br.$_{1\text{-}2}$, Ton., Mai. — *d. ...y en más deseos de saber.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. — *e. ...y al ruido que hicieron de mover los pies la hermosa moza.* Arg.$_2$.

de la vida, al menos en el estilo poético? ¿Acaso no tienen para el lector de una novela más encanto que los vulgares *extender* ó *soltar* lo que está recogido, lo que está junto?

Antes que caiga el manto de la noche, es imagen poética que todavía usa el pueblo; pero aun es más poético este otro decir:

«...los religiosos parecen muy bien en el monasterio antes que la noche *descoja* su manto de obscuridad y tinieblas.» (J. de Alcalá. *El domado hablador*, cap. 5.)

«Bañada en el relente de la aurora,
Descoge con orgullo
Su tierno y odorífico capullo...»
(Hartzenbusch. *Fábulas: «La rosa y la zarza».)*

Castizo, pero menos elegante, nos parece el ejemplo que sigue:

«...y de las beatas espirituales, que si no *cogen* el manto cuando vienen de fuera, es por no tardar en *descogerle* cuando vuelven á salir, ¿qué te parece?» (Fr. Juan de los Ángeles. *Conquista del Reino de Dios*, diálogo 8.)

8. *...les sirvió de peine unas manos.* — La variante *les sirvieron*, propuesta por el editor de Bruselas y adoptada por Tonson y Máinez, tiene su origen en la diferencia gramatical de si el sujeto de la oración es el vocablo *manos* ó si, como presumen otros, lo es la voz *peine*.

12. *...y, al movimiento que hicieron de ponerse en pie, la hermosa moza alzó la cabeza.* — *Real moza* se llama, en lenguaje ordinario, á la de gallarda presencia; y, como la escena es enteramente campestre, entendemos que el vocablo *moza* no desdice de la situación aquí pintada, sea cual fuere el juicio de los que corren en pos de frases más peinadas y de aire académico.

visto, cuando se levantó en pie, y, sin aguardar á calzarse ni á recoger los[a] cabellos, asió con mucha presteza un bulto, como de ropa, que junto á sí tenía, y quiso ponerse en huída, llena de turbación y sobresalto; mas no hubo dado seis pasos, cuando, no pudiendo sufrir los delicados pies la aspereza de las piedras, dió consigo en el suelo; lo cual visto por los tres, salieron[b] á ella, y el cura fué el primero que le[c] dijo: «— Deteneos, señora, quienquiera que seáis; que los que[d] aquí veis sólo tienen intención de serviros. No hay para qué os pongáis en tan impertinente huída, porque ni vuestros pies lo podrán sufrir ni nosotros consentir.» Á todo esto ella no respondía[e] palabra, atónita y confusa.

Llegaron, pues, á ella, y, asiéndola por la mano el cura, prosiguió diciendo: «— Lo que vuestro traje, señora, nos niega, vuestros cabellos nos descubren: señales claras que no deben de ser de poco momento las causas que han disfrazado vuestra belleza en hábito tan indigno, y traídola á tanta soledad como es ésta, en la cual ha sido ventura el hallaros, si no para dar remedio á vuestros males, á lo menos para darles consejo; pues ningún mal puede fatigar tanto,

a. ...sus cabellos. L.$_3$. — *b. ...visto por los tres, se fueron á ella.* Arg.$_3$. — *c. ...primero que la dijo.* Amb. — *...primero que dijo.* Ton. — *d. ...que los aquí veis.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil. — *e. ...respondió palabra.* Br.$_3$, Amb., Ton.

Con todo, pongamos las cosas en su punto: *moza*, como se ha dicho, pertenece más bien al lenguaje familiar; y, si siempre no se designa con ella á la mujer de humilde condición, pocas veces significa una señora:

«Diviértase usted mucho; no engorde más, no encanezca, no encalvezca, no se arrugue, no se avieje, manténgase siempre *mocita*, y fresca, y vivaracha, y no se aburra por nada de este mundo.» (L. Moratín. *Obras póstumas*, t. II, pág. 466.)

«Diez reales de sueldo tiene
Don Pancracio el contador,
Y *moza* y coche mantiene.»
(Bretón de los Herreros. *Poesías*, 1883, t. V, pág. 163.)

13. «— *Lo que vuestro traje, señora, nos niega, vuestros cabellos nos descubren.* — Los que sólo, en la pintura de D. Quijote y Sancho, hallan el idealismo y el realismo, respectivamente, olvidan que no siempre aparecen antitéticos en la ingeniosa fábula esos dos polos del arte, antes bien juzgamos nosotros que lo real y lo ideal, de tal modo andan esparcidos en la obra, que no es difícil entresacar ejemplos, sin acudir al amo y al escudero, en otros personajes que allí figuran.

La finura, esa hija predilecta del ingenio, resplandece en la forma semivelada con que se da cuenta de que no eran sólo los cabellos los que denunciaban el sexo de Dorotea, pero sí lo que más se ofrecía á la vista del contemplador.

ni llegar tan al extremo de serlo, mientras no acaba la vida, que rehuya[a] de no escuchar siquiera el consejo que con buena intención se le da al que lo padece. Así que, señora mía, ó señor mío, ó lo que vos quisiéredes[b] ser, perded el sobresalto que nuestra vista os ha causado, y contadnos vuestra buena ó mala suerte; que en nosotros juntos, ó en cada uno, hallaréis quien os ayude á sentir vuestras desgracias.»

En tanto que el cura decía estas razones, estaba la disfrazada moza como embelesada, mirándolos á todos, sin mover labio ni decir palabra alguna, bien así como rústico aldeano que de improviso se le muestran cosas raras y dél jamás vistas; mas, volviendo el cura á decirle otras razones al mismo[c] efecto[d] encaminadas, dando ella un profundo suspiro, rompió el silencio y dijo: «— Pues que la soledad destas sierras no ha sido parte para encubrirme, ni la soltura de mis descompuestos[e] cabellos no[f] ha permitido que sea mentirosa mi lengua, en balde sería fingir yo de nuevo ahora lo que, si se me creyese, sería más por cortesía que por otra razón alguna. Presupuesto esto, digo, señores, que os agradezco el ofrecimiento que me habéis hecho, el cual me ha puesto en obligación de satisfaceros en todo lo que me habéis pedido, puesto que temo que la relación que os hiciere de mis desdichas os ha de causar, al par de la compasión, la pesadumbre, porque no habéis de hallar[g] remedio para remediarlas ni consuelo para entretenerlas; pero, con todo esto, porque no ande vacilando mi honra en vuestras intenciones, habiéndome ya conocido por mujer, y viéndome moza, sola y en

a. ...reuse. Ton. — *...reusa.* Gasp. = *b. ...lo que vos quisiereis.* Mai. = *c. ...al mesmo.* $C._{1-3}$, $L._{1-3}$, $V._{1-3}$, $Br._{1-3}$, Mil., Amb., Ton., $A._1$. = *d. ...efeto encaminadas.* $C._{1-3}$, $L._{1-3}$, $V._{1-3}$, $Br._{1-3}$, Mil., Amb., Ton., $A._1$, Bow., Pell., $Arg._{1-3}$, Benj. = *e. ...de mis compuestos.* $L._3$. = *f. ...cabellos ha permitido que.* Gasp., Mai. = *g. ...no habéis de hallar ni remedio.* $Arg._{1-3}$, Benj.

21. *...os ha de causar, al par de la compasión, la pesadumbre.* — Garcés, amante del vigor que presta al lenguaje la supresión del artículo cuando el sentido no pide con rigor que se ponga delante del sustantivo para que quede bien determinada y concreta su significación, habría optado, caso de preguntarle, por suprimir uno y otro *la*.

24. *...porque no ande vacilando mi honra en vuestras intenciones.* — Si la propiedad es el uso legítimo de las voces según la significación y fuerza de cada una de ellas, débase al estudio ó sea hija de la inspiración y numen, éste ó aquélla faltaron aquí al escritor, ya que, conforme se ha observado oportunamente, la honra puede vacilar en la opinión, pero no en la intención de los demás.

este traje (cosas todas, juntas y cada una por sí, que pueden echar por tierra cualquier honesto crédito), os habré de decir lo que quisiera callar si pudiera.»

Todo esto dijo sin parar la que tan hermosa mujer parecía, con[a] tan suelta lengua, con voz tan suave, que no menos les admiró su discreción que su hermosura; y, tornándole á hacer nuevos ofrecimientos y nuevos ruegos para que lo prometido cumpliese, ella, sin hacerse más de rogar, calzándose con toda honestidad y recogiendo sus cabellos, se acomodó en el asiento de una piedra, y, puestos los tres alrededor della, haciéndose fuerza por[b] detener algunas lágrimas que á los ojos se le venían, con voz reposada y clara comenzó la historia de su vida desta manera:

«— En esta Andalucía hay un lugar de quien toma título un duque, que le hace uno de los que llaman grandes de[c] España. Éste tiene dos hijos: el mayor, heredero de su estado y, al parecer,

a. ...parecía tan suelta lengua. $C._3$. = *b. ...para detener.* Ton. = *c. ...grandes en España.* $V._{1-3}$, $Br._{1-3}$, Mil., $A._1$, Bow., Pell., $Arg._{1-3}$, Mai., Benj., FK.

13. *...un lugar de quien toma título un duque.* — Que en el *Quijote* haya alusiones, no de las que encubren un dardo contra lo fundamental en las creencias de su época; no de las que se pretende estar expuestas en forma poco menos que sibilítica; no de las que ilusos intérpretes llaman, con aire de suficiencia, *sentido oculto, sentido esotérico de la incomparable novela;* sino otras, muy transparentes entonces, á personas, cosas y sucesos; es verdad por todos admitida.

Resucitarlas, ha dicho profundo conocedor del medio ambiente en que se compuso la fábula cervantina, describirlas y averiguarlas, descubriendo y patentizando las concordias entre lo sucedido y lo novelado (1), es tarea que incumbe á la crítica actual. También la que nos ha precedido, la de Pellicer y Clemencin (basten estos dos), sospechó, y no andaba por mal camino, algo de lo que con más fundamento da por cierto y averiguado el crítico cuyo nombre se cita más abajo.

Siendo, como lo eran, transparentes para los contemporáneos del autor, las alusiones fueron claramente comprendidas sin necesidad de apócrifo *Buscapié*, ya que, siendo claras, holgaba el verdadero, el auténtico.

Ni el supuesto *Buscapié* de Cervantes, ni el de pura invención de D. Adolfo de Castro, tuvieron á mano quienes dijeron:

«Por las señas pudiera conjeturarse que era D. Pedro Girón, duque de Osuna, virrey primero de Sicilia, y después de Nápoles. Crióse en las guerras de Flandes, donde hizo hazañas valerosas, porque desde niño manifestó su ardimiento militar y grande ingenio, como se ve en la comedia intitulada *Las niñeces del Duque de Osuna*. El gobierno de su virreinato de Nápoles, donde acreditó su prudencia civil, su valor extraordinario y pericia militar, especialmente contra los turcos, es famoso en la Historia, que tampoco olvida la

(1) Rodríguez Marín. *El Loaisa de «El celoso extremeño»*, pág. 30.

de sus buenas costumbres; y el menor no sé yo de qué sea heredero si no de las traiciones de Bellido y de los embustes de Galalón. Deste señor son vasallos mis padres, humildes en linaje, pero tan ricos que, si los bienes de su naturaleza igualaran á los de su

parte que tuvo en él su secretario D. Francisco de Quevedo y Villegas. Estas prendas, y la nobleza y opulencia de su cuna, le hacian *un señor muy grande*, y la naturaleza le hizo *un señor muy pequeño*. Consta, en efecto, que era pequeño de cuerpo. «En conclusión, — dice Domingo Antonio Parrino, hablando de las calidades del duque, — él fué uno de los hombres grandes de su siglo, que de pequeño no tenia otra cosa que la estatura. *Di picciolo non havea altro che la statura.*» *(Teatro de los Gobiernos de los Virreyes de Nápoles*, t. II, pág. 119.)» (PELLICER. Nota 56 al t. II del *Quijote.)*

«En el cap. 24 contó Cardenio que su patria era *madre de los mejores caballos del mundo*, expresión que indicaba claramente á Córdoba. En el cap. 27 se dijo que desde la ciudad de Luscinda, que era también la de Cardenio, habia diez y ocho leguas al pueblo de la residencia del duque; y, combinando ambas señas, no puede dudarse que el duque que se quiso designar fué el de Osuna. Si la intención de Cervantes en el presente episodio de Cardenio fué indicar algún suceso real y verdadero, como lo hizo en otras ocasiones, no es tan fácil averiguarlo ahora como lo fué en su tiempo. Cervantes residió muchos años en Andalucia y recorrió muchos de sus pueblos. Pudo ser testigo de aventuras de esta clase, ú oir contar otras anteriores que pudieron suceder fácilmente en el país de la imaginación y de las pasiones, donde se muestra, entre Antequera y Archidona, la Peña de los enamorados, y en Arjonilla la sepultura de Macias.» (CLEMENCÍN. *Notas al «Quijote»*, t. II, pág. 396.)

Si se consiente el pleonasmo, daremos á esta narración el nombre de historia verdadera: no de importancia general para que hablen de ella los historiadores, sino de interés puramente doméstico. Se trata de un hecho real, comprobado por la figura de verdad, si vale decirlo así, junto con el color local que en la pintura se advierte, así como por las precisas circunstancias á que la acción se contrae. No tienen apellido D. Fernando y Cardenio, Luscinda ni Dorotea, porque la más elemental prudencia pedia se callasen en la novela para no infamar á una dama, á una doncella; mas en la presencia del de Osuna no hay infracción histórica. Al novelista, aun tratándose de hechos semicontemporáneos, no se le puede exigir rigor cronológico.

Á quien, entrando en este campo, intente volver la novela en historia, se le reclamará narración documentada. La hay, y será del dominio de todos cuando el no menos paciente que sagaz cervantista Sr. Rodriguez Marin se decida á que vean la luz pública sus preciosas investigaciones. Ello no es invención de Cide Hamete Benengeli, aunque así lo parezca; ni tampoco creación fantástica al modo de la de Ginés Pérez de Hita en sus *Guerras civiles de Granada;* sino acontecimiento que, en un libro próximo á publicarse, se rotulará: *Explicación documentada de un episodio del «Quijote» é Historia de la condesa Trifaldi y de la infanta Antonomasia.* El autor del libro *El Loaisa de «El celoso extremeño»*, en nota á la pág. 29, así lo tiene prometido desde 1901.

Sólo, pues, cuando aparezca comprobada y documentada la versión á que el novelista dió cabida en su famosa obra; sólo entonces se podrá decir hasta qué punto la realidad histórica oprime y anonada la invención poética, y si es ó no tan avasalladora que la fantasía hubo de refugiarse en la penumbra de la leyenda popular (llamémosla así).

fortuna, ni ellos tuvieran más que desear, ni yo temiera verme en la desdicha en que me veo, porque quizá nace mi poca ventura de la que no[a] tuvieron ellos en no haber nacido ilustres: bien es verdad que no son tan bajos que puedan afrentarse de su estado, ni tan altos que á mí me quiten la imaginación que tengo de que su humildad viene mi desgracia. Ellos, en fin, son labradores, gente llana, sin mezcla de alguna raza mal sonante, y, como suele decirse, cristianos viejos ranciosos; pero tan rancios[b], que su riqueza y magnífico trato les va poco á poco adquiriendo nombre de hidalgos y aun de caballeros, puesto que, de la mayor riqueza y nobleza que ellos se preciaban, era de tenerme á mí por hija; y, así por no tener otra ni otro que los heredase como por ser padres y aficionados, yo era una de las más regaladas hijas que padres jamás regalaron. Era el espejo en que se miraban, el báculo de su vejez, y el sujeto á quien encaminaban, midiéndolos con el cielo, todos sus deseos, de los cuales, por ser ellos tan buenos, los míos no salían un punto; y, del mismo modo que yo era señora de sus ánimos, así[c] lo era de su hacienda. Por mí se recebían[d] y despedían los criados; la razón y cuenta de lo que se sembraba y cogía, pasaba por mi mano[e]; los molinos de aceite, los lagares[f] del vino, el número del[g] ganado mayor y menor, el de las colmenas, finalmente, de todo aquello que un tan rico labrador como mi padre puede tener y tiene, tenía yo la cuenta y era la mayordoma y

a. ...la que tuvieron. RIV., FK. = *b. ...cristianos viejos ranciosos pero tan ricos que.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$. — *...cristianos viejos rancios pero tan rancios.* RIV., GASP. — *...cristianos viejos rancios pero tan ricos.* ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ. = *c. ...así.* TON., ARR., MAL., FK. = *d. ...recibían.* BR.$_{1\text{-}2}$, ARR., MAL., FK. = *e. ...mano de los molinos.* CL., RIV. = *f. ...los lugares.* AMB. = *g. ...número de ganado.* BR.$_{1\text{-}2}$.

11. *...y, así por no tener otra ni otro que los heredase como por ser padres y aficionados, yo era una de las más regaladas hijas que padres jamás regalaron.* — Ni el más osado de los innovadores, ni el sutilísimo Hartzenbusch, se atrevió á decir, ni aun á recelar, lo que con su habitual desenfado escribió un comentador, cuando afirma haber entendido mal el cajista dicho vocablo, componiendo *aficionados*, que es como leen todos, en lugar de *apasionados*.

Olvidó, el entendido bibliotecario, que todavia usamos la frase *aficionarse* una persona á otra, por la de *encariñarse, apasionarse,* con su trato.

19. *...la razón y cuenta de lo que se sembraba y cogía, pasaba por mi mano.* — Periodos como éste no se escriben al correr de la pluma; y los que, disculpando su falta de gusto, aparentan confundir la afectación con la elegancia, la incorrección con el arte, pueden, si les place, entrarse por los incultos campos del naturalismo salvaje, cuando se hace acreedor á este nombre; que nosotros caeremos siempre al lado opuesto, pero sin dar en el escollo retórico.

señora, con tanta solicitud mía y con tanto gusto suyo, que buenamente no acertaré á encarecerlo. Los ratos que del día me quedaban, después de haber dado lo que convenía á los mayorales[a] ó capataces y á otros jornaleros, los entretenía en ejercicios que son á las doncellas tan lícitos como necesarios, como son los que ofrece la aguja y la almohadilla, y la rueca muchas veces; y si alguna[b], por recrear el ánimo, estos ejercicios dejaba, me acogía al entretenimiento de leer algún libro devoto[c], ó á tocar una arpa, porque la experiencia me mostraba que la música compone los ánimos descompuestos y alivia los trabajos que nacen del espíritu. Ésta, pues, era la vida que yo[d] tenía en casa de mis padres, la cual, si tan particularmente he contado, no ha sido por ostentación ni por dar á entender que soy rica, sino porque se advierta cuán sin culpa me[e] he venido de aquel buen estado que he dicho al infelice en que ahora me hallo.

Es, pues, el caso, que, pasando mi vida en tantas ocupaciones y en un encerramiento tal que al de un monasterio[f] pudiera compararse, sin ser vista, á mi parecer, de otra persona alguna que de los criados de casa (porque los días que iba á misa era tan de mañana, y tan acompañada de mi madre y de otras[g] criadas, y yo tan cubierta y recatada, que apenas vían[h] mis ojos más tierra de aquella donde ponía los pies[i]); con todo esto, los del amor, ó los de la ociosidad por mejor decir, á quien los de[j] lince no pueden igualarse, me vieron, puestos en la solicitud de D. Fernando; que es este[k] el nombre del hijo menor del duque que os he contado. »

a. ...convenía al mayoral ó capataces. ARG.$_{1}$, BENJ. — *...mayorales á capataces.* MAI. = *b. ...y si alguno.* TON. = *c. ...de leer algún libro ó á tocar una arpa.* ARR. = *d. ...la vida que tenía yo en casa.* CL., RIV. = *e. ...sin culpa he venido.* BR.$_{1\text{-}2}$, ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ. = *f. ...de un monesterio.* V.$_{1\text{-}2}$, BR.$_{1\text{-}2}$, MIL., A.$_{1}$, PELL., ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ. = *g. ...y de nuestras criadas.* ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ. = *h. ...que apenas veían.* TON., MAI. = *i. ...los pies y con todo esto.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, BR.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, MIL., AMB., TON., BOW., PELL. = *j. ...los del lince.* ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ. = *k. ...que este es el nombre.* V.$_{1\text{-}2}$, BR.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, MIL., AMB., TON., A.$_{1}$, BOW., PELL., ARR., MAI.

21. *...apenas vían mis ojos más tierra de aquella...; con todo esto, los del amor, ó los de la ociosidad por mejor decir, á quien los de lince no pueden igualarse, me vieron, puestos en la solicitud de D. Fernando.* — Obscuro ha parecido el pasaje, y ciertamente lo es, á los comentaristas. ¿Diría acaso, el original, « *me dieron puesto* », en vez de « me *vieron* puestos »?

No nos creemos autorizados para hacer tal innovación, pudiendo salvar, como puede salvarse, con una simple coma el hipérbaton, que en escritos modernos tacharíase de atrevido. Para que la claridad de la cláusula aparezca, « basta, — dice D. Juan Calderón, — deshacer una sola inversión, de este modo: « Con todo esto, los del amor, ó los de la ociosidad por mejor decir, á quien los de lince no pueden igualarse, puestos en la solicitud de D. Fernando, que es este el nombre del hijo menor del duque que os he contado, me vieron. » Con esto se ve que no se trata de uno que se halla puesto en la solicitud de otro, sino de los ojos de un ocioso, de que la solicitud se arma para verlo y examinarlo todo: de estos ojos fué de lo que no pudo escapar Dorotea, por recatada y guardada que iba y venía de misa. Advertiremos, además, que la inversión que aquí hace Cervantes no tiene nada de singular, puesto que no consiste más que en poner un complemento del sujeto de la oración después del verbo de la misma. »

Con la coma que va después de *me vieron*, para indicar que *puestos* no es complemento suyo, la inversión queda no poco aclarada. Hoy disuena algún tanto á nuestros oídos, menos acostumbrados que los antiguos á la complejidad del período castellano vaciado en el molde de la sintaxis latina.

No hubo bien nombrado á D. Fernando la que el cuento contaba, cuando á Cardenio se le mudó la color[a] del rostro y comenzó á trasudar con tan grande alteración, que el cura y el barbero, que miraron en ello, temieron que le venía aquel accidente[b] de locura que habían oído decir que de cuando en cuando le venía; mas Cardenio no hizo otra cosa que trasudar y estarse quedo, mirando de hito en hito á la labradora, imaginando quién ella era; la cual, sin advertir en los movimientos de Cardenio, prosiguió[c] su historia,

a. ...se le mudó el color. MAI. — *...se le mudó la calor.* RIV. = *b. ...aquel accidente de locura.* PELL. = *c. ...Cardenio prosigue su historia.* L.$_{3}$.

2. *...cuando á Cardenio se le mudó la color del rostro.* — Tanto el héroe como el historiador propenden, en el discurso de toda la obra, al empleo arcaico del vocablo *color*. Decimos arcaico porque tal es usarlo como femenino: « Ten memoria, y no se te pase della cómo te recibe, si *muda las colores* el tiempo que la estuvieres dando mi embajada. » (II, cap. 10.)

Mas no el historiador ni el héroe, sino el pueblo y gran parte de nuestros clásicos, nos ofrecen copiosos ejemplos de dicha acepción:

« ...ella se levantó á recibirles mudadas *las colores*. » (G. PÉREZ DE HITA. *Guerras civiles de Granada*, parte I, cap. 7.)

« No hay rostro allí que *la color* no mude. »
(RUFO. *La Austriada*, canto XXII.)

« Entraba yo á mi cuarto recelosa,
Desmintiendo temores animosa,
Esta noche pasada con mi esposo,
Vestido de temor lo temoroso,
La color indecisa,
Haciendo el llanto de mis ojos risa. »
(ROJAS. *Casarse por vengarse*, jorn. III.)

« La respuesta me dió, bajando airado,
El alma viva y *la color* difunta. »
(ROJAS. *Casarse por vengarse*, jorn. III.)

diciendo: «— Y no me hubieron bien visto, cuando, según él dijo después, quedó tan preso de mis amores cuanto lo dieron bien á entender sus demostraciones[a]. Mas, por acabar presto con el cuento (que no le tiene) de mis desdichas, quiero pasar en silencio las diligencias que D. Fernando hizo para declararme su voluntad: sobornó toda la gente de mi casa, dió y ofreció dádivas y mercedes á mis parientes; los días eran todos de fiesta y de regocijo en mi calle; las noches no dejaban dormir á nadie las músicas; los billetes

a. ...sus demonstraciones. V.$_{1\text{-}2}$, BR.$_{1\text{-}2}$, MIL., TON., A.$_1$, BOW., PELL.

«Su alteza
Ha mudado *la color.*»
(ROJAS. *La esmeralda del amor,* jorn. III.)

«Vistanse *nuevas colores*
Los lirios y el azucena;
Derramen frescos olores
Cuando entre por estrena.»
(ROJAS. *La Celestina,* acto XIX.)

«Él con *la color* turbada,
Rugero indeterminado,
Yo, dudosa de mi fama.»
(ROJAS. *No hay ser padre siendo rey,* jorn. II.)

«Alzad, don Guillén; que si esos
Extremos *la color* causa
Desta verde flor, por serlo
Está sujeta á mudanzas.»
(CALDERÓN. *Las tres justicias en una,* jorn. II, esc. XV.)

«Parece que os ocasiona
Cuidado lo que he leido,
Pues tenéis *la color* toda
Robada.»
(LEIVA RAMÍREZ DE AVELLANO. *La dama presidente,* jorn. III.)

«Y demudada *la color,* los ojos encarnizados y empuñada la espada, salen á la calle.» (QUEVEDO. *Capitulaciones de la vida de la corte,* VIII.)

«...tenia mudada *la color.*»
(MARÍA DE ZAYAS. *El juez de su causa.*)

Renunciamos á dilatar estas páginas con las citas que tenemos acotadas.

3. *Mas, por acabar presto con el cuento (que no le tiene) de mis desdichas.* — *Cuento* vale aquí tanto como relación, y *cuento,* representado por el pronombre *le,* está tomado en la significación de número.

Desaparezcan los equívocos del castellano, desaparezca la riqueza de significados que el vocablo *cuento* y millares como él nos ofrece la lengua, y se habrá perdido el sabroso artificio de sazonados dichos; dichos que mejor está robarlos, al que carece de inventiva, que procurar su imitación en obras de amena literatura.

que, sin saber cómo, á mis manos venían, eran infinitos, llenos de enamoradas razones y ofrecimientos, con menos letras que promesas y[a] juramentos; todo lo cual, no sólo no me ablandaba, pero me endurecía de manera[b] como si fuera[c] mi mortal enemigo y que[d], todas las obras que para reducirme á su voluntad hacía, las hiciera para el efeto[e] contrario: no porque á mí me pareciese mal la gentileza de D. Fernando, ni que tuviese á demasía sus solicitudes, porque me daba un no sé qué de contento verme tan querida y estimada de un tan principal caballero, y no me pesaba ver en sus papeles mis alabanzas (que en esto[f], por feas que seamos las mujeres, me parece á mí que siempre nos da gusto[g] el oir que nos llaman[h] hermosas); pero á todo esto se oponía[i] mi honestidad y los consejos continuos que mis padres me daban, que ya muy al descubierto sabían la voluntad de D. Fernando, porque ya á él no se le daba nada de[j] que todo el mundo la supiese.

Decíanme mis padres que en sola mi virtud y bondad dejaban y depositaban su honra y fama, y que considerase la desigualdad que había entre mí y D. Fernando, y que por aquí echaría de ver que sus pensamientos, aunque él dijese otra cosa, más se encaminaban á su gusto que á mi provecho; y que, si yo quisiese poner en alguna manera algún inconveniente[k] para que él se dejase de su injusta pretensión, que ellos me casarían luego con quien yo más gustase, así de los más principales de nuestro lugar como de todos los circunvecinos, pues todo se podía esperar de su mucha hacienda y de mi buena fama. Con estos ciertos prometimientos, y con la verdad que ellos me decían, fortificaba yo mi entereza, y jamás quise responder á D. Fernando palabra que le pudiese mostrar, aunque[l] de muy lejos, esperanza de alcanzar su deseo.

a. ...que promesas juramentos. L.$_3$. — *b. ...endurecía como si.* GASP. — *c. ...si fuera D. Fernando mi mortal.* ARG.$_{1\text{-}3}$, BENJ. — *d. ...enemigos y todas las obras.* L.$_3$. — *e. ...para el efecto.* A.$_2$, ARR., CL., RIV., GASP., MAL., FK. — *f. ...mis alabanzas que por feas.* GASP. — *g. ...da gusta.* GASP. — *h. ...nos llamen.* BR.$_3$, AMB., TON. — *i. ...se opone.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, BR.$_3$, MIL., AMB., BOW. — *j. ...nada que todo.* BR.$_{1\text{-}2}$. — *k. ...y que si yo quisiese poner en buena manera seguro impedimento para que él se dejase.* ARG.$_3$. — *l. ...aun de muy lejos.* TON.

25. *Con estos ciertos prometimientos.* — ¡Cuán poco ha evolucionado en tres centurias el lenguaje del *Quijote! Prometimientos,* en vez de *promesas,* es una de sus contadas evoluciones, no tan distante de nosotros como el *advenimiento* lo está de la actual *venida.*

«Échanos de ti, porque no te podemos pedir que mantengas tus vanos *prometimientos*», dijo, en el acto XXI, el autor de *La Celestina,* bien distante, por cierto, de nosotros.

Todos estos recatos míos, que él debía de tener por desdenes, debieron de ser causa de avivar más su lascivo apetito, que este nombre quiero dar á la voluntad que me mostraba; la cual, si ella fuera como debía[a], no la supiérades vosotros ahora, porque hubiera faltado la[b] ocasión de decírosla. Finalmente, D. Fernando supo que mis padres andaban por darme estado por quitalle[c] á él la esperanza de poseerme, ó á lo menos por que yo tuviese más guardas para guardarme; y esta nueva ó sospecha fué causa para que hiciese lo que ahora oiréis, y fué que, una noche, estando yo en mi aposento con sola la compañía de una doncella que me servía, teniendo bien cerradas las puertas por temor que por descuido mi honestidad no se viese en peligro, sin saber ni imaginar cómo, en medio destos recatos y prevenciones, y en[d] la soledad deste silencio y encierro[e], me le hallé delante, cuya vista me turbó de manera que me quitó la de mis ojos y me enmudeció la lengua, y, así, no fuí poderosa de dar voces, ni aun él creo que me las dejara dar, porque luego se llegó á mí, y[f], tomándome entre sus brazos (porque yo, como digo, no tuve fuerzas[g] para defenderme, según estaba turbada), comenzó á decirme tales razones, que no sé cómo es posible que tenga tanta habilidad la mentira que las sepa componer de modo que parezcan tan verdaderas: hacía, el traidor, que sus lágrimas acreditasen sus palabras, y los suspiros[h] su intención.

Yo, pobrecilla, sola entre los míos, mal ejercitada en casos semejantes, comencé, no sé en qué modo, á tener por verdaderas

a. ...como decía. Gasp. — *b. ...faltado ocasión de decírosla.* Bow. — *c. ...por quitarle á él.* Mai. — *d. ...y la soledad.* L.$_3$. — *e. ...y en la soledad y silencio de este encierro.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. — *f. ...se llegó á mí tomándome.* Amb. — *g. ...no ture fuerza para defenderme.* L.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$. — *h. ...y los sospiros.* Br.$_{1\text{-}2}$.

1. *Todos estos recatos míos, que él debía de tener por desdenes, debieron de ser causa de avivar más su lascivo apetito.* — Fuerte es el vocablo; pero el trance en que puso á Dorotea, acaso no pueda expresarse, de no acudir á la perífrasis, aquí inoportuna, con palabras dulces, como no las hay, ciertamente, en los dos ejemplos que van á continuación:

«Y con el flámeo rojo daban á entender que habían de huir de las mujeres casadas más que el diablo, y que le llevaban para espantar y arredrar de sí á los hombres *lascivos* que las pretendiesen.» (Cascales. *Cartas filológicas*, década II.)

«El astuto amador, ya en asechanza,
Te atisba y sigue con *lascivos* ojos;
La adulación y la caricia, el lazo
Te van á armar do caerás incauta,
En el tu oprobio y perdición hallando.»
(Jovellanos. *Sátiras y Epístolas.)*

tantas falsedades, pero no de suerte que me moviesen á compasión menos que buena sus lágrimas y suspiros[a]; y, así, pasándoseme aquel sobresalto primero, torné algún tanto á cobrar mis perdidos espíritus, y, con más ánimo del que pensé que pudiera tener, le dije: «— Si como estoy, señor, en tus brazos, estuviera entre los » de un león fiero, y el librarme dellos se me asegurara[b] con que » hiciera ó dijera cosa que fuera en perjuicio de mi honestidad, así » fuera posible hacella ó decilla[c] como es posible dejar de haber » sido lo que fué: así que, si tú tienes ceñido mi cuerpo con tus » brazos, yo tengo atada mi alma con mis buenos deseos, que son » tan diferentes de los tuyos como lo verás si con hacerme fuerza » quisieres pasar adelante en ellos. Tu vasalla soy, pero no tu[d] es» clava: ni tiene ni debe tener imperio, la nobleza de tu sangre, » para deshonrar y tener en poco la humildad de la mía; y en tanto » me estimo yo, villana y labradora, como tú, señor y caballero. » Conmigo no han de ser de ningún efeto[e] tus fuerzas, ni han de te» ner valor tus riquezas, ni tus palabras han de poder engañarme, ni » tus suspiros[f] y lágrimas enternecerme. Si alguna de todas estas » cosas que he dicho viera yo en el que mis padres me dieran por » esposo, á su voluntad se ajustara la mía, y mi voluntad de la suya » no saliera; de modo que, como quedara con honra, aunque que» dara sin gusto, de grado te[g] entregara lo que tú, señor, ahora con » tanta fuerza[h] procuras. Todo esto he dicho porque no es pensar[i] » que de mí alcance cosa alguna el que no fuere mi legítimo esposo.

» — Si no reparas más que en eso, bellísima Dorotea, — (que éste es el nombre desta desdichada), dijo el desleal caballero, — » ves, aquí te doy la mano de serlo tuyo; y sean testigos desta ver» dad los cielos, á quien ninguna cosa se esconde, y esta imagen » de Nuestra Señora que aquí tienes.»

a. ...y sospiros. Br.$_{1\text{-}2}$. — *b. ...se me asegura.* V.$_{1\text{-}2}$. — *c. ...hacerla ó decirla.* Mai. — *d. ...pero no esclava.* L.$_3$. — *e. ...efecto.* C.$_{1\text{-}2}$, L.$_3$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Amb., Ton., A.$_{1\text{-}2}$, Arr., Cl., Riv., Gasp., Arg.$_3$, Mai., FK. — *f. ...sospiros y lágrimas.* Br.$_{1\text{-}2}$. — *g. ...de grado le entregara.* FK. — *h. ...con tantas fuerzas.* L.$_3$. — *i. ...porque no esperes que de mí alcance.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj.

5. *«— Si como estoy, señor, en tus brazos, estuviera entre los de un león fiero.* — Mucho se ha escrito y más se ha censurado aún sobre la entrevista nocturna de D. Fernando y Dorotea. ¿Por qué no se pasan, los censores, por los dominios del celebrado Valera y comparan entrevista con entrevista: la de los amantes del *Ingenioso Hidalgo* con la de Pepita Jiménez y el ex seminarista en la víspera de San Juan? Con todo y ser realistas una y otra escena, ¿en cuál de ellas el arte es más robusto y menos insano?

Cuando Cardenio le oyó decir que se llamaba Dorotea, tornó de nuevo á sus sobresaltos, y acabó de confirmar por verdadera su primera opinión; pero no quiso interromper[a] el cuento, por ver en qué venía á parar lo que él ya casi sabía. Sólo dijo: «— ¡Qué! ¿Dorotea es tu nombre, señora? Otra he oído yo decir del mesmo[b], que quizá corre parejas con tus desdichas. Pasa adelante, que tiempo vendrá en que te diga cosas que te espanten en el mesmo[c] grado que te lastimen.»

Reparó Dorotea en las razones de Cardenio y en su extraño y desastrado traje, y rogóle que, si alguna cosa de su hacienda[d] sabía, se la dijese luego, porque, si algo le había dejado bueno la fortuna, era el ánimo que tenía para sufrir cualquier desastre que le sobreviniese, segura de que, á su parecer, ninguno podía[e] llegar que el que tenía acrecentase un punto.

«— No le perdiera yo, señora, — respondió Cardenio, — en decirte[f] lo que pienso si fuera verdad lo que imagino; y hasta ahora no se pierde coyuntura, ni á ti te importa nada el saberlo.

a. ...quiso interrumpir. Ton., Mai. = *b. ...del mismo.* C.$_3$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, A.$_2$, Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Mai., FK. = *c. ...en el mismo.* C.$_3$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, A.$_2$, Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Mai., FK. = *d. ...de su negocio sabia.* Ton. = *e. ...ninguno podria.* Mai. = *f. ...en decirle.* V.$_{1\text{-}3}$, Mil.

10. *...rogóle que, si alguna cosa de su hacienda sabia, se la dijese luego.* — Otro ejemplo de la riqueza del idioma, y que, para desventura del mismo, se va perdiendo de dia en dia, nos le ofrecen las varias acepciones del vocablo *hacienda*. ¡Qué pocos usarian hoy esta voz en el sentido de asunto que interesa y toca á una persona! En esta acepción la emplea Dorotea, y en parecida la tomó el autor del *Lazarillo del Tormes* (trat. III): «Al fin se cumplió mi deseo, y supe lo que deseaba; porque un dia que habiamos comido razonablemente, y estaba algo contento, me contó su *hacienda*, y díjome ser de Castilla la Vieja.»

Nuestra exclamación: «¡Vaya un negocio!» para indicar que un asunto nos ha salido mal, lo expresaba Lope de Vega, por ejemplo, así:

«Infante. ¡Hola! Espera tú.
Hernando. ¿Yo?
Infante. Sí.
Hernando. ¡Buena *hacienda* habemos hecho!
Él no queda satisfecho
Y quiere acabar en mí.»

También D. Leandro Moratín se valió, con no poca gracia, del vocablo *hacienda* en el *Médico á palos:*

«Bartolo. — Pues, mira, lo mejor será curar á tu marido... ¡Qué bruto es, y qué celoso tan impertinente!

Andrea. — ¿Qué quiere usted? Cada uno cuida de su *hacienda*.

Bartolo. — Y ¿por qué ha de ser *hacienda* de aquel gaznápiro este cuerpecito gracioso?»

— Sea lo que fuere, — respondió Dorotea, — lo que en mi cuento pasa fué que, tomando D. Fernando una imagen que en aquel aposento estaba, la[a] puso por testigo de nuestro desposorio[b], con palabras eficacísimas y juramentos extraordinarios me dió la palabra de ser mi marido; puesto que, antes que acabase de decirlas, le dije que mirase bien lo que hacía, y que considerase el enojo que su padre había de recebir[c] de verle casado con una villana, vasalla suya; que no le cegase mi hermosura tal cual era, pues no era bastante para hallar en ella disculpa de su yerro; y que, si algún bien me quería hacer por el amor que me tenía, fuese dejar correr mi suerte á lo igual de lo que mi calidad pedía[d], porque nunca los tan desiguales casamientos se gozan ni duran mucho en aquel gusto con que se comienzan.

Todas estas razones que aquí he dicho le dije, y otras muchas de que no me acuerdo; pero no fueron parte para que él dejase de seguir su intento[e], bien así[f] como el que no piensa pagar, que, al concertar de la barata, no repara en inconvenientes.

a. ...lo puso. V.$_{1\text{-}2}$, Mil. = *b. ...desposorio y con.* Ton. = *c. ...de recibir.* Ton., Mai., FK. = *d. ...calidad podia.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_3$, Mil., Amb., Ton., A.$_1$, Bow., Pell., Mai., FK. = *e. ...seguir su intención.* L.$_3$. = *f. ...bien así como.* C.$_3$, Br.$_3$, Amb., Ton., A.$_1$, Bow., Arr., Mai., FK.

Quehaceres significa en este otro ejemplo: «Yo me fui á mis *haciendas* ahi adentro, y en el interin ha llegado usted.» (Hartzenbusch. *La coja y el encogido*, acto III, esc. II.)

Conocedor, como pocos, de nuestra riqueza lingüística, dijo Bretón de los Herreros:

«Pues es ya toda mi *hacienda*
Esta grata ceguedad,
Ruego á Vuestra Majestad
Que no me quite la venda.»
(*Finezas contra desvios*, acto III, esc. VII.)

11. *...de lo que mi calidad pedia.* — Un crítico, cuyo nombre hemos citado varias veces, siempre con respeto, escribió: «La Academia Española, en su edición de 1819, puso *pedía* en lugar de *podia*, que se halla en todas las ediciones precedentes. *Podia* es una manifiesta errata de imprenta: *pedía* es la palabra que aquí viene bien, y la que, sin duda, estaria en el manuscrito del autor.»

Á nuestro juicio, la enmienda fué muy acertada; pero hase de advertir que la corrección se hizo no en 1819, sino en 1607; no por la Real Academia, sino por el discreto editor que en este último año publicó el *Quijote* en Bruselas. *Suum cuique*. Esta lección, aceptada por la Academia, Arrieta, Clemencin, Hartzenbusch y Benjumea, la estimamos como definitiva.

16. *...que, al concertar de la barata, no repara en inconvenientes.* — No se toma aquí la dicción *barata* en el sentido de trueque ó cambio, primera significa-

Yo, á esta sazón, hice un breve discurso conmigo, y me dije á mí mesma[a]: «Sí, que no seré yo la primera que por vía de matrimonio haya subido de humilde á grande estado, ni será D. Fernando el primero á quien hermosura ó ciega afición, que es lo más cierto, haya hecho tomar compañía desigual á su grandeza. Pues, si no hago ni mundo ni uso nuevo, bien es acudir á esta honra que la suerte me ofrece, puesto que en este[b] no dure más la voluntad que me muestra de cuanto dure el cumplimiento de su deseo, que, en fin, para con Dios seré su esposa. Y, si quiero con desdenes despedille[c], en término le[d] veo que, no usando el que debe, usará el de la fuerza, y vendré[e] á quedar deshonrada y sin disculpa de la culpa que me podrá[f] dar el que no supiere cuán sin ella he venido á este punto; porque ¿qué razones serán bastantes para persuadir á mis padres y á otros que este caballero entró en mi aposento sin consentimiento mío?»

Todas estas demandas y respuestas revolví[g] en un instante en la imaginación; y, sobre todo, me comenzaron á hacer fuerza y á inclinarme á lo que fué, sin yo pensarlo, mi perdición[h], los juramentos de D. Fernando, los testigos que ponía, las lágrimas que derra-

a. ...*dije á mí misma.* C.$_3$, Ton., A.$_3$, Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Mai., FK. — ...*dije á misma.* Bow. = *b.* ...*que en esto.* Ton. = *c.* ...*despedilla.* C.$_{1\text{-}3}$, L.$_3$, Br.$_3$, Amb. — ...*despedirle.* Ton., Mai. = *d.* ...*lo veo.* L.$_3$. = *e.* ...*y vendrá.* C.$_{1\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil. = *f.* ...*me podía dar.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}3}$, Br.$_3$, Mil., Bow., Pell., Mai. = *g.* ...*revolvió en un instante.* C.$_{1\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2}$. = *h.* ...*mi petición.* C.$_{1\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}3}$, Mil., Amb., Bow. — *su petición.* Br.$_{1\text{-}3}$, Ton.

ción de esta voz, ni en el de venta fingida (mohatra) en todas sus formas, sino en el de compra inconsiderada, hecha tan atropelladamente que, sin poner limitación alguna, entra por todas, como suele decir el vulgo.

Por este pasaje del *Poema del Cid*, puede rastrearse el origen y significación de «de la *barata:*»

«Fata dentro en Xatiua duro el arrancada,
En el passar de Xucar y veriedes *barata*,
Moros en aruenço amidos beuer agua.»

(Verso 1227. — Ed. Pidal, pág. 39.)

En tropel, en confusión, revueltos unos con otros, era de ver cómo bebian los moros en el Júcar.

Ahora bien: sin orden, sin examen, pasando por todo, suele adquirir, el que no piensa pagar, cuanto le agrada en una venta, sea la que fuere.

16. *Todas estas demandas y respuestas revolví en un instante en la imaginación.* — Al clásico *revolví*, que evoca el recuerdo de la desesperación de la reina Vido, opondrian con pena Hermosilla y Baralt el galicismo que para ellos entraña el vocablo *demandas*. *Preguntas*, dirian ellos con aire doctoral, como si el castellano y el francés no hubiesen nacido en un mismo solar.

maba, y, finalmente, su disposición y gentileza, que, acompañada con tantas muestras de verdadero amor, pudieran[a] rendir á otro tan libre y recatado corazón como el mío. Llamé á mi criada para que en la tierra acompañase á los testigos del cielo; tornó D. Fernando á reiterar y confirmar sus juramentos; añadió, á los primeros, nuevos santos por testigos; echóse mil futuras maldiciones si no cumpliese lo que me[b] prometía; volvió á humedecer sus ojos y á acrecentar sus suspiros[c]; apretóme más entre sus brazos, de los cuales jamás me había dejado; y, con esto y con volverse á salir del aposento mi doncella, yo dejé de serlo, y él acabó de ser traidor y fementido.

El día que sucedió á la noche de mi desgracia, se venía aun no tan apriesa[d] como yo pienso que D. Fernando deseaba; porque, después de cumplido aquello que el apetito pide, el mayor gusto que puede venir es apartarse de donde le[e] alcanzaron. Digo esto porque D. Fernando dió priesa[f] por partirse de mí; y, por industria de mi doncella, que era la misma que allí le había traído, antes que amaneciese se vió en la calle; y, al despedirse de mí, aunque no con tanto ahinco y vehemencia como cuando vino, me dijo que estuviese segura de su fe y de ser firmes y verdaderos sus juramentos; y, para más confirmación de su palabra, sacó un rico anillo del dedo y lo puso en el mío. En efeto[g], él se fué, y yo quedé, ni[h] sé si triste ó alegre: esto sé bien decir, que quedé confusa y pensativa y casi fuera de mí con el nuevo acaecimiento, y no tuve ánimo ó no se me acordó de reñir á mi doncella por la traición cometida de encerrar á D. Fernando en mi mismo[i] aposento, porque aun no me[j] determinaba si era bien ó mal el que me había sucedido. Díjele, al partir, á D. Fernando, que por el mesmo[k] camino de aquélla podía verme otras noches, pues ya era suya, hasta que, cuando él quisiese, aquel hecho se publicase; pero no vino otra alguna si no fué la siguiente, ni yo pude verle en la calle ni en la iglesia en más

a. ...*pudieron rendir.* FK. = *b.* ...*lo que prometía.* Ton. = *c.* ...*sus sospiros.* Br.$_{1\text{-}3}$. = *d.* ...*tan aprisa.* Mai. = *e.* ...*de donde se alcanzaron.* V.$_{1\text{-}3}$. — ...*donde se alcanzó.* Gasp. = *f.* ...*dió prisa.* Mai. = *g. En efecto.* C.$_{1\text{-}2}$, L.$_3$, Br.$_{1\text{-}3}$, A.$_{1\text{-}3}$, Arr., Cl., Riv., Gasp., Arg.$_{1\text{-}3}$, Mai., Benj., FK. = *h.* ...*no sé.* Riv., Cl. = *i.* ...*en mi aposento.* Riv., FK. = *j.* ...*no determinaba.* Gasp. = *k.* ...*mismo.* C.$_3$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Br.$_3$, Amb., Ton., A.$_3$, Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Mai., FK.

19. ...*me dijo que estuviese segura de su fe, y de ser firmes y verdaderos sus juramentos.* — ¿Cómo no hacen notar la elegante supresión del *que*, ese acogerse al infinitivo para no topar con tan áspero monosílabo, los mismos críticos que en otras ocasiones censuran el indebido uso de la molesta partícula?

de un mes, que en vano me cansé en solicitallo[a]; puesto que supe que estaba en la villa y[b] que los más días iba á caza, ejercicio de que él era muy aficionado.

Estos días y estas horas[c], bien sé yo que para mí fueron aciagos[d] y menguadas, y bien sé que comencé á dudar en ellos, y aun á descreer de la fe de D. Fernando; y sé también que mi doncella oyó entonces las palabras que, en reprensión de su atrevimiento, antes no[e] había oído; y sé que me fué forzoso[f] tener cuenta con mis lágrimas y con la compostura de mi rostro, por no dar ocasión á que mis padres me preguntasen que de qué andaba descontenta, y me obligasen á buscar mentiras que decilles[g]. Pero todo esto se acabó en un punto, llegándose uno donde se atropellaron[h] respetos[i] y se acabaron los[j] honrados discursos, y adonde se perdió la paciencia y salieron á plaza mis secretos pensamientos; y esto fué porque, de allí á pocos días, se dijo en el lugar como en una ciudad allí cerca se había casado D. Fernando con una doncella hermosísima en todo extremo y de muy principales padres, aunque no tan rica que por la[k] dote pudiera aspirar á tan noble casamiento; díjose que se llamaba Luscinda, con otras cosas que en sus desposorios sucedieron, dignas de admiración. »

Oyó Cardenio el nombre de Luscinda, y no hizo otra cosa que encoger los hombros, morderse los labios, enarcar las cejas, y dejar de allí á poco caer por sus ojos dos fuentes de lágrimas; mas no por

a. ...en solicitalle. C.$_3$, Bow. — *...solicitarlo.* Mai. = *b. ...en la villa que los más dias.* FK. = *c. Estos dias bien sé yo.* Br.$_{1\text{-}2}$. = *d. ...aciagos y menguados y bien sé que comencé á dudar en estos.* L.$_3$. — *...aciagos y estas horas menguadas, pues que comencé á dudar en ellos.* Br.$_{1\text{-}2}$. — *...aciagos y menguadas, pues que comencé á dudar en ellos.* Ton. — *...aciagos y menguados y bien sé que comencé á dudar en ellas.* Gasp. = *e. ...antes habia oido.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil. = *f. ...en tener.* L.$_3$. = *g. ...que decirles.* Mai. = *h. ...atropellaron los respetos.* Arg.$_{1\text{-}2}$. = *i. ...respectos.* Br.$_{1\text{-}2}$, A.$_1$. = *j. ...las honrados.* C.$_3$, Bow. = *k. ...el dote.* Mai.

11. *Pero todo esto se acabó en un punto, llegándose uno donde se atropellaron respetos y se acabaron los honrados discursos.* — Son para notar el significado que en esta cláusula tiene la voz *punto*, y la elipsis por extremo elegante del mismo vocablo en el inciso *llegándose uno donde se atropellaron respetos* etc.

21. *...y no hizo otra cosa que encoger los hombros, morderse los labios, enarcar las cejas, y dejar de allí á poco caer por sus ojos dos fuentes de lágrimas.* — Cargadas de pormenores, sin que en ellas se omita circunstancia alguna, ni el más pequeño accidente, si de fenómeno fisiológico se trata, las descripciones modernas muestran tal lujo de pormenores, que bien puede decirse viven rodeadas de un fausto deslumbrador. No así la que acabamos de copiar: dos trazos han bastado al poeta para dejarnos una pintura acabada. Es la pintura de

esto dejó Dorotea de seguir su cuento, diciendo: « — Llegó esta triste nueva á mis oídos; y, en lugar de helárseme el corazón en oílla[a], fué tanta la cólera y rabia que se[b] encendió en él, que faltó poco para no[c] salirme por las calles dando voces, publicando la alevosía y traición que se me había hecho; mas templóse esta furia por entonces con pensar de poner aquella mesma[d] noche por obra lo que puse, que fué ponerme en este hábito, que me dió uno de los que llaman zagales en casa de los labradores, que era criado de mi padre, al cual descubrí toda mi desventura, y le rogué me acompañase hasta la ciudad donde entendí que mi enemigo estaba. Él, después que hubo reprendido mi atrevimiento y afeado mi determinación, viéndome resuelta en mi parecer, se ofreció á tenerme compañía, como él dijo, hasta el cabo del mundo. Luego al momento encerré en una almohada de lienzo un vestido de mujer, y algunas joyas y dineros, por lo que podía suceder; y, en el silencio de aquella noche, sin dar cuenta á mi traidora doncella, salí de mi casa, acompañada de mi criado y de muchas imaginaciones, y me puse en camino de la ciudad á pie, llevada en vuelo del deseo de llegar, ya que no á estorbar lo que tenía por hecho, á lo menos á decir á D. Fernando me dijese con qué alma lo había hecho. Llegué en dos días y medio donde quería; y, entrando por la ciudad, pregunté por la casa de los padres de Luscinda, y al[e] primero á quien hice la pregunta me respondió más de lo que yo quisiera oir. Díjome la casa y todo lo que había sucedido en el desposorio de su

a. ...oirla. Mai. = *b. ...que se me encendió en él.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *c. ...para salirme.* Br.$_{1\text{-}2}$. = *d. ...misma.* C.$_3$, L.$_3$, Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Mai., Benj. = *e. ...y el primero.* Ton., Cl., Riv., FK.

todo un proceso fisiológico desde el momento inicial, desde el *encoger los hombros* y *morderse* luego *los labios*, hasta el *enarcar las cejas*. Nada olvidó el observador: hay un lapso de tiempo, *de allí á poco...*, el tiempo preciso para que los ojos cargados del llanto pudieran romper á llorar.

Este es Cervantes, lo mismo ahora que en otras ocasiones; lo mismo ahora que en 1598, para no citar más. ¡Qué rapidez la suya!

« Y luego, incontinente,
Caló el chapeo, requirió la espada,
Miró al soslayo, fuese, y no hubo nada. »

12. *...se ofreció á tenerme compañía, como él dijo.* — Siempre el mismo, de la manera más suave, como diciendo: *No soy yo, es éste, el que habla á la francesa;* nos enseña que, si en un tiempo, porque las lenguas corrieron á la par, se usaba tal manera de expresión, ya entonces no osaban valerse de ella, sin un salvoconducto, los conocedores del idioma.

hija, cosa tan pública en la ciudad, que se hacen[a] corrillos para contarla por toda ella. Díjome que la noche que D. Fernando se desposó con Luscinda, después de haber ella dado el *sí* de ser su esposa, le había tomado un recio desmayo; y que, llegando su esposo[b] á desabrocharle el pecho para que le diese el aire, le halló un papel, escrito de la mesma[c] letra de Luscinda, en que decía y declaraba que ella no podía ser esposa de D. Fernando, porque lo era de Cardenio (que, á lo que el hombre me dijo, era un caballero muy principal de la misma ciudad), y que, si había dado el *sí* á D. Fernando, fué por no salir de la obediencia de sus padres. En resolución, tales razones dijo que contenía el papel, que daba á entender que ella había tenido intención de matarse en[d] acabándose de desposar, y daba allí las razones por que se había[e] quitado la vida; todo lo cual dicen que confirmó una daga que le hallaron no sé en qué parte de sus vestidos. Todo lo cual visto por D. Fernando, pareciéndole que Luscinda le había burlado y escarnecido y tenido en poco, arremetió á ella antes que de su desmayo volviese, y, con la misma daga que le hallaron, la quiso dar de puñaladas; y lo hiciera si sus padres y los que se hallaron presentes no se lo estorbaran. Dijeron más[f]: que luego se ausentó D. Fernando, y que Luscinda no había vuelto de su parasismo hasta otro día, que contó á sus padres como ella era verdadera esposa de aquel Cardenio que he dicho. Supe más[g]: que el Cardenio, según decían, se halló presente á los desposorios; y que, en viéndola desposada, lo cual él jamás pensó, se salió de la ciudad desesperado, dejándole[h] primero escrita una carta donde daba á entender el agravio que Luscinda le había hecho, y de como él se iba adonde gentes no le viesen. Esto todo era público y notorio en toda la ciudad,

a. ...*que se hace en corrillos para.* C.$_{1\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}3}$, Mil. — ...*que se hacian corrillos para.* Br.$_{1\text{-}3}$, Arg.$_{1\text{-}3}$, Benj., FK. = *b.* ...*y que llegando su madre á desabrocharle el pecho.* Arg.$_3$. = *c.* ...*de la misma.* C.$_3$, Br.$_3$, Amb., Ton., A.$_{1\text{-}3}$, Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Mai., FK. = *d.* ...*intención de matarse acabándose de.* Arr. = *e.* ...*porque se habría quitado la vida.* Arg.$_{1\text{-}3}$, Benj. = *f. Dijome más.* Arg.$_1$, Benj. = *g. Supe además que el Cardenio.* Arg.$_{1\text{-}3}$, Benj. = *h.* ...*dejándola primero.* Mai.

1. ...*cosa tan pública en la ciudad, que se hacen corrillos para contarla por toda ella.* — En las seis ediciones del año de 1605 (siete si place á los que no hayan hecho el cotejo que nosotros de las dos primeras de Lisboa) se estampó «que se hacen *en* corrillos». La tercera de Cuesta suprimió, con mucho acierto, la preposición subrayada: en lo que no anduvo tan acertada fué en el cambio del presente de indicativo *hacen* por *hacían*, aunque sea más correcto, porque uno es enmendar erratas, y otro salvar las incorrecciones del autor.

y todos hablaban dello; y más hablaron cuando supieron que Luscinda había faltado de en casa de sus padres[a] y de la ciudad, pues no la hallaron en toda ella, de que perdían el juicio sus padres, y no sabían qué medio se[b] tomar para hallarla. Esto que supe puso en bando mis esperanzas, y tuve por mejor no haber hallado á D. Fernando que no[c] hallarle casado, pareciéndome que aun no estaba del todo cerrada la puerta á mi remedio, dándome yo á entender que podría ser que el cielo hubiese puesto aquel impedimento en el segundo matrimonio por atraerle[d] á conocer lo que al primero debía, y á caer en la cuenta de que era cristiano y que estaba más obligado á su alma que á los respetos humanos. Todas estas cosas revolvía en mi fantasía, y me consolaba sin tener consuelo, fingiendo unas esperanzas largas y desmayadas, para entretener la vida que ya aborrezco.

a. ...*en casa de su padre.* C.$_3$, A.$_3$. — ...*de casa de sus padres.* L.$_{1\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}3}$, Br.$_{1\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton., A.$_1$, Bow., Arg.$_{1\text{-}3}$, Mai., Benj., FK. — ...*de casa de su padre.* A.$_2$, Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp. = *b.* ...*qué medio tomar.* Ton., Cl., Riv., Gasp., FK. — ...*se tomase.* Mai. = *c.* ...*que hallarle casado.* Br.$_{1\text{-}3}$, Ton. = *d.* ...*matrimonio para traerle.* Arg.$_1$, Benj.

1. ...*y todos hablaban dello; y más hablaron cuando supieron que Luscinda había faltado de en casa de sus padres.* — En la edición de 1608 se lee *de su padre*, lección que repitieron Pellicer, la Academia en 1819, Arrieta, Clemencín, Rivadeneyra y Gaspar. Lo tenemos por errata de imprenta, no por enmienda de Cervantes, pues no parece regular tratase de corregir una cosa que estaba bien dicha, para decirla, si no menos bien, igualmente bien.

Que la genuina lección, como traen las dos ediciones de 1605, sea *de sus padres*, lo comprueba la expresión de que Dorotea había usado poco más arriba: «...y, entrando por la ciudad, — dijo, — pregunté por *la casa de los padres de Luscinda.*»

Tenemos por afectación de purista, por escrúpulos de retórico, suprimir, como han hecho algunos editores, la preposición *en* de «de en casa de sus padres», porque es evidente que, si *todos hablaban dello y más hablaron cuando supieron que Luscinda había faltado...*, ese *todos* es el pueblo, la gente del pueblo, que entonces, y aun hoy mismo se expresa así. Toque ó no en vulgar, aquí se refleja la realidad tal como es, y no el convencionalismo académico.

4. *Esto que supe puso en bando mis esperanzas.* — No está tomada la voz *bando* en la significación de *edicto, ley* ó *mandato* solemnemente publicado de orden superior, sino en el sentido que explica un comentarista, por ser ésta una de las frases en que tropiezan algunos lectores, aunque pocos en verdad:

«*Bando* es *parcialidad, partido, facción*; y *poner en bando* será *poner en cuestión*, y, por consiguiente, *en duda*. Dorotea tenía perdidas totalmente las esperanzas; pero empezó á reanimarlas y á darles algún ser, aunque dudoso, la noticia que acababa de recibir acerca de la boda de Luscinda y su fuga de la casa paterna, *pareciéndole que aun no estaba del todo cerrada la puerta á su remedio.*»

Estando, pues, en la ciudad sin saber qué hacerme, pues á D. Fernando no hallaba, llegó á mis oídos un público[a] pregón donde se prometía grande hallazgo á quien me hallase, dando las señas de la edad y del mesmo[b] traje que traía; y oí decir que se decía[c] que me había sacado de casa de mis padres el mozo que conmigo vino, cosa que me llegó al alma, por ver cuán de caída andaba mi crédito, pues no bastaba perderle con mi venida[d], sino añadir el con quién, siendo sujeto[e] tan bajo y tan indigno de mis buenos pensamientos. Al punto que oí[f] el pregón, me salí de la ciudad con mi criado, que ya comenzaba á dar muestras de titubear en la fe que de fidelidad me tenía prometida; y aquella noche nos entramos por lo espeso desta montaña, con el miedo de no ser hallados. Pero como suele decirse que un mal llama á otro, y que el fin de una desgracia suele ser principio de otra mayor, así me sucedió á mí; porque mi buen criado, hasta entonces fiel y seguro, así como me vió en esta soledad, incitado de su mesma[g] bellaquería antes que de mi hermosura, quiso aprovecharse de la ocasión que, á su parecer, estos yermos le ofrecían, y, con poca vergüenza y menos temor de Dios ni respeto mío, me requirió de amores; y, viendo que yo con feas[h] y justas palabras respondía á las desvergüenzas

a. ...á mis oídos un pregón. PELL. — *b. ...mismo.* C.$_3$, A.$_3$, BOW., PELL., ARR., CL., RIV., GASP., MAI., FK. — *c.... creía que.* ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ. — *d. ...con mi huída.* GASP., ARG.$_{1\text{-}3}$, BENJ. — *e. ...siendo sujeto.* L.$_{1\text{-}2}$. — *f. ...pensamientos en oyendo el pregón.* BR.$_{1\text{-}2}$. — *g. ...su misma.* C.$_3$, A.$_3$, BOW., PELL., ARR., CL., RIV., GASP., MAI., FK. — *h. ...con ásperas y.* ARG.$_1$, BENJ. — *...con fuertes y.* ARG.$_2$.

13. *Pero como suele decirse que un mal llama á otro.* — Ni es nueva ni singular la frase que usa Dorotea, ni la aclaración que de ella hace después, como no es nuevo el refrán de *bien vengas, mal, si vienes solo;* y, con todo eso, ¿qué escritor ha contribuido á perpetuar tales maneras de expresión en obra á la vez popular y artística? Es gloria que sólo á Cervantes pertenece, porque su libro es inmortal, y cuanto toca su pluma goza de este don; y, si hay libros que no morirán, no hay otro que, como éste, disfrute de eterna popularidad.

20. *...con feas y justas palabras.* — Alguien ha sospechado que acaso diría el original, en vez de *feas y justas palabras, fuertes, severas ó recias;* fundándose, para opinar así, en que no es propio de una doncella bien criada tal modo de hablar.

¿Por qué, replicamos, ese empeño de tener constantemente á nuestro autor en la picota? ¿Cómo pudo ocultarse al nimio comentador que *feas palabras* no son aquí mal sonantes? Cierto, Dorotea pudo llamar, á su criado, *infame, traidor, desvergonzado, insolente,* y á este tenor otros muchos epítetos, que nunca, sea cual fuere la clasificación que de ello se haga, han de estimarse como palabras feas por llevar aneja la significación de *libres* ó *deshonestas.*

de sus propósitos[a], dejó aparte los ruegos, de quien primero pensó aprovecharse, y comenzó á usar de la fuerza. Pero el justo cielo, que pocas ó ningunas veces deja de mirar y favorecer á las justas intenciones, favoreció las mías de manera que, con mis pocas fuerzas y con poco trabajo, di con él por un derrumbadero, donde le dejé, ni sé si muerto ó si vivo; y luego, con más ligereza que mi sobresalto y cansancio pedían[b], me entré por estas montañas sin llevar otro pensamiento ni otro designio[c] que esconderme en ellas, y huir de mi padre y de aquellos que de su parte me andaban buscando. Con este deseo há no sé cuántos meses que entré en ellas, donde hallé un ganadero que me llevó por su criado á un lugar que está en las entrañas desta sierra, al cual he servido de zagal todo este tiempo, procurando estar siempre en el campo por encubrir estos cabellos que ahora tan sin pensarlo me han descubierto. Pero toda mi industria y toda mi solicitud fué y ha sido de ningún provecho, pues mi amo vino en conocimiento de que yo no era varón, y nació en él el mesmo[d] mal pensamiento que en mi criado; y, como no siempre la fortuna con los trabajos da[e] los remedios, no hallé derrumbadero ni barranco de donde despeñar y despenar[f] al amo, como le hallé para el criado; y, así, tuve por menor inconveniente dejalle[g], y esconderme[h] de nuevo entre estas asperezas, que probar con él mis fuerzas ó mis disculpas[i]. Digo, pues, que me torné á emboscar, y á buscar donde sin impedimento alguno pudiese con

a. ...de su propósito dejó aparte. ARG.$_1$, BENJ. — *b. ...y cansancio permitían me entré por estas.* GASP. — *c. ...ni otro disignio que esconderme.* L.$_{1\text{-}2}$, BR.$_1$, A.$_1$, BOW., PELL., ARR. — *d. ...el mismo mal pensamiento.* C.$_3$, BR.$_3$, AMB., TON., A.$_2$, BOW., PELL., ARR., CL., RIV., GASP., MAI., FK. — *e. ...con los trabajos de los remedios.* L.$_{1\text{-}2}$. — *f. ...despeñar y despeñar al amo.* L.$_{1\text{-}2}$. — *g. ...dejarle.* MAI. — *h. ...y aseonderme de nuevo.* V.$_{1\text{-}2}$, MIL., A.$_1$. — *i. ...mis fuerzas ó mis desculpas.* BOW. — *...fuerzas ó mis repulsas.* GASP. — *...fuerzas ó mis discursos.* ARG.$_1$, BENJ. — *...ó mis despegos.* ARG.$_2$.

20. *...y, así, tuve por menor inconveniente dejalle... que probar con él mis fuerzas ó mis disculpas.* — Con aire doctoral se ha dicho: «La palabra *disculpas* no es del caso. Se disculpa el que responde á una reconvención de culpa, no el que desecha una propuesta que se le hace de incurrir en culpa. La de este último no es *disculpa,* sino *repulsa.*»

Será pecado contra la propiedad de las palabras; sí, pecado, pero venial. Las excusas que se dan cuando no se quiere complacer á un amigo ó á persona que, por insignificante favor que nos ha hecho, pide lo que no podemos otorgarle, ¿qué son sino *disculpas,* tomado el vocablo en su acepción más amplia? En el trance en que se hallaba Dorotea, no le quedaban sino dos caminos: el de derrumbar á su amo, ó el de, sonriente, rechazar con blanda ironía, con dulces palabras, con amables excusas, el brutal intento.

suspiros y lágrimas rogar al cielo se duela de mi desventura, y me dé industria y favor para salir della ó para dejar la vida entre estas soledades, sin que quede memoria desta triste, que tan sin culpa suya habrá dado materia para que de ella se hable y murmure en la suya y en las ajenas tierras.

1. *...rogar al cielo se duela de mi desventura, y me dé industria y favor para salir della.* — El sabor castizo que en este pasaje tiene la voz *industria,* nos mueve á presentar unos cuantos ejemplos, por si ello puede ser parte á que algunos escritores se encariñen con esta significación, ó, al menos, dejen de mirarla con el desdén que le muestran en sus obras:

«...donde no alcanzan las fuerzas, es menester valerse de la *industria.*» (*Vida y hechos de Estebanillo González*, cap. 5.)

«La *industria* de mujer todo lo alcanza.»
(Ximenes de Enciso. *Los Médicis de Florencia,* jorn. III.)

«Y aunque no salga barato,
Á quien su *industria* le vale
Barato el comer le sale.»
(Calderón. *Las cadenas del demonio,* jorn. II, esc. IX.)

«No me quiero declarar,
Sino acudir á las diez,
Callando, al mismo lugar;
Que la *industria* alguna vez
La bendición supo hurtar.»
(Lope de Vega. *El alcalde mayor,* acto I, esc. II.)

«Para cuanto no es la muerte,
La *industria* es remedio fuerte.»
(Lope de Vega. *Don Juan de Castro* (I parte), acto III, esc. IV.)

Capítulo XXIX

Que trata del gracioso artificio y orden que se tuvo en sacar á nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia en que se había puesto[a]

Esta es, señores, la verdadera historia de mi tragedia: mirad y juzgad ahora si los suspiros[b] que escuchastes[c], las palabras que oistes[d], y las lágrimas que de mis ojos salían, tenían ocasión bastante para mostrarse en mayor abundancia; y, considerada la calidad de mi desgracia, veréis que será en vano el consuelo, pues es imposible el remedio della. Sólo os ruego (lo que con facilidad podréis y debéis hacer) que me aconsejéis dónde podré pasar la vida sin que me acabe el temor y sobresalto que tengo de ser hallada de los que me buscan; que, aunque sé que

a. Que trata de la discordia de la hermosa Dorotea con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo. C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, Mil. — *Que trata de la discreción de la hermosa Dorotea con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo.* Br.$_{1\text{-}2}$, Ton., Bow. — *De la discordia de la hermosa Dorotea con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo.* Br.$_{3}$, Amb. = *b. ...juzgad ahora si los sospiros.* Br.$_{1\text{-}2}$. = *c. ...que escuchasteis.* Mai. = *d. ...las palabras que oisteis.* Mai.

Ya lo hemos dicho: no hay aquí la plenitud y expansión de vida que el arte naturalista pide, ni, por consiguiente, aquella espontaneidad que se confunde con la realidad misma; y, con todo eso, hay un arte romántico en el sentido más noble de la palabra, porque romántica es la tragedia, como dice Dorotea, de sus amores, y romántico, en oposición á la sencillez del arte clásico, el artificio de que se valieron para sacar á D. Quijote de su asperísima penitencia.

el mucho amor que mis padres me tienen me[a] asegura que seré dellos bien recebida[b], es tanta la vergüenza que me ocupa sólo el[c] pensar que, no como ellos pensaban, tengo de parecer[d] á su presencia, que tengo por mejor desterrarme para siempre de ser[e] vista que no verles el rostro con pensamiento que ellos miran[f] el mío ajeno de la honestidad que de mí se debían[g] de tener prometida. »

Calló en diciendo esto, y el rostro se le cubrió de un color que mostró bien claro el sentimiento y vergüenza del alma. En las suyas sintieron, los que escuchado la habían, tanta lástima como admiración de su desgracia; y, aunque luego quisiera el cura consolarla y aconsejarla, tomó primero la mano Cardenio, diciendo: « — En fin, señora, que tú eres la hermosa Dorotea, la hija única del rico Clenardo. »

Admirada quedó Dorotea cuando oyó el nombre de su padre, y de ver cuán de poco era el que le nombraba (porque ya se ha dicho de la mala manera que Cardenio estaba vestido); y, así, le

a. ...me tienen no asegura. C.$_{1\text{-}2}$, L.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, MIL. — *b. ...bien recibida.* TON., ARR., MAI. — *c. ...solo en pensar que.* BR.$_{1\text{-}2}$. — *...solo del pensar que.* ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ. — *d. ...tengo de volver á su.* BR.$_{1\text{-}2}$. — *e. ...de su vista.* CL., RIV., GASP., ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ. — *f. ...ellos miren.* PELL. — *g. ...se debía de tener.* V.$_{1\text{-}2}$, MIL.

Línea 1. *...el mucho amor que mis padres me tienen me asegura que seré dellos bien recebida.* — El *no* que se lee en las dos primeras de Cuesta, en las de Lisboa, fué discretamente substituido con *me* por el editor que en 1607 imprimió el *Don Quijote* en Bruselas.

Se adoptó la enmienda en la de 1608, y bueno será que tomen nota de esta observación los devotos que aun le quedan al Cuesta tercero (llamémosle así), porque á él, ó al corrector que las hiciese, pertenecen también algunas variantes.

2. *...es tanta la vergüenza que me ocupa sólo el pensar.* — El escrupuloso comentador que tanto empeño puso en que Cervantes escribiera á lo académico, consecuente con este su ideal, creyó haber restituido al presente período el sentido que, á juicio suyo, le faltaba, diciendo: «Es tanta la vergüenza que me ocupa sólo el pensar que tengo de parecer á su presencia, no como ellos pensaban y de mí debían prometerse, que tengo por mejor desterrarme para siempre de su vista.»

13. *« — En fin, señora, que tú eres la hermosa Dorotea.* — Cardenio no pregunta, como suponen los editores que transcriben este pasaje, *En fin, señora, ¿que tú eres la hermosa Dorotea* etc.

Se cometió una elipsis: «Sacamos, en conclusión, *que tú eres la hermosa Dorotea.*» Que no hay interrogante, lo dice la respuesta de ésta, asombrada al oir semejante afirmación.

dijo: « — Y ¿quién sois vos, hermano, que así sabéis el nombre de mi padre? Porque yo, hasta ahora, si mal no me acuerdo, en todo el discurso del cuento de mi desdicha no lo he nombrado.

— Soy, — respondió Cardenio, — aquel sin ventura que, según vos, señora, habéis dicho, Luscinda dijo que era su esposo[a]; soy el desdichado Cardenio, á quien el mal término de aquél que á vos os ha puesto en el que estáis me[b] ha traído á que me[c] veáis cual me veis, roto, desnudo, falto de todo humano consuelo y, lo que es peor de todo, falto de juicio, pues no le tengo sino cuando al cielo se le antoja dármele por algún breve espacio. Yo, Dorotea[d], soy el

a. ...esposa. BR.$_3$, AMB., MIL., BOW. — *b. ...estáis ha traído.* GASP. — *c. ...que le veáis cual le veis.* GASP. — *d. Yo, Teodora, soy.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, BR.$_3$, MIL.

1. *« — Y ¿quién sois vos, hermano, que así sabéis el nombre de mi padre?* — «Esta pregunta, tan propia en el caso presente, llama la atención sobre la inverosimilitud de que la discreta Dorotea no hallase tropiezo en la presencia de un hombre desconocido y de tan mala traza para contar llanamente todas las particularidades de su historia, aun las que habían de costar más repugnancia al pudor mujeril y al amor propio de quien las refería. En esta parte, Dorotea presenta más desenfado del que corresponde á una doncella encogida y criada con el recato que ella misma dijo al principio de su relación.»

Hasta aquí el reparo de Clemencín.

Dentro del convencionalismo de algunas novelas (dejemos á un lado las que pican de naturalistas), muy bien cabe que la mal aconsejada Dorotea refiera sus cuitas, no ya ante el astroso huésped del bosque, sino ante el cura y el barbero, que parecen todo oídos desde que la hija del rico Clenardo ha comenzado su historia. ¿Por qué, pues, argüir tan sólo de inverosimilitud la narración hecha ante Cardenio, si hasta el ministro de Dios alienta con sus ruegos á la burlada de D. Fernando para que prosiga contando la interesante historia de sus desventuras? ¿Por qué ha de parecer más inverosímil, repetimos, que las oiga el finísimo amante de Luscinda?

8. *...lo que es peor de todo, falto de juicio, pues no le tengo sino cuando al cielo se le antoja dármele por algún breve espacio.* — El que por caridad, por filantropía ó por deber haya convivido algún tiempo con los desventurados dementes, podrá hablar sobre la verosimilitud ó lo inverosímil de que el enajenado distinga entre momentos lúcidos y aquellos otros en que pierde la razón.

Por una de las tres circunstancias arriba apuntadas, sin que interese al lector saber por cuál de ellas, conoce, el que esto escribe, la vida del loco; ha oído muchas veces cómo hablan de la demencia de sus compañeros, y, refiriéndose á sí propios, cómo pintan con vivos colores su estado de cordura; mas jamás ha topado con uno que distinga, como lo hace Cardenio, la enajenación mental y el cabal juicio de sí propio.

10. *Yo, Dorotea.* — *Dorotea* es el nombre de la dama á quien se habla; *Teodora* leyeron en 1605 y en 1610; pero tres años antes que le entrasen arre-

que me hallé presente á las sinrazones[a] de D. Fernando, y el que aguardó á[b] oir el *sí* que de ser su esposa pronunció Luscinda; yo soy el que no tuvo ánimo para ver en qué paraba su desmayo ni lo que resultaba del papel que le fué hallado en el pecho, porque no tuvo el alma sufrimiento para ver tantas desventuras juntas; y, así, dejé la casa y la paciencia[c], y una carta que dejé á un huésped mío, á quien rogué que en manos de Luscinda la pusiese; y víneme á estas soledades con intención de acabar en ellas la vida, que desde aquel punto[d] aborrecí como mortal enemiga mía[e]. Mas no ha querido la suerte quitármela, contentándose con quitarme el juicio, quizá por[f] guardarme para la buena ventura que he tenido en hallaros; pues siendo verdad, como creo que lo es, lo que aquí habéis contado, aun podría ser que á entrambos nos tuviese el cielo guardado mejor suceso, en nuestros desastres, que nosotros pensamos; porque, presupuesto que Luscinda no puede[g] casarse con D. Fernando por ser mía, ni D. Fernando con ella por ser vuestro, y haberlo ella tan manifiestamente declarado, bien podemos[h] esperar que el cielo nos restituya lo que es nuestro, pues está todavía en ser y no se ha enajenado ni deshecho. Y pues este consuelo tenemos, nacido no de muy remota esperanza ni fundado en desvariadas imaginaciones, suplícoos, señora, que toméis otra[i] resolución en vuestros honrados pensamientos, pues yo la pienso tomar en los míos, acomodándoos á esperar mejor fortuna; que yo os juro, por la fe de caballero y de cristiano, de no desampararos hasta veros en

a. ...me hallé presente á los desposorios de D. Fernando. ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ. = *b. ...aguardó oir el sí.* L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, BR.$_{1\text{-}2}$, MIL., BOW. = *c. ...dejé la casa y la ciudad.* ARG.$_2$. = *d. ...desde aquel tiempo aborrecí.* C.$_3$, BOW., PELL. = *e. ...enemiga. Mas.* L.$_3$. = *f. ...quizá para guardarme.* C.$_3$, BOW., PELL. = *g. ...Luscinda no pudo casarse.* ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ. = *h. ...bien podemos nosotros esperar.* L.$_3$. = *i. ...que toméis pronta resolución.* ARG.$_2$.

pentimientos á Cuesta, á Robles, á quien fuere, se estampó en Bruselas el verdadero nombre de la protagonista. ¡Cómo van quedando los pretendidos aciertos introducidos en la edición de 1608!

5. *...y, así, dejé la casa y la paciencia.*—«*Y la ciudad ó la población*, escribiría el autor, ó cosa análoga; de *paciencia* no era menester hablar más, cuando acababa de decir: *No tuvo el alma sufrimiento para ver tantas desventuras juntas.*» Tal es la variante que, en su afán innovador, propuso Hartzenbusch. La tenemos por innecesaria: Cervantes quiso decir, y esto es lo que expresó, que á Dorotea se le había acabado la paciencia; que agotada ésta, abandonada la casa, y como no había de irse, porque el remedio fuera inútil, á la de un vecino, claro es que en el abandono de su propia morada va envuelto también el de la ciudad en que vivía.

poder de D. Fernando, y que[a], cuando con razones no le pudiere atraer á que conozca lo que os debe, de usar entonces la libertad que me concede el ser caballero, y poder con justo título desafialle[b] en razón de la sinrazón que os hace, sin acordarme de mis agravios, cuya venganza dejaré al cielo por acudir en la tierra á los vuestros.»

Con lo que Cardenio dijo se acabó de admirar Dorotea, y, por no saber qué gracias volver á tan grandes ofrecimientos, quiso tomarle los pies para besárselos; mas no lo consintió Cardenio, y el licenciado respondió por entrambos y aprobó el buen discurso de Cardenio, y sobre todo les rogó, aconsejó y persuadió que se fuesen con él á su aldea, donde se podrían reparar de las cosas que les faltaban, y que allí se daría orden como buscar á D. Fernando, ó como llevar á Dorotea á sus padres, ó hacer lo que más les pareciese conveniente. Cardenio y Dorotea se lo agradecieron, y acetaron[c] la merced que se les ofrecía. El barbero, que á todo había estado suspenso y callado, hizo también su buena plática, y se ofreció con no menos voluntad que el cura á todo aquello que fuese bueno para servirles. Contó asimismo[d] con brevedad la causa que allí los había traído, con la extrañeza de la locura de D. Quijote, y como aguardaban á su escudero, que había ido á buscalle[e]. Vínosele á la memoria á Cardenio, como por sueños, la pendencia que con D. Quijote había tenido, y contóla á los demás; mas no supo decir por qué causa fué su cuestión[f].

En esto oyeron voces y conocieron que el que las daba era Sancho Panza, que, por no haberlos hallado en el lugar donde los[g] dejó, los llamaba á voces. Saliéronle al encuentro, y, preguntándole[h] por D. Quijote, les dijo como le[i] había hallado desnudo, en camisa, flaco, amarillo y muerto de hambre, y suspirando[j] por su señora

a. ...y aun cuando. ARG.$_2$. = *b. ...desafiarle.* MAI. = *c. ...y aceptaron.* MAI., FK. = *d. Contó asimesmo.* C.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, BR.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, MIL., AMB., A.$_1$. = *e. ...á buscarle.* MAI. = *f. ...su quistión.* C.$_{1\text{-}2}$, L.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, BR.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, MIL., TOR., A.$_1$. = *g. ...donde les dejó.* BR.$_2$. = *h. ...y preguntádole por.* C.$_{2\text{-}3}$. = *i. ...como lo había.* V.$_{1\text{-}2}$, MIL. = *j. ...y sospirando por su señora.* BR.$_{1\text{-}2}$.

2. *...de usar entonces la libertad que me concede el ser caballero, y poder con justo título desafialle en razón de la sinrazón que os hace.* — De lo amanerado y sutil que claramente muestran ser estos pensamientos, salen fiadores sus análogos de la *Cárcel de Amor* y otros de las historias caballerescas, en los que surge á toda hora la idea del pundonor; y, en cuanto á la forma, sorprende no poco al crítico esta *razón de la sinrazón*, puesta en la picota desde el principio de la novela.

Dulcinea; y que, puesto que le había dicho que ella le mandaba que saliese de aquel lugar y se fuese al del Toboso, donde le quedaba esperando, había respondido que estaba determinado de no parecer ante su fermosura fasta que hobiese[a] fecho fazañas[b] que le ficiesen digno de su gracia[c]; y que, si aquello pasaba adelante, corría peligro de[d] no venir á[e] ser emperador como estaba obligado, ni aun arzobispo, que era lo menos que podía[f] ser: por eso, que mirasen lo que se había de hacer para sacarle de allí. El licenciado le respondió que no tuviese pena, que ellos le sacarían de allí, mal que le pesase. Contó luego á Cardenio y á Dorotea lo que tenían[g] pensado para remedio de D. Quijote, á lo menos para llevarle á su casa; á lo cual dijo Dorotea que ella haría la doncella menesterosa mejor que el barbero, y, más, que tenía allí vestidos con que hacerlo al natural; y que la[h] dejasen el cargo de saber representar todo aquello que fuese menester para llevar adelante su intento, porque ella había leído muchos libros de caballerías, y sabía bien el estilo que tenían las doncellas cuitadas cuando pedían sus dones á los andantes caballeros.

«— Pues no es menester más, — dijo el cura, — sino que luego se ponga por obra; que, sin duda, la buena suerte se muestra en favor nuestro[i], pues, tan sin pensarlo, á vosotros, señores, se os ha

a. ...que hubiese. V.$_{1\text{-}2}$, MIL., ARR., MAI. = *b. ...hazañas.* BR.$_{1\text{-}2}$. = *c. ...de su desgracia.* V.$_{1\text{-}2}$, MIL. = *d. ...peligro no venir.* BR.$_2$, AMB., TON., A.$_1$, ARR. = *e. ...venir ser.* AMB. = *f. ...que podría ser.* BR.$_2$, AMB., TON. = *g. ...que tenía.* MAI. = *h. ...y que le dejasen.* GASP. = *i. ...favor mío.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, MIL., AMB., A.$_{1\text{-}2}$, BOW., PELL., ARR., CL., RIV., GASP., MAI., FK.

3. *...había respondido que estaba determinado de no parecer ante su fermosura.* — No se olvida el historiador del papel que representa: por esto, del tono grave y sosegado del que narra, pasa al muy vehemente de las historias andantescas, y es parte á que Sancho, reproduciendo las palabras de su amo y señor, se haga fuerte en el empleo de los arcaismos caballerescos.

16. *...porque ella había leído muchos libros de caballerías, y sabía bien el estilo que tenían las doncellas cuitadas.* — Á no haber sido Dorotea aficionada á la lectura de libros caballerescos, novela de costumbres en la Edad Media, fuera ridículo hacerle desempeñar el importante papel que se le confía á fin de *sacar á nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia en que se había puesto.* Pero como ellos habían sido, para la discreta dama, su mejor regalo y contento, no ha de parecer extraño al lector diga que se precie de saber bien el estilo propio de las doncellas cuitadas, esto es, su modo de hablar y producirse en sociedad.

20. *...la buena suerte se muestra en favor nuestro, pues.* — Que la variante *nuestro*, en lugar de *mío*, hecha en las dos primeras ediciones de Bruselas, sea

comenzado á abrir puerta para vuestro remedio, y á nosotros se nos ha facilitado la que habíamos menester.»

Sacó luego Dorotea de su almohada una saya entera de cierta telilla rica y una mantellina[a] de otra vistosa tela verde, y de una cajita un collar y otras joyas, con que en un instante se adornó de manera que una rica y gran señora parecía. Todo aquello, y más, dijo que había sacado de su casa para lo que se[b] ofreciese, y que hasta entonces no se le había ofrecido ocasión de habello[c] menester. Á todos contentó en extremo su mucha gracia, donaire y hermosura, y confirmaron á D. Fernando por de poco conocimiento, pues tanta belleza desechaba; pero el que más se admiró fué Sancho Panza, por parecerle (como era así verdad) que en todos los días de su vida[d] había visto tan hermosa criatura; y, así, preguntó al cura, con grande ahinco, le dijese quién era aquella tan fermosa[e] señora, y qué era lo que buscaba por aquellos andurriales.

«— Esta hermosa señora, — respondió el cura, — Sancho hermano, es[f], como quien no dice nada, es[g] la heredera, por línea recta de varón, del gran reino de[h] Micomicón[i], la cual viene en busca de vuestro amo á pedirle un don, el cual es[j] que le desfaga[k] un tuerto ó agravio que un[l] mal gigante le tiene fecho[m]; y, á la fama que de buen caballero vuestro amo tiene por todo lo descubierto, de Guinea[n] ha venido á buscarle esta princesa.

— Dichosa buscada y dichoso hallazgo, — dijo á esta sazón Sancho Panza; — y más si mi amo es tan venturoso que desfaga[ñ] ese

a. ...y una mantelina. AMB. = *b. ...lo que se le ofreciese.* TON. = *c. ...haberlo.* BR.$_3$. AMB., TON., MAI. = *d. ...su vida no había visto.* BR.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, AMB., TON. = *e. ...aquella tan hermosa.* MAI. = *f. ...Sancho hermano, como.* BR.$_{1\text{-}2}$. = *g. ...no dice nada, la heredera por línea recta.* BR.$_3$, AMB., TON. = *h. ...del gran reino Micomicón.* GASP. = *i. ...del gran reino de Micomicón de Etiopía, la cual.* ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ. = *j. ...el cual es el que le desfaga.* ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ. = *k. ...que le deshaga.* MAI. = *l. ...que en mal gigante.* FK. = *m. ...le tiene hecho.* MAI. = *n. ...de Guinea.* L.$_{1\text{-}2}$. = *ñ. ...que deshaga ese.* MAI.

razonable, lo muestra el contexto, pues si dice: «*...á vosotros*, señores, se os ha comenzado á abrir puerta para vuestro remedio, y á *nosotros* se nos ha facilitado la que habíamos menester», no cabe admitir, porque el sentido total del pasaje pugna con ello, que dijese *en favor mío*, y luego, al instante, escribiera *y á nosotros*.

18. *...es la heredera, por línea recta de varón, del gran reino de Micomicón, la cual viene en busca de vuestro amo á pedirle un don.* — La ausencia de eufonía, buscada deliberadamente en la cláusula, realza lo estirado y enfático del pensamiento, traído, sin duda, para aumentar el ridículo de la escena.

agravio y enderece ese tuerto, matando á ese hideputa dese gigante que vuestra merced dice; que sí matará, si él le encuentra, si ya no fuese fantasma, que contra las fantasmas no tiene mi señor poder alguno. Pero una cosa quiero suplicar á vuestra merced entre otras, señor licenciado; y[a] es que, por que á mi amo no le tome gana de ser arzobispo, que es lo que yo temo, que[b] vuestra merced le aconseje que se case luego con esta princesa, y así quedará imposibilitado de recebir[c] órdenes arzobispales, y vendrá con facilidad á su imperio, y yo al fin de mis deseos; que yo he mirado bien en ello, y hallo por mi cuenta que no me está bien que mi amo sea arzobispo, porque yo soy inútil para la Iglesia, pues[d] soy casado, y andarme ahora á[e] traer dispensaciones para poder tener renta por la Iglesia, teniendo (como tengo) mujer y[f] hijos, sería nunca acabar. Así que, señor, todo el toque está en que mi amo se case luego con esta señora, que hasta ahora no sé su gracia, y así no la[g] llamo por su nombre.

— Llámase, — respondió el cura, — la princesa Micomicona; porque, llamándose su reino Micomicón, claro está que ella se ha de llamar así.

— No hay duda en eso, — respondió Sancho; — que yo he visto á muchos tomar el apellido y alcurnia del lugar donde nacieron, llamándose Pedro de Alcalá, Juan de Ubeda y[h] Diego de Valladolid;

a. ...señor licenciado es que porque. L.$_{1\text{-}3}$. = *b. ...que yo temo vuestra merced.* Br.$_{1\text{-}3}$. = *c. ...de receibir.* Br.$_{1\text{-}3}$, Amb., Ton., Mal., FK. = *d. ...porque soy.* Mil. = *e. ...ahora traer.* Br.$_{1\text{-}3}$. = *f. ...mujer é hijos.* Gasp., Mal., FK. = *g. ...y así no llamo.* Mil. = *h. ...de Úbeda, Diego de Valladolid.* Br.$_3$, Amb., Ton.

2. *...que si matará, si él le encuentra, si ya no fuese fantasma, que contra las fantasmas no tiene mi señor poder alguno.* — Sancho, que presenció y aun tomó parte en alguno de los encuentros que tuvo su señor, ya con los yangüeses ó con los criados de los mercaderes de seda, bien con los galeotes ó con los pastores, olvida por un momento la realidad de la vida, la *valentía* de su amo, y cree vencerá al gigante de que le habla el cura.

17. *— Llámase, — respondió el cura, — la princesa Micomicona.* — Entre la rica y varia muchedumbre de títulos, nombres y sobrenombres, fantásticos unos; reales, de carne y hueso, otros; pero hijos todos ellos de la gracia y del donaire que proclaman la maravillosa inventiva de Cervantes, acaso merezca el lauro de la invención cómica el de la reina de Etiopia, reina de los tristes destinos. Llámase *Micomicona*, nombre (si en la ridiculez caben grandezas) soberanamente ridículo. En verdad, es la mismísima *Mico*, aumentada y recaricatura. ¿Pudo ocurrírsele denominación más peregrina, y á la vez menos duplicada para mejor enseñorearse y dominar en el vastísimo imperio de la dulce y sonora para dama tan excelsa?

y esto mesmo[a] se debe de usar allá en Guinea: tomar las reinas los nombres de sus reinos.

— Así debe de ser, — dijo el cura; — y, en lo del casarse vuestro amo, yo haré en ello todos mis poderíos.» Con lo que quedó tan contento Sancho cuanto el cura admirado de su simplicidad y de ver cuán encajados tenía en la fantasía los mismos[b] disparates[c] que su amo, pues sin alguna duda[d] se daba á entender que había de venir á ser emperador.

Ya, en esto, se había puesto Dorotea sobre la mula del cura, y el barbero se había acomodado al rostro la barba de la cola de[e] buey; y dijeron á Sancho que los guiase adonde D. Quijote estaba, al cual advirtieron[f] que no dijese que conocía al licenciado ni al barbero, porque en no conocerlos consistía todo el toque de venir á ser emperador su amo; puesto que ni el cura ni Cardenio quisieron[g] ir con ellos[h], por que no se le[i] acordase á D. Quijote la pendencia que con Cardenio[j] había tenido, y el cura[k] porque no era menester por[l] entonces su presencia[m]; y, así, los dejaron ir delante, y ellos los fueron siguiendo á pie poco á poco. No dejó de avisar el cura lo que había de hacer Dorotea; á lo que ella dijo que descuidasen, que todo se haría, sin faltar[n] punto, como lo pedían[ñ] y pintaban los libros de caballerías[o].

Tres cuartos de legua habrían andado cuando descubrieron á D. Quijote entre unas intricadas peñas, ya vestido, aunque no armado; y, así como Dorotea le vió y fué informada de Sancho que aquél era D. Quijote, dió del azote á su palafrén, siguiéndole[p] el

a. ...y esto mismo. C.$_3$, Bow., Pell., Mal., FK. = *b. ...los mesmos.* C.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Amb., Ton., A.$_1$. = *c. ...disparates.* L.$_{1\text{-}2}$. = *d. ...pues sin duda alguna se daba.* Arg.$_1$, Benj. = *e. ...de la cola del buey.* Br.$_{1\text{-}2}$. = *f. ...al cual dijero que.* L.$_3$. = *g. ...puesto que Cardenio no quiso ir.* Br.$_{1\text{-}2}$. = *h. ...con ellos Cardenio porque no se le acordase á D. Quijote la pendencia que con él había tenido.* Arg.$_1$, Benj. = *i. ...no se acordase D. Quijote.* FK. = *j. ...la pendencia que con él había tenido.* Br.$_{1\text{-}2}$. = *k. ...y el cura tampoco porque no era.* Br.$_{1\text{-}2}$. = *l. ...menester entonces.* L.$_3$. = *m. ...tenido y porque no era menester por entonces la presencia del cura, y así.* Arg.$_3$. = *n. ...sin faltar un punto.* L.$_3$. = *ñ. ...como lo podían.* Br.$_3$. = *o. ...de caballerías. Habíase en este tiempo vestido Cardenio los vestidos que Dorotea traía cuando la hallaron, que, aunque no eran muy buenos, hacían mucha ventaja á los que dejaba. Tres cuartos.* Arg.$_3$. = *p. ...siguiendo el.* Mil.

22. *...cuando descubrieron á D. Quijote entre unas intricadas peñas.* — No ha leído libro alguno de caballería quien aquí no vea la huella de cuadros como éste. Desvalidas princesas, caballeros que otorgan protección á su demanda, manera de verificarse las presentaciones y cómo los andantes se arriesgan en la ardua empresa de vengar á la ofendida dama, es lo ordinario en narraciones de esta índole.

bien barbado barbero. Y, en llegando junto á él, el escudero se arrojó de la mula y fué á tomar en los brazos á Dorotea, la cual, apeándose con grande[a] desenvoltura, se fué á hincar de rodillas ante las de[b] D. Quijote; y, aunque él pugnaba por levantarla, ella, sin levantarse, le fabló[c] en esta guisa: «— De aquí no me levantaré, ¡oh valeroso y esforzado caballero!, fasta que la vuestra bondad y cortesía me otorgue un don, el cual redundará en honra y prez de vuestra persona y en pro de la más desconsolada y agraviada doncella que el sol ha visto; y, si es que el valor de vuestro fuerte brazo corresponde á la voz de vuestra inmortal fama, obligado estáis á favorecer á la sin ventura que de tan lueñes tierras viene al olor de vuestro famoso nombre, buscándoos para remedio de sus desdichas.

— No os responderé palabra, fermosa señora, — respondió don Quijote, — ni oiré más cosa de vuestra facienda, fasta que os levantéis[d] de tierra.

— No me levantaré, señor, — respondió la afligida doncella, — si primero por la vuestra cortesía no me es otorgado el don que pido.

— Yo vos le otorgo y concedo, — respondió D. Quijote, — como no se haya de cumplir en daño ó mengua de mi rey, de mi patria y[e] de aquella que de mi corazón y libertad tiene la llave.

— No será en daño ni en mengua de los[f] que decís, mi buen señor, » replicó la dolorosa doncella. Y, estando en esto, se llegó Sancho Panza al oído de su señor, y, muy pasito, le dijo: «—Bien puede vuestra merced, señor, concederle el don que pide, que no es cosa de nada: sólo es matar á un gigantazo; y esta que lo pide es la alta princesa Micomicona, reina del gran reino Micomicón de Etiopía.

a. ...*apeándose con gran desemboltura.* Tos. — *b.* ...*ante D. Quijote.* Br.$_{1\text{-}2}$. — *c.* ...*le habló.* Mai. — *d.* ...*que os levantáis de tierra.* Br.$_{1\text{-}2}$, Gasp. — *e.* ...*de mi patria ó de aquella.* Br.$_{1\text{-}2}$. — *f.* ...*de lo que decís.* Gasp.

24. «— *Bien puede vuestra merced, señor, concederle el don que pide, que no es cosa de nada: sólo es matar á un gigantazo; y esta que lo pide es la alta princesa Micomicona, reina del gran reino Micomicón de Etiopía.* — Con cuatro palabras pinta el excelso novelista el carácter del inseparable compañero de D. Quijote. Pero, si poco antes tan sólo habian dicho á Sancho que la cuitada princesa era de Guinea, ¿cómo el mismo escudero hace saber ahora á su amo que el reino de Micomicón se halla en la Etiopía? ¿No parece extraño que, hombre tan sin letras como él, diga, sin torturarlo, *Etiopía* y *Micomicón*, cuando sabemos que mil y mil veces ha contrahecho vocablos menos nuevos que éste?

Además, en cuantos lances quiso tomar ó tomó parte el asendereado caballero, su fiel criado, nada idealista, opúsose á peligrosas aventuras y á todo lo

— Sea quien fuere, — respondió D. Quijote; — que yo haré lo que soy obligado y lo que me dicta mi conciencia, conforme á lo que profesado tengo.» Y, volviéndose á la doncella, dijo: « — La vuestra gran fermosura se levante, que yo le otorgo el don que pedirme quisiere.

— Pues el que pido es, — dijo la doncella, — que la vuestra magnánima persona se venga luego conmigo donde yo le llevare[a], y[b] me prometa que no se ha de entremeter en otra aventura ni demanda alguna hasta darme venganza de un traidor que, contra todo derecho divino y humano, me tiene usurpado mi reino.

— Digo que así lo otorgo, — respondió D. Quijote. — Y, así, podéis, señora, desde hoy más, desechar la malencolía[c] que os fatiga,

a. Omite desde *es*, — *dijo la doncella*, — hasta *yo le llevare*. Gasp. — *b.* ...*le llevare, me prometa.* — *c.* ...*malenconía.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}2}$, Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. — ...*melencolía.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil. — ...*melancolía.* Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Amb., Ton., Bow., Mai., FK.

que próxima ó remotamente podia envolver un riesgo ó cualquier contratiempo; pero, ahora, ni disuade á su señor, ni vacila en la ardua empresa de vencer al gigantazo desposeedor del reino de Micomicón. Ciertamente, no le mueve á ello la gloria de que pueda cubrirse el valiente hidalgo llevándose tras sí el trofeo del vencido: otro es el blanco á donde apuntan sus deseos: es el egoismo quien dicta sus animosas palabras; el egoismo quien le hace llamar, en tono despectivo, *gigantazo*, esto es, cosa para él de poco fuste y que en un quitame allá esas pajas D. Quijote le rendirá á sus pies, y la princesa volverá á enseñorearse de su poderoso estado, el héroe alcanzará su mano, y con ello el escudero podrá ostentar un título, algo, en verdad, positivo (una ínsula, pongamos por caso), en que le sea fácil meter las manos hasta los codos.

6. — *Pues el que pido es, — dijo la doncella, — que la vuestra magnánima persona se venga luego conmigo donde yo le llevare, y me prometa que no se ha de entremeter en otra aventura ni demanda alguna hasta darme venganza de un traidor.* — Sin la tramoya, ciertamente cómica, de que Dorotea fingiese ser la princesa Micomicona, aun se estaria el empedernido imitador de Amadís de Gaula en las entrañas de Sierra Morena si el cielo le hubiese concedido la vida secular que á otros héroes de la imaginación tan generosamente otorgaron los creadores de fantásticas leyendas.

Análoga promesa á la pedida por la hija de Clenardo á nuestro D. Quijote, la hallamos en el tantas veces citado libro de caballerías:

«...pues habiendo ya andado cuanto una legua, Briolanja demandó un don á Amadís, y Grovenesa otro á Agrajes, é por ellos otorgados, no se catando ni pensando lo que fué, demandáronles que por ninguna cosa que viesen saliesen del camino (1) sin su licencia dellas, porque no se ocupasen en otra afrenta sino en la que presente tenian.» (*Amadís de Gaula*, lib. I, cap. 42.)

Que los paladines de los libros caballerescos cumplian, aun cuando ello fuese en contra de antiguos propósitos, cuanto se les pedia por dama necesi-

(1) Quiere decir que no se arriesgasen en nuevas aventuras.

y hacer que cobre nuevos bríos y fuerzas vuestra desmayada esperanza; que, con el ayuda de Dios y la de mi brazo, vos os veréis presto restituída en vuestro reino, y sentada en la silla de vuestro antiguo y grande estado, á pesar y á despecho de los follones que contradecirlo quisieren. Y manos á la[a] labor, que en la tardanza dicen que suele estar el peligro.»

La menesterosa doncella pugnó con mucha porfía por besarle las manos; mas D. Quijote, que en todo era comedido y cortés caballero, jamás lo consintió: antes la hizo levantar, y la abrazó con mucha cortesía y comedimiento, y mandó á Sancho que requiriese las cinchas á Rocinante y le armase luego al punto. Sancho des-

a. Y manos á labor que en la tardanza. C.$_{1\cdot2\cdot3}$, L.$_{1\cdot2\cdot3}$, V.$_{1\cdot2}$, Br.$_{1\cdot2\cdot3}$, Mil., Amb., Bow. — *Y manos á la obra que en la tardanza.* Ton.

tada de su protección, pruébase con los ejemplos que en tales historias se leen frecuentemente. Cuando Amadís de Gaula desembarcó en la Insula Firme, llegóse á él cierta dueña dolorida suplicándole un don. Otorgado que fué, dijo ésta que la merced pedida no era otra sino la de que diese libertad al que tenía cautivo en vergonzosa jaula; y, fiando en que el caballero no faltaría á la promesa, declaró que el cautivo era nada menos que su esposo Arcalaus, el más encarnizado de los enemigos que tuvo el Doncel del Mar.

7. *La menesterosa doncella pugnó con mucha porfía por besarle las manos; mas D. Quijote, que en todo era comedido y cortés caballero, jamás lo consintió.* — Actos análogos al descrito en las anteriores palabras, se encuentran á menudo en los libros caballerescos. Á continuación copiamos uno entresacado del *Amadís de Gaula*, héroe que sirvió de modelo á nuestro hidalgo manchego:

«...é luego conoció que era Darioleta, la que se falló con la reina su madre al tiempo que él fué engendrado é nacido, de lo cual mucho más el dolor le creció; y llegóse á ella, é quitándole las manos de los cabellos, que la mayor parte dellos eran blancos, le preguntó qué cosa era aquella porque así lloraba é tan duramente sus cabellos mesaba; que se lo dijese luego, y que no dejaría de poner su vida al punto de la muerte porque su gran pérdida reparada fuese. La dueña, cuando esto le oyó, fincóse delante dél de hinojos é *quisole besar las manos, mas él no gelas quiso dar*, y ella le dijo: «— Pues, señor, cumple que, sin á otra parte ir, donde algún estorbo hayáis...» (*Amadís de Gaula*, lib. IV, cap. 46.)

«Tirante le quiso *besar la mano* y todos los otros, mas él no lo consintió.» (*Tirante el Blanco*, lib. I, cap. 37.)

No solamente besaban las manos en señal de acatamiento y sumisión, sino que también pugnaban las doloridas damas por besar los pies, como puede verse en este otro ejemplo:

«Amadís, que el corazón tenía sojuzgado á la virtud y en toda blandura puesto, hobo duelo de aquella fermosa doncella, é díjole: «— Mi buena señora, la esperanza que en Dios tenéis, tengo yo que mañana, ante que noche sea, la vuestra gran tristeza será en gran claridad de alegría tornada.» Brio-

colgó las armas, que, como trofeo, de un árbol estaban pendientes, y, requiriendo las cinchas, en un punto armó á su señor, el cual, viéndose armado, dijo: «— Vamos de aquí, en el nombre de Dios, á favorecer[a] esta gran señora.»

Estábase el barbero aún de rodillas, teniendo gran cuenta de disimular la risa y de que no se le cayese la barba, con cuya caída quizá quedaran todos[b] sin conseguir su buena intención; y viendo que ya el don estaba concedido, y con[c] la diligencia que D. Quijote se alistaba para ir á cumplirle, se levantó y tomó de la otra[d] mano á su señora, y entre los dos la subieron en la[e] mula; luego subió D. Quijote sobre Rocinante, y el barbero se acomodó en su cabalga-

a. ...á esta gran. Riv. — *b. ...quizá quedaran sin conseguir.* Gasp. — *c. ...y la diligencia.* Gasp. — *d. ...se levantó y tomó de la mano.* Br.$_{1\cdot2}$, Gasp, Mai. — *e. ...subieron en su mula.* Ton. — *...subieron en una mula.* Gasp.

lanja se le homilló tanto, *que los pies le quiso besar;* mas él, con mucha vergüenza, se tiró afuera, é Agrajes la levantó por las manos.» (*Amadís de Gaula*, lib. I, cap. 42.)

En algo que toca más en realidad que las historias andantescas, sin ser ajeno á toda invención poética, en el *Poema del Cid*, se lee:

«La oraçion fecha, la missa acabada la an,
Salieron dela eglesia, ya quieren cavalgar.
El Cid á doña Ximena yva la abraçar;
Doña Ximena al Cid *la manol va besar...*»
(V. 366-369. — Ed. Menéndez Pidal.)

3. *...en el nombre de Dios.* — Frase muy común en las crónicas andantescas, de ella dan testimonio las siguientes citas:

«Mas Amadís le firió tan bravamente, que, sin que el arnés fuese roto en ninguna parte, le quebrantó dentro del cuerpo el corazón é dió con el muerto en el suelo tan gran caida, que pareció que cayera una torre. «— *En el nombre de Dios,* — dijo Ardián, el enano, — ya mi señor es libre, é más cierta me parece su obra que la amenaza del otro.» (*Amadís de Gaula*, lib. I, cap. 42.)

«... é porque el caballero Griego trae consigo dos compañeros que justas demandan, es menester que la misma seguranza hagan. «— Así sea,» dijo el rey. «— *En el nombre de Dios,* — dijo la doncella, — pues mañana los veréis en vuestra corte.» (*Amadís de Gaula*, lib. III, cap. 16.)

«...yo tomaré dos compañeros é me combatiré con esos é con vos; é si yo no pudiere, daré otro en mi lugar que ligeramente me podrá excusar. «— *En el nombre de Dios,* — dijo D. Grumadán, — yo tomo esta batalla por mía é por aquellos que conmigo entrar quisieren.» (*Amadís de Gaula*, lib. III, cap. 16.)

7. *...y viendo que ya el don estaba concedido, y con la diligencia que D. Quijote se alistaba para ir á cumplirle.* — Poco se le alcanzará en achaque de gramática al lector que no advierta lo violento de la elipsis, y más aún lo forzado del hipérbaton, en la cláusula transcrita.

dura, quedándose Sancho[a] á pie, donde de nuevo se le renovó[b] la pérdida[c] del rucio con la falta que entonces le hacía. Mas todo lo llevaba con gusto, por parecerle que ya su señor estaba puesto en camino y muy á pique de ser emperador; porque sin duda alguna pensaba que se había de casar con aquella princesa, y ser, por lo menos, rey de Micomicón. Sólo le daba pesadumbre el pensar que aquel reino era en tierra de negros, y que la gente que por sus vasallos le diesen habían de ser todos negros; á lo cual hizo[d] luego en su imaginación un buen remedio, y díjose á sí mismo: « — ¿Qué se me da á mí que mis vasallos sean negros? ¿Habrá más que cargar con ellos y traerlos á España, donde los podré vender y adonde me los pagarán de contado, de cuyo dinero podré comprar algún título ó algún oficio con que vivir descansado todos los días de mi vida? No sino dormíos, y no tengáis ingenio ni habilidad para disponer de las cosas, y para vender[e] treinta ó diez mil vasallos en dácame esas pajas. Par[f] Dios que los he de volar chico con grande, ó como pudiere, y que, por negros que sean, los he de volver blancos ó amarillos. Llegaos, que me mamo el dedo. »

a. ...quedándose Sancho Panza á pie. BR.$_3$, AMB., TON. — *b. ...se le representó la pérdida del rucio.* ARG.$_1$, BENJ. — *c. ...se le renovó la memoria.* BR.$_{1\text{-}2}$. — *...se le renovó el sentimiento.* ARG.$_3$. — *d. ...á lo cual dió luego en.* GASP. — *...á lo cual halló luego en.* ARG.$_1$, BENJ. — *e. ...y para vender tres, seis ó diez mil vasallos.* ARG.$_1$, BENJ. — *...y para vender tres, cinco ó diez mil vasallos.* ARG.$_3$. — *f. ...esas pajas; por Dios, que.* BR.$_3$, AMB., TON., GASP., MAI.

9. *« — ¿Qué se me da á mí que mis vasallos sean negros? ¿Habrá más que cargar con ellos y traerlos á España, donde los podré vender y adonde me los pagarán de contado, de cuyo dinero podré comprar algún título ó algún oficio con que vivir descansado todos los días de mi vida?* — Si Cervantes se propuso satirizar en el *Quijote* á la sociedad de su tiempo, este pasaje demuestra que ya entonces había quien se enriquecía con la *trata de color*. En pocas líneas pinta el móvil de esa gente aventurera que, no reparando en ningún medio, se propone única y exclusivamente *comprar algún título ó algún oficio con que vivir descansado todos los días.*

17. *...por negros que sean, los he de volver blancos ó amarillos.* — La codicia y el interés del escudero aparecen en este pasaje. Haciendo castillos en el aire, como vulgarmente se dice, Sancho ya cree tener bajo su dominio á toda una numerosa legión de treinta mil vasallos; y como el reino de la princesa está en la Guinea según ha manifestado el cura, en la Etiopía al decir del escudero, fuerza es creer que los naturales de entrambos países han de ser negros; y, creyendo á su señor D. Quijote esposo de la cuitada dama y reina de Micomicón, ¿qué cosa más natural no ha de ser el hacerle dueño y señor de una parte del reino, al modo que Hipólito, el escudero de Tirante el Blanco, por los sensuales caprichos de una vieja, llega á ser emperador de cuanto ha sometido su amo? Y, así, amontonando un hecho á otro, ya busca colocación para sus vasallos, y nada más cómodo que venderlos, esto es, volverlos blancos ó amarillos.

Los personajes que sólo tienen miras mezquinas, hacen como el inmortal escudero: prefieren convertir lo que podría ser fuente de riqueza y manantial de energías en «algún título ó algún oficio con que vivir descansado»; prefieren la vida muelle y poltrona á la activa y laboriosa.

Con esto andaba tan solícito y tan contento, que se le olvidaba la pesadumbre de caminar á pie.

Todo esto miraban de entre unas breñas Cardenio y el cura, y no sabían qué hacerse para juntarse con ellos; pero el cura, que era gran tracista, imaginó luego lo que harían para conseguir lo que deseaban, y fué que, con unas tijeras que traía en un estuche, quitó con mucha presteza la barba á Cardenio[a], y vistióle un capotillo pardo que él traía, y dióle un herreruelo negro, y él se quedó en calzas y en jubón; y quedó tan otro de lo que antes parecía Cardenio, que él[b] mesmo no se conociera aunque á un espejo se mirara.

Hecho esto, puesto ya que los otros habían pasado adelante en tanto que ellos se[c] disfrazaron, con facilidad salieron al camino real antes que ellos, porque las malezas y malos pasos de aquellos lugares no concedían que anduviesen tanto los de á caballo como los de á pie. En efeto[d], ellos se pusieron en el llano á la salida de la sierra, y, así como salió della D. Quijote y sus camaradas, el cura se le puso á mirar muy de espacio, dando señales de que le iba reconociendo[e]; y, al cabo de haberle una buena pieza estado mirando,

a. ...la barba á Cardenio, y con esto y con el capotillo pardo de Dorotea que traía, ya quedó tan otro de lo que antes parecía. ARG.$_2$. — *b. ...que él mismo.* C.$_3$, BR.$_3$, AMB., TON., A.$_2$, BOW., PELL., ARR., CL., RIV., GASP., MAI., FK. — *c. ...que ellos se detuvieron con facilidad.* ARG.$_2$. — *d. En efecto.* A.$_2$, ARR., CL., RIV., GASP., MAI., FK. — *e. ...de que le iba conociendo.* TON.

4. *...pero el cura, que era un gran tracista.* — Ingenioso, fecundo en trazar planes para conseguir que D. Quijote, abandonando el ejercicio de la caballería, se restituya á la vida pacífica de la aldea, el cura acude á socorrer la memoria de la fingida princesa.

De otro género de ardides, de tretas nada inocentes, se valía Guzmanillo, á quien se le da en este pasaje el epíteto de *tracista:* «Como me vió triste, y él también lo estaba, me dijo: «—¿Qué te parece, Guzmanillo, de lo que han hecho conmigo estos bellacos?» Respondíle: « — Bueno ha sido; mas creo que, si á mí me lo hicieran, que no le diera Su Santidad la penitencia, ni en mi testamento aguardara á dejarle la manda, que antes dello cobrara la deuda, y no mal.» Todos me tenían por travieso y *tracista:* no fué necesario muchas palabras, que ya me sacaba los bofes por que le dijese algo.» (M. ALEMÁN: *Vida y hechos del pícaro Guzmán de Alfarache*, I, lib. III, cap. 7.)

se fué á él, abiertos los brazos y diciendo á voces: « — Para bien sea hallado el espejo de la caballería, el mi buen compatrioto[a] D. Quijote de la Mancha, la flor y la nata de la gentileza, el amparo y remedio de los menesterosos, la quinta esencia de los caballeros andantes. »

Y, diciendo esto, tenía abrazado por la rodilla de la pierna izquierda á D. Quijote, el cual, espantado de lo que veía[b] y oía decir y hacer á[c] aquel hombre, se le puso á mirar con atención, y al fin le conoció, y quedó como[d] espantado de verle, y hizo grande fuerza por[e] apearse; mas el cura no lo consintió, por lo cual D. Quijote

a. ...el mi buen compatriote. C.$_{1\text{-}2}$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton., A.$_{1}$, Bow. — *...el mi buen compatriota.* C.$_{3}$, A.$_{2}$, Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Arg.$_{1}$, Mai., Benj., FK. = *b. ...de lo que vía y oía decir.* Br.$_{1\text{-}2}$. = *c. ...y hacer aquel hombre.* Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Amb., Bow. = *d. ...y quedó más espantado de verle.* Arg.$_{2}$. = *e. ...grande fuerza para apearse.* Pell.

2. *...mi buen compatrioto D. Quijote de la Mancha.* — Así dice en todas las ediciones, desde 1608 hasta Bowle inclusive. En las anteriores se lee *compatriote*, que Cabrera tomó por errata. No nos atrevemos á decirlo así los que andamos por acá. Corrigióse en la de 1608, poniendo *compatriota* en lugar de *compatriote;* y es la lección que, adoptada primero por Pellicer y después por la Academia, se da como corriente.

Á nuestro juicio, el autor del *Ingenioso Hidalgo* no tuvo parte en dicha corrección, pues así lo hace presumir el hecho de que, en cuantas ocasiones se le ofrecieron, en todas usó resueltamente de la voz *compatrioto,* y ni una sola, que recordemos, la de *compatriota.*

Confírmannos en este dictamen la primera edición de Cuesta (1605) y la de 1615, que estuvieron, como si dijéramos, en inmediato contacto con el original.

« — Pregunta lo que quisieres, hijo Sancho, — respondió D. Quijote, — que yo te satisfaré y responderé á toda tu voluntad. Y, en lo que dices que aquellos que allí van y vienen con nosotros son el cura y el barbero, nuestros *compatriotos* y conocidos, bien podrá ser que parezca que son ellos mismos. » (I, cap. 48.)

« Acudieron todos á ver lo que en el carro venía, y, cuando conocieron á su *compatrioto,* quedaron maravillados; y un muchacho acudió corriendo á dar las nuevas, á su ama y á su sobrina, de que su tío y su señor venía. » (I, cap. 52.)

« ...pedid y suplicad al señor vuestro amo que no toque, maltrate, hiera ni mate al Caballero de los Espejos, que á sus pies tiene; porque, sin duda alguna, es el atrevido y mal aconsejado el bachiller Sansón Carrasco, nuestro *compatrioto.* » (II, cap. 14.)

« Porque nosotros, aunque tocamos los presentes y hemos leído las cartas, no lo creemos, y pensamos que esta es una de las cosas de D. Quijote, nuestro *compatrioto.* » (II, cap. 50.)

En resolución: para nosotros, en el manuscrito de Cervantes se decía *compatrioto;* y, respetando el modo cómo lo escribió Cervantes, así se deja en la presente edición.

decía: « — Déjeme vuestra merced, señor licenciado; que no es razón que yo esté á caballo, y una tan reverenda persona como vuestra merced esté á pie.

— Eso no consentiré yo en ningún modo, — dijo el cura. — Estése la vuestra grandeza á caballo,[a] pues estando á caballo acaba las mayores fazañas[b] y aventuras que en nuestra edad se han visto; que á mí (aunque indigno sacerdote) bastaráme subir en las ancas de una destas mulas destos señores que con vuestra merced caminan[c], si no lo han por enojo; y aun haré cuenta que voy caballero sobre el caballo Pegaso, ó sobre la cebra ó alfana[d] en que cabalgaba aquel famoso moro Muzaraque, que aun hasta ahora yace encantado en la gran cuesta Zulema, que dista poco de la gran Compluto.

— Aun no caía yo en tanto[e], mi señor licenciado, — respondió D. Quijote; — y yo sé que mi señora[f] la princesa será servida, por mi amor, de mandar á su escudero dé á vuestra merced la silla

a. ...á caballo, que pues estando. Br.$_{3}$, Amb. = *b. ...hazañas y aventuras.* Mai. = *c. ...merced camina.* L.$_{3}$. = *d. ...la cebra ó alfane.* L.$_{3}$. = *e. Aun no sabía yo tanto.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *f. ...mi señora á la princesa.* L.$_{3}$.

9. *...cuenta que voy caballero sobre el caballo Pegaso.* — Según la fábula, dase el nombre de *Pegaso* al caballo alado que brotó de la sangre de Medusa al ser degollada por Perseo. Veloz en la carrera, es el corcel que sirve á los inmortales para elevarse al cielo, ó á los fugitivos para ponerse en salvo, como se cuenta de Perseo, que en él huyó precipitadamente para no ser víctima del furor de las Gorgonas después de haber dado muerte á la hermana de Steno y Euryale; es el corcel que, cansado de volar por el espacio, abatió sus alas cerca del Aero-Corinto y allí bebió de las cristalinas aguas de la fuente Pirena; es el corcel sometido fácilmente al freno de oro de Belerofonte, con la ayuda de la diosa de refulgentes ojos, Minerva, y el dios de los mares, Neptuno; es el corcel cabalgado por las Musas, que, hiriendo con su casco las rocas del Helicón, hizo brotar la fuente de Hipocrene.

Constelación según unos, caballo que arrastra el carro de Júpiter en sentir de otros, es uno de los animales que desempeñan más importante papel en la Mitología griega.

11. *...que aun hasta ahora yace encantado en la gran cuesta Zulema.* — « Según Simonet, llamóse así esta cuesta en memoria de la famosa mesa de Salomón (probablemente un atril ó un trono de imagen sagrada), cogida por los soldados de Tarik ben Zygard en la ciudad de Compluto, por lo cual le dieron los conquistadores árabes el nombre de Medina, *Almeida* ó *ciudad de la mesa,* y al monte en que estaba emplazada el de *Chabel Suleman* ó *Monte de Salomón,* cuyo nombre *Suleman* se corrompió en el de *Zulema.* La cuesta de este nombre, llamada también San Juan del Viso, es el antiguo asiento del Compluto de Ptolomeo, como opinó acertadamente Masdeu... » (Leopoldo Eguílaz y Yanguas. *Notas al Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha.)*

de su mula, que él podrá acomodarse en las ancas, si es que ella las sufre.

— Sí sufre, á lo que yo creo, — respondió la princesa; — y también sé que no será menester mandárselo al señor mi escudero; que él es tan cortés y tan cortesano[a], que no consentirá que una persona eclesiástica vaya á pie pudiendo ir á caballo.

— Así es », respondió el barbero. Y, apeándose en un punto, convidó al cura con la silla, y él la tomó sin hacerse mucho de rogar. Y fué el mal que, al subir á las ancas el barbero, la mula, que en efeto[b] era de alquiler (que para decir que era mala esto basta), alzó un poco los cuartos traseros, y dió dos coces en el aire, que, á darlas en el pecho de maese Nicolás ó en la cabeza, él diera al diablo la venida por D. Quijote. Con todo eso, le sobresaltaron de manera que cayó en el suelo, con tan poco cuidado de las barbas, que se le cayeron[c]; y, como se vió sin ellas, no tuvo otro remedio sino acudir á cubrirse el rostro con ambas manos y á quejarse que le habían derribado las muelas.

D. Quijote, como vió todo aquel mazo de barbas sin quijadas y sin sangre lejos del rostro del escudero caído, dijo: « — ¡Vive Dios, que es gran milagro este! Las barbas le ha[d] derribado y arrancado del rostro como si las quitaran á posta. »

El cura, que vió el peligro que corría su invención de ser descubierta, acudió luego á las barbas y fuése con ellas á[e] donde yacía maese Nicolás dando aun voces todavía, y, de un golpe, llegándole la cabeza á su pecho, se las puso, murmurando sobre él unas palabras que dijo que era cierto ensalmo apropiado para pegar barbas, como lo verían; y[f], cuando se las tuvo puestas, se apartó, y quedó el escudero tan bien barbado y tan sano como de antes, de que se admiró D. Quijote sobre manera, y rogó al cura que cuando tuviese

a. ...y tan cristiano. ARG.$_{1,2}$, BENJ. = *b. ...efecto.* A.$_2$, ARR., CL., RIV., GASP., MAI., FK. = *c. ...cayeron en el suelo y como.* C.$_{1,2,3}$, L.$_{1,3}$, V.$_{1,2}$, BR.$_2$, MIL., AMB., A.$_1$, ARR., MAI., FK. — *...cayeron y quedaron en el suelo y como.* BR.$_{1,3}$, TON. = *d. ...le han derribado.* MAI. = *e. ...con ellas donde.* A.$_2$, PELL., ARR., CL., RIV., GASP., FK. = *f. ...lo verían cuando.* V.$_{1,2}$, MIL.

9. *...la mula, que en efeto era de alquiler (que para decir que era mala esto basta).* — Pintor de la realidad, vese aquí, aunque la frase esté dicha de pasada, el genio observador, al par que humorista, del ingenio complutense. Bien conocía las mulas de alquiler quien dijo en el cap. 8: «El vizcaino, que así le vió venir, aunque quisiera apearse de la mula, que, por ser de las malas de alquiler, no había que fiar en ella.» Y en el 9: «Estaba... la mula del vizcaino tan al vivo, que estaba mostrando ser de alquiler á tiro de ballesta.»

lugar le enseñase aquel ensalmo; que él entendía que su virtud á más que[a] pegar barbas se[b] debía de extender, pues estaba claro que de donde las barbas se quitasen había de quedar la carne llagada y maltrecha, y que, pues todo lo[c] sanaba, á más que barbas aprovechaba.

« — Así es », dijo el cura, y prometió[d] de enseñársele en la primera ocasión. Concertáronse que por entonces subiese el cura, y á trechos se fuesen los tres mudando hasta que llegasen á la venta, que estaría hasta[e] dos leguas de allí.

Puestos los tres á caballo, es á saber, D. Quijote, la princesa y el cura, y los tres á pie, Cardenio, el barbero y Sancho Panza, D. Quijote dijo á la doncella: « — Vuestra grandeza, señora mía, guíe por donde más gusto le diere. »

Y, antes que ella respondiese, dijo el licenciado: « — ¿Hacia qué reino quiere guiar la vuestra señoría? ¿Es, por ventura, hacia el de Micomicón? Que sí debe de ser, ó yo sé poco de reinos. »

Ella, que estaba bien en todo, entendió que había de responder que sí, y, así, dijo: « — Sí, señor: hacia ese reino es mi camino.

— Si así es, — dijo el cura, — por la mitad de mi pueblo hemos de pasar, y de allí tomará vuestra merced la derrota de Cartagena,

a. ...más que á pegar. TON., GASP. = *b. ...se le debía.* L.$_{1,3}$. = *c. ...pues todo esto sanaba.* ARG.$_{1,3}$. BENJ. = *d. ...y prometido de.* MIL. = *e. ...que estaría dos leguas de allí.* PELL. — *...que estaría hasta seis leguas.* ARG.$_{1,3}$, BENJ.

27 (pág. 334). *...y, cuando se las tuvo puestas, se apartó, y quedó el escudero tan bien barbado y tan sano como de antes, de que se admiró D. Quijote sobre manera.* — ¿Qué cerebro, á no estar en perpetuo desequilibrio, no habría dudado de la eficacia del ensalmo para pegar barbas? Mas no ha de sorprender en quien, ponderando el bálsamo de Fierabrás, dijo que con tan eficaz remedio no había que temer á la muerte, «por grandes que fuesen las feridas».

19. *— Si así es, — dijo el cura, — por la mitad de mi pueblo hemos de pasar.* — Que el *Don Quijote* no es servil imitación de las historias andantescas, lo muestra claramente lo nuevo aquí del argumento y la aparente sencillez con que se conduce la trama de esta inesperada situación.

20. *...y de allí tomará vuestra merced la derrota de Cartagena.* — «Dase ahora á Dorotea el tratamiento de *vuestra merced;* poco antes se le había dado el de *señoría* y algo más arriba el de *grandeza.* Todo contribuye á hacer más risueño y festivo el episodio.»

Así se expresa el tantas veces citado crítico D. Diego Clemencín. Y tiene razón; pero no es porque el licenciado dé á la princesa Micomicona los tratamientos de *grandeza, señoría* y *merced* para regocijar el paso, sino más bien para darle título más alto. Prueba de nuestro aserto, que luego dice el

donde se podrá embarcar con la buena ventura; y, si hay viento próspero, mar tranquilo y sin borrasca, en poco menos de nueve años se podrá estar á la vista de la gran laguna Meona, digo, Meótides, que está poco más de cien jornadas más acá del reino de vuestra grandeza.

— Vuestra merced está engañado, señor mío, — dijo ella; — porque no há dos años que yo partí dél, y en verdad que nunca tuve buen tiempo, y, con todo eso, he llegado á ver lo que tanto deseaba, que es el[a] señor D. Quijote de la Mancha, cuyas nuevas llegaron á mis oídos así como puse los pies en España, y ellas me movieron á buscarle para encomendarme en su cortesía y fiar mi justicia del valor de su invencible brazo.

— No más: cesen mis alabanzas, — dijo á esta sazón D. Quijote, — porque soy enemigo de todo género de adulación; y, aunque ésta[b] no lo sea, todavía ofenden mis castas orejas semejantes pláticas. Lo que yo sé decir, señora mía, que ahora[c], tenga valor ó no, el que tuviere ó no tuviere se ha de emplear en vuestro servicio hasta perder la vida; y, así, dejando esto para su tiempo, ruego al señor licenciado me diga qué es la causa que le ha traído

a. ...*que es al señor.* V.$_{1\text{-}3}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton., A.$_1$, Bow., Gasp., Mai. — ...*que es el gran señor.* FK. — *b.* ...*y aunque no lo sea.* L.$_3$. — *c.* ...*que ora tenga.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Amb., Ton., A.$_1$, Arg.$_{1\text{-}2}$, Mai., Benj., FK.

cura: «—No es maravilla, señora mia, que la *vuestra grandeza* se turbe y empache contando sus desventuras; que ellas suelen ser tales, que muchas veces quitan la memoria á los que maltratan, de tal manera, que aun de sus mesmos nombres no se les acuerda, como han hecho con *vuestra gran señoría*, que se ha olvidado que se llama la princesa Micomicona.» «...y prosiga vuestra majestad adelante.» (I, cap. 30.)

13. — *No más: cesen mis alabanzas... porque soy enemigo de todo género de adulación; y, aunque ésta no lo sea.* — ¡Qué pintura del corazón humano! Pide que cesen las alabanzas: esto es lo que dice su boca; pero allá en el fondo del alma piensa de otro modo: «...soy enemigo, — dice con los labios, — de todo género de adulación; y, aunque ésta no lo sea.»

¿Qué lisonja mayor, replicamos, que la de venir de luengas tierras, nada menos que del mismo reino de Micomicón, para encomendarse al valor de su brazo, como si no hubiera en el mundo otros caballeros más esforzados y valientes?

15. ...*ofenden mis castas orejas semejantes pláticas.* — ¡Cuánto evolucionan las lenguas, hasta en pormenores al parecer insignificantes! Decian, nuestros antiguos (Granada, para citar un maestro en lengua castellana), *orejas* por *oídos*. ¿Quién de nosotros osaria escribir hoy: «Esta noticia ha llegado á mis *orejas*»?

por estas partes tan solo[a], tan sin criados y tan á la ligera, que me pone espanto.

— Á eso yo[b] responderé con brevedad, — respondió[c] el cura; — porque sabrá vuestra merced, señor[d] D. Quijote, que yo y maese Nicolás, nuestro amigo y nuestro barbero, íbamos á Sevilla á cobrar cierto dinero[e] que un pariente mío, que há muchos años que pasó á Indias, me había enviado, y no tan pocos que no pasan[f] de sesenta mil pesos ensayados, que es otro que tal; y, pasando ayer por estos lugares, nos salieron al encuentro cuatro salteadores y nos quitaron hasta las barbas, y de modo nos las quitaron que le convino al barbero ponérselas postizas, y aun á este mancebo que aquí va — señalando á Cardenio — le pusieron como de nuevo. Y es lo bueno que es pública fama por todos estos contornos que los que nos saltearon son de unos galeotes que dicen que libertó casi en este mesmo[g] sitio un hombre tan valiente que, á pesar del comisario y de las guardas, los soltó á todos. Y, sin duda alguna, él debía de estar fuera de juicio, ó debe de ser tan grande bellaco como ellos, ó algún hombre sin alma y sin conciencia, pues quiso soltar al lobo entre las ovejas, á la raposa entre las gallinas[h], á la mosca[i] entre la miel; quiso defraudar la justicia, ir contra su rey y señor natural, pues fué contra sus justos mandamientos; quiso, digo, quitar á las galeras sus pies, poner en alboroto la[j] Santa Hermandad, que había muchos años que reposaba; quiso, finalmente, hacer un hecho por donde se pierda su alma y no se gane su cuerpo.»

Habíales contado Sancho al cura y al barbero la aventura de los

a. ...*tan solo y tan sin criados.* L.$_{1\text{-}3}$. — *b.* *Á eso responderé con.* Br.$_3$, Amb., Ton. — *c.* ...*respondió entonces el cura.* Br.$_{1\text{-}3}$. — *d.* ...*sabrá vuestra merced, D. Quijote.* L.$_{1\text{-}2}$. — *e.* ...*ciertos dineros que.* Cl., Riv. — *f.* ...*que no pasen de sesenta.* Riv., Arg.$_{1\text{-}2}$, Mai., Benj. — *g.* ...*este mismo.* C.$_3$, Ton., A.$_2$, Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Arg.$_{1\text{-}2}$, Mai., Benj., FK. — *h.* ...*gallinas ó á la mosca.* Ton. — *i.* ...*al oso entre la miel.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. — *j.* ...*en alboroto á la Santa Hermandad.* C.$_1$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton., A.$_1$, Bow.

10. ...*que le convino al barbero ponérselas postizas.* — Si dice el cura que las barbas que usa ahora maese Nicolás son postizas, ¿á qué el ensalmo de pegar barbas? ¿No teme el buen tracista que D. Quijote recuerde la imagen del barbero y encuentre parecido con la del escudero de la princesa Micomicona?

16. *Y, sin duda alguna, él debia de estar fuera de juicio* etc. — Es este un periodo que brota de la misma fuente de la elocuencia, pero de la elocuencia elevada al arte de escribir. ¡Y cómo debió de saborearse su autor después de haberlo compuesto! ¡Y que una simple ficción pueda dar ocasión á calurosos sentimientos al hablar de los más altos intereses de la vida!

galeotes, que acabó su amo con tanta gloria suya, y por esto cargaba la mano el cura refiriéndola, por ver lo que hacía ó decía D. Quijote, al cual se le mudaba la[a] color á cada palabra, y no osaba decir que él había sido el libertador de aquella buena gente.

« — Estos, pues, — dijo el cura, — fueron los que nos robaron. Que Dios, por su misericordia, se lo perdone al que no los dejó llevar al debido suplicio. »

a. ...se le mudaba el color á cada palabra. MAI.

CAPÍTULO XXX

Que trata de la discreción de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo[a]

No hubo bien acabado el cura, cuando Sancho dijo: « — Pues mía fe, señor licenciado, el que hizo esa fazaña[b] fué mi amo; y no porque yo no le dije antes y le avisé que mirase lo que hacía,

a. Que trata del gracioso artificio y orden que se tuvo en sacar á nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia en que se había puesto. C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$. BR.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, MIL., TON., BOW. — *Del gracioso artificio y orden que se tuvo en sacar á nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia en que se había puesto.* AMB. — *b. ...el que hizo esta hazaña.* MAI.

Afirmándose en los estribos y calándose el morrión, D. Quijote está en actitud de renovar una de aquellas escenas efectistas que nos ha ofrecido en capítulos anteriores; pero, discreta y de gran donaire, Dorotea ataja su cólera, contándole, á par que sus cuitas, origen del penoso viaje emprendido en su busca, el medio de ser reintegrada en el reino de Micomicón con sólo que él dé muerte al desaforado Pandafilando.

No es un análisis profundamente psicológico el que se hace en tan breve narración; pero, con ser historia fingida, si caben juntas ambas palabras, no faltan en ella rasgos que al parecer nada dicen y que, sin embargo, recogería un escritor naturalista: « Dorotea, después de haberse puesto bien en la silla y prevenídose con toser y hacer otros ademanes, con mucho donaire comenzó á decir.» Entre la insulsez de las pinturas caballerescas y la perpetua difusión de un Zola, pongamos por caso, optamos por los rasgos cervánticos cuando corren rápidamente.

Línea 2. *Que trata de la discreción de la hermosa Dorotea. — ...de la discordia,* se lee en la primera edición de Cuesta. Errata evidente que copiaron la

y que era pecado darles libertad, porque todos iban allí por grandísimos bellacos.

— Majadero, — dijo á[a] esta sazón D. Quijote; — á los caballeros andantes no les toca ni atañe averiguar si los afligidos, encadenados y opresos que encuentran por los caminos van de aquella manera ó están en aquella[b] angustia por sus culpas ó por sus gracias[c]: sólo les[d] toca ayudarles como á menesterosos, poniendo los ojos en sus penas y no en sus bellaquerías. Yo topé un rosario y sarta de gente mohina y desdichada, y[e] hice con ellos lo que mi religión

a. ...*dijo esta sazón.* Br.$_{3}$. = *b.* ...*van de aquella angustia.* L.$_{3}$. = *c.* ...*por sus desgracias.* V.$_{1\text{-}3}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton., Arg.$_{1\text{-}3}$, Benj. = *d.* ...*solo le toca.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}3}$, Bow. = *e.* ...*desdichada he hice.* Mai.

segunda y tercera, no obstante estar enmendada en la tabla de los capitulos puesta al fin de la *Princeps*. La Real Academia Española, en sus ediciones de 1780 y 1819, puso aqui el titulo del capitulo siguiente, y se llevó éste á aquél, que estaban trocados á causa de la malhadada *discordia*.

4 (pág. 339). « — *Pues, mia fe.* — Es forma tan arcaica que, aun imitando deliberadamente los giros anticuados, apenas se hallaria hoy quien osara decir *mia fe*.

5. ...*van de aquella manera ó están en aquella angustia por sus culpas ó por sus gracias.* — *Desgracias* corrigió ya en 1605 el editor de Valencia. Acogiéronse á esta variante Bruselas, Milán, Amberes, Tonson, las Argamasillas y Benjumea. Como D. Quijote usaba de la voz *gracias* en contraposición á la de *culpas*, entendemos ser más razonable dejar el texto tal como salió de las prensas de Juan de la Cuesta.

8. *Yo topé un rosario y sarta de gente mohina y desdichada.* — Quien haya visto una conducción de presos, no podrá menos de celebrar, por lo colorista, el presente pasaje. Si: colorista, por lo pintoresco, es el nombre *rosario* aplicado á la cadena de galeotes. ¿Qué eran sino una *sarta*, cuyas *cuentas* las formaban los desdichados que allí iban?

D. Leandro Moratín, en su comedia *El barón*, emplea la voz *sarta* con cierto donaire; pero no tiene el colorido de la frase cervantina:

«...Precisamente
Esta noche, que me encarga
Que nadie suba, que nadie
Le incomode ni distraiga,
Porque tiene que escribir
Y ha de recogerse para
Madrugar... Ladridos, voces,
Carreras, tiros, patadas,
Alboroto... Si anduviese
Por el lugar una *sarta*
De diablos, no hubieran hecho
Mayor estrépito.»

me pide, y lo demás allá se avenga. Y, á quien mal le ha parecido, salvo la santa dignidad del señor licenciado y su honrada persona, digo que sabe poco de achaque de caballería y que miente como un hideputa y mal nacido; y esto le haré conocer con mi espada, donde más largamente se contiene.» Y esto dijo afirmándose en los estribos y calándose el morrión; porque la bacía del barbero, que á su cuenta era el yelmo de Mambrino, llevaba colgada[a] del arzón delantero hasta adobarla del mal tratamiento que la hicieron los galeotes.

Dorotea, que era discreta y de gran donaire, como quien ya sabía el menguado humor de D. Quijote y que todos hacían burla dél sino Sancho Panza, no quiso ser para menos; y, viéndole tan enojado, le dijo: «—Señor caballero: miémbresele[b] á la[c] vuestra merced el don que me tiene prometido, y que, conforme á él, no puede entremeterse en otra aventura, por urgente que sea. Sosiegue vuestra merced el pecho; que, si el señor licenciado supiera que por ese invicto brazo habían sido librados[d] los galeotes, él se diera tres puntos en la boca, y aun se mordiera tres veces la lengua, antes que haber dicho palabra que en despecho de vuestra merced redundara.

— Eso juro yo bien, — dijo el cura, — y aun me hubiera quitado un bigote.

— Yo callaré, señora mía, — dijo D. Quijote, — y reprimiré la justa cólera que ya en mi pecho se había levantado, y[e] iré quieto y[f] pacífico hasta tanto que os cumpla el don prometido; pero, en

a. ...*llevaba colgado del arzón.* L.$_{3}$, V.$_{1\text{-}3}$, Br.$_{3}$, Mil., Amb., Bow. = *b.* *Señor caballero, miémbrese.* L.$_{3}$. = *c.* ...*á vuestra merced.* A.$_{3}$, Arr., Cl., Riv., Gasp. = *d.* ...*habian sido libertados los galeotes.* Br.$_{1\text{-}3}$. = *e.* ...*levantado é iré quieto.* Mai., FK. = *f.* ...*quieto pacífico hasta.* L.$_{1\text{-}3}$.

13. ...*miémbresele á la vuestra merced el don que me tiene prometido.* — Conduciéndole para el fin propuesto, Dorotea acude al recurso de los arcaismos, tan simpáticos á D. Quijote, y, en vez de *acuérdese* y de nuestro vulgar *tenga presente*, le habla como pudiera hacerlo un escritor del siglo XIII.

«*Miembrat* quando lidiamos çerca Valencia la grand.»
(*Poema del Cid*, v. 3316. — Ed. de M. Pidal.)

«*Miémbrese* de los bonos nuestros anteçesores,
Que de este monesterio fueron contenedores.»
(Berceo. *Vida de Santo Domingo de Silos*, copla 193.)

«*Membróles* deste dicho, estonz lo entendieron,
Et las adevinanzas verdaderas ixieron.»
(Berceo. *Vida de Santo Domingo de Silos*, copla 286.)

pago deste buen deseo, os suplico me digáis, si no se os hace de mal, cuál es la vuestra cuita, y cuántas, quiénes y cuáles son las personas de quien os tengo de dar debida, satisfecha[a] y entera venganza.

— Eso haré yo de[b] gana, — respondió Dorotea, — si es que no os enfada[c] oir lástimas y desgracias.

— No enfadará, señora mía», respondió[d] D. Quijote. Á lo que respondió Dorotea: «— Pues, así es, esténme vuestras mercedes atentos.»

No hubo ella dicho esto cuando Cardenio y el barbero se le pusieron al lado, deseosos de ver cómo fingía su historia la discreta

a. ...*satisfacción.* Gasp., Arg.$_2$. — ...*satisfactoria.* Arg.$_1$, Benj. = *b.* *Eso haré yo de buena gana.* Arg.$_2$. = *c.* ...*os enfadan oir.* L.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton., A.$_1$, Bow. = *d.* ...*señora mía, dijo D. Quijote.* Br.$_3$.

1. ...*os suplico me digáis, si no se os hace de mal.* — Con nuestros eufemismos (pedestre el uno, más culto el otro) *si no lo lleva á mal, si no le sirve de molestia,* han ido desterrándose el sabroso arcaismo *si no se os hace de mal* y el castizo y muy dulce *si os place,* que á los franceses da aire de gente más bien criada, de más conservadores, diríamos con más exactitud histórica.

5. — *Eso haré yo de gana, — respondió Dorotea. — De buena gana* es más familiar que de *buen grado, con sumo placer:* por eso la frase propuesta, que no desdice en nada de esta narración, se halla con frecuencia en obras de parecida índole. «Eso haré yo de *gana*» no suele decirse hoy sin anteponer al nombre un adjetivo.

«No un plato, sino un almud
Se le diera acá de *gana.*»

(Puigblanch. *Opúsculos.*)

Éste es uno de los pocos escritores que se atiene á la frase cervántica del presente pasaje.

«Pero ¿de veras, D.ª Paquita, se volvería usted al convento de buena *gana?*»

(L. Moratín. *El sí de las niñas,* acto II, esc. V.)

«Á no haber imposibles
Que lo estorbaran,
Me fuera yo á la corte
De buena *gana.*»

(Ramón de la Cruz. *Poner la escalera para otro.*)

«No agrada mucho á Lucrecia,
Mas dice el padre cruel
Que ha de casarse con él
De buena ó de mala *gana.*»

(Bretón. *Un tercero en discordia,* acto I, esc. I.)

Juzgamos ser un donoso desvarío el empeño de ver en todo manchas y lunares. ¿Por qué apuntar la idea, como hizo un cervantista, de que se omitió el adjetivo *buena* en la frase que hemos comentado?

Dorotea[a], y lo mismo hizo Sancho, que tan engañado[b] iba con ella como su amo; y ella, después de haberse puesto bien en la silla y prevenídose[c] con toser y hacer otros ademanes, con mucho donaire comenzó á decir desta manera:

«— Primeramente quiero que vuestras mercedes sepan, señores míos, que á mí me llaman...» Y detúvose aquí un poco, porque se le olvidó el nombre que el cura le había puesto; pero él acudió al remedio[d], porque entendió en lo que reparaba, y dijo: «— No es maravilla, señora mía, que la vuestra grandeza se turbe y empache

a. ...*cómo fingía su historia y lo mismo.* C.$_3$, Bow. = *b.* ...*que tan ensañado iba con ella.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, Mil., Bow. = *c.* ...*y reprecenídose con toser.* L.$_3$. = *d.* ...*pero él acudió porque entendió.* Arr.

1. ...*y lo mismo hizo Sancho, que tan engañado iba con ella como su amo.* — *Ensañado* se lee en las tres ediciones de Cuesta, en las de Lisboa, en las de Valencia, en la de Milán y en la de Bowle. Lo tenemos por verdadera errata; porque, aun admitiendo que *ensañado* pudo emplearse no como participio del verbo *ensañar,* sino como adjetivo en la significación de *valeroso,* entendemos, sin embargo, que no cuadra con el sentido de cuanto en este capítulo refiere el historiador de D. Quijote. Poco antes nos ha dicho:

«— Yo callaré, señora mía, — dijo D. Quijote, — y reprimiré la justa cólera que ya en mi pecho se había levantado, y iré *quieto* y *pacífico* hasta tanto que os cumpla el don prometido.»

¿Cabe, por ventura, condenación más explícita de la impropiedad con que se pretende prevalezca en este caso el *ensañado* contra el *engañado,* que por primera vez apareció en la impresión de 1607?

Con todo, por si no nos hubiese guiado el acierto en la lección adoptada, será bien advertir que, en la «Introducción» al primer volumen del *Diccionario,* se volverá á hablar de tal variante por si se quisiere motejarnos de haber usurpado en el vocabulario de Cervantes un término que, aun siendo, como lo es, castizo, no creemos deba dársele la preferencia en una edición crítica del *Don Quijote.*

7. ...*pero él acudió al remedio, porque entendió en lo que reparaba.* — Si *reparar* vale tanto como *detenerse,* por razón de algún inconveniente, en algo que se quería decir, no creemos, como alguien ha sospechado, que haya de decirse *se paraba,* puesto que este segundo verbo tiene en el presente caso la misma significación que el primero, á saber, *detenerse ó suspender* la ejecución de un designio á causa de algún reparo que se prevé pueda nacer, ó por cierto obstáculo que se presenta como de improviso.

8. «— *No es maravilla, señora mía, que la vuestra grandeza se turbe y empache.* — Muy censurado sería hoy quien, en un acto académico, en la apertura de curso pongamos por caso, dijese, en el momento de la distribución de premios, á los alumnos: «Acercaos sin *empacho* á recibir el galardón que vuestra laboriosidad merece...»

No fuera del todo injusto el reparo, ya que uno es el lenguaje de la novela, el del teatro, el que pide el estilo festivo, y otro el más mirado y culto, en el

contando sus desventuras; que ellas suelen ser tales, que muchas veces quitan la memoria á los que maltratan, de tal manera, que aun de sus mesmos[a] nombres no se les acuerda, como han hecho con vuestra gran señoría[b], que se ha olvidado que se llama la princesa Micomicona, legítima heredera del gran reino Micomicón. Y, con este apuntamiento, puede la vuestra grandeza reducir ahora fácilmente á su lastimada memoria todo aquello que contar[c] quisiere.

— Así es la verdad, — respondió la doncella[d], — y desde aquí adelante creo que no será menester apuntarme nada, que yo saldré á buen puerto con mi verdadera historia. La cual es que el rey mi padre, que se llamaba Tinacrio el Sabidor, fué muy docto en esto

a. ...*mismos.* C_{-3}, A.$_3$, Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Mal., FK. = *b.* ...*señora.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil. = *c.* ...*que quisiere.* = *d.* ...*respondió Dorotea,* Ton.

buen sentido del vocablo, de las solemnidades académicas. Con todo eso, será bien advertir que no siempre pararon mientes en esta pulcritud nuestros más graves escritores.

En el *Prólogo de los proverbios,* dijo el marqués de Santillana: «Nin al mismo César *empacharon* el paso de las fuertes avenidas del rio Rubicón.»

Pero vamos al terreno firme del vocablo:

«Y demás desto es nombrada y por tal titulo conoscida. Si entre cien mujeres va, y alguno dice puta vieja, sin ningún *empacho* luego vuelve la cabeza, y responde con alegre cara.» *(La Celestina,* acto I.)

«Porque hacer beneficio es semejar á Dios; y más, que el que hace beneficio le rescibe cuando es á persona que lo merece; y el que puede sanar al que padece, no lo haciendo, le mata. Asi que no cese tu petición por *empacho* ni temor.» *(La Celestina,* acto IV.)

«...pero yo te juro, por el peligroso camino en que vamos, hermano, y asi goce de mi, que estuve dos ó tres veces por me arremeter á ella, sino que me *empachaba* la vergüenza de verla tan hermosa y arreada, y á mí con una capa vieja ratonada.» *(La Celestina,* acto XIX.)

«Hija, dale una fineza
Á tu novio.
— Tengo *empacho.*»
(Ramón de la Cruz. *El peluquero casado.)*

«Anfrico, yo lo digo sin *empacho:*
Éstos, su condición cual fuere sea,
Éstos son, ¡vive Dios!, el populacho.»
(Bretón de los Herreros. *Poesías.)*

«Á fe que de buena gana
Dijera yo sin *empacho:*
Dejen al Padre Pascual
Huir del plomo que hiere.»
(Bretón. *Pascual y Carranza,* acto único, esc. II.)

«Mientras no venza ese *empacho* ridículo, se reirán de usted hombres y mujeres.» (Hartzenbusch. *La coja y el encogido,* acto I, esc. III.)

que llaman el arte mágica, y alcanzó por su ciencia que mi madre, que se llamaba la reina Jaramilla[a], había de morir primero que él, y que de allí á poco tiempo él también había de pasar desta vida y yo había de quedar huérfana de padre y madre[b]. Pero decía él que no le fatigaba tanto esto cuanto le ponía en confusión saber por cosa muy cierta que un descomunal gigante, señor de una grande ínsula, que casi alinda con nuestro reino, llamado Pandafilando de la Fosca vista (porque es cosa averiguada que, aunque tiene los ojos en su lugar y derechos, siempre mira al revés[c], como si fuese bizco, y esto lo hace él de maligno[d] y por poner miedo y espanto á los que mira), digo que supo[e] que este gigante, en sabiendo mi orfandad, había de pasar con gran poderío sobre mi reino, y me lo había de quitar todo, sin dejarme una pequeña aldea donde me recogiese; pero que podía excusar toda esta ruina y desgracia si yo me quisiese casar con él. Mas, á lo que él entendía, jamás pensaba que me vendría á mí en voluntad de hacer tan desigual casamiento; y dijo en esto la pura verdad, porque jamás me[f] ha pasado por el pensamiento casarme con aquel gigante[g], ni con otro alguno, por

a. ...*reina Jamilla.* L.$_3$. = *b.* ...*huérfana de padre, pero decia él que.* L.$_{1\text{-}2}$. = *c.* ...*mira al través.* Ton. = *d.* ...*malino.* Br.$_{1\text{-}2}$. = *e.* ...*mira) que supo digo que.* Gasp. = *f.* ...*jamás ha pasado.* L.$_3$. = *g.* ...*gigante, pero ni con.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_3$, Mil., Amb., A.$_{1\text{-}2}$, Pell., Cl., Riv., Gasp., Arg.$_1$, Mai,, Benj., FK.

7. ...*Pandafilando de la Fosca vista.* — Hase dicho repetidas veces, en el curso de esta obra, que, fuera de muy contadas alusiones, bien perceptibles en verdad, no entendemos haya simbolismo en el *Don Quijote,* por lo que no nos sentimos inclinados á dar como verosímil la mera cavilosidad de desocupado cervantista. ¿En qué principio filológico se apoyan cuantos recelaron que, bajo el nombre de Pandafilando, se oculta el de algún primate ó tiranuelo contemporáneo del autor? Hijo de su fecunda vena, sólo tiene parentesco con la graciosa invención de aquellos otros que esmaltan las páginas del capítulo 18. Compuesto para infundir miedo, por lo campanudo y solemne de los elementos que lo integran, es una creación ciertamente cómica, realzada con el terrible epiteto: el de *la Fosca vista.*

No lleva el estigma de anticuado; pero, tenga ó no el sambenito, *fosco* es hoy de escasísimo uso: por eso la Real Academia nos remite al adjetivo *hosco* (ceñudo, áspero, intratable).

En verso definió Bretón de los Herreros cuando dijo:

«Para quitarse de encima,
Cuando le enfada, una mosca,
No se pone así... tan *fosca*
Como se ha puesto mi prima.»
(Bretón. *La escuela de las casadas,* act. II, esc. IV.)

«La que es ceñuda, intolerante y *hosca.*»
(Bretón de los Herreros. *Poesías.)*

grande y desaforado que fuese. Dijo también mi padre que, después que él fuese muerto y viese yo que Pandafilando comenzaba á pasar sobre mi reino, que no aguardase á ponerme en defensa, porque sería destruirme, sino que libremente le dejase desembarazado el reino, si quería excusar la muerte y total destruición[a] de mis buenos y leales vasallos, porque no había de ser posible defenderme de la endiablada fuerza del gigante; sino que luego, con algunos de los míos, me pusiese en camino de las Españas, donde hallaría el remedio de mis males hallando á un caballero andante, cuya fama en este tiempo se extendería por todo este reino, el cual se había de llamar, si mal no me acuerdo, D. Azote ó D. Jigote.

— D. Quijote diría, señora[b], — dijo á esta sazón Sancho Panza, — ó, por otro nombre, el Caballero de la Triste Figura.

— Así es la verdad, — dijo Dorotea. — Dijo más: que había de ser alto de cuerpo, seco de rostro, y que en el lado derecho, debajo[c]

a. ...y total destrucción de. MAI., FK. — *b. D. Quijote diría, señor, dijo á esta sazón.* C.$_{1-3}$, L.$_{1-3}$. — *c. ...derecho encima del hombro.* ARG.$_3$.

10. *...el cual se había de llamar, si mal no me acuerdo, D. Azote ó D. Jigote. — D. Quijote diría.* — Lo cómico resalta cuando lo espontáneo del contraste es visible. Sin esfuerzo, con encantadora naturalidad, búrlase Dorotea del nombre de D. Quijote confundiéndolo con el de Azote ó Jigote. De este último, cómico de suyo, podemos aducir más de un ejemplo:

«Los tristones, las harpias,
Hipogrifos y centauros,
Unos en *jigote*, y otros
Fritos, y otros empanados.»

(MORATÍN. *Poesías: Aguinaldo poético.)*

«¡Ay! Y dirásle que no se descuide, que no es ésta como la de antaño; que no son gigantillos de por ahí los que tiene que despachurrar y hacer *jigote*.» (MORATÍN. *La derrota de los pedantes.)*

«Manos que ver quisieran hechas *jigote*.»
(BRETÓN DE LOS HERREROS. *Poesías*, ed. 1883-84, t. V, pág. 384.)

«¿Había de permitir
Que llevaran en prisiones
Al que yo dí de mamar?
Aunque me hicieran *jigote*.»
(HARTZENBUSCH. *Alfonso el Casto*, acto I, esc. III.)

Aludiendo á cualquiera comida picada en pedazos menudos, se usa también del nombre *jigote*, como lo hizo Góngora en un romance burlesco:

«Grandes hombres, padre y hijo,
De regalarse en verano
Con *jigotes* de pepino,
Y, los inviernos, de nabo.»

del hombro izquierdo, ó por allí junto, había de tener un lunar pardo con ciertos cabellos á manera de cerdas.»

En oyendo esto D. Quijote, dijo á su escudero: «— Ten aquí, Sancho, hijo: ayúdame á desnudar, que quiero ver si soy el caballero que aquel sabio rey dejó profetizado.

— Pues ¿para qué quiere vuestra merced desnudarse? — dijo Dorotea.

— Para ver si tengo ese lunar que vuestro padre dijo, — respondió D. Quijote.

— No hay para qué desnudarse, — dijo Sancho; — que yo sé que tiene vuestra merced un lunar desas señas en la mitad del espinazo, que es señal de ser hombre fuerte.

— Eso basta, — dijo Dorotea, — porque con los amigos no se ha de mirar en pocas cosas; y, que esté en el[a] hombro ó que esté en el espinazo, importa poco: basta que haya lunar y esté donde estuviere[b], pues todo es una mesma[c] carne. Y, sin duda, acertó mi buen padre en todo, y yo he acertado en encomendarme al señor D. Quijote, que él es por quien mi padre[d] dijo, pues las señales del rostro vienen con las de la buena fama que este caballero tiene, no sólo en[e] España, pero en toda la Mancha[f]; pues, apenas me hube desembarcado en Osuna, cuando oí decir tantas hazañas suyas, que luego me dió el alma que era el mesmo[g] que venía á buscar.

— Pues ¿cómo se desembarcó vuestra merced en Osuna, señora mía, — preguntó D. Quijote, — si no es puerto de mar?»

a. ...y que esté debajo del hombro ó que esté en el. ARG.$_{1-3}$, BENJ. — *b. ...y esté donde tuviere.* L.$_{1-3}$. — *c. ...una misma.* C.$_3$, A.$_3$, BOW., PELL., ARR., CL., RIV., GASP., MAI., FK. — *d. ...mi padre lo dijo.* ARG.$_{1-3}$, BENJ. — *e. ...en la España.* L.$_{1-3}$. — *f. ...pero en toda la Etiopía.* BR.$_{1-3}$. — *g. ...el mismo.* C.$_3$, BR.$_{1-3}$, A.$_3$, BOW., PELL., ARR., CL., RIV., GASP., MAI., FK.

13. *— Eso basta, — dijo Dorotea, — porque con los amigos no se ha de mirar en pocas cosas.* — De lo cómico á lo ridículo no hay más que un paso: con ser tan corta la distancia, se opuso la discretísima Dorotea (y esto honra al novelista que puso en labios de la dama las palabras que motivan este comentario) á que D. Quijote salvase el corto espacio que en la presente ocasión separaba á lo bello de la fealdad.

23. *— Pues ¿cómo se desembarcó vuestra merced en Osuna, señora mía, — preguntó D. Quijote, — si no es puerto de mar?* — Como el que, ofendiendo por hábito á la verdad, suele escaparse con fútiles excusas cuando se le llama á razón; ó como el actor desaplicado que pretende atenuar su falta de estudio haciendo de ello culpable al *consueta;* así Dorotea, mejor dicho, por modo análogo, acude al recurso de que «los trabajos continuos y extraordinarios quitan la memoria al que los padece.»

Mas, antes que Dorotea respondiese, tomó el cura la mano, y dijo: «—Debe de querer decir, la señora princesa, que, después que desembarcó en Málaga, la primera parte donde oyó nuevas de vuestra merced fué en Osuna.

— Eso quise decir, — dijo Dorotea.

— Y esto lleva camino, — dijo el cura; — y prosiga vuestra majestad adelante.

— No hay que proseguir, — respondió Dorotea, — sino que, finalmente, mi suerte ha sido tan buena en hallar al señor D. Quijote, que ya me cuento y tengo por reina y señora de todo mi reino, pues él, por su cortesía y magnificencia, me ha prometido el don de irse conmigo dondequiera que yo le llevare, que no será á otra parte que á ponerle delante de Pandafilando de la Fosca vista, para que le mate, y me restituya lo que tan contra razón me tiene usurpado; que todo esto ha de suceder á pedir de boca, pues así lo dejó profetizado Tinacrio el Sabidor, mi buen padre, el cual también dejó dicho y escrito, en letras caldeas ó griegas (que yo no las sé leer), que si este caballero de la profecía, después de haber degollado al gigante, quisiese casarse conmigo, que yo me otorgase luego, sin réplica alguna, por su legítima esposa, y le diese la posesión de mi reino, junto con la de mi persona.

— ¿Qué te parece, Sancho amigo? — dijo á este punto D. Quijote. — ¿No oyes lo que pasa? ¿No te lo dije yo? Mira si tenemos ya reino que mandar y reina con quien casar.

— Eso juro yo, — dijo Sancho, — para el puto que no se casare

11. *...me ha prometido el don de irse conmigo dondequiera que yo le llevare.* — Que Cervantes conocia el afectado lenguaje de los libros caballerescos, se prueba una vez más por la gravedad cómica con que habla de la promesa del don que habia hecho á Dorotea.

«Despedido dellos, se puso en la via del Enano para le dar el *don que le prometiera;* é anduvo cinco dias sin aventura hallar; en cabo dellos mostróle el Enano un muy hermoso castillo é muy fuerte á maravilla, é díjole: «—Señor, en aquel castillo me habéis de dar el don.» «—En el nombre de Dios, — dijo Amadis, — yo te lo daré si puedo.» *(Amadis de Gaula,* lib. I, cap. 18.)

19. *...que yo me otorgase luego, sin réplica alguna, por su legítima esposa.* — Enamorada desde niña del enfático lenguaje de los libros caballerescos, en vez de *entregarse,* como los que hablan en lenguaje más sencillo; en vez de decir llanamente *consiento en...,* ella *se otorga,* sin réplica alguna, por su legítima esposa.

25. *— Eso juro yo, — dijo Sancho, — para el puto que no se casare.* — En nuestra larga nota al cap. 16, pág. 41 á 43, ambas inclusive, se dijo, con extensión que acaso merezca censura, lo que sobre el vocablo, fuertecillo para la honestidad que pide el lector moderno, nos atrevimos á reunir en apretado haz. El Sr. Rodriguez Marín, en su comentario al *Rinconete y Cortadillo* (pág. 381 y 382), aduce y explica, con singular ingenio, pasajes en verdad escabrosos. El que motiva la presente nota no lleva en sí tanta malicia; pero será bien, para inteligencia del poco versado en nuestra literatura, para el que ignora que hasta en más de un auto sacramental se deslizó la palabrilla; para que atenúe, ya que no borre del todo, el mal efecto que ahora produce; ofrecerle (preferiríamos no tener que hacerlo) ejemplos tomados, como si dijéramos al acaso, de obras á las que se da el nombre de clásicas:

«Llégate acá, *putico,* que no sabes nada del mundo ni de sus deleites.» *(La Celestina,* acto I.)

«Es de saber que anduvo el maestre de Calatrava con su gente desaguando las acequias de la Vega, que está ante la cibdá de Granada, é los moros de la cibdá á *puto el postrero* (sic) salieron más de tres mil á caballo á pelear con él.» (FERNÁN GÓMEZ. *Centón epistolario,* epistola XLVIII.)

«El cual, como he dicho, por estar de buena data ó por temor que la morisma no nos hallase en su casa, nos hizo buen partido, pagamos cada uno su parte, andando á *puto el postre* por quién habia de pagar primero, y no ser el postrero en salir de la casa y de la aldea.» *(Vida y hechos de Estebanillo González,* cap. 12.)

«Todos habéis de temblar
Á *puto el postre;* que empieza
Mi cólera á enfurecerse.»

(CALDERÓN. *Céfalo y Poeris,* pág, 498.)

«Iba la hija saltando bardales, sin decir oxte ni moxte, en busca del bribón, corriendo á *puto el postre,* con la lengua tan larga.» (QUEVEDO. *Cuento de cuentos.)*

«Diólos licencia, y, hartos y contentos, se afufaron, escurriendo la bola á *puto el postre;* lugar que repartió el coperillo del avechucho.» (QUEVEDO. *La hora de todos y la fortuna con seso.)*

«Á *puto el postre* Apolo le seguia
Y á voces la decia:»

(POLO DE MEDINA. *Composiciones varias: «Romance á Vulcano.»)*

«De esta manera iban que volaban á *puto el postre,* y el estruendo militar crecia por instantes.» (MORATÍN. *La derrota de los pedantes.)*

en abriendo el gaznatico al señor Pandahilado[a]. Pues ¡monta que es mala la reina! Así se me vuelvan las pulgas de la cama.» Y, diciendo esto, dió dos zapatetas en el aire con muestras de grandísimo

a. ...al señor Pandahilando. TOR. — *...al señor Pandacilado.* GASP.

1. *Pues ¡monta que es mala la reina!* — Con feliz epiteto se ha tachado de empecatada á la muy expresiva interjección que emplea en este momento el embobado Sancho. Empecatada, sí; porque, andando, como andamos, enamorados de la condición de su desenvoltura, de su gracia, de su donaire, todavía, para humillación nuestra, es fuerza confesemos que, al quererla tocar diciendo: *¡Alza, ahí es nada lo que vale la reina!,* cometemos una como profanación, y nos queda el remordimiento de no haber acertado á declarar en toda su extensión lo que hubiera sido mejor quédase intacto en su *propia*

contento, y luego fué á tomar las riendas de la mula de Dorotea, y, haciéndola detener, se hincó de rodillas ante ella, suplicándole le diese las manos para besárselas en señal que la recibía[a] por su reina y señora.

¿Quién no había de reir, de los circunstantes[b], viendo la locura del amo y la simplicidad del criado? En efeto[c], Dorotea se las dió, y le prometió de hacerle gran señor en su reino cuando el cielo le hiciese tanto bien que se lo dejase cobrar y gozar. Agradecióselo[d] Sancho con tales palabras, que renovó la risa en todos.

«— Esta, señores, — prosiguió Dorotea, — es mi historia. Sólo resta por deciros que, de cuanta gente de acompañamiento saqué de mi reino, no me ha[e] quedado sino sólo este buen[f] barbado escudero, porque todos se anegaron en una gran borrasca que tuvimos á vista del puerto, y él y yo salimos en dos tablas á tierra, como por milagro. Y, así, es todo milagro y misterio el discurso de mi vida, como lo habéis[g] notado; y si en alguna cosa he andado demasiada, ó no tan acertada como debiera, echad la culpa á lo que el señor licenciado dijo al principio de mi cuento, que los trabajos continuos y extraordinarios quitan la memoria al que los padece.

— Esa no me quitarán á mí, ¡oh alta y valerosa señora! — dijo D. Quijote, — cuantos yo pasare en serviros, por grandes y no vistos que sean. Y, así, de nuevo confirmo el don que os he prometido, y juro de ir con vos al cabo del mundo, hasta verme con el fiero enemigo vuestro, á quien pienso, con el[h] ayuda de Dios y de mi brazo, tajar la cabeza soberbia con los filos desta, no quiero decir buena espada[i], merced á Ginés de Pasamonte, que me llevó la mía.» Esto dijo entre dientes, y prosiguió diciendo: «— Y después de habér-

a. ...*recebia*. V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_2$, Mil., Amb., FK. — *b.* ...*circunstantes*. C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mai. — *c. En efecto*. C.$_1$, A.$_2$, Arr., Cl., Riv., Gasp., Arg.$_2$, Mai., FK. — *d. Agradecióselo*. FK. — *e.* ...*han quedado*. Br.$_{1\text{-}2}$. — *f.* ...*este bien barbado*. Br.$_{1\text{-}2}$, Bow., Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. — *g.* ...*lo habréis*. L.$_{1\text{-}2}$, Arg.$_2$, Mai., FK. — *h.* ...*la ayuda*. Mai. — *i.* ...*los filos desta espada y después*. Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj.

lengua, para que cada uno, allá en lo intimo del alma, se solazase con el pintoresco cuadro que ofrece á los ojos de la fantasia lo inefable (¿por que no valernos de este vocablo?) de su encantador decir, que, enseñoreado de nosotros, nos hace mirar con lástima las varias formas que el tiempo ha ido amontonando en las desmayadas páginas del, en este punto, insubstancial léxico.

25. ...*no quiero decir buena espada, merced á Ginés de Pasamonte, que me llevó la mia*. — Es el comentario del *Don Quijote*, para algunos cervantistas, á la manera de la labor de los masoretas en el texto de la *Biblia*. Como éstos, qui-

sela tajado, y puéstoos en pacífica posesión de vuestro estado, quedará á vuestra voluntad hacer de vuestra persona lo que más en talante os viniere; porque mientras que yo tuviere ocupada la memoria[a] y cautiva la voluntad, perdido[b] el entendimiento por[c] aquella... y no digo más, no es posible que yo arrostre, ni por pienso, el casarme, aunque fuese con el ave Fénix.»

Parecióle tan mal á Sancho lo que últimamente su amo dijo acerca de no querer casarse, que, con grande enojo, alzando la voz,

a. ...*la memoria, perdido el entendimiento y cautiva la voluntad por aquella*. Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. — *b.* ...*rendido*. Br.$_{1\text{-}2}$. — ...*voluntad y rendido*. Ton. — *c.* ...*el entendimiento á aquella*. C.$_{1\text{-}2}$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton., FK.

sieran aquéllos no quedasen sin explicación las palabras todas, las letras y los acentos que componen la historia del *Ingenioso Hidalgo*. Firmes en su propósito, se perecen por averiguar si los galeotes que tan mal pagaron á su generoso libertador le robaron, entre otras cosas, la para él *tajante espada*. Presumen que debió ser asi, y, como si con esto se resolviera un problema de importancia nacional, sostienen, con gran prosopopeya, que la duda ha de estimarse por hecho indubitable con sólo parar la atención en las palabras que dan principio á esta nota.

1. ...*puéstoos en pacífica posesión de vuestro estado, quedará á vuestra voluntad hacer de vuestra persona lo que más en talante os viniere*. — Desenfadado por naturaleza, el término *talante*, que siempre tuvo gran cabida en los libros caballerescos, diríase genial de la lengua castellana, por ser uno de los que mejor cuadran á la desenvoltura del pueblo español. De ello darán muestra unos cuantos ejemplos:

«¡Ay, Dios! ¡Qué buenas nuevas me decis! — dijo Agrajes. — Agora he más *talante* de me ir, é, si lo yo hallo, nunca á mi grado del seré partido.» (*Amadis de Gaula*, lib. I, cap. 7.)

«No sé, — dijo él, — quién es vuestro escudero; mas yo fice venir aqui uno, lo peor é de peor *talante* que nunca en hombre vi.» (*Amadis de Gaula*, lib. I, cap. 15.)

«La reina, que hobo *talante* de lo saber, dijo: — Veis aqui el buen caballero que demandáis, é digovos verdaderamente que él es.» (*Amadis de Gaula*, lib. I, cap. 17.)

«...ca él non quiere servicio forzado, si non el que se face de buen *talante* et de grado.» (Juan Manuel. *Libro del Infante ó Libro de los Estados*, XXX).

«...sé que sodes hombre que entendedes bien razón é sodes de buen *talante*.» (*La gran conquista de Ultramar*, CXCI.)

«La tercera ocasión del dañamiento del rey es que quiera cumplir su *talante*.» (Pero López de Ayala. *Cartas. Epistolario Español.*)

«Nuño, ya de buen *talante*
Á la venganza fincamos.»
(Moreto. *Los jueces de Castilla*, jorn. II, esc. VI.)

«¿Cuidáis que tengo *talante*
De descalzar malandrines?»
(Moreto. *Los jueces de Castilla*, jorn. III, esc. VII.)

dijo: « — ¡Voto á mí, y juro á mí, que no tiene vuestra merced, señor D. Quijote, cabal juicio! Pues ¿cómo es posible que pone vuestra merced en duda el casarse con tan alta princesa como aquésta? ¿Piensa que le ha de ofrecer la fortuna, tras cada cantillo, semejante ventura como la que ahora se le ofrece? ¿Es, por dicha, más hermosa mi señora Dulcinea? No, por cierto, ni aun con la mitad; y aun estoy por decir que no llega á su[a] zapato de la que está delante. Así, noramala alcanzaré yo el condado que espero si vuestra merced se anda á pedir cotufas en el golfo. Cásese, cásese luego, encomiéndole yo á Satanás, y tome ese reino que se le viene á las manos de vobis vobis; y, en siendo rey, hágame marqués ó adelantado, y luego siquiera se lo lleve el diablo todo. »

D. Quijote, que tales blasfemias oyó decir contra su señora Dulcinea, no lo pudo sufrir, y, alzando el lanzón, sin hablalle[b] palabra á Sancho y sin decirle esta boca es mía, le dió tales dos palos, que dió con él en tierra; y, si no fuera porque Dorotea le dió voces que no le diera más, sin duda le quitara allí la vida.

« — ¿Pensáis, — le dijo[c] á cabo de rato, — villano ruin, que ha de haber lugar siempre para ponerme la mano en la horcajadura, y que todo ha de ser errar vos y perdonaros yo? Pues no lo penséis,

a. ...que no llega al zapato de. Ton. — *b. ...sin hablarle palabra.* Mai. — *c. ¿Pensáis, le dijo D. Quijote á cabo de rato.* Ton.

2. *...¿cómo es posible que pone vuestra merced en duda el casarse con tan alta princesa como aquésta?* — Tan dulcemente engañado andaba Sancho en todo este negocio, era de tal modo viva la realidad de sus ilusiones, que ni la aspereza de los mayores descalabros fueron parte á sacarle de su pertinaz error. Por eso, allá en el cap. 47 de esta primera parte, óyesele todavía decir: «Malhaya el diablo, que, si por su reverencia no fuera, esta fuera ya la hora que mi señor estuviera casado con la infanta Micomicona, y yo fuera conde por lo menos.»

7. *...estoy por decir que no llega á su zapato de la que está delante.* — La gramática actual pediria cuenta al historiador del *Don Quijote* por haber juntado, en las precedentes líneas, al *su*, muy peligroso en lengua castellana, con ese *de la*, que en modo alguno pueden avenirse en la actualidad. No invoquen, pues, en su apoyo, el gusto de otras épocas: la nuestra diria, lisa y llanamente: *no llega al zapato de la que está delante.*

11. *...de vobis vobis.* — Para nosotros, aunque algún crítico presuma lo contrario, en el manuscrito de Cervantes se leia: *de vobis vobis.* Es Sancho el que habla, y no su señor, hombre de gran cultura literaria. Éste habria dicho, seguramente, *de bobilis bobilis*, para significar el ningún esfuerzo con que el reino de Micomicón se le venia á las manos.

bellaco descomulgado; que sin duda lo estás[a], pues has[b] puesto lengua en la sin par Dulcinea. Y ¿no sabéis vos, gañán[c], faquín, belitre, que, si no fuese por el valor[d] que ella infunde en mi brazo, que no le tendría yo para matar una pulga? Decid, socarrón de lengua viperina: y ¿quién pensáis que ha ganado este reino, y cortado la cabeza á este gigante, y héchoos á vos marqués (que todo esto doy ya por hecho y por cosa pasada en cosa juzgada), si no es el valor de Dulcinea, tomando á mi brazo por instrumento de sus hazañas? Ella pelea en mí y vence en mí, y yo vivo y respiro en ella, y tengo vida y ser. ¡Oh hideputa bellaco, y cómo sois desagradecido, que os veis levantado del polvo de la tierra á ser señor de título, y correspondéis á tan buena obra con decir mal de quien os la hizo! »

No estaba tan maltrecho Sancho que no oyese todo cuanto su amo le decía; y, levantándose con un poco de presteza, se fué á poner detrás del palafrén de Dorotea, y desde allí dijo á su amo: « — Dígame, señor: si vuestra merced tiene determinado de no casarse con esta gran princesa, claro está que no será el reino suyo; y, no siéndolo, ¿qué mercedes me puede hacer? Esto es de lo que yo me quejo. Cásese vuestra merced una por una con esta reina, ahora que la tenemos aquí como llovida del cielo, y después puede volverse con mi señora Dulcinea; que reyes debe de haber habido en el mundo que hayan sido amancebados. En lo de la hermosura no me entremeto[e], que en verdad, si va á decirla, que entrambas[f] me parecen bien, puesto que yo nunca he visto á la señora Dulcinea.

— ¿Cómo que no la has visto, traidor blasfemo? — dijo D. Quijote. — Pues ¿no acabas de traerme ahora un recado de su parte?

— Digo que no la he visto tan despacio, — dijo Sancho, — que pueda haber notado particularmente su hermosura y sus buenas partes punto por punto; pero, así á bulto, me parece bien.

a. ...lo estáis. Br.$_{1\text{-}2}$, Ton. — *b. ...habéis puesto.* Br.$_{1\text{-}2}$, Ton. — *c. ...¿no sabéis vos, faquín.* C.$_3$, Cl., Riv. — *d. ...por el valor con que ella ayuda mi brazo.* L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$. — *e. ...entrometo.* Benj. — *f. ...que ambas me parecen.* L.$_3$.

2. *Y ¿no sabéis vos, gañán, faquín, belitre.* — La pintoresca gradación de gañán á faquín, de faquín á belitre; la gradación moral del hombre sencillo, del rústico aldeano, al graduado de pícaro, pasando por el humilde faquín; la rompió, bien desacordadamente, la famosa y hoy poco autorizada edición de 1608. Cervantes, que en vez de pluma usaba, en cuantas obras escribió, de lindo pincel, no pudo suprimir, no suprimió ciertamente, el primer paso en la hermosa gradación estampada en la *editio princeps.*

— Ahora te disculpo, — dijo D. Quijote; — y perdóname el enojo que te he dado, que los primeros movimientos no son en manos de los hombres.

— Ya yo lo veo, — respondió Sancho; — y, así, en mí la gana de hablar siempre es primero[a] movimiento, y no puedo dejar de decir, por una vez siquiera, lo que me viene á la lengua.

— Con todo esto, — dijo D. Quijote, — mira, Sancho, lo que hablas; porque tantas veces va el cantarillo[b] á la fuente... y no te digo más.

— Ahora bien, — respondió Sancho; — Dios está en el cielo, que ve[c] las trampas, y será juez de quien hace más mal, yo en no hablar bien ó vuestra merced en[d] obrallo.

— No haya más, — dijo Dorotea. — Corred, Sancho, y besad la mano á vuestro señor, y pedilde[e] perdón; y de aquí adelante andad más atentado en vuestras alabanzas y vituperios, y no digáis mal de aquesa[f] señora Toboso[g], á quien yo no conozco si no es para servilla[h], y tened confianza en Dios, que no os ha de faltar un estado donde viváis como un príncipe.»

Fué Sancho cabizbajo, y pidió la mano á su señor, y él se la dió con reposado continente; y, después que se la hubo besado, le echó la bendición y dijo á Sancho que se adelantasen[i] un poco, que tenía que preguntalle[j] y que departir con él cosas de mucha importancia.

Hízolo así Sancho, y apartáronse los dos algo adelante, y díjole[k] D. Quijote: «— Después que veniste[l], no he tenido lugar ni es-

a. ...siempre es primer movimiento. MAI. — *b. ...tantas veces va el cántaro á la.* L.$_3$. — *c. ...vee la trampas.* V.$_{1\text{-}2}$, BR.$_{1\text{-}2}$, BOW. — *d. ...mereced en no obrallo.* BR.$_{1\text{-}2}$, TOR. — *...in obrallo.* BOW. — *...en obrarlo.* MAI. — *e. ...y pedidle perdón.* BR.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, AMB., TOR., ARR., MAI. — *f. ...de aquella.* L.$_{1\text{-}3}$. — *g. ...señora Tobosa.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, BR.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, MIL., AMB., A.$_1$, BOW., PELL., ARR., ARG.$_{1\text{-}2}$, MAI., BENJ., FK. — *...señora del Tobosa.* L.$_{1\text{-}2}$. — *h. ...servirla.* TOR., MAI. — *i. ...que se adelantase un poco.* TOR., ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ. — *j. ...tenía que preguntarle.* MAI. — *k. ...y dijo D. Quijote.* FK. — *l. ...que viniste.* GASP., MAI.

2. *...los primeros movimientos no son en manos de los hombres.* — En labios de D. Quijote, poco dado á rectificar su conducta, no dejan de ser bellas las palabras de excusa que da á su buen escudero.

14. *...y de aquí adelante andad más atentado en vuestras alabanzas y vituperios.* — Ni sus sinónimas: *cuerdo, prudente, moderado,* sugieren la idea que esta voz, lanzada al ostracismo, suscita al leer el presente pasaje. Ella nos trae á la memoria los sigilosos pasos de Maritornes cuando subía al camaranchón en busca de su amigo el arriero de Arévalo. ¿Por qué, pues, se ha condenado al destierro á vocablo tan pintoresco?

pacio para preguntarte muchas cosas de particularidad acerca de la embajada que llevaste y de la respuesta[a] que trujiste[b]; y ahora, pues la fortuna nos ha concedido tiempo y lugar, no me niegues tú la ventura que puedes darme con tan buenas nuevas.

— Pregunte vuestra merced lo que quisiere, — respondió Sancho, — que á todo daré tan buena salida como tuve la entrada; pero suplico á vuestra merced, señor mío, que no sea de aquí adelante tan vengativo.

— ¿Por qué lo dices, Sancho? — dijo D. Quijote.

— Dígolo, — respondió[c], — porque, estos palos de agora[d], más fueron por la pendencia que entre los dos trabó el diablo la otra noche[e] que por lo que dije contra mi señora Dulcinea, á quien amo y reverencio como á una reliquia, aunque en ella no la[f] haya, sólo por ser cosa de vuestra merced.

— No tornes á esas pláticas, Sancho, por tu vida, — dijo D. Quijote, — que me dan pesadumbre. Ya te perdoné entonces, y bien sabes tú que suele decirse: «Á pecado nuevo, penitencia nueva[g].»

Mientras esto pasaba, vieron venir por el camino donde ellos iban á un hombre caballero sobre un jumento, y cuando llegó cerca les pareció[h] que era gitano; pero Sancho Panza, que doquiera que vía[i] asnos se le iban los ojos y el alma, apenas hubo

a. ...y de la repuesta. MAI. — *b. ...que trajiste.* MAI. — *c. Dígolo, respondió Sancho, porque.* BR.$_{1\text{-}2}$, TOR. — *d. ...estos palos de ahora.* MAI., FK. — *e. ...el diablo la otra noche, noche que por lo que dije.* CL. — *...el diablo la otra vez, que por lo que dije.* ARG.$_2$. — *f. ...aunque en ella no lo haya.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, BR.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, MIL., AMB., BOW. — *g. ...penitencia nueva. En tanto que los dos iban en estas pláticas.* C.$_1$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, FK. — *h. ...les parecía que era.* C.$_{2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, BR.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, MIL., AMB., BOW. — *i. ...que veía asnos.* TOR., MAI.

16. *...y bien sabes tú que suele decirse: «Á pecado nuevo, penitencia nueva.»* — En la primera edición de Cuesta y en las tres de Lisboa, después de la frase anterior, se lee: «En tanto que los dos iban en estas pláticas, dijo el cura á Dorotea», suprimiendo de esta suerte el pasaje que trata del hallazgo del rucio.

¡Cuánto mérito no restaron á la obra los que, por descuido ó de industria, así nos la han mutilado! Lo declara el hecho de que, obligados por ello, hubieron de arrancar en este capítulo otra página, mejor dicho, otra escena en extremo patética.

¿No dice nada á su conciencia de artistas la máxima de que *el estilo es el hombre?* ¿Les sería fácil probar que la conmovedora narración del hallazgo no está escrita al calor de la inspiración? ¿Acaso no resplandece en ella el sentido estético del Príncipe de los ingenios españoles? Nada más añadiremos, porque en las *Observaciones preliminares* que encabezan el presente volumen se trató largamente del tan asendereado rucio, del gracioso robo y de las simpáticas exclamaciones que sucedieron á su feliz encuentro.

visto al hombre, cuando conoció que era Ginés de Pasamonte, y por el hilo del gitano sacó el ovillo de su asno, como era la verdad, pues era el rucio sobre que Pasamonte venía; el cual, por no ser conocido y por vender el asno, se había puesto en traje de gitano, cuya lengua y otras muchas sabía muy bien[a] hablar, como si fueran naturales suyas.

Vióle Sancho y conocióle; y, apenas le hubo visto y conocido, cuando á grandes voces le dijo: «—¡Ah, ladrón Ginesillo! ¡Deja mi prenda, suelta mi vida, no te empaches[b] con mi descanso, deja mi asno, deja mi regalo! ¡Huye, puto! ¡Auséntate, ladrón, y desampara lo que no es tuyo!»

No fueron[c] menester tantas palabras ni baldones, porque á la primera saltó Ginés; y, tomando un trote que parecía carrera, en un punto se ausentó y alejó de todos. Sancho llegó á su rucio, y, abrazándole, le dijo: «—¿Cómo has estado, bien mío, rucio de mis

a. ...sabía hablar. C.$_2$, V.$_{1\text{-}2}$, BR.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, MIL., AMB., TON., A.$_1$, ARR., MAI. — *b. ...no te ensanches.* ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ. — *c. No fuera menester.* C.$_2$. — *...no fueran menester.* V.$_{1\text{-}2}$, BR.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, MIL., AMB., TON., A.$_1$, BOW., ARG.$_{1\text{-}2}$, MAI., BENJ.

1. *...por el hilo del gitano sacó el ovillo de su asno.* — Poco, muy poco les alcanza en achaque de estilo cervántico á los que fallan de plano en tal linaje de cuestiones. Por ventura, ¿no tiene el mismo sabor la frase propuesta que estas otras del ingenio complutense? Si las que ahora siguen no tienen igual origen, si no las engendró un mismo padre, reconozcamos nuestra ineptitud y proclamemos la perspicacia de quienes entienden y juzgan lo contrario.

«...vuestra merced sea servido de mostrarnos algún retrato de esa señora, aunque sea tamaño como un grano de trigo, que *por el hilo se sacará el ovillo* y quedaremos con esto satisfechos y seguros.» (I, cap. 4.)

«—Por esa trova, — dijo Sancho, — no se puede saber nada, si ya no e que por ese *hilo* que está ahí *se saque el ovillo de todo.*» (I, cap. 23.)

«—No hay ninguno de los caballeros andantes que no lo sea, — dijo D. Quijote; — y escuchémosle, que *por el hilo sacaremos el ovillo* de sus pensamientos, si es que canta; que de la abundancia del corazón habla la lengua.» (II, cap. 12.)

Hase dicho todo esto contra los que pretenden sea una interpolación así el robo como el hallazgo del rucio; contra los que creen haber subido á las cimas más altas de la crítica haciendo la más cerrada de las afirmaciones: que el estilo de una y otra narración pertenecen á escritor menos genial que el excelso novelista.

No: esos críticos tienen títulos más altos para que su nombre pase á la posteridad con los esplendores que acompañan á una gloria legítima. La aureola con que ciñen su frente la han conquistado, más que con una página llena de desenfado, más que con un alarde de ingeniosos trabajos de paciente labor, con trabajos de sana crítica, á par que de notoria importancia, aquí y allá.

ojos, compañero mío?» Y, con esto, le besaba y acariciaba como si fuera persona. El asno callaba y se dejaba besar y acariciar de Sancho, sin responderle[a] palabra alguna. Llegaron todos, y diéronle el parabién del hallazgo del rucio, especialmente D. Quijote, el cual le dijo que no por eso anulaba la póliza de los tres pollinos. Sancho se lo agradeció.

En tanto que los dos iban en estas pláticas[b], dijo el cura á Dorotea que había andado muy discreta, así en el cuento como en la brevedad dél y en la similitud que tuvo con los de los libros de caballerías.

Ella dijo que muchos ratos se había entretenido en leellos[c], pero que no sabía ella dónde eran las provincias ni puertos[d] de mar, y que, así, había dicho á tiento que se había desembarcado en Osuna.

«—Yo lo entendí[e] así, — dijo el cura, — y por eso acudí luego á decir lo que dije, con que se acomodó todo. Pero ¿no es cosa extraña ver con cuánta facilidad cree este desventurado hidalgo todas estas[f] invenciones y mentiras, sólo porque llevan el estilo y modo de las necedades de sus libros?

—Sí es, — dijo Cardenio; — y tan rara y nunca vista, que yo no sé si, queriendo inventarla y fabricarla mentirosamente, hubiera tan agudo ingenio que pudiera dar en ella.

—Pues otra cosa hay en ello, — dijo el cura; — que, fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dice tocantes[g] á su locura, si le tratan de otras cosas discurre con bonísimas razones, y muestra tener un entendimiento claro y apacible en[h] todo; de manera que, como no le toquen en sus caballerías, no habrá nadie que le juzgue sino por de muy buen entendimiento[i].»

En[j] tanto que ellos iban en esta conversación, prosiguió D. Quijote con la suya, y dijo á Sancho: «—Echemos, Panza amigo, pe-

a. ...sin responder. BR.$_{1\text{-}2}$, ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ. — *b. ...en esta plática.* ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ. — *c. ...en leerlos.* MAI. — *d. ...ni puertas de mar.* BR.$_3$. — *e. Yo lo entendía así.* V.$_{1\text{-}2}$. — *f. ...esas invenciones.* MAI. — *g. ...tocante á.* L.$_{1\text{-}2}$, GASP. — *h. ...claro y capaz de todo.* ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ. — *i. ...entendimiento. Capítulo XXXI. De los sabrosos razonamientos que pasaron entre D. Quijote y Sancho Panza su escudero, con otros sucesos. En tanto que.* ARR. — *j. Entre tanto.* AMB.

11. *Ella dijo que muchos ratos se había entretenido en leellos.* — Si andaban en la antecámara de los príncipes; si el emperador Carlos V leía *Don Belianís*, y Hurtado de Mendoza llevaba en el portamanteo el *Amadís de Gaula*; no ha de sorprender al avisado lector que Dorotea, no ilustre, pero de familia distinguida, como hoy decimos, fuese también aficionada á su lectura.

lillos á la mar en esto de nuestras pendencias, y dime ahora, sin tener cuenta con enojo ni rencor alguno: ¿Dónde, cómo y cuándo hallaste á Dulcinea? ¿Qué hacía? ¿Qué le[a] dijiste? ¿Qué te[b] respondió? ¿Qué rostro hizo cuando leía mi carta? ¿Quién te la trasladó? Y todo aquello que vieres que en este caso es digno de saberse, de preguntarse y satisfacerse, sin que añadas ó mientas por darme gusto, ni menos te acortes por no quitármele.

— Señor, — respondió Sancho; — si va á decir la verdad, la carta no me la trasladó nadie, porque yo no llevé carta alguna.

— Así es como tú dices, — dijo D. Quijote; — porque el librillo de memoria donde yo la escribí, le hallé en mi poder á[c] cabo de dos días[d] de tu partida, lo cual me causó grandísima pena por no saber lo que habías tú de hacer cuando te vieses sin carta, y creí siempre que te volvieras desde el lugar donde la echaras[e] menos.

— Así fuera, — respondió Sancho, — si no la hubiera yo tomado en la[f] memoria cuando vuestra merced me la leyó; de manera que se la dije á un sacristán, que me la trasladó del entendimiento tan punto por punto, que dijo que[g] en todos los días de su vida, aunque había leído muchas cartas de descomunión, no había visto ni leído tan linda carta como aquella.

— Y ¿tiénesla todavía en la memoria, Sancho? — dijo D. Quijote.

— No, señor, — respondió Sancho; — porque después que la di[h], como vi que no había de ser de más provecho, di en olvidalla[i]; y, si algo se me acuerda, es aquello del[j] *Sobajada*, digo, del[k] *Soberana señora*, y lo último: *Vuestro hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura;* y en medio destas dos cosas le puse más de trecientas almas y vidas y ojos míos.

a. ...¿qué la dijiste? Amb., Mai. — *b. ...¿qué respondió?* V.$_{1-2}$, Mil. — *c. ...al cabo.* Ton. — *d. ...dos horas de tu partida.* Arg.$_{1-2}$, Benj. — *e. ...la echaras de menos.* Mai. — *f. ...tomado de memoria.* Ton. — *g. ...que dijo en todos los dias.* Gasp. — *h. ...después que la dije.* Arg.$_{1-2}$, Benj. — *i. ...di en olvidarla.* Ton., Mai. — *j. ...de sobajada.* C.$_3$, Ton. — *k. ...de soberana.* Ton.

10. *...porque el librillo de memoria.* — «Llamaban así, porque eran auxilio y, á la par, descanso de la memoria, á unos cuadernos para apuntes, del tamaño de un octavo ó dozavo de pliego...» «Que en oyendo un vocablo exquisito, le escribe en un *librillo de memoria*.» (Lope de Vega. *La Dorotea*, acto II, esc. I.)

«De estos *librillos* se enviaba mucho al Nuevo Mundo, según echo de ver en los registros de ida de naos *(Archivo general de Indias)*; solían costar á seis ó siete reales la docena, y aun, tales de ellos, á cuatro.» (Rodríguez Marín. *Notas al «Rinconete y Cortadillo»*, pág. 369.)

Capítulo XXXI

De los sabrosos razonamientos que pasaron entre D. Quijote y Sancho Panza su escudero, con otros sucesos

Todo eso no me descontenta: prosigue adelante, — dijo D. Quijote. — Llegaste, y ¿qué hacía aquella reina de la hermosura? Á buen seguro que la hallaste ensartando perlas, ó bordando[a] alguna empresa con oro de cañutillo[b], para este su cautivo caballero.

— No la[c] hallé, — respondió Sancho, — sino aechando dos hanegas de trigo en un corral de su casa.

— Pues haz cuenta, — dijo D. Quijote, — que los granos de aquel trigo eran granos de perlas tocados de sus manos. Y, si miraste, amigo, el trigo, ¿era candeal[d] ó trechel?

a. ...ó abordando alguna empresa. L.$_3$. — *b. ...con oro de canutillo.* Mai. — *c. No le hallé.* L.$_3$. — *d. ...¿era candial ó trechel?* Br.$_{1-2}$.

¡Gran desventura la del destino del hombre! Corriendo siempre tras el ideal de belleza, y no alcanzando sino pálidos destellos; luchando, cual otro Prometeo (valga la analogía), por romper el velo que la oculta á sus miradas, y no recogiendo otra recompensa que la amarga ironía del destino; Cervantes no llora, como otros poetas; no se desespera, como lo suelen hacer las almas desatentadas; sino que, perdida la esperanza de encarnar su visión sublime en criatura humana, se solaza, sin expansión brutal, antes bien dulce y serena, en el suave contraste entre tan alta señora como Dulcinea, á quien adornan mil millones de gracias, así de alma como de cuerpo, y esotra labradora de olor hombruno, que así carga un costal de trigo como guía una pareja de bueyes.

Tal es el contenido del capítulo que vamos á comentar.

— No era sino rubión, — respondió Sancho.

— Pues yo te aseguro, — dijo D. Quijote, — que, aechado por sus manos, hizo pan candeal[a] sin duda alguna. Pero pasa adelante: cuando le diste mi carta, ¿besóla? ¿púsosela sobre la cabeza? ¿hizo alguna ceremonia digna de tal carta? ó ¿qué hizo?

— Cuando yo se la iba á dar, — respondió Sancho, — ella estaba en la fuga del meneo de una buena parte[b] de trigo que tenía en la criba, y díjome: « — Poned, amigo, esa carta sobre aquel costal, que » no la puedo leer hasta que acabe de acribar[c] todo lo que aquí está.»

— ¡Discreta señora! — dijo D. Quijote. — Eso debió de ser por leella[d] despacio y recrearse con ella. Adelante, Sancho. Y, en tanto que estaba en su menester, ¿qué coloquios pasó contigo? ¿qué te preguntó de mí? Y tú ¿qué le[e] respondiste? Acaba, cuéntamelo todo: no se te quede en el tintero una mínima.

— Ella no me preguntó nada, — dijo Sancho; — mas yo le[f] dije de la manera que vuestra merced, por su servicio, quedaba haciendo penitencia, desnudo de la cintura arriba[g], metido entre estas sierras como si fuera salvaje, durmiendo en el suelo, sin comer pan á manteles ni[h] sin peinarse la barba, llorando y maldiciendo su fortuna.

— En decir que maldecía mi[i] fortuna dijiste mal, — dijo D. Quijote; — porque[j] antes la bendigo y bendeciré[k] todos los días de mi vida por haberme hecho digno de merecer amar tan alta señora como Dulcinea del Toboso.

— Tan alta es, — respondió Sancho, — que[l] á buena fe que me lleva á mí más de un coto[m].

a. ...*pan candial.* Br.$_{1\text{-}3}$. = *b.* ...*una buena porción de trigo.* Arg.$_{1\text{-}3}$, Benj. = *c.* ...*de eribar.* L.$_3$. = *d.* ...*leerla despacio.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, L.$_3$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton., A.$_1$, Bow., Pell., Arg.$_3$, Mai., FK. = *e.* ...*¿qué la respondiste?* Amb. = *f.* ...*mas yo la dije.* Br.$_3$, Amb. = *g.* ...*cintura abajo.* Arg.$_2$. = *h.* ...*y sin peinarse.* Ton., Cl., Riv., Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj., FK. = *i.* ...*su fortuna.* L.$_3$. = *j.* ...*dijo D. Quijote, que antes.* Ton. = *k.* ...*y bendiciré.* Amb., Ton. = *l.* ...*Sancho, á buena fe.* L.$_3$. = *m.* ...*más de un codo.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil.

13. ...*cuéntamelo todo: no se te quede en el tintero una minima.* — No es el arte quien habla aquí, sino el amor: el poeta lo ha sentido, y la expresión no puede ser más exacta. Tan exacta, pero con sentido más alto, la empleó Ercilla en este ejemplo:

« Rengo, que de armadura estaba falto,
Con tal destreza y maña se regia,
Que sostiene en un peso aquella guerra,
No perdiendo una *minima* de tierra. »

(Canto XV.)

— Pues ¿cómo, Sancho? — dijo D. Quijote; — ¿haste medido tú con ella?

— Medíme en esta manera, — respondió Sancho; — que, llegándole[a] á ayudar[b] á poner un costal de trigo sobre un jumento, llegamos tan juntos, que eché de ver que me llevaba más de un gran palmo.

— Pues es verdad, — replicó D. Quijote, — que no acompaña esa grandeza y la adorna con mil millones de[c] gracias del alma. Pero no me negarás, Sancho, una cosa: cuando llegaste junto á ella, ¿no sentiste un olor sabeo[d], una fragancia aromática y un no sé qué de bueno, que yo no acierto á dalle nombre? Digo un tuho ó[e] tufo, como si estuvieras en la tienda de algún curioso guantero.

a. ...*que llegando.* C.$_{2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton., A.$_{1\text{-}2}$, Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Arg.$_1$, Mai., Benj. = *b.* ...*á ayudarla.* Br.$_{1\text{-}2}$, Arr. = *c.* ...*mil y mil dones y gracias.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. — ...*y gracias.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2}$, Mil., Bow., Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *d.* ...*suave.* Br.$_{1\text{-}2}$. = *e.* ...*ó un tufo.* FK.

9. ...*¿no sentiste un olor sabeo, una fragancia aromática y un no sé qué de bueno.* — Si una reina de Egipto navegó un dia sobre el rio Cidnus en nave cuya popa era de oro, las velas de púrpura y el timon de plata, como refiere Plutarco; también otra reina, la reina de Sabá, en su visita á Salomón, eclipsó con su fausto, lujo y esplendor los viajes más célebres que menciona la historia. Un pueblo entero, saturado de magnificencia y brillantez, acompaña, en encantadora procesión, el deslumbrador cortejo. Á él siguen los dromedarios y los camellos, abrumados con el peso de infinitos aromas, de oro sin cuento, de piedras tan preciosas que fascinan la vista. Fué tan portentosa la cantidad de aromas, tal su embriagadora fragancia, que desde entonces ha quedado en el idioma de todos los pueblos, la frase de olor *sabeo*, como suprema del sibaritismo aromático.

Ahora bien: para Dulcinea, sólo para la sin par reina de la Mancha, guarda D. Quijote lo más regalado, el refinamiento mismo de la naturaleza. Por eso pregunta á Sancho: *¿no sentiste un olor sabeo, una fragancia aromática y un no sé qué de bueno?*

« — ¿No ves, — habia dicho Virgilio (1), — cómo el monte Etmolo nos envia el oloroso azafrán; la India, el marfil; los afeminados *sabeos*, sus inciensos; los desnudos Calibes, el hierro; el Ponto, los castores medicinales, y el Epiro, sus yeguas de Elis, destinadas á las palmas olímpicas? »

« — Si, en Pafos, — escribe el poeta (2), — tiene Venus un templo en el que humean cien altares con el incienso *sabeo* y embalsaman el aire guirnaldas de flores recién cortadas. »

Si tal se imaginó el mantuano á la diosa del amor, también D. Quijote, en los palacios que para morada de Dulcinea habia levantado su fantasia, siente un olor *sabeo* que embalsama tan regalada mansión; son los perfumes embriagadores que, como saliendo de ocultos incensarios, expide su fragante cuerpo.

(1) *Geórgicas*, lib. I, v. 56 á 59. Trad. de Ochoa.
(2) Virgilio. *Eneida*, lib. I, v. 415 á 417. Trad. de Ochoa.

— Lo que sé decir, — dijo Sancho, — es que sentí un olorcillo algo hombruno; y debía de ser que ella, con el mucho ejercicio, estaba sudada y algo correosa.

— No sería eso, — respondió D. Quijote, — sino que tú debías de estar romadizado[a], ó te debiste de oler á ti mismo; porque yo sé bien[b] lo que huele aquella rosa entre[c] espinas, aquel lirio del campo[d], aquel ámbar desleído.

— Todo puede ser, — respondió[e] Sancho; — que muchas veces sale de mí aquel olor que entonces me pareció que salía de su merced de la señora Dulcinea; pero no hay de qué maravillarse, que un diablo[f] parece á otro.

— Y bien, — prosiguió D. Quijote; — he aquí que acabó de limpiar su trigo y de enviallo[g] al molino: ¿qué hizo cuando leyó la carta?

— La carta, — dijo Sancho, — no la leyó, porque dijo que no sabía leer ni escribir, antes la rasgó y la hizo menudas piezas, diciendo que no la quería dar á leer á nadie porque no se supiesen en el lugar sus secretos, y que bastaba lo que yo le[h] había dicho de palabra acerca del amor que vuestra merced le[i] tenía y de la penitencia extraordinaria que por su causa quedaba haciendo; y, finalmente, me dijo que dijese á vuestra merced que le besaba las manos y que allí[j] quedaba con más deseo de verle que de escribirle; y que, así, le suplicaba y mandaba que, vista la presente, saliese de aquellos[k] matorrales y se dejase de hacer disparates, y se pusiese luego[l] luego en camino del Toboso, si otra cosa de más

a. ...de estar arromadizado. Br.$_{1\text{-}3}$. = *b. ...bien á que huele.* L.$_3$. — *...bien á lo que huele.* Ton., Cl., Riv., Mai., FK. = *c. ...entre las espinas.* L.$_3$. = *d. ...del campo y aquel.* Ton. = *e. ...dijo Sancho.* L.$_3$. = *f. ...un diablo se parece.* Gasp. = *g. ...y de enviarlo.* Mai. = *h. ...la había dicho.* Amb. = *i. ...la tenía.* Br.$_3$, Amb., Ton. = *j. ...y que ella quedaba.* Ton. = *k. ...aquestos matorrales.* Arg.$_{1\text{-}3}$, Benj. = *l. ...se pusiese luego en camino del Toboso.* Arr., Riv.

8. — *Todo puede ser, — respondió Sancho; — que muchas veces sale de mi aquel olor que entonces me pareció que salía de su merced de la señora Dulcinea.* — Al comentar este diálogo, como en otras mil ocasiones, hizo Bowle un derroche de erudición caballeresca é histórica, contándonos las veces que Amadís, Olivante y personajes reales y objetivos, como escribiría Hegel, tomaron respectivamente cartas por ellos muy deseadas (besándolas unos, poniéndolas sobre su cabeza otros), creyendo ilustrar de esta suerte el libro del *Ingenioso Hidalgo:* restándole autoridad, hemos de decir, ya que, si en ello hubo imitación (entendemos que no), no sería la imitación lo que realzase el mérito de la obra, sino ese diálogo arrancado de la viva naturaleza, ese diálogo en que están frente á frente los ensueños de loca fantasía y la seca realidad de la existencia.

importancia no le sucediese, porque tenía gran deseo de ver á vuestra merced. Rióse mucho cuando le dije como se llamaba vuestra merced[a] *el Caballero de la Triste Figura.* Preguntéle si había ido allá el vizcaíno de marras: díjome que sí, y que era un hombre muy de bien. También le pregunté por los galeotes; mas díjome que no había visto hasta entonces alguno.

— Todo va bien hasta agora[b], — dijo D. Quijote; — pero, dime, ¿qué joya fué la que te dió al despedirte, por las nuevas que de mí le[c] llevaste? Porque es usada[d] y antigua costumbre, entre los caballeros y damas andantes[e], dar á[f] los escuderos, doncellas ó enanos que les llevan nuevas de sus damas á ellos, ó[g] á ellas de sus andantes[h], alguna rica joya en albricias, en[i] agradecimiento de su recado.

— Bien puede eso[j] ser así, y yo la tengo por buena usanza; pero eso debía[k] de ser en los tiempos pasados, que ahora sólo se debe de[l] acostumbrar á dar un pedazo de pan y queso, que esto fué lo que me dió mi señora Dulcinea, por las bardas[m] de un corral, cuando della me despedí; y[n] aún, por más señas, era el queso ovejuno.

— Es liberal en extremo, — dijo D. Quijote; — y, si no te dió joya de oro, sin duda debió de ser porque no la tendría allí á la[ñ] mano para dártela; pero buenas son mangas después de Pascua: yo la veré, y se satisfará todo. ¿Sabes de qué estoy maravillado, Sancho? De que me parece que fuiste y veniste[o] por los aires, pues poco más de tres[p] días has tardado en ir y venir desde aquí al Toboso, habiendo de aquí allá más de treinta leguas; por lo cual me

a. ...le dije como se llamaba el caballero. L.$_3$. = *b. ...ahora.* Br.$_3$, Amb., Ton., Arr., Mai., FK. = *c. ...que de mí llevaste.* L.$_3$, Pell., Arr. = *d. Porque es usanza y antigua.* Ton. = *e. ...andantes á dar.* C.$_{1\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Amb. = *f. ...dar los escuderos.* C.$_{1\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Br.$_{1\text{-}3}$. = *g. ...á ellos, á ellas.* C.$_{1\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., A.$_{1\text{-}3}$, Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Arg.$_{1\text{-}3}$, Mai., Benj., FK. = *h. ...amantes.* Arg.$_3$. = *i. ...albricias y agradecimiento.* Ton. — *...y en agradecimiento.* Arg.$_{1\text{-}3}$, Benj. = *j. Bien puede ser.* Gasp. = *k. ...debió de.* Mai. = *l. ...se debe acostumbrar.* L.$_3$. = *m. ...las barbas.* V.$_{1\text{-}3}$. = *n. ...despedí aún.* L.$_{1\text{-}3}$. = *ñ. ...allí á mano.* Ton. = *o. ...y viniste.* Mai. = *p. ...dos días.* Arg.$_{1\text{-}3}$, Benj.

9. *...es usada y antigua costumbre, entre los caballeros y damas andantes, dar á los escuderos, doncellas ó enanos... alguna rica joya en albricias, en agradecimiento de su recado.* — En todo, aun cuando imita, pone el sello de la originalidad. Visible es la imitación en el pasaje transcrito, pero el lado cómico de la idea sólo á Cervantes pertenece.

«El emperador dió de albricias al escudero dos mil ducados, y vistióle de seda, y un hermoso caballo siciliano, y armas y todo lo que ovo menester. La emperatriz le dió una ropa, que á la sazón vestía, de terciopelo.» *(Tirante el Blanco,* lib. III, cap. 24.)

doy á entender que aquel sabio nigromante que tiene cuenta con mis cosas[a] y es mi amigo... (porque por fuerza le hay y le ha de haber, so pena que yo no sería buen caballero andante)... digo que este tal te debió de ayudar á caminar sin que tú lo sintieses; que hay sabio destos que coge á un caballero andante durmiendo en su cama, y, sin saber cómo ó en qué manera, amanece otro día más de mil leguas de donde anocheció. Y, si no fuese por esto, no se podrían[b] socorrer en sus peligros los caballeros andantes unos á otros, como se socorren á cada paso; que acaece estar uno peleando en las sierras de Armenia con algún endriago[c], ó con algún fiero vestiglo, ó con otro caballero (donde lleva lo peor de la batalla, y está ya á punto de muerte), y, cuando no os[d] me cato, asoma por acullá, encima de una nube ó sobre un carro de fuego, otro caballero amigo suyo, que poco antes se hallaba en Ingalaterra[e], que le favorece y libra de la muerte, y á la noche se halla en su posada, cenando muy á su sabor; y suele haber de la una á la otra parte dos ó tres mil leguas. Y todo esto se hace por industria y sabiduría destos sabios encantadores que tienen cuidado destos valerosos caballeros. Así que, amigo Sancho, no se me hace dificultoso creer que en tan breve tiempo hayas ido y venido desde este lugar al del Toboso; pues, como tengo dicho, algún sabio amigo te debió de llevar en volandillas sin que tú lo sintieses.

— Así sería[f], — dijo Sancho; — porque á buena fe que andaba Rocinante como si fuera asno de gitano con azogue en los oídos.

a. ...mis casos. Br.$_3$. = *b. ...podian.* Br.$_3$, Amb. = *c. ...lendirago.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, L.$_3$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}3\text{-}3}$, Mil., Amb. — *...Armenia con algún fiero vestiglo.* L.$_{1\text{-}2}$. = *d. ...y cuando menos me cato.* Amb., Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj., FK. — *...menos cato.* Gasp. = *e. ...en Inglaterra.* C.$_{2\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2}$, Mil., Ton., A.$_{1\text{-}3}$, Bow., Pell., Arr., Cl., Gasp., Mai. — *...Inglatierra.* Br.$_3$, Amb. = *f. Así será.* Amb.

12. *...cuando no os me cato, asoma por acullá, encima de una nube ó sobre un carro de fuego, otro caballero.* — No creemos que el *os me* sea otra cosa sino forma vulgar usada á sabiendas por D. Quijote, quien así se hacía fuerte, según los casos, en el lenguaje caballeresco como en el del pueblo. Sin duda no son de esta opinión los que han modernizado el texto.

23. *...andaba Rocinante como si fuera asno de gitano con azogue en los oídos.* — Breve ha de ser el comentario después de lo dicho en las pág. 96 y 97 de este volumen. Bastará, pues, añadir que en *La ilustre fregona* se explica y aclara la estratagema de esos hijos del hampa:

«En tanto que esto sucedió en la posada, andaba el asturiano comprando el asno donde los vendian; y, aunque halló muchos, ninguno le satisfizo, puesto que un gitano anduvo solícito por encajalle uno que más caminaba por el *azogue que le había echado en los oídos* que por ligereza suya.»

— Y ¡cómo si llevaba azogue! — dijo D. Quijote. — Y aun una legión de demonios, que es gente que camina y hace caminar, sin cansarse, todo aquello que se les antoja. Pero, dejando esto aparte, ¿qué te parece á ti que debo yo de hacer ahora cerca[a] de lo que mi señora me manda que la[b] vaya á ver? Que, aunque yo veo que estoy obligado á cumplir su mandamiento, véome también imposibilitado del don que he prometido á la princesa que con nosotros viene, y fuérzame la ley de caballería á cumplir mi palabra antes que mi gusto. Por una parte me acosa y fatiga el deseo de ver á mi señora: por otra me incita y llama la prometida fe y la gloria que he de alcanzar en esta[c] empresa... Pero lo que pienso hacer será caminar apriesa[d] y llegar presto donde está este gigante; y, en llegando, le cortaré la cabeza y pondré á la princesa pacíficamente en su estado; y al punto daré la vuelta á ver á la lúz que mis sentidos alumbra, á la cual daré tales disculpas, que ella venga á tener por buena mi tardanza, pues verá que todo redunda en aumento de su gloria y fama, pues cuanta[e] yo he alcanzado, alcanzo y alcanzaré por las armas en esta vida, toda me viene del favor que ella me da y de ser yo suyo.

— ¡Ay! — dijo Sancho. — Y ¡cómo está vuestra merced lastimado de esos cascos! Pues dígame, señor: ¿piensa vuestra merced caminar este camino en balde, y dejar pasar[f] y perder un tan rico y[g] tan principal casamiento como éste, donde le dan en dote un reino, que á buena verdad que he oído decir que tiene más de veinte mil leguas de contorno, y que es abundantísimo de todas las cosas que son necesarias para el sustento de la vida humana, y que es mayor que Portugal y que Castilla juntos? Calle, por amor[h] de Dios, y tenga vergüenza de lo que ha dicho, y tome mi consejo y perdóneme, y cásese luego en el primer lugar que haya cura; y, si no, ahí está nuestro licenciado, que lo hará de perlas. Y advierta

a. ...acerca de lo que. Pell., Mai. = *b. ...que le vaya.* Amb. = *c. ...en esa empresa.* L.$_{1\text{-}2}$. = *d. ...aprisa.* Mai. = *e. ...cuanto yo he.* Amb., Ton. = *f. ...pisar y perder.* C.$_{2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_3$, Mil., Amb., A.$_1$, Bow., Pell. = *g. ...un tan principal.* Arr. = *h. Calle por de Dios y tenga.* L.$_{1\text{-}2}$.

5. *...aunque yo veo que estoy obligado á cumplir su mandamiento, véome también imposibilitado del don que he prometido á la princesa que con nosotros viene.* — Lo que para el hidalgo, cuya existencia fué un perpetuo homenaje á la abnegación y al sacrificio, se convertía ahora en un conflicto entre dos deberes, para el escudero, atento sólo, él sabía por qué, al restablecimiento de la princesa Micomicona en su reino, constituía una prueba fehaciente de que su señor estaba tocado de los cascos.

que ya tengo edad para dar consejos, y que este que le doy le viene de molde, y [a] que más vale pájaro en mano que buitre volando, porque quien bien tiene y mal escoge [b], por bien que se enoja no se venga.

— Mira, Sancho, — respondió D. Quijote; — si el consejo que me das de que me case es porque sea luego rey en matando al gigante, y tenga cómodo para hacerte mercedes y darte lo prometido, hágote saber que, sin casarme, podré cumplir tu deseo muy fácilmente; porque yo sacaré de adahala [c], antes de entrar en la batalla, que saliendo vencedor della, ya que no me case, me han de dar una parte del reino para que la pueda dar á quien yo quisiere; y, en dándomela, ¿á quién quieres tú que la dé sino á ti?

— Eso está claro, — respondió Sancho; — pero mire vuestra merced que la escoja hacia la marina, por que, si no me contentare la vivienda, pueda embarcar mis negros vasallos y hacer dellos lo

a. ...*molde que más.* C.$_{1\text{-}3}$, L.$_3$, V.$_{1\text{-}3}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb, Ton., A.$_{1\text{-}2}$, Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Arg.$_{1\ 2}$, Benj. = *b.* ...*y mal escoge, por mal que le venga no se enoje. Mira, Sancho,* Br.$_{1\ 2}$. — ...*y mal escoge, del mal que le viene no se enoje. Mira, Sancho.* Ton. — ...*y mal escoge, por mal que le enoje no se venga. Mira, Sancho.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *c.* ...*de adehala.* Mai.

8. ...*hágote saber que, sin casarme, podré cumplir tu deseo muy fácilmente; porque yo sacaré de adahala, antes de entrar en la batalla.* — Sin entrar en disquisiciones sobre el origen etimológico del vocablo, séanos lícito, para ilustrar la idea por él expresada, transcribir lo que sujeto tan entendido como D. Leopoldo Eguílaz dijo á este propósito:

«La *adahala* ó *adehala*, como se dice vulgarmente, *no se da de gracia* sobre el precio del arriendo, sino que forma parte de éste, y, como él, es exigible al labrador. La diferencia entre el precio del arrendamiento y la *adehala* consiste en que aquél se paga el 15 de Agosto, fecha en que, terminado el año agrícola, satisfacen los labradores las rentas, y la *adehala*, complemento de ellas, se paga *en especie* en vísperas de la Pascua de Navidad.

Tal es el carácter que tienen los arrendamientos en la vega de Granada desde tiempo de moros, como resulta del *Libro de habices de las mezquitas de aquella ciudad* (Ms. del *Archivo de la Catedral*), cuyos bienes pasaron á ser propiedad de las iglesias que se erigieron por los Reyes Católicos en la espléndida metrópoli del reino de los nazaritas. Es de advertir que en aquella época la *adehala* se pagaba en los arrendamientos de predios rústicos y urbanos, si bien en nuestros días se halla limitada á los primeros.» (*Homenaje á Menéndez y Pelayo*, II, pág. 122.)

Aquí parece ser algo ventajoso que se otorga independientemente de lo ajustado.

Bretón de los Herreros, que en estos últimos tiempos conoció la lengua castellana como el más eminente de nuestros clásicos, usó de esta voz, no sin donaire, en número plural: «Todos los progresos que va haciendo, físicos é intelectuales, son para ella otras tantas *adehalas*.»

que ya [a] he dicho. Y vuestra merced no se cure de ir por agora [b] á ver á [c] mi señora Dulcinea, sino váyase á matar al gigante, y concluyamos este negocio; que, por Dios, que se me asienta que ha de ser de mucha honra y de mucho provecho.

— Dígote, Sancho, — dijo D. Quijote, — que estás en lo cierto, y que habré de tomar tu consejo en cuanto el [d] ir antes con la princesa que á ver á Dulcinea. Y avísote que no digas nada á nadie, ni á los que con nosotros vienen, de lo que aquí hemos departido y tratado; que, pues Dulcinea es tan recatada que no quiere que se sepan sus pensamientos, no será bien que yo, ni otro por mí, los descubra.

— Pues, si eso es así, — dijo Sancho, — ¿cómo hace vuestra merced que todos los que vence por su brazo se vayan á presentar ante mi señora Dulcinea, siendo esto firmar [e] de su nombre que la quiere bien y que es su enamorado? Y, siendo forzoso que los que fueren [f] se han de ir á hincar de hinojos [g] ante su presencia, y decir que van de parte de [h] vuestra merced á dalle [i] la obediencia, ¿cómo se pueden encubrir los pensamientos de entrambos?

— ¡Oh qué necio y qué simple que eres! — dijo D. Quijote. — ¿Tú no ves, Sancho, que eso todo [j] redunda [k] en su mayor ensalzamiento? Porque has de saber que, en este nuestro estilo de caballería [l], es gran honra tener, una dama, muchos caballeros andantes que la sirvan, sin que se extiendan [m] más sus pensamientos que á servilla [n] por sólo ser ella quien es, sin esperar otro premio de sus

a. ...*que yo me he dicho.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *b.* ...*ir por ahora.* C.$_3$, Ton., Bow., Mai., FK. = *c.* ...*ver mi señora Dulcinea.* C.$_{2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Bow. = *d.* ...*cuanto al ir antes.* Ton., Arr. = *e.* ...*siendo esto firma.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2\ 3}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton., A.$_{1\text{-}2}$, Bow., Pell., Arr., Gasp., Mai., FK. = *f.* ...*los que fuesen.* A.$_2$, Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp. = *g.* ...*de hinojos.* L.$_{2\text{-}3}$. = *h.* ...*de parte vuestra.* Mil. = *i.* . .*á darle la.* Mai. = *j.* ...*que eso redunda.* Gasp. = *k.* .. *redundara en su.* Amb. = *l.* ...*de caballerías.* V.$_{1\ 2}$, Mil. = *m.* ...*que se extiendan á más.* Ton. = *n.* ...*servirla.* Gasp., Mai.

23. ...*sin que se extiendan más sus pensamientos que á servilla por sólo ser ella quien es.* — Con elegancia verdaderamente ática habló Castiglione del amor platónico, y Boscán, su afortunado traductor, lo vertió en lengua castellana con no menos primor:

«Por eso cuando viere á alguna mujer hermosa, graciosa, de buenas costumbres y de gentil arte, y tal, en fin, que él como hombre experimentado en amores conozca ser ella aparejada para enamoralle, luego á la hora que cayere en la cuenta, y oyere que sus ojos arrebatan aquella figura, y no paran hasta metella en las entrañas, y que el alma comienza á holgar de contemplalla, y á asentir en sí aquel no sé qué que la mueve y poco á poco la enciende, y que aquellos vivos espíritus que en ella centellean de fuera por los ojos no cesan

muchos y buenos deseos, sino que ella se contente de acetarlos[a] por sus caballeros.

— Con esa manera de amor, — dijo Sancho, — he oído yo predicar que se ha de amar á nuestro Señor por sí solo, sin que nos mueva esperanza de gloria ó temor de pena; aunque yo le querría amar y servir por lo que pudiese.

— Válate el diablo por villano, — dijo D. Quijote. — Y ¡qué de discreciones dices á las veces! No parece sino que has estudiado.

— Pues, á fe mía, que no sé leer », respondió Sancho.

En esto les dió voces maese Nicolás que esperasen un poco; que querían detenerse á beber[b] en una fontecilla[c] que allí estaba. De-

a. ... de aceptarlos por. MAL., FK. = *b. ...detenerse á comer.* ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ. = *c. ...en una fuenteeilla que.* C.$_3$, L.$_3$, V.$_{1\text{-}3}$, BR.$_{1\text{-}3}$, MIL., TON., A.$_2$, BOW., PELL., ARR., CL., RIV., GASP., ARG.$_{1\text{-}2}$, MAL., BENJ., FK.

de echar á cada punto nuevo mantenimiento al fuego, debe luego proveer en ello con presto remedio, despertando la razón, y fortaleciendo con ella la fortaleza del alma, y atajando de tal manera los pasos á la sensualidad, y cerrando así las puertas á los deseos, que ni por fuerza ni por engaño puedan meterse dentro; y, así, entonces, si la llama de fuego cesa, cesará también el peligro: mas si ella dura ó crece, debe en este caso el cortesano, sintiéndose preso, determinarse totalmente á huir toda vileza de amor vulgar y baxo, y á entrar con la guía de la razón en el camino alto y maravilloso del amar; y para esto ha de considerar primero que el cuerpo donde aquella hermosura resplandece no es la fuente de donde ella nace, sino que la hermosura, por ser una cosa sin cuerpo, y, como hemos dicho, un rayo divino, pierde mucho de su valor hallándose envuelta y caida en aquel sujeto vil y corruptible, y que tanto más es perfecta, cuanto menos dél participa, y si dél se aparta del todo, es perfectísima; y que así como es imposible oír nosotros con el paladar, ú oler con los oídos, así también lo es gozar la hermosura con el sentido del tacto y satisfacer con él á los deseos, movidos por ella en nuestras almas, y que solamente se puede gozar con el sentido del ver, del cual es ella el verdadero objeto; y, así, con estas consideraciones, apártese del ciego juicio de la sensualidad, y goce con los ojos aquel resplandor, aquella gracia, aquellas centellas de amor, la risa, los ademanes y todos los otros dulces y sabrosos aderezos de la hermosura. Goce, asimismo, con los oídos, la suavidad del tono de la voz; el son de las palabras, y la dulzura del tañer y del cantar, si su dama fuere música; y, así, con todas estas cosas dará á su alma un dulce y maravilloso mantenimiento por medio de estos dos sentidos, los cuales tienen poco de lo corporal, y son ministros de la razón, y será tal este mantenimiento suyo, que no pasará hacia el cuerpo con el deseo, á ningún apetito deshonesto. *Tras esto acate, sirva, honre y siga en todo la voluntad de su dama, y quiérala más que á sí mismo, tenga más cuidado de los placeres y provechos della que de los suyos propios, y ame en ella no menos la hermosura del alma que la del cuerpo.»* (*El cortesano.* Ed. 1873, pág. 498.)

11. *...querían detenerse á beber en una fontecilla que allí estaba.* — «Aunque dicen *beber* las tres ediciones de Cuesta, por lo que sigue se ve que no

túvose D. Quijote, con no poco gusto de Sancho, que ya estaba cansado de mentir tanto, y temía no le cogiese[a] su amo á palabras; porque, puesto que él sabía que Dulcinea era una labradora del Toboso, no la había visto en toda su vida[b].

Habíase, en este tiempo, vestido Cardenio los vestidos que Dorotea traía cuando la hallaron, que, aunque no eran muy buenos, hacían mucha ventaja á los que dejaba.

Apeáronse junto á la fuente, y, con lo que el cura se acomodó en la venta, satisficieron[c], aunque poco, la mucha hambre que todos traían.

Estando en esto, acertó á pasar por allí un muchacho que iba de camino, el cual, poniéndose á mirar con mucha atención á los que en la fuente estaban, de allí á poco arremetió á D. Quijote, y, abrazándole por las piernas, comenzó á llorar muy de propósito, diciendo: «— ¡Ay, señor mío! ¿No me conoce vuestra merced? Pues míreme bien, que yo soy aquel mozo, Andrés, que quitó vuestra merced de la encina donde estaba atado.»

Reconocióle D. Quijote, y, asiéndole por la mano, se volvió á los que allí estaban, y dijo: «— Por que vean vuestras mercedes cuán de importancia es haber caballeros andantes en el mundo que desfagan los tuertos y agravios que en él se hacen por los insolentes y malos hombres que en él viven, sepan vuestras mercedes que los días pasados, pasando yo por un bosque, oí unos gritos y unas voces muy lastimosas, como de persona afligida y menesterosa: acudí luego, llevado de mi obligación, hacia la parte donde me pareció

a. ...no le cogiesen su amo á palabras. BR.$_2$. = *b. ...en toda su vida. Apeáronse junto.* ARG.$_2$. = *c. ...satisfacieron aunque poco.* GASP.

fué á *beber* sólo, sino que, principalmente, fué á comer á lo que se detuvieron, y que todos traían hambre.» (HARTZENBUSCH. *Las 1633 notas al «Quijote»*, pág. 71.)

Y ¡pensar que, á observaciones de tal fuste, se las tuvo por comentario de la sin par novela!

23. *...pasando yo por un bosque, oí unos gritos y unas voces muy lastimosas.* — Porque en el cap. 4 de esta primera parte dijo el historiador que Juan Haldudo azotaba á su criado Andrés con una pretina, y ahora, al referir sucintamente lo entonces sucedido, escribe que le dió con las riendas de la yegua, algún crítico ha creído ver sombras de contradicción entre uno y otro relato; y porque aquí el desventurado demente llama «villano zafio» al vecino de Quintanar, al mismo que en la pasada escena tuvo por caballero, la crítica menuda ha hecho también su capítulo de cargos; olvidando, sin duda, que tales incongruencias son propias, no ya de un espíritu errático como el de

que las lamentables voces sonaban, y hallé atado á una encina á este muchacho que ahora está delante, de lo que me huelgo en el alma, porque será testigo que no me dejará mentir en nada. Digo que estaba atado á la encina, desnudo del[a] medio cuerpo arriba, y estábale abriendo á azotes, con las riendas de una yegua, un villano, que después supe que era amo suyo; y, así como yo le vi, le pregunté la causa de tan atroz vapulamiento. Respondió, el zafio, que le azotaba porque era su criado, y que ciertos descuidos que tenía nacían más de ladrón que de simple. Á lo cual este niño dijo: «—Señor, no me azota sino porque le pido mi sala-» rio.» El amo replicó no sé qué arengas y disculpas, las cuales, aunque de mí fueron oídas, no fueron admitidas. En resolución, yo le hice desatar, y tomé juramento al villano de que le llevaría consigo y le[b] pagaría un real sobre otro, y aun sahumados[c]. ¿No es verdad todo eso, hijo Andrés? ¿No notaste con cuánto imperio se lo mandé, y con cuánta humildad prometió de hacer todo cuanto yo le impuse y[d] notifiqué y quise? Responde: no te turbes, ni dudes en nada: di, lo que pasó, á estos señores, por que se vea y considere ser del provecho que digo haber caballeros andantes por los caminos.

— Todo lo que vuestra merced ha dicho es mucha verdad, — respondió el muchacho; — pero el fin del negocio sucedió muy al revés de lo que vuestra merced se imagina.

a. ...desnudo de medio cuerpo. Ton. = *b. ...consigo y pagaría.* Ton. = *c. ...y aun zaumaudos.* V.$_{1\text{-}3}$, Mil. = *d. ...impuse, notifiqué.* Ton.

D. Quijote, sino también de personas de sano juicio. El tiempo, con sus vivas ó apagadas impresiones; la diversa situación de ánimo, el concurso de personas que en distintos momentos nos rodean; ¿no influyen, no modifican en algo nuestros pasados conceptos?

14. *...y le pagaría un real sobre otro, y aun sahumados.* — En nuestra nota al cap. 4, pág. 97 y 98, queda explicado el sentido metafórico de la voz *sahumados*. Esta imagen dice, por modo pintoresco, el gusto, la suma complacencia, la fina voluntad con que cumpliría el deber en que estaba de pagar á su criado.

22. *...pero el fin del negocio sucedió muy al revés de lo que vuestra merced se imagina.* — ¡Triste destino el del idealismo, tan valientemente defendido por D. Quijote! La cruel realidad y perpetuo descalabro de cuantos ensueños cruzan por su acalorada fantasía viene á menoscabar la gloria de imaginarios triunfos. Ayer creyó desfacer un entuerto: hoy, las asperezas de lo real, el cruel desengaño que envuelven las palabras del azotado mancebo, son parte al ridículo que cae sobre el supuesto libertador.

— ¿Cómo al revés? — replicó D. Quijote. — Luego ¿no te pagó el villano?

— No sólo no me pagó, — respondió el muchacho, — pero, así como vuestra merced traspuso del[a] bosque y quedamos solos, me volvió á atar á la mesma[b] encina, y me dió de nuevo tantos azotes, que quedé hecho un San Bartolomé desollado; y, á cada azote que me daba, me decía un donaire y chufeta acerca de hacer burla de vuestra merced, que, á no sentir yo tanto dolor, me riera[c] de lo que decía. En efeto[d], él me paró tal, que hasta ahora he estado curándome, en un hospital, del mal que el mal villano entonces me hizo; de todo lo cual tiene vuestra merced la culpa, porque, si se fuera su camino adelante y no viniera donde no le llamaban, ni se entremetiera en negocios ajenos, mi amo se contentara con darme una ó dos docenas de azotes, y luego me soltara y pagara cuanto me debía; mas, como vuestra merced le[e] deshonró tan sin propósito y le dijo tantas villanías, encendiósele[f] la cólera, y, como no la pudo vengar en vuestra merced, cuando se vió solo descargó sobre mí el nublado, de modo que me parece que no seré más hombre en toda mi vida.

— El daño estuvo, — dijo D. Quijote, — en irme yo de allí, que no me había de ir hasta dejarte pagado; porque bien debía yo de

a. ...traspuso el bosque. Br.$_3$, Amb., Ton. = *b. ...misma.* C.$_3$, L.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2}$, Bow., Pell., Mai., FK. = *c. ...riyera.* Bow. — *...riere.* Gasp. = *d. En efecto.* C.$_{1\text{-}2}$, L.$_3$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2}$, Mil., A.$_{1\text{-}2}$, Arr., Cl., Riv., Gasp., Arg.$_{1\text{-}2}$, Mai., Benj., FK. = *e. ...mereed les deshonró.* V.$_{1\text{-}2}$. = *f. ...encendióselo.* L.$_3$.

6. *...y, á cada azote que me daba, me decia un donaire y chufeta.* — Con tres nombres más se designa en el *Diccionario* este dicho picante y burlesco, á saber: *chofeta, chufleta* y *cuchufleta*. De su extensión y alcance pueden dar idea los siguientes ejemplos:

«Al paso que conoce usted y elogia las bellezas de una obra de mérito, no se detiene en dar iguales aplausos á lo más disparatado y absurdo; y con una rociada de pullas, *chufletas* é ironías, hace usted creer al mayor idiota que es un prodigio de habilidad.» (L. Moratín. *La comedia nueva*, acto I, esc. III.)

«Otros se dieron á la jocosidad festiva, y regalaron á la nación gran cantidad de epigramas, dichos, anécdotas, *chufletas*, quisicosuelas y acertijos.» (L. Moratín. *La derrota de los pedantes.)*

«.....Deteneos,
Que viene allí la Teresa
Que sirve á vuestra vecina:
La diremos dos *chufletas*
Al paso.»

(Ramón de la Cruz. *La Plana mayor*. Ed. Duran, 1883; t. II, pág. 465.

saber, por luengas experiencias, que no hay villano que guarde palabra que diere[a] si él ve que no[b] le está bien guardalla[c]. Pero ya te acuerdas, Andrés, que yo juré que, si no te pagaba, que había de ir á buscarle y que le había de hallar, aunque se escondiese en el vientre de la[d] ballena.

— Así es la[e] verdad, — dijo Andrés; — pero no aprovechó nada.

— Ahora verás si aprovecha », dijo D. Quijote.

Y, diciendo esto, se levantó muy apriesa[f] y[g] mandó á Sancho que enfrenase á Rocinante, que estaba paciendo en tanto que ellos comían.

Preguntóle Dorotea qué era lo que hacer quería.

Él le respondió que quería ir á buscar al villano y castigalle[h] de tan mal término, y hacer pagado á Andrés hasta el[i] último maravedí, á despecho y pesar de cuantos villanos hubiese en el mundo.

Á lo que ella respondió que advirtiese que no podía, conforme al don prometido, entremeterse en ninguna empresa hasta acabar la suya; y que, pues esto sabía él mejor que otro alguno, que sosegase el pecho hasta la vuelta de su reino.

« — Así es verdad, — respondió D. Quijote; — y es forzoso que Andrés tenga paciencia hasta la vuelta, como vos, señora, decís; que yo le torno á jurar y á prometer de nuevo de no parar hasta hacerle vengado y pagado.

— No me creo[j] desos juramentos, — dijo Andrés; — más quisiera tener agora[k] con qué llegar á Sevilla que todas las ven-

a. ...palabra que tiene. C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, L.$_3$, V.$_{1\text{-}3}$, Mil., A.$_1$, Bow. = *b. ...si él ve que le está bien no guardalla.* Br.$_{1\text{-}3}$. = *c. ...guardarla.* Mai. = *d. ...vientre de una ballena.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *e. Así es verdad.* Ton. = *f. ...levantó muy aprisa.* Mai. = *g. ...apriesa, mandó á Sancho.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil. = *h. ...y castigarle.* Mai. = *i. ...hasta del último maravedí.* Arg.$_2$. = *j. No me curo desos.* Arg.$_3$. = *k. ...tener ahora con.* Br.$_3$, Amb., Ton., Bow., Pell., Mai., FK.

13. *...y hacer pagado á Andrés hasta el último maravedí.* — A los que inconsideradamente se enamoran del pasado sólo porque es antiguo, puédeseles preguntar si tienen por muy galana esta forma infantil de nuestra lengua, la que, cuando niña, no acertaba á dar un paso sin la protección y auxilio del verbo *hacer*.

24. *— No me creo desos juramentos, — dijo Andrés.* — Aqui, como siempre, el buen sentido, aun tratándose de un muchacho, se sobrepone al extravio mental del malaventurado caballero, sin que por ello los fracasos, que casi se cuentan por el número de sus aventuras, le hagan volver al camino de la razón.

ganzas del mundo. Deme, si tiene ahí, algo que coma y lleve, y quédese con Dios su merced y todos los caballeros andantes, que tan bien andantes sean ellos para consigo[a] como lo han sido para conmigo. »

Sacó de su repuesto, Sancho, un pedazo de pan y otro de queso, y, dándoselo al mozo, le dijo: « — Toma[b], hermano Andrés, que á todos nos alcanza parte de vuestra desgracia.

— Pues ¿qué parte os alcanza á vos? — preguntó Andrés.

— Esta parte de queso y pan que os doy, — respondió Sancho, — que Dios sabe si me ha de hacer falta ó no; porque os hago saber, amigo, que los escuderos de los caballeros andantes estamos sujetos á mucha hambre y á[c] mala ventura, y aun á otras cosas que se sienten mejor que se dicen. »

Andrés asió de su pan y queso, y, viendo que nadie le daba otra cosa, abajó[d] su cabeza y tomó el camino en las manos, como suele decirse. Bien es verdad que, al partirse, dijo á D. Quijote: « — Por amor de Dios, señor caballero andante, que, si otra vez me encontrare, aunque vea que me hacen pedazos, no me socorra ni ayude, sino déjeme con mi desgracia, que no será tanta que no sea mayor la que me vendrá de su ayuda de vuestra merced, á quien Dios maldiga, y á todos cuantos caballeros andantes han nacido en el mundo. »

Íbase á levantar D. Quijote para castigalle[e]; mas él se puso á correr de modo que ninguno se atrevió á seguille[f]. Quedó corridísimo D. Quijote del cuento de Andrés, y fué menester que los de-

a. ...para castigo. C.$_{1\text{-}2}$, L.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, Mil., Mai., FK. = *b. Tomad, hermano.* Br.$_{1\text{-}2}$. = *c. ...hambre y mala ventura.* L.$_3$, Ton. — *...hambre á la mala.* Pell., Arr. = *d. ...bajó su cabeza.* Mai. = *e. ...para castigarle.* Mai. = *f. ...se atrevió á seguillo.* C.$_{2\text{-}3}$, L.$_3$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., A.$_{1\text{-}2}$, Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Arg.$_1$, Benj., FK. — *...á seguirle.* Mai.

15. *...y tomó el camino en las manos, como suele decirse.* — Se toma algo en las manos, sin duda para que no caiga, para que no se malogre, para llevarlo más asegurado, para que no le ofendan las asperezas del suelo, lo duro é ingrato de las piedras: por tanto, *tomar el camino en las manos*, equivale, juzgando por analogia, á irse derecho, sin pérdida de tiempo, sin dar lugar á distracción alguna.

24. *Quedó corridísimo D. Quijote del cuento de Andrés.* — Las lenguas padecian esterilidad, no contaban con una palabra para cada idea, y, aunque la tuvieran, no hubiera podido la memoria del hombre con carga tan pesada: por eso el lenguaje, nacido en el seno de la espléndida naturaleza, rico en imágenes, en pinturas y flores que todo lo matizan, recurrió á un medio inge-

más tuviesen mucha cuenta con no reirse, por no acaballe[a] de correr del todo.

a. ...por no acabarle. MAI.

nioso, y las agasajó con el talismán de que engalanasen con nuevas significaciones las voces ya conocidas, y para ello puso en manos del hombre el hilo de oro de la analogía.

«Ha sido tan útil esta invención, — escribe el autor de *El culto sevillano* (pág. 184), — que fuera muy pobre nuestra lengua sin ella; porque de sólo el verbo *correr* usamos en diez ó doce cosas, no significando con él más que el movimiento más veloz del animal; y, así, decimos que *corren* el agua, el viento, el término y plazo, el arrendamiento, las cortinas, las piezas de las cosas, la moneda, la mercadería, la nueva, la enfermedad, el riesgo, y que se *corren* las velas derritiéndose y los que no sufren burlas, con que ahorramos otros tantos vocablos.»

CAPÍTULO XXXII

Que trata de lo que sucedió en la venta á toda la cuadrilla de D. Quijote

ACABÓSE la buena[a] comida, ensillaron luego, y, sin que les sucediese cosa digna de contar, llegaron otro día á la venta, espanto y asombro de Sancho Panza[b]; y, aunque él quisiera no entrar en ella, no lo pudo huir.

La ventera, ventero, su hija y Maritornes, que vieron venir[c] á D. Quijote y á Sancho, les salieron á recebir[d] con muestras de

a. Acabóse la breve comida. ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ. — *b. ...de Sancho, y aunque.* BR.$_2$. — *c. ...que vieron á D. Quijote,* FK. — *d. ...le salieron á recibir.* L.$_2$, A.$_2$, ARR., CL., GASP., FK. — *...le salieron á recebir.* RIV. — *...les salieron á recibir.* MAI.

Con todo y no correr rápidamente la narración á su desenlace (reparo que no se oculta á los ojos del crítico), reconoce, sin embargo, que la siguiente relación tiene un encanto singular, no por la pintura del cansancio y falta de sueño de D. Quijote; no por la discusión, llamémosla así, habida entre el cura y el ventero sobre la falsedad de los libros caballerescos; no por las dudas y vacilaciones de Sancho sobre la posible realidad de los caballeros andantes; sino por las pinceladas de fina observación, llenas de profunda psicología, en las que, con un solo rasgo, se pintan los diversos efectos que en la gente del pueblo, aun siendo de una misma condición, aun teniendo todos un mismo grado de cultura, causa el relato de hechos, si deslumbradores por lo fantásticos, más en harmonía con lo inverosímil que con lo verdadero.

El cuadro de Maritornes, la hija del ventero, éste y su mujer, constituidos, como en Academia, para juzgar la obra caballeresca, es, sin duda, lo que realza y avalora el mérito del presente capítulo.

mucha alegría, y él las recibió[a] con grave continente y aplauso[b], y díjoles que le aderezasen otro mejor lecho[c] que la vez pasada; á lo cual le[d] respondió la huéspeda que, como la[e] pagase mejor que la otra vez, que[f] ella se le[g] daría de príncipes[h]. D. Quijote

a. ...*y él las recebió.* Riv. — ..*y él los recibió.* Arg.$_{1}$. — ...*y él les recibió.* Mai. — *b.* ...*continente y pausa, y díjoles.* Arg.$_{1}$, Benj. — ...*continente y apeándose díjoles.* Arg.$_{2}$. — *c.* ...*le aderezasen otra mejor cama que la vez.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil. — *d.* ...*á lo cual respondió.* C.$_{3}$, Bow., Pell. — *e.* ...*como le.* L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Br.$_{1\text{-}2}$, A.$_{2}$, Arr., Cl., Riv., Gasp., Arg.$_{1\text{-}2}$, Mai., Benj. — *f.* ...*otra vez ella.* Br.$_{1\text{-}2}$. — *g.* ...*ella se la daría.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton., A.$_{1}$, Bow., Pell. — ...*ella se lo daría.* Mai. — *h.* ...*de príncipe.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj.

Línea 1. ...*y él las recibió con grave continente y aplauso.* — Para los versados en la lengua de Cicerón, no es nuevo el sentido metafórico en que se toma la voz *aplauso,* porque saben que en ella, como en la nuestra, recorre extensa gama de significaciones, desde la de *alegría* á la de *aprobación,* desde la de *gozo* y *contento* á la de *viva simpatía* que despiertan en nosotros los actos verdaderamente hermosos. De todo ello hallará delicados matices en estos ejemplos el discreto lector:

«Dióse principio á las fiestas de toros, y con un muy bien ordenado juego de cañas se concluyeron, con general *aplauso* y regocijo de todos los que las miraban, por no haber habido en ellas desgracia alguna.» (Gonzalo de Céspedes. *El español Gerardo,* discurso 1.°)

«Alentó la milicia con premios y excepciones, ganó el *aplauso* de los pueblos con levantar enteramente los tributos por el tiempo que durase la guerra; hízose más señor de los nobles con dejarse comunicar, templando aquella especie de adoración á que procuraban elevar el respeto sus antecesores.» (Solís. *Conquista de Méjico,* lib. V, cap. 4.)

«Tuvo esta demostración grande *aplauso* entre los nobles y plebeyos de la ciudad, porque amaban todos al difunto como padre de la patria.» (Solís. *Ibid,* lib. V, cap. 5.)

«...ejecutado uno y otro con tanto brío y puntualidad, que se conoció repetidas veces el *aplauso* de la muchedumbre y llevó que aprender la milicia forastera.» (Solís. *Ibid,* lib. V, cap. 9.)

«Aprobaron todos el arbitrio, y, abrazando á Villafaña, empezó el tumulto en el *aplauso* de la sedición.» (Solís. *Ibid,* lib. V, cap. 19.)

«Añade que solicitar en los sermones el gusto ó deleite del auditorio y el *aplauso* (1) del orador, es contra toda regla de la verdadera elocuencia, la cual sólo debe tirar á convencer, á persuadir y mover.» (P. Isla. *Fray Gerundio de Campazas,* II, lib. IV, cap. 5.)

En el opúsculo intitulado *Fiestas de Zaragoza,* por haber promovido Su Majestad al Ilmo. Sr. D. Fr. Luis de Aliaga en el cargo de Inquisidor general (pág. 49), se lee:

«El Dr. D. Antonio Xaviere... y el Dr. Bartolomé Leonardo de Argensola... entraron á dar su embajada al señor Inquisidor general, Fr. Luis de Aliaga. Y habiéndoles recibido su ilustrísima con grande *aplauso* y especial contentamiento, refirieron el que tiene este Cabildo.»

(1) Satisfacción con que el orador ve que agradan sus sermones.

dijo que sí haría; y, así, le aderezaron uno[a] razonable en el mismo caramanchón[b] de marras, y él se acostó luego, porque venía muy quebrantado y falto de juicio[c].

No se hubo bien encerrado, cuando la huéspeda arremetió al barbero, y, asiéndole de la barba, dijo: «— Para mi santiguada, que no se ha aun[d] de aprovechar más de mi rabo[e] para su barba, y que me ha de volver mi cola; que anda lo de mi marido por esos suelos, que es vergüenza... digo, el peine que solía yo colgar de mi buena cola.»

No se la quería dar el barbero, aunque ella más tiraba, hasta que el licenciado le dijo que se la diese, que ya no era menester más usar de aquella industria, sino que se descubriese y mostrase en su misma forma, y dijese á D. Quijote que, cuando le[f] despojaron los ladrones galeotes, se había[g] venido á aquella venta huyendo; y que, si preguntase por el escudero de la princesa, le dirían que ella le había enviado[h] adelante á dar aviso á los de su reino como ella iba y llevaba consigo el[i] libertador de todos. Con esto[j] dió de buena gana la cola á la ventera el barbero, y asimismo le volvieron todos los adherentes que había prestado para la libertad de D. Quijote. Espantáronse todos los de la venta de la hermosura de Dorotea, y aun del buen talle del zagal Cardenio. Hizo el cura que les aderezasen de comer de lo que en la venta hubiese; y el huésped, con esperanza de mejor paga, con diligencia les aderezó una razonable comida. Y, á todo esto, dormía D. Quijote, y fueron de parecer de no despertalle[k], porque más provecho le haría por

a. ...*aderezaron una razonable.* C.$_{2\text{-}3}$, A.$_{1}$, Bow., Pell. — ...*aderezaron una cama razonable.* V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{3}$, Mil., Amb., Ton. — ...*aderezaron un lecho razonable.* Br.$_{1\text{-}2}$. — *b.* ...*camaranchón de marras.* C.$_{3}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{3}$, Mil., Amb., Ton., A.$_{2}$, Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Arg.$_{1\text{-}2}$, Mai., Benj., FK. — *c.* ...*y falto de sueño.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. — *d.* ...*que no se ha de aprovechar.* Ton., Arr. — ...*no se ha vuestra merced de aprovechar.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. — *e.* ...*de mi raba.* Gasp. — *f.* ...*cuando lo despojaron.* Bow. — *g.* ...*habían venido.* V.$_{1\text{-}2}$, Mil. — *h.* ...*imbiado.* V.$_{1\text{-}2}$. — *i.* ...*al libertador.* Ton., Mai. — *j. Con esto el barbero dió de buena gana la cola á la ventera, y.* Br.$_{1\text{-}2}$. — *k.* ...*despertarle.* Mai.

2. ...*venía muy quebrantado y falto de...* — La observación hecha por Clemencin de que, sin duda alguna, el original de Cervantes diría *sueño* en lugar de *juicio,* no es nueva en la historia del comentario, puesto que, ya en 1698, apareció enmendado el yerro en la edición llamada «de la Imprenta Real».

Parece indudable que así ha de ser, ya que el contexto del pasaje está más en harmonía con la idea de *sueño* que con la de *juicio.*

«...y díjoles que le aderezasen otro mejor lecho que la vez pasada... porque venía muy quebrantado y falto de...»

Claramente se ve que ha de seguir la voz *sueño* y no la de *juicio.*

entonces el dormir que el comer. Trataron sobrecomida, estando delante el[a] ventero, su mujer[b], su hija[c], Maritornes y[d] todos los pasajeros, de la extraña locura de D. Quijote y del modo que le habían hallado. La huéspeda les contó lo que con él y con el arriero les había acontecido; y[e], mirando si acaso estaba allí Sancho[f], como no le viese, contó todo lo de su manteamiento, de que no poco gusto recibieron[g]. Y, como el cura dijese que los libros de caballerías que D. Quijote había leído le habían vuelto el juicio, dijo el ventero: «— No sé yo cómo puede ser eso, que en verdad que, á lo que yo entiendo, no hay mejor letura[h] en el mundo, y que tengo ahí dos ó tres dellos, con otros papeles[i], que verdaderamente me han dado la vida, no sólo á mí, sino á otros muchos; porque, cuando es tiempo de la siega, se recogen aquí, las fiestas, muchos segadores, y siempre hay alguno[j] que sabe leer, el cual coge uno destos libros en las manos, y rodeámonos dél más de treinta, y estámosle[k] escuchando con tanto gusto, que nos quita[l] mil canas. Á lo menos de mí sé

a. ...del ventero. V.$_{1\text{-}4}$. — *b. ...su mujer y su hija.* Amb. — *c. ...hija y Maritornes.* C.$_3$, L.$_3$, Bow., Pell., FK. — *d. ...Maritornes todos los.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}3}$, Br.$_3$, Mil., Amb., Bow., Mai., FK. — *e. ...acontecido, mirando.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}3}$, Br.$_3$, Mil., Amb., A.$_{1\text{-}2}$, Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp. — *f. ...Sancho y como no.* V.$_{1\text{-}3}$, Br.$_3$, Mil., Amb., Ton., Bow. — *g. ..recebieron.* Riv. — *h. ...no hay mejor letrado en el mundo.* C.$_{1\text{-}2}$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_3$, Mil., Amb., FK. — *...no hay mejor lectura.* Gasp., Mai. — *...no hay mejor leyenda.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. — *i. ...ó tres de ellos que verdaderamente.* Arr. — *j. ..y siempre hay algunos que saben leer.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, L.$_{1\text{-}2}$, V.$_{1\text{-}3}$, Br.$_3$, Mil., Amb., Bow. — *k. ...y estámonosle escuchando.* Amb. — *l. que nos quitan.* L.$_{1\text{-}2}$.

1. *Trataron sobrecomida... de la extraña locura de D. Quijote.* — De *sobremesa* solemos decir ahora. El P. Isla lo usaba como en el siglo XVII, pero añadiendo, con su habitual donaire, el *sobrebebida:*

«...para marchar á Vacarilla en compañía de su mayordomo el tio Bastián, que para entonces ya le suponian perfectamente convalecido del accidente que le habia acometido de *sobrecomida* ó sobrebebida.» *(Fray Gerundio,* lib. III, cap. 4.)

12. *...cuando es tiempo de la siega, se recogen aqui, las fiestas, muchos segadores, y siempre hay alguno que sabe leer, el cual coge uno destos libros en las manos, y rodeámonos dél más de treinta, y estámosle escuchando con tanto gusto, que nos quita mil canas.* — Imaginese el lector trasladada al lienzo esta, por todo extremo colorista, descripción cervantina, y, ciertamente, traerá á su memoria aquel otro cuadro, también impresionista, de los segadores sentados en torno del que, con el libro de *Don Cirongilio* en la mano, evoca el recuerdo de las primeras edades con la patriarcal costumbre de congregarse, al caer el manto de la noche, junto á la puerta de una choza, ó bajo la copa de los árboles, para escuchar con creciente interés las doradas leyendas que cuenta un anciano, ó las no menos bellas que relata la gente moza, de feliz inventiva.

decir[a] que cuando oyo[b] decir[c] aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querría estar oyéndolos noches y días.

— Y yo ni más ni menos, — dijo la ventera; — porque nunca tengo buen rato en mi casa sino aquél que vos estáis escuchando leer, que estáis tan embobado que no os acordáis de reñir por entonces.

— Así es la verdad, — dijo Maritornes. — Y á buena fe que yo también gusto mucho de oir aquellas cosas, que son muy lindas; y más cuando cuentan que se está la otra señora, debajo de unos na-

a. ...decir aquellos furibundos y terribles. L.$_3$. — *b. ...que cuando oigo decir.* Ton., Mai., FK. — *c. ...oyo aquellos furibundos.* Arg.$_4$.

8. *Y á buena fe que yo también gusto mucho de oir aquellas cosas.* — Si la primera cualidad que debe adornar al novelista es la observación; si á ésta ha de añadir la gracia de saber pintar los personajes que entran en la fábula con rasgos generales y característicos en los que aparezcan física y moralmente retratados; Cervantes, que, con sólo decir que la criada del mesón era una muchacha ancha de cara y llana de cogote describió el tipo de Maritornes, ahora nos muestra, como en claro espejo, sus sentimientos, lo más íntimo del alma. Pero no le sirve únicamente de modelo la puntualísima moza, sino que también el ventero y su hija han sido blanco de su perspicaz mirada.

Huyendo de todo artificio, podríamos decir que en este pasaje se estudian las creaciones caballerescas desde tres puntos de vista, enteramente opuestos, ya que para el ventero «no hay mejor lectura en el mundo» que la de las crónicas andantescas. Las producciones de ambos Luises, de Vives y Gracián, ¿qué valían al lado de los disparatados engendros que tanto hicieron sudar las prensas durante el siglo XVI? En estos libros palpitaba un algo que llegaba al corazón del pueblo; en estas relaciones se reproducían, si bien agrandadas, las proezas que unos cuantos aventureros hacían en las Indias. Para el ventero, pues, sólo hay, en ese linaje de obras, desafíos y riñas, batallas y terribles golpes, ejércitos numerosísimos que combaten llevando la desolación y ruina por doquier, ríos que se vuelven tintos en sangre: ¡tan grande es el caudal de heridas que se producen ambos combatientes!

En cambio, para la puntual Maritornes, nada tan delicioso como aquellas entrevistas nocturnas que allí se leen; nada tan regocijado como los tiernos y apasionados coloquios del héroe y una princesa ó un hermoso escudero con una casquivana emperatriz. Así como el amo se encanta oyendo relatar las inverosímiles proezas de un hombre fuerte y valeroso que quiere abismar para siempre el espíritu del mal, la desenvuelta moza se extasía escuchando cómo el amor resta fuerzas al valiente paladín. Y, en tanto la hija del ventero no gusta de las descripciones accidentadas que entusiasman á su padre, ni de las escenas realistas que mucho agradan á la moza del mesón, solázase oyendo las lamentaciones de los paladines, y hasta increpa á las señoras que tales males ocasionan. Si el amor que ellos sienten es verdadero, ¿á qué hacer que sufran, se lamenten y padezcan? ¡Qué manera de pintar los tres personajes! La fuerza bruta en el amo, el sensualismo en Maritornes, el amor en la hija del ventero.

ranjos, abrazada con su caballero[a], y que les está una dueña haciéndoles[b] la guarda, muerta de envidia y con mucho sobresalto... Digo que todo esto es cosa de mieles.

— Y á vos ¿qué os parece, señora doncella? — dijo el cura, hablando con la hija del ventero.

— No sé, señor, en mi ánima, — respondió ella. — También yo lo[c] escucho, y en verdad que, aunque no lo entiendo, que recibo gusto en oillo[d]; pero no gusto yo de los golpes de que mi padre gusta, sino de las lamentaciones que los caballeros hacen cuando están ausentes de sus señoras; que en verdad que algunas veces me hacen llorar, de compasión que les[e] tengo.

— Luego, ¿bien las[f] remediárades vos, señora doncella, — dijo Dorotea, — si por vos lloraran[g]?

— No sé lo que me hiciera, — respondió la moza. — Sólo sé que hay algunas señoras de aquéllas, tan crueles, que las llaman, sus caballeros, tigres y leones y otras mil inmundicias[h]; y ¡Jesús! yo no sé qué gente es aquella tan desalmada y tan sin conciencia que, por no mirar á un hombre honrado, le dejan que se muera ó que se vuelva loco[i]. Yo no sé para qué es tanto melindre: si lo hacen de honradas, cásense con ellos, que ellos no desean otra cosa.

— Calla, niña, — dijo la ventera; — que parece que sabes mucho destas cosas, y no está bien á las doncellas saber ni hablar tanto.

— Como me lo pregunta[j] este señor[k], — respondió ella, — no pude dejar de respondelle[l].

— Ahora bien, — dijo el cura; — traedme, señor huésped, aquesos[m] libros, que los quiero ver.

a. ...*caballeros.* L.$_{1\text{-}3}$. = *b.* ...*haciendo.* Arg.$_{1\text{-}3}$, Benj. = *c.* ...*le escucho.* Mal. = *d.* ...*en oirlo.* Mal. = *e.* ...*que los tengo.* Gasp. = *f.* ...*bien la remediárades.* Br.$_3$, Amb. — ...*los remediárades.* Ton., Arg.$_3$, Benj. — ...*las remediaríais.* Mal. = *g.* ...*por vos lloran.* V.$_{1\text{-}2}$. = *h.* ...*mil insolencias.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *i.* ...*loco y no sé.* Arg.$_1$, Benj. = *j.* ...*lo preguntaba.* Cl., Riv., Gasp., Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. = *k.* ...*esta señora.* Riv. = *l.* ...*de responderle.* Mal. = *m.* ...*aquellos.* Gasp.

19. *Yo no sé para qué es tanto melindre: si lo hacen de honradas, cásense con ellos, que ellos no desean otra cosa.* — Para el arte importa más lo que deja adivinar, lo que insinúa, que lo que dice. Por eso son tantos los pasajes escabrosos en el *Don Quijote*. Si ha de tenerse al eufemismo por hijo de la discreción, la pregunta de Dorotea: «— Luego, ¿bien las remediárades vos... si por vos lloraran?», merece un lugar en las páginas del libro intitulado *La delicadeza en el arte*, ya que en ella se dan la mano el *candor intencionado* y la *sabrosa malicia* de femenina curiosidad.

¡Qué melindres! ¡Qué melindres!

— Que me place », respondió él. Y, entrando en su aposento, sacó dél una maletilla vieja, cerrada con una cadenilla. Y, abriéndola[a], halló en ella tres libros grandes[b], y unos papeles de muy buena letra, escritos de mano. El primer libro que abrió, vió que era[c] *Don Cirongilio de Tracia*, y[d] el otro de[e] *Felixmarte de Hircania*,

a. Y, abriéndola el cura, halló. Arg.$_1$, Benj. — *Y, abriéndola, halló el cura en ella.* Arg.$_2$. = *b.* ...*tres libros grandes. El primer libro que abrió.* Arr. = *c.* ...*eran D. Cirongilio.* C.$_1$. = *d.* ...*y en el otro.* Mil. = *e.* ...*otro Félix Marte.* Cl., Riv., FK. — ...*otro D. Félix Marte.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj.

4. *El primer libro que abrió, vió que era «Don Cirongilio de Tracia».* — Rarísima, en verdad, la producción que tenia el ventero; y no solamente en nuestros tiempos, sino ya en época de Cervantes, pues, según el inventario que de esta clase de obras hizo el docto Gayangos, una sola edición se conoce de tan peregrino libro.

Diriase, sin faltar en ello á la verdad, que parece haber huido de caer en manos de los comentadores. El tan diligente Bowle ni aun lo menciona en su pacientísima labor cervántica; Pellicer sólo copia el título; Clemencin dice: «Yo no he logrado ver esta historia á pesar de las diligencias que he practicado para conseguirlo.» Bastús copia á Nicolás Antonio; Arrieta hace lo que Pellicer, que es bien poco; y muchos ni á mencionarle llegan.

Tampoco han sido más afortunados nuestros bibliógrafos. Nicolás Antonio confiesa no haberlo visto (1), y Gayangos, en su *Discurso*, manifiesta que «aun pudiéramos decir algo del *Don Cirongilio de Tracia*, de Bernardo de Vargas; del *Don Cristalián de España*, de D.ª Beatriz Bernal, dama principal de Valladolid, hija quizá del bachiller Fernando Bernal, que, según arriba dijimos, compuso la historia del buen duque Floriseo y la de Reymundo de Grecia; del *Olivante de Laura*, de Antonio de Torquemada, secretario de los condes de Benavente, que el cura mandó arrojar al corral por disparatado y arrogante; y, por último, del *Policisne de Bercia*, de D. Juan Silva y Toledo; libros todos que, ó formaban la caballeresca librería de D. Quijote, ó se hallan citados y aludidos en las inimitables páginas de aquella obra inmortal; pero nada sabríamos añadir á lo que de sus cofrades y compañeros dejamos ya sentado. Todos se parecen en el fondo, todos representan al vivo las cualidades propias de un buen caballero: valor intrépido en las batallas, amparo del oprimido y menesteroso, cumplimiento de la palabra empeñada, lealtad en los amores, galantería con las damas, cortesanía y comedimiento con los iguales, respetuosa veneración de los ancianos y mayores en estado, así como generosa condescendencia con los inferiores; en una palabra, cuantas dotes y cualidades constituian, á juicio de sus autores, un perfecto caballero; porque apenas se hallará uno que, al escribir tales libros, no declare ser su objeto é

(1) Bernardus de Vargas, scripsit, &, marchioni de Villena nuncupavit hujus tituli fabulosam historiam pro mors suae aetatis:

Los quatro libros del Valeroso Caballero Don Cirongilio de Tracia, hijo del noble Rey Elcofrón de Macedonia. Según lo escrició Nouarco en Griego y Promusis en Latín (ita impune tunc temporis imponebatur lectoribus) Hispali apud Jacobum Cromberger 1545 fol. Promittit in hac alteram partem.

De los hechos del príncipe Chrisocalo.

y el otro la historia del Gran Capitán *Gonzalo Hernández de Córdoba*, con la vida de *Diego García de Paredes*.

Así como el cura leyó los dos títulos primeros, volvió el rostro al barbero y dijo: «— Falta nos hacen[a] aquí ahora el ama de mi amigo y[b] su sobrina.

a. ...nos hace aquí. Br.$_3$, Amb. — *b. ...y más su sobrina.* L.$_{1\text{-}2}$.

intención enardecer los ánimos de los leyentes, é incitarlos á la imitación de aquellos modelos del más cumplido caballerismo.»

Las ambigüedades de éstos, el empeño de aquellos que se limitaron á copiar á N. Antonio ó bien al P. Méndez, y el acudir, en último término, á Brunet, han sido causa de que, instigados por lo que expresa el primero de nuestros críticos, Menéndez y Pelayo: «Sólo por la circunstancia de estar mencionado en el *Quijote* hay todavía quien recuerda el *Don Cirongilio de Tracia*, de Bernardo de Vargas» (1), nosotros hayamos querido leer este disparatado libro, del que dice Ticknor, en su *Historia de la Literatura española*, que Johnson, según testimonio del obispo Percy, lo leyó durante un verano. «Muy dudoso es, — añade Bronswell, biógrafo de Johnson, — haya habido después inglés que haya hecho otro tanto.»

Á la exquisita amabilidad de D. Isidro Bonsoms débese haber disfrutado, con la mayor holgura, de tan rarísimo ejemplar.

«*Los quatro libros del valeroso Cauallero «Don Cirongilio de Tracia.»* (Folio I.) Libro primero del inuencible cauallero Don Cirongilio, hijo del noble rey Eleofrón de Macedonia, según la escrivió el célebre hystoriador suyo Nouarco en la lectura Griega y promusis en la Latina, trasladada en nuestra lengua Española por Bernardo de Vargas... (Folio LXVIII.) Libro segundo del valeroso é inuencible cauallero Don Cirongilio, que tracta de las proezas y hazañas que hizo llamándose el cauallero de la Sierpe, según escriue el sabio y excelentíssimo scriptor y coronista suyo Nouarco... (Folio CXV.) Libro tercero del valeroso é inuencible cauallero Don Cirongilio de Tracia, que trata de las proezas y hazañas que hizo, según escriue el sabio y excelentíssimo coronista suyo Nouarco... (Folio CLXIX.) Libro quarto del noble y esforçado cauallero Don Cirongilio, que trata de como fué conocido por rey de Macedonia y Tracia: y del casamiento suyo con la infanta Regia su señora... (Al fin, folio CCXVIII.) Á gloria y honrra de Dios todopoderoso y de su bendita Madre fenesce los quatro Libros del muy esforçado é inuencible cauallero Don Cirongilio, rey de Tracia y Macedonia, hijo del rey Eleofrón, según los escriue el sabio coronista suyo Nouarco, nueuamente romançados y puestos en tan elegante estilo que en lengua Castellana á la latina Ciceroniana en alguna manera podemos dezir que haze ventaja. Imprimióse en Seuilla por Jacome Cronberger. Acabóse á diez y siete dias de Diziembre. Año del nascimiento de nuestro Saluador Jesu Cristo de mil DXLV Años.»

Es un libro en folio, á dos columnas, letra Tortis, con los tres primeros folios sin numerar y doscientos diez y ocho numerados (2), á excepción de los CXV y CLXIX, que no lo están por tener los grabados referentes al tercero

(1) *Orígenes de la novela*. I, pág. 280. — Madrid, 1905.

(2) En el *Catálogo de la Exposición celebrada en la Biblioteca Nacional en el tercer centenario de la publicación del «Quijote»*, aparece un error en la descripción de este libro, pues dice consta de 318 hojas foliadas.

— No hacen, — respondió el barbero; — que también sé yo llevarlos[a] al corral ó á la chimenea[b], que en verdad que hay muy buen fuego en ella.

a. ...llevallos. L.$_{1\text{-}2}$, FK. — *b. ...chimínea.* Br.$_3$, Amb., Ton., Bow.

y cuarto libro. El dibujo que aparece en el folio LXVII vuelto es casi igual al que se halla al frente de la edición del *Amadís de Gaula*, de 1519; y decimos «casi igual» porque muy pocas son las variantes que se ven entre uno y otro grabado, siendo la más importante decir *Don Cirongilio* en lugar de *Amadís de Gaula*.

Adviértese á la simple lectura que Bernardo de Vargas era aficionado á la poesía (mucho más que el que escribió los tres primeros libros, en los que se narran las proezas del amante de Oriana), por cuanto en el cuerpo de la obra se leen algunas canciones y glosas (1). Que sentía la belleza, lo muestra la composición que copiamos. Es la primera que aparece en la obra de Vargas.

«Canción

No hay igual, igual, igual,
Ni lo oyo á mi tormento
Antes es tan desigual
Que remedio á mi gran mal
Ni lo hallo ni lo siento.

Glosa

Es mi mal tan sin medida, — tan supremo y tan crescido,
Que como cosa aburrida — ya no curo de la vida,
Ni la busco ni la pido. — Ni la busco porque veo
Irreparable mi mal; — no la pido ni desseo
Porque á mi passión yo creo — *no ay igual, igual, igual.*

No lo ay ni pienso avrá, — ni es passado, ni presente,
Ni es, ni fué, ni será, — ni se vió, ni se verá,
Ni humano sintió ni siente. — Que es tan grande, tan sin medio,
Esta fatiga que siento — que á mi encendido cauterio
No es posible aurá remedio, — *ni lo oyo á mi tormento.*

Del tormento que se espera — la gloria do es el daño
La pena que es medianera — es holganza más entera
Porque carece de engaño. — El fuego que me convierte
En ceniza potencial, — ved qué tal será su suerte
Que da por remedio muerte — *quanto será desigual.*

Es su suerte, tan sin suerte, — es su suerte tan atroz,
Es tan excesiua y fuerte — que al uniuerso conuierte
Amancilla con su boz. — La qual boz es si es á tal
Es tanto mi sentimiento — mi pena tan desigual,
Que remedio á mi gran mal — ni lo hallo ni lo siento.»

Aparte del defecto general en esta clase de producciones, ¿no hay un algo poético en la anterior composición?

(1) Lib. I, cap. 21 y 27, y lib. III, cap. 14 y 16.

— Luego, ¿quiere vuestra merced quemar mis[a] libros? — dijo el ventero.

a. ...quemar más libros. $C._{1\cdot2\cdot3}$, $L._{1\cdot2}$, $V._{1\cdot2}$, Mil., Bow.

Que no siempre las Musas y las Gracias acudian al llamamiento de Bernardo de Vargas, lo prueba el escaso numen que se echa de ver en el epígrafe del capítulo:

«El *veintiuno* que trate
Aquí yo pienso decillo
Como el príncipe se parte
Y el infante sin más arte
Del sobre dicho castillo.
Y como partido dél
Por una extraña aventura
Vió en la fuente de Arabel
Al hijo de Rocadel
Plañendo su desventura.»

Y corre parejas con el anteriormente transcrito aquel otro del libro I, capítulo 22, cuyo comienzo dice así:

«En éste (1) se trata con grande primor
Los caballeros del lago ferviente
Ser recibidos muy honradamente
De Corosindo noble emperador.
Y como de parte del gran vencedor
Ante su hija la infanta presentan
Su alegre embajada, y junto recuentan
El hecho de Ircania, según su tenor.»

Podrá ver, el lector que hojee esta producción, algunos epígrafes de capítulos escritos en verso (2), á imitación de muchos que se leen en *Las Sergas de Esplandián*. Es tal el número de cartas que exornan sus páginas, que bien pudiera calificarse, esta producción, de manual epistolario. ¡Tantas son en número las que allí se mencionan! Pues se leen cartas:

De D. Cirongilio á la infanta Regia (II, cap. 25 y otros);
» » al emperador de Constantinopla (II, cap. 42 y otros);
» » á la infanta Anatarsia (III, cap 37);
» » al infante D. Alcis (IV, cap. 8);
» » al emperador de Grecia (IV, cap. 8);
» » » de Roma (IV, cap. 26 y otros);
De la infanta Regia á D. Cirongilio (II, cap. 26 y otros);
» » » á Anatarsia (III, cap. 37);
» » » á la infanta Palingea (IV, cap. 18);
» » Palingea á D. Cirongilio (I, cap. 36);
» » » á la infanta Regia (III, cap. 25 y otros);
» » Anatarsia al infante D. Alcis (IV, cap. 9);
» » » á D. Cirongilio (IV, cap. 14);
Del rey Sinagiro al emperador de Grecia (IV, cap. 8);
Del emperador de Grecia al rey Sinagiro (IV, cap. 13);

(1) Lib. I, cap. 22.
(2) Lib. I, cap. 23, 24, 25, 27, 28, 30 y 31.

— No más, — dijo el cura, — que estos dos: el de *Don Cirongilio* y el de *Felixmarte*.

Del infante D. Alcis á D. Cirongilio (IV, cap. 13);
De Argesilao de Calcedonia al rey Eleofrón (I, cap. 3);
De Polistrato y caballeros nobles de la ciudad de Borea á D. Cirongilio (IV, cap. 12);
Del emperador de Constantinopla á D. Cirongilio (IV, cap. 13);
De la emperatriz de Constantinopla á la reina Cirongilia (IV, cap. 13);
Del emperador de Roma á D. Cirongilio (IV, cap. 26 y otros).

Del estilo que campea por sus páginas puede dar una idea la siguiente que copiamos:

«Carta de D. Cirongilio al emperador de Grecia. — Alto y soberano emperador de la gran Grecia, D. Cirongilio, hijo nuevamente conocido del rey Eleofrón y de la reina Cirongilia, reyes de Macedonia y Tracia, el menor de vuestros servidores, besa vuestras imperiales manos: y os hace saber como después que de vuestra corte partí por vuestro mandado vine en el reino de Thesalia en la ciudad de Larisa donde con ayuda del muy alto, maté al gran gigante Tarpendosago, hermano de Buzaratangedro, aquel gigante que en la ciudad de Constantinopla en presencia vuestra maté, cuando Panizara, que esposa suya decia ser, se mató con dolor de su muerte, en la cual batalla yo ove una llaga en el muslo que fué causa que mediante ella fuesse conoscido por hijo de tan altos y nobles padres, con plazer de lo qual poco fué menester para que del todo sanasse y porque entendí el plazer que recibiérades de lo saber y también por satisfazer á lo que obligado soy, determiné escribiros esta carta, pues que personalmente no puedo ir á besar las manos y cumplir lo que, al tiempo de mi partida de essa corte, me fué por vos mandado. Pero plazerá á Dios que dará fin á un negocio que traygo entre las manos y haya lo que agora no puedo y aunque quiero, no me da lugar.»

Pero no es ese estilo natural y llano el que encanta y seduce en el *Cirongilio:* hay algo más elevado, algo que hace aparecer á su autor como artista enamorado de la forma:

«...mató á un jayán que, con una terrible boz, tal que la ínsula pareció atronar, despidió el ánima del cuerpo... El cauallero cayó y no tardó que su ánima no fué suelta de la corporal prisión en que estaba.» (I, cap. 24.)

«Cuando Galafox se sintió tan mal herido, dió una boz espantosa y la tiniebla de la muerte, cegó sus ojos.» (I, cap. 29.)

«É assí dende á pocos dias su ánima salió deste mundo y la que en él habia sido tan trabajada, fué al otro á hacer nuevo principio de tormento para siempre.» (II, cap. 24.)

«...y poniéndose delante sus ojos encendidos en ira la ciega y escura noche de la muerte cayó del caballo en tierra, fuera de sí.» (III, cap. 20.)

Pero ¿qué clase de historia es ésta? ¿Por ventura ha de estimarse por una fábula tan saturada de amores como *Tristán é Iseo*, tan disparatada como el *Florisel de Niquea*, ó bien tan realista como el *Tirant lo Blanch*? De todo tiene. Como libro caballeresco, no pueden faltar en él los tiernos afectos del héroe hacia una elevada princesa; como crónica andantesca, á cada paso hallará el lector legiones de descomunales jayanes interceptando el paso al joven paladín; una multitud de hermosas doncellas que le exponen sus cuitas para deshacer algún entuerto ó encantamiento; horrendas serpientes que arrojan fuego por la boca y humo por las narices; traidores como Garadel y Argesilao, quienes, después de asesinar al padre de Cirongilio, se posesiona-

— Pues ¿por ventura, — dijo el ventero, — mis libros son herejes ó[a] flemáticos, que los quiere quemar?

a. ...herejes flemáticos. L$_3$.

ron del reino de éste; y una infinidad de encuentros, cada cual más accidentado, en los que siempre quedó vencedor el joven paladín.

Una breve reseña de la producción de Bernardo de Vargas probará cuanto se ha dicho.

Fruto de la unión del rey de Macedonia y Tracia con la hija del rey de Tesalia, fué un infante en el que Dios quiso «mostrar sus grandes maravillas poniendo y esculpiendo en el su brazo derecho diez letras bermejas á manera de fuego». Cuando aun estaba en cinta la reina Cirongilia, fué muerto su esposo Eleofrón por un hermano de éste llamado Garadel, no sin la ayuda del pérfido Argesilao.

Ocupado el trono por el fratricida, y viendo las claras señales con que la Divinidad anunciaba el nacimiento del joven príncipe, determinó matarle y alejar de sus estados á la hija del rey de Tesalia.

Tramado el plan para dar muerte al tierno infante, salió el perverso Argesilao, acompañado de algunos soldados, en dirección á un bosque; é, internándose por él, iba á consumar el infanticidio, cuando de improviso apareciósele una descomunal serpiente, y, colocando el niño en su boca, después de haber causado terror y espanto al verdugo y á su gente, huyó por lo más espeso de la floresta.

Salvado el héroe milagrosamente por Epaminón, que así se llamaba el señor de la ínsula Patalena, fué educado en compañía de un hijo de éste, apellidado Antandro. Bautizado el infante y puesto por nombre Cirongilio, que así decían las diez letras que llevaba grabadas en el brazo, fué criado y educado por los principales maestros de la ínsula, demostrando aprovechamiento en todo, así en el ejercicio de las armas, como en el cultivo de las letras.

Joven aún, trasladóse, en compañía de Antandro y Epaminón, á la corte del emperador de Constantinopla para ser armado caballero; trabando, poco después de recibida tan honrosa merced, descomunal batalla. Perecieron en ella una serpiente y dos descomedidos jayanes, guardadores de una arca encantada, de la que salieron, terminada la lucha, dos hermosas doncellas que habia más de doscientos años estaban esperando el desenlace de tamaña empresa. La una, ante la corte del emperador, pidió á D. Cirongilio un don: otorgólo éste, y poco después entró el joven paladín acompañado de las dos doncellas y de Sagarín, su escudero, en un carro encantado, dando con ello principio á su famosa y triunfal carrera en defensa de los menesterosos y desvalidos, no sin antes despedirse de los emperadores de Constantinopla y en particular de la infanta Regia, la señora de sus pensamientos.

Antes de acabar la arriesgada empresa del arca encantada, visitó la ínsula Serpentina, matando al feroz gigante Astromidar y libertando á Epaminón, Antandro y algunos caballeros más. No pudiendo seguir su peregrinación con el carro encantado, por lo angosto del camino, descendió de él y penetró por entre las tinieblas. Matando serpientes, jayanes tan altos como castillos, y luchando con leones, tigres y demás animales feroces, llegó al palacio del rey Circineo, padre de la hermosa princesa Palingea (que tal era el nombre de una de las doncellas que acompañaban á nuestro paladín), terminando, con esto, la prueba del arca encantada.

— Cismáticos queréis[a] decir, amigo, — dijo el barbero, — que no flemáticos.

a. ...querréis decir. Br.$_3$, Amb., Arr., Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj.

Habiendo determinado de pasar á Hungría, dió en una ínsula, en la cual, luchando, en compañía de algunos marineros, en contra de un buen número de caballeros turcos, mató á varios y puso en vergonzosa huida á los demás; visitando poco después la Grecia.

Al salir, un dia, del castillo de Jesafanares en busca de aventuras, presentósele una doncella: prestóle auxilio, matando al traidor que tenía prisionero en horrible mazmorra á la madre de la cuitada dama. Apenas terminada esta hazaña, hubo de luchar con el Caballero del Paso de la Fuente, á quien mató, adquiriendo, como premio de la victoria, una sortija, la que habia de librarle de encantamientos y sanar cuantas heridas recibiese.

Enseñoreado del precioso talismán, iba á la ventura, cuando tuvo que luchar, con varia fortuna, hasta dar muerte á Galafox. Abandonando el castillo de cierta condesa, y teniendo el pensamiento fijo en su señora, dió con unos desalmados, viéndose obligado á hacer armas con ellos y, poco después, con Farsante y seis villanos más, venciéndolos y libertando á muchos caballeros que sufrían cruel tormento en un castillo. Sin dar tregua ni reposo á su fuerte brazo, venció y desbarató al jayán Parpasodo Piro, feroz gigante cuya «cabeza era tan grande que de un ojo á otro habia un palmo de distancia y de la frente á la barba más que una vara», quien tenía en prisión al compañero de infancia de nuestro paladín, el joven Antandro, hijo del desmesurado Epaminón; mató al jayán Fanasnú, libertando así á la infanta Leria y á unas hermosas damas que con ella iban; luchó y venció al indomable Argayón de Liargos, defensor del paso de la Puente Pinara; y recorriendo, un dia, tras largos y continuados desafíos, en hermosa y risueña floresta, hallóse con Brabor y sus dos primos, á los que venció después de accidentada contienda.

Como si nada fuesen las hazañas aquí relatadas, aun aguardábanle, al doncel reñidor, combates de los que, como siempre, salió victorioso. Así, vésele vencer al marqués de Heliox, matar al jayán Buzaratangedro, desencantar á Quisedel, hijo del duque de Calabria; humillar á diez caballeros cerca de Ferenciola, desbaratar las huestes del marqués de Heliox y del duque de Austria, acabar con el poderío del gigante Epidimaratón, señor de la Pujante Roca; hundir en el polvo la hercúlea fuerza de la jayana Episcoptonda, y abatir para siempre al jayán Taglatalazar, señor de la Honda Cava.

Tales victorias no dieron punto de reposo al joven paladín, pues la prueba de la cinta, las visitas á Epaminón y Antandro en Patalena, sus correrías por Grecia, en las cuales libertó á Flexenor y Flenión, las amorosas entrevistas con la infanta Regia, ocupáronle una buena pieza.

Pero presto se aburrió de las fiestas, saraos y torneos, y volvió á la vida activa saliendo en defensa del rey Sinagiro contra el traidor Garadel, matando al gigante Tarpendofago. Curándole de las heridas que había recibido en la contienda, observaron, los que le asistían, las letras que llevaba grabadas «en el su brazo derecho». Enterado el rey Sinagiro de tan extraña nueva, y como le hubiese contado el andante caballero lo singular y raro de su nacimiento, enviaron á buscar al gigante Epaminón, explicó éste el hallazgo del héroe, y poco después vino en reconocerle la reina Cirongilia, hermana del rey Sina-

— Así es, — replicó el ventero. — Mas, si alguno quiere quemar, sea ese del *Gran Capitán* y dese *Diego García;* que antes dejaré quemar un hijo que dejar quemar ninguno desotros.

giro. Sabedor el héroe de la trágica muerte de su padre y de la usurpación de sus estados por el traidor Garadel, declaró la guerra al rey de Macedonia; juntó una armada para luchar contra los turcos, á quienes venció y puso en vergonzosa huida, y, después de haber reconquistado los reinos que fueron de Eleofrón, se casó con la hermosa infanta Regia.

5 (pág. 381). *...y el otro de Felixmarte de Hircania.* — No es esta la primera vez que se menciona en la fábula cervantina tan disparatado libro. En el famoso escrutinio que el cura y el barbero, ayudados del ama y sobrina de Alonso Quijana, hicieron en la biblioteca de éste (1), apareció un ejemplar de la

« *Primera parte de la grande historia del muy animoso y esforzado principe Felixmarte de Ircania, y de su estraño nascimiento. En el qual se tratan las grandes hazañas del valeroso principe Flosarán de Misia, su padre, según que las scrivió en Griego el grande historiador Philosio Athenieuse. Traducida de lengua Toscana en nuestro vulgar, por el magnífico cavallero Melchior Ortega, vezino de la cibdad de Úbeda. Dirigida á el Ilustre señor Juan vázquez de Molina, del Consejo del estado de su Magestad y su Secretario, Comendador de Guadalcanal. Treze de la orden de Sanctiago. Con privilegio para Castilla y Aragón. En este año de 1557. — Está tassado á dos marauedis el pliego que monta 255 marauedis.* (Folio IX.) Parte primera de la grande historia del muy animoso y esforçado principe Felixmarte de Ircania. En el qual se tratan las grandes hazañas del valeroso principe Flosarán de Misia, su padre, y el extraño nascimiento de Felixmarte, su hijo. Dirigido al muy illustre señor Juan Vázquez de Molina, secretario de su Magestad y del su consejo del estado. Comendador de Valencia del Ventoso... (Folio LXXVII vuelto.) Parte segunda de la grande historia del muy animoso y esforçado principe Felixmarte de Ircania. En el qual se tratan sus grandes hazañas y de otros valerosos principes y caualleros y la estraña aventura por donde se supo de la excelente princesa Martedina de Alemania y del valeroso principe Flosarán de Misia, sus padres. Y cuenta la cruel guerra y peligroso cerco que el Emperador Francoleo de Alemania, tuuo en Colonia. Y la estraña manera por donde el principe Felixmarte fué conocido por nieto del emperador de Alemania... (Folio CXCI vuelto.) Parte tercera de la grande historia del invencible y animoso principe Felixmarte de Ircania. En el qual se tratan sus grandes proezas y la estraña manera de su fingida muerte. Y las differentes y peligrosas auenturas que le acaescieron andando encubierto, por causa del enojo que la princesa Claribea su señora, con él tuuo. Y cuenta de los muchos principes y caualleros y princesas, infantas y donzellas que se embarcaron para la estraña insula Riscosa... (Al fin folio CCLVI.) Acabóse el presente libro, en la muy noble y leal villa de Valladolid (Pincia otro tiempo llamada) en la officina de Francisco Fernández de Córdoua, impressor de la Magestad Real. Á veinte dias del mes de Agosto. Año de mil y quinientos y cinquenta y seis años. »

Este volumen en folio, de letra Tortis y á dos columnas, fué calificada de producción seca y dura por el eximio novelista. Y ¡cuán justo y razonado an-

(1) Parte I, cap. 6.

— Hermano mío, — dijo el cura, — estos dos libros son mentirosos, y están llenos de disparates[a] y devaneos; y este del *Gran Ca-*

a. ...de desparates. L.$_{1\text{-}2}$.

duvo el crítico! ¡Qué estilo tan pesado el de sus larguísimas páginas! ¡Qué de repeticiones en las escenas que narra!

De cuantos libros de caballerías hemos podido leer, uno de los más disparatados es aquél del cual el ventero decía: «Bueno es que quiera darme vuestra merced á entender que todo aquello que estos buenos libros dicen sea disparates y mentiras, estando impreso con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gente que habían de dejar imprimir tanta mentira junta, y tantas batallas y tantos encantamentos que quitan el juicio.» Y así es la verdad, pues el libro de Melchor Ortega es un continuado desafío. ¡Tantos son en número los que allí se mencionan y describen!

Dar al lector una idea de la obra, es punto menos que imposible. Con disformes bestias de dedos tan gruesos como brazos, descomunales jayanes, formidables centauros, salvajes como Belsagina, gigantes como Brandalión y Macadarte, hermosas doncellas como Oriandina y Claribea, príncipes tan apuestos y denodados como Leonoriso y Fulminán de Suecia, caballeros tan esforzados y valientes como Resistel de España y Tesiortes de Misia, jóvenes paladines como Tebaldo de Lacedemonia, Fineor de Polonia, Uriambel de Escocia y Didión de Magesia; con una princesa secuestrada como Martedina y un incansable caballero como Flosarán de Misia; formó su autor una tan disparatada producción que no se sabe si admirar más la fecunda inventiva de combates sobre combates, ó la pesada ñoñez que desde el principio al fin se echa de ver en todas sus partes.

El héroe que da título á la obra es el príncipe Felixmarte de Hircania, quien, usando unas veces el nombre de *Doncel de la Aventura* y otras el de *Caballero de la Triste Guirnalda*, recorre diferentes países del Oriente de Europa, celebrando justas y torneos, ó bien defendiendo *pasos honrosos*, en los que el joven paladín sale siempre vencedor.

Nada hemos de decir acerca de su estilo, pues queremos dejar que el lector se forme idea del libro; y lo juzgará tal y como lo criticó Cervantes si pasa los ojos por las siguientes líneas, en las que se relata el desafío del *Caballero del Socorro* con el cruel Leosardo (1):

«El caballero del socorro se llegó cuanto pudo y á deshora tiróle una punta, mas el Leosardo se apartó tan presto como si fuera un ave. Y, así, se comenzó entre ellos la más extraña contienda que jamás fué vista... el caballero del socorro, escarmentado, no le quiso tirar hasta que se vió tan cerca que le pareció imposible dejar de darlo, y, tirándole una punta, el Leosardo se abajó tanto y tan presto, que el espada pasó por encima de su cabeza, y en un momento fué por asirle del brazo del espada, más el caballero del socorro, conosciendo que iba á coger el brazo, tendió el escudo y púsolo delante, y como el Leosardo traía recia la mano, topó en el escudo de suerte que le estorbó de no asirle del brazo del espada. Y, en tanto, cogiéndolo el caballero del socorro, quiso herirlo de una punta; el Leosardo, viéndola venir, asió del brocal del escudo, y, apartándose, tiró con tanta fuerza que, quebradas las embrazaduras, lo llevó en la mano, dando con el caballero del socorro de manos por

(1) Lib. I, cap. 17.

pitán es historia verdadera, y tiene los hechos de Gonzalo Hernández de Córdoba, el cual, por sus muchas y grandes hazañas, mereció ser

tierra. Y levantándose á este tiempo gran ruido entre los que miraban, soltando el Leosardo el escudo, en un momento volvió sobre él á tiempo que el caballero del socorro, ayudado en aquel trance de su fuerte corazón, estaba ya de rodillas y asiéndole con ambas manos del brazo del espada. El duque y los demás lo juzgaron por muerto, mas el caballero del socorro en un momento puso la siniestra mano en su daga y tan presto le tiró con ella á los pechos que el Leosardo no se pudiera guardar sino lo dejara, dando un salto á su siniestra parte y poniendo el caballero del socorro su espada en medio pudo levantarse antes que el Leosardo volviese á él, dejando á los que miraban tan espantados (como si de muerto lo vieran resucitado), el qual viendo á este tiempo que el Leosardo iba por tomar el escudo, arremetió á él tan presto que se lo estorbó; mas no osó abajarse á tomarlo. Y como el Leosardo comenzase á cercarlo en torno fuesse para él, y alzando el brazo hizo semblante de darle un revés; el Leosardo se estuvo quedo y el caballero del socorro, sin poner ninguna fuerza, dejó caer el espada, y hurtándole el cuerpo el Leosardo, viendo passada el espada arremetió á él; mas el caballero del socorro que ninguna fuerza puso en el golpe, pudo antes poner el espada en medio á tiempo que el Leosardo no fué poderoso de retirarse, de suerte que con la fuerza que traia se la metió por los pechos en derecho del corazón, tan recio, que no paró hasta la empuñadura. Y tanto fué el impetu que llevaba, que encontrando con el caballero del socorro dió con él de espaldas gran caida, y él llevando metida el espada cayó de la otra parte, revolviéndose con la rabia de la muerte, dando tan espantables bramidos, que la tierra hacia extremecer. El caballero del socorro fué luego en pie y con tal braveza se revolvia el cruel Leosardo, que no pudo llegarse á él hasta que lo vió muerto; que entonces trabando de su espada se la sacó de los pechos toda bañada en sangre; la qual á deshora comenzó de arder en su mano de una llama pequeña y muy clara y fué tan breve, que casi paresció habérseles antojado á los que la vieron...»

Ni la estética, cuyo nombre no conoció en el sentido que hoy damos á la palabra; ni la crítica, la alta crítica, con que ahora se envanecen muchos que del arte hablan; pudieron ser objeto de estudio para Cervantes. Pero ¡quién no admirará su intuición artística al confrontar lo que aquí se ha copiado con el juicio que de este libro hizo! «Pues á fe que ha de parar presto en el corral, á pesar de su extraño nacimiento y soñadas aventuras, que no da lugar á otra cosa la dureza y sequedad de su estilo.» (I, cap. 6).

Señala su autor, al final del lib. III, una continuación que, en bien del buen sentido, no llegó á salir de las prensas. Era cuestión de poco tiempo el saber en qué paraban los amores del joven Felixmarte con la princesa Claribea: «Con lo qual aquel gran historiador Philosio dió fin á la tercera parte desta gran historia y dejó para contar en la cuarta parte suya el suceso que estos valerosos emperadores y grandes príncipes y cavalleros tuvieron en este viaje de la ínsula Riscosa y lo que en las extrañas pruebas della les acaeció á ellos y á todas aquellas princesas, infantas y grandes señoras, junto con otras grandes y diversas aventuras y notables hechos que acaecieron, y también dirá en ella el fin de los honestos amores del príncipe Felixmarte y de todos los otros príncipes y cavalleros (como con la ayuda de nuestro señor se verá luego en la cuarta parte, que se queda imprimiendo.)»

¡Lástima grande, diría un escritor humorista, ignorar aún si Felixmarte casó con Claribea!

llamado de todo el mundo *el[a] Gran Capitán*, renombre famoso y claro, y dél solo merecido; y este *Diego García de Paredes* fué un

a. ...mundo Gran. V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, Mil., Amb., Ton., A.$_1$, Arr., Mai., FK.

1 (pág. 382). *...la historia del Gran Capitán Gonzalo Hernández de Córdoba, con la vida de Diego García de Paredes.* — La *Breve suma de la vida y hechos de Diego García de Paredes, la cual él mismo escribió y la dejó firmada de su nombre, como al fin della parece,* corría, á mediados del siglo XVI, junto con la *Corónica del Gran Capitán,* si bien con diferente numeración.

2. *...y este Diego García de Paredes.* — De la obra de Tomás Tamayo de Vargas, intitulada: *Diego García de Paredes, relación breve de su tiempo* (1), copiamos los siguientes párrafos, que vienen á ser una reseña, á la ligera, de los hechos del *Sansón de Extremadura:*

«Augusto por el favor de la Divina clemencia, Emperador de Romanos, Rey de Alemania, de las Españas, de las dos Sicilias, de Jerusalén, de las Islas de Mallorca, Menorca y de Canaria, del Nuevo mundo, de las Indias, etc. Archiduque de Austria, Duque de Borgoña y Señor de Flandes, etc. Al Magnífico, Valeroso y fiel nuestro amado *Diego García de Paredes,* de la ciudad de Trujillo, nuestro Coronel, soldado y Caballero de espuela dorada... considerando el valor de vuestro ánimo y la lealtad que á Nos y al Sacro Romano Imperio, y á nuestros Reinos de España avéis tenido... lléganse á esta vuestros merecimientos é servicios que... avéis fecho, tantos como grandes y tan notorios, que no ai necessidad de contarlos, tan ilustres, que en ninguna manera se deben callar. De los quales para que contemos algunos, siendo Coronel en el exército del Summo Pontifice Alexandro Sexto, y presidiendo á siete vanderas, aviéndole pedido y alcanzado licencia, os embarcastes para Calabria con ochocientos soldados de infantería al exército y servicio de dicho Serenissimo Rey Cathólico nuestro abuelo: y allí con los mismos soldados en todas las batallas y encuentros de los enemigos, hasta el fin de la guerra, y aver ganado el Reino, perseverastes con summa alabanza vuestra, sin tener segundo en poneros á peligros, en el qual tiempo distes gran testimonio de vuestra virtud, quando en el rompimiento de los dos exércitos de los Franceses, junto á la Chirinola y el rio Garellano primero que todos, investistes al enemigo.»

«En la toma de la ciudad de Rubo fuistes el primero que subió el muro, y varonilmente os metistes dentro de la ciudad y de los enemigos. Y lo mismo hicistes en la toma del castillo de Bisela, el primero entrastes en su ciudadela entre los enemigos. Y acometiendo á la ciudad de San Germán, juntamente con el arrabal que tenian los Franceses, los matastes con fuerza de armas. Y luego en la toma de la tierra Rocadeandria, el primero subistes por la escala. Y, finalmente, teniendo los Franceses apretada á Rocaseca con el cerco que le avian puesto, de manera que parecia que apenas se podia defender, vos con los soldados Españoles distes sobre los enemigos, de suerte que les fué forzoso alzar el cerco. Á esto se llega lo que en servicio del Dios Maximiliano César nuestro abuelo colendissimo hicistes no menos fuerte que valerosamente, al qual después de aver recibido el Reino de Nápoles, como lo sirviéssedes con dos mil infantes y trecientos caballos, y Dionisio de Brisegelo, Capitán del exército de los Venecianos combatiesse el castillo, antes que

(1) Luis Sánchez. — Madrid, MDCXXI.

principal caballero, natural de la ciudad de Trujillo, en Extrema-

viniese el mismo César Maximiliano, vos defendistes y amparastes el lugar con tal fuerza, que les fué forzoso á los enemigos dexar el combate. Viniendo aquí César á cercar á Padua, aviendo llegado á la fuerza de Simina, puesta sobre el rio Brenta, donde una parte del exército de los enemigos se avia fortificado, teniendo vos la avanguardia con la infantería Española, rompiendo con los enemigos, muertos muchos de ellos, tomastes por fuerza el lugar, donde el dicho César Maximiliano assentó su real. Y aviéndose ido de allí con el exército á poner cerco á Padua, y vos llevássedes la avanguardia con los caballos y infantería Española y con tres mil infantes Alemanes y gran parte del exército de los enemigos, assí de infantería como de caballos, estuviessen en guarda de la puente del rio Vaquión junto al lugar de Tenquerola, y visto el exército Imperial con ímpetu ametiesen á la puente, para vedar el passo al exército del Emperador, vos rompiendo los enemigos con la infantería Española, passastes el rio, y muertos y captivos muchos de los enemigos fuistes siguiendo á los que huían, hasta las puertas de Padua. Y aviéndola puesto cerco, como una parte de los soldados Alemanes, que estaban de posta para guardar la artillería junto á la puerta de Pontecorbo, saliendo por la misma puerta quatro mil soldados de los enemigos, matando á muchos, y huiendo los demás, la recuperastes. Y, aviendo el Emperador dexado el cerco, como vos quedássedes en la retaguardia con los soldados Españoles: y viendo los enemigos que el exército se mudaba, salieron de la ciudad hasta cinco mil, y embistieron por la parte donde iban los Alemanes, que llevaban la artillería, y los desbarataron más acudiendo vos á su socorro, y peleando con los enemigos, aviendo muerto muchos, y huiendo los demás, los encerrastes en la ciudad, y librastes los Alemanes.»

«Finalmente, aviéndose vuelto el Emperador á Alemania, perdida Vicencia como viniesen los enemigos á tomar á Verona por persuasión de algunos ciudadanos, vos entrastes en la ciudad con los Españoles, y la defendistes, y como los enemigos perseverassen largo tiempo en la guerra, para poder tomar á Verona, y Bartholomé Albiano sobreviniesse con 1,500 hombres de armas, y tres mil caballos ligeros, y catorce mil infantes, y gran fuerza de artillería, y combatiesse la ciudad, y rompiese gran parte del muro, y la allanassen por el suelo, combatiéndola desde mediodía hasta la noche, vos con los soldados Españoles y Alemanes, defendiendo la ciudad, vedando la entrada á los enemigos, y matando á muchos de los Capitanes y soldados, los hicistes huir, sin que tuviesen effecto, y amparastes la ciudad. Y, finalmente, en el rompimiento junto á Vicencia, vuestro valor resplandeció mucho más que el de todos, siendo uno de los pocos que, peleando contra la gran multitud de los enemigos, tuvieron insigne victoria. Y después de todo esto, como los Franceses ocupassen nuestro Reino de Navarra, estando Nos absentes de España, en la batalla que se dió junto á Pamplona, os mostrastes vos tal por volvérsela á ganar, que á vos se aia de atribuir la maior parte de aquella victoria. Y no deben ser juzgados por menores los servicios que nos hicistes, quando se volvió á ganar Fuenterrabía: y en la toma de los pueblos de Amaia y de San Juan Piedepuerto, vos fuistes la principal causa de toda aquella victoria, por lo mucho que en ello trabajastes.»

«Dexamos entre estas otras muchas ilustres hazañas vuestras, que con vuestro summo valor avéis hecho así en España, como en Italia, mostrándoos tal en todas las batallas y rompimientos, que avéis sido espanto y asombro á los enemigos, y amparo y defensa á los nuestros. Los quales mereci-

dura, valentísimo soldado, y de tantas fuerzas naturales que detenía con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia;

mientos vuestros, para que se comprueben con nuestro testimonio, aviendo recibido oi la diadema Imperial de mano del Beatíssimo Clemente VII Pontifice Máximo, y celebrando el dia solemne entre otros muchos varones principales en nobleza y virtud, estando presente célebre acompañamiento de Príncipes, hombres principales, y Caballeros, hacemos á vos el dicho Diego García, Caballero de espuela dorada, con espada desembainada, y guardando las debidas ceremonias, según y como por las presentes os hacemos y concedemos todas las honras pertenecientes á esta orden de caballero, mandando y determinando, que de aquí adelante por todo el Imperio Romano, y en todas las partes y lugares seáis avido y tenido por verdadero Caballero de espuela dorada y podáis usar y gozar de cadenas de oro, de espada y puñal, y espuelas, vestidos, jaeces, y de los demás aderezos, y de todos los privilegios, gracias, honras, dignidades, libertades, excepciones y prerrogativas, y de cada una dellas, y de otras qualesquier tocantes y pertenecientes á la Orden y dignidad de Caballero, y de los actos y officios que de derecho y de costumbre les pertenecen de las quales los demás á quien se les á dado la misma dignidad, y están puestos en la misma orden en semejantes solemnidades, assí por Nos, como por nuestros antepassados usan y gozan, ó pueden usar ó gozar en qualquier manera, de costumbre, ó de derecho sin le poner algún impedimento: mandando á todos los Príncipes assí Eclesiásticos como seglares, Prelados, Duques, Marqueses, Condes, Barones, Capitanes, Prefectos, Potestades, Procuradores, Officiales, Magistrados, Jueces, Cónsules, Heraldos, Reyes de armas, Embaxadores, Ciudadanos, Comunidades, y á cada uno dellos: finalmente, á todos los amados fieles, de nuestro sagrado Imperio de qualquier estado, grado y condición que sean, que dexen usar y gozar á vos el dicho Diego desta Dignidad y orden de Caballería, y de las señales á ella pertenecientes, y juntamente de las prerrogativas y libertades, y en ellas permanecer quieta y pacíficamente, por quanto tienen nuestra amorosa gracia, sino es que quieren más huir de caer irremisiblemente, demás de nuestra gravíssima indignación y del sacro Imperio, en penado treinta marcos de oro puro. Los quales mandamos que se appliquen la mitad al fisco ó á nuestro Erario Imperial, y la otra mitad al agraviado, todas las veces que lo contrario hicieren, en testimonio destas nuestras letras firmadas de nuestra mano, y selladas de nuestro sello Imperial pendiente.»

«Dada en Bolonia á veinte y quatro dias del mes de Febrero año del Señor de mil y quinientos y treinta, y de nuestro Imperio año décimo, y de los otros nuestros Reinos año décimoquinto. Carolus. Por mandado de la Cesárea y Cathólica Magestad. Alfonso Valdés.»

¡Cómo no habia de halagar la fantasía, no ya de la gente inculta, sino de los doctos, la remembranza de un Diego García de Paredes, cuyas hazañas pregona el mismo emperador, castigando con severa multa á los que en algo osaren menoscabar los gloriosos timbres del valiente soldado!

1. *...y de tantas fuerzas naturales que detenía con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia.* — Quien pase los ojos por la producción de Tamayo de Vargas, citada en la nota anterior, podrá cerciorarse de lo que en la primera parte de la presente nota dice el cura.

Hallándose el *Sanson extremeño* en Roma, al servicio del Papa, riñó con un esforzado jugador de barra, y, aprovechándose de ésta, «se desembolvió de

y, puesto con un montante en la entrada de una [a] puente, detuvo á todo un innumerable ejército que no pasase por ella [b]; y [c] hizo otras

a. ...de un puente. MAI. = *b. ...por el.* MAI. = *c. ...é hizo.* GASP., MAI.

tal suerte entre la multitud, que deseaba con su muerte la venganza del romano, que dió, á su pesar, buena muestra de quan desiguales eran, matando á cinco, hiriendo á diez y maltratando á muchos y espantando á todos los que le vian discurrir á fuerza de rayo.»

Al describir la toma de Monteflascón, dice el cronista que Diego Garcia de Paredes dió pruebas de singular valentia, haciendo «obedesciesse á la fuerza de sus manos la fortaleza del hierro, quebrantando el cerrojo y armellas con facilidad y presteza», dando de esta suerte paso al ejército sitiador. Después de haber tomado parte activísima en los hechos de Italia, hallándose descansando de los azares de la guerra en su pais natal, llegó una noche á un mesón; y, como unos viandantes se burlaran de él, y de las palabras pasaran á los hechos, nuestro héroe asió un banco que tenia á mano, y «dió con él á uno de ellos tan gran golpe, que le abrió toda la cabeza, y luego echó mano de los demás hombres y mujeres y los amontonó sobre la lumbre, donde los tuvo hasta que la una mujer se acabó de quemar y á todos maltrató pesadamente el fuego.» Estando otra vez en Italia y habiendo caido prisionero el noble hijo de Trujillo, «llevábanle quatro hombres de armas asido fuertemente... y al pasar un rio por una puente sin bordes, libró su libertad en su peligro y trabando valientemente á los quatro que le tenian, se echó (temeridad digna de eternidad) de la puente con ellos al agua, adonde, ahogándolos primero, él se libró saliendo á nado y se volvió á su campo, que estaba de allí á seis millas, á pie, herido, cargado de agua y de todas armas.»

Leyenda ésta verdaderamente popular, de índole soldadesca si place, tiene, sin embargo, un fondo histórico que, si no aplicable en todas sus partes al *Sansón de Extremadura*, por ejemplo, en lo que dice relación al hecho de haber detenido con el dedo una rueda de molino en el momento de su mayor furia, lo es en los briosos acaecimientos arriba mencionados.

Que el hecho tan celebrado por Cervantes lleva también un sello de verdad en lo fundamental, lo dice esa otra historia del *Hércules de Ocaña*, del *Alcides castellano*, del capitán Alfonso de Céspedes, ya que de él se cuentan acciones tan extraordinarias que apenas pueden ponderarse debidamente, como son menear doce hombres con una mano, puestos contra él al cabo de un gran madero; tomar un bufete grande de nogal, con algunos vasos llenos de agua, y levantarlo por una esquina, sin que se derramase ni tan sólo una gota; arrancar con la mano una pila, de regulares dimensiones, llena de agua bendita, para servir á una dama que, á causa de la gran concurrencia, pugnaba en vano por entrar en el templo; y detener la rueda de una aceña para que no moliese.

¡Cómo no habian de halagar la fantasia del pueblo, narraciones que, si nacidas de hechos extraordinarios, rayaban en sus historiadores con lo increible, por no decir con lo inverosímil!

Éstas, éstas eran las leyendas con que se acaloraba la fantasia en aquellas reuniones de que nos dan cuenta el ventero y su mujer; éstas y no los relatos históricos, aunque hazañosos, verdaderos, se llevaban la palma de los lectores y oyentes, que tenian puesto su corazón en los maravillosos acaecimientos celebrados una y mil veces en los libros caballerescos.

tales cosas, que [a] si, como él las cuenta y las [b] escribe él asimismo [c] con la modestia de caballero y de coronista [d] propio [e], las escribiera otro, libre [f] y desapasionado, pusieran en [g] olvido las de los Hétores [h], Aquiles y Roldanes.

— ¡Tomaos con mi padre! — dijo el dicho [i] ventero. — ¡Mirad de qué se espanta! ¡de detener [j] una rueda de molino! Por Dios, ahora había vuestra merced de leer lo que oí yo de [k] Felixmarte de Hircania, que de un revés solo partió cinco gigantes por la cintura,

a. ...que como si él. C.$_{1\cdot2\cdot3}$, L.$_3$, BOW. = *b. ...y les escribe.* BR.$_{1\cdot3}$. = *c. ...escribe asimesmo.* C.$_{2\cdot3}$, V.$_{1\cdot2}$, BR.$_{1\cdot2\cdot3}$, MIL., AMB., TON., A.$_1$. — *...escribe él de sí mismo.* CL., RIV. = *d. ...y de cronista.* MAI. = *e. ...proprio.* V.$_{1\cdot2}$, BR.$_3$, MIL., AMB., TON. = *f. ...otro libro.* BR.$_2$. = *g. ...pusieran en su olvido.* L.$_3$, V.$_{1\cdot2}$, BR.$_{1\cdot2\cdot3}$, MIL., AMB., BOW., PELL., FK. = *h. ...los Héctores.* BR.$_{1\cdot3}$, ARR., RIV., GASP., MAI., FK. = *i. ...dijo el ventero.* BR.$_{1\cdot2}$, TON. — *...dijo á lo dicho el ventero.* ARG.$_1$, BENJ. — *...dijo al cura el ventero.* ARG.$_2$. — *...dijo al dicho el ventero.* FK. = *j. ...de tener una.* V.$_{1\cdot2}$, MIL. = *k. ...leer lo que leyó Félix Marte.* C.$_{1\cdot2}$, L.$_{1\cdot2}$, V.$_{1\cdot2}$, MIL. — *...leer lo que leí yo de.* C.$_3$, L.$_3$, BR.$_3$, AMB., A.$_{1\cdot2}$, BOW., PELL., ARR., CL., RIV., GASP., FK. — *...leer lo que se lee en.* BR.$_{1\cdot2}$. — *...leer lo que se lee de.* TON. — *...leer lo que hizo Félix Marte.* ARG.$_{1\cdot2}$, BENJ.

1 (pág. 394). *...y, puesto con un montante en la entrada de una puente, detuvo á todo un innumerable ejército que no pasase por ella.* — Este heroico hecho de armas, en el que se ve una vez más la temeridad del denodado caudillo García de Paredes, ocurrió en el Garellano, pasando el puente solo, «levantado el almete y con un montante al ombro», penetrando con sereno semblante en el campamento francés y poniéndole, pocos momentos más tarde de su llegada, en vergonzosa huida. Quien deseare conocer en todas sus partes este nobilísimo ardid de guerra, lea la *Corónica del Gran Capitán*, cap. 106, ó *Diego García de Paredes, relación breve de su tiempo*, fol. 75 á 86.

1. *...y las escribe él asimismo con la modestia de caballero y de coronista propio.* — En la ya citada producción de Tamayo de Vargas, se lee que «Diego García de Paredes en la *Summa Breve*, que por los años del Señor de mil y quinientos y treinta, dejó por última prenda de su amor, escrita en Bolonia á su hijo D. Sancho de Paredes, de su vida y hechos, para que en las cosas que se ofreciessen en defensa de su persona y honra, haga lo que debe, como Caballero, poniendo á Dios siempre delante de sus ojos y procurando tener razón, para que le ayude.»

Estas *Memorias*, que dejó escritas de mano, hicieron sudar las prensas en Alcalá de Henares en 1584, y «escribiólas á imitación de Julio César que, en sus *Comentarios*, refiere sus sucesos, aunque con menos ambición y más como soldado, que sólo pretendia hacer relación de sus cosas.» En el estado actual de la crítica, tiénese la *Summa Breve*, que corre impresa junto con la *Corónica del Gran Capitán*, si no por enteramente apócrifa, no exenta de interpolaciones que falsean en este y aquel punto la verdad histórica.

7. *...lo que oí yo de Felixmarte de Hircania, que de un revés solo partió cinco gigantes por la cintura.* — Seguimos la variante propuesta por Máinez, porque no dice la historia que el ventero leyese la crónica del doncel de la aven-

como si fueran hechos de habas, como los frailecicos que hacen los niños; y otra vez arremetió con un grandísimo y poderosísimo ejército, donde llevó[a] más de un millón y seiscientos mil soldados,

a. ...donde hubo más. GASP. — *...donde iban más.* ARG.$_2$, MAI., BENJ.

tura. Los siguientes pasajes del texto declaran por si mismos que esta variante es de las pocas que no admiten discusión: tan sólido es el fundamento en que se apoya. Juzgue el lector por lo que el ventero dice en este mismo capitulo:

«Porque cuando es tiempo de siega se recogen aqui, las fiestas, muchos segadores, y siempre hay alguno que sabe leer, el cual coge uno de estos libros en las manos, y *rodeámonos* dél más de treinta, y *estámosle escuchando* con tanto gusto que nos quita mil canas. Á lo menos de mi sé decir que, cuando *oyo* decir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querria estar *oyéndolos* noches y dias.» «...nunca tengo buen rato en mi casa — (dice la ventera) — sino aquel que vos *estáis escuchando leer*...» «Calle, señor, que si *oyese* esto, se volveria loco de placer...»

«El ventero se llegó al cura y le dió unos papeles, diciéndole que los habia hallado en un aforro de la maleta donde se halló la novela de *El curioso impertinente;* y que, pues su dueño no habia vuelto más por alli, que se los llevase todos, *que, pues él no sabia leer,* no los queria. El cura se lo agradeció, y, abriéndolos luego, vió que al principio del escrito decia: *Novela de Rinconete y Cortadillo;* por donde entendió ser alguna novela, y coligió que, pues la de *El curioso impertinente* habia sido buena, que también lo seria aquella, pues podria ser fuesen todas de un mismo autor; y, asi, la guardó con prosupuesto de leerla cuando tuviese comodidad.» (I, 47).

Aunque hemos leido con atención la historia de Felixmarte, no hemos encontrado este hecho que describe el ventero: aparecen gigantes, como Brandalión y Medarán, que son vencidos por el joven paladin, pero no esa descomunal contienda en que se jacta de ser vencedor de cinco jayanes; recordamos, si, las luchas del héroe con Resistel de España, con el Caballero del Anillo, con unos ladrones de hacha y capellina, con Oriambel de Escocia, para no citar más; pero no lo de que *de un revés solo* partiese *cinco gigantes por la cintura.*

2. *...y otra vez arremetió con un grandisimo y poderosisimo ejército, donde llevó más de un millón y seiscientos mil soldados.* — Para los que, no por referencia, antes bien por propia lectura, conozcan alguno de aquellos libros, solaz y contentamiento asi de D. Quijote como del ventero, les será fácil recordar que en más de una ocasión toparon con este y aquel otro caso, ya que no idénticos, muy análogos al que motiva la presente nota; pero nosotros no hemos dado con el episodio en el que nuestro ingenio pinta á Felixmarte arremetiendo con inusitado empuje contra un ejército de más de un millón y seiscientos mil soldados.

Luchas sin cuento, si las hay; desafíos como el de un caballero con dos gigantes, no faltan; pero el prodigioso hecho del vencimiento de un millón y seiscientos mil hombres, no lo hemos visto, por más que luzca allí el desafío de treinta caballeros cristianos contra treinta paganos, en el que se celebra con singular encomio á Brigantes, á Madarn, á Fulminán de Suecia, á Teobaldo de Lacedemonia, y al valiente Brasíndos, para no citar más.

todos armados desde el pie hasta la cabeza, y los desbarató á todos como si fueran manadas de ovejas. Pues ¿qué me dirán del bueno de D. Cirongilio de Tracia, que fué tan valiente y animoso como se verá[a] en el libro donde[b] cuenta que, navegando por un río, le salió de la mitad del agua una serpiente de fuego, y él, así como la vió, se arrojó sobre ella y[c] se puso á horcajadas encima de sus escamosas espaldas, y la apretó con ambas manos la garganta con tanta fuerza que, viendo la serpiente que la iba ahogando, no tuvo otro remedio sino dejarse ir á lo hondo del río, llevándose tras sí al caballero, que nunca la quiso soltar[d]; y, cuando llegaron allá abajo[e], se halló en unos palacios y en unos jardines tan lindos que era maravilla; y luego la sierpe se volvió en un viejo anciano[f], que le dijo tantas de[g] cosas que no hay más que oir? Calle, señor,

a. ...se verán. L.$_{1\text{-}2}$. = *b. ...donde se cuenta.* BR.$_{1\text{-}2}$, MIL., ARG.$_{1\text{-}2}$, BENJ. = *c. ...ella se puso á.* MIL. = *d. ...la quiso saltar.* L.$_{1\text{-}2}$. = *e. ...allá bajo.* TON. = *f. ...un viejo adivino.* ARG.$_2$. = *g. ...le dijo tantas cosas.* ARR., MAI.

10. *...cuando llegaron allá abajo, se halló en unos palacios y en unos jardines tan lindos que era maravilla.* — Quien haya leido algunos libros caballerescos podrá formarse idea de los jardines y palacios que se describen en este linaje de obras. Vea el lector la morada de Cupido, que se menciona en el lib. III, cap. 19, del *Don Cirongilio de Tracia:*

«Llegó al fin de aquella montaña donde la senda habia sido, y allí vió un hermoso prado y suave á maravilla, lleno de muy olorosas y delicadas flores, que maravilloso fué de las ver consolado... haciendo lo que mandado le era, entró paseando por aquel verde prado y á cada vez que ponia el pie en tierra, á él parescia que las yervas olorosas se apartaban y dejaban carrera por donde passasse, y haviendo andado desta manera no tardó mucho que no vió delante una muy grande casa, que no parescia sino una sumptuosa pirámide pentágona de cinco esquinas, de piedra más trasparente y clara que diamante, y estaba formada encima de cinco cabezas de escorpiones de demasiada é increible labor. La una tan negra como piedra, y la otra más verde que la esmeralda, la otra rubicunda como rubí, y la otra amarilla como cera y la otra parda, y cada una de estas cabezas estaba en la esquina de la casa ó pirámide y la puerta della estaba bien á la mitad y subia de lo baxo á ella por una escalera muy angosta, la materia de la qual parescia ser de fino oro y los escalones eran por cuenta siete...»

También son dignos de mención los castillos que se describen en el lib. I, cap. 16, cuando el valeroso paladin da remate al encantamiento del reino de Hircania.

12. *...y luego la sierpe se volvió en un viejo anciano, que le dijo tantas de cosas que no hay más que oir.* — Cervantes conocia el *Don Cirongilio de Tracia*, pero lo conocia con espiritu más alto que el de los comentadores de su fabula inmortal: escribia con la libertad del genio, aun en horas de imitación. Por eso no ha de achacarse á desmayos de la memoria, antes bien á su vena creadora, ese fingir que las serpientes se transforman en ancianos (porque tal metamorfosis

que, si oyese esto, se volvería[a] loco de placer: dos higas para el Gran Capitán y para ese Diego García que dice. »

Oyendo esto Dorotea, dijo, callando[b], á Cardenio: « — Poco le falta á nuestro huésped para hacer la segunda parte de D. Quijote.

— Así me parece á mí, — respondió Cardenio; — porque, según da indicio, él tiene por cierto que todo lo que estos libros cuentan pasó ni más ni menos que lo escriben, y no le harán creer otra cosa frailes descalzos.

— Mirad, hermano[c], — tornó á decir el cura, — que no hubo en el mundo Felixmarte de Hircania ni D. Cirongilio de Tracia, ni otros caballeros semejantes que los libros de caballerías cuentan, porque todo es compostura y ficción de ingenios ociosos, que los compusieron para el efeto[d], que vos decís, de entretener el tiempo, como lo entretienen leyéndolos vuestros segadores; porque realmente os juro que nunca tales caballeros fueron en el mundo, ni tales hazañas ni disparates acontecieron en él.

— Á otro perro con ese hueso, — respondió el ventero. — ¡Cómo si yo no supiese cuántas[e] son cinco y adónde me aprieta el zapato! No piense vuestra merced darme papilla, porque por Dios que no soy nada blanco[f]. ¡Bueno es que quiera darme vuestra merced á

a. ...*se volviera loco.* Ton., Arr. — *b.* ...*dijo á Cardenio.* Br.$_{1\text{-}2}$. — *c. Mirad, hermanos.* A.$_2$, Gasp. — *d.* ...*el efecto.* L.$_3$, A.$_2$, Arr., Cl., Riv., Gasp., Mai., FK. — *e.* ...*cuántos son cinco.* Bow. — *f.* ...*nada bobo.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj.

no aparece en la narración, cuan larga es, del libro caballeresco), en furias que despiden humo y llamas por la nariz; y no el inesperado y misterioso cambio de una serpiente en viejo anciano, como dice nuestro novelista.

Aparece, sí, un anciano decrépito: es el portero de la morada del Amor, á quien acude el invicto D. Cirongilio cuando, « maravillado de la extrañeza de aquel edificio, con deseo de ver lo que en él se contenia, se dejó ir por él, y tanto cuanto más subia le parecia ir ó tornar hacia baxo, hasta hallarse á la puerta. Quando pensó ser tornado al suelo y entrando por ella *un honrado viejo con un manojo de llaves,* se puso ante él le dijo quién le habia traido en aquel lugar tan inusitado de las gentes. Á lo qual él respondió: La ventura que tan favorable me ha sido que sin yo le ser, me hizo digno de alcanzar lo que por mi merescimiento ni puedo ni pudiera. Pues asi es, dijo el hombre anciano, no es justo que contradiga lo que ya una vez otorgué, y pues tanto avéis cumplido la ley que aquí se aguarda no quiero deteneros, sino que passeys adelante á buscar á vos mismo. É maravillado el cavallero de tales razones se despidió dél. » (III, cap. 19.)

19. *No piense vuestra merced darme papilla, porque por Dios que no soy nada blanco.* — Para darse cuenta del alcance de no pocos vocablos usados en el *Don Quijote,* importa no olvidar el carácter de cada personaje. Quien habla ahora es el ventero, educado en la misma escuela que el de marras, y, por

entender que todo aquello que estos buenos libros dicen sea[a] disparates y mentiras estando impreso[b] con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gente que habían de dejar imprimir tanta mentira junta, y[c] tantas batallas y tantos encantamentos[d] que quitan el juicio!

— Ya os he dicho, amigo, — replicó el cura, — que esto[e] se hace para entretener nuestros ociosos pensamientos; y, así como se consiente en las repúblicas bien concertadas que haya juegos de ajedrez, de pelota y de trucos para entretener á algunos que ni quieren[f], ni deben, ni pueden trabajar, así se consiente imprimir y que haya tales libros, creyendo, como es verdad[g], que no ha de haber alguno tan ignorante que tenga por historia verdadera ninguna[h] destos libros. Y si me fuera lícito agora[i], y el auditorio lo requiriera, yo dijera cosas, acerca de lo que han de tener los libros de caballerías para ser buenos, que quizá fueran de provecho y aun de gusto para algunos; pero yo espero que vendrá tiempo en que lo pueda comunicar con quien pueda remediallo[j], y, en este entre-

a. ...*sean disparates.* Mai. — *b.* ...*estando impresos con.* V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_{1\text{-}2}$, Mil., Ton., Mai. — *c.* ...*junta, tantas.* Ton. — *d.* ...*y tantos encantamientos.* Mil., Amb., Ton. — *e.* ...*que ello se hace.* C.$_1$, Mai. — *f.* ...*que ni tienen, ni deben, ni pueden trabajar.* C.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, L.$_3$, V.$_{1\text{-}2}$, Br.$_3$, Mil., Amb., A.$_1$, Bow., Mai., FK. — ...*que no tienen que hacer, ni deben, ni pueden trabajar.* Br.$_{1\text{-}2}$. — *g.* ...*es natural.* Arg.$_{1\text{-}2}$, Benj. — *h.* ...*ninguno.* Br.$_{1\text{-}2}$. — *i.* ...*ahora.* C.$_2$, L.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, A.$_2$, Bow., Pell., Arr., Cl., Riv., Gasp., Mai., FK. — *j.* ...*remediarlo.* Mai.

tanto, graduado en lenguaje de germanía. Véase lo que dice uno que conocia á fondo ese diccionario: « Cuando ellos ó los ladrones, que es otro género, aunque se diferencia un poco en oficio y en lo demás (hablan los unos con los otros), no hay cosa criada en este mundo que no le tengan puesto otro nombre del que tiene; y es afrenta entre ellos nombrar las cosas por su propio nombre; y cuando uno es principiante y yerra, lo llaman *blanco,* que es lo mesmo que decirle *nescio;* y al que dice bien le llaman *negro,* que es lo mismo que *hábil.* » (*Relación de la cárcel de Sevilla,* pág. 63.)

2. ...*estando impreso con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gente que habian de dejar imprimir tanta mentira junta.* — Continuación adulterada y corrompida, pero al fin continuación, de aquella serie de hechos en que lo real y lo maravilloso se confunden en uno; reflejo, aunque en forma bastarda, de nuestra gloriosa epopeya; los señores del Consejo, más atentos á la integridad del dogma que á los peligros de imaginarias narraciones, dejaban correr aquellos libros contra los que clamaron incesantemente filósofos y moralistas.

Por lo demás, el mismo argumento que en forma picaresca emplea aquí el truhán del ventero, lo aduce más tarde D. Quijote cuando, disputando con el canónigo de Toledo, dice: « — *¡Bueno está eso! Los libros que están impresos con licencia de los reyes... ¿habian de ser mentira...* » (I, cap. 50.)

tanto, creed[a], señor ventero, lo que os he dicho, y tomad vuestros libros, y allá os avenid con sus verdades ó mentiras, y buen provecho os hagan, y quiera Dios que no cojeéis del pie que cojea vuestro huésped D. Quijote.

— Eso no, — respondió el ventero; — que no seré yo tan loco que me haga caballero andante, que bien veo que ahora no se usa lo que se usaba en aquel tiempo, cuando se dice que andaban por el mundo estos famosos caballeros[b]. »

Á la mitad de esta plática se halló Sancho presente, y quedó muy confuso y pensativo de lo que había oído decir, que ahora no se usaban caballeros andantes y que todos los libros de caballerías eran necedades y mentiras; y propuso en su corazón de esperar en lo que paraba aquel viaje de su amo, y que, si no salía con la felicidad que él pensaba, determinaba[c] de dejalle[d] y volverse con su mujer y sus hijos á su acostumbrado trabajo.

Llevábase la maleta y los libros el ventero; mas el cura le dijo: « — Esperad, que quiero ver qué papeles son esos que de tan buena letra están escritos. »

Sacólos el huésped, y, dándoselos á leer, vió[e] hasta obra de ocho pliegos escritos de mano, y al principio tenían[f] un título grande, que decía: *Novela del curioso impertinente.* Leyó el cura para sí tres ó cuatro renglones, y dijo: « — Cierto que no me parece mal el título desta novela, y que me viene voluntad de leella[g] toda. »

Á lo que[h] respondió el ventero: « — Pues bien puede leella[i] su reverencia, porque le hago saber que á[j] algunos huéspedes que aquí la han leído les ha contentado mucho y me la han pedido con muchas veras; mas yo no se la he querido dar, pensando volvérsela á quien aquí dejó esta maleta olvidada con estos libros y esos papeles, que bien puede ser que vuelva su dueño por aquí algún tiempo[k]; y, aunque sé que me han de hacer falta los libros, á fe que se[l] los he de volver, que, aunque ventero, todavía soy cristiano.

a. ...roed. ARG.$_1$, BENJ. — *b. ...famosos caballeros. Capítulo XXXIII. Que trata de la brava y descomunal batalla que D. Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto. Mientras los dos esto decían del caramanchón.* ARR. — *c. ...determinaría.* ARG.$_{1\text{-}3}$, BENJ. — *d. ...dejarle y.* MAI. — *e. ...vió el cura hasta.* ARG.$_{1\text{-}3}$, BENJ. — *f. ...tenía.* RIV., FK. — *g. ...de leerla.* C.$_3$, BR.$_3$, AMB., TON., MAI. — *h. Á lo cual.* V.$_{1\text{-}3}$, MIL. — *i. ...leerla.* MAI. — *j. ...que algunos.* C.$_1$, V.$_{1\text{-}3}$, MIL. — *k. ...por aquí algún día, pues aunque.* ARG.$_3$. — *l. ...á fe que los he de.* BR.$_{1\text{-}3}$.

31. *...que, aunque ventero, todavía soy cristiano.* — Consecuencia de la vida azarosa de nuestro ingenio cuando, por caprichos de la fortuna, hubo de dedicarse al tráfico de bastir las naves para Indias, fué el trabar amistad con los

— Vos tenéis mucha razón, amigo, — dijo el cura[a]; — mas, con todo eso, si la novela me contenta, me la habéis de dejar trasladar.

— De muy buena gana », respondió el ventero. Mientras los dos esto decían, había tomado Cardenio la novela y comenzado á leer en ella. Y, pareciéndole lo mismo que al cura, le rogó que la leyese de modo que todos la oyesen.

« — Sí leyera, — dijo el cura, — si no fuera mejor gastar este tiempo en dormir que en leer.

— Harto reposo será para mí, — dijo Dorotea, — entretener el tiempo oyendo algún cuento, pues aun no tengo el espíritu tan sosegado que me conceda dormir cuando fuera razón.

— Pues desa manera, — dijo el cura, — quiero leerla, por curiosidad siquiera: quizá tendrá alguna[b] de gusto. »

Acudió maese Nicolás á rogarle lo mismo[c], y Sancho también; lo cual visto del cura, y entendiendo que á todos daría gusto y él le recebiría[d], dijo: « — Pues, así es, esténme todos atentos, que la novela comienza desta manera:

a. ...dijo el cura; á mas con. BOW. — *b. ...alguna cosa de gusto.* BR.$_{1\text{-}2\text{-}3}$, AMB., TON. — *c. ...lo mesmo.* C.$_1$. — *d. ...recibiría.* ARG.$_{1\text{-}2}$, MAI., BENJ., FK.

venteros, por lo común gente desalmada, casi sin miaja de conciencia, sólo atenta á exprimir la bolsa del viajante, ya que entienden ha de pasar por allí una sola vez.

De todo hubo en aquellos con que topó nuestro paladín: éste, el de Sanlúcar, socarrón, alegre, decidor y (¡caso singular!) desprendido, pues no cobra el gasto hecho por D. Quijote; el otro, que se jacta de ventero cristiano, Juan Palomeque, el *Zurdo*, ¿cómo conciliaría su religiosidad con aquel *hacer noche* de la maleta de Sancho?; aquél, el de la venta de los titeres, pasa en esta historia como hombre sencillo, que se admira así de las locuras de D. Quijote como de su liberalidad; y, por fin, el trapalón de la venta camino de Zaragoza, que alardea de lo bien provista que la tiene cuando, en verdad, no hay en ella sino una olla que servir á cuantos al mesón lleguen.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO

Págs.

OBSERVACIONES GENERALES

Una palabra del capitulo XVI XI
Dos páginas controvertibles y controvertidas del capitulo XIX XIV
Primera edición de Juan de la Cuesta (1605) XVI
Segunda edición de Argamasilla (1863) XVII
Edición de Fitzmaurice-Kelly (1898) XXVI
Segunda edición de Juan de la Cuesta (1605) XXIX
El robo del rucio XXXI
Omisiones, discrepancias é incongruencias en el pleito del rucio . . XXXV
Pasajes escabrosos. LXIX

El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha 1

PRIMERA PARTE
DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Capítulo XV. — Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó D. Quijote en topar con unos desalmados yangüeses. 3
» XVI. — De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta que él imaginaba ser castillo 23
» XVII. — Donde se prosiguen los inumerables trabajos que el bravo D. Quijote y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la venta que, por su mal, pensó que era castillo. 47
» XVIII. — Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor D. Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas 65

Págs.

CAPÍTULO XIX. — De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo, y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto con otros acontecimientos famosos. . . . 91

» XX. — De la jamás vista ni oida aventura que, con más poco peligro, fué acabada de famoso caballero en el mundo, como la que acabó el valeroso D. Quijote de la Mancha 109

» XXI. — Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero 133

» XXII. — De la libertad que dió D. Quijote á muchos desdichados que, mal de su grado, los llevaban donde no quisieran ir 153

» XXIII. — De lo que le aconteció al famoso D. Quijote en Sierra Morena, que fué una de las más raras aventuras que en esta verdadera historia se cuentan 173

» XXIV. — Donde se prosigue la aventura de la Sierra Morena. 195

» XXV. — Que trata de las extrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitación que hizo á la penitencia de Beltenebros 209

» XXVI. — Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo D. Quijote en Sierra Morena. 235

» XXVII. — De como salieron con su intención el cura y el barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia. 255

» XXVIII. — Que trata de la nueva y agradable aventura que al cura y barbero sucedió en la misma sierra 287

» XXIX. — Que trata del gracioso artificio y orden que se tuvo en sacar á nuestro enamorado caballero de la aspérisima penitencia en que se habia puesto 317

» XXX. — Que trata de la discreción de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo 339

» XXXI. — De los sabrosos razonamientos que pasaron entre D. Quijote y Sancho Panza su escudero, con otros sucesos. 359

» XXXII. — Que trata de lo que sucedió en la venta á toda la cuadrilla de D. Quijote 375

Lista de las subscripciones recibidas estando en prensa este tomo

Akademische Buchhandlung.
Albarado (D. Luis).
Alvarez del Manzano (D. Faustino). (Universidad de Madrid).
Alvarez (D. Gabino).
Ayuntamiento de Alcalá de Henares.
Baüer (D. Gustavo). (Banquero).
Bayer (D. Arturo).
Biblioteca del Senado.
Bibliothéque Royale, Copenhague.
Bibliothéque de l'Université, Génève.
Bonsoms y Sicart (D. Isidro).
Bosch (D. Pedro).
British Museum.
Brockhaus (F. A.)
Brown University-Providence.
Calonje (D. Nazario).
Campo (D. Lucas del). (Diputado).
Cárcer (D. Enrique de).
Carpintero (D. Heliodoro). (Catedrático, Alicante).
Casanova y C.ª (D. F.)
Castellá (D. Valentín).
Círculo del Liceo (Barcelona).
Colegio Balmes.
Colegio Condal (Director del).
Colegio Noviciado de Veruela.
Colegio Salesianos (S. Antonio de Padua, Mataró).

Colegio S. Miguel de los Santos (Vich).
Cotarelo y Mori (D. Emilio). (De la Real Academia Española).
Diego Madrazo (D. Francisco).
Embajador de Austria Hungria (Excmo. Sr. Conde Welsersheimb).
Escuela de Bellas Artes de Barcelona.
Escuelas Cristianas (Hermanos de las). (Barcelona).
Escuela Normal de Maestros de Barcelona.
Escuelas Pías (Congregación de las). (Barcelona).
Escuelas Pías de San Antonio (R. P. Rector de las). (Barcelona).
Escuelas Pías de Igualada.
Facultad de Filosofía y Letras (Universidad de Barcelona).
Ferraz y Turmo (D. Vicente). (Catedrático de S. Sebastián).
Foulché-Delbosc (R.) (Directeur de la *Revue Hispanique)*.
Frezals (D. Jorge M. G. E. de). (República Argentina).
García (D. Cesáreo).
García Gongoza (D. Guillermo).
García Blanco (D. José).
Garrido (D. Tomás) (Escolapio).
Gatell (D. José Ildefonso).
Góngora (Don José).
Grases (D. Buenaventura).
Haan (F. De).
Harrassosvitz Otto.
Instituto general y técnico de Alicante.
Instituto general y técnico de Murcia.
Instituto general y técnico de S. Sebastián.
Jover (D. Pedro R.) (Banquero).
Koehler and Co. C. A.
Lavalle Cobo-Franck.
López Amo (D. Federico). (Inspector de 1.ª enseñanza).
Llanta Henri.
Martinenche (E.). (Montpellier).
Mascareñas (D. Eugenio). (Decano de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Barcelona).
Mendesky é hijo (G.)
Mengual (D. J. L. M.)
Mirats (D. Antonio).
Montero (D. José).
Montes de Oca (Ilmo. Sr. D. Ignacio). (Obispo del Potosí).
Morales Cortazar (D. Francisco).
Murillo (D. Eusebio).
Museo Pedagógico Nacional.
Navarro Lamarca (D. Carlos).
Nutt (D. David).
Oliveira Lima (D. Manuel de).
Padrós (D. Carlos).
Parker & Sons.
Pedroso (Conde del).
Pena (D. Joaquín).
Peralta (D. Manuel M.ª de). (París).
Pons Navarro (D. Pedro).
Rius de Torres (D.ª Francisca).
Rodríguez (D. Valeriano).
Rothwos (D. Carlos G.) (Diputado).
Sallent (D. Angel). (Escuela Superior de Industrias de Tarrasa).
Serrada y Sanz (D. Juan).
Scholtz de Iturbe (D. Trinidad de).
Silvela (D. Eugenio). (Diputado).
Sirets y Zeitlinger.
Sociedad Gran Peña (Madrid).
Soler y March (D. Leoncio). (Diputado).
Solferino (Duque de). (Senador).
Subirana hermanos.
Svenska Akademiens Nobelbibliotek de Stocolmo.
Torres (D. Pablo). (Ex presidente de la Diputación de Barcelona).
Urdapilleta (D. Manuel).
Urrutia (D. Francisco Javier).
Vado (D. Juan).
Valdés Rubio (D. José M.ª) (Catedrático, Madrid).
Vidal y Valls (D. Juan). (Abogado, ex-diputado).
Zeballos (D. Estanislao S.)

Esta lista se continuará en cualquiera de los tomos siguientes.

Este tomo se acabó de imprimir en
Barcelona, en la Tipografía
La Académica, de Serra
hermanos y Russell,
el 26 de Mayo
del año de
1906